



OBRAS COMPLETAS

DEL

DUQUE DE RIVAS


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA



El duque de Rivas

OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Ilustradas con dibujos de D. APELES MESTRES

TOMO PRIMERO



BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMEROS 309 Y 311

1884

PRÓLOGO

> Non pastor, non hoc triviali more viator,
> Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
> Non montana sacros distinguunt jubila versus.
>
> T. CALPURNIO SÍCULO. — *Eg. I.*

Tiempo há que los amantes de las letras deseaban ver reunidas y publicadas con algun esmero y correccion las *Obras completas del Duque de Rivas*, suma y compendio de las varias modificaciones que durante medio siglo ha experimentado, en sus dotes más peculiarmente características, la literatura castellana. Al darlas hoy á luz, el editor, no sólo satisface una necesidad generalmente sentida, sino rinde tributo á la merecida fama del esclarecido historiador y gran poeta (cuyo mérito celebran, al par de nosotros, las demás naciones cultas), y da feliz comienzo á la noble empresa de difundir, en elegantes tipos, los más notables productos debidos al saber ó al ingenio de nuestros compatriotas. Ocioso fuera, por lo tanto, encarecer la importancia de esta publicacion; ocioso aducir las razones que el editor ha tenido presentes para dar con ella principio á su *Biblioteca*.

Si la gran celebridad del Duque de Rivas no abonase desde luégo eleccion tan acertada, justificaríanla sobradamente, ya los varios géneros de escritos en que ha ejercitado su pluma el ilustre autor de *Don Álvaro* y de *El Moro expósito*, ya el singular mérito que los distingue, ya lo mucho que el estudio de todos ellos puede facilitar el conocimiento de un período literario fecundo en provechosas lides intelectuales, y rara vez apreciado con justicia. Merced á esta última consideracion, y agrupadas discretamente en cada uno de los volúmenes de que ha de constar la obra todas las que pertenecen á un mismo género, el editor ha estimado indispensable establecer el órden cronológico dentro de cada ramo especial, y, hasta donde era posible, con relacion al conjunto. De este modo, no sólo se podrá venir en conocimiento de la influencia que ha ejercido en el alma del poeta el espectáculo de la sociedad en que ha vivido, sino se verá palpablemente de qué manera se ha ido efectuando el íntimo desarrollo de sus facultades, y hasta qué punto los azares de la fortuna y el torbellino de los sucesos han modificado ó transformado sus gustos y sus tendencias.

Esta elaboracion intelectual, que hace brotar de una misma fuente raudales de la más diversa índole, y, sin darse cuenta de ello, descubre el misterioso eslabon que, por un procedimiento lógico y natural, enlaza en el espíritu de un solo hombre las más opuestas ideas y los más contradictorios principios, es por extremo curiosa y ofrece ancho campo á la meditacion, sobre todo cuando se verifica en seres destinados por la Providencia á dejar rastros luminosos en este mundo. Ni hay tarea más agradable y fructuosa que la de examinar prolijamente cómo el ingenio superior lucha con las preocupaciones de su tiempo ó con los falsos sistemas consagrados por la práctica del mayor número, modelándose en ocasiones al tenor de sus antojos, burlándose otras veces de sus caprichos, ó subyugándolos al imperio de su fuerza creadora.

Por mucho que el vago espíritu de la moda influya en los cánticos del poeta; por mucho que con las ideas y formas artísticas suceda lo que con otros objetos ménos abstractos, esto es, que varian en sus condiciones de éxito segun las mudanzas que experimentan los caprichos de la muchedumbre predominante en lo que se denomina opinion pública, no por eso es ménos cierto que, á despecho de las arbitrarias mutaciones del gusto, la inspiracion verdaderamente hija del alma, la que es fruto de un sentimiento arraigado en lo más profundo del corazon, ó de una viva creencia, subsiste por sí sola; prevalece en el mundo de la fama, cuando la moda cambia de faz y arrastra por el polvo el numeroso cortejo de creaciones pegadizas que fingen amor, fe, patriotismo, cuantos caracteres logra enaltecer y profanar (siquiera sea momentáneamente) el audaz superficialismo de todas las épocas.

En este caso se encuentran las obras del Duque de Rivas. Ricas en inspiracion, engendradas en un alma de poeta, vivificadas al calor de sentimientos verdaderos, viven y vivirán para el buen gusto, á despecho de las pasajeras exigencias de la moda, y sean cuales fueren los lunares que puedan empañar á veces sus perfecciones. Pasaron afortunadamente los tiempos en que el loco espíritu de partido, no ménos fanático en literatura que en religion y en política, hacia exclamar al ilustrado editor de *El Moro expósito*, que el distinguido ingenio que nos ocupa hubiera querido reunir todos los ejemplares de los dos tomos de poesías que publicó en Madrid en 1820 para entregarlos á las llamas, para hacerles purgar el crimen de manifestar «la tiránica influencia del gusto llamado *clásico*,» de no haberse atrevido á desamparar «la senda arbitrariamente marcada por los preceptistas.» Semejante exageracion, justificada hasta cierto punto en 1834, no sería disculpable en manera alguna veinte años despues, cuando el espíritu crítico, llevado muchas veces á un escepticismo deplorable, ha venido á reemplazar la ardiente fe del espíritu revolucionario. Este espíritu crítico que analiza y define todas las cosas; que aspira incesantemente á desentrañar el genuino sentido de las creaciones del arte; que descubre la recóndita generacion de las ideas y el móvil de los afectos, cuando no desconfía de sí mismo, cuando no lleva la duda á los términos de la incredulidad, cuando no se arroja en brazos del fanatismo de secta, ó del cálculo egoista, que sacrifica la verdad en aras de su provecho, contribuye poderosamente á sublimar la belleza, acrisolando en el concepto de las gentes el valor del mérito positivo. Ensanchados los límites de su horizonte, borradas las sistemáticas preocupaciones de escuela, que graduaban con arreglo á una misma pauta el precio de las obras de índole ménos conforme, la crítica no pide hoy á los frutos del ingenio, respecto á la forma exterior que los determina, sino lo que se les puede razonablemente exigir, atendido el carácter y circunstancias del pueblo y de la época que los produce. Por esta causa me parece en alto grado plausible que no haya realizado el Duque de Rivas el propósito que en 1834 le atribuia su editor, acerca de sus primeras composiciones, y juzgo que ha hecho muy bien en encabezar con ellas esta Coleccion, destinada, sin duda alguna, á dar á conocer todas las faces de su ingenio, á trasmitir á las generaciones futuras los nobles fundamentos de su fama literaria.

La frase, tan afortunada entre los críticos, y algo ménos exacta que afortunada, de que en Góngora *hay dos hombres*, uno claro, fácil, natural, sencillo, y otro oscuro, pedantesco, extravagante, incomprensible, puede aplicarse con mayor exactitud al Duque de Rivas, bien que por conceptos muy distintos, y sin que hayamos de echarle en cara las malas prendas que afearon á su famoso paisano el autor de las tenebrosas *Soledades*. El Duque de Rivas, jóven, soldado, imitador de los antiguos, *clásico*, en una palabra, tal como durante algun tiempo ha sido interpretada esta denominacion, difiere singularmente del Duque de Rivas emigrado, oscurecido, despierto á la luz de nuevas teorías y de nuevos gérmenes, hallando en el recuerdo de la patria la originalidad y la fuerza, uno siempre en la elevacion de sentimientos, en la pureza de doctrinas, en el amor á lo bello, á lo generoso y á lo grande. No parece sino que D. Angel Perez de Saavedra, hijo segundo de los ilustres Duques de Rivas, y de un mérito en realidad secundario (con relacion á Quintana y á Gallego) en la esfera de la poesía clásica, ó, lo que es lo mismo, en sus primeros albores, debia ascender, al heredar el título de sus padres y colocarse en primera línea en la más alta condicion jerárquica del país, á rango más elevado en la jerarquía de la inspiracion y del talento; á ocupar un puesto entre los más esclarecidos varones que han ilustrado los fastos de la vida intelectual de nuestra patria. Descartadas las obras de su primera juventud, el conocimiento del poeta sería incompleto, y aun más incompleta la idea que por él hubiésemos de formar de las tendencias literarias predominantes en las diferentes épocas de su vida. Celebrámos, pues, el buen acuerdo con que nuestro autor ha procedido, á pesar de lo indicado por su editor parisiense, y hagámonos cargo de las circunstancias que concurren en las pobres víctimas expiatorias condenadas á la hoguera, y salvadas por el trascurso de los años, que modifica los juicios y desacalora los afectos, para gozo de los que no tributan homenaje á ningun género de exclusivismo.

No entraré á enumerar los hechos en que ha figurado como actor el Duque de Rivas, ó que han sido parte á decidir de los prósperos y adversos destinos de su existencia. Semejante empeño, tan superior á mis fuerzas, ha sido acometido y llevado á cabo por persona más competente, en el mas gallardo estilo, y con gran copia de noticias interesantes: testigo es de ello el estudio biográfico, por don Nicomedes Pastor Diaz, inserto á continuacion del presente *Prólogo*. Sin embargo, reservándome apuntar cuanto conduzca á mi propósito de dar una ligera idea de las obras que ha de comprender esta Coleccion, añadiré, para corroborar lo que he dicho en párrafos anteriores, que sin salir del presente volumen podemos apreciar con exactitud los diversos rasgos que caracterizan las dos épocas, ó, si se quiere, los *dos hombres* que, segun la metáfora ya citada, constituyen la personalidad poética del Duque de Rivas.

Si como algunos aseguran es deber de buen sentido, inexcusable para vivir en la sociedad, transigir con el espíritu que la anima y resignarse á las condiciones que establece, aunque se mezcle en ellas la levadura de algunos vicios, harta disculpa merece el escritor que respirando aires deletéreos no acierta á librarse del contagio. Y si hay para esto indulgencia, bien que yo no esté completamente de acuerdo con tal doctrina, ¿cuánto mas disculpable no ha de ser el poeta que, educado en tradiciones que estima justas y autorizadas, nutrido en bellos ejemplos, sigue el sendero por donde van todos, y tuerce, sin siquiera percibirlo, el raudal de su índole nativa, para buscar expansion á sus facultades en una atmósfera que no es la suya? Nada sofoca tanto los naturales impulsos de la imaginacion como el someterla á un sistema: en este caso se encuentran las primeras producciones del Duque de Rivas: bajo este punto de vista deben ser juzgadas, si se las ha de comprender y apreciar en términos razonables.

Nacido don Angel Saavedra en 1791, pasó los primeros años de su infancia en los encantados vergeles que rodean á Córdoba, hasta que fue trasladado á Madrid á recibir educacion en el Seminario de Nobles. En él se hallaba, sometido á la direccion de don Demetrio Ortiz y don Manuel de Valbuena, cuando empezó á escribir para el público en 1806, dos años despues de muerto el célebre Schiller, fundador y padre del moderno teatro aleman. Entónces no presentia nuestro poeta que pasados veintinueve años habria de ser en cierto modo para España lo que habia sido aquel para Alemania, y cediendo al influjo de las lecciones de sus maestros y de las doctrinas reputadas únicas en las aulas, procuraba seguir estrictamente las huellas de los antiguos ó el ejemplo de nuestros líricos renombrados del siglo XVI. Si á veces la natural independencia de su fantasía le llevaba á imitar los vuelos más atrevidos de Quintana y de Cienfuegos (el primero de los cuales supera, en mi opinion, á todos los antiguos líricos españoles), pronto plegaba las alas de su entusiasmo y descendia al carril estrecho de la imitacion horaciana ó anacreóntica, que era por aquellos dias el *summum bo-*

num de la belleza poética. Entónces la poesía lo imitaba todo ménos la naturaleza; por eso en la mayor parte de los versos de aquel tiempo encontramos con frecuencia sentimientos estereotipados y descripciones moldeadas, faltos los unos de calor, faltas las otras de verdad, nulos todos para comunicar á los lectores un fuego que habia desperdiciado el poeta en operacion material tan infecunda.

Pero véase hasta qué extremo es eficaz el poderío de las facultades ingénitas de cada uno, y como se revelan siempre, por mas que el freno de la educacion, de las costumbres ó de las circunstancias especiales de la sociedad procure confundirlas ó desnaturalizarlas. El jóven educado en las tradiciones de la escuela exclusivamente clásica, para la cual era impío cuanto no fuese rendir tributo á los líricos latinos ó á sus imitadores y secuaces; el jóven que habia respirado al nacer el aire de una regeneracion imitadora, y á quien se habia presentado sin cesar como única fuente de belleza ese mismo principio de imitacion servil, fundado en las estrechas reglas proclamadas por Boileau; el jóven que al empezar á discurrir por sí propio no veia mas espectáculo que el de una corte corrompida, y no recibia de la prosaica y monótona sociedad de aquellos tiempos ninguno de los poderosos estímulos que vigorizan la imaginacion y la empujan al sendero de la originalidad, ó peculiarmente suya, ó encarnada en los elementos nacionales del pueblo á que pertenece, tuvo bastante fuerza intuitiva para demostrar, desde el primer sonido de su lira, que sus inspiraciones jamás podrian templarse al compás de la imitacion exótica hasta el grado de perder toda su propia energía, y que, pensando acatar el dominio de las convenciones apellidadas preceptos, hallaria modo de seguir el rumbo de la musa genuinamente española, impregnándose en la savia de los antiguos romances. Así vemos que la primera produccion del discípulo de Horacio, del *clásico* alumno del Seminario de Nobles, es un *romance morisco*, escrito con numerosa gallardía, aunque ménos rico en imágenes y de mucho más tímido plan que los buenos de su especie. Esta primera tentativa es la espontánea expresion de las inclinaciones del poeta, modificada y enflaquecida por el hábito de la imitacion convencional, y por la fuerza del ejemplo, casi siempre incontrastable. Ella indica elocuentemente, para los que saben ver en las cosas algo más que la exterioridad de las cosas mismas, el rumbo en que el poeta ha de encontrar tonos propios, no bien crezca en aliento para romper las ligaduras del servilismo de escuela.

Por lo demás, nuestro autor, sin levantarse del suelo en que se agitan casi todos los poetas sus contemporáneos, canta á las zagalejas del valle como pudiera hacerlo un pastorcillo de la Arcadia, ó habla del amor como del hijo querido de Vénus, sin que se le ocurra mayor desgracia para el dia en que falte á su cariño (que trasciende á sensual y pagano desde una legua) que la de que

«Maldiga Pan *sus* ovejas,
Maldiga *sus* corderillos.»

¡Lamentable aberracion de los tiempos y de los hombres, desconocer que cada siglo y cada nacion tiene su modo particular de ser, y que las inspiraciones del alma deben estar en armonía con las condiciones características de cada civilizacion, y, sobre todo, con los fundamentos esenciales de cada creencia! Pero los maestros hubieran excomulgado al discípulo que, consagrando sus ocios á la poesía, no hubiese apelado á *Mavorte*, al hablar de guerra, ó hubiera desatendido las *Dríadas* y *Hamadríadas*, al hablar del campo; y como podian presentar bellos modelos de esta especie, y hacian comprender á la juventud que no era posible hallar bondad fuera de semejante amaneramiento, el anacronismo triunfaba del buen sentido y las mejores disposiciones se perdian cuando no eran bastante fuertes para quebrantar el círculo de hierro en que se las encerraba.

Nuestros preceptistas antiguos y modernos, sobre todo los que se educaron cuando las doctrinas clásicas trasplantadas á nuestro suelo por la dinastía borbónica ejercian absoluto imperio en el mundo de la poesía, no acertaban á comprender que á los bellos tipos que nos ha legado la antigüedad podian añadirse tipos nuevos, no ménos abundantes en belleza. Y, sin embargo, en la esfera misma del clasicismo encontramos diferencias muy notables, ora entre la escuela herreriana y la de Melendez, ora entre la sequedad y prosaismo de los Iriartes y el gran hilocuente arrebato y la viril energía de nuestro admirable Quintana. Estas, como todas las escuelas, me parecen aceptables y hasta plausibles, no sólo cuando, rindiendo culto á la verdad, realizan la belleza, sino cuando se mueven en su propia esfera de accion sin aspirar al despótico dominio de todos los gustos é inteligencias. Por el contrario, cuando se empeñan en falsear el natural desarrollo de los ingenios para hacer prevalecer los preceptos de un dogma falible, sujeto á mil intercadencias sociales; cuando proscriben y anatematizan todo lo que no se ajusta y concierta al tenor de sus caprichos; cuando sofocan el vivo impulso de los sentimientos del alma para encajarlos en una forma de expresion más ó ménos atildada, más ó ménos erudita, y muchas veces opuesta á la que les hubiera dado la inspiracion entregada á la fecunda libertad de su razonable albedrío, lo que pudo ser saludable se convierte en pernicioso, y los rigores del sistema acaban por anular y confundir á los que no son gigantes.

De que el Duque de Rivas habia de llegar á serlo algun dia tenemos más de un ejemplo en la primera parte de este volúmen. Si no hubiesen existido en él tales gérmenes no habria podido salir de la nulidad en que, viciada su propia índole y desnaturalizadas las condiciones esenciales de su ingenio, habria llegado á sucumbir, como sucumbe el pez fuera del agua, como sucumbe el hombre sumergido en la inmensidad de los mares. Pero el arranque de su númen era superior á estas cadenas, y sólo necesitaba el estímulo de un gran móvil para dar cuenta de sí mismo, demostrando que, aun sin salir del estrecho círculo trazado por sus maestros, aun sin abandonar la forma tradicional, por decirlo así, que se le habia recomendado como única susceptible de perfeccion, era capaz de remontarse á mucha altura, merced á los vivos ímpetus del corazon abrasado en el noble fuego del patriotismo.

Hé aquí de qué modo se expresa al ver el magnífico espectáculo que ofrecen las provincias de España armadas al grito de independencia contra el artero invasor que quiso amarrar nuestra patria al carro de sus victorias:

«Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.»

Y más adelante, al cantar la *Victoria de Bailén*, exclama:

«Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por do quier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.»

Ni se limita á implorar el favor de las deidades que la fraseología poética del clasicismo emplea simbólicamente, y que, dando esmalte en ocasiones al lenguaje de la fantasía, son de todo punto ineficaces para expresar los verdaderos ímpetus del corazon. Arrebatado en alas del patriotismo, guiado por el sentimiento religioso, que, enlazado al de la independencia nacional, fué á principios de este siglo orígen de tantos gloriosos hechos, de tantas acciones heróicas, se olvida de Júpiter, de Marte, de todos los símbolos mitológicos que le habian enseñado á invocar en las escuelas, y grita con el vigor de quien siente arder fuego divino en su alma:

Alzad á Dios las manos, ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento;
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

En estos acentos prorumpe al ver á *Napoleon destronado*. De este modo patentiza el error de los que aseguran que la poesía se alimenta exclusivamente de ficciones. Tan cierto es que no existe móvil de inspiracion semejante á la exaltacion de los sentimientos verdaderos.

Vemos, pues, que los más gratos acordes de la lira de nuestro poeta, los que á mayor altura lo levantan y más vivamente impresiona el ánimo de los lectores, en este su primer periodo, son los que le inspira la musa del patriotismo; los que, sin abandonar todavía la forma clásica, participan en cierto modo del vigor natural característico en la escuela á que despues se ha dado el nombre de romántica. Y ya que he tocado en este asunto, permítaseme apuntar algunas ideas no del todo ajenas al propósito de estos renglones.

En mi concepto la escuela clásica, lo mismo que la romántica, lo mismo que todas las escuelas, se halla subordinada á condiciones de que ninguna puede prescindir, y que, en último resultado, dividen los productos del saber y del ingenio, sean cuales fueren su índole y circunstancias, en dos grandes secciones, únicas bien definidas y por naturaleza inmutables. Para establecer esta division, que alcanza á todos los sistemas y que no excluye ningun género de originalidad, basta un criterio recto, desapasionado, libre de exclusivismo tiránico, apto para examinar las cosas á su verdadera luz, fuerte para no ceder á exigencia de ninguna clase, bastante imparcial, en una palabra, para discernir lo *bueno* de lo *malo* bajo todos sus caracteres posibles, condenando sin piedad lo segundo y enalteciendo lealmente lo primero. Esta division, que nadie puede rechazar, porque, bien mirado, no hay otra lógica y razonable, es el faro que debe servir de guía á la crítica actual en el flujo y reflujo de gustos y de sistemas que se han disputado el cetro de la poesía de ochenta años á esta parte. No es, pues, caprichoso ni arbitrario el condenar la aplicacion que de los rigurosos preceptos llamados *clásicos* se ha hecho en ciertas y determinadas épocas, sofocando la originalidad de ingenios templados para otra cosa. El clasicismo, en cuanto á la forma de expresion, tiene exigencias que se fundan en los más sanos principios y que deben ser siempre acatadas. No podemos ni queremos negarle esta excelencia, que ha dado muchas veces larga vida á pensamientos triviales. Pero semejantes exigencias, justas hasta cierto punto con relacion á la forma, no deben ascender á la region de la idea; porque si se da tal latitud al principio de imitacion, haciendo que los escritores sean unos reflejo de otros y obligándolos á marchar juntos por igual sendero, la monotonía que no puede ménos de producir la contínua repeticion de unas mismas cosas, acabará por empalagar á todo el mundo.

La gran dificultad del arte consiste en hermanar el fondo con la forma, de suerte que la idea resulte vaciada en el molde que mejor la determine; consiste, más principalmente aún, en expresar la verdad, sin alterar su naturaleza en nada, con los encantos seductores de la poesía. Dígalo, sino, Quintana; dígalo Gallego, cuya forma de expresion es de una belleza insuperable; dígalo el Duque de Rivas; díganlo, en fin, cuantos poetas sintieron agitado su corazon y exaltada su fantasía al grito regenerador de independencia: grito que habia de levantar nuestra raza de la postracion en que se hallaba, á efecto de la esclavitud en que habia yacido por espacio de tres siglos, y que, presentido por Quintana, dió por resultado la vigorosa poesía que pudiéramos llamar *de la guerra de la independencia*, admirable por la verdad, sublime en ocasiones por la clásica belleza de la expresion, eterna en la historia de nuestra patria por el calor en cierto modo romántico de sus libres y elevados pensamientos (1).

Ménos atrevido que en estas composiciones, don Angel Saavedra (para quien la historia de la Edad media era fuente inagotable de poesía, bien que no acertase aún á comprender toda la que encerraban los elementos fundamentales de aquella civilizacion reconstructora), se limita en *El Paso honroso*, miniatura de epopeya caballeresca, cuyo héroe es el famoso D. Suero de Quiñones, á combinar unas cuantas descripciones de encuentros y reencuentros, llenas á veces de verdad, no tan variadas como fuera de apetecer, escritas en octavas donde la más fácil y gallarda elocucion suele verse deslustrada por la flojedad y el prosaismo, así en la diccion como en los versos. Pero aunque el asunto del poema raya en insignificante de puro sencillo; aunque en él no falta el amanerado sueño, de rigor en esta clase de obras; aunque las visiones que la fantasía del poeta presenta á la de D. Suero no pasan de ser paráfrasis más ó ménos acertada de la bellísima *fábula del Genil* del antequerano Espinosa, no por eso desagrada su lectura, ni hubiera sido justo condenar al fuego la casta pintura del tímido amor del héroe, y de la esquivez, más aparente que real, de la hermosa por quien suspira.

De igual timidez en la contextura del plan y en las imágenes y pensamientos participan las demás composiciones de nuestro autor anteriores á la que se titula *El Desterrado*, escrita en 1824 á bordo de un buque inglés, en el momento de abandonar á pesar suyo la madre patria. En ellas se encuentra cierta vigorosa espontaneidad y cierta frescura de color que son comunes á todas las producciones antiguas y modernas, clásicas y románticas del Duque de Rivas. Pero exceptuadas las patrióticas que he citado, y alguna que otra animada del mismo generoso espíritu, casi ninguna se sostiene á la altura conveniente, y pecan, ya en amaneradas, ya en vul-

(1) Entre estos poetas merecen especial mencion el Duque de Frias, Lista y Arriaza, á quienes el patriotismo arrancó tambien cánticos inmortales.

gares, ya en desaliñadas é incorrectas. En todas, sin embargo, se descubren destellos de la luz que, andando el tiempo, habia de convertirse en fanal de una revolucion literaria. En todas se ven rastros del antagonismo latente entre el espíritu liberal, ingénito en el poeta, y la subordinacion á los preceptos que habian sido norma constante de sus trabajos, y que iban insensiblemente perdiendo gran parte de su fuerza, á medida que arraigaban en nuestro suelo, vigorizadas por la lucha, las ideas políticas destinadas providencialmente á regenerarlo.

Se ha dicho más de una vez, y por motivos muy diferentes, que la virtud se acrisola en la desgracia; que los varios accidentes de la vida son la mejor enseñanza del hombre. Lo mismo sucede con el ingenio. Para que la imaginacion no se malogre en esfuerzos impotentes es necesario alimentarla con impresiones variadas, herirla y exaltarla naturalmente en el espectáculo del mundo, no exigirle que saque de sí misma todos los recursos que haya de poner en accion, ni que pinte afectos cuya influencia jamás haya experimentado. Una vida tranquila y uniforme rara vez da por resultado las enérgicas concepciones que nacen de la sincera expresion de los sentimientos combatidos en el mar tempestuoso de la sociedad y sujetos alternadamente á diversas aventuras. De esta verdad son elocuentes pregoneros la composicion arriba citada, *El Sueño del proscrito* y *Florinda*, poemas engendrados en el destierro, y en los cuales, ménos sumiso á los preceptos de escuela y á la estricta imitacion, el poeta demuestra más originalidad y osadía y empieza á escribir con inspiracion propia. Una observacion lo dará á conocer en cuanto es posible, ya que, por la índole misma de este escrito, me veo privado de examinar detalladamente las diversas obras que componen la Coleccion que me ocupa.

Sin salir de una sola de las citadas, del poema que se titula *Florinda*, hallaremos, comparándolo con otro anterior de la misma especie, que hay una gran exactitud en lo que más arriba he dicho. Y sino, parangónese su plan con el de *El Paso honroso*, que tambien tiene aspiraciones épicas; examínense los recursos de que el autor se vale para desenvolver y graduar el interés de la accion en ambos poemas; véanse los elementos humanos que los constituyen, y, sin tocar en la mayor novedad y grandeza de los símiles, en la intension con que están bosquejados los caracteres, en la variedad de las descripciones, en los resortes sobrenaturales, en el número y oportunidad de las sentencias, y, muy principalmente, en la mayor fluidez y lozanía de la versificacion, se comprenderá desde luégo la inmensa distancia que separa á *Florinda* de *El Paso honroso*. En una cosa, no obstante, se identifican estas dos obras: en la severa unidad que las distingue, fruto de la clareza de términos con que en ellas está distribuida y desenvuelta la accion. Esta cualidad, que tanto avalora los productos del entendimiento, y que, en mayor ó menor grado, resplandece en todas las producciones del Duque de Rivas, es indudablemente consecuencia de su educacion clásica, y sólido fundamento de grandes aciertos y perfecciones en el segundo período de su existencia poética.

Si es cierto que la belleza es hija muchas veces de los contrastes, no hay duda en que el autor ha acertado á realizarla, presentando algunos en su poema dignos del mayor elogio: tal es, entre otros, el que resulta cuando Florinda abrasada en impuro amor, luchando con la acerba idea de haber deshonrado á su padre, busca alivio á sus tempestuosos dolores en la soledad de los campos, á la tibia claridad de la luna, y llega providencialmente á presenciar el espectáculo del sencillo amor de dos almas puras; del encanto inefable de la felicidad pastoril, que se agrada y satisface en el cultivo de los tiernos sentimientos; de la serena paz de la conciencia, ni envidiosa ni envidiada por los poderosos, envidiadísima en aquel momento por la infeliz criatura destinada fatalmente á originar la pérdida de su patria. Esta manera de concebir el arte revela que el ingenio del autor se ha engrandecido y acrisolado en el destierro, y que la enseñanza de las propias amarguras y el libre ejercicio de la inteligencia, en pueblos más ilustrados y civilizados que lo era el nuestro, no han sido perdidos para su alma. Tambien merecen especial mencion la pintura de la llegada del conde D. Julian á la barca de los pescadores, en la que, á pesar de las justas reflexiones de estos y de la deshecha borrasca que agita tumultuosamente las olas,

«Huye de España, sin saber á dónde;»

la de Rodrigo en el castillo de Hércules habitado por Ruben, fantástica y digna del enérgico pincel de Shakespeare; y, por último, la aparicion de Mahoma á Muza, descrita en estas hermosas octavas:

«Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Miéntras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

»Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El gran espectro, y le ase del turbante;
Y, las nubes hendiendo, le avecina
A Abila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.»

¡Cuán otro es este poeta del que invocaba candorosamente al dios Pan, ó seguia de cerca los giros y pensamientos de nuestros antiguos clásicos! En el presente poema no se ven ya copias de copias, estrictamente ajustadas á un mismo tono, sino estudio de la naturaleza y del corazon, tonos verdaderos, tan clásicos como se quiera, pero que tienen vida propia, que son clásicos por sí mismos, no por el prestado reflejo de otros escritores. En suma, *Florinda*, cuyo plan es harto diminuto con relacion á la magnitud del sujeto, no sólo supera en importancia á las anteriores producciones de nuestro autor, sino declara palmariamente que su espíritu empezaba á encontrar el camino donde la madurez de los años y nuevos y más liberales estudios, unidos al amoroso recuerdo del suelo natal, habian de ofrecerle poco despues ancho campo de inspiraciones originales, y cosecha nada escasa de laureles imperecederos. Claro es que *Florinda* dista mucho de llegar á las condiciones de una verdadera epopeya, para lo cual el asunto se prestaba maravillosamente; pero hasta la eleccion misma de este asunto prueba que el poema á que se alude, terminado durante la permanencia del autor en la isla de Malta, es el punto en que se refunden las antiguas y las nuevas doctrinas del poeta, así como aquella roca, denominada por algunos *flor del mundo*, sirve de punto de transicion y de enlace entre la Europa y el Africa.

La permanencia del Duque de Rivas en Malta fué importantísima para su ingenio, porque contribuyó poderosamente á despertar en él los gérmenes que hasta entónces habian estado sofocados ó adormecidos; gérmenes en cuya expansion se cifraba su gloria futura, y que alentaron y convirtieron á su verdadero centro de actividad, ya los ilustrados consejos de Mr. Frere, ya el estudio de modelos como Shakespeare, Byron y Walter Scott. Fruto de las ideas debidas al trato frecuente con las obras de estos inmortales maestros son, no solamente las composiciones tituladas *El faro de Malta*, *La sombra del Trovador*, *La maledicencia*, *A mi hijo Gonzalo*, y cuantas brotaron en la fantasía de nuestro D. Angel hasta 1833, sino su interesante poema-leyenda titulado *El Moro expósito*, y gran parte de sus bellísimos *Romances históricos*. En aquel, en estos, y, más que en todo, en su admirable drama *D. Alvaro*, es donde el Duque de Rivas se remonta á la esfera de los más altos ingenios; donde, sobreponiéndose á toda imitacion servil, encuentra la verdadera originalidad, no fundada, como algunos ignorantes suponen, en decir lo que nadie ha dicho, sino en combinar los elementos que existen en la naturaleza, en la historia, ó en el mundo de las ficciones consagradas por la fama, infundiéndoles nuevo ser, haciéndolos servir á distintos fines, y revistiéndolos de un carácter cuyos elementos vitales sean hijos exclusivamente del poeta.

Pero dejemos para más adelante el hacernos cargo de estas obras (aunque la circunstancia de ir cada seccion de ellas acompañada de un juicio crítico particular me obligue á restringir el mio á muy breves términos), y vengamos á las demás composiciones que completan y coronan este volúmen, cuyo sumario exámen es el principal objeto del presente *Prólogo*.

El autor, que en Malta habia tenido ocasion de familiarizarse con las grandes creaciones del romanticismo inglés, y que habia aprendido en tal escuela á estimar debidamente el alto mérito de nuestros admirables dramáticos del siglo XVII, calumniados y escarnecidos por los aristarcos preceptistas de la manera imitatoria, dejó aquella isla para trasladarse á Francia, cuando la revolucion poética iniciada en Alemania por Klopstock, Wieland y Lessing, llevada á su mayor apogeo por Goethe y Schiller, y canonizada y reducida á fórmula preceptiva por Federico y Augusto Guillermo Schlegel, acababa de estallar con inaudito vigor en los cantos de Victor Hugo y Lamartine y en los dramas de Dumas, merced á las semillas oportunamente derramadas por Chateaubriand, Constant y Madama Stael; gracias á los tímidos pero progresivos ensayos de algunos otros autores. Esta revolucion, que ha ejercido tanta influencia en Europa, y á la que en realidad debemos los españoles la libertad del ingenio y la emancipacion de la crítica; esta revolucion que ha puesto en movimiento y hecho circular por el mundo literario ideas liberales que en los siglos anteriores se hubieran estimado sacrílegas; esta revolucion que, aceptando la multiforme variedad de los gustos nacionales, abolia para siempre el a[illegible]rdo prin[illegible]io de la imitacion y favorecia el desarrollo [illegible] de la verdad, no podia ménos de herir vivamente la imaginacion de nuestro poeta, templado [illegible] el que más para comprender y seguir el impulso de su corriente regeneradora.

No seré yo de los que pongan en tela de juicio, y mucho ménos en este lugar, la debatida cuestion de *clásicos* y *románticos*. Aceptando estas denominaciones (porque es imposible revocar la existencia de lo que realmente ha sido), y conociendo cuánto hay de perjudicial y de erróneo en la exageracion de los principios que pretenden ser absolutos, creo, como ya lo dejo indicado, que por todos los caminos se puede llegar á la realizacion de la belleza; que todas las formas son buenas cuando expresan bien el pensamiento; pero creo tambien que cada ingenio tiene su índole peculiar, en armonía con el fin á que la Providencia lo destina, y que la del Duque de Rivas, llamado á regenerar con nuevo aliento nuestra poesía y nuestra escena, debia inflamarse y enriquecerse con el fogoso caudal de las teorías y creaciones románticas que luchaban á la sazon por el predominio en aquel gran centro de la civilizacion del mundo. Allí, no sólo admiró el espíritu que animaba á los grandes regeneradores franceses, tan injustamente denostados por la crítica sistemática, sino acabó de comprender el verdadero rumbo que debia seguir para llegar á la originalidad que nunca muere, siendo profundamente español, buscando y hallando en el estudio de nuestros antiguos romanceros y cancioneros, en nuestra caracterizada y enérgica poesía popular, torpemente desatendida por el fanatismo y la ignorancia, tesoros inagotables.

Consecuencia de este modo de ver las cosas, de las hondas impresiones recibidas al visitar nuevamente los lugares donde habian corrido los verdes años de su juventud, y de la plácida embriaguez que experimentaba su imaginacion bajo el hermoso cielo de Nápoles, son las poesías que componen el último tercio de este primer tomo; poesías que salieron á luz en 1851 bajo el título de *El crepúsculo de la tarde*, acompañadas de la preciosa leyenda titulada *La azucena milagrosa*, y que (escritas muchas de ellas en medio del estruendo de la revolucion italiana de 1848) son las mejores del autor por el pensamiento, la sobriedad, el sentimiento y el estilo. Lástima que no sean todas igualmente correctas, y que las deslustre á veces la suma llaneza del lenguaje ó lo escabroso y duro de algunos versos: pero esto es producto de la extremada facilidad y abundantísima vena del poeta, de su ningun apego á corregir lo que engendra y formula de un solo arranque su siempre jóven fantasía.

En estas composiciones se advierte, no sólo que el autor campea en terreno conocido y goza de la misma libertad que ha conquistado su patria, sino que, encargado de representarla en uno de los países más poéticos del globo, sabe utilizar gallardamente su poesía, enriqueciendo su paleta con colores de singular brillantez y elevándose á contemplaciones filosóficas de la mayor trascendencia. Además, el íntimo consorcio de las lenguas italiana y española, y el ejemplo de líricos tan ilustres como Manzoni, Campagna y Leopardi (el último de los cuales excede á Píndaro en grandeza y arrebato) habian necesariamente de influir de un modo beneficioso en las inspiraciones de nuestro poeta, despertando en su corazon peregrinas armonías, haciéndole prorumpir en cánticos animados por la llama que siempre vive. Díganlo, entre otras composiciones, la *Meditacion*, dirigida al célebre poeta Campagna; la *Fantasía nocturna*, abundante en riqueza descriptiva y en profundos pensamientos; *La Vejez*, de admirable unidad en su gráfica variedad, y rebosando en conocimiento de la sociedad y de los hombres; y, por último, la original y animada elegía titulada *Elvira*, de austera moral y rica en maravillosos rasgos de ternura. Todas ellas son lo que hoy debe ser la poesía lírica: sentimiento individual, y al mismo tiempo expresion legítima y verdadera de la civilizacion que la produce. Todas se encuentran análogamente á la altura de las mas levantadas creaciones de nuestro antiguo parnaso. Todas acreditan que el Duque de Rivas no es un poeta vulgar, y que pueden aplicársele exactamente los versos de Calpurnio colocados á la cabeza de estas líneas:

«Non pastor, non hoc triviali more viator,
Sed Deus ipse canit: nihil armentale resultat:
Non montana sacros distinguunt jubila versus.»

Ya hemos visto de qué modo el que habia derramado su sangre por la patria, combatiendo primero por la independencia, luchando despues por la libertad, y mereciendo siempre el renombre de [illegible] y [illegible] con que distinguió [illegible] el héroe de una como ha famosa, cons[illegible] (aleccionado por la adversidad y engrandecido su espíritu en los azares de la proscripcion) [illegible] secreto de su propia fuerza en el [illegible] de la fantasía y en el castizo vigor de [illegible] acendrado españolismo. Sin embargo, es á nuestra cuenta [illegible] la mas importante acaso de nuestro poeta, la qu

más ha contribuido á que fructificase su ejemplo, no podrá ser apreciada en toda su latitud, si nos concretamos á buscarla exclusivamente en la poesía lírica, destinada por naturaleza á satisfacer la necesidad que experimenta el alma de contemplarse en la expresion de sus propios sentimientos; ineficaz para recorrer de un vuelo el vasto y complicado conjunto de los afectos é intereses populares de una gran nacion: personalísima, como resultado de la emocion particular de un solo individuo. Por el contrario, el *poema*, la *leyenda*, el *romance histórico* y el *drama* contienen elementos que pueden darnos a conocer latamente lo que la lírica nos revela de un modo exiguo. Apelemos, pues, á ellos, y veremos con cuánta razon ocupa el Duque de Rivas el primer lugar entre los regeneradores de la poesía española de nuestros tiempos.

Su obra poética de más importancia y magnitud, descartadas las dramáticas, es, sin duda alguna, *El Moro expósito*, poema-leyenda escrito bajo el influjo de las nuevas teorías y destinado á servir de bandera en la revolucion literaria, consecuencia natural de la revolucion política realizada no bien dejó de existir Fernando VII. Esta obra, empezada en Malta y concluida en Paris, es única de su especie en nuestro parnaso: no se parece á nada de lo que la ha precedido: está muy por encima de cuanto se ha escrito despues en tradiciones análogas. Mucho siento que los estrechos límites de un proemio no me permitan examinarla detenidamente, ya que el brillante prólogo de D. Antonio Alcalá Galiano con que salió á luz por primera vez, y que ha de acompañarla en la presente edicion, es, más que exámen detenido de sus bellezas y defectos, apreciacion general de doctrinas y de sistemas. Pero aun á riesgo de dar en prolijo y de parecer difuso, he de apuntar algunas ideas de las que ha despertado en mí su lectura, bien que fuera necesario dilatarse en graves consideraciones para valorar con exactitud los quilates de su mérito.

Término medio entre la epopeya y la novela; engalanado alternativamente con los atributos de ambos géneros, y ostentando rasgos líricos de belleza extraordinaria, *El Moro expósito* se halla revestido de un carácter particular, no bien definido todavía, aunque propios y extraños lo hayan examinado y juzgado repetidas veces. Ligado á la verdad divina por el espíritu providencial que lo corona; á la verdad humana por la pintura y desarrollo de los caractéres y pasiones; á la verdad circunscrita de la historia por el colorido, y á la verdad poética por las descripciones é imágenes, el poema en cuestion (novela en cuanto á la distribucion de los sucesos, y de un interés y movimiento dramático más activos de lo que exige la epopeya) difiere extraordinariamente de los poemas antiguos, y satisface, no obstante, las condiciones de tal epopeya, presentando el conjunto de las creencias, hábitos, costumbres é ideas de la España del décimo siglo. Épico en la unidad del asunto; en las variadas personificaciones de dos razas incesantemente en pugna; en el fiel retrato de la vida íntima y de los elementos sociales de dos pueblos diferentes, y en el contraste que resulta de dos civilizaciones distintas (hijas de dos religiones diversas), desarrollándose simultáneamente en un mismo suelo, falta á lo que exige este linaje de poemas, en la carencia de concentracion de sus fundamentos esenciales y en la demasiada independencia relativa de las partes de que se compone. Sin embargo, los caractéres de los personajes que intervienen en la fábula se hallan, generalmente, individualizados con raro acierto, y las pasiones están pintadas, hasta en sus menores detalles fisiológicos, con la elocuente verdad de la naturaleza. Por eso al leer esta interesante produccion, basada en el trágico suceso de los siete infantes de Lara y en el castigo providencial de Ruy-Velazquez, nos sentimos transportados á las remotas edades que pone en relieve, y se nos figura haber nacido con Mudarra entre la pompa oriental de los Califas, en las feraces campiñas de Córdoba, ó asistido, en medio de la aridez y pobreza de Castilla, al hogar de aquellos hombres de hierro, tan duros é implacables en sus venganzas.

No diré yo como un distinguido crítico francés (1), acaso el que más imparcialmente y elevándose á más altas consideraciones ha analizado esta obra, que bien examinado su desenlace (rápido, imprevisto, y, en su concepto, como en el de algunos críticos españoles, poco motivado y *mal traido*), hallaremos que la Fatalidad se muestra en él bajo un carácter particular, y que lo más incontestablemente bello de *El Moro expósito* es la parte lírica. Concediendo, porque es justo, que la accion carece en cierto modo de una gradacion lógica bien determinada, y prescindiendo de la primacía que se otorga á los rasgos líricos del poema (porque es cuestion de gusto, para ventilarla en otra arena con mayor espacio), debo asegurar, restaurando los hechos á su verdadera luz, que semejante apreciacion del desenlace de esta obra es completamente equivocada. Donde el crítico francés no ha visto sino efectos de la ciega mano de la *Fatalidad;* donde críticos españoles de nombradía notan falta de preparacion y de acierto, podrá encontrar cualquiera que fije en ello la consideracion detenidamente, no sólo una peripecia dramática muy verosímil, sino el complemento racional de la idea generadora del conjunto, reducida á manifestar simbólicamente la justiciera sabiduría de la *Providencia*.

Este simbolismo, que no han sabido ó querido ver los censores, y al que ha llegado el autor, quizá sin prévia deliberacion de hacerlo, por una rara intuicion de la filosofía del arte, es tanto más perceptible, de tanta mayor trascendencia, cuanto que se pone a cada paso de manifiesto por medios naturales y sencillos, sacados las más veces del libre ejercicio de las pasiones humanas. Para descubrirlo basta simplemente querer verlo, ya en el errado flechazo del diestro esclavo de Giajar; ya en la infelicidad doméstica de Ruy-Velazquez ó en la pérdida de su hijo, abrasado en el incendio de su palacio; ya en el frustrado envenenamiento de Mudarra; ya en las imprecaciones de Elvida, que roban serenidad y esfuerzo al Sr. de Barbadillo; ya en la peripecia final, que arrebata el enamorado mancebo la dicha de enlazarse con la que adora, á cuyo padre ha dado muerte. Esta especie de remordimiento que nace, crece y sofoca por un momentáneo arranque de respeto filial (único modo de lograrlo) una pasion verdadera; este voluntario sacrificio tributado por Kerima á la memoria de su padre (causa de sus desventuras, pero padre suyo al fin y muerto á manos del que idolatra), es de gran belleza moral y deja honda impresion en el ánimo de los lectores.

Por lo demás, apartando el prosáico amaneramiento en que el autor se deja caer algunas veces; la exuberancia de lirismo con que otras embaraza la narracion; la viciosa contraccion de los diptongos en que incurre con frecuencia, dando ocasion á versos duros y malos; la excesiva prolijidad de varias descripciones, y el poco partido que ha sacado de ciertos contrastes, apénas indicados someramente; la poética diversidad de tonos que emplea y el tacto exquisito con que busca y encuentra el orígen de lo maravilloso en un resorte peregrino, en la supersticion, tan general en el pueblo de aquellos tiempos, imprimen en este poema (aun sin pararnos en el espíritu profundamente español que lo anima en la esencia y en la forma) un carácter exclusivamente suyo, sean cuales fueren las ráfagas de aires extraños que hayan podido mezclarse á la atmósfera que le da vida. En resúmen: *El Moro expósito* es la síntesis de la Edad media española, en uno de sus periodos más laboriosos de lucha y de reconquista, juzgada con severa imparcialidad, resucitada, por decirlo así, con sus vicios y virtudes, con sus preocupaciones y creencias, con su heroismo y su barbarie, con toda su poesía. ¿Qué espectáculo más ingenioso, más patriótico, más eficaz para despertar de su letargo á los que por tantos años habian dormido el sueño de la imitacion exótica?

Y si de *El Moro expósito* pasamos á las obras representables, cuya influencia en el público es más inmediata y activa que la de todos los demás géneros literarios (como que se dirige á la vez á gran número de personas), aun nos parecerá más clara la diferencia que se advierte entre el Duque de Rivas clásico y el romántico, entre el imitador y el que vuela con libre impulso; aún se hará más perceptible á los ojos del ménos perspicaz el influjo provechoso y decisivo de su ejemplo en el cambio de las doctrinas dramáticas, en el nuevo rumbo seguido por los ingenios consagrados al cultivo de la escena.

Las obras, ó, hablando con más propiedad, los *ensayos* teatrales de la primera época de nuestro autor, que han llegado á mi noticia, consisten en las tragedias *Ataulfo*, *Aliatar*, *Doña Blanca*, *El Duque de Aquitania*, y *Malek-Adhel*, escritas desde 1814 á 1821, y publicadas las dos últimas en el tomo segundo de la segunda edicion de sus *Poesías*, que dió á luz en Madrid este mismo año (2). En 1822 entregó al fallo del público de la corte una nueva tragedia, *Lanuza*, que fué extraordinariamente aplaudida, y durante su permanencia en Malta (de 1825 á 1830) escribió otra que no conozco, *Arias Gonzalo*, y la comedia *Tanto vales cuanto tienes*, cimentada en el mismo pensamiento de la que se titula *Oros son triunfos* (tambien imitada ó medio traducida de una extranjera), y medianamente clásica.

No hablaré de las tres primeras tragedias de que hago mérito, porque no tengo á la vista ni *Ataulfo* ni *Aliatar*, y el autor perdió en los desastres políticos de 1823 el manuscrito de *Doña Blanca*. Pero basta para formar juicio de sus calidades conocer lo que escribia en 15 de marzo de 1819 uno de los hombres mas autorizados entónces por su erudicion y buen criterio, don Antonio Ranz Romanillos, distinguido traductor de las *Vidas paralelas* de Plutarco (3).

Comparando el benévolo dictámen de este sabor crítico de la escuela clásica con las dotes que realmente caracterizan á *El duque de Aquitania*, *Malek-Adhel* y *Lanuza*, se puede fácilmente venir en conocimiento de la limitada importancia de tales ensayos, en los que, sin fuerzas aún para salir del angosto cauce de la imitacion, aspira el poeta á conseguir *cierta originalidad*, presintiendo instintivamente el verdadero destino de sus facultades. No quiere esto decir que las obras trágicas á que aludo sean relativamente inferiores á la generalidad de las que entónces se escribian; pero ni alcanzan el vigor y pintoresco estilo de las de Cienfuegos, ni rayan á la altura del *Pelayo*, de Quintana, ni la más popular y aplaudida de todas ellas, la que tiene cierto calor verdadero, debido al espíritu patriótico que la produjo, llega á competir con *La*

---

(1) Mr. CÁRLOS DE MAZADE. Véase la *Revue des deux mondes* perteneciente al 15 de Enero de 18[illegible].

(2) La primera se hizo en Cádiz en 1813, y el primer tomo de la segunda se imprimió tambien en Madrid en 1820.

(3) Los lectores agradecerán sin duda que les trasladaba á continuacion parte de la carta á que se alude en el texto, que todavía se halla inédita. El señor Ranz Romanillos, respondiendo desde Cádiz á una consulta del autor, se expresa del siguiente modo:

«Todo lo demás que V. dice sobre el sistema que ha adoptado para escribir tragedias que no sean calcadas sobre un particular modelo, sino que lleven consigo cierta originalidad, guardando en ellas escrupulosamente la verosimilitud, contrastando los caractéres, observando las reglas de las unidades, acrecentando el interés en la proporcion del progreso de la fábula, disponiendo un desenlace el ménos artificioso posible, tomando del teatro francés y del italiano lo que respectivamente es laudable en cada uno, y cuidando de que el lenguaje sea puro, correcto y adornado convenientemente segun el género de poesía que se cultiva: todo esto repito á V. que está maravillosamente pensado, y tambien vuelvo á decir que hallo en V. grandísima disposicion para ejecutarlo, hasta donde á nuestra limitacion le es dado alcanzar. Por tanto, lejos de aconsejar á V. que se contente con los ensayos hasta aquí hechos, le exhorto cuanto puedo, á que prosiga sudando en esta arena con la esperanza de ser coronado.

»En las muestras que V. ha dado, las acciones están bien conducidas; no hay escenas supérfluas; el diálogo es animado, fluido y muy sostenido; y si hay descuidos, no son de los muy reparables en que se falta á las reglas del arte, que ya es muchísimo. Del principio trascendentalísimo de no perder de vista la verosimilitud, se derivan las más de ellas, y V. es cuidadosísimo en guardarla, lo que dará siempre mucho valor á sus composiciones. Las reglas, empero, más se ocupan en precaver defectos que en prescribir bellezas. Dicen, cuando más en la parte positiva, que tales y tales lances, como los reconocimientos y mudanzas de fortuna, bien preparados y manejados hacen maravilloso efecto; pero no señalan ni pueden señalar el momento oportuno de su uso, y en esto está toda la dificultad. Así las reglas no abren ni despejan el buen sendero: notan, sí, muy bien los malos pasos donde ya se ha tropezado. Las bellezas las ha de sacar cada uno de su propio fondo; y por esta razon se diversifican tanto en las obras de ingenio los que trabajan en un mismo género, y aun sobre un mismo argumento.

»Pasando ya á hablar, sobre este fundamento, de las dos tragedias, en las que desea V. sea yo su Aristarco, le aseguro con toda la verdad que á mí entender en la de *Doña Blanca* ha sacado V. del asunto todo el partido que era posible. La historia es conocida, y V. se ha valido con maestría de todas sus circunstancias, haciéndolas servir para dar realce á la accion, sobre todo, la aparicion del pastor está muy bien traida y manejada. Tales sucesos son muy propios para acrecer el terror; y en este drama, cuando la historia no le hubiera ofrecido, era preciso haberle inventado, porque faltan todos los otros medios teatrales de grande efecto. Los caracteres, que son los que la historia da á los principales personajes, están bien pintados y sostenidos. Con todo, «en *Doña Blanca*, dice V., me descontenta el que esta infelice reina no interesa tanto como yo quisiera;» y no extraño que V. se explique así, porque yo observo tambien que no interesa segun mi deseo. Contribuye en alguna parte á disminuir el interés en esta tragedia el que la protagonista no puede haberse más que pasivamente en toda ella, no pudiendo poner nada de su parte ni para mejorar ni para empeorar su suerte. Las situaciones apuradas de los personajes principales, sus deliberaciones y sus acciones consiguientes á los riesgos que les amenazan, dan mucho calor al drama, y ponen á los espectadores en una proporcional agitacion. Aquí esta infeliz princesa nada tiene que hacer, y sólo la consideramos como una cordera inocente caida en las garras de un lobo, en cuyo favor se trabaja para que este no acabe de despedazarla. Reflexione V. que estas situaciones, puramente pasivas, de los principales personajes, de suyo son poco trágicas; á no que con ellos hayan de padecer otros que puedan tomar actitud activa, como son los que tienen un deudo natural muy inmediato; en el cual caso toman estos tambien la calidad de personajes principales, que es lo que sucede [illegible].»

viuda de Padilla, de Martinez de la Rosa, escrita á impulsos del mismo espíritu alusivo de *circunstancias*. No obstante, *Lanuza* (aunque en realidad de verdad histórica nada tenga que ver con el justicia de Aragon, víctima de su entereza) se ha sostenido con éxito en nuestros teatros hasta hace poco. Yo mismo la he visto en mis primeros años causar gran sensacion en el público, merced á las alusiones políticas en que abunda y que tan bien respondian á los sentimientos de la multitud, embriagada de placer en los primeros dias de la restauracion liberal de 1834.

Las demás se encuentran, poco más ó ménos, en el mismo caso que *El duque de Aquitania*, cuyo principal personaje es la milésima trasmigracion del espíritu de Orestes (desnudo de la majestad y grandeza con que brilla en la sublime creacion del trágico griego), y cuyo plan es tan demasiadamente sencillo, como gastados los resortes que originan las peripecias, y amanerado en su entonada compostura el lenguaje de los interlocutores.

Cuando el príncipe de nuestros oradores políticos, el terso y abundante Galiano, escribia en Paris el sesudo proemio de *El Moro expósito*, analizando con sagacidad y clareza nada comunes lo que entre nosotros habia sido el clasicismo importado, y los frutos que iban dando en otras naciones las ideas románticas, norma del duque de Rivas al escribir su poema; cuando Toreno, Búrgos, Trueba y Cossío, Martinez de la Rosa, el mismo duque de Rivas, Galiano, Canga-Argüelles y muchos otros españoles ilustres endulzaban las amarguras de la emigracion preparando con estudios y trabajos útiles el renovamiento moral y político de nuestra patria, un escritor sabio, modesto, lleno de entusiasmo por el arte, levantaba su voz en el silencio general, en medio del abatimiento en que yacía la inteligencia dentro de los límites de la Península, aventajando en elevacion de miras á cuantos le rodeaban, para deslindar con profundo conocimiento filosófico las diferencias esenciales de las doctrinas clásica y romántica, predicando arrojadamente la libertad en el corazon del más sofocante absolutismo; abriendo camino á la independencia del teatro en los momentos en que para juzgar las comedias eran buscados los teólogos.

Este hombre, cuyo *Discurso sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del Teatro Antiguo Español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar* (1) encierra en muy breves páginas lo más fundamental y sustancioso de las teorías regeneradoras; este hombre, ménos popularmente aplaudido que el inimitable Fígaro, aunque de más alcance crítico y de mayor solidez y profundidad en materias filosófico-literarias, no sólo fué el verdadero precursor de la nueva escuela, anticipándose á todos en la predicacion de sus doctrinas, sino rayó en una altura donde no consiguieron rayar despues ni el mismo célebre Larra, ni ninguno de los que al estallar la revolucion poética se encargaron de dirigir la opinion ó de aleccionar é instruir á los fervorosos cuanto inexpertos sectarios de la nueva ley. Sin los esfuerzos heróicos, no bien apreciados todavía, de D. Agustin Durán, para quien la poesía *no es otra cosa que el modo ideal de expresar los sentimientos humanos* (2); sin la singular constancia con que se lanzó á la arena como campeon firme y decidido de nuestro antiguo teatro y del espíritu eminentemente cristiano, nacional y libérrimo que lo produjo; sin sus vastos conocimientos estéticos, difundidos ardorosamente cuando nadie se curaba en España de tales cosas, tal vez hubiera sido más difícil á la dramática de la regeneracion naturalizarse en nuestro suelo; acaso hubiera escandalizado más á ciertos espíritus meticulosos y rutinarios la aparicion en la escena del teatro del Príncipe del gigantesco drama original del duque de Rivas titulado: *Don Alvaro ó la fuerza del sino.*

Hasta que surgió esta obra, no indefinible, como algun crítico ha dicho, sino clara y definible sobre todas las de su especie, el romanticismo se habia limitado entre nosotros á importar algunas de Dumas, Víctor Hugo y Delavigne, las primeras de las cuales causaron en la multitud un verdadero estupor, y gritos de indignacion y de espanto en la crítica *petrificada*. Es verdad que *La Conjuracion de Venecia*, de Martinez de la Rosa, y el *Macías*, de Larra, precedieron á *Don Alvaro*, insinuándose favorablemente en el ánimo del público; pero aunque abandonaban el carril antiguo y eran fruto del aliento regenerador, carecian del vigoroso espíritu que consuma una revolucion de un solo golpe, decidiendo para siempre de los destinos de un sistema. Por otra parte, en *La Conjuracion de Venecia* y en *Macías* se advierte timidez, recelo de herir muy desembozadamente la susceptibilidad de las tradiciones consagradas; y en literatura como en política la indecision es la muerte, sobre todo en épocas en las que son bastante activas de suyo las necesidades del mayor número para no consentir que sirva de rémora á sus expansiones el nimio y calculado propósito de una contemporizacion insuficiente.

Don Alvaro presenta una nueva faz de la idea generadora de *El Moro expósito*, desarrollada en más ámplia esfera y sellada con el sello de una originalidad más profunda; es la verdadera y más valiente personificacion de nuestro romanticismo, no semejante al francés, no identificado con el aleman, distinto del italiano y del inglés, más que en ninguna de sus producciones, en esta peregrina creacion, acaso la más notable por su nacionalidad de todo nuestro teatro. Que *Don Alvaro* no ha sido juzgado todavía segun merece, es cosa que nadie ignora. Que yo no podré hacerlo como es debido, fuera inútil mencionarlo. Pero dejando tal empeño á quien sabrá salir airoso de tanta empresa, voy á cumplir con lo que exige el presente escrito, concretando á las ménos palabras posibles la exposicion de mis opiniones sobre este drama extraordinario.

Inútil fuera describir minuciosamente el giro que ha dado el autor al desarrollo de su feliz pensamiento. En España todos conocen esta obra, asunto de acaloradísimas controversias; y no hay uno de cuantos piensan y leen que no se haya ocupado en enaltecerla ó deprimirla. A extremos tan contrarios se prestan siempre las creaciones que salen de la esfera de lo vulgar y que caracterizan un género por sí solas. Limitaréme, pues, á indicar los fundamentos principales de la accion, para tener un punto de partida al quilatar, de la manera diminuta que me es dado hacerlo, sus singulares condiciones.

Don Alvaro, rico, apuesto y generoso, bien que de misteriosa procedencia á los ojos de todo el mundo, se enamora ardientemente en Sevilla de la hija del marqués de Calatrava. Correspondido en su amor, y deseoso de poseer á la que adora, piensa en ofrecerle su mano; pero el Marqués, de ilustrísimo linaje y mal satisfecho de tales amores, saca á su hija de Sevilla para evitar los progresos de una pasion que no estimaba conveniente. Don Alvaro entónces rinde con oro á los criados de Leonor, y, favorecido por ellos, dispone robarla de la hacienda de su bondadoso padre para desposarse en el pueblo más inmediato. Leonor vacila, pero en el momento en que, fascinada por su amante, se decide á arrostrarlo todo y partir con el que idolatra, los sorprende el Marqués, avisado oportunamente de cuanto ocurre. La indignacion del anciano llega á su colmo viendo al *advenedizo* en la estancia de su hija. Don Alvaro saca una pistola para tener á raya á los criados del marqués. Tiembla Leonor por su padre, tiembla por su amado; y en el momento que éste, reconociendo que aquél *tiene derecho para todo*, se postra á sus plantas arrojando en tierra la pistola, dispárase el arma fatal y hiere mortalmente al Marqués, que espira maldiciendo á la hija desventurada.

Recobrado de las heridas que recibió en aquella noche inolvidable luchando con los fieles criados del Marqués difunto, D. Alvaro sigue las banderas españolas á Italia, persuadido de que su Leonor ha muerto y anhelando sucumbir en los combates. Allí, bajo el nombre de D. Fadrique de Herreros, da cima á las más altas proezas; allí salva la vida al mayor de los hijos del Marqués, que habia ido en su busca con nombre supuesto, ardiendo en sed de venganza; y no bien el lazo de mutua gratitud y simpatía los une en amistad estrecha sin conocerse, cuando el nuevo marqués de Calatrava descubre que su amigo es el seductor de su hermana y matador de su padre, lo insulta, lo desafía y muere á sus manos en el duelo. Leonor en tanto, huyendo de sí misma, se refugia en la vida penitente y procura expiar su falta léjos del mundo y de los hombres, bajo las alas protectoras de la religion, en las intrincadas y casi inaccesibles breñas próximas al famoso convento de los Angeles, situado á media legua de Hornachuelos. A él habia sido trasportado el indiano D. Alvaro, mal herido por unos salteadores, y de él era religioso cuatro años hacia (cumpliendo el voto que formó en Veletri, al escapar del suplicio que le aguardaba por haber muerto á don Cárlos en desafío), cuando se presentó en su celda un embozado caballero. Era don Alfonso de Vargas, hijo segundo del Marqués. Sediento de venganza como su hermano, habia recorrido la América en busca del seductor, habia roto el misterio de su orígen, y venia á perseguirlo hasta en aquel asilo sagrado, donde bajo el nombre de Padre Rafael procuraba expiar la desgracia de sus crímenes. Don Alvaro lucha con las sugestiones infernales y se sobrepone á ellas. Sin embargo, acosado, escarnecido por el último de los Vargas, pierde la fortaleza del espíritu; y, triunfando el instinto de la razon, empuña la espada que aquél le ofrece, sale con él del convento, salvan la cerca que defiende el sagrado asilo de Leonor, y, á vista de la ermita donde vive muerta para todos, á la luz frecuente del relámpago, cruzan los aceros y cae don Alfonso bañado en su propia sangre.

A las voces imperiosas de D. Alvaro pidiendo auxilio espiritual para el moribundo, la mujer penitente, sorprendida en el silencio de su ignorado retiro, hace señal en demanda de socorro y desciende de los riscos á presenciar el más horroroso cuadro. Reconócela D. Alvaro, llámala D. Alfonso, á quien ella corre desalada; y juzgando éste, al verla en aquellos sitios, que vive hipócritamente al lado del matador de su padre, ultrajando su memoria, hace un último esfuerzo y le atraviesa el corazon. La comunidad llega á este punto cantando las divinas oraciones; y cuando D. Alvaro, poseido del vértigo de la desesperacion, sube á una roca y se precipita, la voz de los religiosos se levanta, como perfume celestial que lo purifica todo, clamando: *¡Misericordia, Señor, misericordia!*

Tal es, en resumen, el fundamento de esta fábula sublime.

Ahora bien: para muchas gentes, y áun para algunas que se precian de instruidas y que lo son, *Don Alvaro* reproduce el fatalismo de los griegos y no tiene más objeto que pintar la impotencia del sér humano para luchar con la predestinacion de su existencia. El autor mismo ha debido creerlo así, cuando ha decorado su obra con el sobrenombre de *La fuerza del sino*, frase que formula una creencia (una supersticion, si se quiere) latente en todos los pueblos del mundo, y que se da á conocer de varias maneras, ya diciendo entre los musulmanes *estaba escrito*, ya entre los cristianos *estaba de Dios* ó *si Dios quiere*. De todos modos, y atento á que no puedo dilucidar este punto, porque fuera indispensable para efectuarlo detenerse en largas consideraciones, debo hacer una observacion que acredita cuán superiores son las intuiciones del genio á los propósitos mismos del hombre, y cómo el rayo divino que las ilumina supera en el momento de la creacion á lo que habian pensado realizar los cálculos del talento.

El autor que, á decidir por lo que expresa el segundo título de su obra, se habia propuesto pintar la tiranía del destino sofocando la libertad de las acciones humanas (que no otra cosa es la supersticion de la *fuerza del sino*, resto de las creencias gótico-arábigas de la Edad media), ha presentado, como ya he dicho, otra faz de la justicia providencial visible en *El Moro expósito*, no abandonando el héroe á los horrores de una predestinacion criminal indeclinable como la de Edipo, sino condenándolo á sufrir las consecuencias del *fatalismo del error voluntario*, digámoslo así, que por una sucesion infalible nos precipita de abismo en abismo cuando la razon no nos detiene al borde de alguno de ellos.

Si D. Alvaro no hubiese intentado robar una hija á su padre, con más o ménos dignos propósitos, ciertamente que no habria tenido ocasion de hacer uso de la pistola que asesina al marqués de Calatrava. Si Leonor hubiera abrigado la fortaleza que pudo tener para llegar, no empezando por una prematura falta de obediencia, al término de su disculpable amor, no habria sido causa de la muerte de su padre y de la desgracia y pérdida de todos los suyos. No es, pues, la *fatalidad*, no es el *sino* el que impulsa á D. Alvaro, por un sendero del que no pueda apartarse, á labrar su propia desdicha siendo azote de la familia de Vargas. Entre el mal y el bien, entre el sentimiento del deber y el desvarío de la pasion existe gran diferencia, y don Alvaro es libre de escoger el camino que más le plazca. Si escoge mal, ¿cómo ha de lograr el bien? Si deja en todos los trances de la vida que el arrebato de las pasiones se sobreponga al influjo benéfico de la razon, ¿cómo no ha de llegar al término más desdichado? Verdad es que se necesitan fuerzas de gigante para sostener esta lucha, cuando la organizacion material contribuye al alimento y desarrollo de las pasiones violentas; pero, moralmente hablando, todos los hombres están obligados á ser gigantes; todos tienen, si las buscan, bastantes fuerzas en su voluntad, bastante imperio en su alma para sobreponerse á las sugestiones del instinto.

Lo mismo que D. Alvaro nos enseñan D. Cárlos y D. Alfonso. Desde el momento en que reciben noticias de la pérdida de su padre, sólo viven para la venganza. ¿Qué extraño, pues, que persiguiendola sin cesar lleguen á encontrar la muerte? Pensamiento tan feroz, que á nada razonable conduce, ¿podia tener ménos desastrada consecuencia? ¿No es ella el castigo providencial merecido de los que aspiran á castigar una falta, causa de un crímen en cierto modo involuntario, dando rienda suelta á pasiones tan mal templadas y regidas como la que ha originado el error mismo, y harto ménos disculpables, porque son degeneracion bastarda del cariño filial, profanacion impía del más noble, puro y tranquilo de los sentimientos humanos!

De que a este drama preside la idea de la Providencia, y de que es un símbolo cristiano singularmente definido, merced al juego de las pasiones y de los sucesos que concurren a hacerlo perceptible, hallaremos ejemplos á cada paso en todas sus partes, si no queremos cerrar los ojos a la luz o ver las cosas por un prisma que no les conviene. Basta poner alguna atencion en el verdadero móvil de los acontecimientos que á primera vista parecen fruto de la casualidad, cuando no del mal sino del protagonista, para conocer que las malandanzas de que son víctimas los personajes se deben, no á la fatal predestinacion de cada uno de ellos, sino al

(1) Impreso en 1828.
(2) Véase el citado *Discurso*.

mal uso que hacen de las pasiones en el libre ejercicio de sus facultades morales. Regularaulas con arreglo á los principios de la sana razon, ejercitáranlas de otra manera, y pronto quedaria rota la cadena de esa aparente fatalidad: pronto caeria deshecho el fantasma de *la fuerza del sino.*

Como quiera que sea, la idea cristiana, elemento esencial de esta produccion, se patentiza en ella incesantemente. Y sino, dígase: ¿Qué es Leonor, sino el símbolo de la caida de la humanidad y de su inmediato castigo? El amor terrenal hace que Adan cometa la primera culpa: el amor terreno da ocasion á que Leonor incurra en la primera falta. Dios maldice al hombre, y se abren para él las puertas de la amargura: el padre maldice á la hija, y se abren para ella las puertas de la desgracia. ¿No está aquí el símbolo muy patente? Hay más: cuando don Alvaro, en la ceguedad de su desesperacion y lanzando imprecaciones, sube á las peñas y se arroja en el torrente, la voz de la religion eleva plegarias al cielo, demandando para el infeliz en momento tan supremo los auxilios de la gracia, y dando á entender que ántes de llegar al fondo puede (como dice admirablemente Zamora por boca de *El Convidado de piedra*) aprovechar para arrepentirse y salvarse *la eternidad de un instante.* Por otra parte, la pistola que dispara una funesta casualidad y que asesina al marqués de Calatrava, ¿no demuestra elocuentemente las terribles consecuencias de que es susceptible un primer error, aun no existiendo en nosotros la predisposicion de cometer grandes males?

Mírese como se mire, *Don Alvaro* es un drama que nada tiene que ver con el fatalismo griego, y cuya importancia es grande como símbolo cristiano. De mí sé decir que no le encuentro superior en nuestro teatro, bajo éste ni bajo otros puntos de vista, y que lo considero á la altura de las más notables creaciones extrañas de todos los tiempos. ¿Cabe, por ventura, mayor grandeza que la del pensamiento moral que abraza? ¿Acaso no es la demostracion viva del fin que tienen los errores de la humanidad, de las angustias á que nuestras faltas nos condenan, de que para salvarnos de la perdicion á que nos arrastran las propias culpas queda siempre á la divinidad el gran poder de la misericordia?

Ni es menor su importancia con relacion al nacionalismo y al arte. — Los que dicen que en *Don Alvaro* resplandece el espíritu fatalista, aseguran tambien que semejante creacion es un monstruo, por su falta de unidad y por la variedad extremada de sus elementos. Este juicio es tan equivocado como el otro. Lo probaré fácilmente.

Si por unidad se entiende la aglomeracion en breves horas de los accidentes de una vida entera y de los mil distintos afectos que despiertan en el alma, dando por resultado una cosa imposible en la realidad: si consiste en la limitacion á un solo punto del lugar donde haya de desarrollarse la accion, y en la analogía de clase de los interlocutores, y en la uniformidad de entonacion del estilo, y en el escogimiento y encopetada nobleza de las palabras, y en la combinacion matemática de las peripecias, *Don Alvaro* carece, efectivamente, de unidad. Pero si en el arte es preciso no considerar lo que está vivo como conjunto de partes inanimadas que el análisis puede separar á su antojo, cuando en su union es en lo que consiste la vida; si por unidad se entiende la perfecta relacion que en las obras intelectuales debe existir entre las partes y el todo; la trabazon y enlace de los elementos humanos, traducidos en caracteres naturales y en pasiones verdaderas, concurriendo á la eficaz determinacion de un pensamiento; la libertad de disponer del tiempo y del espacio, siempre que sea indispensable para caracterizar más vivamente los fundamentos de una accion; el encadenamiento lógico de los sucesos, y, como consecuencia suya inmediata, la graduada concentracion del interés, *Don Alvaro*, de tan profunda unidad de pensamiento como hemos visto, responde á todas las unidades prescritas por la razon y el buen gusto.

Pre[illegible]amente en la diversidad, extraña al parecer, de los medios que pone en juego el autor para llegar al término de su idea (personificada en don Alvaro), es donde estriba una de las mayores bellezas artísticas de esta produccion. ¡Qué mezcla, tan admirable por lo verdadera, de bueno y malo, de arrebato y de juicio, de [illegible] y de terrible es el singular caracter de ese D. Alvaro! ¡Y cómo el poeta lo ha hecho interesante, para que despierte sentimientos compasivos enseñándonos á otorgarlos al error que no nace de perversidad ingénita, sino de [illegible] acaloramiento y extravío de las pasiones! ¡[illegible] ve la colosal figura de este personaje, [illegible] de la unidad de la obra, animando, como [illegible] ó como efecto, hasta los más mínimos detalles del desarrollo de la accion!

Y si de la unidad [illegible] descendemos á la de las partes [illegible], veremos que no concurren ménos á favorecer[illegible], dando por resultado un interes de la ma[illegible] en el alma del [illegible]. El Duque de Rivas ha [illegible] en esta variedad de [illegible] y de caracteres larga muestra de su conocimiento del arte y de los hombres; ha pintado la naturaleza tal como es y como debe ser trasplantada á los dominios de la poesía. ¡Y qué diversidad de tintas, qué riqueza de color al presentar los contrastes, tan frecuentes en el mundo, de lo grande con lo pequeño, de lo trivial con lo sublime, de la risa con el llanto! — Sólo el recuerdo de la patria, en un corazon que suspiraba léjos de ella, podia haber bosquejado con tan intensa verdad aquella tertulia vespertina en el puesto del tio Paco, que sirve de ingeniosísimo prólogo para la inteligencia de sucesos ulteriores. Ni encontraremos desde Cervantes hasta nuestros dias cuadro mejor pintado que el de la posada de Hornachuelos; ni situacion más conmovedora y poética que la llegada de Leonor al convento de los Angeles: ni escenas de más bizarría que las de la vida militar en Italia; ni de mayor pureza y ternura que la de Leonor y el Guardian al pié de la Cruz; ni más gráficas que la de fray Meliton y los pobres; ni tan llenas de pasion profunda y desgarradora como las de D. Alvaro y D. Alfonso. ¿Quién no sabe de memoria en España el monólogo en décimas de D. Alvaro:

> «¡Qué carga tan insufrible
> Es el ambiente vital
> Para el mezquino mortal
> Que nace en signo terrible!»

no inferior en poesía y superior en verdad de sentimiento al famoso de *La vida es sueño* de Calderon? ¿Quién ignora el de D. Cárlos de Vargas:

> «¡Ha de morir, qué rigor,
> Tan bizarro militar!»

durante el cual el nuevo Marqués de Calatrava descubre que su herido amigo es el indiano D. Alvaro? ¿Quién puede olvidar aquellos suavísimos versos, que destilan lágrimas, puestos en boca de Leonor cuando llega á la Cruz situada frente á la iglesia de los Angeles?

> «¡Qué hermosa y clara luna!
> La misma que hace un año
> Vió la mudanza atroz de mi fortuna
> Y abrirse los infiernos en mi daño.»

Así como he dicho de *El Moro expósito* que es la síntesis de la Edad media española, puedo decir que *Don Alvaro* es el resúmen de todos los caracteres constitutivos de nuestra nacionalidad en la Edad moderna. Desde el Marqués de Calatrava, perteneciente á la más alta jerarquía social, hasta el Majo, el Arriero y la Gitana: desde el Canónigo que se informa del éxito de las corridas de toros, ó el Guardian franciscano, viva encarnacion del espíritu evangélico, hasta el fraile lego, curioso, respondon y desvergonzado: desde la vida de los campamentos hasta el interior de las posadas; desde los descubrimientos de América hasta las conquistas de Europa, el Duque de Rivas nos ofrece en su prodigiosa creacion todos los tipos más característicos de nuestro pueblo, todos los que más pueden traernos á la memoria el recuerdo de nuestras glorias tradicionales, de nuestras costumbres indígenas ó de nuestras instituciones monásticas, heridas de muerte cuando este drama nacia. Nada hay en *Don Alvaro* que no sea profundamente español: el pensamiento, las pasiones, los caracteres, las costumbres, el estilo, todo, todo es hijo de nuestra patria. Por eso fué muy aplaudido á su aparicion; por eso lo es hoy, á pesar de las mutaciones consiguientes al discurso de veinte años de luchas y de trastornos: por eso lo será mientras existan españoles que quieran ver lo que fueron, para apreciar mejor lo que son y adquirir más fácilmente el conocimiento de lo que les cumple ser.

Retirado á Sevilla, á consecuencia del cambio político debido al famoso *pronunciamiento* de 1.° de setiembre de 1840, y alejado de los negocios públicos, en los que era llamado á intervenir por su alcurnia y su talento, el Duque de Rivas utilizó los dos años subsiguientes, durante los cuales permaneció en aquel delicioso verjel de Andalucía, escribiendo para la escena *Solaces de un prisionero*, *La Morisca de Alajuar*, *El Crisol de la lealtad*, *El Desengaño en un sueño;* y *El Parador de Bailén.* La primera es, más que ninguna otra cosa, una leyenda caballeresca donde están gallardamente dibujadas las figuras de Francisco I, Cárlos V y el buen Hernando de Alarcon. En ella no hay la fuerza de vida, la enérgica grandeza que rebosa en *Don Alvaro* y en *El Desengaño en un sueño;* pero se encuentran caracteres simpáticos, nobles pasiones, sabor á los grandes modelos españoles del siglo XVII, y cierta lozanía de estilo que hace olvidar la falta de interés dramático y la quizá demasiada languidez de algunas escenas (1). *La Morisca de Alajuar* y *El Crisol de la lealtad* son dos comedias antiguas, por el corte del argumento y por el estilo, desnudas de la gongórica hinchazon de algunas de aquellas, no del todo exentas del desórden que á veces las desfigura, pero con su misma libertad, con su misma poesía, con igual españolismo. Ambas consiguieron en la escena justos aplausos. *El Parador de Bailén* es una especie de farsa, en el sentido que hoy solemos dar á esta voz, indigna de la pluma de nuestro poeta, aunque encierre escenas de gracejo indisputable.

Si *Don Alvaro* no hubiese dado á conocer que el Duque de Rivas es el legítimo heredero de Calderon y de Lope, así como Hartzenbusch lo es de Alarcon y de Rojas (2), patentizáralo, sin dejar ocasion á la menor duda, el drama fantástico titulado: *El Desengaño en un sueño.* Entre las obras poéticas de nuestro autor, esta ocupa, despues de *Don Alvaro* y de *El Moro expósito*, el lugar más encumbrado, no sólo por la alteza del pensamiento filosófico que la sublima, sino por el copioso raudal de poesía que le rinde galas y hechizos. Los dos primeros actos, principalmente, son, bajo el último concepto, lo más rico y brillante que ha producido la imaginacion siempre fértil de nuestro poeta. Sin embargo, el mayor mérito del drama consiste en el pensamiento, en la profunda unidad de interés ligada á las tempestades humanas en que el delirio de la ambicion y la insaciabilidad del deseo arrojan al héroe, que no se aparta de la escena ni un solo instante.

No es completamente original del Duque de Rivas la idea generadora de esta produccion. Sin salir de nuestro antiguo teatro, pudiéramos encontrarle analogía con el pensamiento capital de *La Vida es sueño*, así como los medios adoptados con el fin de hacer patente el fondo de esta maravillosa creacion ideal, recuerdan el cuento del mendigo á quien embriagan para tratarlo como á rey durante un dia, devolviéndolo despues á su primitiva esfera y haciéndole creer que ha soñado cuanto en realidad le ha sucedido. Esta circunstancia, no obstante, en nada disminuye á mis ojos el mérito de la obra. La originalidad, lo mismo que la verdad, no es patrimonio exclusivo de ningun ingenio, por más extraordinario que sea. Todas las verdades, todos los caracteres, todas las pasiones, hasta la idea de todas las formas expresivas, existen, más ó ménos vagamente, en el mundo espiritual y son del dominio de todos los hombres. El que sabe descubrirlas y formularlas, el que tiene bastante fuerza en sí mismo para apropiarse lo que le conviene, usa de un derecho, tanto más legítimo, cuanta mayor sea la parte de vida propia que comunique á los elementos extraños de que se apodere. De no ser así, la historia del ingenio humano se convertiria en un proceso criminal donde ningun hombre ilustre podria justamente libertarse del ignominioso título de ladron. Lo importante en esta materia no es saber si se ha tomado algo ajeno, sino si se ha tenido la habilidad de hacerlo propio: no si tal situacion, tal carácter ó tal idea semejan á otra idea, otra situacion y otro carácter, sino conocer si han recibido nuevo aliento en la distinta combinacion que se les ha dado. Un mismo raudal contribuye á producir en unos sitios verdura y flores, y en otros desaparece infructífero entre arenales. La cuestion no está en el agua, está en el terreno; y todos los plagios del mundo no harán que una cabeza estéril utilice con discrecion los pensamientos extraños. Por el contrario, hasta reproduciendo á veces cosas ajenas se puede llegar á la originalidad, cuando se les presta ese espíritu invisible que les da cierto matiz inapreciable, en el que estriba lo bello, y que tan bien se comprende al leer la cancion de Rioja *A las ruinas de Itálica*, traducida del castellano al español de la cancion al mismo asunto de Rodrigo Caro.

El Desengaño en un sueño es exactamente lo que su título indica. Lisardo vive con el sabio Marcolan, su padre, en un pequeño islote, sin más sociedad ni más amigos, suspirando por volar al mundo y dar empleo á la actividad juvenil de su corazon. Pero Marcolan, que se halla en comercio con los espíritus sobrenaturales, conoce el alma de Lisardo, sabe que el ímpetu de sus pasiones, lanzado en el torbellino de la sociedad, puede labrar su desgracia, y quiere impedirla á toda costa. Para lograrlo forma un conjuro que postra y adormece al jóven; lo hace pasar durante su sueño por todos los placeres, por todas las grandezas, por todas las amarguras de la existencia real, y lo despierta en el momento en que, caido en una cárcel desde un trono, horrorizado de los crímenes á que lo ha impelido su ambicion, y penetrado de la vanidad de las grandezas mundanas, se encuentra perfectamente dispuesto á comprender que la serena paz del alma es el mayor de los gozos de la vida. En este rápido viaje por la ardiente imaginacion de Lisardo, el autor ha derramado los más ricos tesoros de su fantasía. No parece sino que este drama, léjos de haber sido es-

(1) Esta comedia, escrita expresamente para el Liceo artístico y literario de Madrid, ha sido tambien muy aplaudida en casi todos los teatros de la Península.

(2) Al hacer esta comparacion no aludo al número, sino á la calidad de las obras, y al arranque y gusto poético de los respectivos ingenios.

crito como lo son todos, esto es, una escena despues de otra, ha surgido en un solo instante de la mente del poeta. Tan lógico y fácil se precipita el asunto desde la poética exposicion hasta el imponente desenlace. Tan llena de interés dramático está la fábula desde la primera escena hasta la última, aunque la segunda mitad sea para mí ménos esmerada y bella que la primera.

La historia de Lisardo, personificacion vigorosa del pensamiento del drama, es la historia de la humanidad: siempre codiciando para menospreciar lo codiciado, no bien lo consigue, y codiciar en seguida cosa mayor; nuevo Sísifo condenado á levantar incesantemente el peñasco del deseo, para verlo, apénas logrado, rodar al abismo del hastío. La gradacion de estos deseos, de estas aspiraciones, que empiezan por el amor y que, á impulsos de una ambicion indomable, llegan á todo, ménos á la felicidad, por el camino del crímen, está admirablemente concebida y con singular belleza realizada. Para hacerla más visible aún, encerrando en muy breve espacio el cuadro completo de la vida, ha penetrado el autor en las regiones de la conciencia y personificado los móviles más impalpables de las acciones humanas. Esta intervencion del mundo interior materializado, principal elemento de la accion en *El Desengaño en un sueño*, no es nueva en nuestro teatro: testigo es de ello una de las *partes* de *D. Juan de Espina*. Pero jamás se la habia hecho servir á tan altos fines; jamás se la habia sistematizado tan útilmente.

El Desengaño en un sueño compone con *D. Álvaro* y *El Moro expósito* la Trimurti poética que, bajo formas distintas, aunque una sola en abstracto, revela el pensamiento providencial y cristiano, base y fundamento de las obras más notables del Duque de Rivas. En la que ahora me ocupo, cuyas condiciones son tan peregrinas, se ha propuesto aquel sin duda hermanar discretamente el enérgico y á veces sombrío individualismo de Shakespeare con el lujo poético de Calderon; enlazar los tenebrosos pensamientos de Macbeth con los impensados arrebatos de Segismundo; buscar en la forma metafísica de *Fausto* y de *Manfredo* (á cuya familia pertenece) elementos para realizar, teniendo en consideracion ejemplos como *El Condenado por desconfiado*, *El Mágico prodigioso*, *El Ermitaño galan*, y *El Anticristo*, el drama filosófico del mediodía, profundo en la esencia como el del norte, brillante y lozano en la forma como el sol ardiente que nos ilumina.

Aunque las obras escénicas del Duque de Rivas acreditan que la cualidad más característica de su ingenio es el instinto dramático, tal vez no se halle en parte ninguna tan puesta en relieve esta cualidad como en sus *Romances históricos*, escritos unos en el extranjero, creados otros de vuelta de la emigracion, y dados á luz en Madrid en 1841. Esta coleccion de joyas de gran valía (no exentas, en verdad, de lunares, pero bañadas siempre en el perfume del más acendrado españolismo), es elocuentísima condenacion de los enemigos del *romance*, y justa medida de la flexibilidad con que este se ofrece á todos los tonos, desde el más llano y suave hasta el de más sublimidad ó mayor ternura. No en vano es el metro popular en España por excelencia.

Cada uno de estos *romances* es un verdadero poema lleno de interés dramático. Díganlo los tres primeros que con tanta exactitud nos presentan al rey *justiciero* y *valiente*, tan célebre por sus crueldades y con tan vigoroso y siniestro colorido pintado por el poeta. Dígalo *Don Álvaro de Luna*, donde tan al vivo se bosqueja el trágico fin del Maestre amigo y favorito de D. Juan II: ó *El Conde de Villamediana*, pintura fiel de la España decadente de Felipe IV; ó *Una noche en Madrid*, cuadro donde están retratados, moralmente, de cuerpo entero Doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, el noble Juan de Escobedo, el audaz (y por audaz desdichado) Antonio Perez, y el rey Felipe II

«Macilento, enjuto, grave,
De edad cascada y marchita.»

Díganlo, en fin, *Un embajador español*, *La muerte de un caballero*, *Amor, honor y valor*, *La victoria de Pavía*, y *Un castellano leal*, animados de galano espíritu caballeresco, y respirando nobleza española y lealtad castellana.

El que se titula *Recuerdos de un grande hombre*, que empieza por la llegada de Cristóbal Colon al convento de la Rábida y concluye por el descubrimiento de un nuevo mundo, es una completa epopeya dramatizada, donde el calor del grandioso espíritu del héroe se comunica á la narracion de sus penalidades y esperanzas. ¡Qué verdad local no encierra la sencilla pintura del almuerzo que se verifica

«En el estrecho recinto
De una franciscana celda,
Cómoda, aunque humilde y pobre,
Y de extremada limpieza;»

almuerzo que era como preludio del acontecimiento más portentoso de la historia universal! ¡Con que interés no asistimos á las sábias explicaciones del *redentor de un mundo* (1), tenido hasta entónces por visionario! ¡Cómo se inflama nuestro corazon al soplo de la inspiracion divina del cosmógrafo! ¡Qué bien lo da á conocer el poeta cuando dice:

«De aquel ente extraordinario
Crece la sábia elocuencia,
Notando que es comprendido,
Y de entusiasmo se llena.
»Se agranda, brillan sus ojos
Cual rutilantes estrellas,
Brotan sus labios un rio
De científicas ideas:
»No es ya un mortal, es un ángel,
Nuncio de Dios en la tierra;
Un refulgente destello
De la sábia Omnipotencia.»

¡Con qué profundo conocimiento se hallan retratados, en rápidas pinceladas, todos los más notables personajes de aquella gloriosa corte, de aquella época sin igual en los anales del mundo! ¿Quién no se siente embargado de respeto al verse en presencia de la Católica Isabel, incomparable soberana en la que resplandecian

«El más claro entendimiento,
La virtud mas pura y noble;»

matrona que ofrece á la admiracion y aplauso de los siglos el más alto ejemplo que la historia de la humanidad presenta de las perfecciones de un monarca?

Y ¿quién no descubre en *La buena-ventura* del valiente mancebo de Medellin el rayo asolador del imperio de Motezuma, el héroe sin rival, *asombro y pasmo del orbe*, que tan hondamente grabó en su alma y practicó los dignos consejos de su padre?

«Hernando, Hernando, hijo mio,
A tierras lejanas vas,
Donde nunca olvidarás
De mi noble sangre el brio.
»Cual cristiano y caballero
Teme á Dios, guarda su ley,
Sirve con lealtad al rey,
Sé devoto y sé guerrero.»

¿Quién no ve compendiadas en las calidades del romance que se titula *Bailén*, todas las más características de la epopeya y del drama: un gran pueblo por héroe, una profunda creencia por inspiracion, un sentimiento patriótico por bandera; y la soberbia de la ambicion incontrastable, y el castigo del engaño, y la ruina del invencible, y el triunfo de la constancia? Al aparecer Napoleon en el poema lo encontramos

«De oro, de hierro, de barro
Inmensurable coloso,
La frente en las altas nubes,
El pié en los abismos hondos;
»De infierno, de cielo y tierra
Un incomprensible aborto,
Un prodigioso compuesto
De ángel, de hombre y de demonio (2):»

al concluir el *romance*, vemos sus valerosas huestes, triunfantes de la Europa y del África, abatidas por primera vez ante el patriótico arrojo de bisoñas turbas: vemos que desde el trono del Eterno vuelan dos ángeles;

«Uno á dar la nueva al polo
Su nieve en fuego tornando,
»Otro á cavar un sepulcro
En Santa Elena, peñasco
Que allá en la abrasada zona
Descuella en el Océano.»

Y si queremos presenciar la lucha de un alma ardiente con la pasion y el deber, el íntimo combate del hombre consigo mismo; si queremos derramar tristes lágrimas, de las que purifican y consuelan, porque nos dicen que detrás del profundo dolor que nos enternece se descubre el triunfo del alma sobre el alma, la mayor y más costosa victoria del ser humano, la salvacion y eterna dicha del espíritu, busquemos al gran Marqués de Lombay, y aprendamos en *El Solemne desengaño* que experimenta al ver los míseros despojos de la que tuvo ignorado altar en lo profundo de su corazon, lo que son las vanidades de la tierra, y el fin que tienen los mas hermosos motores de las pasiones mortales. Entónces conoceremos lo que va de la que triunfa del alma, cuyo lastimoso ejemplo nos ofrece el desgraciado D. Alvaro, á la que sucumbe aherrojada por la fortaleza del espíritu. Entónces llegaremos á decir con el héroe de este admirable y ternísimo romance:

«No más abrasar el alma
Con sol que apagarse puede,
No más servir á señores
Que en gusanos se convierten.»

El Cuento de un veterano es el drama terrible de una venganza, de las que en Italia eran tan frecuentes en otros dias, destinado á manifestar los estragos de que es susceptible aquella infernal pasion en un alma de mujer, y el abismo de perdicion y de muerte á que el libertinaje arrastra al hombre. *La Vuelta deseada* y *El Sombrero*, romances en los que se pintan sucesos comunes de la vida contemporánea, son dos historias melancólicas de amor profundo y mal logrado, llenas de interes, de ternura y de poesía. El segundo, sobre todo, es de un encanto indefinible. Nunca he podido leer la desgracia de aquella humilde Rosalía, sin agradecer al poeta que hiciese vibrar en mi alma tan suavemente la cuerda de la compasion y del llanto.

Esta ligera reseña (que no juicio crítico) de los *Romances históricos* viene en corroboracion de lo que he dicho acerca de su mérito relevante. Ni la dejaria sin comentario, á contar con espacio suficiente; no sólo porque la índole de esta clase de composicion poética, exclusivamente nacional, y el haberla sistematizado el Duque de Rivas de modo tan nuevo y feliz dan lugar á mil consideraciones artísticas de importancia, sino porque (idolatra yo de un metro tan rico en delicadas armonías y más dócil, rápido y vigoroso que los demas de que usamos) hubiera sido muy de mi gusto detenerme en debatir con amplitud esta cuestion del romance, perfectamente manejada en el *Prólogo* que puso á los suyos el autor; victoriosamente decidida, á lo que imagino, en los brillantes ejemplos que nos ofrece. Despues de esto, ¿necesitaré añadir que en el estilo de tan preciosos poemas se advierte la acertada conjuncion de la ingenuidad sencilla y candorosa de nuestros primitivos romances con la bizarra estructura de los de Góngora y con la forma altiva y algo escolástica del romance calderoniano? ¿Necesitaré indicar que, por rendir tributo á las circunstancias particulares del género, por ser claro y popular, el poeta da en vulgar y prosaico algunas veces? ¿Serán bastante demostracion del arrebato de su vuelo, de la riqueza de su estilo las muestras que insensiblemente he dado en el discurso de esta especie de revista?

Ménos importante que los *Romances históricos* me parece, poética y popularmente hablando, el género á que corresponde *La Azucena milagrosa*. Sin llegar á la grandiosidad semi-épica de *El Moro expósito*, ni poseer la rapidez y valentía que tan eficazmente contribuyen á la popularidad de los romances, la *leyenda* suele ser una como conseja, más ó ménos latamente desarrollada, escrita, por lo general, en diversidad de metros y dedicada casi siempre á despertar dulces memorias ú ofrecer entretenimiento deleitable. Puesta en boga por Zorrilla, que á vueltas de su mucha incorreccion y de sus grandes delirios tiene dotes de poeta nada comunes, la *leyenda*, tal como se comprende ahora esta denominacion, ha sido cultivada últimamente por varios ingenios. El Duque de Rivas, declarándose tácitamente imitador de Zorrilla en *La Azucena milagrosa* y excediendo en mérito á su modelo, del que es grande apasionado, ha rendido tambien tributo á esta clase de poemas en la leyenda fantástica mencionada (escrita en Nápoles y publicada en Madrid el año 51), y en otras dos inéditas, histórica la una, y tambien fantástica la otra: se titulan *Maldonado* y *El aniversario*. Nada diré de estas últimas, porque aun no se hallan sometidas á la jurisdiccion del público. Respecto á *La Azucena milagrosa* bastará exponer que abunda en felices descripciones, que el plan está bien concebido, y que despierta interés por el calor de los afectos y por el oportuno empleo de lo maravilloso. El estilo es desigual, aunque siempre claro. La frase, bien que incorrecta en ocasiones, es abundante y rica frecuentemente.

Apreciadas ya las prendas poéticas que ilustran al Duque de Rivas en géneros tan distintos; examinadas sus obras, si no como ellas merecen, lo ménos mal que he podido hacerlo (habiendo de circunscribirme respecto de algunas á muy corto espacio), corro á buscar al autor en un campo ménos florido, aunque no ménos importante ni de menor trascendencia.

Como escritor *de costumbres*, el Duque de Rivas publicó hácia 1839, en la obra titulada *Los Españoles pintados por sí mismos*, dos retratos bosquejados con mucha gracia: *El Hospedador de provincia* y *El Ventero*. En ambos (reservados al último tomo de esta Coleccion) resaltan las dotes

(1) Esta calificacion, tan bella como exacta, es del distinguido poeta don Ramon de Campoamor.

(2) Lamartine habia aplicado este pensamiento á la calificacion de Byron:

Toi, dont le monde encore ignore le vrai nom,
Esprit mystérieux, mortel, ange ou démon.

El Duque de Rivas, desarrollando esta idea con mayor vivacidad poética, no solamente la ha completado y engrandecido, sino le ha dado aplicacion mas oportuna.

que con tanta sinceridad he aplaudido en el cuadro de la posada del *D. Alvaro*. Como escritor *de viajes* nos ofrece la descripcion de sus excursiones *á Pesto* y *al Vesubio*, en estilo ameno y brillante. Como didáctico, sus *Discursos Académicos*, de sana doctrina y elocuente vena. Como político, sus *Discursos Parlamentarios*, alguno de los cuales es de gran mérito (1), y por los que nos es fácil comprender que no le faltan condiciones de orador ni de repúblico. Finalmente, en los años de 1847 y 48 escribió bajo el cielo hermoso de Nápoles la historia de la *Sublevacion capitaneada por Masanielo* (2), obra destinada tambien á formar parte del último tomo de los presentes (3).

Dice el sabio Agustin Thierry (*Homero de la historia*, como lo apellida Chateaubriand) que la historia nacional, no sólo es para todos los hombres de un mismo país como una especie de propiedad comun, como una porcion del patrimonio moral que cada generacion que desaparece lega á la que le reemplaza, sino que ninguno debe trasmitirla tal como la recibió y todos se hallan obligados á añadirle alguna cosa en claridad y certidumbre. El Duque de Rivas, fiel á este precepto, lo ha seguido felizmente, procurando esclarecer uno de los más importantes periodos de nuestra dominacion en Italia. Émulo de los grandes líricos y dramáticos de los siglos XVI y XVII, ha querido emular tambien á los Melos y Mendozas, codiciando generosamente el laurel de Tucídides y de Tácito, de Jenofonte y de Livio.

La historia, mejor dicho, el drama terrible y sangriento que ofrece á nuestros ojos en este concienzudo *Estudio* (4), no es de tal naturaleza que, abriendo el corazon de siglos pasados, descubra el sendero marcado á las naciones por la Providencia. Y sin embargo, ¡qué cuadro para el político y para el filósofo! ¡Qué leccion tan severa y tan amarga para los gobiernos y para los súbditos!

Los excesos de un poder imprevisor y arbitrario siembran en el abatido pueblo de Nápoles la semilla venenosa del descontento, y establecen un lamentable divorcio entre el representante de la autoridad y los que ven con dolor que se abusa de su obediencia pasiva. Pero como la razon suele no ser consejera de la fuerza, los vireyes, que se juzgan omnipotentes y que cierran los ojos al espectáculo de las convulsiones casi periódicas de sus esquilmados súbditos, prosiguen en el desacertado sistema de vejaciones, hasta que el sufrimiento se apura y las masas populares estallan para romper el yugo que las oprime.

Un hombre del pueblo, un pescadero miserable, dotado de audacia y genio, Masanielo, en fin, se pone al frente de los sublevados, los dirige con destreza, y consigue, merced al influjo que llega á ejercer en la multitud, libertarla de gabelas é imponer su voluntad y hasta sus caprichos al lugarteniente del rey, alzándose en el espacio de breves horas á dictador, y convirtiéndose en absoluto señor de los mismos que poco ántes le trataban como á esclavo. Tan brusca transicion desordena el juicio del plebeyo jefe de las turbas, y el robo, el saqueo, el asesinato, la desolacion, la ruina forman el cortejo que sigue por todas partes á los que se habian levantado en nombre de la justicia para poner coto á los abusos de sus opresores.

Los extravíos de la revolucion tardan poco en desacreditarla; y los mismos que rompieron sus diques son los que, cediendo á bajas pasiones, se encargan de su exterminio. El que ocho dias ántes era llamado libertador del pueblo, entre aclamaciones y vítores; aquel cuyos más absurdos y horrorosos decretos eran obedecidos ciegamente con la rapidez del rayo; el que recibia culto idólatra de la multitud, es asesinado cobardemente por sus camaradas, y sus restos mortales escarnecidos van á dar en un muladar, para ser al dia siguiente santificados por la voltaria muchedumbre que los habia cubierto de lodo. La muerte del pescadero, léjos de poner fin á los trastornos y desastres, los desencadena más; y hasta que no se suicidó la revolucion, fatigada de si misma y sofocada por la intemperancia de sus vicios; hasta que el maquiavelismo no consiguió que la chusma, rota en parcialidades, perdiese con la unidad la fuerza; hasta que las acertadas medidas que supo dictar oportunamente la prudencia no lograron enfrenar el rendido atleta de la muchedumbre, la razon no volvió á recobrar su imperio, ni el monarca de España á asegurarse en la posesion de una de sus más ricas provincias, casi perdida para él pocos meses ántes por la impericia y vanidad de sus prepotentes delegados.

Para trazar este cuadro con exactitud, el autor ha consultado cuantas obras importantes (impresas y manuscritas) han hecho conmemoracion de tales sucesos. Ni se reduce á exponerlos descarnadamente, sino asciende á buscar el orígen de aquellos trastornos en sus fuentes verdaderas. — A fin de que podamos comprender mejor cuáles eran las vejaciones que sufrian las clases pobres de Nápoles y cómo la mala direccion de los gobernantes, y principalmente la del virey duque de Arcos, ocasionó los alborotos y escándalos de que aquel reino fué víctima desde julio de 1647 hasta abril de 1648, traza en los primeros capítulos el cuadro de su organizacion municipal y desastrosa situacion económica, conduciéndonos á lo interior de su vida doméstica para enseñarnos cuáles eran las necesidades de aquel pueblo, sus instintos, sus preocupaciones, sus sentimientos y creencias. Además, el erudito historiador, no contento con describir exactamente la organizacion municipal napolitana y los principales caracteres de la vida íntima de sus moradores, de sus odios y rencillas, nos pone en el secreto de la organizacion política del vireinato, y nos descubre todos los gérmenes del volcan que debia estallar en breve inflamado por las iras populares.

En sus juicios jamás inclina la balanza del lado de sus particulares aficiones, jamás se ve exagerado espíritu de nacionalismo. Recto, como debe serlo todo juez y como lo son muy pocos historiadores, se coloca en el mejor punto de vista, y examina la conducta de los hombres y la marcha de los sucesos con relacion á las circunstancias que influian en las opiniones de los unos y daban impulso á los otros. Para él tan punibles son los absurdos del duque de Arcos y de varios de sus prohombres, como el furioso desenfreno de la demagogia y la liviandad de los mercaderes de patriotismo. Profundo conocedor del corazon humano, pinta á veces un carácter de una sola pincelada, é individualiza magistralmente los principales rasgos de la fisonomía moral de cada uno de ellos. ¡Con cuánta verdad no están retratadas la irresolucion y astucia del duque de Arcos, la ambicion no ménos astuta de Genovino, la impetuosidad de Masanielo y los sentimientos conciliadores de Toraldo!

Pero una de las cosas que más resplandecen en esta obra es la elegancia y brillantez del estilo. Fácil, natural y sencillo, el autor sabe dar rapidez y movimiento á sus narraciones, manteniendo siempre vivo el interés y haciéndonos creer que está pasando á nuestra vista lo que leemos. Sus cuadros son bajo-relieves coloridos que no sólo engañan los ojos sino el tacto, cuando desconfiados de su verdad nos acercamos á tocarlos para convencernos de que no han sido las que hemos visto invenciones del cerebro. En suma, el Duque de Rivas ha logrado colocarse en este libro á la altura de los historiadores más notables de nuestra patria, y de lo que hoy exige la ciencia, *luz de verdad* y *maestra de la vida*, segun la atinada calificacion de Marco Tulio.

He llegado al término de mi propósito, examinando con rapidez las obras del historiador, del poeta, del literato: el biógrafo hablará á continuacion del guerrero, del repúblico, del prócer. ¡Felices aquellos que, como el autor de *Don Alvaro*, puedan exclamar, aludiendo á sus obras inmortales,

«. . . . . Pasma absorta,
Admirando-se n' arte a natureza!»

MANUEL CAÑETE.

(1) El que pronunció en el Estamento de Próceres sobre la exclusion de la rama de don Cárlos á la sucesion de la corona.

(2) El título con que se publicó en Madrid este libro, en 1848, es el siguiente: *Sublevacion de Nápoles capitaneada por Masanielo, con sus antecedentes y consecuencias hasta el restablecimiento del gobierno español.*

(3) Para el cual se ha encargado de escribir un *Prólogo* el Sr. don Juan Eugenio Hartzenbusch.

(4) La apreciacion de esta obra histórica (traducida más de una vez á diferentes idiomas y modestamente apellidada *estudio* por el autor) es extracto en su mayor parte de la que publiqué en *El Heraldo* en 1849.

VIDA DEL AUTOR

ESCRITA Y PUBLICADA

POR EL EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DIAZ

HASTA EL AÑO DE 1842

No es siempre la vida de los hombres conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relacion tranquila de los estudios de su gabinete, la observacion lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginacion por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingenios de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos como en más sabroso pasto la desventura y el infortunio. Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas, y mezclados por su voluntad unas veces, otras mal de su grado, en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa, aparece en los periodos de la historia griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos; más animada y combatida aún en las épocas tempestuosas de la Edad media. Los Dantes, los Tasos, los Petrarcas, los Milton no pasaron su existencia en la elaboracion tranquila de sus obras inmortales. Su vida fué por lo general, y desgraciadamente para ellos, un variado é interesante drama, un poema no ménos lleno de incidentes y portentosos episodios que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos más avanzados y en periodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV y de la reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos sin dejar huellas en la historia de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingenios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una tarea única y una profesion exclusiva. Desde Cárlos I hasta nuestros dias, los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituido á la guerra: Garcilaso muriendo al escalar una torre, Ercilla cantando sus propias hazañas, Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderon, Quevedo y otros autores, que alcanzaron más prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron, sin embargo, de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas y no siempre prósperas aventuras. Pero debian venir siglos más azarosos y turbulentos, y en el huracan de las conmociones espantosas que nuestra edad y nuestra patria habia de presenciar, más mezclada y revuelta habia de andar la vida de los hombres distinguidos, con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española desde los primeros años de la centuria que vamos recorriendo. Pocos se han eximido de las grandes penalidades que ha dejado caer la Providencia sobre este pueblo tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyeccion de la pobreza. Personas que habian nacido con inclinaciones pacíficas; que se habian educado con costumbres blandas y suaves; que parecian exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse á sus más tiernos años trasportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazon no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crímen, llenaron en diversas épocas los calabozos y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscritos, y una generacion entera se ha visto más de una vez expuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algun delito horrendo. La vida de cada español notable puede ofrecer en sus páginas íntimas, fecunda materia para la novela y para el romance. A veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos, sin embargo, entre la inmensidad de tantas desventuras y eclipsados entre la variedad de tan grandes vicisitudes, tragedias espantosas ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generacion á quien el cielo permita vivir más tranquila sobre el suelo regado por las lágrimas y el llanto de sus padres; y á la cual ahorre la divina clemencia el espectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones.

Aun si pudiéramos consolarnos de este mal con la idea de que los infortunios, atormentando al individuo, redundaban en pro de la sociedad, aguijando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiria tanto la triste reflexion con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinion contraria á la bárbara teoría, que quiere extraer la virtud por la presion del martirio, y que no ve las lumbreras del ingenio sino en las tinieblas del infortunio. Nosotros tenemos otra conviccion; creemos que la desgracia nunca hace mejores á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harian maravillas; creemos, en fin, que los que en medio de tantos azares y de tantos contratiempos han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su patria, más espléndidamente la hubieran iluminado si no les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de oscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos, acaso han sido en el infortunio medianías: y sólo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía ó en acciones útiles á su patria las fuerzas que ántes empleaban para luchar con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los dias de dolor y de amargura: para el saber y para el arte, no ménos que para la vida, le llamamos tiempo perdido.

La existencia del ilustre personaje cuya interesante biografía vamos á bosquejar, nos ha sugerido naturalmente estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus ideas, y le han servido de viva leccion y de provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habian escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado más allá de la juventud, y sin embargo, literariamente hablando, es un jóven, y á la escuela de nuestros dias pertenece. En los años de 20 al 23 era ya conocido como literato y como hombre público; y para nosotros, sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginacion, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen más principalmente de los últimos años, á la parte de su vida, que no tiene tantas aventuras y contratiempos, y no tendriamos inconveniente en poner una línea divisoria entre D. Angel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra tarea es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos periodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del grande de España con la del imprevisor, y un si es no es calavera mozalbete: la del ministro conservador por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y calderoniano por el clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna en que estén más exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros dias. Y así debia suceder atendida la cualidad que principalmente descuella en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caracteres fijos y tenaces, son los que imprimen direccion y crean las circunstancias de su época. Pero el duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Imaginacion florida, vivísima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran poeta, un poeta meridional; recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosaico donde han engastado brillantes piedras los periodos mas poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los emperadores romanos y de los califas orientales, de los Novvas y los Abderhamen; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje más bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer morunas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingenios y de tantos hombres grandes, cuna de Séneca y de Lucano, de Averroes y Aviara, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es tambien la ciudad donde nació Don Angel de Saavedra, y Córdoba debe ser una patria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro (1), cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto sólo un rápido momento de una hermosa mañana de abril, y la volvió á mirar con ojos amortiguados en el parasismo de una mortal congoja otro dia de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de marzo de 1791. Fueron sus padres el señor don Juan Martin de Saavedra y Ramirez, duque de Rivas, y doña María Dominga Remirez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andía y de Villasinda, grandes de España. Pero Don Angel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su padre, desde los años más tiernos, se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la corte, que se apresuraban entónces a no dejarles tiempo de ambicionar, para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible su condicion, é impedir que los hermanos mirasen con envidia ó gérmen de rencor á los que la suerte del nacimiento habia favorecido mas.

Así, á los seis meses de edad le pusieron la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta, y poco despues la bandolera de guardia de Corps supernumerario.

Su primera educacion fué, no sólo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solicitud y esmero, á la que por lo general cuidaban en España los grandes de dar á hijos, á quienes se consideraba que no habrian menester de los favores de la fortuna; ni de ejercer en la sociedad cargos y empleos que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entónces á muchos jóvenes, que despues fueron hombres ilustres y aventajados. La revolucion francesa habia lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruidos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que debia dentro de pocos años lanzar de su seno tantos proscritos, pagaba entónces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad. Habíase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses, fugitivos de aquella sangrienta carnicería, y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entónces á mayor altura de ilustracion y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida que encontraban sus talentos, sus virtudes y sus desgracias. Tocóle tambien por ayo á nuestro D. Angel un ilustrado canónigo emigrado, llamado Mr. Tostin, y bajo su direccion estudió, á par de las primeras letras, la lengua francesa, y elementos de historia y de geografía. Desde aquella temprana edad le fueron asimismo revelados los principios de las Bellas artes é inoculado el gusto por la pintura, en que habia de ser despues tan sobresaliente aficionado, aprendiendo los primeros rudimentos del dibujo, bajo la direccion de Mr. Verdiguier, escultor frances establecido en Córdoba.

Pero la primera invasion de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus padres a llevarlo á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, a Mr. Bordes, tambien emigrado frances, muy protegido del duque su padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos a quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del

(1) Es muy comun en Córdoba la efigie de piedra ó bronce dorado del arcangel San Rafael su patrono.

entusiasmo que están encargados especialmente de eternizar y de trasmitir á las generaciones sucesivas los grandes poetas. D. Angel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Aficionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas, que determinaron esta inclinacion y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, espontáneo producto de una imaginacion lozana, influencia de la patria y del clima, y generoso presente de la naturaleza. El duque su padre hacia tambien versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y habia en la casa un antiguo mayordomo que los componia con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creia en la obligacion de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, si no muy notables y distinguidos estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginacion del jóven D. Angel y le estimulasen á probar tambien fortuna en aquel doméstico certámen. No menor pasion mostró por el dibujo, y el mayor castigo que le podian imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalia grandemente nuestro protagonista), era recogerle los lápices y prohibirle el dar leccion de aquel su arte favorito y su entretenimiento predilecto.

En el año de 1802 perdió D. Angel al duque, su padre, que falleció en Barcelona, á donde habia ido con la corte á recibir á la princesa napolitana Doña Maria Antonia, primera esposa de Fernando VII, entónces príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado caballerizo mayor. Distinguíale el rey Cárlos IV con singular favor, y en demostracion de lo que habia sentido su muerte, y del aprecio que hacia de su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Angel, con los empleos de exento de Guardias de Corps y de gentilhombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

Don Angel habia recibido tambien á la edad de siete años, la gracia de capitan de caballería agregado al regimiento del Infante, y al fallecer su padre, la duquesa viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el real Seminario de Nobles de Madrid para que recibiese la brillante y esmerada educacion que en él se daba. Hallábase entónces en efecto aquel establecimiento bajo el pié más brillante, y podia competir con los mejores de la Europa, así por su organizacion como por el mérito y circunstancias de sus esclarecidos profesores.

Era su director general el brigadier D. Andrés Lopez de Sagastizábal, tanto más notable por sus modales finos y cortesanos, por su varia y escogida erudicion, y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que habia empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista don Manuel de Valbuena era regente de estudios, y eran asimismo hombres notables y escogidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educacion, que por cierto no encontrarán en el dia, despues de tantos adelantos y progresos, en ningun establecimiento público.

Estudió don Angel latinidad con don Antonio Salas, poética y retórica con don Demetrio Ortiz, hoy ministro del tribunal supremo de justicia, y que ha conservado el más tierno cariño á su discípulo predilecto: matemáticas con don Agustin de Sojo, y geografía é historia con el célebre don Isidoro de Antillon. Cultivaba al mismo tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalia don Angel ciertamente por su aplicacion, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingenio, la facilidad de su comprension y su felicísima memoria; debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento con que en todos los exámenes y actos públicos solia brillar más que otros compañeros suyos de esmerada aplicacion é infatigables en el trabajo. La poesía y la historia eran sus estudios favoritos, las ciencias exactas inspirábanle tedio y aversion profunda, como suele acontecer en todos aquellos en quienes predominan las facultades de la imaginacion; y en aquella época componia versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales en que se proponia seguir las huellas de Herrera, autor que él creia, ó que le hicieron creer, y no por cierto sin razon sobrada, que era el modelo mejor que podia imitar su naciente musa.

Otras tareas, empero, y otras ocupaciones debian atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su aficion literaria. La época no era entónces de letras: era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del emperador Napoleon absorbian la atencion del mundo entero, y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo á otro de la Europa crujia el estruendo de las armas, y tronaba por todos los campos el cañon de las batallas. Todavía no se habia dado en nuestra Península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocupadas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador en los corazones de todos y con más ardor en la sangre de la juventud. Era entónces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta, no ménos á los que no eran sus contrarios que á sus declarados enemigos. Dispúsose para marchar al Norte la famosa expedicion auxiliar confiada á las órdenes del marqués de la Romana. D. Angel, á fines del año de 1806, cumplidos apénas los diez y seis de edad, habia salido del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnicion en Zamora; y fué aquel cuerpo uno de los de caballería que debian marchar á hacer la guerra más allá del Rhin á nombre del ambicioso emperador. Pero la duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, para ir á guerrear en aquellas lejanas tierras por una causa que no era la de su patria, y deseosa como tierna madre de que adelantase más rápidamente en su carrera, sin exponerse á tantas fatigas, consiguió que pasara á empezar sus servicios al cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de capitan efectivo por el de alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel cuerpo una escuela de literatura, ni el cuartel de Guardias de Corps el sitio más á propósito para perfeccionar la esmerada educacion de un jóven ilustre. Pero por fortuna de D. Angel tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que, ó por gozar de menos medios de fortuna, ó por estar más léjos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber recibido en sus primeros años una educacion más esmerada, vivian en el cuartel con más disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, jóven fino, moderado é instruido, que pasaba los dias leyendo, pintando con primor en miniatura, ó tocando la flauta con singular habilidad; y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulacion, pintaba tambien y leia á su lado. Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el conde de Haro, hoy duque de Frias, desde su edad más tierna apasionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos que bajo la direccion de Luzuriaga y del famoso Campmany, redactaban un periódico literario. D. Angel empezó tambien á ensayar en él sus fuerzas y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazon entusiasta que necesita para respirar y vivir la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. Don Angel escribió para aquella publicacion varios versos y algunos artículos en prosa; y solicito no ménos de cultivar el arte de la pintura, para el cual habia mostrado tan felices disposiciones, habia tomado por maestro al pintor de cámara D. José Lopez Enguidanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado cuerpo en que servia.

Tocóle empezar á servir como guardia despues de algunos meses de aprendizaje en las jornadas de los reales sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entónces hirió su atencion la primera escena del espectáculo político, que despues habia de desenvolverse á los ojos de la nacion y del mundo en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió D. Angel levantarse el telon del drama revolucionario. Allí empezó, con los famosos sucesos del Escorial, con el alto escándalo de la causa formada al príncipe de Asturias, y con la prision del primogénito de los reyes. La revolucion empezaba, y empezaba desgraciadamente ántes que en las plazas públicas, en el palacio de los monarcas. Tremenda expiacion debia venir despues sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento debian llover á poco sobre las elevadas personas, que así faltaban, ellas las primeras, al respeto debido á su carácter augusto; grave baldon, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del trono, cuyas cortinas ellos descorrian para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad. Aquel prestigio conservador de la monarquía recibia su primer golpe, pero golpe ya de muerte y en el corazon, primera hendidura del vetusto edificio que debia conocerse más tarde cuando el vaiven del terremoto lo sacudiese, fermento y levadura primera de la revolucion que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo. Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Angel, y en el sesgo de sus ideas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años más adelante contribuyó él á trasladar preso á un monarca de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron se acordaban sin duda de que habia empezado su vida viendo á aquel rey preso, é infamado por sus propios padres, reyes tambien, y reyes españoles.

Poco despues de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del cuerpo de guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras; se declaró jefe supremo del cuerpo al *Príncipe de la Paz*, y las esperanzas de don Angel de hacer pronta carrera se desvanecieron, así por el gran número de jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuesto con el duque, hermano mayor de don Angel.

Pero entre tanto se aproximaban á más andar los extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de Napoleon atravesaban los Pirineos, y bajo pretexto de pasar á Portugal se apoderaban de las plazas fuertes de España. La corte de Aranjuez, conocidos ya los verdaderos intentos de los invasores, aunque sin atreverse á revelarlos, andaba aturdida y desatentada. Quiso reunir en derredor de sí el mayor número de tropas posible, y á mediados de marzo llamó repentinamente á toda la guarnicion de Madrid. En la ansiedad que produjo esta medida, formábanse mil conjeturas á cual más temerosas y extrañas sobre el motivo que la impulsaba. Como quiera, los sucesos que se preparaban eran extraordinarios, y el deseo de tomar parte en ellos de tal manera aguijaba y encendia su ánimo, que habiéndose dispuesto la salida de los escuadrones de guardias, y que no habiendo suficiente número de caballos, quedasen en Madrid los guardias más jóvenes, entre los que se contaba; pidió y le fué concedido marchar en un potro cerril de la última remonta. Entónces fué testigo presencial de los sucesos memorables de Aranjuez en marzo; vió la caida de un privado, la destitucion de un rey, la abdicacion de un padre, y el ensalzamiento de un hijo en brazos del ímpetu popular, y entró á poco en Madrid en la escolta del nuevo rey Fernando VII el dia que con tanto júbilo y entusiasmo, entre lágrimas y aclamaciones le recibió enloquecida de placer y de esperanzas la capital de la monarquía, ocupada é invadida ya por los ejércitos franceses.

La fermentacion iba cundiendo: la situacion se complicaba cada dia, la familia real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecia la entusiasta lealtad de sus súbditos: el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes en síntomas inequívocos, presagios de más violentas demostraciones. El terrible dos de Mayo estalló al fin, amenazadora é imponente, aunque vencida, la indignacion del pueblo de Madrid. No presenció don Angel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable dia habia salido á Guadalajara con un escuadron, que la junta de gobierno dominada por el duque de Berg envió á dicho punto, y que regresó á los pocos dias. Pero el cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que habia tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercian entónces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á ménos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos que habian acompañado hasta la frontera á las personas reales, todavía el príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empeñarle en seguir alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias. Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias para tomar un partido decisivo, y que habian salido disfrazados varios individuos del cuerpo, á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con sus estandartes, y con toda la fuerza disponible.

Causó grande agitacion y alarma esta órden. Muchos jefes, exentos, oficiales y guardias pidieron en el acto su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el ministro convocando á su despacho á los jefes é individuos más influyentes, entre los que se contaban nuestro don Angel y su hermano el duque. Hiciéronseles varias promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontrarian un solo francés en el camino, ni en el Escorial. Pero salido el escuadron de Madrid, y apénas habia pasado á Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones, y un batallon de infantería ligera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos, como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en el Escorial, donde estaba acantonada la division francesa del general Frére.

Allí pasaron ocho dias en la mayor ansiedad alarmados de continuo con los avisos confidenciales que recibian de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada dia peligros y asechanzas. Quién les escribia que iban á ser pasados á cuchillo á media noche en sus alojamientos; quién que los franceses trataban de provocar por medio de una querella particular, una refriega en que exterminarlos: quién que iban á ser desarmados y llevados en rehenes á Francia cargados de cadenas: voces y rumores que denotan el estado de exaltacion y de zozobrosa in-

quietud en que se hallaban entónces los ánimos, y á los que en cierto modo podia prestar probabilidad la manera irregular con que habian sido conducidos, y con que eran tratados en el Escorial.

En esta angustiosa posicion, llegó una tarde al anochecer el oficial de guardias españolas Quintano con pliegos para el general Frére. A su recibo hizo que sigilosamente tomaran sus tropas las armas en sus cuarteles, y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al general Perellós con los exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué D. Angel con su hermano el duque. Recibiólos el francés con la más atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, despues de un diestro preámbulo, manifestó que el colegio de artillería de Segovia estaba en insurreccion, que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el príncipe Murat deseaba que el escuadron de guardias las acompañara, para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba miéntras este discurso gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores, que disfrazaban la órden presentándola sólo con el carácter de una insinuacion y de un buen deseo. Mas finalizada apénas su arenga, levantóse nuestro D. Angel de su asiento, y con impetuoso ademan, y con todo el calor de sus diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningun guardia pensaba en hacer traicion á su patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresion y castigo de sus compañeros de armas. En esta primer arenga y estreno de nuestro personaje, era tan noble y patriótica la atrevida resolucion, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron sin embargo todos su arranque de osadía y elocuencia, quedóse perplejo el general francés, y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolucion estrepitosa, se limitó á echar en cara del arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra delante de tantas personas de respetabilidad y de servicios. Pero contra su propósito, sus palabras produjeron el efecto de irritar más los ánimos y de que todos levantasen tumultuosamente la voz en favor de D. Angel. Calmólos en fin el general francés, accediendo á que el escuadron quedaria en el Escorial, ó regresaria á Madrid, ya que se negaba á cooperar á los buenos deseos del duque de Berg, y regresó en posta Quintano camino de Madrid, portador de la nueva de sus inútiles esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en vela los guardias, preparados sus caballos y sus armas. Al amanecer advirtieron que la division francesa habia evacuado el pueblo; y á media mañana recibieron la órden de regresar inmediatamente á Madrid. Emprendieron la marcha tarde, y pernoctaron en Galapagar. Deliberaron allí sobre tomar un partido, y fueron varios y discordes, como acontece siempre, los pareceres. Opinaban unos porque el cuerpo se dispersara, esparciéndose sus individuos por las provincias para fomentar y organizar su general levantamiento: creian otros más conveniente mantenerse reunidos, y aprovechar la ocasion oportuna de marchar al punto en que se formase el primer ejército español. Eran de esta última opinion D. Angel y el duque su hermano; mas como no hubiese allí autoridad que decidiera, cada cual aquella noche tomó su resolucion y su camino, dispersándose los primeros y quedándose los últimos con el general Perellós y con sus estandartes. El mermado escuadron reducido á ménos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la órden de ir Pinto sin detenerse ni entrar en la corte. Siguió D. Angel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos más seguros á fin de adoptar una determinacion conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos y abrazar como cuerpo la causa de la nacion, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse unos tras otros ausentando todos los que habian llegado allí; y D. Angel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinion de irse á Castilla, donde se decia que se habian incorporado á las tropas del general Cuesta los destacamentos de guardias que habian acompañado á las personas reales, y que representaban todo el cuerpo, teniendo allí dos estandartes: pero el duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafox, de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara, y en pocos dias preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados y provistos de buenos caballos, tomaron la rata de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los primeros de Aragon á que llegaron nuestros viajeros, se vieron rodeados de gran muchedumbre de personas, que les preguntaban con avidez noticias, y que querian indagar sus nombres y los intentos con que caminaban. Manifestáronles D. Angel y su hermano sus pasaportes, firmados por autoridades españolas, si bien con nombres supuestos, cuando tropezando desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse el lio en que llevaban ocultas las armas. Los lugareños que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas y carabinas, gritaron *traicion*, palabra de muerte entónces, y querian en tumulto dársela pronta á los viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido paisanaje, que decia haber visto entre las armas grillos y esposas para *atar españoles, y venderlos á Napoleon*. Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en el pueblo aquel, uno de los guardias de Corps que se habian dispersado en Galapagar, y gozaba en él de mucha influencia y popularidad. Acudió al lugar del desórden, penetró en la cárcel, y reconociendo en el duque á un estimado jefe, y en D. Angel á un compañero querido, publicó sus nombres, asegurando que eran leales patriotas, y amigos del general Palafox. Trocóse luégo al punto el furor popular en rendidos agasajos; la prision en obsequioso hospedaje, y los gritos de muerte en vivas y aclamaciones de entusiasmo, con que por toda la duracion de la noche quisieron aquellas gentes recompensar de alguna manera á nuestros caminantes el mal rato que á su recibimiento habian debido pasar.

Pero escarmentados estos con este contratiempo, informados de que ántes de llegar á Zaragoza hallarian nuevas dificultades, y de que era verdad que habia con el general Cuesta un escuadron de su cuerpo, mudaron de plan y de direccion, encaminándose á Castilla buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tarde y rodeada su marcha, para no topar con franceses, y no pudieron llegar á los reales españoles hasta despues de las jornadas de Cabezon y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca.

Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el general en jefe, y marcharon seguidamente á Tamames. Hallábase allí un escuadron de guardias compuesto de los destacamentos que habian acompañado á la familia real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres, mandados por el Exento marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarría con que habian peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien despues de muchos peligros arriba á los lugares domésticos; que en aquella guerra santa y pura era para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra Morena la gloriosa batalla de *Bailén*, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el del general Castaños, y en esta marcha combatió D. Angel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés rezagado en Sepúlveda. Incorporado entónces á un escuadron de guardias de la division que mandaba el conde de Gante, marchó con ella á Logroño, que fué atacado á los pocos dias por tropas francesas. Los guardias hicieron entónces importantes servicios, y las orillas del Ebro los vieron combatir con tanta bizarría como los habian visto las márgenes del Orbigo y las llanuras de Leon. Don Angel compartió los peligros y la gloria de sus compañeros en todos aquellos sucesos, y pasó poco despues, dada nueva organizacion al ejército, á reunirse con otro escuadron del mismo cuerpo que se habia reorganizado en Madrid, y que formando parte de la reserva en la desgraciada jornada de Tudela, fué maltratadísimo en la voladura del repuesto de municiones de Tarazona. Perdió en aquella noche el duque su caballo, y recibió una fuerte contusion, teniendo que hacer la penosa marcha de la retirada á las ancas del caballo de su hermano D. Angel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refriega cerca de Alcalá sacó D. Angel el caballo muy mal herido. Perdido Madrid, hizo la retirada á Cuenca, y despues del desastre de Uclés, en que se halló como ordenanza del general en jefe, marchó con su escuadron á la Mancha. Pero adoleció gravemente el duque de calenturas pútridas, y tuvo que retirarse á convalecer, acompañándole su hermano á la ciudad de Córdoba, donde tenian á su madre. Restablecióse el enfermo, y marchando ambos á Extremadura, donde se hallaba su cuerpo, pelearon con él en la memorable batalla de Talavera. Regresó á la Mancha el escuadron, cuyo mando habia recaido en el duque, y formó parte de la division de caballería, que mandaba el general Bernuy, la cual, despues de sorprender y arrollar impetuosamente á los enemigos en Camuñas, Madridejos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo en tal manera, que se puso en completo desórden abandonando la artillería. Pero el duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadron, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Angel y otros valientes, logró restablecer el órden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas, de que era ya casi dueño el enemigo.

Despues de otras correrías por la Mancha, retiróse la division á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Areizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábansele á nuestro D. Angel en esta *campaña* más graves peligros y más lastimosos desastres, que los que hasta entónces habia corrido y presenciado.

Tocaba á su fin el año de 1809, y el 15 de noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la division de Bernuy sobre Antigola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas, mandadas por el general Paris.

Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la division, rehaciéndose y volviendo caras tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza. Tuvo D. Angel herido el caballo desde los primeros momentos de aquella accion tan desgraciada, pero continuó peleando con indecible denuedo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza, y una profunda estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo lejos entre el humo y la confusion de la pelea lo habia visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando lo vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podia atravesar. Cerró triste y negra la noche: los nuestros, en confuso desórden se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército: y los franceses, con pérdida de su general, se replegaron sobre Antigola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunia el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadron, y á la siniestra luz de un hacha de viento pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperacion, y nadie respondia. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hiciéronlo así varios que amaban mucho á su comandante y que conocian toda la intensidad de su gran dolor, pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al jóven moribundo.

Era más de media noche cuando volvió en sí don Angel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oia en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque habia sido despojado. Divisaba por uno y otro lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. A pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la oscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre que llevaba detrás de sí un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante: su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos labios le hemos oido alguna vez. Llamábase Buendía, y habia venido al campo á recoger despojos. Acercándose, y enterado de quien era el herido, con gran trabajo le levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, lo condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para este cabida. Buendía consiguió á fuerza de ruegos que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros; y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadron vivaqueaba el Duque. Voló este á abrazar á su hermano, despues de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer, casi á la fuerza, un cirujano de hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frio de la noche, contrayendo las heridas y coagulando su sangre, habia contenido su pérdida; pero al calor del lecho y de una atmósfera mas templada, sobrevino una espantosa hemorragia. No halló el cirujano otra cosa que recetarle que la Extremauncion, y salió á prestar sus auxilios á quienes pudiesen aprovechar. Traspasado de dolor el Duque, demandaba en vano otro facultativo, y las gentes de la casa trajeron un barbero del pueblo, que hizo diestramente la primera cura, y que dió muy buenas esperanzas.

En esto amanecia: los tambores batian generala por todas partes; los enemigos estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del pais para alejarle de allí, con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba con no ménos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más descuidado á donde le llamaban los clarines, rogó al sub-brigadier D. Julian Pobeda y al guardia Mendinueta que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á oirse á su espalda el gran rumor de la espantosa batalla. Cuando á media tarde llegó á Tembleque, ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infausta nueva de aquella infelicísima jornada. Los siete guardias que acompañaban á D. Angel, uno tras otro se habian ido muriendo por el camino: solo él continuaba firme y animoso en situacion tan horrible. La confusion crecia por momentos. Pobeda y Mendinueta entráronse con él en el carro para asistirle más de cerca, y apresuraron la fuga. Pero el camino real se puso á poco intransitable con el número de fugitivos, carros, cañones y bagajes que llegaban precipitados, y ya perseguidos. Al anochecer aparecieron los franceses, deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguian el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heróica resolucion mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Daimiel, conocia la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real y á seguir á campo traviesa la direccion de aquella villa. La misma confusion favoreció sus intentos, y despues de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. A su estada en aquel pueblo compuso despues aquel bello romance que empieza

> Con once heridas mortales,
> Hecha pedazos la espada

que anda impreso en sus poesías, y que saben muchos de memoria. Pasó allí tres dias; prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montiron; regresa Mendinueta en busca de sus estandartes, á meterse en nuevos peligros y á anunciar al duque que su hermano quedaba en salvo; y despues de once dias de penosísimo viaje, llegó Pobeda con el herido á Baeza.

Halló en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte dias hallóse muy repuesto, ménos de la lanzada en el pecho y otra en la cadera que le tuvo cojo algunos años, y sintiéndose con fuerzas, pasó á Córdoba, donde estaba la duquesa su madre. Su recibimiento en aquella ciudad debió satisfacerle y lisonjearle en gran manera. Muchas gentes salieron á esperarle al camino, y en las calles fué detenido varias veces su carruaje por la muchedumbre que se agolpaba á verle y victorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente en aquella época de verdadero patriotismo los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre temiesen los facultativos que á la larga produjesen algun funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año de 1810 forzaron los franceses el paso de Sierra Morena, y se derramaron por Andalucía. Retiróse D. Angel con su madre á Málaga: detúvole allí arbitrariamente Abello, que habia sublevado la poblacion contra las autoridades legítimas, so pretexto de defenderla; entraron de pronto los enemigos, no pudo embarcarse, y despues de perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo que esconderse con su afligida madre, disfrazados ambos y faltos absolutamente de recursos, en la miserable barraca de un pescador del Perchel. Sacólos de esta angustiadísima posicion un oficial español pasado á los franceses, que algunos meses ántes habia estado en Córdoba alojado y obsequiado en la opulenta casa de los entónces ocultos y desvalidos. Este hombre generoso los descubrió por una casualidad, y facilitó á D. Angel y á la afligida duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero con que dirigirse por la costa á Gibraltar, á donde llegaron felizmente. Pasó desde allí a Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvio a ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadron de Guardias. La Regencia del reino, instalada en la isla de Leon, y presidida por el general Castaños, colmó á D. Angel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de capitan de caballería ligera, quedando agregado al cuerpo de Guardias y otra vez á las órdenes de su hermano. Y formado á poco por el general Blake el estado mayor de los ejércitos, entró D. Angel como adicto en el estado mayor general, que se estableció cerca del gobierno, y tres meses despues con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa habia sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña. Habia ciertamente en los trabajos de la guerra de sobra con que absorber y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La direccion belicosa que debian haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones; los temores continuos; los frecuentes reveses, las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podian dejar á los vuelos de la imaginacion y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingenio recogimiento, ocio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Angel no habia dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios sucesos, ó los variados cuadros que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía. El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es ésta una cualidad meramente pasiva, la otra fecunda, expansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazon sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas, para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe y rebosa. El entusiasmo no siente sólo, se inspira; no sólo vibra, suena; no sólo arde, quema; no sólo escucha, canta; y despues de mirar, pinta. Don Angel Saavedra, primero que militar, habia nacido entusiasta, porque habia nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentia, pintar lo que miraba. No habia dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entónces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfeccion, era la del estudio, la del progreso. Las artes son tambien una especie de guerra, y sólo los que han combatido en esa liza saben cuán dura es á veces. En las batallas del genio la lucha no es el triunfo, y tambien en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podia hacer entónces obras maestras; pero sus producciones mantenian y atizaban el fuego sagrado de las musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entónces una oda al alzamiento de la nacion española, otras piezas líricas que se imprimieron despues entre sus poesías y canciones patrióticas, versos de circunstancias que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y tambien en los campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podia, ya haciendo ligeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares ó de vistas y paisajes, todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animacion y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar, le hicieron singularmente apreciado en el estado mayor, en que sus jefes le encomendaron el negociado de topografía é historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entónces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al gobierno, documentos preciosos para la historia de la guerra de la independencia, que habrán desaparecido ó yacerán sepultados en algun archivo; publicó una defensa larga y razonada del estado mayor, contestando á un folleto que pareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias exposiciones y memorias al gobierno sobre la organizacion del cuerpo; y fué el redactor y director del periódico militar del estado mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptacion en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entónces contrajo con el conde de Noroña, gobernador de Cádiz, con don Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con don Manuel José Quintana, don Juan Bautista Arriaza, con don Francisco Martinez de la Rosa, y con otros esclarecidos literatos, avivaron su pasion por la poesía, haciéndole progresar cada dia, sino en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevia á lanzarse entónces, si en la correccion y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificacion, en la profundidad y elevacion de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes *El Paso honroso*, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leido y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinacion al dibujo, no sólo ejecutaba planos y cróquis por obligacion de su empleo, sino que concurria todas las noches á la academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo y á copiar algunas buenas estampas de la escogida coleccion que aquel establecimiento posee.

Nuestro don Angel habia nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer, y que no ha desempeñado mal, en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no habia nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberracion en el destino de su vida, la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolucion debia lanzar á todos de su órbita y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido, para los talentos de esta época, el genio malo que los ha perdido, el influjo que ha tenido por largos años paralizadas y en postracion sus fuerzas más vitales, que ha abatido contra la tierra las alas de su vuelo generoso. Afortunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas, han dejado á ese funesto meteoro marchar solo, y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina sólo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presuncion. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de más ilustracion estaban preocupados de los sentimientos que habian despertado en todos los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías que la revolucion francesa habia esparcido en la sociedad. Don Angel habia respirado el aire de guerra de los campamentos: respiraba ahora la atmósfera de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida, y sin apercibirlo él mismo, la revolucion se inoculaba en sus venas. Habia mirado la independencia como el mayor bien de su patria, y la vuelta de Fernando al trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneracion y ventura. Pero tras de los nombres y de los sentimientos de monarquía é independencia habian venido los nombres y las esperanzas de Constitucion y de Libertad. Creia, como todos, que los gobiernos que se habian sucedido desde el alzamiento eran la causa de los desastres de la duracion de aquella guerra desoladora. Las Córtes era la palabra mágica que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que lamentaban, y participó naturalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunion. Las sesiones de aquel Congreso á que asistia constantemente, fueron su primera escuela de política. La ardiente fantasía del poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunos. Todo lo que se le figuraba reformas merecia sus aplausos, y abrazó con calor las más exageradas ideas del partido liberal. Las doctrinas, como el cólera morbo, son más fulminantes y vehementes en el punto de que empiezan y cuando tienen una esfera reducida de accion. Cádiz fué entónces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro don Angel. Varios versos satíricos, y algunos artículos que publicó en el *Redactor general*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitucion del año 12 fué á sus ojos la obra más perfecta de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría, y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimientos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los dias de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró despues en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la nacion española, se burlaria tal vez hoy si pasara la vista por las producciones que le inspiraron sus primeros amores con la revolucion y con la libertad: mejores eran sin duda los que, más mozo todavía, habia compuesto á su primer querida.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Ascendido á ayudante primero de estado mayor (teniente coronel efectivo), desempeñó varias comisiones importantes; se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de órden de la regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la pelea, ántes que atender el inmediato objeto de su comision. Habiendo entrado el gobierno en algunos recelos del general Ballesteros, pasó á su cuartel general, comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando levantado el sitio de Cádiz y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la division del general Merino, so pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer á lord Wellington por general en jefe de los ejércitos españoles, envió la regencia á Don Angel con plenas facultades para atajar aquel desórden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperacion y consejo, el general Chevarri reasumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen órden la division, despues de deponer al general y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurreccion. La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuacion inmediata de la Península. Don Angel pretendió ser destinado á la seccion de estado mayor que

servia á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho que le hacia arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva; y fué á poco comisionado á Córdoba, á mandar y organizar un nuevo regimiento de caballería. Recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español, se retiró del servicio militar con la consideracion de teniente coronel que por su empleo le correspondia.

A la vuelta del rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitucion de Cádiz, tuvo Don Angel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo habia temido. Léjos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la más cordial acogida, elogió en pública corte sus servicios militares, y concedió á D. Angel el empleo de coronel efectivo de caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ocios de la paz, y consagrarse de lleno á las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito aunque extravagante Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos y con el poeta D. Manuel María de Arjona, avivaban su aficion á la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigian sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibian saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Angel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance que empieza con este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura...
Y en demonio siendo ángel
Tu torpe sandez te muda...»

Empero esta direccion, que sin duda era un bien para formar el gusto de nuestro poeta, contribuia no ménos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasiadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entónces flores que pudieran recoger los nuevos peregrinos. Lo ménos que podian temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias: estaban muy léjos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y principio del actual, hubieran podido con más razon y con pretensiones más modestas llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso, despues del siglo de decadencia en que yació postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbon al trono de Castilla: Melendez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas.

Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de Leon, de Villegas, de los Argensolas, de Rioja y Herrera. Pero demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podia haber sin extravío novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, por muy reconciliados que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía, que era algun tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo la literatura que recomendaban por modelo.

Nunca habia sido muy original, muy profunda ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Léjos de tener el carácter de espontaneidad, que debia darle aquel clima tan poético de suyo, y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habian cerrado los ojos, y no sabemos si el corazon, á las bellezas de aquella naturaleza grande, magnífica, todavía más que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos.

Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasion y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza de sus escenas y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora, y las plateadas ninfas de los rios, los jazmines y las rosas de los campos, son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones. Los poetas del Guadalquivir no habian bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habian extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra Morena, ó de las perpétuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habian inspirado con la impresion honda y melancólica de aquellas llanuras que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo sin celajes como sin nubes; jamás habian evocado las sombras de las generaciones que cultivaron en otros tiempos aquel riquísimo suelo; jamás habian oido las voces que suenan todavía en los monumentos romanos, en los palacios árabes, en las ruinas de los vándalos, ó en los castillos y torres de los conquistadores godos; jamás habian reflejado en sus amanerados versos aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad que hasta el pueblo, más poético allí que sus poetas, exhala en sus romances, en sus *cañas* y en sus *playeras*.

La historia en sus diversos períodos no les habia dicho nada. Los conquistadores del Nuevo-Mundo no habian encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos rios más grandes todavía, ni en los palacios de Motezuma y de los hijos del sol. La religion que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no habia hablado al corazon de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apolo, é introduce todas las deidades de la mitología, escuchando las alabanzas de aquel que, en las sangrientas aguas de Lepanto, tremolaba el estandarte de la Vírgen del Rosario. Toda la poesía española se habia resentido del carácter académico de la imitacion clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional, los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los mismos siglos y las generaciones mismas las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzmanes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros, y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heróicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estado las Vénus y los Cupidos, Palas Atenea, y el Bistonio Marte, habíanse creido igualmente triviales y no á propósito para calzar el alto coturno poético los asuntos que en ellos habian sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las liras del verso endecasílabo no podian prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas y emanciparse del yugo de la imitacion pagana. Los mismos poetas que poco há mencionamos, y que tanto ensancharon el campo, y con nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia, y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposicion tal vez con sus ejemplos.

Don Angel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los amores vestidos de ninfas y de faunos; la historia de los siglos medios pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas trasportada al foro de Roma, ó á las repúblicas griegas: tal era el fondo de la poesía que habia cultivado; tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro autor. A fines de 1813 habia publicado un tomo de poesías, que tuvieron entónces bastante boga, pero que no son leidas hoy. Don Angel añadia un volúmen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera ó de Petrarca, á los muchos que habian salido. Era una maceta más en el recortado jardin de la literatura imitativa y convencional, eran plantas de estufa sin calor propio, sin raices en la tierra, y don Angel Saavedra habia nacido para ser árbol pomposo y lozano al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiracion y fantasía.

Su inclinacion le arrastraba á escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1814 compuso la tragedia Ataulfo, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle un contratiempo que podia lisonjear su amor propio, y dió á poco otra tragedia titulada: Aliatar, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más intencion y detenimiento, y versificadas con más correccion y esmero. Siguió á estas Doña Blanca, aplaudida tambien, aunque no tanto como la anterior. Escribió luégo, aunque no dió al público, El duque de Aquitania, descolorida imitacion del Orestes de Alfieri, y Malech-Hadhel, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, con *El paso honroso*, y con otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda edicion de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y correccion de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entónces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la incorreccion de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Angel, hacia grande aprecio de sus versos y de su talento (1).

Y mereciánlo sin duda. Nosotros al lamentarnos de alguna manera de la influencia que pesaba sobre su ingenio, que no tenia acaso las dotes necesarias para elevarse á más altura que sus modelos en el campo de la imitacion clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entónces y en aquella literatura un poeta muy distinguido, y que podia serlo más todavía. Su versificacion no era correcta, porque nunca lo ha sido; pero era ya sonora, rica y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa. Sus producciones dramáticas pertenecian á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri, escuelas que Cienfuegos y Quintana habian introducido, no sin gloria y sin éxito, en el teatro español, y que, tanto como el talento de estos poetas, habia contribuido á poner en boga el genio trágico del ilustre Maiquez. Las tragedias con que habia enriquecido nuestro D. Angel la escena española no eran obras maestras; pero no seremos nosotros los que neguemos que, si hubiera continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de Corneille y Voltaire al mismo grado de perfeccion y de belleza que en el de Calderon y de Moreto.

Pero la edicion de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años despues. Entre tanto habia ocurrido la revolucion política que tuvo por resultado el restablecimiento de la Constitucion de 1812. Hallábase en Madrid D. Angel cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado con todos los liberales españoles: júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambicion alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvieran á ejercer influencia y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó solo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Habia solicitado en vano la competente licencia de los ministros de la Guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años y con todo su sueldo el marques de las Amarillas, despues duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones dignas de aquel entendido é ilustrado personaje. La impresion de sus poesías le detuvo aún algunos meses en España; pero publicado en Madrid, en Enero de 1821, el segundo tomo de aquella coleccion, partió D. Angel á Francia á principios de Mayo del mismo año, despues de haber ido por algunos dias á Córdoba á despedirse de su familia. Llegado a París, procuró realizar el objeto para que el gobierno le habia comisionado, sin olvidar su propia instruccion y las artes que le eran más queridas. Visitó los establecimientos militares, frecuentó las bibliotecas y museos: trató con intimidad al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Tracy, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolucion política que iba recorriendo en España una de sus más violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país para lanzarle por una nueva carrera en que los riesgos, los infortunios y los errores debian pesar más que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal como para la de las artes y las letras que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansion en Córdoba habia contraido D. Angel amistad, que aun dura tierna y estrechísima, con D. Antonio Alcalá Galiano, entónces intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el Sr. Galiano como lo es hoy un prodigio de saber y de erudicion: pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia las opiniones que profesaba eran á la sazon las más ardientes y exageradas; y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la conviccion y las voluntades del partido democrático, no se ejercia ménos fascinador y poderoso sobre la imaginacion nueva y ardiente y el carácter apasionado de D. Angel.

(1) Hé aquí un soneto en que le daba los dias aquel año:

Tú á quien afable concedió el destino
Digna ofrenda á tu ingenio soberano
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino,

Vibrando el plectro, y animando el lino
Logras, Saavedra, con dichosa mano
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.

Logralo, y logre yo, si más clemente
Se muestra acaso la áspera fortuna
Que hoy no me deja en blando son le[illegible].

Tejer nuevas coronas á tu frente
Ya esclarecida por tu ilustre pluma,
Ya decorada del laurel de Marte.

El talento subyuga con más fuerza todavía al talento que á la ignorancia, y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de alto mérito, y ligado ademas con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguian, seria un digno representante de aquella provincia. D. Angel Saavedra fué elegido diputado á Córtes, y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente esta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolucion que ya entónces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debia esperarse de las circunstancias de su eleccion. Unido estrechamente con Galiano y con don Javier Isturiz, á quien habia tratado de jóven en Cádiz, se colocó como ellos en lo más extremo de la oposicion al ministerio que presidia Martinez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanto mayor animadversion de la corte, cuanto que su educacion, sus conexiones de familia y sus maneras aristocráticas, le hacian extraño por demás á las exageraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política ni estímulos de su ardor tribunicio, los bastardos intereses que principalmente en estos últimos tiempos se ocultaron bajo la máscara de las pasiones políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entónces era sin duda más sincero y más desinteresado. Jamás don Angel Saavedra llevó, en su virulenta oposicion, miras personales, deseos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados: jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna. Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía; aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que habia admirado entónces; y el odio de una corte que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevia á contrarestar frente á frente, no podia en verdad hacer en él la misma impresion que en otra época más próxima el amor ó la gratitud de la reina que habia abierto las puertas de su patria á los que léjos de ella gemian desterrados. Las teorías políticas no estaban entónces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nacion ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas ilusiones que el trascurso de veinte años ha desvanecido. Don Angel las abrigaba. ¿A quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto? Don Angel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerias daban á sus discursos. Pareciale sin duda que eran tan interesados y tan sinceros como los que pudiera arrancar una buena tragedia ó la vista de un buen cuadro; y cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leia bellos versos. Don Angel no podia entónces profundizar las cuestiones políticas que ni aún otros hombres más exclusivamente consagrados á su estudio habian examinado sino muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolucion nada más; y todos los hombres políticos de entónces, con más ó ménos generosas intenciones, con más ó ménos ilustrados instintos, eran, sin embargo, revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un gobierno que pueda durar una generacion?...

Don Angel fué secretario en las Córtes del 22, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedicion. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Despues del 7 de julio, en el cual se halló con otros diputados en el parque de artillería, y reunidas las Córtes extraordinarias, apoyó al ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso, y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso de dimensiones más extensas que los que hasta entonces habia pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesion de... marzo de 1823, en que se aprobó la conducta del gobierno por la contestacion dada á las amenazadoras notas de los gobiernos de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idea del vértigo que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la nacion y estaban solos. La cuestion no era de independencia como en 1808: era de libertad política, y el pueblo, ó desdeñaba ó no comprendia este principio abstracto. Ardia embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisiblemente la victoria. Sin embargo, el gobierno del señor San Miguel arrostró la cólera de todas las potencias, y los diputados que debian pedirle cuenta de su conducta, que podian acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público parlamento la apoteósis del insigne desacuerdo que habia sido ya sancionado con la aprobacion y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entónces. Tocóle en aquella discusion hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima que acaso dió temple y tono al debate de aquel dia, fué el intérprete fiel de las opiniones que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas frases rayaron en los últimos límites de la demencia. El salon y las galerias se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano, y de los demás oradores que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió y circuló profusamente dentro y fuera de España como un monumento notable, en el juicio de unos de temeraria arrogancia, en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad. Consecuente á sus principios y opinion, influyó el diputado por Córdoba en la traslacion de la corte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesion del 11 de julio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspension del rey, propuesta por Galiano, y su traslacion á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de diputado. Al amanecer del dia 1.° de octubre, en que el rey Fernando VII recobraba la plenitud de su poder, emprendió don Angel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinacion de proscrito y su carrera de emigrado.

Condújole en compañía de su amigo Galiano una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores que experimentaron entónces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí sin embargo, hasta que en mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegacion á Inglaterra, centro entónces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos Isturiz y Galiano, y al respetable don Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corria entónces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le habia apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el intervalo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué don Angel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, habia compuesto en pocos dias la tragedia titulada *Lanuza*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecia, en medio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas: era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificacion, y sus diálogos más que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid en el teatro del Príncipe, y por efecto de las circunstancias se repitió por espacio de muchos dias con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la funcion obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entónces. Pero la emigracion le llamaba de nuevo con más tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra habia escrito *La despedida*, composicion lírica de alguna extension, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, y se separaba de la imitacion servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo, para un proscrito, el poder reproducir á lo ménos con el pincel la imágen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja. Hizo entónces don Angel varios retratos, escribió una sátira en prosa titulada *El peso duro*, llena de cuadros de costumbres, de no escaso mérito, y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas titulado *Florinda*, y la composicion titulada *El sueño del proscrito*, y otras de ménos fama.

Entre tanto la audiencia de Sevilla habia fulminado contra don Angel, por la votacion del 11 de junio, la sentencia de muerte y la confiscacion de todos sus bienes. Su hermano el Duque por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba sufria una dura persecucion: el rey le habia quitado la llave de gentil-hombre, y tenia en secuestro sus estados. Don Angel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada madre, que aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscrito todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazon maternal. El clima de Inglaterra no era favorable á su salud, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso, que podia servirle algun dia para hacer frente á su situacion, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa madre imploró del nuncio de S. S. en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud, le fué respondido que como don Angel se comprometiera á no hablar ni escribir de política ni á frecuentar la sociedad inglesa, se le libraria el pasaporte, seguro de que allí encontraria hospitalidad y amparo. Dió don Angel por medio de su madre las seguridades que le exigian, y provisto del resguardo del nuncio, en que éste habia escrito de su propio puño: *Dado por órden expresa de S. S.*, dejó el proscrito á Lóndres, á fines de diciembre de 1824, y con dura navegacion llegó á Gibraltar. Permaneció allí hasta junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano concertado, marchó con su jóven esposa á Italia, arribó á Liorna despues de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte no podia visarle sin remitirle ántes á Roma. Hízolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibicion absoluta de que el portador pusiera los piés en los Estados romanos. A esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una órden del gobierno toscano para que don Angel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres dias. En vano escribió don Angel al gobierno pontificio; en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna; en vano le protegió eficazmente el conde de Bruneti, que residia accidentalmente en Massa-Carrara: la inexorable policía dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto don Angel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte que llevaba tambien nuestro viajero, dado por lord Chatan en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantin maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellon de Inglaterra. El mal tiempo dilató algunos dias el viaje, y don Angel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distincion que habia en Liorna, y por lo más florido de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecucion, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscritos las más lisongeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse por fin á la vela y navegaron prósperamente cuatro dias. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Maretimo*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al sudoeste y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulacion compuesta de seis viejos malteses, desconocia la autoridad del capitan, hasta el punto de no obedecerle, cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago, descubrió muy cerca por la proa el *Maretimo*, y al orzar por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con grande estruendo el trinquete, que quedando trabado de la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la Salve pidiendo á Dios misericordia en el último trance. Don Angel, con el desesperado aliento que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí; reanimó la tripulacion con amenazas y golpes, y ayudando al capitan á sujetar la caña del timon, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigian las circunstancias: hecho lo cual, bajó á la cámara todo empapado en el agua del mar y en la del cielo, y cayó y estuvo por largo tiempo desmayado de la gran fatiga y del extraordinario esfuerzo. Al amanecer se hallaron en la costa de Sicilia, y deteniéndose en Girguenti lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque siempre con el mar embravecido, hasta que despues de otros dos dias de navegacion, como dijo nuestro viajero en su preciosa composicion al faro de Malta...

. . . . Los marineros
Olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta, Malta gritaron.

No pensaba don Angel detenerse más tiempo en aquella isla, que el necesario para encontrar proporcion de regresar á Lóndres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le habia llevado la casualidad y el infortunio. El ser caballero de la Órden de San Juan, fué una recomendacion muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna y otras que llegaron de

Lóndres, le procuraron la proteccion decidida del respetable marqués de Hastings, gobernador de la isla y de su segundo el general Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecucion que habia experimentado en Italia, los peligros de su viaje, su trato ameno, su imaginacion rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñon del Mediterráneo. Cinco años pasó don Angel en tan agradable residencia, frecuentada entónces de extranjeros con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto que aquellos años no fueron acaso los ménos venturosos de su vida, ni los ménos útiles para la literatura de su patria; pero entónces ya el campo de las bellas letras se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. Don Angel no conocia ántes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputacion á quienes habia podido consultar, no le presentaban otros modelos ni otros principios, extraños como eran absolutamente, al movimiento que fermentaba entónces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginacion y de la inventiva. En aquella época empero tomó don Angel conocimiento de las nuevas tendencias y vió autorizadas por hombres de gran saber y de inmensa reputacion lo que segun la austeridad de sus antiguos principios, le hubieran parecido extravíos. Vivia en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa la condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Embajador de Inglaterra en España en tiempo de la Junta Central, tenia en gran aprecio y estima el noble carácter de los españoles, y muchísima aficion á las cosas de España, poseyendo con perfeccion nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su biblioteca muchos, muy escogidos, y muy raros libros españoles. Honró desde luégo este sabio y respetable inglés á Saavedra con el más tierno y paternal cariño: le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron, y á Walter Scott: le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII: le regaló la antigua edicion completa de Lope de Vega y una coleccion de nuestras crónicas; y le exhortó á escribir con brio y originalidad, sus propios afectos y sus propias sensaciones. Prendieron desde luégo estos combustibles en la ardiente imaginacion de don Angel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores en lo que hasta entónces habia mirado con desdeñoso menosprecio: hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que habia oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria, y rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso tambien el estar ausente de su querida patria, contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entónces habian tenido. Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre, que la inmediacion á la posesion de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginacion. La antigüedad, sólo por serlo, es poética como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remotos. Ha dicho Juan Jacobo Rousseau que para pintar las delicias del campo y los encantos de la primavera, no hay como estar encerrado entre cuatro paredes, y que en un calabozo estrecho, es donde se puede describir con ricos colores la libertad, y en un abrasado desierto, las orillas encantadas de un rio. ¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin él mismo percibirlo, aconteció á nuestro poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo *de tarde en tarde le llegaban de su patria nuevas amargas, y renglones con lágrimas escritos*, ¡ qué interesantes y qué llenos de poesía no debian presentarse á su imaginacion todos los lugares de su país, las más leves circunstancias de localidad! ¡ Cuánto no debian halagarle y parecerle bellos y dignos de contarse, los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le aparecia la imágen de los héroes castellanos! Entónces ciertamente debieron presentársele no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y torneos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entónces debian ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripcion, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras majestuosas, el mar bravío, y las ruinas y los templos, y los cantares del pueblo y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades morunas ó góticas, y hasta el *arcángel dorado que corona de Córdoba la torre*, y que se le presenta como un faro resplandeciente mirado desde la tormenta del destierro...

No entró, sin embargo, en esta nueva senda, rompiendo de una vez todos sus hábitos. Desde luégo comprendió como debia lo que despues se llamó escuela romántica, y tenia ya demasiado ilustrada su razon, demasiadamente perfeccionado el gusto para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones y los fines, y el plan y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, correccion y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creia que se habia emancipado ya de las antiguas trabas cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así despues de concluir la *Florinda* compuso el *Arias Gonzalo*, tragedia clásica en la forma, de versificacion por lo general robusta y fácil, aunque desigual como suya; y la comedia: *Tanto vales cuanto tienes*, clásica tambien, aunque escrita en variedad de metros, y que despues hemos visto representada en los teatros de la capital. Su primera composicion, en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado al faro de Malta, y que copiaríamos íntegra si la extension de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya, notable ciertamente, no ménos que por su mérito artístico, que por ser la nueva série de producciones que emprendia el autor. Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debia tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito ó Córdoba y Búrgos en el siglo X* (1), que despues se publicó en Paris con un brillante prólogo. No haremos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda filosofía, y con elevacion y miras hasta entónces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidian á la reforma que entónces para nosotros empezaba: en él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneracion á que con esta obra se abria la puerta. Es el asunto de este poema, la historia lastimosa, la popular tradicion de los siete infantes de Lara: obra de esta clase no tenia modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura aparece tejida en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. *El Moro expósito* tiene su plan. *El Moro expósito* es verdaderamente un romance de alguna extension. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de *Walter Scott*. No es nuestra intencion hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Seria preciso dar una extension inmensa á nuestra biografía, y copiar trozos enteros de una produccion que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embargo, el poema del Sr. Saavedra no es perfecto en su conjunto: la crítica severa puede tacharle de lánguido y lento en la accion, de tímido en el plan, de embarazoso y monótono en la narracion, y su desenlace no aparece demasiadamente preparado ni bien traido. Las trabas mismas de que su autor pensaba sacudir el yugo, le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo en el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor le despliega sin reparo, entónces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe. Hay bellezas de detalle incomparables; hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas, hay pinturas de relieve que se mueven y que se palpan; hay ternura, hay sentimiento y hay gala oriental, y lozanía andaluza y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caractéres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza. Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la invocacion ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripcion de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada mas sombrío y altanero te poético que el incendio de Bohordillo, ó que el salon lúgubre de Rui-Velazquez. Nada más magnífico que la descripcion de Zahara. Para hacer sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester un libro tan extenso, y bien pueden compensar sus defectos, sin embargo de que á veces sus mismas bellezas que el autor sabe producir no le hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran con frecuencia trozos lánguidos ó prosáicos, expresiones triviales que descienden bastante del tono general del diálogo ó de la narracion, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono con el martilleo de la octava que el autor creyó evitar. De todos modos esta obra, que no tenia modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello floron de la corona poética de D. Angel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía; la pintura fué tambien objeto de sus tareas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos bajo la direccion del profesor Hyrler, llegado á Malta desde Roma, pocos meses ántes que nuestro proscrito.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luégo que el ministerio francés, presidido por Martignac, aflojó algun tanto el odio á los emigrados españoles, quiso D. Angel acercarse á su patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á Paris con su mujer é hijos. El general Ponsomby, gobernador entónces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para trasportarle á Marsella. Pero á su llegada, Martignac habia caido, y su sucesor volvia á la misma política intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debia fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condicion, y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna madre de continuo le enviaba, estableció una escuela de pintura á que no faltaron discípulos, pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el museo de Orleans, donde existe, un cuadrito de *natura muerta* que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto la revolucion de julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á Paris con su familia. Encontró allí á sus amigos Isturiz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas ideas de estos tres amigos, se habian templado mucho con la observacion inmediata de países tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia habia desvanecido en D. Angel muchos errores, y no creia ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina con que, áun en la desgracia, los dividian encarnizados odios. Sus estudios y su pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la exposicion del Louvre de 1831, y el nombre de D. Angel Saavedra se halla en el anuario de artistas establecidos en Paris en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano al *Moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Alvaro*, que Galiano tradujo al francés con ánimo de que se representara en algun teatro de Paris.

La primera amnistía del rey Fernando VII en 1833, no comprendia á D. Angel, como ni á los demás diputados que votaron en Sevilla la deposicion momentánea del rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su familia, regresando él solo á la capital de la Francia. Entónces fué cuando D. Vicente Salvá publicó *El Moro expósito* con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas, algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta habia empezado á cultivar un género en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debia sobresalir despues. Pero la inmortal reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía hasta un punto donde habian impedido que llegara, durante la vida del rey, graves consideraciones de política. Abriéronse al fin para D. Angel, como para todos los españoles, las puertas de la patria, y el dia 1.° de enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas, vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la patria deseada arranca, entrando en España por Perpiñan y la Junquera. Apresuróse á jurar á la reina en manos del gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid á los brazos de su familia, y de la tierna madre á quien tantos suspiros y llantos habia costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada Presidente del Consejo de ministros D. Francisco Martinez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposicion que le habia hecho el año 22, habia contraido cordial y estrechísima

---

(1) En un periódico literario que no há mucho salia á luz en esta corte con el título de *Pensamiento*, publicó el jóven poeta D. Enrique Gil un excelente y juicioso artículo de análisis y crítica de las poesías de D. Angel Saavedra, especialmente del *Moro expósito* y de los romances históricos. Nosotros, conviniendo casi enteramente en los juicios y opiniones del Sr. Gil, de tal manera hemos seguido al hablar de estas dos obras su opinion, que hemos copiado á veces hasta sus mismas frases.

amistad. Publicado á poco el Estatuto Real, don Angel no participó del odio tenaz que le declararon en su mayor parte los mal contentos emigrados, que llegaban con la presuncion de conquistadores á un país que los recibia como hijos, pero por cuya felicidad nada habian hecho, no teniendo siquiera la gloria de haber contribuido al restablecimiento de las instituciones liberales que era llamado á dar al país el Sr. Martinez. Don Angel aplaudió sinceramente la publicacion del Estatuto, y le pareció un buen principio y sólido fundamento de mayores adelantos y progresos. No estaba curado todavía de sus antiguas ideas, y en el periódico que entónces fundó con D. Gabriel José Garcia y D. José de Alvaro, titulado *Mensajero de las Córtes*, defendió opiniones más avanzadas de lo que convenia en la primera época de la revolucion, si bien comparadas con sus antiguas doctrinas no merecian el dictado de anárquicas ni revolucionarias. Como quiera, la política volvia á apoderarse de su espíritu, y un suceso doméstico, próspero y á la par desgraciado, vino á arrebatarle más decididamente en su agitado torbellino. El 15 de mayo de 1834 falleció en Madrid de una pulmonía aguda el Duque de Rivas, su hermano mayor, y no dejando sucesion, hallóse don Angel heredero de su grandeza de España, títulos y bienes. Vióse el nuevo Duque de Rivas llamado como grande á ocupar un puesto en el Estamento de Próceres; y abiertas las Córtes en 24 de julio, fué elegido segundo secretario del Estamento, quedando al dia siguiente de primero por la repentina muerte de D. Diego Clemencin. Conocióse desde las primeras sesiones cuánto habia madurado su juicio en materias políticas, y el notable discurso que pronunció en contestacion al discurso de la Corona, de oposicion, sí, pero comedida y templada, le valió un lugar distinguido en el aprecio del alto Estamento. Pero el discurso más profundo de todos los suyos, el más trabajado y lucido, y el que le valió más justo crédito y merecida reputacion, fué el que pronunció con motivo del proyecto de ley presentado á las Córtes excluyendo al infante don Cárlos y á su familia del derecho de sucesion á la Corona de España. Elevóse el primero D. Angel á la altura de la gran cuestion que se presentaba; abordóla con resolucion y con franqueza; la determinó y fijó con no comun valentía, y la consideró en el verdadero punto de vista, desde el cual las Córtes debian mirarla. No fué á sus ojos aquella cuestion un pleito civil en que dos familias venian á ventilar ante un tribunal de justicia la propiedad de un trono. No eran tampoco las Córtes jueces que iban á sentenciar en una causa criminal contra el príncipe rebelde y desposeerle de sus derechos en pena de sus delitos. Tratábase, en su concepto, de una cuestion de alta política, de conveniencia nacional, y las Córtes no eran en aquel asunto jueces, sino legisladores. El fundamento de su exclusion actual era la ley del reino, sí, pero el de su exclusion perpetua y la de toda su línea, en cualquier eventualidad, fundábase en la incompatibilidad de la estirpe de D. Cárlos con las instituciones representativas, y en el fundado temor de una futura violenta reaccion de sus hijos y descendientes contra el gran partido nacional que habia proclamado á Isabel II. Osado y resbaladizo era el modo de tratar esta cuestion, y lo hizo el nuevo prócer con todo el brillo y con toda la ilustracion de que era capaz una teoría ocasionada á sentar máximas y principios de algun tanto peligosa aplicacion, convertidos en doctrina general. La tendencia de su discurso y las citas históricas en que apoyó su raciocinio, no podrán acaso reputarse por muy ortodoxas para una creencia severamente monárquica. Pero disculpábalo todo la criminal conducta del infante rebelde y la injusta guerra que habia movido á la legítima reina de España su ambicion desatentada. Era el partido de D. Cárlos el que tomaba la iniciativa de la revolucion, y disculpaba por cierto por sus mismos hechos las medidas revolucionarias contra él tomadas. Con respecto á su descendencia y á las esperanzas de su estirpe, todos sabian que la cuestion no se decidia entónces, que esas cuestiones las deciden los sucesos y las ejecutarian los siglos. Don Angel tuvo, sin embargo, un arranque monárquico al fin de su discurso, en que, á despecho de sus ideas, se revelaban sus hidalgos pensamientos. «Ciertamente, »señores, dijo, es dolorosísimo el que nos haya »puesto en trance tan amargo un infante de España »descendiente de cien monarcas y del glorioso Enri»que IV de Francia, padre de sus pueblos, un nieto »de Cárlos III, un hijo del benigno y candoroso »Cárlos IV, anciano venerable que murió en el »destierro, léjos de su trono y de sus servidores. »Soy agradecido: mi padre y mi familia le debieron »honras y favores sin cuento, y la mayor parte de »los que estamos en este salon le servimos en nues»tra juventud con lealtad y buen celo, y conserva»mos su memoria con aquel recogimiento que »inspiran la gratitud y el respeto.» Estas palabras honrarán para siempre el corazon y los sentimientos del que se atrevia á alabar á los poderes caidos.

Las tareas parlamentarias no le distrajeron de la literatura. Hemos dicho ya cuándo habia escrito el *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. Entónces le corrigió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince dias, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, despues con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiracion, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste á la crítica. Pueden hallársele defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa produccion? Fué sin duda una revolucion en el arte dramático de nuestros dias. Su éxito alentó á los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro, á separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió á seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. El *Don Alvaro* es único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caractéres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo, están realizadas con singular talento, con inimitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginacion sorprendente y arrebatadora, con versificacion maravillosa á veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderon. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creacion del *Don Alvaro*, no está en sus formas, ni en su estatura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Alvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya. Ni la religion salva á D. Alvaro de su mision sangrienta, de su destino de crímen. Hubiéramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intencion más acomodada á las costumbres, á los caractéres de nuestro siglo y de nuestra religion, una tendencia más moral y más cristiana. Don Angel creó un carácter que no pertenece á época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece á todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta produccion á su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Alvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor, hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de ménos mérito y de ménos alcance.

Despues de la escision revolucionaria contra el ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debia por sus ideas políticas no ser desfavorable al gabinete nombrado despues de aquellos sucesos, fué elegido por la corona vicepresidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Cárlos III. A estos honores en el órden político, correspondieron otros en el órden literario. La Academia Española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Habia conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le habia tratado despues en Lóndres y París. No podia, por consiguiente, creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella ilusion popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situacion requiere. En el gran conflicto del año de 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y extremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinion pública habia de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocia. Don Angel participó algun tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecia aún en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltacion no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera opresor y despótico, sino por los peligros de que la causa de D. Cárlos triunfara. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistia en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos interesados en extraviar la opinion amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron á conseguir su objeto con tanta más facilidad, cuanto que la administracion del partido moderado, ménos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, habia sido desafortunado en la direccion de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y visto que en sus manos todavía se embravecia más la lucha, y que á la par se desataba la revolucion amenazadora, hubieron muchos de contemplar con espanto la suerte del país, y los peligros á que la precipitaban los charlatanes de la política, ó los que hicieron infame mercadería de promesas estériles de libertad.

La experiencia, más rápida en su enseñanza indeleble que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder, empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustracion y saber, y la juventud toda, que conoció desde luégo que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad ni el porvenir. Refundióse entónces el partido moderado, ó se creó por mejor decir un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico-constitucional. No fueron la parte ménos vital y robusta de sus filas los que habian pertenecido ántes al partido exaltado. Contábanse á su frente á dos corifeos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Isturiz y Galiano.

El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colegas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despechadamente defeccion y apostasía, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacian necesario, y en que debian estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador. Para esto, en la legislatura de 1836 se presentó en oposicion al ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador sus discursos, que eran escuchados con atencion y agrado sumo, y formuló á pocos dias una proposicion, que otros próceres firmaron y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso que se hacia del célebre voto de confianza. Fué este un golpe mortal para aquel ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posicion se hizo cada vez más crítica: los ministros presentaron su dimision, y S. M. confirió en 15 de mayo al señor Isturiz la presidencia y la formacion del nuevo gabinete.

No es esta biografía el lugar competente para juzgar al ministerio de 15 de mayo. Su turno le llegará en alguna de nuestras noticias. Aquí sólo debemos referir como Isturiz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colegas, y S. M. le confirió el ministerio de la Gobernacion del reino. Sabemos que don Angel se sorprendió sobremanera al verse nombrado ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás habia ambicionado, un cargo para cuyo desempeño no se reconocia con suficientes fuerzas en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Isturiz y Galiano le arrastraron en su suerte comun, y unióse al fin con ellos decidido á arrostrar los riesgos de una administracion desde sus principios tan combatida. Presentóse con sus colegas en el Estamento de Procuradores en la célebre sesion de 16 de mayo, y el Estamento, so pretexto de no haberse recibido la comunicacion oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroracion violentísima y apasionada del señor Olózaga, hizo dejar su asiento á los nuevos ministros, con gran aplauso de la tribuna pública. Mortificó á nuestro Duque aquella demostracion. Los silbidos de las turbas llevadas á aquel recinto no sonaban en sus oidos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecia aún gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. Don Angel, primero que ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decia con muestras de pesar á uno de nuestros amigos que presenciaba aquella farsa: «¡Es posible! ¡Silbarme á mí!» Nuestro Duque se habrá reido más de una vez de aquellos improperios, cuando vuelto de su natural sorpresa haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No habia pensado jamás en ser ministro, no tenia pretensiones de administrador, ni funda hoy su gloria en sus tareas de ministro. Sin embargo, en el corto periodo de aquel gabinete, desempeñó su parte, si no con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decision y entusiasmo el pensamiento de sus colegas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la monarquía constitucional y de combatir los esfuerzos de la revolucion amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados; y para los pormenores de administracion y gobierno, á que no podia descender, tuvo el acierto de nombrar un subsecretario que valia por muchos ministros. Durante su administracion se redactó un plan general de estudios que honrará para siempre su memoria, y que la revolucion ignorante y retrógrada condenó despues á la nulidad y al olvido. Convocadas las Córtes llamadas revisoras, ejercióse

por primera vez la eleccion directa, y el ministro de la Gobernacion dirigió con sumo tino aquellas elecciones, las mas solemnes y más tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupcion ni violencia se reunió lo más ilustrado y respetable de la nacion, llamada a discutir una nueva ley fundamental de la monarquía.

Pero aquellas Córtes no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La nacion habia elegido Córtes: la revolucion nombró juntas. Dióse la señal del alzamiento asesinando en Málaga á un jefe político. En Zaragoza el capitan general proclamó la Constitucion de 1812. Un batallon embriagado sitió en la Granja el palacio de la reina y la obligó á adoptar el Código de Cadiz. El ministerio resistió en Madrid valerosamente, pero recibidos los decretos de destitucion, y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio extraviado para no ser víctima de la sed de sangre que se cebó en el valiente y benemérito general Quesada. Pasó algunos dias el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy Lord Clarendon, y allí permaneció veinticuatro dias rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmaran ni se diese término á una época de inseguridad y peligro para los hombres que habian figurado en el caido gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el suelo de que le lanzaban sus amigos, los liberales, como ántes le habian expulsado los absolutistas, sus adversarios.

No era esta resolucion tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecian garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi todos los pueblos por donde se podia transitar se habian dominados por la sedicion. El camino de Zaragoza, único entónces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la faccion. En el de Portugal, por Extremadura, habia suma vigilancia despues que se supo que Isturiz habia pasado por Badajoz disfrazado y con grave riesgo de su persona. Acudió entónces el duque de Rivas al general Seoane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballerosamente a la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia que le acompañase hasta Gata. De aquel punto, D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guia un contrabandista del país. Ya en Portugal y en la ciudad de la Guarda, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo este rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que habia llegado un agente de don Miguel. El gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desórden que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y de su término. Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitucion del año 20, y allí supo que le habian secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitucion restablecida) por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan capital a los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó no sin riesgo y precaucion, por la circunstancia de que los vapores que salian de aquel puerto se detenian en la bahía de Cádiz. En Gibraltar encontró y fue obsequiadísimo por su antiguo amigo Sir A. Woodfor, con quien habia tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año, allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al Peñon cuando apareció la expedicion de Gomez. Allí se dió de nuevo a la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitucion de 1837 y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del cónsul español, y el dia 1.° de agosto se trasladó a Cadiz, y volvió de su segunda emigracion á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró su nombre como candidato para senador por varias provincias. Propuesto en terna por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios apoyó al ministerio Ofalia, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposicion del senador Sanchez para que se les devolviesen sus bienes a las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara, y la necesidad de conservar sus fueros á las provincias, y sostuvo, en fin, todos los planes y proyectos que tenian por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el establecimiento de un consejo de Estado, la ley de ayuntamientos y la de imprenta. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró a Sevilla, y el cambio político conocido con el nombre de pronunciamiento de Setiembre, le alejó acaso por mucho tiempo de trabajos y tareas en que ya no debe conservar fe ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril, problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse a sus ojos, dejó más vivo y más ardiente en su alma el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene siempre elevada la tribuna en su gabinete, un parlamento en las creaciones de su fantasía, un auditorio inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandone jamás sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron como la religion de su alma. Desde la publicacion de *Don Alvaro*, nada habia vuelto á componer para el teatro. En este último periodo, la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que habia dado tan insigne muestra. Arredrarónle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones, envueltas á veces como las crestas de las altas montañas en nubes, y surcadas del rayo, habia, a menor distancia, no tan terribles y más despejadas eminencias. Nuestra patria habia tenido un teatro nacional, rico y glorioso, como ningun teatro del mundo. Cuando la Europa no tenia más que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía habia perdido toda su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el genio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad inmensa del ingenio español se habia refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcon, Rojas, y el grande Calderon, se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes, de donde descienden los rios y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus piés. Originales y espontáneos siempre estos poetas, porque bebieron sus inspiraciones en el carácter y las costumbres de su patria, quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores, como quiera que el carácter nacional, y las costumbres del pueblo, no hayan sufrido aún modificaciones tan absolutas que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto.

La parte de la sociedad española que se confunde con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen sienten aún renovarse los antiguos sentimientos, no borradas del todo en su corazon las huellas de las antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderon y de Moreto, simpatiza desde luego con ellos el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es aún, con las modificaciones del tiempo trascurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno. Don Ángel volvió á él; su imaginacion tiene mas puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos que con la de autores mas modernos. Las tres comedias tituladas: *Solaces de un prisionero*, *El crisol de la lealtad* y *La morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva direccion. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica sólo ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte a la comedia antigua, la rehabilitacion inoportuna quizá del carácter gracioso, que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV; y alguna vez lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido mas severa con *La morisca de Alajuar*; ha visto en ella demasiada complicacion, muchos y atropellados incidentes, materia, en fin, para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes. El autor de este artículo no ha logrado ver esta representacion en las tablas, ni juzgar de su efecto en el teatro, pero cuando en dias, de que conservará siempre tiernísima y grata recordacion, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composicion, formó un juicio que no se ha conciliado todavía con la severidad de esta censura. A sus ojos *La morisca de Alajuar* es la produccion mas acabada y más bella del Duque de Rivas, la más interesante, la de mas movimiento y de mas preparado desenlace. Los caracteres están de relieve, y sostenidos sin desmentirse nunca, sin decaer nunca. El conde de Salazar es un tipo de los mas bellos que puede ofrecer ninguna produccion dramática, y hasta la versificacion nos parece más igual y mas esmeradamente correcta que en las demas obras de su fecunda, pero a veces demasiado fácil y suelta vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la pu[illegible] de sus romances [illegible] nos [illegible] que la [illegible] del [illegible] la [illegible] dole a su primer [illegible] energía [illegible] lenguaje, del gusto y de la [illegible] habia vuelto a cultivar [illegible] abandonado de nuestra literatura. [illegible] impreso con [illegible] *El Sombrero*, *El conde de* [illegible] *cázar de* [illegible] que el autor sentia la [illegible] y de la verdad [illegible] ces posteriormente [illegible] las esperanzas que [illegible] meras inspiraciones. [illegible] los cuadros de esta magnífica [illegible] a su lectura a todos los que [illegible] nales bellezas de nuestras grandezas [illegible] posar sus ojos en la viva y [illegible] naturaleza engalanada por [illegible] de tanta vida. En [illegible] cion argumentos hábilmente [illegible] res soberbiamente delineados, figuras vivas, [illegible] descripciones, afectos verdaderos y [illegible] rasgos atrevidos, entonacion [illegible] tiza, y grande inteligencia [illegible]. A [illegible] mo en *El* [illegible] *Amor, honor y* [illegible] *tel* y otros, estas composiciones son [illegible] ros dramas llenos de [illegible] teres en su plan, de escenas brillantes, a [illegible] cuadros siniestros y sombríos. Otros [illegible] distinguen por su mayor sencillez, por su [illegible] regularidad; son [illegible] cuentos, llenos de candor y [illegible] bucólicas, como campestres [illegible] llas, aunque más monótonas, [illegible] arroyo, o como una dilatada [illegible] que las dimensiones obligan [illegible] no nos permitan para prueba de esta verdad [illegible] ladar, ora las estrofas en que describe [illegible] tiosas agonías del rey Don Pedro en su [illegible] trimera, ora la pintoresca descripcion del Gu[illegible] quivir, cuando Hernan Cortés [illegible] busca de la corona de Motezuma [illegible] y melancólicas meditaciones, que se entrega [illegible] su triste prision el marques de [illegible]; ora la animada pintura, las pinceladas de [illegible] roso estilo con que retrata los tres ilustres [illegible] riosos galanes de la bellísima princesa [illegible] El Duque de Rivas ha levantado en este [illegible] literatura nacional un monumento que [illegible] que otras obras en que [illegible] altas pretensiones y esperanzas. En la [illegible] y anárquica literatura de nuestros dias [illegible] poeta ha trazado un vivísimo surco [illegible] regiones de la belleza y de la originalidad. A los defectos de su época, y á las particulares [illegible] tancias de su azarosa vida, ha [illegible] vez tributo; pero sus defectos [illegible] dos en el olvido de sus obras [illegible] le para una aureola muy espléndida [illegible] mérito de las [illegible]

Y su gloria literaria será la [illegible] de. Los hombres [illegible] las demas con su brillo. La gloria de [illegible] públicos, la reputacion [illegible] circunstancias, aun en los mas eminentes [illegible] Estado. ¿Quien se acuerda ya de [illegible] un negociador y un estadista [illegible] de Ariosto su carácter de [illegible] cia? ¿De qué le sirve a [illegible] de Cromwell? ¿Quien [illegible] que Chateaubriand ha sido ministro y Lamartine diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama [illegible] de orador, de Prócer, de Senador y [illegible] del Despacho, por más que para [illegible] sean gratos o censurables [illegible] un periodo, su [illegible] brillantes cualidades en otra [illegible] ha influido en su vida, no [illegible] Y sin embargo, todavía en las [illegible] provincia de Vizcaya le [illegible] segundo lugar, y la de Álava [illegible] bierno de Setiembre [illegible] gir a quien [illegible] palabra a las que en el Senado [illegible] protesta, si bien severa y [illegible] poderes. [illegible] en Sevilla [illegible] el seno de su [illegible] atencion en los [illegible] nuestra, en la [illegible] los. El autor [illegible] vida del [illegible] sagrar [illegible] de para [illegible] llevado y [illegible] vida en las [illegible] bajo el sol [illegible]

donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fué entre ellos el ménos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyó alguna vez la interesante narracion de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que sólo pueden formar idea los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol y macetas de flores, y árboles y fuentes, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entónces se nos ocurrian. Complacido, como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creido á veces que tendrian para todos la importancia que para nuestro corazon. La amistad puede habernos hecho prolijos; un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.



POESIAS SUELTAS Y POEMAS CORTOS

ROMANCE

En una yegua tordilla,
Que atrás deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo:

Las moras en los terrados
Tremolan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mujeres encanto,
De los jóvenes ejemplo;

A las rejas de Darája,
Darája la de ojos negros,
Que cuando miran abrasan,
Y abrasan con sólo verlos,

Humilde llega y rendido
El que triunfante y soberbio
Fué espanto de los cristianos,
Fué gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las ve cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que miéntras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño;

Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo

«Id con Dios, que ya sois libres,
Desde aquí podeis volveros;
Y llevad vuestros despojos,
Que á quien presentar no tengo.

»Pues no es razon que conserve
De sus victorias recuerdo
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Daràja el pecho.»

Año 1806

ROMANCE CORTO

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala,
Más linda que el dia,
Más bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente,
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana;
De tu rostro copia
Las tintas de grana
Con que el cielo pinta,
Con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Con su lumbre dora,
Con sus rayos baña;
De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa
Descoge lozana;
Imita tu talle,
Remeda tu gracia.
Favonio amoroso,
Que bate las alas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Balsámico aroma,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

1806

CANTINELA

Febo se retiraba,
Casi espiraba el dia,
Y la noche llegaba;
Su fresca lozanía
Marchitaba á la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
A la lumbre radiante,
Y al esplendor brillante
De sus lindos cabellos,
De nuevo se desplega
La rosa ya adormida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado,
A matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las ya unidas aves
Dulces trinos suaves,
Cantando dulcemente,
Y vuelve de repente
A comenzarse el dia:
Que al ver á mi señora
Juzgaron que venia
Nuevamente la Aurora.

1806

ROMANCE CORTO

Hermosa zagala
De Vénus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,
Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbras
Sus frescas orillas:

Escucha mi acento,
Permite á mi lira
Que cante tus gracias,
Que el alma me hechizan.
Ya Febo esplendente
Anuncia tu dia,
Y al orbe marchito
Su lumbre ilumina.
Y Flora gallarda,
Del mundo alegría,
Risueña en tu obsequio
Los prados matiza.
Y el Céfiro blando
Las flores agita,
Y aromas esparce
Y aromas respira.
¡Oh! goza felice,
Bellísima ninfa,
Beldad y placeres,
Amor y alegrías.
Y mil y mil veces
Al mundo tu dia
Renueven los cielos,
Con mil y mil dichas.
En tanto que insana
La suerte enemiga
Sañuda conmigo
Su furia ejercita.
Conmigo infelice,
Que ausencia prolija
De tí me separa,
Mi bien, mi delicia,
De tí por quien arde
Con llamas activas
Mi pecho, que adora
Tu imágen divina.

1807

SONETO

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado,
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa,
Donde burlabas los sonoros vientos:

¿Qué tu orgulloso afan se prometia?
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

1807

ROMANCE

Hermosísima zagala,
Cuyos ojuelos divinos
Abrasan con dulce fuego
El alma y el pecho mio:

Tus gracias son el encanto
De un corazon que te rindo;
Por tí vivo solamente,
Para tí sola respiro.

Léjos de tí no reposo,
Que es ¡ay! mi mayor martirio,
No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Da matices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,

Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo;

Para mí es tiniebla oscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos,
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mí claro dia,
Si ante tus plantas me miro.

Y si, oh zagala, no fuere
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Dó pasta el ganado mio.



SONETO

Gallardo alzaba la pomposa frente
Hiedras y antiguas parras tremolando,
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracan bajó silbando,
Que el ancho tronco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté más soberbio y más ufano
Vendrá un contrario soplo de fortuna
Y adios oro, poder, favor, grandeza. 1808

AL ARMAMENTO

DE LAS

PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES

¿A dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco són de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada
Tornándose en laurel?... ¿A dónde osada
Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del númen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citeres;
Sino muertes y horrores y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.

Pero ¿qué agitacion mi pecho siente?
¿Qué turbacion embarga el alma mia?...
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pié imprimo,
Jamás hollados por humana gente.
Llego á la esfera donde nace el dia,
Allí mi fantasía
Cercano mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Así atrevida mi soberbia planta
A los rojos celajes se adelanta.

Entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente.
La cuadríga ferviente
Se agita, y corre y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido;
Al hórrido sonido
Despléganse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarin con roncos sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacias,
Oh dulce patria, el hondo abatimiento,
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros dias?
¡Ah! Las alevosías
De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Galia; sí, tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacaron á la opresa y triste España
Del hondo sueño. Tiembla de su saña,
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones;
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus príncipes; no importa que furiosa
En Mantua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,
Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad y alto heroísmo.

¡Venganza! dice el animoso viento
En las cavernas cóncavas zumbando.
¡Venganza! dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas.
¡Venganza! dice el alto firmamento
Horrísonas tormentas agitando.
Venganza contra el bando
De los Galos traidores,
Que escondiendo el puñal entre la oliva,
Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores,
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco són de guerra y de venganza
El Turia, el Bétis, el Guadiana, el Duero,
Y el Segura, y el Ebro levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero,
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores;
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;
Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon.... Oh fiel Sansueña:
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío:
Pues el denuedo y brio
De tus heróicos hijos por do quiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Así la hueste del francés doloso
Se abate y desparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrïon guerrero,
Y de la cota refulgente y fiera,
Que al valor de la Hespéria se ha humillado
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,
Y brillará de vuestro honor la llama,
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.
De San Quintin, Pavía y Camposanto
Se reproduce la feliz memoria,
Se reverdece la triunfante rama;
Y logrando la fama
Que alcanzan los varones,
Que de la esclavitud y abatimiento
A fuerza de ardimiento,
Y de sangre, libertan las naciones;
En eterno padron que al tiempo asombre
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

En un campamento, 1808.



A LA VICTORIA DE BAILEN

Horrendas huestes la fragosa cumbre
Oprimen de los montes Marïanos,
Y bajan hácia el Bétis orgullosas.
Del carro apolinar la viva lumbre
Envuelta en negro polvo se oscurece.
La tierra se estremece,
Y retumban las cumbres, y los llanos,
Y las selvas umbrosas
Al clamor de la trompa resonante,
Al ronco estruendo de las armas fieras,
Al bélico alarido,
Y al crujir los arneses de diamante.
Poblado de pendones y banderas
Arde el aire en relinchos encendido,
Y deslumbran y pasman á lo léjos
De los bruñidos cascos los reflejos.

¿Quiénes son los belígeros varones?
¿Quiénes son, y dó van? ¿Cuál es su intento?
¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra,
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrílego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas
Y dejan de la sierra la agria frente
Inundando las vegas silenciosas,
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el Carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traicion alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su adalid, que osado
Busca nuevas naciones
Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado,
Del Bétis huella el llano delicioso,
A su corriente audaz se precipita,
Y las huestes indómitas agita.
Y extendiendo los ojos codiciosos
«¿Dó está, exclama, de Hespéria el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mio.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno?...
Huye, infeliz, con voladora planta;
Escucha el raudo viento
De belísono són henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades
El silboso huracan. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al ángel tutelar, que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña
Y con celeste ardor; y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Va á sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rejas en espadas,
Y lanzas brota el suelo, resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente,
Relinchando ardoroso,
El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Bailén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,
Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por dó quier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarin guerra pregona.
¿Y aún osas resistir?... En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y animas la cuadríga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta,
Y gimen con oprobio en servidumbre,
De Hespéria á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos
Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el esclavo Sena,
Y abate tronos, y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente,
Con negra astucia y con armada gente.

¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
Oh Galia injusta, al ver el poderío,
El denuedo y el brio
De los varones ínclitos iberos!
Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el jinete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban
Arrastran las corazas refulgentes,
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Tristes ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Bailén los campos, ya cubiertos
De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,
Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía
Y tu justo furor; y ya no es dado
Al francés resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja,
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
Victoria suena el viento,
Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudo Bétis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

1808





ROMANCE

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,
En noche oscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos,
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
Que el cielo me deparara,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
Y mayores me las daba,
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjele: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

Más crueles son tus ojos,
Que las polonesas lanzas:
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento ahora me falta.

Deja esa cura, Filena:
Déjala, que más me agravas;
Deja la cura del cuerpo,
Atiende á curarme el alma.

En el hospital de Baza, 1809.

ROMANCE

Entre verdes olivares
Y deliciosos verjeles
Bétis grave y caudaloso
Se desliza mansamente,

Despues de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tinieblas,
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, ausente y llorosa,
Mira al cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte;

Y al contemplar en el rio,
Sollozando muchas veces,
Abre sus divinos labios,
Y de este modo hablar suele:

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.
Decid á Silvio
Que torne aprisa,
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,
Repetia muchas veces,
Dando luz á los peñascos,
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasion el rio,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondióla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente;
Si me paran tus ojuelos,
Y tus gracias me detienen?

1809

SONETO

Ojos divinos, luz del alma mia,
Por la primera vez os ví enojados;
¡Y ántes viera los Cielos desplomados,
O abierta ante mis piés la tierra fria!

Tened ¡ay! compasion de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Más que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundireis en los reinos del espanto. 1812

AL CONDE DE NOROÑA

¡Oh Conde! pues tu lira
Unida al són de tu divino acento,
Calma del mar la ira,
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
La discordia levanta su cabeza
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla;

Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el són estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso?

Y cual Belona fiera
Aguija la cuadríga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,
Y asombre y pasme la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores
Al ronco són del atambor guerrero
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por do quier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona
Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Bailén los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitarse su laurel y glorias,
Y dí el denuedo y brio
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado
El númen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heróica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mia
Las hazañas y triunfos cantaria!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Va tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor sólo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuño la tajante espada,
Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mio,
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,
Ni con el són impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que sólo sus delicias
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazon, pecho amoroso,
Y con dulce terneza
De Citeréa el fuego delicioso
Me prohibe que cante
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mia
Sólo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegría
De los risueños campos y las flores,
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
A quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido. 1812

SONETO

El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Sólo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso. 1810

A AMIRA

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
A besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las extendidas costas españolas:

No agites más tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
A tus instables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy más sólo obedece
A los ojos de Amira enardecidos,
A ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y segun quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el raudo viento,
Sobre el polo te lanza,
Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso ruido
Sube por esta orilla afortunada,
Hasta llegar rendido
A la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro dia
Deja de conchas llena,
De caracoles y de espuma fria,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,
Sólo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Neréo,
Los marinos caballos agitando,
El piélago Eritréo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, oh bella Amira,
Por quien tanto amor arde y suspira.

Cádiz, 1812

SONETO

Viene en pos del invierno perezoso,
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el verjel colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pos de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Despues de la borrasca embravecida
Sosiega el mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:
Sólo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

1812

CANTILENA

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljófares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Más bella y más lozana
Que ninfa de Diana.
Los risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban.
Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogia,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Más flores producia
Aquel fresco recinto
Orgulloso y ufano:
Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

1812

SONETOS

Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba,
Cicatrices aún frescas ostentaba,
Y soberbios despojos oprimia.

Las lides do me hallara recorria,
Los que venció mi brazo numeraba,
Mi acero vencedor me recreaba,
Y con loca arrogancia así decia:

¿Quién podrá, más que yo, que he combatido
Con tan fieras naciones?... Duro acero
Es ya mi corazon, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
De Lesbia me mostró, quedé vencido,
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

Oh amiga noche, oh noche deliciosa,
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Titón al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fia,
O el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el dia,
Pues sólo de las gracias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fria.



EL PASO HONROSO

POEMA

CANTO PRIMERO

Canto el amor, la noble gentileza
Del valiente y gallardo caballero,
Que cautivo se vió de una belleza
Armada siempre de rigor severo:
Y que para rendir tanta esquiveza,
Dando muestra de amante y de guerrero,
En Orbigo triunfando, eterna fama
Logró y el premio de su honesta llama.

II

Dios de Amatunte, númen poderoso,
Que en la diestra enojada del tonante
Logras helar el rayo rigoroso,
Que dió castigo á Encélado arrogante:
Pues inspiraste el hecho valeroso
Que hoy el destino quiere que yo cante,
Mi pecho inflama, dame aliento y brio,
Y al tiempo venza el rudo canto mio.

III

Y tú, divina Lésbia, á quien adora
Mi ardiente pecho, que por tí suspira,
Concédeme tu gracia encantadora,
Y oye mi acento que á agradarte aspira.
Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,
Y el triunfo y las hazañas de un amante
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

IV

El rey don Juan segundo de Castilla
En Medina del Campo, en su palacio,
Y en un salon en donde el arte brilla
Y adorna en torno su anchuroso espacio,
Bajo rico dosel, en régia silla
De púrpura y marfil, de oro y topacio,
Acompañado de su corte estaba,
Y una lucida fiesta celebraba.

V

De una señaladísima victoria
Que contra los pendones africanos,
Cobrando nombre eterno y alta gloria,
Ganaron los valientes castellanos,
Celebrábase acaso la memoria
Por el rey, por el pueblo y cortesanos:
Y en el salon con gala y alegría,
Música y danza y gran concurso habia.

VI

Cuando el són de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de cuatro heraldos en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en majestad no les iguala.
Los instrumentos luégo enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala,
Y el rey atento y todos admirados
Fijan los ojos en los diez armados.

VII

Uno de ellos, que el jefe parecia
Y de los otros nueve iba delante,
A todos excediendo en gallardía,
Aún más resplandeciente que el diamante,
Una argolla de hierro descubria,
Que enlazaba su cuello, y con talante
Gentil alzó del yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

VIII

Dejóse ver don Suero de Quiñones,
Valiente, afable, ilustre caballero,
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero;
De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció más que humana su figura.

IX

Cinco lustros apénas contaria
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecia
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.
Ostentando su noble bizarría,
En medio del concurso numeroso,
Mirando al rey que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento.

X

«Monarca de Leon y de Castilla,
Egregio rey, esclarecido Marte,
A cuyo nombre pálido se humilla
El que ostenta la luna en su estandarte,
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á más que á respetarte:
Dígnate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz, que en tí consiste.

XI

»Cual es en todo el mundo voz y fama
Tengo, señor, rendido el pecho mio
A una soberbia desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvío:
Mi corazon con su desden se inflama,
Está á sus piés humilde mi albedrío;
Y miéntras más ingrata y más esquiva,
Más y más me encadena y me cautiva.

XII

»Por servirla, en la guerra de Granada,
Como sabeis, señor, lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejar de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Hendí el turbante y destrocé el escudo
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

XIII

»Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones
Que en honra suya y gloria del Estado
Ejecuté, siguiendo tus pendones
Con duro pecho y brazo no cansado,
Ni mi constante amor ni mis razones
Trastornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve y duro mármol hecho.

XIV

»Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo,
Y ella más insensible, más tirana,
Aumentó su rigor y ceño esquivo;
Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla en ademan altivo
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

XV

»Cuatro veces despues la selva umbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigorosa
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,
Firme mi amor y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

XVI

»Hoy mi señora exige nuevamente
Por rescate del hierro que me enlaza,
Y por lograr su amor, si es que inclemente
El destino mi dicha no embaraza,
Que mis hazañas y mi fama aumente,
A su vista rompiendo en ancha plaza,
Por espacio de treinta dias enteros,
Lanzas con los más bravos caballeros.

XVII

»Razon es, oh monarca esclarecido,
Que el cautivo concierte su rescate,
Y que el amante que tan firme ha sido,
De coronar sus pensamientos trate.
Para justar vuestro permiso pido,
Y que campo me deis para el combate,
Que yo con estos nueve hidalgos quiero
La liza mantener el mes entero.

XVIII

»Ellos tambien igual licencia piden;
Todos son mis amigos y parientes;
Sólo para ayudarme aquí residen
Con duros brazos y ánimos valientes;
Con su honra siempre las empresas miden;
Darán asombro á las extrañas gentes,
Y gloria á vos, señor, que estos vasallos
Sólo vos digno sois de gobernallos.»

XIX

Dijo, y todo el concurso fija atento
En él los ojos, y cual sorda suena
Al blando soplo de apacible viento
La verde pompa de la selva amena,
Se oye rumor confuso en un momento,
Que del estrado en derredor resuena,
Por la soberbia y rica cuadra cunde,
Y al arteson dorado se difunde.

XX

El excelso monarca aficionado
A tanto amor y tanta gallardía,
Quedó un rato suspenso y admirado
Dudando si el permiso le daria;
Y consultando el caso no esperado
Con los hombres de cuenta que allí habia,
Con don Alvar de Luna y don Manrique,
Y con el almirante don Fadrique;

XXI

Dió afable su rëal consentimiento
A aquellos esforzados campeones,
Y desde su dosel y régio asiento
Contestó de este modo á sus razones:
«Digno de un pecho noble es vuestro intento,
Valeroso don Suero de Quiñones,
Yo os permito justar en mis estados
Con vuestros nueve deudos esforzados.

XXII

»Príncipes convidad y caballeros,
Campo elegid y publicad carteles,
Y vengan españoles y extranjeros
A aumentar vuestros triunfos y laureles.
Poned las condiciones y los fueros,
Nombrad á la estacada jueces fieles,
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
Lograd, pues son los premios del combate.»

XXIII

Entonce el caballero agradecido
Acata al rey con humildosa muestra,
Y dice: «Oh gran monarca esclarecido,
Si tanto os interesa la honra nuestra,
Sólo una nueva gracia humilde os pido,
Y es que vos presidais en la palestra;
Pues estando, señor, á vuestra vista
No habrá poder que al nuestro se resista.

XXIV

»El campo elijo cerca de la puente
Que de Orbigo da paso al claro rio,
Entre Astorga y Leon; allí valiente
Reto á todos y aplazo el desafío,
Por ser el paso de la extraña gente
Que viene á vuestro reino y señorío
A visitar al gran patron de España,
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

XXV

»Sólo pongo, señor, por condiciones,
Que todos los valientes caballeros
Que á libertarme vengan de prisiones,
Y á demostrar sus ánimos guerreros,
Tres lanzas romperán, sin más acciones,
Conmigo ó con mis bravos compañeros;
Teniendo que salir de la estacada
A la tercera lanza quebrantada.

XXVI

»Si hay alguna que cause grave herida,
O en tierra caballero derribare,
Dejará la carrera por cumplida,
Sin que nadie otra cosa demandare.
El que pierda caballo en la corrida,
O alguna pieza del arnés quebrare,
Caballos hallará por mí aprestados,
Y completos arneses acerados.

XXVII

»Si por la puente dó la justa nuestra
Se mantiene pasare alguna dama,
Y no lleva quien salga á la palestra
A combatir por ella y por su fama;
El blanco guante de la mano diestra
Dejará en mi poder, si es que no inflama
A algun guerrero que presente fuere,
Y por ella y el guante combatiere.

XXVIII

»Para jueces del campo aquí nombrados
Dejo á Pedro de Barba y Gomez Arias,
Ambos por altos hechos afamados,
Y conocidos por acciones varias:
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias:
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse
El que quiera en la tela señalarse.

XXIX

»Quince soles sin falta ántes del dia
Del gran patron y apóstol de la España,
Y otros quince despues, mi compañía
Mantendrá con sus armas la campaña.
Y agora, alto señor, la intencion mia
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.»

XXX

Aprobó el rey don Juan las condiciones,
Y luégo los clarines resonaron,
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sones
El hazañoso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que trajeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

XXXI

Siguió el sarao, la danza y alegría,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el dia,
Por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría,
Y no hubo dama alguna en el estrado
Que á doña Luz la esquiva no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

XXXII

Unas alaban el amor constante
Del firme y valeroso caballero,
Otras mil le quisieran por amante,
Y todas hablan sólo de don Suero:
Cuál rendida celebra su semblante,
Cuál su valor y su ánimo guerrero,
Y no hay quien por feliz y venturosa
No tenga á doña Luz la desdeñosa.

XXXIII

Por una gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada,
Y con pomposas hayas se hermosea;
De Orbigo la corriente sosegada
Entre flores y sauces serpentea,
Cubierta de frondosos matorrales,
Espadañas y espesos carrizales.

XXXIV

Entre Astorga y Leon una anchurosa
Y antigua puente oprime las arenas,
Divide la corriente sonorosa,
Y enlaza las dos márgenes amenas.
Y á su lado una selva deliciosa
Do los rayos del sol entran apénas,
Alza pomposa la gallarda frente,
Que agita grave el apacible ambiente.

XXXV

De las ninfas bellísimas del rio
Es grato albergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estío
Huyen los rayos del ardor Febéo;
Y aún penden de algun tronco alto y sombrío
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros, y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

XXXVI

En esta selva y sitio delicioso
El esforzado Suero de Quiñones,
Elige campo para el paso honroso
Con sus nueve esforzados campeones.
Y manda levantar un suntüoso
Palenque, con tablados y balcones
Para teatro de la accion valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

XXXVII

Cubierto el bosque está y el campo lleno
De afanadora gente: quién trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quién el circo anchuroso en torno ataja,
Quién de troncos despoja el soto ameno,
Quién los pilares con primor encaja,
Quién con vistosas telas y follajes
Adorna los soberbios balconajes.

XXXVIII

El són del hacha, el golpe del martillo,
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyentan de la selva al pajarillo,
Aquella soledad poblada viendo:
Y los faunos y ninfas al oillo
Ver profanada su mansion temiendo,
Aquellos en las grutas se ocultaron,
Y estas en los cristales se lanzaron.

XXXIX

Miéntras todo se apresta y se compone,
Publican por los reinos extranjeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros.
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa, y los guerreros
De todas las naciones se apresuran,
Y probarse en la lid todos procuran.

XL

¡Cuánta gala, riqueza y ataujía,
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,
Cuánta empresa, penacho y armería,
Cuántos arneses, telas, bordaduras,
Cuánto jaez de seda y pedrería,
Cuántos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron
Así que los carteles recibieron!

XLI

No para los olímpicos famosos
Donde Neron mostró su vil destreza,
Ni para los circenses suntüosos
En que ostentaba Roma su grandeza,
Ni en los juegos de armas que hazañosos
Por lucir su denuedo y gentileza
Carlomagno y los suyos celebraron,
Tanta riqueza y gala se juntaron.

XLII

Ya la dulce risueña primavera
Daba lugar al caluroso estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y más escaso de caudal el rio:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafío
En número infinito concurria,
Ansiando ver el señalado dia.

XLIII

El soberbio palenque descollaba
De Orbigo dominando la ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas en el órden competente.
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente.
Con barandas, alfombras y florones,
Y de ormesí bordados pabellones.

XLIV

Ya el campo estaba lleno de alegría,
De pajes, de caballos, de escuderos,
De damas bellas como el claro dia,
De príncipes y armados caballeros.
El plazo de la justa se cumplia,
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones,
Ensayando los lances y ocasiones.

XLV

A la primera luz del sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afan siempre pensaba:
Y léjos del bullicio impertinente
Su desden y dureza lamentaba,
Vagando solo por el bosque umbrío
Sobre la orilla del sereno rio.

XLVI

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente sol los resplandores
Marchitada dejaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores;
Y sólo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Donde de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

XLVII

De un álamo á la sombra deliciosa,
Sobre las flores y la fresca grama,
Oyendo la corriente sonorosa
Que entre flexibles juncias se derrama,
Anhelando empezar su justa honrosa
Para ablandar su endurecida dama,
Estaba el gran don Suero reclinado,
De varios pensamientos contrastado.

XLVIII

El murmullo del agua fugitiva,
El dulce són de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva,
Y la fragancia de las flores suaves,
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves,
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el céfiro halagüeño.

XLIX

Y á la par que el reposo regalado
Por sus gallardos miembros se extendia,
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasía:
É imaginó escuchar un acordado
Són, que en torno con célica armonía
Del silencioso bosque resonaba,
Y algun grave portento presagiaba.

L

Creyó ver lentamente suspenderse
De Orbigo la corriente sosegada,
Con nueva luz el aire enrojecerse,
Aclararse la selva enmarañada,
Los juncos y espadañas conmoverse,
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

LI

Poco á poco los plácidos raudales
Se alzaban en columnas trasparentes,
Sobre argentados ricos pedestales
Adornados de conchas diferentes.
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

LII

Una cúpula excelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos guarnecida,
Y cerrando un riquísimo palacio:
Cornisas y arquitrabes de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guarnecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

LIII

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follajes,
Sobre robustos pernos sustentadas,
Y adornadas de perlas y balajes;
De refulgentes bronces trabajadas
Las verjas y volados barandajes,
Y de limpia esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

LIV

Admira tan grandiosa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y régio adorno,
Cuando temblando el soto y la llanura
Brilla con nueva luz aquel contorno:
De música celeste la dulzura
Se aumenta, y más distinta suena en torno,
Y de ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

LV

Cintas de perlas, áureos ceñidores
Los juveniles pechos enlazaban,
Frescas guirnaldas de fragantes flores
Las frentes placenteras coronaban:
Y de las bellas formas los primores
Túnicas sutilísimas guardaban,
Dejando el albo pié desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

LVI

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,
Y gallardas bellísimas y esquivas,
Ligeras más que los delgados vientos,
Danzan y juegan ledas y festivas.
Esparce sus dulcísimos acentos
El ala de las auras fugitivas,
A cuyo són asida de las manos
Aparece una turba de Silvanos.

LVII

Formaron con las ninfas grato coro,
Y bailes y dulcísima armonía,
Y alternan voces con cantar sonoro
De métrica cadencia y melodía:
Cuando un Triton con las escamas de oro
En el atrio del templo aparecia,
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

LVIII

Al bronco són los coros enmudecen,
Y las ebúrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen,
Y con ronco estridor quedan abiertas:
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosísimas cubiertas,
Y en medio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

LIX

En dos fulgentes urnas reclinada
Del rio la deidad majestüosa
Se muestra en él de juncias coronada,
Con apacible faz respetüosa:
En la siniestra mano recostada,
Gira en torno la vista poderosa,
Y al ver el coro á su señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

LX

Un rato, del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano,
Estuvo los perfumes recibiendo:
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquísima tendiendo,
Bajó por ella el sacro Dios y dijo
Al coro que le adora inmoble y fijo:

LXI

«De este bosque sagrado y escondido
Y de mi rica orilla habitadores,
El convocaros á mi corte ha sido
Para calmar los sustos y temores
Que en vuestros sacros pechos han nacido
Al mirar esos troncos vividores,
Con quien en vano el viento combatia,
Humillar su pomposa lozanía.

LXII

»No juzgueis que sacrílegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente sosegada:
Descansad pues, oh séres inmortales,
Nunca mi gloria ví más afianzada,
Y esas gentes que veis, á darnos nombre
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

LXIII

»Mañana apénas el risueño Oriente
Con rosado matiz anuncie el dia,
Admirareis un jóven eminente
Singular en amor y en valentía:
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará su noble bizarría,
Y lo verá por fin triunfar dichoso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

LXIV

»La resonante trompa de la fama
Su nombre librará de torpe olvido,
Despues que rinda á la severa dama
A cuyos piés há tiempo está rendido:
Ella su pecho y corazon inflama,
Y por ella esta hazaña ha discurrido...
La rendirá, y en premio de su brio
Será su esposo y cesará el desvío.

LXV

»De esta preciosa union, lustre de España,
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del Agareno en la campaña
Y de Marte y de Témis protegida:
En cuanto el sol alumbra y el mar baña
Respetada será, será temida:
Que á manejar la pluma y noble espada
La tienen ya los hados destinada.

LXVI

»Y un tiempo llegará que en su ribera
Mire nacer el Bétis caudaloso
Un descendiente de esta union primera,
Que á Marte seguirá con pecho honroso:
Y entre el estruendo de Belona fiera,
Le dará Apolo el plectro sonoroso,
Para que en alto metro y graves sónes
Haga eterna la hazaña de Quiñones.»

LXVII

Cesó el númen: y así que el nombre oyeron
Las ninfas entonaron expresivas
Himnos, que los silvanos repitieron
Con dulce acento y con sonoros vivas:
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron
En danzas concertadas y festivas...
Mas don Suero de gozo se estremece,
Despierta y la vision desaparece.

LXVIII

Atónito la vista en torno gira
Silencioso, pasmado y aturdido,
Y la corriente sosegada mira
Cual siempre caminar con manso ruido.
Vuelve á mirar confuso y más se admira,
Y entre esperanza y dudas confundido
No sabe qué pensar de aquel ensueño,
Agüero favorable de su empeño.

LXIX

Recorre nuevamente las razones
Que del labio del númen ha escuchado,
Prometiéndole triunfos y blasones,
Y que será su amor recompensado:
Y al recordar que ofrece á sus acciones
Eterna fama y nombre no olvidado,
Alentado y ufano y satisfecho
Inflama más y más su heróico pecho.

LXX

Y notando que el sol su lumbre pura
En los mares de Ocaso sumergia
Enlutando los montes y llanura
Y dando paso á la tiniebla fria;
Se retiró del soto con presura
A buscar su gallarda compañía,
Y á dar reposo al ánimo valiente
Para empezar la justa al sol siguiente.





CANTO SEGUNDO

De cándidos jazmines coronada
En Oriente brilló la ansiada Aurora,
Resuena en la floresta la alborada
Con dulce melodía encantadora:
La muchedumbre inmensa alborozada
Al ver llegar la deseada hora,
El perezoso sueño desechando,
El espacioso circo va ocupando.

II

Sonoras trompas, dulces instrumentos,
Huecos timbales, roncos tamborinos
Plácidos hinchen los delgados vientos,
Retumbando en los montes convecinos.
El són bélico cunde por momentos,
Apréstanse caballos y padrinos;
Ya se abre la estacada y presurosos
Cabalgan los guerreros valerosos.

III

Febo inmortal desde su carro ardiente
De viva lumbre y majestad vestido,
Los puros resplandores de su frente
Derrama por el ámbito extendido:
Enciende los confines del Oriente,
Y á presenciar el hecho esclarecido
Con nuevo brillo sale y aparece,
Y grande más que nunca resplandece.

IV

Bajo rico dosel en régia silla
El monarca don Juan acompañado
De altos señores majestuoso brilla,
Presidiendo el palenque levantado.
Al claro condestable de Castilla
Y á otros hombres de cuenta tiene al lado,
Y cercano del rey está dispuesto
A los jueces del campo ilustre puesto.

V

En el otro balcon que lindas flores
Le dan adorno, en ricas almohadas
Con bordadura, fluecos y labores
De perlas y oro ardiente recamadas,
Las damas de los diez mantenedores
De sus dueñas están acompañadas,
Cubiertas de hermosura y pedrería,
Y respirando amores y alegría.

VI

Y de la suerte que en verjel ó prado
Entre una y otra flor pintada y bella
El matiz de la rosa nacarado
Al rojo amanecer brilla y descuella,
Del aljófar del Alba rociado,
Y á todas vence la hermosura de ella;
Así en medio de tanta ilustre dama
Álzase la que á Suero el pecho inflama.

VII

Más que la rozagante Aurora hermosa
La ingrata y bella doña Luz estaba;
En sus mejillas de jazmin y rosa
La fresca y linda juventud brillaba.
Eran perlas su boca deliciosa
Donde el amor gozoso se ocultaba,
Y el albo pecho y cuello torneado
De nieve candidísima formado.

VIII

Arpones de Cupido eran sus ojos,
Y en la alta frente blanca como el dia
El cabello negrísimo en manojos
Con broches de diamantes suspendia:
Blanco vestido con follados rojos
De vellorí brocado y pedrería,
Y un rico ceñidor de oro labrado
Ostentaba en el talle delicado.

IX

¿Tal gallardía, tanta gentileza
Qué humano corazon no encadenara?
¿A quién tan alta y singular belleza
Con amoroso fuego no abrasara?
¿Qué pecho, quebrantada su dureza,
Al ver aquellos ojos no temblara?
¿Quién aquel talle y faz graciosa y bella
Pudiera ver, sin palpitar por ella?

X

Sólo yo, Lesbia mia, sosegado
La viera, porque á tí rendido adoro,
Y fuera doña Luz puesta á tu lado
La plata comparada con el oro.
Perdona si encarezco en el traslado
De su beldad y gracias el tesoro;
Que á ella la pinto, pero tengo hecho
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

XI

Ocupa en torno la curiosa gente
Terrados, graderías, balconajes,
Todos muestran el ánimo impaciente
Por ver salir los bravos personajes:
Suena un ronco murmurio sordamente,
Brillan mil vistosísimos ropajes,
Todos esperan ya la seña, cuando
Mandan los jueces pregonar el bando.

XII

Publícase, y al punto se enarbola
La insignia de don Suero de Quiñones,
Y por el viento plácido tremola
Su estandarte con timbres y blasones.
En sus tiendas el peto, yelmo y gola
Se ciñen los fortísimos varones,
Requieren los caballos y la espada,
Y se aprestan á entrar en la estacada.

XIII

Divinas ninfas del Castalio coro:
Dadme favor, engrandeced mi canto,
Dad nuevo aliento á mi clarin sonoro,
Y ponga al tiempo volador espanto.
Miradme gratas, vuestra luz imploro,
Conceded á mi pecho el fuego santo,
Inspiradme los hechos esforzados
De los diez caballeros afamados.

XIV

Suena el clarin, retumba el vago viento,
Enmudece el concurso numeroso,
Y cuatro reyes de armas al momento
Entraron en el circo polvoroso:
Blancos potros con rico paramento
Y vestido de púrpura costoso
Llevan, y en los riquísimos broqueles
De Quiñones los ínclitos cuarteles.

XV

En pos de los heraldos, tañedores
De púrpura vestidos y brocado,
Con cintas y plumajes de colores
Entraron en el circo alborozado,
Tocando dulces flautas y atambores
Con alto són alegre y concertado,
Y diez palafreneros les seguian
Que de mano diez potros conducian.

XVI

Y luégo en la estacada se aparece
De ricos-homes y altos personajes
Don Suero acompañado, y resplandece
Seguido de escuderos y de pajes:
Confusa gritería al cielo crece,
Cunde por los dorados barandajes
Y el concurso al mirar su gallardía,
¡Viva! mil veces, ¡viva! repetia.

XVII

De un potro cordobés azabachado,
Con un lucero en la espaciosa frente,
Rige el freno de plata salpicado,
Que templa y doma su rigor ferviente:
Lleva terciada sobre el diestro lado
La ponderosa lanza, y el fulgente
Peto, que el noble pecho le rodea,
Ofusca el brillo de la luz febéa.

XVIII

Ligera adarga en el siniestro brazo
Con adornos de esmalte guarnecida
Maneja con gentil desembarazo,
Sin que las riendas gobernar le impida:
Pendiente en medio de un gracioso lazo
Por cuerpo de su empresa está esculpida
Una argolla de hierro, y un letrero
Que dice así: *Librarme de ella quiero.*

XIX

La vencedora fulminante espada,
Terror y espanto del altivo moro,
Al lado izquierdo ostenta colocada
En el rico tahalí bordado de oro.
Sobre el alto creston de la celada,
Que es de piedras preciosas un tesoro,
De plumas blancas el penacho ondea,
Do Favonio se mece y se recrea.

XX

En pos del claro Suero de Quiñones
Brillan sus nueve bravos caballeros.
Sobre negros alígeros bridones,
Ceñidos de fortísimos aceros:
En los altos fulgentes morriones
Llevan blancos penachos y plumeros,
Y en todo á la del jefe semejante
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

XXI

Son los nueve: Alvar Gomez el osado,
Lopez Zúñiga, Diego Benavides,
Sancho de Ravanal afortunado,
Diego Bazán acostumbrado á lides,
Gomez de Villacorta gran soldado,
Pero de Nava en fuerzas nuevo Alcides,
Lope de Aller, y el jóven Pero Rios
Feliz en sus empresas y amoríos.

XXII

Por séquito llevaban veinte pajes
Con escudos de timbres y blasones,
Ornados de riquísimos ropajes,
Y oprimiendo hermosísimos bridones,
Que moviendo garzotas y plumajes
Arrastran rapacejos y borlones
De paramentos de ormesí bordados,
Con cifras y cuarteles recamados.

XXIII

Y cerrando la grave comitiva
Entra en el circo un carro primoroso,
Que en ruedas vistosísimas estriba
Con exquisito adorno artificioso:
Un enano gobierna desde arriba
El tiro de caballos animoso,
Y es su carga de yelmos y de arneses,
Lanzas de guerra, tarjas y paveses.

XXIV

Luégo que con alardes y escarceos
Este acompañamiento hizo la entrada,
Despues de dar en órden tres paseos
En torno recorriendo la estacada;
Entre aplausos y gratos victoreos,
Despejó la comparsa engalanada,
Y los nueve tambien se retiraron,
Y al caudillo la plaza le dejaron.

XXV

¡Amor, tirano amor! ¡Cuán misterioso
Es el impulso de tu aguda flecha!
En vano el corazon más cauteloso
Huye tu fuego y tu poder desecha:
El pecho más altivo y desdeñoso
Si tu arco corvo y tu rigor le acecha,
Al fin rendido por su rey te aclama
Y alienta sólo tu tremenda llama.

XXVI

Ya, oh Lesbia mia, del amor el fuego
Empieza á arder en doña Luz la altiva
Y siente un interior desasosiego
Que su desden altísimo derriba.
Y ya á tanta constancia y tanto ruego
Siente ceder su condicion esquiva,
Y mirando á don Suero palidece
Y admira su cariño y lo agradece.

XXVII

El que pretenda ser correspondido
Logrando quebrantar una altiveza,
Siga el objeto á quien esté rendido
Con anhelo constante y con firmeza,
Y en mirando su afan agradecido
Tenga por cierto que su dicha empieza;
Que de agradecimiento amor se viste
Y vence el pecho así que le resiste.

XXVIII

Sólo en la tela el ínclito don Suero
Hirió el ijar del potro belicoso,
Que obedeciendo al acicate fiero
Bufó, se enarmonó, partió furioso:
Detúvole de pronto el caballero
A la mitad del circo polvoroso
Y apoyado en su lanza inquieto espera
Quien probarse en la lid primero quiera.

XXIX

Cuando por la otra puerta entró atrevido
Un caballero ricamente armado,
El arnés con labores esculpido
Y de piedras preciosas adornado:
El soberbio creston de oro bruñido
Lleva con plumas jaldes coronado,
Y una lanza gruesísima blandia
Con denodado esfuerzo y gallardía.

XXX

Era aleman, Arnaldo se llamaba,
De la selva bermeja caballero,
Y con jaldes adornos manejaba
Un tostado alazan fuerte y ligero.
En el siniestro brazo levantaba
Ancho escudo, y en él por timbre fiero
De siempre-viva una florida rama,
Y este gallardo mote: *Así mi fama.*

XXXI

Partido el sol, están los justadores
Frente á frente, y el pueblo numeroso
Admira los vislumbres y labores
Del uno y otro arnés esplendoroso:
Ansiando que los bélicos clamores
Den la señal del choque peligroso;
Y doña Luz la espera cuidadosa,
Y pálida tal vez la faz hermosa.

XXXII

Suena el clarin, y en ristre la arandela
Y la tarjeta en alto levantada
Tiñen de sangre la estrellada espuela,
Y arrancan con presteza arrebatada:
Uno y otro bridon furioso vuela,
La tierra gime, tiembla la estacada,
Y con tan recio golpe se encontraron
Que á un tiempo entrambas lanzas quebrantaron.

XXXIII

Toman otras más gruesas y fornidas,
Revuelven animosos, y don Suero
Afloja diestro las tirantes bridas
En busca del germano caballero;
Este tambien las riendas extendidas
Sale á encontrallo en ademan ligero,
Y Quiñones con garbo y gran pujanza
En su gorjal rompió la dura lanza.

XXXIV

Rotas ya tres, segun las condiciones,
El extendido circo despejaron,
Y dando aplauso á entrambos campeones
Balconajes y gradas resonaron.
Y otros dos valentísimos varones
En la palestra con denuedo entraron;
Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,
Que sale á mantener el paso honroso.

XXXV

Era el conquistador Pero Zapata,
De Aragon caballero, que un tordillo
Oprime audaz, y muestra de escarlata
El paramento con riqueza y brillo.
Sobre el alto creston de blanca plata
Lleva un penacho rojo y amarillo,
Y en la adarga un volcan pintado habia,
Y *Ved mi pecho*, el rótulo decia.

XXXVI

Tomando campo al uno y otro lado
Hizo señal la trompa; valeroso
Ravanal con el cuerpo soslayado
Encontró al de Aragon firme y brioso:
Con su lanza el escudo le ha pasado,
Abollándole el peto poderoso;
Y sin romper las picas revolvieron,
Y con nuevo furor se acometieron.

XXXVII

Zapata á Ravanal en la cimera
Dió un atrevido bote con su lanza,
Y el pomposo penacho le echó fuera
Con gran destreza y singular pujanza.
Ravanal que se vió de tal manera,
Ardiendo en vivo fuego de venganza
Al de Aragon cargó con saña altiva,
Y del arzon lo saca y lo derriba.

XXXVIII

Luégo al punto los jueces decidieron
Cumplida la carrera, aunque furiosos
Volver de nuevo al lance pretendieron
Ambos á dos guerreros orgullosos:
Pero que obedecer la ley tuvieron,
Y al ver que el sol sus rayos luminosos
En el remoto ocaso recogia,
Cesó la justa hasta el siguiente dia.

XXXIX

Para más diversion y mayor fiesta
Músicas y banquetes se ordenaron,
Iluminando el circo y la floresta
Y las horas en danza se pasaron:
Hasta que en no aprendida dulce orquesta
Las aves á la aurora saludaron,
Que otra vez empezó la justa honrada,
Y se ocupó de nuevo la estacada.

XL

Salió por defensor del paso honroso
Diego Bazan ansioso de batalla,
Y por conquistador entró animoso
Liñan cubierto de luciente malla.
Un cervuno revuelto muy brioso
Con duro freno rige y avasalla,
Y lleva verde y oscuro el equipaje,
Y verdes los adornos y el plumaje.

XLI

Un áncora rompida en el escudo
Pintó por cuerpo de su triste empresa;
Por mote, *Mi esperanza;* y con forzudo
Brazo blandia un asta dura y gruesa.
En cuanto oyó el clarin partió sañudo,
Tambien Bazan arranca á toda priesa;
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas
Pasan hechas sus lanzas mil astillas.

XLII

Toman otras al punto, y atrevidos,
Lleno de sangre el bárbaro acicate,
Se encuentran nuevamente enardecidos,
Ansiosos de acabar aquel combate.
Rompiéronse las tarjas, y ofendidos
De que á la par la suerte los maltrate,
A un tiempo en ristre ponen la arandela
Y arriman al bridon la roja espuela.

XLIII

Bazan, alta la punta de la lanza,
Abolló de Liñan el alto almete.
Liñan sin aturdirse, con pujanza
La punta por las placas le entremete.
Sepáranse de nuevo, y en venganza
Ardiendo cada cual fiero acomete,
Y al batir el ijar Liñan altivo
Rompió una acion y se le fué el estribo.

XLIV

De este modo acabada la carrera,
Alvar Gomez ocupa la estacada,
Y por conquistador entra de afuera
El bravo don Gutierre de Quijada.
Su arnés resplandeciente reverbera
Como un lucero; lleva engalanada
Con plumas varias que lozana mueve
Una yegua más blanca que la nieve.

XLV

Una fénix, volando renacida
De en medio de la hoguera, ha colocado
Sobre la tarja de oro guarnecida,
Y este mote discreto y apropiado:
La llama que me abrasa me da vida.
Y ostentando en la cuja al diestro lado
Alta fornida lanza, inquieto espera
El ronco són de la trompeta fiera.

XLVI

Sonó por fin, y cada cual encaja
La pica en ristre, pone contra el pecho
El ancho escudo, y con la punta baja
A buscar al contrario va derecho.
Alza la yegua polvorosa braja,
Y un ardiente volcan su dueño hecho
A Alvar Gomez encuentra en una greba,
Y el muslo le desarma y se le lleva.

XLVII

Alvar Gomez al punto ardiendo en ira
Vuelve otra vez en contra de Quijada,
Que aunque el cuerpo soslaya y lo retira
Recibe sobre el yelmo la lanzada.
Aturdido del golpe atrás se tira,
Deja la brida casi abandonada,
Y la yegua, espantada y recelosa,
Se empina y bufa, y bota temerosa.

XLVIII

En sí vuelve Quijada, y de la suerte
Que hollada sierpe por villana planta
El cuello enhiesta amenazando muerte,
De pronto del letargo se levanta,
La brida coge, aprieta el asta fuerte
Y sobre los estribos se adelanta:
Gomez le espera firmes las rodillas,
Y ambas lanzas volaron en astillas.

XLIX

No pudieron justar más largo rato:
Dejaron la estacada, y vino á ella
Lope de Aller, de Marte fiel retrato,
Luciendo su armadura limpia y bella.
Y con gran pompa, gala y aparato
Aún más resplandeciente que la estrella,
A conquistar entró Feire de Adrada,
Con una tersa cota bien templada.

L

Fatiga los ijares de un castaño
Obediente á la brida y á la espuela,
Con paramento de purpúreo paño
Bordado de menuda lantejuela.
En la cimera por adorno extraño
Una encrespada crin ondosa vuela:
Su empresa es una fresca hermosa caña
Y el mote: *Frágil, y á la vista engaña.*

LI

Ya el sol con tibia luz desde Occidente
En los bruñidos petos reflejaba,
Cuando el són de la trompa de repente
Del fiero acometer la seña daba.
Uno y otro guerrero el potro ardiente
Aflige, y la tarjeta levantaba;
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos
Hacen saltar las lanzas en pedazos.

LII

Y otras nuevas tambien rompidas fueron
Al último crepúsculo del dia,
Y los dos justadores mantuvieron
Su excelsa fama y alta nombradía.
Las armas con la luz se concluyeron,
Pues ya la sombra de la noche fria
Lenta saliendo de su fresca gruta
Monte, prado, ribera y bosque enluta.

LIII

Y entónces los ilustres justadores
Visten brocado, y quítanse la malla,
Y olvidando los bélicos furores,
Y el horrendo rencor de la batalla,
En taburetes de tejidas flores
Y en ricas mesas de pulida talla,
Disfrutan del banquete, donde brilla
La flor de la nobleza de Castilla.

LIV

Y al són del arpa y del laud en tanto
Algun cantor con entusiasmo entona,
En grave metro y en sonoro canto,
Los hechos de que España se blasona:
Las hazañas que al mundo dan espanto,
Y que del norte á la abrasada zona,
Y del ocaso al apartado Oriente
La gloria ilustran de la hispana gente.

LV

Sonó allí el nombre excelso de Pelayo,
Mantenedor de la cristïana lumbre:
Y el de Rui Diaz, el que en vil desmayo
Hundió de Agar la fiera muchedumbre:
Y el de aquel jóven, fulminante rayo
Del francés orgulloso, que en la cumbre
Del Pirene vengó el honor de España,
Eternizando el timbre de Saldaña.

LVI

Tambien, oh docto esclarecido Mena,
Honor del Bétis, de mi patria gloria,
Al són del arpa allí tu voz resuena
Cantando hazañas de la hispana historia:
Ya el gran saber del infeliz Villena,
Ya del conde de Niebla la memoria,
Ya dejando de Marte los horrores
Dulces placeres, plácidos amores.





CANTO TERCERO

La fresca aurora con fulgor divino
El Oriente esclarece, preparando
Al sol radiante el eternal camino
Rosas en él y perlas derramando:
Y á su matiz y aspecto peregrino
El sueño huye de la luz temblando;
Suenan las trompas, y al combate llaman,
Y los pechos magnánimos inflaman.

II

A mantener audaz el noble paso
Villacorta salió, soldado fuerte,
Largo en hazañas, en hablar escaso,
Y de moros azote, horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el aragonés Francisco Faces,
Terror tambien de las moriscas haces.

III

Benavides despues su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Quebrantando tres lanzas con destreza
En su competidor Jofre Cabada.
Y Zúñiga tambien su alta nobleza
Probó, y dejó su fama acreditada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

IV

Y á sostener la liza entró gallardo,
Pero Nava el valiente y el forzudo;
Conduce su corcel á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Cuando con paramento rojo y pardo,
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo, con cabos negros y brioso,
Salió á la lid Abréo el jactancioso.

V

Era de Portugal, de ánimo fiero,
De dura condicion, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporcion y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrevido, insolente, amenazante;
Despreciador de ajena valentía,
Y lleno de soberbia altanería.

VI

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero cráneo y parda piel de un oso,
A quien muerte tal vez él mismo diera.
De un refornido fresno alto y ñudoso
Su gruesa lanza fabricada era:
Y un águila en la tarja pintó al vivo,
Y este soberbio mote: *Aún más altivo.*

VII

Los senos de la tierra retemblaron
De jinete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron
Disgusto grave de fatal suceso.
De su feroz aspecto se turbaron,
Viendo que á Nava lleva tanto exceso:
Miéntras este tranquilo gloria nueva
Espera muy gozoso de esta prueba.

VIII

Sonó el clarin, y silbadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte más veloz y más derecha
Que Nava contra el fiero lusitano.
Este tambien con cólera deshecha
Rompe el ijar del pisador lozano:
Se estremece el concurso al ronco estruendo,
Y el polvo va la luz oscureciendo.

IX

Nava firme y seguro en los arzones
Sobre el estribo diestro se suspende;
Alza el escudo, bate los talones,
Y entrambas bridas al caballo extiende:
Y librando su peso en las aciones,
Sobre el peto enemigo el asta tiende,
Llegando con tal ímpetu á encontrallo
Que derribó al jinete y al caballo.

X

Del modo que en el agria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja
Al golpe atronador del rayo ardiente
Peñasco inmensurable, se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baja;
Así á impulso de Nava en presto vuelo
Jayan, lanza y caballo vino al suelo.

XI

De Orbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y són de la armadura,
Retumbaron las grutas de las fieras,
Y resonó el estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisonjeras
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

XII

El portugués, corrido y de ira ciego,
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego,
La abollada visera deslazando.
Sus parciales y amigos corren luégo,
Y en descompuesto són el grito alzando
A Nava insultan con audacia fiera,
Pidiendo que no valga la carrera.

XIII

Imprudentes á todos desafian,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.
Unos la ardiente espada requerian,
Otros aprestan la nervuda lanza.
De Nava los parientes acudian,
Crece la confusion, ya no hay templanza,
Cunde de la discordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razon ni el ruego.

XIV

El monarca irritado al punto ordena
Que éntre á calmar los ánimos don Suero:
La trompeta real á bando suena,
Y entra en la plaza el noble caballero.
A su mando la turba se serena,
Y al ver su rostro y su ademan severo,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

XV

Como cuando en Océano espumoso
El uno y otro desatado viento
Cubre el cielo de luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento:
Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el huracan, las nubes huyen,
Y las hinchadas ondas se destruyen.

XVI

El discreto don Suero de Quiñones
Por dejar todo bando apaciguado,
Recuerda las juradas condiciones
Y torna el circo á su primer estado.
Y Abréo nuevamente los arzones
Ocupando vencido y despechado,
Acompañado de su gente osada
Confuso se salió de la estacada.

XVII

Entró en ella el gallardo Pero Rios,
Que el blando bozo le apuntaba apénas....
...¿Por qué, tierno doncel, en desafíos
Tus delicados brazos hoy estrenas?
Si sólo entre placeres y amoríos,
Y en las batallas del amor serenas
Tienes tu blando pecho ejercitado,
¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

XVIII

Tú, feliz en amor, con mil canciones
Al suave triste són de la vihuela
Arrastras femeniles corazones,
Y por su ardor el tuyo se desvela.
¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
Y así ensangrientas la redonda espuela?...
Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,
Y las armas te causan alborozo.

XIX

Ufano la estacada recorriendo,
Mirando á los balcones y á las gradas,
Las altas plumas del creston meciendo,
Con ricas armas de oro salpicadas,
Mil almas juveniles va rindiendo
Por su lozano garbo conquistadas;
Y su dama, turbada y cuidadosa,
Ya lo mira risueña, ya celosa.

XX

Cuando por otro lado á paso lento,
En un morcillo hermoso y enlutado
Con negro y amarillo paramento,
Colores del creston empenachado,
Entró mostrando duelo y sentimiento,
Ceñido de un arnés empavonado,
El desgraciado Lope de Ferrara,
A quien una gran pena acongojara.

XXI

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
Del reino esclarecido valenciano
Gallarda y discretísima doncella,
Que iba á premiarle con su hermosa mano.
Mas ¡ay! que estando en sus jardines ella
Sola y cerca del mar ¡hado tirano!
Unos corsarios bárbaros surgieron,
Robáronla atrevidos, y partieron.

XXII

Él desde entónce en llanto sumergido
De triste negro luto se vestia,
Que el cautiverio de su bien perdido
En dolor abismado le traia.
De negro lleva su broquel bruñido,
Y en medio dél de empresa le servia,
Por mote, *Mi ventura*, y esmaltada
Una rosa marchita y deshojada.

XXIII

Corrió tres lanzas con el tierno Rios,
Que aunque no ejercitado en esta prueba
Su misma ilustre cuna le da brios,
Y por escudo la fortuna lleva.
Si ántes era famoso en amoríos,
Hoy por armas adquiere fama nueva,
Y llevando mil almas cautivadas
Deja el circo entre aplausos y palmadas.

XXIV

El claro sol los rayos de su frente
Ostentaba en zenit enrojecido,
Cuando el pesado caluroso ambiente
Una trompa agitó con su sonido:
Y entró en el circo apresuradamente
El faraute Guarin, y dirigido
A los jueces, teniendo al vulgo atento,
Les dijo de este modo en alto acento:

XXV

«Sabed, oh jueces, que en el paso ha entrado,
Sin que venga con ella caballero,
Una hermosa señora, que á su lado
Un paje trae no más y un escudero.
La condicion prescrita le he avisado,
Y dando azote al palafren ligero
Detrás de mí se acerca á la estacada,
A entregaros la prenda señalada.»

XXVI

Y en el momento fué la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama, que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta,
Y vestida de luto, en un brioso
Palafren con riquísimos jaeces
Llega por fin delante de los jueces.

XXVII

Llevaba en pos vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas,
Sobre un lozano potro, un pajecillo
Adornado con plumas encarnadas.
Y en un fogoso pisador morcillo
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero, por decoro, anciano
De luenga barba y de cabello cano.

XXVIII

Los suaves sonoros instrumentos
Con armónico són la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno mansamente resonaron.
Y los espectadores muy atentos
A la dama los ojos asestaron,
Y ella llegó á los jueces y alzó el velo,
Y descubrió por rostro un claro cielo.

XXIX

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucia,
Y sus mejillas cual de nieve y grana
Con púdico rubor enrojecia.
Más bella que aparece á la mañana
La clara luz con que comienza el dia
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Pueden al mismo amor causar enojos.

XXX

En alta y dulce voz aunque turbada,
Bajando entrambos soles con mesura,
Saludando al Monarca recatada,
Así dijo con noble compostura:
«Oh jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro, sin ventura,
Sola y viuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.

XXXI

»Sí, oh jueces, á vosotros hoy lo entrega,
Y sin tener quién luégo lo rescate,
Que á vivir mi marido Alfonso Vega
Lo recobrara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que una prenda mia
Os doy, que á vivir él no os la daria.»

XXXII

Dijo; y les entregó su diestro guante,
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Tornándole más bello y más hermoso.
Todo pecho sintióse palpitante
Al advertir su llanto doloroso
Y ella dejó caer el blanco velo
Para ocultar su amargo desconsuelo.

XXXIII

El ilustre don Juan de Benavente,
Deudo del claro Suero de Quiñones,
Atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones:
Y el dulce amor allá en su pecho siente,
Que nunca pierde amor las ocasiones,
Y ardiendo en fuego de amorosa llama
No separa los ojos de la dama.

XXXIV

Y desde su balcon en alto acento
Gritó: «Ilustre señora, el brazo mio
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafío.»
Y más veloz que el mismo pensamiento,
Que amor aumenta su gallardo brio,
De los jueces del campo en la presencia,
Para entrar en la lid pide licencia.

XXXV

Se la dieron al punto, y la señora
Gracias por su gentil cortesanía,
Y él con dulces requiebros la enamora,
Pues ocultar su llama no podia.
Ella con leda faz encantadora
Lo agradece cortés, y se reia;
Y sube de las damas al terrado,
Y á armarse va el don Juan amartelado.

XXXVI

Salió á la tela á mantener la lucha,
Y á recoger la prenda de la dama
Zúñiga altivo, que con honra mucha
Quiere aumentar su merecida fama:
Espera un rato, y á la fin se escucha
La ronca trompa que al combate llama,
Dando señal de que en aquel instante
Llega el guerrero que defiende el guante.

XXXVII

Cuando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y peto diamantinos
Entró el gran Benavente enamorado.
Suenan flautas y huecos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

XXXVIII

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argentería
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y gallardía:
El arnés refulgente dibujado
Con engastes de rica pedrería,
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y allí enredado de la dama el guante.

XXXIX

Los brazales y grevas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturon ostenta con lazadas
De piedras preciosísimas lucientes:
Y por entrambos lados derramadas
Borlas y cintas del borren pendientes,
Y en el remate de su lanza brillo
Da al aire un recamado pendoncillo.

XL

De tanta gala y tanta gallardía
Ufano, y del jinete que le oprime
El fogoso tordillo que regía,
Las herraduras en el campo imprime,
Y con altos relinchos encendia
El aura, mientra el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del ferrado callo
De tan hermoso cordobés caballo.

XLI

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos,
Toma campo hácia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reverberos.
Doña Leonor turbada se demuestra
Viendo á punto de lid los caballeros:
Don Juan la mira, y le saluda ella,
Tiñendo de rubor su frente bella.

XLII

Sonó el clarin y ufano Benavente,
Y Zúñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente,
Con el escudo en alto levantado:
Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y don Juan con el cuerpo soslayado
A Zúñiga tocó con tal pujanza
Que hizo pedazos la fornida lanza.

XLIII

Volvieron á la lid, y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante,
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garbo y su denuedo relevante.
Entrambos de la liza se salieron,
Y don Juan fué á entregar el libre guante
A la dama que afable agradecida
Por su valor le dió gracias rendida.

XLIV

Y mirando su prenda rescatada,
Aunque el sol al ocaso descendia,
No detuvo ni un punto su jornada,
Como don Juan ansioso pretendia.
¡Triste del pobre amante que á su amada
No logra detener!... ¡Ay del que fia
En amor pasajero, y del que adora
Dama que huye al momento que enamora!

XLV

Pero confusa y sorda gritería,
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo que cundia
Por los delgados apacibles vientos.
Porque otra vez con noble bizarría
Y ricos recamados paramentos
Entra en el circo el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve campeones.

XLVI

Don Bueso de Solis afortunado
Sale á la lid en un caballo overo,
Que en el frondoso Bétis se ha criado,
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.
Celeste capellar lleva bordado,
Y celestes la banda y el plumero:
Y un corazon do un áspid hace presa,
Y el mote, *celos*, lleva por empresa.

XLVII

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horrísona obedece
Uno y otro varon la asta blandiendo.
El uno y otro potro se enfurece,
Y batiendo la arena en ronco estruendo
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

XLVIII

Se apartan, y volviendo á la lid fiera
El caballo que á Suero conducia
Se empina, y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecia.
Parar quiso don Bueso en la carrera,
Pero estaba muy cerca y no podia,
Y aunque desenristrar quiso la lanza,
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

XLIX

Destrozóle el siniestro guardabrazo
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriéndole en un brazo,
Traspasado quedó de amarga pena.
Don Suero con gentil desembarazo,
Teñido en sangre y con la faz serena
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

L

Doña Luz cuidadosa con semblante
Inquieto aquel desastre atenta mira,
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira.
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira,
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena
De lágrimas la faz demuestra llena.

LI

Triste silencio en el concurso mudo
Difúndese con súbito cuidado,
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y malhadado.
Sólo Suero desprecia el golpe crudo,
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, el susto aleja
Y la palestra entre los suyos deja.





CANTO CUARTO

Era la noche, y lánguida y luciente
Desde el alto cenit sus luces daba
Lucina, y en la plácida corriente
De Orbigo cristalino reflejaba.
En dulce y fresco y apacible ambiente
Las altas alamedas agitaba,
Y bañado en letárgico beleño
Al orbe daba silencioso sueño.

II

No hay danzas, ni saraos, ni festines
Que solemnicen el pasado dia,
Pues á todos los bravos paladines
La desgracia del jefe entristecia.
Ni las dulces vihuelas y violones
Prestan su triste y grave melodía
A endechas, á sollozos y á canciones
Hijas de enamorados corazones.

III

Reina el hondo silencio en la llanura;
Interrumpido sólo por el rio
Que camina al través de la espesura
Con grave són y manso señorío:
Grato reposo goza á su frescura
El inmenso concurso y gran gentío
Que concurriera á ver la noble fiesta,
Y que en torno ocupaba la floresta.

IV

Los nobles y valientes caballeros
Que ya en la lid sus armas han probado,
Desceñidos los bélicos aceros
Se entregan al reposo regalado:
Y si hay alguno que rigores fieros
Llore de amor con pecho amartelado,
En su soberbia tienda recogido
Al fin consigue el sueño apetecido.

V

Doña Luz en la suya acompañada
De su amiga constante doña Elvira
Inquieta, pesarosa, desvelada
De la pasada accion habla y suspira:
Pues de Suero la herida desgraciada
El sueño de sus párpados retira,
Que la vertida sangre la enternece,
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

VI

Quiñones agitado y pesaroso,
Dentro de su pabellon, triste y herido
Tampoco goza del comun reposo,
De varios pensamientos combatido:
No le tiene su herida cuidadoso,
Ni sus fieros dolores abatido,
Sólo teme que acaso esté su fama
Empañada á los ojos de la dama.

VII

Tal vez recuerda el lisonjero sueño
En que de Orbigo oyó la profecía,
Que el éxito feliz de su arduo empeño
Y el premio de su ardor le prometia:
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño
Ilusion de su mente lo creia:
Y juzga inútil su hazañoso intento
Y húndese en afanoso abatimiento.

VIII

Afligido, turbado, pesaroso,
Por aquietar su acongojado pecho,
Hablar quiere á su dueño desdeñoso,
Y salta fuera del mullido lecho.
Mas reflexiona al punto temeroso
De su resolucion no satisfecho,
Y como respetar sabe quien ama,
Antes quiere el permiso de su dama.

IX

A Vanguarda su paje ó escudero,
Y que desde la infancia le servia,
Llamó el amartelado caballero,
Que en vivo amor su corazon ardia:
Y le dijo: «Mi amigo, vé ligero
Al pabellon de la señora mia,
Y humillado á los piés de su grandeza
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.

X

»Dile que ausente de sus ojos bellos
No encuentro cura á mi sangrienta herida,
Que mi remedio está cifrado en ellos,
Pues son árbitros solos de mi vida:
Que me permita venturoso vellos,
Pues gozando su lumbre esclarecida,
Cesará mi dolor, y el brazo mio
Para otra lid recobrará su brio.»

XI

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,
Mas don Suero confuso le detiene,
Que de pronto su pecho se acobarda,
Y por osado este mensaje tiene.
Juzga que en él á doña Luz no guarda
El decoro y honor que le conviene,
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento
Se agita entre uno y otro pensamiento.

XII

Piensa acercarse al rayo de la luna
Al pabellon donde su dama vela,
Y el áspero rigor de su fortuna
Cantar al triste són de la vihuela:
Y en amantes endechas, de una en una
Sus penas explicarle. Mas recela
Enojarla tal vez, y no se atreve,
Y aunque toma el laud el pié no mueve.

XIII

A escribirla por fin se determina,
Dobla el terso papel, toma la pluma,
Medita un rato, y á formar no atina
De discretas palabras breve suma:
Mil nuevas expresiones imagina,
Y la afanosa pena que le abruma,
Despues que escribe borra, y piensa y vuelve,
A expresar de este modo se resuelve:

XIV

«Ilustre y hermosísima señora,
Cuyo cautivo soy con gloria mia,
Y á quien mi corazon humilde adora
Rendido á vuestra noble gallardía:
De que os moleste á tan extraña hora
Perdonad os suplico la osadía;
Pues si vuestro consuelo no buscara,
Mi triste vida al punto se acabara:

XV

»De vuestro amor está mi pecho herido
Más que mi brazo del tajante acero:
En vano al dulce sueño auxilio pido,
Que huye de mí su encanto lisonjero.
Y al verme de este modo combatido
Por todos lados del destino fiero;
Quiero buscar en vos, señora bella,
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.

XVI

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado
A vuestra hermosa planta, el brazo mio
De su herida fatal fuera curado,
Y recobrara su poder y brio.
Mas ya que tanto bien no me sea dado
Ruégoos (¡tan poco de mi suerte fio!)
Que me mostreis, señora, si os agrada
La justa en vuestro obsequio comenzada.

XVII

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera
Lid á mis armas dió fatal desgracia,
Mi ardiente pecho, alta señora, espera.
Si de vuestros dos soles con la gracia
Me auxiliais grata en la ocasion primera,
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia
El modo con que debe complaceros,
Quien se atreve á justar por mereceros.»

XVIII

No escribe más, firma el papel, lo sella,
Y al escudero se lo da, y encarga
Lo entregue al punto á su enemiga bella,
Unico alivio de su suerte amarga.
Parte Vanguarda; y su enemiga estrella
Y la carrera de sus males larga
Recuerda el paladin, teme el mensaje,
Mas ya no puede detener al paje.

XIX

En medio la floresta sobre un prado
Revestido de flores y verdura
Un régio pabellon hay levantado,
Que á todos aventaja en hermosura.
De rico terciopelo está colgado,
Cubierto de exquisita bordadura,
Y es entre todos el que más descuella,
Digna mansion de doña Luz la bella.

XX

Acompañada en él de doña Elvira
Recibe el pliego de su esclavo herido;
Por él pregunta ansiosa, y áun suspira
De rubor el semblante enrojecido.
Mas al notar que su desden espira,
Y que está su rigor casi perdido,
Furiosa y altanera se arrepiente,
Y en contestar á Suero no consiente.

XXI

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces
Si un discreto desden no te combate!
Miéntras te halagan más, más te enfureces,
Y áun el poder de amor tu fuerza abate:
Escollo altivo de la mar pareces
Firme de aguas y vientos al embate;
Pero no, no hay dureza comparada
Con la que ostenta una mujer rogada.

XXII

Vanguarda fiel en pretender insiste
Llevar contestacion para su dueño;
Doña Luz le desecha y le resiste
Con firmeza indomable y duro ceño.
Ya va á marchar el escudero triste
Sin esperanza de lograr su empeño;
Mas doña Elvira lo detiene y llama,
Y así le dice á la inflexible dama:

XXIII

«¡Oh, doña Luz! sin duda fabricado
De mármol insensible fué tu pecho,
O alguna fiera loba te ha criado
En tosca gruta y en sangriento lecho,
Cuando el llanto de un tierno enamorado
Tu severo rigor no ha satisfecho.
¡Ah, señora! modera tu altiveza,
No opongas al amor tanta dureza.

XXIV

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante
Así deseches con cruel desvío?
¿Su constancia y valor no son bastante
Para templar tu desdeñoso brio?
¿No le has visto por tí quedar triunfante
En uno y otro honrado desafío?
¡Ay!... ¿Por tu causa derramar no viste
La ilustre sangre de tu esclavo triste?

XXV

»Muévate á compasion si no la llama
Que allá en su corazon has encendido,
Las lágrimas al ménos que derrama,
Y el verle ahora por tu causa herido.
Lástima ten de quien tan firme ama,
De quien con tanto honor ha combatido,
Curarlo sólo tu ternura puede,
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

XXVI

Cesó llenos de lágrimas los ojos,
Y doña Luz tambien las derramaba,
Y sus mejillas, cual carmines rojos,
Encendidas de amor manifestaba:
Y deponiendo el ceño y los enojos,
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,
Tras un corto silencio, de repente
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

XXVII

Y trémula y turbada se encamina
A un bufete magnífico dorado,
Cuya labor de talla peregrina
Cubre en parte tapete de brocado:
Sobre él, de tersa hermosa venturina
De concha y de oro y nácar enchapado,
Rico escritorio está, que esparce al viento
De ámbar pérsico gris el suave aliento.

XXVIII

Y allí escribe á la luz de un candelero
Estas discretas sábias expresiones,
Contestando á su amante: «Caballero,
Las hazañas y altísimas acciones
Del que es tan buen galan como guerrero
Placen siempre á los nobles corazones.
Y un revés de fortuna no es bastante
A empañar vuestra gloria relevante.

XXIX

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,
Noble Quiñones; continuad osado,
Pues que tanta constancia y ardimiento
Nadie puede mirarlos sin agrado.
Y para que ciñais vuestro sangriento
Brazo, en la última justa desgraciado,
Os mando ese vendaje, ilustre Suero;
Vendad la herida que os causó el acero.»

XXX

Selló el papel, y de su talle hermoso
La banda desprendió que lo ceñia,
Banda de terciopelo primoroso
Recamada de blanca argentería:
Y la da al escudero, que gozoso
Postrado ante sus piés la recibia,
Y le encarga la dama que en un lazo
De su señor la ciña al fuerte brazo.

XXXI

Partió veloz el eficaz Vanguarda,
Miéntras Quiñones tímido azaroso,
Y despechado su venida aguarda,
Temiendo un desengaño rigoroso.
Impaciente imagina que ya tarda,
Cuando ve al escudero que gozoso
Llega y le anuncia plácidas noticias
Pidiendo alborozado las albricias.

XXXII

Al mirar el billete idolatrado
Y la banda, en placer Suero se anega,
Rompe el sello, que besa enajenado,
Y á la lectura del papel se entrega.
Dos veces lo leyó, dos, y encantado
Al palpitante corazon le allega;
Torna á leerlo, y á besarlo torna,
Y casi tanta dicha le trastorna.

XXXIII

Y regala un limpísimo diamante,
Que honrar pudiera la real sortija,
Al escudero; y pídele anhelante
De su mensaje relacion prolija.
Y en la banda bordada rutilante
El envidioso pensamiento fija;
Y ufano prenda tal no trocaria,
Del orbe por la inmensa monarquía.

XXXIV

En tanto ya la luz del rojo oriente
Los celajes en púrpura esmaltaba,
Y de Titón la esposa refulgente
El lecho conyugal abandonaba:
Resonó la alborada de repente,
El viento en armonía se bañaba,
Las aves á la aurora saludaron,
Y el sueño de la tierra desterraron.

XXXV

Al concertado són tembló don Suero
De su herida fatal casi olvidado,
Y de la trompa el resonar guerrero
Se escuchaba por uno y otro lado;
Armóse con presura el caballero
Ver ansiando á su dueño idolatrado,
Y tornar á la lid, y nuevamente
Demostrar su pasion pura y ardiente.

XXXVI

Los balcones y gradas se llenaron,
Y marchan á la lid los paladines;
Zúñiga fué el primero á quien miraron
Entrar al ronco són de los clarines,
Y sus fieros encuentros retumbaron
De la extendida plaza en los confines.
Y luégo á mantener salió animoso
Villacorta, y despues Arias famoso.

XXXVII

Tambien justaron á la luz siguiente
Gomez, Aller, Bazán y Benavides.
Y los cuatro con ánimo valiente
Aumentaron su fama en estas lides.
Al otro sol siguió la justa ardiente,
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado
Un arnés refulgente y acerado.

XXXVIII

Y luégo Pero Rios atrevido
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greba
Tras un largo combate muy reñido,
El triunfo alcanza y los laureles lleva.
Suero tambien, aún no restablecido,
Vino despues á la esforzada prueba,
Y el yelmo destrozó y arnés y escudo
De Torrens, catalan fiero y forzudo.

XXXIX

A la siguiente aurora el ronco estruendo
De trompas, añafiles y atambores
Llamó al honroso paso, enardeciendo
Los pechos de los nobles justadores,
Que las lanzas gruesísimas blandiendo,
Y acosando los potros corredores,
Sembraron por la plaza las riquezas
De sus arneses y templadas piezas.

XL

Siguió á otro sol la justa, y en la tela
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado
Que perdió en el encuentro la rodela,
Lidiando con Negrete el afamado.
Y luégo Aller, cuyo caballo vuela,
Quedó con todo el muslo desarmado,
Sin poder resistir la gran pujanza
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

XLI

Y así con varios lances y altos hechos
Su noble esfuerzo y su valor mostraron
Los atrevidos castellanos pechos,
Y su nombre y su fama acrecentaron:
De astillas, y de plumas y deshechos
Arneses la ancha plaza entapizaron,
Y veintinueve luces se cumplieron,
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

XLII

Llegó el último dia señalado
De la famosa justa y paso honroso,
Y el carro Apolinar de luz cercado
Apareció en Oriente esplendoroso;
Inmensísimo pueblo se ha juntado
A ver el fin del hecho glorioso,
Ocupando las gradas, y ya suena
La ronca trompa que la lid ordena.

XLIII

Entró en la tela el ínclito Quiñones
Caudillo de los nueve caballeros,
Y tablados y gradas y balcones
Le tributan aplausos lisonjeros:
Y el del creston moviendo los airones,
Y luciendo la malla y los aceros,
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo
La banda de su dama atada al brazo.

XLIV

De un alazan ligero y poderoso,
Que del Bétis pació la verde grama
Oprime el lomo, y el bridon furioso
El aura pura con su aliento inflama;
Digno sólo de dueño tan glorioso,
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,
Con chapas adornado y rapacejos
Despide brillantísimos reflejos.

XLV

Y ufano con el alto personaje,
Que lleva, y que templar sabe su brio,
Apénas de oro y sedas el rendaje
Sujeta su altivez y poderío:
El costoso riquísimo equipaje
Ostenta con pomposo señorío,
Alza menuda braja, y á su empuje
Lanza, escudo y arnés relumbra y cruje.

XLVI

El sol á la mitad de su carrera
Derramaba su fúlgido torrente,
Y áun al honrado paso no viniera
Ningun conquistador. Y ya impaciente
Don Suero en medio de la plaza espera
Y la tardanza del combate siente,
Pues anhela su pecho generoso
Dar á su noble empresa fin glorioso.

XLVII

Apolo declinaba disgustado
De ver ocioso al ínclito guerrero,
Cuando sonó el clarin, que alborozado
El corazon dejó del caballero:
Y entró en el circo por el diestro lado,
Con doble arnés y con aspecto fiero,
Un guerreador fornido y corpulento,
Mostrando gran valor y osado aliento.

XLVIII

Esberte Claramonte se llamaba,
Ilustre aragonés, duro y altivo,
Que sólo en sangre y muertes se gozaba,
De vista ardiente y pecho vengativo:
Los encantos de amor menospreciaba,
Que jamás de Acidalia el fuego vivo
Sintió en su corazon feroz y osado,
A guerra y á venganza acostumbrado.

XLIX

No lleva en el broquel mote ni empresa
De amor ó de amistad ó gallardía,
Que su pecho por nadie se interesa,
Y ni amante ni amado ser queria:
Y en el fulgente escudo sólo expresa,
Por timbre de su noble jerarquía,
Campo de gules y una faja sable,
Y un dragon escamoso y formidable.

L

Este monstruo de horror y atrevimiento
En un caballo altísimo y membrudo
Entróse por la tela á paso lento,
La asta blandiendo en ademan forzudo:
Paró de pronto, y con audaz acento
Vuelto á Quiñones, díjole sañudo:
«¿Y qué, solo á la lid un caballero
Viene á probar mi fulminante acero?»

LI

»¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,
Femenil guerreador?... que salgan luégo
A ayudarte tus bravos campeones,
Y á perecer á impulso de mi fuego.
Salgan si tienen honra y son varones:
Salgan, sus... hasta verlos no sosiego...
A los diez reto... á todos desafio,
Que uno es muy poco para el brazo mio.»

LII

»Pero no, no saldreis, que ya os asusta
Mi voz terrible semejante al trueno,
Y no quereis conmigo entrar en justa,
De espanto y de pavor henchido el seno:
No es lo mismo mirar mi saña adusta
Que hacer alarde del amor sereno,
Y vosotros que en él ardeis menguados,
Quedareis de mi brazo escarmentados.»

LIII

Dijo y blandió la lanza poderosa,
Y crujió la durísima armadura;
La multitud pasmada y silenciosa
Tiembla de ver tan desigual bravura:
Y doña Luz, turbada y congojosa,
Pálida y llena de mortal tristura,
A sí propia se culpa, y demudada
Mira á su amante en medio la estacada.

LIV

Los nueve denodados caballeros,
Que con ultraje tal se ven retados,
Ardiendo en honra aprestan los aceros,
En venganza justísima inflamados:
Mas se oponen los jueces, que severos
Les dicen, y los dejan aquietados,
Que al caudillo la lid le toca en suerte,
Quien de este modo respondió al Esberte:

LV

«A la verdad, altivo caballero,
No es propio de valientes infanzones
Decir denuestos cuando el noble acero
Puede excusar palabras y razones:
No me pasma tu tono audaz y fiero
Ni asusta á mis ilustres campeones...
Mas vamos á lidiar, que muy contento
Quiero probar tu decantado aliento.»

LVI

Y Claramonte entónces que lo mira
Con menosprecio, dice: «Pues el hado
A que llegue tu fin sólo conspira,
Prepárate á morir, desventurado.»
Y á tomar campo al punto se retira.
Suero tambien le toma al otro lado,
Y mira al rostro de su hermosa dama,
Y amor le anima y el honor le inflama.

LVII

Atónito el concurso numeroso
De tímido pavor cubre el semblante,
Esperando ya el éxito dudoso
Del fiero choque horrendo y resonante.
Suena el ronco clarin estrepitoso,
Y al escuchar la seña, en el instante
Uno y otro guerrero aguija y vuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LVIII

No dos contrarios silbadores vientos
Se encuentran en Océano extendido
Alzando sus hondísimos cimientos,
Con ronco hervor y horrísono zumbido,
Como los dos con ánimos violentos,
Obedeciendo al bélico sonido
Chocaron, levantando densa nube
De ardiente polvo que hasta el cielo sube.

LIX

Esberte con tal ímpetu á Quiñones
Tocó en el pecho con la dura lanza,
Que casi le sacó de los arzones,
Tal era de su fuerza la pujanza:
Le abolló los esmaltes y florones
Del ancho peto, que de lleno alcanza,
Y resbalando luégo al guarda-brazo,
Le destrozó la banda y rompió el lazo.

LX

Dió el pálido concurso un alarido
Creyendo que Quiñones muerto fuera,
Y doña Luz, con el color perdido,
En lágrimas amargas prorumpiera.
Suero, que ve su lazo desprendido,
El bello lazo que su amor le diera,
Y en el suelo su aljófar derramado,
Jura venganza en ira trasportado.

LXI

Queda orgulloso Claramonte y fiero,
Y su victoria como cierta mira:
Arde en venganza el ínclito don Suero,
Mira á su dama y ánimo le inspira:
Y animado y valiente va ligero,
Lleno el pecho de noble y justa ira,
A trabar nuevamente la contienda
Con Esberte, que viene á toda rienda.

LXII

Don Suero en los estribos se levanta
Y por inútil la tarjeta arroja,
Y ansioso de batalla se adelanta
La lanza en ristre, y con la rienda floja:
Y al de Aragon hirió con furia tanta,
Que la acerada punta en sangre roja
Pasó de parte á parte el pecho fiero
Del jactancioso bárbaro guerrero.

LXIII

Del modo que alto roble en la montaña,
Despues de resistir del raudo viento
La silbadora resonante saña,
Intentando escalar el firmamento,
Con estruendo y pavor de la campaña
De ardiente rayo herido, en un momento
Cae destrozado, de la misma suerte
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.



LXIV

Resonaron mil vivas y canciones
Con regocijo de uno y otro lado,
Elogiando al bravísimo Quiñones,
Que al orgulloso deja castigado.
Desocupa el caudillo los arzones,
Viendo que, pues el sol ya se ha ocultado,
Ha dado cima á su esforzado intento,
Y así á los jueces dice en alto acento:

LXV

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido,
Quitarme puedo el hierro que me enlaza,
Pues que mi libertad he conseguido
Lidiando á vuestra vista en esta plaza »
Dijo: y con brazo fuerte del erguido
Cuello la argolla rompe y desenlaza,
Y levantada en alto la demuestra
Al concurso que ciñe la palestra.

LXVI

Y con los nueve ilustres justadores
Llamados desde entónces de la fama,
Cercado de padrinos y señores
Sube al balcon de quien su pecho inflama:
Y al sonar de añafiles y atambores,
Sin argolla se rinde ante su dama,
Quien le dice con rostro ruboroso:
«Alzad, noble Quiñones, sois mi esposo.»

Cádiz, 1812.



A LA VICTORIA DE ARAPILES

Levanta, oh Tormes, la divina frente,
Coronada de juncias y verbenas,
Y convoca tus ninfas y pastores
Y de tu orilla la dichosa gente,
Que rotas son tus hórridas cadenas.
Y entonando dulcísimos loores
Canta á los vencedores,
Que en tu auxilio volaron
Con tal denuedo y ardoroso brio,
Que al verlos se turbaron
Las numerosas huestes del impío,
Y desaparecieron asustadas
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera,
Al hijo de Belona, al anglo fiero,
Libertador glorioso de Castilla,
Al que Bengala victorioso viera,
A quien el Ganges la cerviz humilla,
Al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.
Mírale precedido
De la victoria por doquier. Su lanza
Hoy sirve de instrumento á la venganza
Del cielo tronador, y protegido
Del furibundo Marte
Libertará la España,
Llevará su estandarte
A la vana Lutecia,
Y del francés humillará la saña,
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
Ve que el Breton restaura los castillos
Presas de su furor; intenta osado
Al mismo firmamento mover guerra;
Junta sus haces, habla á sus caudillos,
Y en sus huestes sin número fiado:
«Corred, volad, les dice encarnizado;
Oprimid nuevamente
El Agueda y el Duero, y Guadïana.
Mi fuerza omnipotente
Vuelva á triunfar, y la nacion hispana
Tiemble de mi rencor; los insulares
De estas tierras lanzad, surquen los mares
En sus naves huyendo
Mi fiero enojo y mi poder tremendo.»

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre
Del flamígero carro luminoso
Deshacerse la nieve amontonada
Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
Que con sonido raudo, en espumoso
Y rugidor torrente desatada,
Corre precipitada,
Arrebatando los peñascos rudos
Y los troncos membrudos,
Y cubre con presura
El valle, el monte, el soto y la llanura;
De este modo las haces orgullosas
Heridas de su acento se agitaron,
Corrieron presurosas,
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
Oh Tormes, y en tus márgenes amenas
Estampando las huellas sanguinosas,
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
Asolar amenazan las almenas
De la española Aténas,
Y al verlas dice ufano
El feroz adalid: «Por más que intente
De mi furor insano
Minerva defender esa muralla,
Su esfuerzo es impotente
Contra mi poderío,
Contra este acero y contra el brazo mio.»

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
Deshizo, como suele ardiente fuego
Deshacer seca arista! Y el valiente
Breton de enojo armado
Salió á su encuentro luégo;
Y el brazo del Señor omnipotente,
Que no tolera al vano y orgulloso,
De palma y de laurel ciñó la frente
A Wellington glorioso.
Cayó el galo á su vista, de la suerte
Que al rudo empuje del sañudo viento
Altivo cedro, cuya excelsa cima
Tocaba en el sublime firmamento,
Y se ve en un momento
Roto, sin hojas, mustio, destruido,
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,
Rotas sus huestes, rota su esperanza,
Y en roja sangre su adalid bañado,
Huye desalentado,
Huye de la venganza
Del anglo vencedor. La lanza fiera
Arroja el polonés, y huye anhelante,
El soberbio bridon aguija en vano,
En vano tiende el brazo y la cuchilla;
Que al vencedor se humilla,
Y ante el inglés triunfante
En la sangrienta arena,
O le alcanza la muerte ó la cadena.

Los bravos adalides,
Que en tantas fieras lides,
Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,
Con mudo espanto y con asombro huyeron.
A Wellington miraron,
Y su denuedo y brazo no vencido;
Y mudos se turbaron,
Y su antiguo valor quedó en olvido.
Mil falanges gimieron prisioneras,
Rompiéronse del fuerte las banderas,
Y el ferviente cañon, mudo y cautivo,
Al vencedor altivo
Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
Con tardo paso, entre vencida gente.

1812.

ROMANCE CORTO

Dulces ilusiones
De amor y consuelo
Que hicistes las dichas
De mi incauto pecho:
¿Dónde habeis huido
Con curso ligero,
Como niebla leve
Que arrebata el cierzo?
¿Por qué bienes tantos,
Que juzgaba eternos,
Fueron más fugaces
Que engañoso sueño?
Mal haya quien cifra
Su dicha y su anhelo
En falsas promesas
De volubles pechos:
En blandas caricias,
Que aleves mintiendo,
Traidoras ocultan
Horrible veneno.
¿Dónde están, ingrata,
Dónde tus extremos?
¿Dónde tus ofertas?
¿Dó tus juramentos?
¡Ay de mí infelice,
Que en amor ardiendo,
Bebí de tus labios
Engaños sin cuento!
¡Ay, tú me robaste
Mi bien, mi sosiego,
El alma y la vida,
Con halago tierno:
Tú me los robastes
Y ufana riendo,
Te gozas ahora
Con mi llanto acerbo.
Oh, mujer terrible,
Más que el tigre fiero,
¿Por qué me inspiraste
Tan horrible incendio,
Si era nieve helada
Tu alevoso seno?
¿Por qué me ofrecias
Aquel mar inmenso
De dichas sin tasa,
De amores eternos?...
¡Cruel!... ¿Te complaces,
Tu gozo está puesto
En hacer dichosos
Tan sólo un momento,
Porque sean mayores
Sus desdichas luégo?...
Juegas con las almas,
Desgarras los pechos,
Ofreces delicias,
Das sólo tormentos;
Inspiras amores,
Estás libre de ellos,
Y haces infelices...
¡Bárbaro recreo!
Sigue, ingrata y dura,
Tanto mal haciendo,
Miéntras yo mezquino,
Y abrasado y ciego,
Perdido te adoro,
Y en llanto deshecho,
Muriendo á tus plantas
Tus triunfos completo.

1814.



NAPOLEON DESTRONADO

¿En dónde, en dónde, oh Sena esclarecido,
El que de duelo y orfandad cubria
Tus márgenes, está? ¿Dó está el aleve,
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus piés la tierra,
El orbe conmovió con cruda guerra,
Dejó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los piés; la torva vista
En derredor tendió; y «¿al brazo mio
Quién habrá tan osado que resista?
Ni áun el rayo de Dios me causa asombro,»
Dijo Napoleon. Al carro horrendo
De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,
Que de terror y asombro el orbe llena,
Como raudo torrente
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada, y su poder deshecho;
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron tambien, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio despues las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente;
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubria,
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodía
Revuelve su furor!... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo
Profanaron tambien, y el nuevo Atila
Pisa de Iberia la mansion tranquila

¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
¿No escuchas al blasfemo
Decir: «Ni al rayo temo;
¿Quién podrá resistir al brazo mio,
Quién contra mí levantará la frente,
Si yo soy el señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara la venganza y el castigo.
Alzad á Dios las manos ¡oh naciones!
A quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
Tambien lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracan sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo,
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los raudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,
Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
Contra la iniquidad. Y los britanos
Las regiones del mar luégo cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate:
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los piés del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.

Tambien el lusitano airado y fiero
Los combatió y triunfó. Luégo ligero
Corre á la lid el guerreador, que habita
En la Zembla polar al sol vedada;
Corre al combate el indomable Escita,
Que en el Rifeo monte,
Señor eterno de erizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe;
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.

Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno
De mudo espanto lleno:
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela, y se estremece,
Y mira por doquier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros.
Y al ver hollada la corriente fria
Del espumoso Rheno, y á tí, oh Sena,
Libre de la cadena,
Que con tus propios hijos te imponia,
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, oh Galia venturosa,
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Sér eterno,
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraon con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez..... ¡Ah, que no fuera
Capaz mi rudo acento
De ensordecer el animoso viento
Y el ronco hervor del piélago espantoso!
Al atrevido azor alas pidiera,
Y con ellas volara presuroso,
Sin temer de Titan la viva lumbre,
De Pirinéo á la elevada cumbre,
Y allí al són de la cítara de Apolo
Entonara canciones de alegría,
Que sonaran en uno y otro polo,
Y donde nace, y donde muere el dia.

1812.

ROMANCE

A esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celajes
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,
Ni quieta ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
A las peñas azotaban;



A un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzara,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas,

De este modo al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas
Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchara,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma:

¡Ay de mí! que vivo ausente
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa,

Y que tal vez cuando vuelva,
Despues de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños
Si el corazon no me engaña;

Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia,

Y aunque escuché sus gemidos
Y ví sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebataba;

Es mujer, estoy yo léjos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes
Y estas dudas que me asaltan,
Céfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aún puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aún no olvidada;

Díle que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamás haga
De las ondas variables,
Ejemplo de la inconstancia:

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;

Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,
Castigan la misma arena,
Que ántes humildes besaban.

Díselo así, manso viento,
Díselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente...
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo léjos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa. 1814

ESPAÑA TRIUNFANTE

COMPOSICION PREMIADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
A tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
A defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
A los audaces, que agresion injusta
A tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo,
De sus haces juntó la muchedumbre,
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:
Señor de España sea:
Y atada, y con cadenas á las manos
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las forajidas
Huestes al campo ibero se arrojaron,
Del modo con que suele el raudo viento
Arrojarse á las selvas extendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y «sinceros amigos nos finjamos,
Y es más seguro el triunfo,» se dijeron;
«El puñal entre olivas escondamos.»

¡Heróicos Carpetanos! ¡Gloria eterna
A vuestro egregio y esplendente brio!
Vuestro nombre al través de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío
En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritasteis denodados, y el horrendo
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza:

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota, ni bruñido acero,
Disteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,
Y el caballo ligero
Con las espuelas tímido afligia.
Ni edad, ni sexo ¡oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto dia:
¡Dia de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro heroismo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derribando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,
Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron... ¡Ay Dios!... En sangre triste
Feroces se bañaron...
¡Oh blanca luna, con horror lo viste!
¡Oh mayo, tus verjeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados
Por la quietud del mundo...¡Oh tú, Velarde!
¡Oh Daoiz!... ¿Qué pecho virtuoso
Al prorumpir en nombres tan sagrados,
En patriotismo y gratitud no arde?
Cual de leve centella presuroso
El fuego desastroso,
Agitado del ábrego sonante,
Con destructora llama
Y estallidos y horror, en corto instante
Por la tostada Céres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente
Se extendió por los términos de Hesperia,
Germinando heroismo y osadía.
Gritó venganza la asturiana gente,
Y resonó venganza Celtiberia:
Guerra y venganza el Turia repetia,
Y venganza decia
El viento ronco en la imperial Toledo;
Y guerra el padre Bétis
Dende Segura con marcial denuedo,
Hasta llegar al término de Tétis.

¡Bailén!... ¡Bailén! Tus selvas aún blanquean
Con los despojos de la excelsa gloria
Que Bética ganó con alto nombre.
En los siglos futuros, cuando sean
Otras generaciones, tu memoria
Será padron que al crudo tiempo asombre:
Cuando tu suelo escombre
Con dura reja el labrador cansado,
Huesos enmohecidos
Y rotas armas volcará el arado,
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
Detendrá el labrador, y allí juntando
Sus hijos, les dirá: «Ved, hijos mios,
Aquí teneis patentes los cimientos
De nuestra independencia.» Y recordando
Tanta hazaña sin par, tan altos brios,
Y los copiosos rios
De sangre allí vertida, ilustres hechos
Contará de los béticos varones;
Y de los jovencillos en los pechos
Palpitarán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y rüinas
De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
De heroismo y constancia! ¡Oh tú, Gerona!
¡Oh Sansueña!... Cantad, musas divinas,
Cantad del Pindo en el sagrado templo
Estos nombres de honor... Allí Belona
Sus huestes amontona
En vano; que su furia se quebranta
Cual onda hinchada contra altiva peña.
Oh fama, ó enmudece, ó sólo canta
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames, y Abisval, y Talavera,
Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
Y donde fué Manresa desgraciada,
Y Lerin: y Sampayo, y Albuhera,
Campos de horror á los traidores viles,
Que osaron profanar la patria amada:
Correrá apresurada
La serie de los siglos; tronos, reyes,
Mares, planetas, se verán mudados,
Cambiando el orbe sus eternas leyes,
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heróico La-Carrera,
Alvarez inmortal... ¡Ah! Desde el cielo
Do á par de los Pelayos y Guzmanes,
Coronados de palma duradera,
Gozais ya, libres del humano velo,
El galardon debido á los afanes
Con que los capitanes
Suben de gloria á la sublime cumbre:
Permitid que mi labio humilde os nombre,
Aunque el brillar de vuestra viva lumbre
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Inclita patria, España generosa:
Así tus hijos el robusto pecho
Al hierro agudo por librarte dieron.
Estos el gran poder de la orgullosa
Galia dejaron á tus piés deshecho,
Y su furor y su altivez rompieron,
Y fuertes la rindieron,
Como en el alto Líbano acerada
Segur rinde del cedro la alta cima,
Que de pomposos ramos adornada
A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, oh patria, derrocaron
Al opresor de la anchurosa tierra,
Su soberbia cual humo disipando,
Y del fiero invasor la furia hollaron
Con sangre y hierro y con constante guerra;
Y hazaña con hazaña entrelazando,
Al augusto Fernando
Volvieron denodados á tu suelo;

Y con él juntamente en dulce dia
Tu grato afan, tu plácido consuelo,
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Álcese en la elevada y agria frente
Del nimboso Pirene un monumento,
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
Aún más que los egipcios eminente,
Y el bélico furor allí sangriento
Con cadenas de bronce resonante
Atado, el rechinante
Diente ejercite en férreos eslabones;
Y *á tí, España, la paz, á tí debemos,*
Allí escriban del mundo las naciones,
La dulce libertad en que nos vemos.

1814.

AL MISMO ASUNTO

¿Quién podrá dignamente
Cantar tu heróico nombre, ¡oh patria mia!
Y tu gloria esplendente,
Aún más que el claro dia,
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?

Tú sola, egregia España,
Al opresor del mundo te opusiste,
Despreciando su saña:
Y sus lauros volviste
En vil oprobio, y su furor rompiste;

Como el áspera roca
Rompe del ronco mar onda rugiente,
Que con audacia loca,
Y rápida corriente
La embiste, y su furor es impotente,

Tembló la enhiesta cumbre
De Pirene, los valles retumbando
A la gran muchedumbre,
Que en tu daño volando
Fué tus tranquilos campos inundando.

Mas ¡ay! la Galia fiera
De tu valor y esfuerzo temerosa,
Cubrió la faz guerrera
Con máscara engañosa,
Brindándote amistad y paz dolosa.

Y luégo alevemente
Cuando te vió adormida en sus halagos,
De tu sangre inocente
Con bárbaros estragos,
Hizo en tu triste suelo horrendos lagos.

El tardo Manzanares
Fué el primero que vió tu alevosía;
Despues que entre sus lares
Te acogió, Galia impía,
Y aún los brazos amigos te extendia.

Mas ¡oh furor! entónce
Víctimas mil cayendo á tu cuchilla,
Viste pechos de bronce
Dó no cupo mancilla;
Sí gloria eterna que por siempre brilla.

Y de aquellos torrentes
De sangre heróica que cruel vertiste,
Millones de valientes
Nacer contra tí viste
Y el justo pago á tu traicion cogiste.

El sacrosanto fuego
Del odio y la justísima venganza
Voraz contra tí luégo
Cundió, sin más tardanza
Que llama, que á la seca miés avanza.

Y animosos volaron
Los hijos de la hispana monarquía,
Y ansiosos se saciaron
De sangre tuya impía,
Abatiendo tu orgullo y ufanía;

Como suele violento
En el alto Moncayo peñascoso,
El resonante viento
Abatir el añoso
Pino, que al cielo alzábase orgulloso.

Y seis veces cumpliendo
Su curso la cuadriga refulgente,
Estuvo siempre viendo
En tu daño inclemente
Gozarse leda la española gente.

Bailén, y Talavera,
Tamames, Abisval, Heras, Chiclana,
Sampayo y Albuhera:
¡Ay, que la voz humana,
Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,
Do los hesperios ínclitos pendones,
Lograron alta gloria!
Eternas bendiciones
Os darán mil y mil generaciones.

Y «Aquí fué la venganza,
Al miraros dirán; aquí rindieron
Su bárbara pujanza
Los que aleves quisieron
La patria encadenar, aquí cayeron.»

¡Oh Sansueña! ¡oh Gerona,
De la española independencia escudo!
Vuestro valor pregona,
Hollando al tiempo crudo,
Tanta rüina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente
Venciendo de los siglos la espesura,
Brillará eternamente,
Cual brilla en noche oscura
Del sangriento Orïon la lumbre pura.

Inmortales varones
Que de constancia y heroismo armados
Siguiendo los pendones
De la patria, inmolados
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud, ¡oh manes!
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,
Vuestro valor y afanes
Dieron opimo fruto:
Dígalo el Sena, y su amargura y luto.

Su poder indomable
Hundióse á vuestro esfuerzo sin segundo,
Cual peña inmensurable
Húndese al mar profundo,
Herida por el rayo furibundo.

¡Oh patria! excelsa España,
Goza, goza feliz tantos laureles,
Que á pesar de la saña
De los hados crueles,
Ganaron para tí tus hijos fieles.

Sí; ya tu régia planta
Sobre rompidas armas estribando,
Y la inicua garganta
De tu opresor hollando,
La admiracion del mundo estás gozando.

1814



SONETO

Líbrase al soplo del airado viento
Con vuelo raudo, con mortal latido,
Huyendo arrebatada hácia su nido,
La tímida paloma sin aliento.

Huye porque del alto firmamento
De entre cárdenas nubes desprendido,
Sobre las pardas alas sostenido
Baja en su busca el alcotan sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso
Tierno palomo con arrullo blando,
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella leccion, ¡oh dueño hermoso!
Del que fuere enemigo huye volando;
Mas no de mí, que soy tu fino amante.

1814

ROMANCE

Por en medio de una vega,
Que dos risueños collados
Defienden del ronco impulso
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos
El Genil gracioso y manso;
Para dar al padre Bétis,
No tributo, sino abrazos.

En su márgen venturosa,
Do sólo el céfiro blando,
O descansa entre las flores,
O mece sauces y lauros,

Tiene el mayoral Antimio
Su choza, aprisco y rebaño,
Con pastores que aventajan
A los que á Arcadia habitaron.

Hay tambien pastoras lindas,
Y zagalas de tal garbo,
Que el sol, absorto en sus gracias,
Suspende al verlas el paso.

Y cuando gallardas triscan
Por las selvas y los prados,
Ora en pos de los corderos,
Ora ligeras danzando;

A sus plantas brota el suelo
Alelíes y amarantos,
Carmines, gualdas, jacintos,
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,
Mucha gracia y pocos años,
Tormento de corazones
Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,
O de Amatunte ó de Pafos,
El hijo de la alma Vénus,
Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido
Sus flechas, aljaba y arco;
Encontrándose sin armas,
Corrido y avergonzado,

Vino á Genil, y en los ojos
De Dorila el Dios tirano
Ocultóse, y ellos solos
Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,
Fijéme en ellos incauto,
Y soy su víctima triste...
Pastores, tened cuidado.

1815

EPÍSTOLA

A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE [1]

He recibido tu donosa carta,
Que es de elogios tal vez y vituperios,
Y en un todo extremosa y luenga sarta.

Pues ni soy acreedor á los dicterios
Tan acres, que me escribes, dulce amigo,
Ni á encomios tan gigantes y tan serios.

Mas la amistad que te enlazó conmigo
A tus ojos agranda mis acciones,
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,
Con que espero sin duda contentarte;
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrasme que ha podido incomodarte,
Aunque sin causa, amigo, suficiente,
(Como no he de tardar en demostrarte)

El saber que me he puesto ante la frente
Del útil toro con caballo y pica,
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica
Con el seguir las huellas de Lucano,
O que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,
Que reina en este suelo, ¿has entendido
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titan enardecido
Las yerbas y las flores, mis virtudes,
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razon será que al punto, ¡oh Vargas! mudes
De dictámen, si es tal el que has formado,
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,
Amor de las helénicas beldades,
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,
Discípulo de Sócrates divino
Y varon cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino
Cornelio, y á Plutarco el candoroso,
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso
Defensor de su patria, noble escudo
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.
Sobrio, feroz, y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,
De galas y perfumes, que áun apénas

Pudieran tolerarse en las mujeres,
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,
En Persia se mostró: porque sabia,
Segun iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veia.
Culto ateniense fué; duro espartano;
Vicioso persa: todo lo reunia.

No por lo dicho juzgues que tan vano
Soy, que al hijo de Clynias me compare,
Que estar yo loco entónces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare
Con tal ejemplo vicios perniciosos:
Lo malo es malo donde quier se hallare.

---

(1) Es contestacion á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su aficion á torear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversion muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda:

Antes que tus nobles prendas
Empañe tanta locura,
La plebeya y vil garrocha
Niega á tus manos, y escucha: etc.

Pero á veces á rostros muy hermosos
Un pequeño lunar no les afea;
Por la inversa, los hace más graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea
Por un jardin florido, que lozana
Flora con sus matices hermosea,

Entre la rosa de color de grana,
Y los claveles, murtas y azucenas,
Nos gusta la amapola aunque villana.

Y tal vez en las selvas más amenas
Grosera y ruda zarza hace contraste
Grato, con lauros, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste
En juzgar delinquí; no he delinquido:
Sin duda de mi accion no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
Que en ancho circo destrocé inclemente
Lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aún dura
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ajeno daño,
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crímen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al són de trompas y atambores,
Cabe el Tajo mi patria defendiendo,
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo ménos mostré no ser cobarde,
Ajena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora degradado hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entónces el virgíneo coro
Que habita el alta cumbre de Helicona
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:
Escucha y notarás, amigo amado,
Que mi delito la razon lo abona.

El Bétis cristalino y sosegado
Con su corriente plácida y serena
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato á mano llena
El cielo bienhechor sus ricos dones
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones,
Se encuentran por doquier, grama y verdura,
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura
Más virtud á esta tierra venturosa,
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,
La que encierran llanuras y collados,
Y una especie de magia prodigiosa,

Comunican tal fuego á los ganados,
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,
Que apénas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen
Toros cuyo furor el bosque aterra,
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado de la madre tierra
No se avienen, sufriendo la coyunda,
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda
La fuerza humana tanta lozanía,
Tornándole útil buey de fiera inmunda.

En vano un hombre solo tentaria
Domeñar su furor y alta braveza,
Víctima de su arrojo se veria.

Para lograrlo apela á la destreza,
Sagaz se vale del bridon ardiente,
De su rápido impulso y ligereza.

Para defensa empuña solamente
Ligera lanza; en pos del toro adusto
Se arroja, le acomete de repente,

Y sin que su fiereza le dé susto,
Le acosa hasta que logra derribarlo
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan sólo hay de domarlo
Para la necesaria agricultura,
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupacion, que es harto dura,
Y oficio indispensable, aunque penoso,
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices insano y rigoroso
Destrocé el animal que es grato á Céres,
Antes bien le hice á Céres provechoso.

Con esta explicacion, pues justo eres,
Verás que ha sido injusto tu jüicio
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio
De fatigar las selvas y los prados,
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño, ó crueldad, hombres malvados,
Os dan, decid, las aves inocentes,
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos trasparentes
Teñís de sangre con furor vertida
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejais el aura ensordecida
Imitando los rayos y los truenos,
Y la luz con el humo oscurecida?

No solamente, ¡oh gran maldad! serenos
Vierten sangre los duros cazadores,
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna con clamores
La tórtola publica su tormento,
O llora celos, ó celebra amores.

Tal vez en delicioso arrobamiento
La paloma á su amante ya se entrega
O en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega
Que el hombre duro y montaraz fulmina,
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina
A la cuitada liebre persiguiendo
El bridon con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo
Los montes y las selvas ensordece
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?
¡Cuál exalta la rabia de los perros
Y sangre y destruccion sólo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros
Busca la corza mísera y cobarde,
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde
Del plomo ó de la flecha matadora,
O del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! cómo la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado,
O sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido y he temblado...
La gula de los hombres insaciable
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?
¿Ni áun tú mismo que adusto me condenas?
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apénas,
Para tomarlo productivo y bueno,
Y tú de horror y compasion te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno
Llena de sangre el monte y la llanura,
Para saciar su vientre ó el ajeno.

Mas si tu enojo, oh Vargas, por ventura
Le motivó el juzgar que abandonaba
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba
A estas rústicas duras diversiones,
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones
Que siquiera una vez hayan sentido
De las musas las tiernas impresiones

Abandonarlas en el hondo olvido
Y huir de sus halagos placenteros?
¿Quién tan bárbaro, díme, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros
Años de mi existencia, las he amado,
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado
Han sido y lo serán. Ni los horrores
Del fiero Marte en que me ví empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,
Ni mis fatigas y penosos males,
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo
Donde moraron siempre, ¿imaginaste
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste
Cuando escuches mil himnos y canciones
Cual jamás en mi cítara escuchaste,

Y cuando el tuyo y otros corazones
Al ver de doña Blanca el fin lloroso
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heróica el horroroso
Suceso de esta reina desgraciada
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,
Que el lienzo maticé con los colores
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,
Y aquella heróica sangre derramando,
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,
Y que como á las flores manso viento,
La risa está tus labios halagando...
¿No es verdad, Vargas? dí, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo, 1817.

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca*, la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el rio de Sevilla el dia de San Antonio del año 23.



AL REY NUESTRO SEÑOR (1)

QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA, HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA

Dad, sagradas deidades de Helicona,
Vuestro sublime aliento al pecho mio,
Para cantar al ínclito FERNANDO.
Llegue mi voz á la encumbrada zona,
Del abrasado Sur al Norte frio
Su nombre por la esfera derramando;
Y la lira pulsando
En las alas del viento,
El estruendo hervoroso
Del mar venza mi acento,
Y el ronco trueno, y huracan silboso;
Y el nombre augusto de FERNANDO suene,
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre, oh Rey, oh Rey amado,
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,
Que al abrazarte en bárbaras cadenas
Tornó el abrazo fraternal, airado
Lanzó su rayo vengador, hiriendo
Aquella torva frente; y ni áun apénas
Su nombre existe... Escenas
De dolor y de gloria,
Y á un tiempo de alegría,
¡Cuál llenais mi memoria
En este fausto y apacible dia!...
¿Dó me arrebata el númen sacrosanto,
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas, oh Rey, de Mantua augusta,
Yo ví de sangre y mortandad cubiertas,
Cuando en hierros tus hijos te miraron.
Aquí la furia aleve y saña injusta
De tu opresor se vieron descubiertas,
Y sus haces belígeras temblaron.
Ardorosos gritaron
Tus valientes: *Venganza;*
Armas les da su brio,
Arrollan la pujanza
Del triunfador, y su alto poderío;
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entre tanto que Dios era tu escudo,
Custodiando tu vida idolatrada,
Y tu apenado pecho confortando,
Al arcángel su lanza dió, ceñudo
Miró, y tembló la angélica morada,
El trueno de su enojo retumbando;
Y el aquilon bramando,
Al ministro glorioso
De la ira omnipotente
Condujo presuroso,
Más brillante que el sol en el Oriente,
Sobre sus alas al hesperio suelo,
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta, enriscada y agria cumbre
Del nivoso pinífero Fonfria
Dió el grito de la guerra. Retumbaron
Las hondas cuevas, y la viva lumbre
De su frente ofuscó la luz del dia.
El acento tus hijos escucharon,
Y en tu auxilio volaron
Los de Turia, y de Ibero,
Y de Genil, y Betis,
Y de Miño, y de Duero,
Y los que baña la azulada Tetis,
Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,
Y á la venganza van gritando: *Guerra.*

Y cual suele el Océano espumoso,
Por cien contrarios vientos agitado
Alzar ferviente con horrible estruendo
Montañas bramadoras, y furioso
Combatir el escollo agigantado,
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo
En enojo tremendo,
Las huestes se lanzaron
Sobre tus opresores:
En sangre se inundaron
Valles y cumbres: hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña,
Y exterminio y horror cubren á España.

(1) Esta composicion, escrita á insinuacion del Rey, y que tuvo la honra de ser leida á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobacion del juez de imprenta, quien prohibió su publicacion. Este incidente ocasionó una polemica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien finalmente cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresion.

¡Ay, cuánto afan, y hazañas, y fatigas
Costaste á tu nacion!... todo lo inunda
De la devastacion el gran torrente;
Y como el segador abate espigas,
El filo de la muerte furibunda
Troncha esforzados... ¡Ay! cuánto valiente
A su impulso inclemente
Cayó, cual en la sierra
De Moncayo los pinos,
Si el Noto le hace guerra,
Y ciento á ciento arrastra á remolinos!
Mas no cesa la lid: do mil perecen,
Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
Los cayados en lanzas se tornaron.
Nadie evita el combate. Hundido el muro,
Ni se rinde á los bronces tronadores;
Las huestes rotas nueva lid buscaron:
Y no hay ceder. En el silencio escuro
El Orïon y Arturo
Ven combatir. La aurora
Ve combatir. La lumbre
Del sol desde que dora
De Pirineo la fragosa cumbre,
Hasta que hunde en el mar su carro ardiente,
Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecian
Los manes, aún de sangre salpicados,
Desde las rotas nubes alentaban
A los que en él tenaces persistian,
Y contra el fiero Marte denodados,
Y contra el infortunio peleaban,
Y constantes clamaban:
No haya tregua. Y sañudos
Y firmes no cedieran,
Y los embates crudos
De la áspera fortuna resistieran;
Como suele en los montes de Castilla
Al huracan la octava maravilla.

Confusion, heroismo, sangre, duelo,
Altísima constancia, valentía,
Infortunios, amor al rey Fernando
A un tiempo llenan el hispano suelo...
... Mas ¿dónde, dónde vas, oh lira mia,
Desastres y fatigas recordando,
Si estamos ya gozando
El premio delicioso,
El suspirado fruto
De tanto hecho famoso,
De tanta privacion, de tanto luto?
Y roto ya, oh mi rey, tu cautiverio,
Eres el gozo de tu heróico imperio.

Sí; ¡oh placer! El canto de victoria
Resuena en vez del bélico alarido
En el orbe español. El dulce acento
De los himnos de paz y eterna gloria,
Sucede al trueno y hórrido estampido:
Triunfado ha la virtud. Suave contento
El terrible lamento
Tornóse; y ya Fernando,
Con su familia augusta,
Felice gobernando
A los leales, que la rabia injusta
Del dragon destruyeron, goza ahora
La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente
De los gallardos, fieros escuadrones,
El purísimo sol oscureciendo
Con su régio esplendor. La refulgente
Espada empuña... ¡Qué!... ¿Temblais, naciones?...
Desechad el temor, que no el horrendo
Mavorte en ira ardiendo
La da á la diestra fuerte,
Ni están de nuevo abiertas,
Dando paso á la muerte,
Del doble Jano las terribles puertas.
Es pacífico alarde... Mas no en vano
Temblais aún de un alarde castellano.

Egregio rey, el escuadron guerrero,
Que en pos de tí resplandeciente brilla,
Fué el brazo de la muerte en tu defensa.
¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,
Como saben los campos de Castilla,
Y se arrojó á la lid!.. Horrible ofensa
La multitud inmensa
Sintió á su excelso brio.
Los fuertes se turbaron,
Llenos de espanto frio,
Y su altivez osada doblegaron,
Huyendo de esos nobles vencedores,
Cual cierva de los canes ladradores.

En contra del poder y la fortuna
El Tajo presenció su alta osadía,
En los campos do Antígola azulea.
Sin esperanza de vencer alguna,
¡Cuál se lanzaron el aciago dia,
Sembrando horror y asombro, á la pelea!

Eterno el nombre sea
De los nobles gloriosos...
La horrible muchedumbre
Despreciaron sañosos;
Y al trasmontar del sol la viva lumbre,
Sonó el clarin, volaron atrevidos,
Y deshechos quedaron, no vencidos.

Salve, heróico escuadron; salve, oh valientes:
Yo entre vosotros combatí. Alentado,
Vuestro ejemplo santísimo siguiendo,
Con mi sangre aumenté la vuestra ardiente
Que aquel suelo regó... ¡Cuánto esforzado,
En lid tan horrorosa combatiendo,
Arrebató el horrendo
Cuchillo de la muerte!...
Firmes contrarestando
La embravecida suerte,
Gritaban al caer: *Viva Fernando.*
Y los que no doblasteis las cervices,
¡Cómo ostentais lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros
De la inmortal Madrid: sagrados manes
De los que en mil batallas desastrosas,
Víctimas fuisteis de los hados fieros!
Venid: de vuestros ínclitos afanes
Ved el ansiado fruto. En albas rosas
Y palmas victoriosas
Ceñid la excelsa frente,
Y vagando en el viento,
Ved de la hispana gente
El placer, y gozaos en su contento,
Y acatad al gran rey, por quien gloriosos
Rendisteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,
De juncias y verbenas coronada,
Y mira á tu señor augusto, armado
Más gallardo que Marte. Mil cantares
Las ninfas de tu márgen fortunada,
Broten ledas del labio delicado;
Y del jóven amado
Entonen los loores,
Conmoviendo su canto
Los árboles y flores
De tus orillas con sabroso encanto;
Y tú, esforzando el divinal aliento,
Entona un viva, que ensordezca el viento.

Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,
Y *viva el rey*, repita el castellano;
Y *viva*, el pueblo astur. *Viva*, resuene
En el fuerte Aragon, en Celtiberia,
Y lo repita el leve valenciano,
Y en la encantada Turdetania suene.
La Península llene;
El piélago profundo
Pase, y *viva Fernando*
Repita el Nuevo Mundo,
El mar del Sur los *vivas* escuchando.
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
Viva tu nombre, altísimo monarca.

1817

SONETO

Tierno pesar, amargo abatimiento,
Pintado está en tu rostro, oh Nise hermosa,
Porque la cruda suerte rigorosa
De tí aleja tu amor. ¡Duro tormento!

Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No más, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu afliccion moderes ¡ay! te pido...

Mas ¿para qué me canso en consolarte,
Si eres mujer, y pronto esos extremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817

LA BORRASCA, A LAUSO

¡Ay, cuál el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrego silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracan sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo léjos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...
¿No ves del mar el sordo movimiento?
¿No oyes gemir el animoso viento?
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
¿Cuando á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos, y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustos traves.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable.
Advierte que su furia inexorable
No respeta de régias banderolas
El orgullo indomable.

1817



SONETO

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente, que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mí celosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!... ¡ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817

EL TIEMPO

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso
Las silenciosas alas extendiendo
Huye á nunca volver! El brazo duro
Sacude airado, el hierro poderoso
De su segur terrible revolviendo,
Y á su impulso tremendo
En polvo se resuelve el fuerte muro;
Tronos, imperios y poder perecen,
Astros desaparecen,
Mares se tornan fértiles llanuras,
Altos montes en piélago profundo,
Y se trastorna cuanto encierra el mundo,
¡Cuántas generaciones,
Cual niebla leve, en nada se tornaron!
Y en yermas soledades,
Y en pantanos y selvas tenebrosas
Magníficas ciudades,
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Perínclitas naciones
Del misterioso Nilo habitadoras,
¡Míseras!... ¡Cuán fugaces
Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!
Como suelen los bravos aquilones
Las nubes arrastrar, así las horas
Os llevaron en pos, y en hondo olvido
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
En vano en vos nacieron
Las fuentes del saber. Cual encendido
Relámpago veloz desaparece
Apénas en las nubes resplandece,
Tal vuestra ilustracion: así el sañudo
Rigor del hado en sus eternas leyes
Lo decretó ¿Qué fué de vuestros reyes
Sabios, y poderosos, y temidos
Que todo el orbe dominar quisieron?
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
Su vano orgullo y su altivez rindieron:
De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Dó están, en dónde la opulenta Tiro,
Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,
Y la altiva Micenas,
Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epiro
El colosal poder?... Un dia fueron,
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía
Sobre las alas rápidas del viento
Vuela á aquellas regiones do algun dia
Genio, y saber, y gloria colocaron
Su triunfador asiento,
Y al mundo refulgentes deslumbraron:
Donde la rica cuna
De dulce libertad rodó primero,
Mecida por el coro de virtudes,
Y halagada tambien por la fortuna.
Mas ¿qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,
Y al Eurotas hundido entre arenales,
Que despechado al mar lleva el tributo:
Al mar, que solitario ronco brama,
Y entre desnudas rocas se derrama,
Y de amargas espumas hoy blanquea
Desiertas playas donde fué el Pireo;
Y ni ve los laureles de Platea,
Ni ve de Salamina el gran trofeo,
Ni escucha los acentos divinales
De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,
Y esclavitud no más halla asustada,
Que así le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios
Despues terror del quirinal imperio,
Infelice Cartago:
Diéronte cuna horrores y prodigios,
Pusiste al ancho mar en cautiverio,
Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;
Ahora ni indicio vago
De tí puede encontrar el peregrino,
Y el ábrego ardoroso
Arrebata en confuso remolino
Sedienta arena en tu desnudo suelo.
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?
¿Dó tus huestes pavor del Aventino?
¿Ni áun duran los hundidos arquitrabes;
Y tronchadas columnas, que las llamas
Perdonaron tal vez, y referian
Mudas su fin aciago y desastroso?
Sepultólas el suelo que oprimian.

No ostentes, Roma ufana,
Tus famosas rüinas,
Triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidosa examinas
Tanta reliquia vana
De gimnasios y termas, arcos, templos,
Verás son desengaños vividores,
Verás que son ejemplos,
Que el tiempo destructor ha perdonado
Para ser escarmiento á los mortales.
Mas ¿dónde, dónde están ¡tristes memorias!
Los cónsules, tribunos, dictadores,
Y altos emperadores,
Que cercados de triunfos y victorias
Inciensos divinales alcanzaron,
Y á sus piés la fortuna encadenaron?
Sobre sus tumbas olvidadas crece
El solitario cardo, entre las piedras
Hendidas penden las bastardas hiedras,
Que con triste silbido el viento mece,
Y en las horas nocturnas
El cárabo afligido,
Que acaso anida en las volcadas urnas,
Esparce por las sombras su alarido.

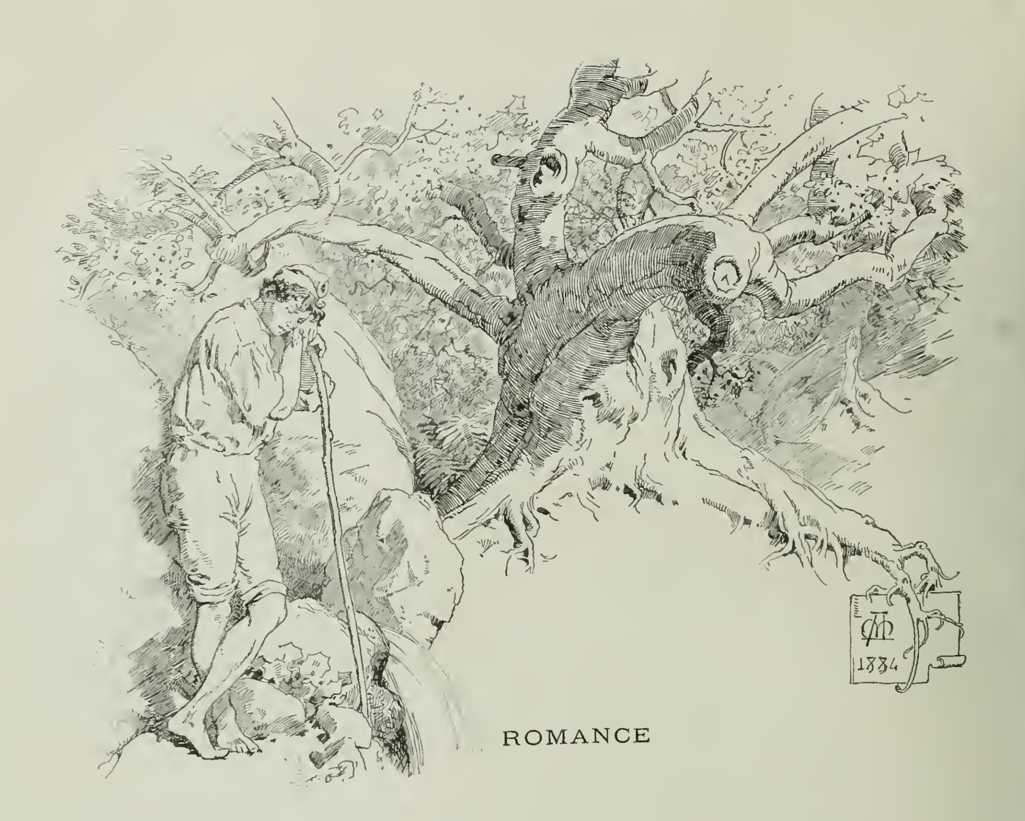
Así existen los restos suntüosos,
Que, oh Roma, guardas y aún altiva ostentas:
Así existen columnas y colosos.
¿Pero por consolarte acaso cuentas
Con que así durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total rüina,
Serán desmoronados,
Y en vil polvo tornados;
Que de Saturno la cruel guadaña,
Que todo lo confunde y extermina,
Aún en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva,
A dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente
En amargos recuerdos hoy se ceba,
Sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasaran
Tantos imperios, tan excelsas glorias,
Que fueron y no son?... Nosotros mismos
Yaceremos en fin: en soledades
Se tornarán tambien estas ciudades
Que hora son nuestro encanto:
Se hundirán del no ser en los abismos,
Ni quedarán memorias
De que aquí descollaron. Los verjeles,
Hora nuestra delicia,
Se tornarán malezas y pantanos,
O ronco mar, que roto entre bajíos,
Hierva y brame, y asombre á los navíos.
Museos que Minerva ve propicia,
Alcázares que habitan los tiranos,
Templos y torres, puentes y murallas,
Caerán, caerán entre las fieras manos
Del tiempo asolador. Cuanto hora existe
Todo perecerá, cual perecieron
Altas naciones que en el mundo fueron:
¿Quién el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente
Nace en la sierra y corre en la llanura,
Y por más que se oponga á su corriente
Ora un profundo valle,
Ora de antiguo bosque la espesura,
Ora una alta colina ó fuerte muro,
Abre espumoso á su carrera calle
Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

1818





ROMANCE

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras
Con manso y blando rüido,
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de rio.

En su márgen escondida,
Miéntras retozan lascivos
Sobre la yerba y las flores
Los cándidos corderillos;

De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,
Y hora vuelve donde encuentra
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorumpe de esta manera
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas
Visteis los amores mios:
Aquí mis encantos fueron;
Y hora es sólo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impío!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.

Aún en las blancas cortezas
De estos álamos altivos
El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de enero frio,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?...

Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
A Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo.

Aquí teneis nombradía,
Y entre juncias y carrizos
Tributo os dan mil arroyos,
Gozais el nombre de rio;

Pero en dando cortos pasos
Con el Betis confundido,
Bembézar ya nadie os nombra,
Porque así el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores:
Aquí inocente y tranquilo
Los gozaba, imaginando
No verlos jamás marchitos:

De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasaron cual vos, se hundieron
En torpe y oscuro olvido. 1816

LETRILLA

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fementido?
¿No hiere tu oído
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano...
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.

El alma, la vida
Me llevas contigo,
Cruel enemigo,
Perverso amador.

En penas sumida
Me dejas y ries,
Y ufano te engries
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso:
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno cruel?

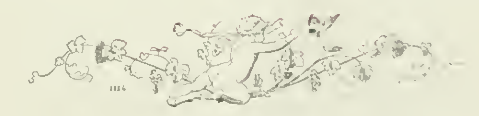
¡Traidor! ¡alevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

Tu pérfido trato
De gozo te llene,
Mi mal te enajene
Con fiero placer.

No importa, algun dia
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veráste muriendo:
Y entónces riendo
Veré tu dolor. 1818



A OLIMPIA

DEDICÁNDOLE VARIAS COMPOSICIONES

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ay! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron;

Cuando junto á tí dichoso
En llama feliz ardiendo,
Sólo anhelando agradarte,
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos
Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye
Cual te están siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo
De tí me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados
Alumbren tus ojos bellos,
Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha y tus juramentos.

Y aquellos veloces dias
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,
Cómo tu labio de fuego
Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.

¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos,
Y palpitara tu seno,
Y lanzaras un suspiro,
De mi fe constante en premio...

Entónces ¡ah! no trocara
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero. 1819.

SONETO

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuché, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo
Sobre mi frente mísera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia cruel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?.... ¡fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?...

¿Por qué ántes de mirarte y de quererte,
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte? 1819.

A OLIMPIA

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
Mi pecho palpitó, desde que el fuego
De tus divinos ojos y semblante
Hirió con su esplendor el alma mia!
Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,
No alcanzaba á saber lo que sentia:
Y de tí léjos, tímido y errante,
Sin notarlo, en tu amor mísero ardia.
Tal vez en las entrañas de la tierra
Así se oculta y ceba, y arde, y crece
La llama asoladora,
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
Ardiente y tronadora
En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mio
Del escondido amor arrebatada,
Del Bétis olivoso
Las márgenes amenas,
De sacros bosques y verjeles llenas,
Pisé confuso, y sin hallar reposo.
Del apacible rio
Las trasparentes ondas sosegadas,
Sus frescas alamedas silenciosas,
Del vagaroso céfiro agitadas
Al rojo amanecer, las lindas flores
Risueñas, olorosas,
Que en ellas blandamente se mecian,
Su fragancia ostentando y sus colores,
Nada á mi mente, nada le decian:
A mis ojos natura muerta estaba,
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas
De gloria y triunfos y escarmiento llenas,
Que azota el mar undoso gaditano,
Mis plantas me arrastraban nuevamente,
Pensando hallar del alma
La paz perdida y la tranquila calma
A vista del magnífico Oceáno.
El giro de los mares de Occidente
En vano el pensamiento me ocupaba;
En vano procuraba
Exaltar mi agitada fantasía
El espacio sublime de las ondas;
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
Al cierzo bramador se entumecia,
Y alzando al cielo las arenas hondas,
Los ásperos escollos combatia;
Ya cuando adormecido
El cielo de zafir puro y sereno
Reverberaba plácido en su seno;
Mas nunca mis pesares
Conseguiste aquietar, dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
Del regio Manzanares á la orilla,
Y necio imaginaba
Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
La gran ciudad, señora
De dos mundos, calmara con su encanto
Mi mortífera pena roedora.
Mas ¡ay! en los magníficos salones
De oro y púrpura bárbara adornados,
So las soberbias cimbrias y artesones
De refulgentes tintas esmaltados,
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,
El frio tedio y el pesar infando
Mi corazon estaban devorando.

¿Y qué, dije, será que las estrellas
Vieron con ceño el infelice dia
Que empecé á respirar?... ¿Será, oh destino,
Que siempre el hombre en mísera agonía
Arrastre su existir?... Si esta es la suerte
Que guardan los arcanos
A la raza infeliz de los humanos,
Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!
Siega piadosa la garganta mia,
Descanse al ménos en la tumba fria.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,
Bella como la luna refulgente,
Que en apacible y grata primavera,
Cándida ostenta la argentada frente,
Y lánguida y luciente
Desde su carro azul derrama brillo,
Al través de las nubes plateadas,
Del blando cefirillo
Con vagarosas plumas agitadas.
Te ví, y me estremecí; torné á mirarte,
Y el denso velo que mi amor cubriera,
Rasgóse de repente, y descubierto
Miré mi corazon, y en él patente
La oculta causa de mi angustia fiera.
Y reventando el escondido fuego,
Tronó como un volcan, tu amor buscando,
Y tu amor, y tu amor sólo anhelando.

Yo entónces mudo, y pavoroso, y yerto
No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,
De horrible duda y timidez cercado,
Pero en alas de amor, á tí me allego,
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
Y mi dicha te pido,
Abrasado en tu amor y confundido.
Y ¡oh delicioso instante,
De ventura y placeres el primero!
Tu divino semblante
Ví de rubor purpúreo enrojecido,
Latir tu seno cándido y turgente,
Tu labio balbucir, tu altiva frente,
Emula acaso del mayor lucero,
Blandamente inclinarse, y un suspiro
De tu boca de rosa
Escuché, fuí feliz, y al punto huyeron
Oculto tedio y pena silenciosa
Y tristeza y afan. Los que ya fueron
Objetos mudos á mi triste mente,
Me hablan al corazon. Fragantes flores,
Verdes arbustos, árboles sombríos,
Claros arroyos, cristalina fuente,
Süaves amorosos ruiseñores,
Noche pura, serena, sosegada,
Ronco hervoroso mar, sonoros rios,
Aurora de azucenas coronada,
Eterno luminar padre del dia,
Amenas soledades,
Opulentas magníficas ciudades,
Ya herís mi fantasía,
Y os contemplo y admiro,
Que por doquier amor y amores miro.
¡Oh, cuántas sensaciones deliciosas
Alberga el corazon, correspondido
Del dulce bien que le eligió natura!
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
Que es de un sincero amor dichoso nido!
¡Cuán venturoso yo!... Mas ¿qué tremenda
Imágen espantosa
Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mia,
La vida es tan fugaz, tan presurosa!
Jamás ansié la eternidad, y lento
Juzgaba el vuelo de los años mudo.
Mas ¡ah! desde que aliento
El aura del placer y la alegría
Siempre á tu dulce lado,
Desde que tú me hiciste afortunado,
¡Cuán rauda, cuán ligera
Encuentro de las horas la carrera!
Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,
Que todo lo sepulta inexorable
En el no ser oscuro y espantable,
Airado nos acecha
Cual fiero cazador con dura flecha
A las tiernas amantes tortolillas,
Que en la florida rama
Se acarician sencillas,
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,
Que en nuestro rededor brotan ahora,
Desmayadas, marchitos sus colores,
Al fin caerán. La planta voladora
De la edad hollará nuestros amores,
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...
¡Ay! llegará el momento de perderte!


1819





ELEGÍA

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde
La pura luz que encanta el alma mia,
De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Dó están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?
¿Dó mi Olimpia cruel, que así me deja
En hondo afan, en mísera agonía?

Cuando el carro del sol huye y se aleja
A los desiertos mares espumosos,
Acude grata á mi amorosa queja;

Y ya en sus altos cercos vagarosos
Las pálidas estrellas resplandecen,
Resaltan los luceros relumbrosos;

Y mis ojos con llanto se oscurecen,
Porque no encuentran á su dueño amado,
Y en triste sombra ¡ay míseros! perecen.

¿En dónde estás, mi bien? desatentado
Corro en tu busca con dudosa planta,
Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quién te roba á mi amor con fuerza tanta
Que á arrancarme no vienes compasiva
El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa
De algun duro tirano te detiene,
Y que consueles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene
Alguno más dichoso?... ¡Oh Dios!... Perdona:
Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona
De altas estrellas hunde en Oceáno,
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano
Resplandor de Titan, y su luz pura
Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura
De mi Olimpia adorada, y su terneza
Compense mi afliccion y mi amargura.

Vuela, oh noche fatal, y con presteza
Llévate mi tormento y mis temores,
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores
Una guirnalda tejeré olorosa,
Si templas mis cuidados roedores.

Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven callado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,
Y te alejas de mí con raudo vuelo
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,
Y retarda cruel su paso mudo,
Como si se gozara en mi desvelo.

Volad, horas terribles... ¡Oh sañudo
Furor del hado!... Noche perezosa,
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa
En medio de las ondas de Oceáno,
En tempestad horrísona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano
Y el ronco són del desatado Noto
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y ví tranquilo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.

Tambien tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca, ¡oh noche! tan tremenda has sido
Para mi corazon; nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cual se lamenta
Mi espíritu abatido se enternece,
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado oriente se esclarece,
Y la primera luz del nuevo dia
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fria,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,
Y consuela risueña el ansia mia.

Mas si la airada suerte rigorosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.



ROMANCE

¿Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorosas las hiedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe union tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Más la afirma y encadena.

En mis inocentes años,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,
Que esmaltaban sus florestas,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena;

Ya ví estos troncos vestidos
De las mismas fieles hiedras,
Aunque tal vez más lozanas,
No en union ménos estrecha.

¡Cuántos mayos han pasado
Desde aquel tiempo! Contempla
Cuántos sucesos diversos,
Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que ví engalanadas
De claros raudales llenas,
Míralas rotas y hundidas,
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas,
Yacen en tristes rüinas,
Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas,
Fugaces desparecieron
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra!
Jóven soy, más yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y sólo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas
Con los venturosos nudos
Que tan firmes se conservan?...

Lo que eterno parecia,
Deshízose con presteza,
Y sólo duran los troncos
Abrazados de las hiedras.

Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte:
No tememos tu crudeza,
Que miéntras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.

¡Ay! ejemplo de los nuestros,
Oh mi Olimpia, siempre sean:
Y así unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

Aranjuez, 1819

SONETO

Olimpia bella cual la fresca Aurora,
Gentil más que la cándida azucena
Que de fragancia y granos de oro llena,
En el verjel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora
Tu imágen celestial, y la cadena
Que en mi cuello infeliz áspera suena,
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura
No puede en sí abrigar alma de acero,
Muévate mi pasion sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
Verás, cruel, como á tus plantas muero.

1819

ROMANCE

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas de Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas
Que en estas orillas nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires,

No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canoras dulces aves,

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,
No los pintados verjeles
Que adornan su rica márgen,

Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Miéntras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios
Decirme amores suaves,
Suspirar celosas quejas,
Constancia eterna jurarme;

Y mas que el hado enemigo
Furioso nos arrebate
A las arenas de Libia,
O á las nieves de los Andes.

1819

A OLIMPIA

Dulce señora mia,
Más lozana y gentil, y más hermosa,
Que al despuntar el dia
Se muestra por abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio
Más que la libertad! De él no saliera
Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera,
Que es triunfo glorioso
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado Oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tíbar oro refulgente,
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaria.

Porque ¿quién ¡oh señora!
Puede anhelar más gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y albedrío
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde
La majestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello
Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pié breve?

Y ¿qué dicha más alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Do esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió naturaleza,
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo, ¡oh mi señora!
Ufano presentara;
Pues desque á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo. 1819

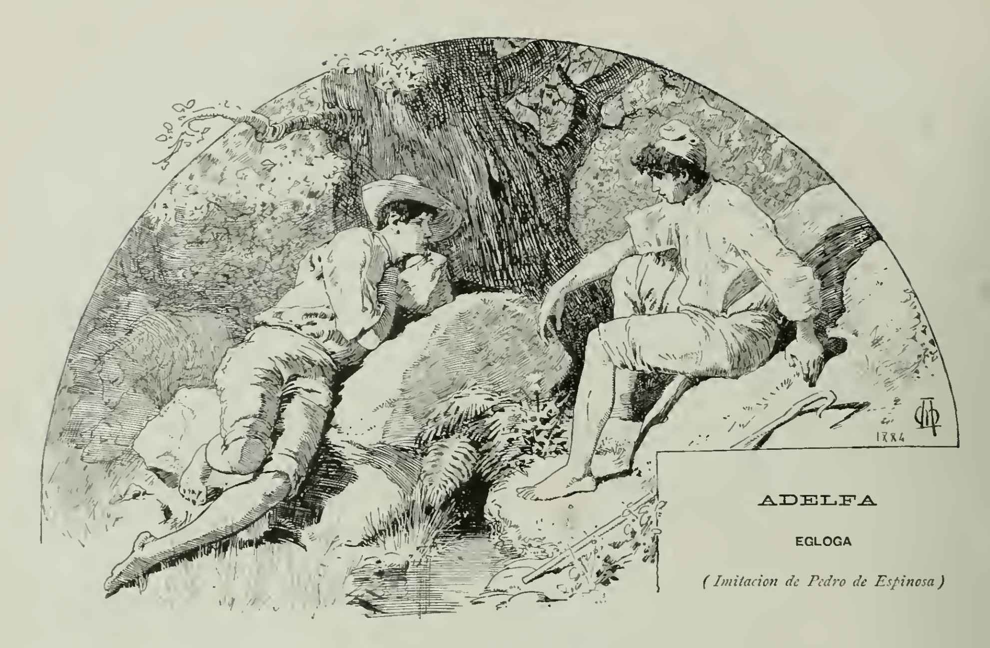
CANTILENA

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para tí respira.
Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpitar tu seno
Que es de Dione envidia,
Sentir el dulce rayo
Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasía,
Escuchar de tu boca
Palabras expresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡ay! el bien supremo
Y el colmo de mi dicha. 1819.

SONETO

Jamás marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mia:
Tus ojos siempre al luminar del dia
Ofusquen, y tu frente á la mañana.
Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen á porfía,
Trisquen las gracias, y el amor sonria
En torno á tu belleza soberana.
Y el claro sol en el risueño oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato refulgente:
Mas venga ¡ay! á mirar correspondido
Por tí, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido. 1819.





ADELFA

EGLOGA

(Imitacion de Pedro de Espinosa)

Poeta—Lauriso—Mirtilo

POETA

Si el ronco acento de la lira mia
Consiguió venturoso interesarte,
Olimpia bella como el claro dia,
Tu amor cantando, y el furor de Marte;
Estos humildes versos, que Talía
Me dictó acaso, logren agradarte:
Y escucha al són de la campestre avena
De mis zagales la cancion serena.

Una cansada y perezosa siesta
Cuando el ardor del encendido Febo
Las fuentes disminuye, el campo tuesta,
Y no consiente á los ganados cebo;
A buscar el ambiente en la floresta,
Lauriso, gallardísimo mancebo,
Orillas de un arroyo sosegado
Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura
El gracioso Mirtilo se encontrara.
Ambos jóvenes eran, y en dulzura
Para el canto, ni Pan les igualara.
Al pié de un olmo cuya verde altura
Les daba grata sombra, y de la clara
Corriente al resonar, así cantaron,
Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO

No sólo allá en las cortes y ciudades
Ejerce el crudo amor sus tiranías,
Ni el insano rigor de sus crueldades
Ostenta en las florestas y alquerías;
En los pechos tambien de las deidades,
Y entre las ondas de las aguas frias,
Del duro amor el insaciable fuego
Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,
Que Flora esmalta con matiz divino,
Para unirse á Neptuno proceloso
El ancho Bétis tuerce su camino.
Y á registrar su estado poderoso
Sacó la faz del seno cristalino
Una tarde tal vez, y acaso viera
A la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Númen ama,
Que le abrasaron con su dulce fuego,
Y ardiendo del amor en viva llama
Perdió la régia calma y el sosiego.
Su tierno pecho con la ausencia inflama,
Y á fuer de amante con humilde ruego
Sale á la orilla, y entre blandas flores
Así rendido explica sus amores:

MIRTILO

Vuelve ¡oh mi sol! alegra esta ribera
Con pura luz de tus hermosos ojos.
Torna, zagala; tu crueldad no quiera
Con desdenes causarme más enojos.
Ven á gozar tranquila y placentera,
A tus plantas rendida por despojos,
De mi riqueza la abundante fuente,
Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,
Ni frágiles helechos, ni espadaña;
Mosqueteros y mirtos y rosales
Son los que mi corriente copia y baña.
Sauces, olmos, laureles eternales
Pueblan en vez de la flexible caña
Mi alegre márgen, que en mi régio asiento
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,
Rojos carmines, blancas azucenas,
Morados lirios, jaldes alhelíes,
Frondosas parras, frígidas verbenas,
Y maravillas, gualdas y turquíes,
Esmaltan mis dos márgenes amenas,
Que desde el punto que tu ausencia vieron
Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama
Mi corriente feliz, en todo el mundo
Mi poder suena y mi esplendente fama,
Igual á la del piélago profundo.
En cuanto ve del sol la eterna llama
Respétase mi nombre sin segundo:
Y humildes el ocaso y el oriente
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,
Que si enojado con mi corva orilla
Salgo, cual suelo por diciembre frio,
El monte enhiesto á mi furor se humilla.
A mi rugiente y espumoso brio
Tiembla asustada la imperial Sevilla,
Y el pino, que es honor de la montaña,
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente
De fábrica divina es mi palacio:
Son las columnas plata refulgente,
Son las cornisas nácar y topacio.
Y la soberbia bóveda eminente
Que cierra en torno el atrevido espacio,
Follajes de carámbano, guirnaldas,
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio
Y de cándidas perlas y corales:
De los dioses asisto al consistorio,
Que no son más que yo, son mis iguales.
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,
Que en las altas esferas celestiales,
Donde Júpiter mora sobre el viento,
Tambien como inmortal tengo mi asiento.

Mas ¿qué es esto sin tí, linda pastora?
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?
Todo por tí lo abandonara ahora
Que en tu amor solo cifro mis delicias.
Zagala, ven: atiende al que te adora,
¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?...
¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hicieran
Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopea
El dulce amor que te consagro envidian,
Y unidas con la blanca Galatea
Para ablandarme de consuno lidian:
Mas como amarte mi destino sea,
Sus importunaciones me fastidian:
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?
Mi márgen con tu luz esclarecida
Te las dará tan lindas en colores
Como tu gusto ó tu capricho pida;
El aura inundarán con sus olores,
Y si de ellas tu frente veo ceñida,
Despreciaré las que desparce Flora,
Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbroso
Consagraré á tu nombre, donde halles
El ágil ciervo, el jabalí espumoso,
Mejor que de las sierras en los valles:
Do jamás éntre el sátiro amoroso,
Y de altos olmos en torcidas calles
Las tórtolas amantes aprisiones,
O al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mio.
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?
Los dulces cisnes que en mi curso frio
El fuego excelso de Helicon inflama,
De su canto sublime al poderío
Tu nombre harán eterno, y esta llama
En que ardo yo por tí... Mas ¿no respondes,
Y á mi cariño y á mi afan te escondes?...

Ten lástima, cruel, de un desdichado
A quien arrebataste su sosiego,
Ven á ser la señora de mi estado,
Ven á gozar de mi cariño el fuego:
Si mi excelso poder no te ha obligado,
Muévate el escuchar mi humilde ruego:
Cáusete compasion mi tierno llanto,
Oye al ménos las quejas de mi canto.

LAURISO

Así cantaba el dios; su amarga pena
Comunicaba al apacible viento;
Los altos olmos de la orilla amena
Mostrábanse movidos del lamento;
El aura leve de fragancia llena
No causaba en las hojas movimiento,
Y los azules peces se paraban
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto
Los celajes levísimos tiñera
Febo desde occidente, el dulce llanto
Bétis y el blando ruego repitiera:
Cuando el hermoso objeto de su canto
Dejóse ver en la feraz ribera,
Rozagante llenándose la falda
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,
Con nueva y pura luz el aura brilla,
Se engalana la selva silenciosa,
Brota el suelo á su planta manzanilla,
Y la azucena y la purpúrea rosa
Tornan á demostrar su nieve y grana,
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando
Tornó halagüeño á conmover las flores,
Y las graciosas alas agitando
Esparció los balsámicos olores.
El amoroso ruiseñor, juzgando
Que tornaban de nuevo los albores
Que dan principio al esplendente dia
Sus trinos deliciosos repetia.

Mírala Bétis, torna al llanto luégo,
Y la inocente Adelfa se sonroja,
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,
Tanta esquivez y ceño le acongoja:
Y al ver que nada alcanza con el ruego,
Y que la ingrata con su amor se enoja,
Grabó la planta en la mojada arena
Hollando el amaranto y la verbena.

«Por fuerza, dice, me querrás, pastora,
Que yo sabré domar tu ceño esquivo.»
Y tras ella con planta voladora
Corre veloz, en ademan altivo.
Adelfa al verlo cerca, triste llora,
Y apresura su curso fugitivo
Tímida, sin aliento, presurosa,
Cual huye del lebrel cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando
Ambas manos al cielo: «Diana, dice,
Que los montes y selvas fatigando
Tu labio al torpe forzador maldice:
Recuerda que me ves entre tu bando,
Sé escudo impenetrable á esta infelice.»
La diosa oyó su ruego, socorrióla,
Y en la flor de su nombre convirtióla.

En esa flor hermosa que conserva
Triste la faz, la condicion esquiva;
Bella á los ojos y apacible yerba,
Mas lleno el tallo de ponzoña activa;
Graciosa de color, de gusto acerba,
Del sol resiste la calor estiva;
No la pace el ganado, ni las aves
Desde ella entonan cánticos süaves.

POETA

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,
La cancion que entonaron los pastores
Miéntras la vega estuvo marchitada
Del sol con los radiantes resplandores;
Y viendo que la siesta era pasada,
Coronados de lauro, mirto y flores,
Con amorosa muestra se abrazaron,
Y aquel sombroso sitio abandonaron. 1819

CANTILENA

¿Ves, adorada Olimpia,
Cuán fugaz y ligero
Saturno inexorable
Apresura su vuelo?

A su aspecto sañudo
Todo pasa cual sueño,
Que nada se resiste
A su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo
De los hombres soberbios,
Ríndese el poderío,
Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,
Y pomposos trofeos,
Saber, fortuna, gloria,
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,
Ciudades en desiertos
A su impulso se tornan,
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,
Prados en mar inmenso:
Todo, todo á su curso
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,
Mas no lo está mi pecho,
Ni el amor ardoroso
En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,
Los dias van huyendo,
Corren con paso mudo
Los deleznables tiempos.

Y yo firme te adoro,
Y en más voraz incendio,
Cada instante abrasarse
Mi corazon advierto.

Tal vez el tuyo ingrato
Convertiráse en hielo,
Te cansará mi lloro,
Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,
Serás ¡ay! de otro dueño:
Y yo triste, y constante,
Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados
Me arrastrará violento
El destino terrible,
O acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,
Y de tu encanto léjos,
Te amaré desdichado,
Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa
Vendrá con paso lento
Marchitando las flores
Que hora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,
Los goces placenteros,
De su rugosa frente
Huirán, y de su ceño.

Blancos cual nieve pura
Tornará mis cabellos,
Y por tí, Olimpia mia,
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable
Con su brazo de hierro
Segará mi garganta,
Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada
De mi infelice cuerpo,
Te adorará por siempre
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,
Cuando reina el sosiego,
De la argentada luna
Al pálido reflejo,

Vendrá, ya leve sombra,
En las alas del viento,
De Tajo venturoso
A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,
Perturbando el silencio
De las tranquilas horas
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,
Dirá, y oirálo el eco,
En torno el aura dulce
Olimpia repitiendo.

1819.

SONETO

Por más que el Noto silbador pelea
Con el añoso roble, que eminente
Alza en la selva la pomposa frente,
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por más que el mar horrísono blanquea
Contrastando la roca permanente,
Su inmoble resistir firme y valiente
Muestra cuán vano el combatirlo sea.

Así al suspiro de mi ardiente boca
Miro á mi Aspasia en roble convertida,
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y ántes acabará mi triste vida
La desesperacion que en mí provoca,
Que logre verla á mi pasion rendida.

1819

LAMENTO NOCTURNO

Noche serena y pura,
Y vosotras, ¡oh estrellas!
Que brillais en el cielo vagaroso,
Desde la inmensa altura
Trémulas luces bellas
Al suelo dando, y plácido reposo:



Si el llanto congojoso
De amantes desdichados
Escuchais compasivas,
Atended ¡ay! las vivas
Penas que me devoran, y cuidados:
Vereis ¡oh cruda suerte!
Que amo, y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú, luna argentada,
Que blanca resplandeces,
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fria
En tu rueda elevada,
Y la nieve esclareces
De las cercanas cumbres de Fonfria:
Tú, que á la diosa mia
Lánguida te asemejas,
Y tú, que amada fuiste,
Y que tambien vertiste
Llanto de amor en angustiadas quejas;
Oye, que el manso viento
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mio
La más vehemente llama
Arde, que ardió jamás en pecho humano:
La que en su poderío
Con más rigor inflama
La ardiente flecha del amor tirano!

Y el dueño soberano
Por quien me abraso y muero,
No esquivo y desdeñoso,
Sino blando, amoroso,
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,
Y ambos nos abrasamos,
Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía
De los hombres crueles
Frustra las miras del benigno cielo,
Y en mísera agonía
Pone dos almas fieles,
Que en amarse cifraban su desvelo,
Y en llanto y desconsuelo
Las hunde airada y fiera,
Y bárbara se aplace
Al mirar cual deshace
Los lazos que natura entretejiera,
Siempre contradiciendo
Sus sábias miras, con rigor tremendo.

¿Y puede algun contento
Gozar el pecho mio?...
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,
Que escuchais mi lamento,
En vuestro cerco frio,
Compadecidas de mis penas raras.
Amor, si incienso y aras
Te elevan los humanos,
Y cual Dios los admites,
¿Por qué, dime, permites
Que manden en tu fuego los tiranos,
Robándote caricias,
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,
Que en vuestro pobre nido
Hallais á vuestro gusto compañía,
Y tiernas, y amorosas,
Sueño no interrumpido
Gozais tranquilas hasta el nuevo dia;
Sin que la fuerza impía
A entregar os obligue,
Con bárbaros rigores,
Vuestros dulces amores,
A quien os tiraniza y os persigue:
Vosotras, de mi pena
Juzgad, y del dolor que me enajena.

¡Oh hiedras fortunadas!
En el bosque sombroso
Libres naceis, y libres os es dado
Buscar enamoradas,
El árbol generoso,
Que ha de verse con vos engalanado:
Y el tronco bienhadado
Abrazais cariñosas,
Sin que el poder sañudo
Os obligue á otro nudo,
Y así creceis lozanas y pomposas,
Siendo en las soledades
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente
La soñolienta aurora
Esmalta, con sus puros rayos de oro,
Y de púrpura ardiente
Los celajes colora,
Y aun inunda mi faz amargo lloro.
Ya huye el alto coro
De lustrosas estrellas,
Que oyeron mi agonía:
Pero aunque venga el dia,
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?
¡Ay! jamás mi quebranto
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1819.

ROMANCE CORTO

Apacible rio,
Venturoso Tajo,
Que por la ancha vega
Te deslizas manso:
Deten tu corriente,
Retarda tu paso,
Y de estos jardines
Goza los halagos.

Mira que en Toledo
Te están aguardando,
Armados de furia
Desnudos peñascos,
Que romper desean
Tus cristales claros.
¿A qué te apresuras
Por ir á encontrarlos?...

Detente, detente;
¿No ves cuán lozanos
Los olmos pomposos,
Los tilos y lauros
Sus hojas te ofrecen,
Te tienden sus ramos,
De sombra te cubren,
Te brindan descanso?
Si tantas caricias
No bastan acaso
A parar tus aguas,
Venturoso Tajo,
Saca el pecho fuera,
Y el cabello cano
De musgo y corales,
Y flores ornado:
Verás la belleza
Del bien que idolatro.
Verás á mi Olimpia
Gallarda triscando
Por estos verjeles,
Florestas y prados,
Y al ver de sus ojos
Los ardientes rayos,
Que vencen la lumbre
Del rey de los astros,
Su boca risueña,
Su pecho nevado,
Su cándido cuello,
Su talle gallardo;
Detendrás gozoso
Tus raudales mansos,
Y el rico tributo
Que das á Oceano;
Por verla, admirarla,
Gozar sus encantos,
Rendirle tus dones,
Llamarte su esclavo.

1819.

ROMANCE

¿Por qué pretendes, ingrata,
Que se esparzan por el viento
De mi labio las canciones,
Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive
Condenado á llanto eterno?
Canten los que son dichosos,
Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los dias,
Son los felices momentos,
En que embebida escuchabas
Mis amores y mis versos?...

¿Son las horas fortunadas,
En que en dulce llama ardiendo,
Por mí lloraron tus ojos,
Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,
En que todo el universo,
Envidiando mis fortunas,
Las contemplaba con ceño?...

¿Son por dicha?... ¡Oh Dios!... Perdona:
No sé si son, ó si fueron,
Tu corazon te lo diga,
Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son... ¡horrible idea!
Antes, retumbando el trueno,
Lance sobre mí cuitado
La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla
El mar de horrores inmenso,
En que sumerges mi vida,
De mis amores en premio.

Mira dó están tus promesas,
Dó tus amantes extremos,
Dó tus lágrimas falaces,
Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,
Si se cifra tu contento
En atormentar las almas,
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira
Las canciones, que otro tiempo
Canté, de ilusiones dulces
De eterna ventura lleno;

Recuerda con risa amarga
Mi amor y delirio ciegos,
Y cuán feroz has jugado
Con mis firmes sentimientos.

1819.

LAMENTACION

¡Ay! que en mi labio demudado y frio
El delicioso canto
Se torna sollozar, el crudo llanto
Inunda el pecho mio,
Y con trémula mano
Del arpa de marfil recorro en vano
Las dulces cuerdas de oro,
Que mudas no responden,
Y sus ecos esconden,
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.
¿Y qué, amable armonía,
Tu bálsamo süave así me niegas?
¡Oh! ven á consolar el alma mia.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas
De Tajo delicioso
Me prodigabas tu sonoro encanto:
Cuando á la par de mi tirano hermoso
Los verjeles y selvas recorria,
Al despertar la rozagante aurora,
Al vivo ardor del luminar del dia,
Al extender su tachonado manto
La noche sosegada,
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,
Y cuán fugaces fueron
Las horas de placer!... Ellas volaron
Con ala rapidísima, y huyeron,
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.
¿Y ya no son los plácidos instantes
De una ventura, que eternal creia?...
¿Los momentos pasaron
En que inundado de dulzor mi seno,
Del labio ardiente de mi bien bebia
Amor, delicias y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!..
Antes la muerte su guadaña vibre
Sobre mi cuello, y el amparo sea
Que de tormento tan atroz me libre.
No son, no tornarán; harto lo afirman
Tu aspereza y desden, ¡oh bella ingrata!
Ya no palpita tu divino pecho
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama
No arden tus bellos ojos al mirarme
Temblando de congoja y de despecho.
El tedio por tus venas se derrama,
Y se pinta en tu ceño desdeñoso,
Cuando escuchas mi acento lastimoso;
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,
Y huyes de mi gemido,
Cual de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afan!... ¡Cielos! ¿Acaso
Mi constante pasion, mi fe sincera
Merecen premio tal?... Inadvertido
La ví, la amé, y el alma, el alma entera
Le dí, y el corazon... ¡Oh cuán dichoso
Al ser suyo me hallé!... Cuando anhelante
Su pecho palpitante
Felicidad sin fin brindando al mio,
A sus blandas caricias
Un mar desconocido de delicias
Presentóse á mi ciego desvarío!...
En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso
Ví arder sus ojos de esplendor vehemente,
El amoroso afan orlar su frente,
Y escuché de su labio purpurino:
¿Quién ama como yo? Jamás mi seno
Sintió cual siente de ventura lleno:
Tú eres el bien que me formó el destino.
Tales palabras mágicas brotaron

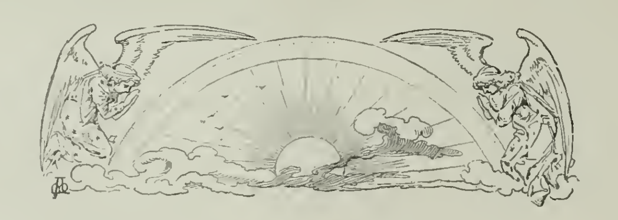
De la boca de Olimpia, y en mi pecho
Ciego delirio y perdicion sembraron.

Ciego delirio y perdicion. ¡Ay triste!...
Su ardor y sus palabras, ¿qué se han hecho?
¿Qué se han hecho?... ¿Lo dudo?... Nunca: existe,
Y ellas viven tambien. Su labio hermoso
Jamás vertió el aroma ponzoñoso
De vil simulacion. Fiel me asegura
Que premia mi pasion sublime y pura,
Que me amará sin fin, y que algun dia...
¡Oh ilusion que embriaga el alma mia!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,
Si mi felicidad solo es su anhelo,
¿Qué turba ¡oh Dios! su faz encantadora?
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?
Tal vez le mueven mis amargas penas,
Tal vez enjuga mi abundante lloro,
Me prodiga caricias,
Renueva mis delicias,
Fe constante me jura,
De su amor me asegura,
Soy dichoso un instante,
En guirnaldas se tornan mis cadenas,
Y á su amor me abandono palpitante;
Cuando de pronto miro
Morir el fuego que en sus ojos brilla,
Marchitarse la rosa en su mejilla,
Velar su frente el tedio, y un suspiro
En sus labios ¡ay! suena,
Y por más que advertida la refrena,
Alguna acerba lágrima aparece,
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah, qué cruel tormento!...
Mas ¿adónde me arrastra mi delirio,
Que en bárbaro martirio
Deslizarse las lentas horas siento?...
¡Ay!... ¡Olimpia!... Perdona mis querellas,
Y no te ofenda mi pasion con ellas.

1819





Á OLIMPIA

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,
Y ardo como jamás por tí perdido,
Ingrata y hermosísima señora.

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido
Sepultarás mi dicha, y los amores
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, cruel, y no las flores,
Que con mano afanosa cultivaste,
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste
Tú misma, sí, tú misma con tu fuego,
Y que guardarla eterna me juraste.

Muévate á compasion mi humilde ruego,
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira cómo la fuerza del quebranto
Mi juventud agosta, y lentamente
Me arrastra hácia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,
Mi faz de angustia y palidez cubierta,
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbacion no acierta
Más que á gemir mi acongojado pecho,
Gemir que indignacion en tí despierta.

¡Oh terrible mujer! ¿Y qué se han hecho
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces, voladoras,
De encanto, de placer y de alegrías
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos dias
En que anhelante, enardecida, loca,
Constancia sin igual me prometias:

En que escuchando de tu ardiente boca
Tanto amor, tan sagrado juramento,
Te juzgaba más firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento
A un delicioso porvenir, fundando
Altas soberbias torres en el viento.

Mas ¿para qué mi mente recordando
Aquellas ilusiones engañosas,
Está mis crudas penas agravando?

¿Por qué intento con quejas lastimosas
Lograr, beldad cruel, que no desvies
De mí tu amor y gracias deliciosas,

Si desprecias mi acento, y te sonries
¡Oh bárbara crueldad! al llanto mio,
Y de tu triunfo con placer te engries?

¡Tirano amor!... ¡Ah ciego desvarío!...
¿Do apagaré este ardor que me devora?..
¿Dónde huiré, dónde de tu ceño impío?

¿Iré tal vez con planta voladora
A la Zembla polar al sol vedada,
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada
No templará mi fuego: en sus riberas
Arderá mi pasion infortunada.

¿En frágil nave surcaré las fieras
Aguas del Ponto horrísono y rugiente,
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente
En las remotas playas sólo amarte
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cuál es del orbe extenso aquella parte
Do tu amor no me siga y tus rigores;
Do logre ¡ay Dios! del corazon lanzarte?

Huiré, cual de los duros cazadores
Cierva infeliz, á quien taladra el seno
Enherbolada flecha entre dolores,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno
En las entrañas lleva, y de gemidos
En vano deja el bosque oscuro lleno.

Muerte, muerte y no más. Encrudecidos
Tal remedio los hados me presentan,
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores, que se aumentan
A la par de mi fuego inextinguible,
Las penas, que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible
Al seno oscuro de la tierra fria,
De eterno sueño á la mansion terrible.

Sáciese tu crueldad y saña impía:
Pronto verá mi tumba esta ribera,
Que engañada envidió la dicha mia.

Y condolidos de mi suerte fiera
Entonarán sobre ella los pastores
Cánticos mil con lira lastimera.

Y esparcirán piadosos blandas flores,
Y *aquí*, llorando exclamarán, *reposa*
Una inocente víctima de amores.

Y entónces tú contenta y orgullosa,
Y con tu triunfo bárbaro engreida,
De mi sepulcro rústico la losa
Vendrás á hollar con planta envanecida.

1819.

SONETO

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,
Que de viudez y de orfandad seguido,
Dejando el orbe en llanto sumergido,
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

A costa de su sueño y su reposo
Gócese el vil tirano en el gemido
Del miserable, que á sus piés rendido
Le acata, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,
Pues que riqueza inútil sólo adora,
El avaro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora
Los dulces ojos, la sonrisa amable,
Y el brillo de su faz encantadora. 1819.

BREVEDAD DE LA VIDA

De flores odorantes coronada,
De Zéfiro en las alas vagarosas
Viene la rozagante primavera,
De la gallarda Flora acompañada.
Matízase risueña la pradera,
Brota amarantos, lirios y claveles,
Abre su seno cándido la rosa,
Se engalanan florestas y verjeles,
Los árboles pomposos se coronan
De frescas hojas y canoras aves,
Que dulces himnos á la luz entonan,
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco estío
Marchitando los campos aparece,
Y el don de Ceres ardoroso tuesta,
Retarda el paso el impetuoso rio,
Y amarillea en torno la floresta.
La selva más repuesta
Busca el ganado con sediento anhelo;
Que el padre de la luz el viento inflama,
Marchita flor y rama,
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luégo gozoso
El otoño ostentando sus racimos:
El huerto delicioso
Rinde frutos opimos
A Priapo y Pomona,
De pámpanos hermosos se corona
La Bacante gallarda, corre y canta,
El tirso revolviendo,
Los cabellos al aire desparciendo,
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ay! En pos sañudo
Con faz marchita y con rugosa frente,
Llega el invierno crudo
En los brazos del ábrego rugiente,
Que de sus pardas alas
Granizo aterrador sacude al suelo.
El prado abruma de erizado hielo,
El monte oculta entre tronantes nubes
La cumbre helada que luciente brilla.
Desnudo de su pompa el bosque umbroso
Se encorva al peso de la intensa nieve;
Y el Bétis orgulloso

Rompe altanero por su corva orilla
Emulo de Neptuno proceloso,
Y soberbio se atreve
A las nobles almenas de Sevilla;
Y ganados, y chozas, y pastores,
Y antiguos puentes, y robustos pinos,
Barcas y pescadores
Arrastra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes
De la lozana hermosa primavera?
¿Qué las espigas del fecundo estío?
¿Qué de otoño las frutas abundantes?
¿Es esta ¡oh Dios! es esta la pradera
Que tan risueña estuvo? ¿Es este el rio,
Que afable vi jugar en sus orillas
Con güaldas y moradas florecillas?

Sí, Dalmiro, estos son: así girando
Los dias sin cesar lo mudan todo,
Y van las estaciones alternando.
Pero ¿qué importa que en vejez la tierra
Llore su brillo y su verdor deshecho
Por las lluvias, y hielos, y huracanes,
Que con tanto rigor le mueven guerra?
Pronto se amansarán, y satisfecho
De su furia el invierno,
Renacerá la hermosa primavera,
Y tornarán los deliciosos dias,
Y brillará apacible el claro cielo,
Y cobrará su juventud primera
Regocijado el suelo:
Que eternas nunca son las nieves frias.

No así las estaciones presurosas
De la vida infeliz de los humanos,
Por más que los halague la fortuna,
Se renuevan tambien. ¡Ay! prestas huyen
Para nunca tornar! Las deliciosas
Risas, y dulces juegos de la cuna
Vuelan fugaces sin volver: las gracias
De la primera edad desparecen;
El entusiasmo, el fuego que engrandecen
La juventud lozana,
Se disipan cual sombra á la mañana,
Y nunca tornan á brillar. ¡Ay! nunca.
Las dulces ilusiones,
Que encantan los sensibles corazones,
Y un mar inmenso de delicia ofrecen,
¡Cielos! tambien perecen
De la vejez al ceño rigoroso,
Que con brazo de hielo
Los encantos que hicieron delicioso
A nuestra vista el existir deshace:
Y rasga el grato velo,
Y horrenda se complace
En mostrarnos de espinas erizado
El mundo, y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio, oh cruda suerte,
Que media entre las risas placenteras
De la cuna inocente, y los horrores
De la torva vejez! Dalmiro, advierte
Cuál las horas deslízanse ligeras,
Llevando en pos de nuestra edad las flores.
Apénas ¡ay! la primavera hermosa
De alegre juventud gozar me es dado,
Y ya de mí se aleja presurosa...
Detente por piedad.... ¡Ah!... no me atiende
Y huye, y léjos de mí su vuelo tiende,
Y se apresuran á correr los dias,
Y van con ellos las delicias mias. 1819.

A OLIMPIA

Arde el fogoso oriente
En púrpura bañado
Con la encendida luz del nuevo dia,
Y la aurora esplendente
Sale del mar sagrado
Ostentando su encanto y gallardía;
La crencha de ambrosía
Celestial empapada
Desparce al viento vago,
Vuela al risueño halago
De Favonio su veste engalanada:
Y te mira envidiosa,
Que eres tú más lozana y más hermosa.

En tu frente serena
Nace y cándida brilla
La dulce y pura luz de la mañana:
La nieve y la azucena
Esmaltan tu mejilla,
Templando el fuego de la tiria grana.
Tu boca soberana
Vence á la blanda rosa,
Que abre el preciado seno
De frescas perlas lleno,
Y de suave fragancia deliciosa:
Y si Febo aparece
La lumbre de tus ojos lo oscurece.

Y la celeste llama,
Por cuyo robo gime
El aherrojado Prometeo, ¿dónde
Más luciente se inflama
Que en esa alma sublime,
Tanto que á tu belleza corresponde?
¿Qué á tu ingenio se esconde
Del piélago profundo
Del gran saber humano?
Regir tu hermosa mano
Debiera el cetro del extenso mundo,
Encantador portento
De gracia y de beldad y entendimiento.

¡Oh si grato el destino
Pulsar me concediera
De Terpandro la cítara sonora,
Y aquel estro divino
En mi pecho encendiera,
Que aventaja á la lumbre de la aurora!
Mi voz encantadora
El orbe llenaria,
Tal vez sobrepujando
A la que resonando
En los labios de Píndaro algun dia
De Grecia en las ciudades,
Aún dura combatiendo las edades.

Entónces, sólo entónces
De entonar me juzgara
Digno tu nombre, que rendido adoro.
Y eterno cual los bronces
Mi acento resonara,
Cantando de tus gracias el tesoro.
Y el sacrosanto coro
De la Eliconia cumbre
Se humillara á mi canto,
Y se escuchara en cuanto
Regocija del sol la viva lumbre:
Y desde los triones
Al sur se difundieran mis canciones.

Mas ¡ah! que al contemplarte
Engrandecerme siento,
Y el fuego que en mi pecho amor enciende
Me anima ya á nombrarte,
Y á tu nombre mi acento
Por el espacio fúlgido se extiende.
Ya mis ojos no ofende
Del sol la lumbre pura,
Y los vientos me llevan
Entre celajes á la inmensa altura,
Do mi lira brillando
De Iperion la luz está ofuscando.

Y á tu encanto divino
Giro el espacio leve,
Esparciendo tu gloria al ancho mundo.
El enhiesto Apenino,
Señor de eterna nieve,
Resuena ya á mi voz. El mar profundo
Tu nombre sin segundo
Hervoroso repite.
Erídano sonando,
Y tu beldad cantando,
Deslizaráse al seno de Anfitrite:
Y el Tíber tus loores
Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo
Tan alto me sublima,
Ilustre y hermosísima señora,
Que el rutilante Apolo
En la parnásea cima
Celoso escucha ya mi voz sonora;
Pues de la destructora
Segur del tiempo airado
Por tí libre se mira
Mi humilde y ruda lira,
Ceñida en torno de laurel sagrado;
Sólo se escuche en ella
Tu nombre y mi pasion, Olimpia bella.


1820



A LAS SIEMPREVIVAS

Salve, divinas flores,
Que ornais la más gallarda y linda frente,
Que el sol mira en su curso dilatado:
Salve, y gratas oid vuestros loores,
Que hoy esparce mi labio al puro ambiente.
Así jamás airado
Con vosotras el dueño idolatrado,
Que os escogió para su adorno bello,
Os separe del nítido cabello,
Do brillais gloriosas
Con pompa vuestra y con envidia mia,
Perpétuas venturosas,
Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante
Os puede ver sin anhelar ¡oh flores!
Que á vuestra duracion sea semejante
La de sus placidísimos amores?
Sí, hermosas siemprevivas,
No sujetas del tiempo á los rigores
Ni al vuelo de las horas fugitivas.

Apacibles, serenas
Ostentais la beldad que os dió natura,
A la par de la rosa fresca y pura,
De lirios y fragantes azucenas,
Y del clavel ardiente,
Emulo de la llama refulgente,
Y de las otras flores variadas,
Que esmaltan los verjeles y enramadas;
Y tal vez todas con desden os miran,
Porque os negara Flora
El brillo y los balsámicos olores
De sus graciosas alas,
Y las risueñas galas,
Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ah qué necio orgullo y ufanía!
Comparen su beldad fugaz y leve
Con vuestra eternidad; un plazo breve,
El del más corto y pasajero dia,
Ve nacer y morir á las más de ellas;
Y las que acaso porque no tan bellas
Ni encantadoras son, tienen del cielo
Más larga vida y dilatado vuelo,
O del cierzo helador al silbo horrendo,
U al granizo tremendo
Y á las nieves esquivas,
Y á la aspereza del diciembre frio,
O á los áridos soplos del estío
Mueren al fin.—¿Y cuál, oh siemprevivas,
Por más amada que de Flora sea
Y más aroma y resplandor posea,
Conserva su matiz puro y lozano,
Si de su débil tallo el rudo viento
La separa violento,
O alguna dura y despiadada mano?
Sólo en vosotras tal poder se encierra
¡Oh predilectas hijas de la tierra!

Naceis y no morís... ¡Ah! Mi ventura
Será eterna cual vos?—Vosotras sólo
Naceis y no morís. Por esto acaso
Mi Olimpia idolatrada
Para adornar su espléndida hermosura,
Que no se admira igual de polo á polo,
Os prefirió advertida;
Y os concedió su frente delicada
En guirnalda lucida
Placenteras ceñir; y os dió á su seno
De viva lumbre y de ternura lleno,
Donde os miro dichosas
Envidiables latir y arder. Decidme,
Decidme... ¿Mi ventura
Es tal, que sois emblema glorïoso,
Emblema que mis dichas asegura,
De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor... Cual vos eterno
Jamás se apagará?... Divinas flores,
Flores encantadoras,
¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,
Y no marchite el tiempo los amores,
Que son del alma mia,
El afan, el encanto y la alegría.

Madrid, 1820.



A OLIMPIA

Olimpia, ¿dónde estás?... En vano, en vano
Mis ojos llenos de abundante lloro
Ansiosos en buscarte se fatigan,
Que no te ven. Mi labio balbuciente
Con alto acento sin cesar te nombra,
Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,
Y de un secreto impulso arrebatado,
Llego tal vez al sitio en que descuella
Tu soberbia mansion, y á las paredes,
Que tu ternura y mis delicias vieron,
Les pregunto por tí. Recorro en torno
Su recinto exterior, y al ver cerradas
Las altas puertas por do tantas veces
Entré ardiendo en amor, con pié turbado
A adorar tu beldad esclarecida;
Y al notar el silencio pavoroso
Que dentro reina, y al mirar las losas
De do arrancando la sonante rueda
Te alejó á mi cariño; el crudo llanto
Mi faz inunda y mi angustiado pecho.
Y mis trémulos miembros desfallecen,
Hielo mortal discurre por mis venas,
Y giro en derredor la vista, y solo
Me encuentro en ciega y espantosa noche,
Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio
Del numeroso pueblo, que estas calles
Y plazas llena, y afanoso ocupa
Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo
Al ausente amador? Silencio mudo
Que ni hiere su triste fantasía,
Ni despertarle logra del letargo
En que se encuentra el triste sumergido.
¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbre
No gozo de tu vista encantadora?
¡Cómo agradable su esplendor divino
Era á mi corazon, cuando anhelaba
Que ardiera en el zenít, para dichoso
Á tus plantas volar, mi amor pintarte,
Disfrutar tus caricias deliciosas,
Y ora á tu lado en las frondosas selvas
Ardoroso vagar, ó los liceos
Contigo recorrer, ó bien cobarde
Examinar tu espléndida belleza,
Y cual vive esculpida aquí en mi pecho,
Al lienzo trasladarla, el amor mismo
Grato mi mente y mi pincel guiando!
¡Ay! á tu lado, en tu presencia hermosa,
Escuchando tu acento donde brilla
La gracia y discrecion, ¡cuán dulcemente
Se deslizaban horas apacibles
De gozo y de placer! Risueñas horas,
¿Dónde os podré encontrar?... ¿Y dónde ¡oh cielos!
Aquel sabroso y celestial encanto,
Que por todas mis venas discurria
Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce
Palpitar de mi pecho, y de mi labio
La timidez cuando turbado, ardiente,
Te adoro, en voz sumisa pronunciaba?...
¿Dónde los juegos, dónde los halagos?
¿Dó las riñas de amor, que pasajeras
Como las nubes del sediento estío,
Daban doble valor á las delicias,
Que en pos mi dicha sin igual colmaban?
¡Oh momentos de encanto y de ventura!
¿Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,
Momentos deliciosos, ¿acompaña
Vuestra memoria, por mi bien, á Olimpia;
Y en tanto que en ligero y raudo curso
El campo corre, los collados pasa,
Cruza los rios y de mí se aleja,

Vuestra memoria y la memoria mia
Llenan su corazon, su pecho ocupan,
Y atrás le hacen volver los ojos bellos
Turbios de llanto, y anhelar que un poco
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! Aún sonando
En mi abatida mente está el gemido
Que al viento dió mi Olimpia al despedirse
De mis amantes brazos... Blanca luna,
Tú nos viste, tú sola compasiva
En trance tan cruel, y en lloro amargo
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.
Tú escuchastes su amor y sus palabras,
Y tú sus ardorosos juramentos;
Y su divino labio nunca supo
Engañar, ni fingir. Sí, tú nos viste
Separarnos ¡oh Dios!... A pocas horas
El destino feroz embravecido
Me arrebató á mi Olimpia, y en pos de ella
Todo mi bien y la ventura mia.
Y en mi confuso y abismado seno
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,
Do la primera vez la viva lumbre
De sus ojos gocé: si visteis gratas
Nacer esta pasion pura y eterna
En que me abraso mísero; si afables
Visteis mi ardiente amor recompensado,
Y á mí felice, de mi hermoso dueño
Al lado encantador, de lindas flores
La frente orlada, y de festivo gozo
Y de dulces placeres rodeado;
Vedme ahora solo, y demudado y yerto
Cual solitaria tórtola vïuda,
Que en lo repuesto de la oscura selva
Llora su bien perdido, y mustia y sola
En la alta rama donde fué su dicha,
Su arrullo esparce y su gemido al viento,
Al débil rayo de menguante luna.
Ved trocados los plácidos cantares,
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores
Llorando ausente de mi Olimpia amada;
E invocar congojoso y despechado,
El agudo cuchillo de la muerte.

Mas ¿qué pronuncio? ¡Olimpia! ¿Dó me arrastra
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo
Acortar de mi vida la carrera,
De una vida que tengo consagrada
Solo á tu eterno amor: ¡ah! de una vida
Tuya, sí, toda tuya?... ¿Qué es la ausencia
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,
Cuando del dulce bien que el alma adora
Vive en el corazon la hermosa imágen,
Y á esperanzas dulcísimas se entrega
El constante amador? La áspera frente
Alza en medio del mar el firme escollo:
Giran en derredor de su agria cima
Las borrascosas apiñadas nubes
Con horrísonos truenos retumbando,
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias
Y el rayo abrasador: á combatirlo
Viene bramando el huracan sañudo,
Miéntras hinchadas las rugientes olas
Embisten sus hondísimos cimientos:
Y él inmutable y fuerte no vacila,
Y permanece firme, levantando
Hasta los cielos la desnuda cumbre,
Y un siglo y otro siglo lo contempla
Triunfador de las furias de Océano,
Y de las sonorosas tempestades.
Tal mi pasion será; tal la firmeza
De mi constante enamorado pecho,
Formado sólo para amar á Olimpia.

En vano el tiempo, en vano la distancia,
En vano los rigores de fortuna
Mi amor combatirán: arderá eterno,
Triunfando de la ausencia y del olvido.
Sí, separado de mi Olimpia amada
Invariable la amaré. Si al verme
Léjos de su beldad lloro, mi llanto
Me será de placer y de consuelo.
Suspiraré, y el viento vagaroso
Le llevará en sus alas mis suspiros.
Y por magia de amor, por misteriosa
Oculta simpatía á un mismo tiempo
Tal vez nuestros amantes corazones
Palpitarán: un pensamiento mismo
Llenará nuestras mentes: un anhelo
Arderá en nuestras almas, y los nudos
Con que amor nos unió, ni el cielo santo
Con todo su poder podrá romperlos.
Así entre ardientes ilusiones gratas
Y entre recuerdos, pasarán las horas
De esta separacion; y en pos el dia,
El dia ansiado brillará, en que afable
El destino á mi Olimpia me devuelva.
En sus ardientes deliciosos brazos
Lograré el premio á la constancia mia,
Tornaré á ser feliz... ¡Dulce esperanza!
¡Esperanza que inunda el pecho mio

De encanto celestial!... Serás cumplida;
Mi Olimpia lo juró. Girad ¡oh cielos!
Girad apresurados, y traedme
Tan grato porvenir. Y tú entretanto
Quédate á Dios, oh cítara, que ufana
Cantaste mis dulcísimos amores,
Dando solaz á selvas y jardines
Y agradando feliz al bien que adoro.
Quédate á Dios pendiente de este lauro,
Que no oso ausente requerir tus cuerdas.
Quédate á Dios, y si amoroso viento
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada
Blandamente repite. Y nadie osado
Con mano impura á profanarte llegue.
Que cuando vengan los risueños dias
En que torne mi bien á esta ribera,
Otra vez grata me darás tus sones,
Para cantar felice y envidiable,
Su constancia, y su amor, y mi ventura.

1820.

A LA ADELFA

¿Qué flor de cuantas pinta,
La primavera hermosa,
Y en sus jardines placentera ofrece,
Competir puede con la amable tinta,
Que en tu sencillo cerco resplandece,
Adelfa congojosa,
Pompa y adorno del ardiente estío?

Ostente en vano la risueña rosa
El juvenil matiz, cuando el rocío
Plácido borda su lozana frente;
El fragante clavel ostente en vano,
Orgulloso y ufano,
La viva llama que su tez colora;
Tu dulce y melancólica ternura
Más vale que la espléndida hermosura,
Que á la rosa y clavel concede Flora.

Pues si al brillar en plácida alegría
Inspiran sus colores
Encanto delicioso;
Tú, ¡oh reina de las flores!
Que adornan el verano,
Honda melancolía,
Gérmen del sentimiento y la poesía,
Das al que te contempla cuidadoso.
Rosa y clavel con presuroso vuelo
Nacen apénas cuando ven su muerte,
Y larga vida á tí te dió la suerte,
Por emblema tal vez del desconsuelo.

A tí te es dado hácia el sublime cielo
Alzar la noble frente coronada,
Del álamo pomposo
Emula, que en la orilla fortunada
Del gran Guadalquivir crece: tus hojas
Imitan las del lauro generoso,
Y á los rayos del sol no te acongojas,
Como le aviene al vulgo de las flores;
Antes cuando su llama
Por los tostados campos se derrama,
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras suave aliento,
Ni bañas con aroma delicioso
Su espacio vagaroso,
Eres gloria perpétua y ornamento
Del suelo afortunado que engalanas;
Y ni á las nieves canas
Del invierno rugoso y aterido,
Ni del cierzo al bramido
El verdor de tus ramas se marchita,
Ni tu tronco despojas
De lisos tallos y de verdes hojas.

¡Oh bella flor, amable, delicada,
Que suspendes mi mente y la enajenas
Cuando vagando incierto,
Con alma atormentada
De infatigables penas,
Te encuentro solitaria en el desierto!
¡Oh linda flor, que encantas
Mi ardiente fantasía,
Cuando me llevan débiles mis plantas,
Ya al despuntar, ya al trasponer del dia,
En busca de consuelo á los jardines!
.....¡Ay!... al mirar ansioso
Las breves alas de tu cerco hermoso,
Que amor, no amor risueño y fortunado,
Sino amor desdichado,
Tiñe en lánguida púrpura apacible,
¡Cuál palpita mi seno
De amargura, de afan, de penas lleno!

Córdoba 1820.

SONETO

ANTES DE PARTIR

Ojos divinos, cuya lumbre pura
Mi pecho inflama, ilustra y esclarece,
Semblante celestial donde florece
La beldad, la inocencia y la dulzura,

Soberano conjunto y compostura,
Que más que humano angélico parece,
Lozana juventud, que resplandece,
Y orna con gracias mil tanta hermosura:

¡Ay! si en la proscripcion y acerbo llanto
Que á mí infeliz eterno me prepara
La adversa suerte embravecida tanto,

De vuestra lumbre celestial gozara,
De vuestro hechizo y delicioso encanto
¡Cómo de la fortuna me burlára!

Gibraltar, 1823.

EL DESTERRADO

¡Ay! Que surcando el mar en nave ajena
Huyo infelice de la patria mia,
Tal vez, ¡oh cruda inexorable suerte!
Para nunca volver... Aspero suena
El recio vendaval, y espira el dia.

¿Y qué? ¿á la nueva luz ya no he de verte,
Hermosa Hesperia? No: sañudo el viento
Me arrebata violento,
Y me aleja de tí. Ya no tus playas
Consolarán mis ojos, que anhelantes
Se perderán por las inmensas ondas...
Aquellas son las altas atalayas
De los Tartesios montes. No te escondas,
¡Oh sol! deten, deten tu carro de oro,
Detenlo por piedad, y no tu lumbre
Tan presto robes á la adusta cumbre
De las montañas del tostado moro.

Allí Cádiz, allí.—Salve alta cuna
De libertad, esclarecida roca
Do se estrelló la bélica fortuna
Del gran Napoleon: templo algun dia
De Pluto y de Citeres,
Emporio de riquezas y placeres,
Pompa y escudo de la patria mia:
Salve mil veces.—Pero ¡cuán mudado
Lo mira el mar que lo adoró postrado,
Y cuán mudado yo!... Solo, desierto
Descubro el ancho puerto,
El fortísimo muro derruido,
Y al vago viento ¡oh mengua! desparcido
Pabellon extranjero en sus almenas
De silencio y pobreza y luto llenas.
¡Siglo de execracion! Mas ¿son aquellos
Apacibles collados
Los campos encantados,
Que de eterno verdor Flora entapiza,
Y por do Bétis claro se desliza?...
Mis ojos no me engañan: sí, son ellos:
Guadalquivir aquel. Yo te saludo,
Y yo te adoro, ¡oh rey de Andalucía!
Tu vista templa mi destino crudo,
Tu vista embarga ¡ay Dios! el alma mia.

La excelsa, poderosa y régia frente
Ciñes de oliva y lauro: tu corriente
De Turdetania espacias en las vegas;
Doquier jardines deliciosos riegas.
Por lo mejor del mundo se dilata
Tu copioso raudal, y siempre el cielo
En tus cristales puro se retrata,
Que nunca enturbia ni entorpece el hielo.

¡Oh cuán ufano á la ancha mar te arrojas,
Tú que apacible mojas
Y reverberas en remansos puros
Los de Córdoba insigne antiguos muros!
En ellos ví del sol la luz primera,
En ellos apacible la fortuna
De oro y marfil me adormeció en la cuna.
¡Quién tan mudable entónces la creyera!
Allí, inocente niño, en tus orillas
Me viste recoger piedras pintadas,
Caracoles y hermosas florecillas:
Despues, jóven lozano, las pisadas
De ferviente bridon grabé en tu arena,
Recorriendo tus selvas encantadas.
Mayor despues, mi cítara escuchastes
Cantando hazañas, ó llorando amores,
Y tal vez de mi acento te prendastes,
Y ceñiste mi sien de hiedra y flores.

¡Ay, en tu márgen bella
Riqueza, amor, aplausos á porfía
Gocé, cuando mi estrella
Su adverso influjo pérfida escondia!
Claro Guadalquivir: tú que me viste
Anegado en placeres, ahora (advierte
Lo instable de la suerte)
Mírame pobre, desgraciado, triste,
Errante, peregrino,
Surcar el Ponto huyendo sin destino.

Tal vez en tu ribera
Aún habrá quien lamente mi infortunio,
Compadeciendo mi desgracia fiera.
Y acaso entre tus ondas
Puede que algunas lágrimas escondas,
Que habrá la amistad santa derramado,
Al pronunciar mi nombre desdichado.

No más, no más: mi corazon mezquino
Se desgarra en mil ásperos tormentos
Y sucumbe al dolor. Amargo llanto
Turba mis ojos... Pero ya ¿qué importa,
Si nada pueden ver? Indiferente
El sol á mi anhelar y humilde ruego,
Apagó ya su rutilante fuego
En los remotos mares de occidente...
Mas ¡ay! aún con placer hiere en mi oído
El estruendo lejano de las olas,
Que se estrellan con hórrido bramido
En las amadas costas españolas.

¡Oh patria! ¡Ingrata patria!... tú me arrojas
Con furor espantoso de tu seno,
Premiando así mi amor. Yo con mi sangre
Torné las mieses de tus campos rojas,
Y salpiqué con ella tu terreno,
Tu independencia y gloria sustentando.
Yo combatí constante contra el bando
Del fanatismo bárbaro y sañudo;
Y mi labio, aunque humilde, tal vez pudo,
Tu libertad preciosa defendiendo,
Hacer temblar al despotismo horrendo.
Plegue al destino que risueño un dia
Torne á brillar en que tu oprobio veas,
Y libre y grande y venturosa seas,
Miéntras yo errante tu ignominia lloro,
Y huyendo ¡ay Dios! de tí, tu nombre adoro.

Para siempre tal vez, para siempre
Hoy te pierdo, ¡oh mi patria querida!
Y á arrastrar voy la mísera vida
En destierro espantoso y cruel.

Por piedad, por piedad, raudo viento,
De tu soplo modera la saña,
Que me aleja feroz de mi España,
Impeliendo el velero bajel.

Calma, pues, por lo ménos piadoso
Miéntras tienda la noche su velo,
Hasta que ardan las nubes del cielo
Con los rayos del próximo sol.

Pueda entónces tornar anheloso,
Aunque sea en confuso horizonte,
A mirar de mi patria algun monte,
Aún á ver el terreno español.

Mas no: redobla tu furor violento,
Y de esas playas de terror y espanto
Aléjame piadoso, raudo viento.
No las torne yo á ver. Ni sobre ellas
Vuelva á lucir Titan. Lóbrego manto
De noche atroz envuelva eternamente

Ese suelo de horror, y no lo alumbre
Más que la opaca lumbre
De rayos y de pálidas centellas,
Que aborde negra tempestad rugiente.
No es ya mi patria, no... ¡Patria!... No existe
Donde sólo hay opresos y opresores.

¡España!... España fué... ¡recuerdo triste!
Fué, cuando independiente
Tantos siglos brilló, y usos y leyes
O más ó ménos sábias la rigieron;
Y á su temida frente
Coronas de laurel siempre añadieron
Sus fuertes hijos y sus nobles reyes.
Mas ya ¡oh baldon! cuanta virtud y gloria
Albergaba en su seno
Huyó, despareció; queda el terreno
De tiranos poblado y de invasores,
Y de esclavos indignos de memoria,
Que el yugo vil merecen,
Y el rigor y la afrenta que padecen.

¿Quedan aún buenos?... Vedlos fugitivos
Por yermos y por ásperas montañas,
No hallar ni en las cabañas
Asilo, humanidad. Vedlos gimiendo
En bárbaras cadenas,
O entre espantosas penas
En infame patíbulo muriendo,
Sin que nadie reclame la venganza.
¡Oh vil degradacion!... No hay esperanza,
Reparacion no hay ya. No: el despotismo
Su huella destructora ufano imprime
Desde Calpe hasta el agrio Pirineo,
Y hunde el nombre español en el abismo:
Y es de los fieros déspotas recreo
Ver cual la humanidad desmaya y gime.

Vivan, gócense pues: su trono asienten
En medio de los hombres degradados,
Que viles los aplauden y consienten,
Y su furor redoblen los malvados.
Redóblenlo, y los Galos invasores
Hagan de los traidores,
Que sus falanges pérfidas llamaron,
Infames siervos..........
Multiplíquense horrores y delitos
En ese suelo de terror y espanto,
Y del cielo malditos
Sus habitantes todos,
Infamia eterna, degradado llanto,
Pobreza vil y deshonrosa muerte
Su eterna sea, su inmutable suerte.

El Austro abrasador sople ardoroso,
Yermando las campiñas y llanuras,
Y sus cosechas destruyendo opimas,
Del hambre y de la peste asoladoras
Seguido por doquier. Brame furioso
El huracan en las enhiestas cimas,
Y arrastre antiguas selvas y espesuras,
Y hasta los brutos que en sus senos pacen,
Y el Bétis, y el Ibero, y cuantos nacen
De claras fuentes y la España riegan,
Y su suelo infelice fecundizan
Y de flores lo visten y matizan,
Rios y arroyos bienhechores, sean
En sangre convertidos. Sus raudales
Olas de sangre al mar lleven bramando,
Las márgenes tornando
Desiertos y espantosos arenales.

Tiemble la tierra horrísona gimiendo,
Y ciudades enteras en sí hunda.
Entre lóbregas nubes se confunda
La luz del sol, y en su lugar ardiendo
Cometas espantables,
La atmósfera turbando,
Estén iras celestes presagiando.
De los héroes los restos venerables
En las antiguas tumbas se estremezcan,
Y las losas hendiendo,
Colosales espectros aparezcan,
Y vuelen, maldiciendo
A sus infames nietos,
A otra mansion donde el honor impere,
Y do yazcan los sacros esqueletos,
Sin que ignominia su reposo altere.

Y las de aquellos, que virtud y gloria
Y amor de patria ilustres albergaron,
Y libertad gritaron,
Y por ella animosos combatieron,
Hasta que abandonados y vendidos,
Mártires de la patria perecieron,
De un populacho necio escarnecidos,
Y el furor de los déspotas cebando,
Sombras insignes; en la noche oscura
Crucen los campos. Y hórridos gemidos
Por las ciegas tinieblas derramando,
Clamen *sangre y venganza* en largos ecos:
Y los cóncavos huecos
Sangre y venganza horrendos resonando,
Esa mansion de esclavos amedrenten,
Y á sus tiranos turben y atormenten.

Y sople la discordia. Sus furores
Enciéndanse doquier. Guerra de muerte,
Sin fruto entre oprimidos y opresores,
Y déspotas y esclavos, arda impía.
Y nazcan nuevos crímenes y horrores,
Y delitos sin fin de dia en dia.
Hasta que horrorizada
Sus leyes interrompa
Naturaleza, se estremezca y rompa
La basa de diamante,
Do estriba de Pirene la gran sierra,
Que del golfo Tirreno al mar de Atlante
Los brazos tiende, y cual en tiempo antiguo
A la infeliz Atlántida, hunda á España
En los senos del mar con cuanto encierra,
Quedando sólo escollos y bajíos,
Do estrelle el ronco mar su hirviente saña,
Y de que huyan medrosos los navíos.

Tiranos, invasores
Y pueblos degradados
No existan: sepultados
Se miren en la mar.

Y en ella se confunda
El mísero terreno
De iniquidades lleno
De reptiles vivar.

¡Ah, qué afan delicioso alzarse siento,
Que todo el corazon enseñorea,
Y calmando un momento
Mi espantoso martirio,
Me arranca del delirio
En que pudo arrojarme mi tormento!
¿Adónde los fantasmas voladores
Que mi frente ardentísima cercaban?...
Huyen, desaparecen, se deshacen,
Y en pos llevan mis bárbaros furores,
Y objetos nuevos á mis ojos nacen.
¡Madre!... ¡Adorada madre!... ¡Dulce nombre
Que el alma me arrebata y enajena,
Y de delicias mis sentidos llena!
¡Ay! Vives, y me amas,
Y por mí, triste, en angustiada pena
Lágrimas de dolor sin fin derramas.
Hermanos ¡ay! hermanos, que yo adoro
Con todo el corazon, y á quien mi suerte
Condena atroz á interminable lloro:
Y tú, tierna beldad, que has encendido
La llama en que he de arder hasta la muerte,
Angélica divina, más hermosa
Que nace predilecta de Cupido
En el desierto purpurina rosa:
Y vosotros tambien, fieles amigos,
Dulcedumbre y consuelo de mi vida,
Objetos todos de mi amor ardiente...
¿En dónde, en dónde estais?—Pero ¿qué escucho?
Por la ferrada prora dividida
Alguna onda rugiente
Pudo tal vez al estrellarse?... Acaso
El ronco viento entre la parda lona
Y los mástiles... pudo... ¡Oh gran portento!
No es el silbar del viento,
No es el hervir del mar. Es el acento
De los objetos que mi amor implora...
No es ilusion: son ellos, corresponden
A mi anheloso afan, y me responden:
«¡Infeliz! Aquí estamos, en España,
En este suelo do la luz primera
Te fué dado gozar, y ardiendo en saña
Ahora maldices con audacia fiera.
Aquí estamos, aquí, y en las mansiones
Que te vieron nacer, y en los verjeles
Donde tus dichas fueron;
Y en ellas de consuno lamentamos,
Y con nosotros mil y mil varones,
Que del honor la senda no perdieron,
La suerte desdichada,
Que los hados crueles,
A tí y á otros mejores previnieron.
Y fervorosos votos levantamos
Por tí y por esta patria infortunada,
No delincuente, no: sí malhadada.

Aquí, en España estamos,
Do suena el dulce hablar que tú mamaste.
Do las nobles costumbres que heredaste
De tus mayores, viven,
Y nuestro culto sin cesar reciben.
En esta patria, en fin, que desconoces,
Y para quien pidieron, con extrema
Rabia, tus labios bárbaros y atroces
Al cielo vengador el anatema.»

No más... ¡Ah! por piedad, no más. ¡Oh acentos
Que fuerais mi tesoro y mi alegría,
Y en hórridos tormentos
Ahora despedazais el alma mia!!!
Basta, basta. ¡Qué horror!... ¿Mi labio pudo?...
...¿Por qué, furia infernal, emponzoñado?...

.. ¿Y no se abre la mar, la nave se hunde,
Y á mí, monstruo infeliz, traga y confunde?
¡Patria!.. ¡Patria! Perdon, ¡patria!... ¡Adorado
Nombre!... ¿Y pude un momento yo insensible
Ser á tu encanto celestial?... Mi pena
¡A qué hondo precipicio y sima horrible
Me llegó á conducir!... ¡Desventurado!
¡Patria! ¡España infeliz! ¡Amada España!
La sencillez de tus incautos hijos
No su degradacion causó tus males;
Y pérfidos traidores,
Y tiranos, y aleves extranjeros,
Que uniendo contra tí su astucia y saña
Tu libertad naciente te robaron,
Y tu nombre y tu gloria mancillaron.

Mas tiemblen; que sus triunfos pasajeros
Serán; aún no te faltan vengadores.
Y ¡ay! de los cazadores
Cuando el leon que ataron con injuria,
Ruja, y ardiendo en poderosa furia,
Rompa los fuertes nudos opresores,
Que sus miembros fortísimos ligaran,
Porque hundido en la fiebre lo encontraran.

Sí, patria, el númen que á mi labio ardiente
Da su grandeza y poderoso aliento,
Por la etérea region lleva mi mente;
A mis ojos patente
Pone tu suelo todo. No traidores
Y cobardes lo pueblan solamente,
No. Millares de buenos y esforzados
En él descubro, cuyos brazos fuertes,
Aunque á duras cadenas amarrados,
Aguzan el puñal de la venganza,
Y en honra ardiendo y fulminando muertes,
Los hierros de ignominia quebrantando,
Te limpiarán de inicuos extranjeros,
Te librarán de tus tiranos fieros,
A tus hijos espúreos castigando,
Y tu nombre y tu gloria restaurando.

Será: que en el sagrado firmamento
Lo tiene escrito el dedo omnipotente,
De luz con caractéres inmutables.
¡Decreto celestial, que el alma mia
Embarga de placer y de esperanza!...
¡Ah! De tu cumplimiento,
¿Cuándo en Oriente brillará el gran dia?
Ley sempiterna que los orbes mueve,
Haz que en espacio breve
Las esferas girando,
Traigan su ansiada luz. ¡Ah! llegue cuando
Del ardor juvenil, que espira, aún llenas
Latan con fuerza y robustez mis venas:
Y aún conserven mis brazos poderío,
Para, esgrimiendo la fulmínea espada,
El yugo de mi patria idolatrada
Ayudar á romper con noble brio.
Puedan en sangre infame de extranjeros
Y en el castigo atroz de los tiranos
Empaparse mis manos,
Y mis ojos saciarse los primeros.

¡Cuán gozoso otra vez, oh patria mia,
Por tí mi sangre verteré, gritando:
Libertad, y venganza, y proclamando
Tus nuevas glorias! y el hermoso dia
Que (cual en otro tiempo yo te viera
En San Marcial de lauro coronada),
Te admire Vidasoa en su ribera,
Volaré del riscoso Pirineo
A la cumbre de eterna nieve orlada,
Y con la sacra lira de Tirteo,
Tu triunfo cantaré, sobrepujando
La voz del huracan, á las naciones
Libertad anunciando,
Al tremendo rugir de tus leones.

Mas si la injusta embravecida suerte
O leyes inmutables del arcano
Alejan ¡ay! el suspirado dia
De la reparacion, ¡ah! venga al ménos
Antes que airada la sañuda muerte,
De su guadaña con potente mano,
Descargue el golpe en la garganta mia.
De lágrimas de amor mis ojos llenos,
¡Oh dulce España! tus campiñas vean;
Aun cuando blancos los que ahora ondean
Rizos oscuros por mi cuello y frente
De la parca inclemente
Miren alzada la cuchilla aguda,
Y abierto el lecho de la tumba muda.

Pise otra vez tu suelo, patria amada,
Libre, rico, feliz, independiente,
Y aunque para mí yermo, sin amores,
Deudos, ni amigos, sus sepulcros pueda
Visitar y regar con llanto y flores.
Y en la natal ribera,
(Tal vez ¡oh Dios! entónces, cuán mudada
A impulso de los años voladores)
Por do Guadalquivir manso camina,
A la luz silenciosa de Lucina,

Que resbala por plácidos alcores
Y en la riza corriente reverbera,
Logre yo al aura dar la vez postrera
Mis últimas canciones
Al són del arpa de marfil: oyendo
A mi labio cantar, patria, tu gloria
Los hombres que aún no son. Y maldiciendo
Con ellos la execrable atroz memoria
De tus hijos indignos y traidores,
Que ya no existirán, de los tiranos
Que ahora te ligan las robustas manos,
Y de los extranjeros invasores;
Romperé el arpa y moriré dichoso
Bajando á hallar el eternal reposo
Al lado de mis ínclitos mayores.

Bella Hesperia, patria mia,
Embriagado en la esperanza
De que has de tener venganza
Mis pesares templaré.

Llegue el suspirado dia,
Mírete yo venturosa,
Libre, triunfante y gloriosa,
Y contento moriré.

A bordo del paquete inglés Francis Freeling, *en Mayo de 1824, al salir de la bahía de Gibraltar con rumbo al O. al ponerse el sol.*

A LAS ESTRELLAS

¡Oh refulgentes astros! cuya lumbre
El manto oscuro de la noche esmalta,
Y que en los altos cercos silenciosos
Girais mudos y eternos:

Y ¡oh tú, lánguida luna! que argentada
Las tinieblas presides y los mares
Mueves á tu placer, y ahora apacible
Señoreas el cielo:

¡Ay cuántas veces, ay! para mí gratas
Vuestro esplendor sagrado ha embellecido
Dulces felices horas de mi vida
Que á no tornar volaron!

¡Cuántas veces los pálidos reflejos
De vuestros claros rostros derramados,
Húmedos resbalar por las colinas
Ví apacibles del Bétis;

Y en su puro cristal vuestra belleza
Reverberar con cándidos fulgores
Admiré al lado de mi prenda amada,
Más que vosotros bella!

Ahora al brillar en las salobres ondas
Solo y mísero, prófugo y errante,
De todo bien me contemplais desnudo,
Y á compasion os muevo.

¡Ay! ahora mismo vuestras luces claras
Que el mar repite y reverente adoro,
Se derraman tambien sobre el retiro,
Donde mi bien me llora.

Tal vez en este instante sus divinos
Ojos clava en vosotros, ¡oh lucientes
Astros! y os pide con lloroso ruego,
Que no altereis los mares.

Y el trémulo esplendor de vuestras lumbres
En las preciosas lágrimas riela,
Que esmaltan ¡ay! sus pálidas mejillas,
Y más bella la tornan.

En el mar, 1824.





EL SUEÑO DEL PROSCRIPTO

Oh sueño delicioso,
Que hace un momento tan feliz me hacias,
¿Huyes y me abandonas inclemente,
Y en el mar borrascoso
Tornas á hundirme de las ánsias mias?...
¡Ay!... Los fugaces cuadros que mi mente
Há un instante en tus brazos contemplaba,
Los juzgué realidad, y mis pesares
Y mi destino bárbaro olvidaba:
Y ¿todo fué ilusion?... vuelve halagüeño,
Vuelve, oh consolador, oh dulce sueño.

Por tu mágico influjo llevado,
Yo me he visto en mi patria adorada,
No de sangre y de llanto inundada,
No cubierta de luto y de horror;

Sino libre, triunfante, felice,
Como un tiempo que huyó presuroso,
Cual celaje risueño y hermoso,
Al soplar huracan bramador.

Encantadas riberas de Bétis,
Sacros bosques de adelfas y rosas,
Apacibles colinas graciosas,
Há un momento que en vos me encontré;

Y tranquila ilustrando ese cielo
De zafiro á la luna fulgente,
Rïelar en la riza corriente,
Resbalando por flores miré.

¡Oh consuelo de todas mis penas!
A mi lado mi Angélica estaba,
Que con voz celestial entonaba
Dulces himnos de gloria y de amor.

Y yo ufano pulsaba la lira,
A su voz y á su encanto obediente,
Y al oirnos el plácido ambiente
No agitaba ni rama ni flor.

¡Cuántas sombras de amantes dichosos,
Que otro tiempo aquel suelo habitaron,
Juzgué ver que á los dos nos cercaron
Escuchando la dulce cancion!

¡Ah! Mis penas horribles cesaban,
Y en mi vida feliz y contento
Fuí jamás, como el corto momento
De tan grata fugaz ilusion.

Pero ¡ay desventurado!
Era sueño engañoso,
Que voló presuroso,
Y ahora es mayor mi mal!

Son ilusion mis dichas,
Son realidad mis penas:
Así feroz lo ordenas,
¡Oh destino fatal!

Despierto súbito,
Y me hallo prófugo
Del suelo hispánico
Donde nací;

Donde mi Angélica
De amargas lágrimas
Su rostro pálido
Baña por mí.

Y en vez del bálsamo
Del aura plácida
Del cielo bético,
Que tanto amé;

Las nieblas hórridas
Del frio Támesis
Con pecho mísero
Respiraré.

Londres, 1824.

CRISTÓBAL COLON



Un mar desconocido ronco brama
Movibles montes indomable alzando,
En un desconocido cielo inflama
Negras tormentas huracan silbando,
Y alto renombre y vividora fama
En ignotas regiones anhelando,
Cruza aquel caos, quebrantada y sola,
Nave pequeña, sí, pero española.

Con faz serena, con robusta mano,
Y la vista clavada en occidente,
Rige el timon un genio sobrehumano,
Predilecto de Dios omnipotente;
Domador de las furias de Oceáno,
Digno caudillo de española gente,
Que, de fe y de esperanza llena el alma,
Sabe que para él sólo hay una palma.

La busca y la hallará: que el mar y el viento
Flacos estorbos son. Raya un aurora
Despejando un no visto firmamento,
Y el sol un monte azul descubre y dora.
Es América... *Sí, logré mi intento*,
Grita el piloto audaz, y en voz sonora
Exclaman cielo y tierra y mar profundo:
VIVA COLON, descubridor de un mundo.

Londres, 1824.



FLORINDA

CANTO PRIMERO

EL BANQUETE Y LA PRISION

I

Casi en mitad de la extendida España,
De Toledo saluda las almenas,
Y los peñascos do se empinan baña
Tajo, que envuelve en oro sus arenas;
Y luégo entre tomillos y espadañas,
Y por feraces márgenes amenas
Deslizándose, gira sosegado
Sobre un risueño y delicioso prado.

II

Rica verja de bronce los confines
De un anchuroso espacio en él cercaba,
Do entre bosques, estanques y jardines
Un palacio soberbio descollaba.
Sus cuadras y dorados camarines
El balconaje liberal mostraba,
Al esplendor de antorchas y blandones,
Que ardientes alumbraban los salones.

III

Era el alcázar de Florinda: habia
Una cena magnífica dispuesta,
Para pasar hasta la luz del dia
En gozo y en placer, en danza y fiesta.
En medio de un salon, que de armonía
Llenaba suave combinada orquesta,
Las regaladas mesas se encontraban,
Y exquisitos manjares presentaban.

IV

En su reedor prelados, personajes,
Caballeros, señoras, dueñas, damas,
Ostentando riquísimos ropajes,
Y acaso ardiendo en amorosas llamas;
Hidalgos, escuderos, guardias, pajes,
De oscuros nombres y dudosas famas,
Esperaban al rey, por tributarle
Obsequio, y de su amor felicitarle.

V

Que ¡oh mengua! por su mal aquella corte
No era ya digna del linaje godo;
De aquel que tuvo á la virtud por norte,
Virtud con que venciera al orbe todo;
Pues olvidada de su antiguo porte,
Dormida de los vicios en el lodo,
Cercada se verá, cuando despierte,
De un mar de sangre, cautiverio y muerte.

VI

Llega el rey con su hermosa; altos sitiales
Bajo dosel de púrpura ocuparon,
Y magnates y damas principales
Con vivas su presencia celebraron:
En oro y preciosísimos cristales
Manjares deliciosos circularon,
De mil blancas antorchas á las lumbres,
Que brillaban por muros y techumbres.

VII

Galan y enamorado era Rodrigo,
Y rey que los reparos atropella,
Queriendo al orbe todo hacer testigo
De su ventura y amorosa estrella;
Y la severidad del tiempo antigo
Con ceño mira y desdeñoso huella;
Que el que adora á una linda y alta dama,
Goza tambien en publicar su llama.

VIII

Estaban á la mesa Alfonso, Eurico,
Y Rugero, Armengol, Teudo y Favila,
Y Walia, descendiente de Alarico;
Gala, Eduvígis, Toda y Pudentila,
Y cuantos de linaje claro y rico
En su centro tener la corte estila;
Y todos al monarca celebrando,
Y á Florinda bellísima admirando.

IX

Opas tambien, hermano de Witiza,
De Toledo arzobispo, cuyo osado
Pecho ambicion indómita esclaviza,
Llegó al festin despues de comenzado;
Y aunque el semblante y el mirar suaviza,
Cauto, sagaz y á bandos avezado,
Su palidez, sus ojos y su frente
Muestran que su interior combates siente.

X

Mezclado entre la turba, que asistia
Como cortejo, escolta y aparato
De los magnates, que en la sala habia
Disfrutando el festin y el regio plato,
Un incógnito entróse, á quien cubria
Armadura completa sin ornato,
La espada en cinto y baja la visera,
Cual si un soldado de la guardia fuera.

XI

A uno de los pilares arrimado,
En que estribaba el arteson del techo,
Estaba del bullicio separado,
Con los brazos cruzados sobre el pecho;
Y como en él ninguno ha reparado,
De cuanto pasa en torno está en acecho;
A la dama y al rey atento mira,
Y se le abrasa el corazon en ira.

XII

Álzase, del monarca confidente,
El jóven Teudo, ilustre y generoso,
Que á Gala amaba; invoca de repente
La atencion del concurso numeroso;
Y un tazon de oro y piedras refulgente
De castellano néctar espumoso
Llena, y dice: «Brindemos, oh señores,
Por el rey, por Florinda y sus amores.»

XIII

Y Rodrigo el primero el labio toca
Al rico cerco, que el tazon orlara,
Y de Florinda la divina boca,
En donde la del rey, tambien tocara;
Y dando vueltas el licor se apoca
De mano en mano, hasta que al cabo pára
En las trémulas ya del viejo ilustre
Ruben, hebreo, de las ciencias lustre.

XIV

Era docto Ruben en las estrellas,
Insigne en nigromancia; y se decia,
Que lo futuro conociendo en ellas,
Venideros sucesos predecia;
Que un familiar espíritu sus huellas,
Sujeto siempre á su saber, seguia;
Que sombras evocaba, y que los puros
Astros obedecian sus conjuros.

XV

En la corte alto crédito gozaba
Por su edad grave y su profunda ciencia,
Y en el banquete silencioso estaba,
Con modesto ademan y continencia.
La barba que en el pecho le ondeaba,
Cual blanca nieve, daba á su presencia
Gravedad y decoro, y un ropaje
Ancho, negro y talar era su traje.

XVI

Apénas el tazon toma espumante,
En pié se pone pálido y temblando,
Sus ojos lanzan fuego, y palpitante
Lo arroja, la ancha mesa salpicando;
Y con voz ronca al trueno semejante,
«Oh Dios! exclama, oh Dios! qué estais brindando?
Sangre llena esta copa, sangre, y miro
Sangre doquiera que la vista giro.»

XVII

«Esta opulenta mesa se convierte
En espantable y espaciosa tumba:
El horrendo alarido de la muerte
En estas altas bóvedas retumba...
Varones, desechad el sueño inerte:
De la guerra el estruendo en torno zumba.
¡Ay! son lutos las galas y libreas,
Y estas antorchas funerales teas.»

XVIII

Callaron todos, y Rodrigo helado
Torna los ojos á Florinda bella,
Y en su faz el terror viendo pintado,
Al mágico maldice y á su estrella;
Y de mil pensamientos contrastado,
Pálido de su amada el rostro sella,
Y sus lágrimas bebe, y con los brazos
Le ciñe el cuello en ardorosos lazos.

XIX

Cuando de pronto aquel desconocido,
Que armado y encajada la visera,
Entre la muchedumbre confundido,
Apoyado al pilar permaneciera;
La brilladora espada embravecido
Empuña y saca de la vaina fuera,
Y á la mesa se lanza fulminante,
Atropellando cuanto ve delante.

XX

Una estocada furibundo tira
Contra el pecho del rey, ronco gritando:
«Teme, tirano, la celeste ira
»Que mi brazo terrible está animando.»
A un lado el cuerpo súbito retira
Rodrigo, y en la silla hirió, quedando
En su espaldar riquísimo clavada
La vengadora, fulminante espada.

XXI

Dió la bella Florinda un grito agudo,
Creyendo que su amante fuera muerto;
Levántase el monarca airado y mudo;
Tiembla Don Opas demudado y yerto.
Agítase el concurso, y al sañudo
Incógnito, con ciego desconcierto,
Se arrojan Teudo y otros personajes,
Ayudados de guardias y de pajes.

XXII

Al ver su rostro, alzada la visera,
Lanza un grito Florinda y viene al suelo,
Que hondo desmayo de ella se apodera:
Queda Rodrigo cual inmóvil hielo;
Tiembla Teudo el osado; Opas se altera;
Húndense todos en espanto y duelo;
Pues de Florinda al padre venerando,
Al conde Don Julian están mirando.

XXIII

Halla el viajero en la desierta arena,
Do imperios yacen del perdido Oriente,
Inculta soledad de escombros llena,
De rüinas que el tiempo hundió inclemente:
Tendido el roto mármol donde apena
Los rastros del cincel la edad consiente,
Columnas derribadas y arquitrabes,
Ya nido á sierpes y á nocturnas aves:

XXIV

Y destructoras hiedras y bastardos
Musgos brotar por juntas y labores,
Sus hojas escondiendo y tallos pardos
Del arte sobrehumano los primores;
Y alzarse mira solitarios cardos
Sobre ricos mosáicos de colores,
Y oye cuál llora tanto desconcierto
La voz desconsolada del desierto.

XXV

Pero en medio del campo de la muerte,
Del estrago del tiempo desastroso,
Triunfador de la edad y de la suerte,
Ve enhiesto en bronce lívido coloso,
(Que más que el mármol el metal es fuerte)
Y en él hiedras y musgo ponzoñoso
Prender no logran, ni saciar su saña
De los siglos voraces la guadaña.

XXVI

Así en la corrupcion que á España inunda,
Sólo se mira libre de su estrago
El conde Don Julian, cuya profunda
Virtud vence del vicio el torpe halago.
Llora la destruccion que le circunda,
Llórala, sin saber ¡ay! que el aciago
Dia se acerca, en que su honor le quite,
Y en crímenes sin fin le precipite.

XXVII

En vano opone su virtud sublime
Y su ejemplo á la furia de los vicios,
Que á su patria infeliz hunde y oprime,
Llevándola á espantosos precipicios;
Pues nada alcanza; despechado gime,
Y tiempos esperando más propicios,
Retirado en el Bétis entre tanto
Oculta su dolor y justo llanto.

XXVIII

Sólo anhelaba (es padre y es prudente)
A Florinda sacar, á su hija hermosa,
De Toledo infeliz, y del torrente
De vicios de la corte peligrosa;
Pues cumplió el tercer lustro, y eminente
Crece en beldad, y aunque alta y generosa
Brilla en virtud, es prenda la hermosura,
Que do escándalos hay no está segura.

XXIX

¡Y cuán leal su corazon le advierte!...
¡Padre infeliz!... pues ya la infortunada
Hora llegaba, en que enemiga suerte
Preparaba á Florinda recatada
Amor, deshonra, perdimiento y muerte;
Y para él la senda desastrada,
Por do traicion, venganzas y maldades
Van á la execracion de las edades.

XXX

En su alcázar antiguo la doncella,
Entre damas ilustres, y al cuidado
De dueña venerable, creció bella,
Separada del mundo depravado.
Allí más pura que luciente estrella,
Y con nombre de todos respetado,
Inocente, feliz, sola vivia,
Y de la corte ni áun hablar oia.

XXXI

Estaba cual la rosa del desierto,
Que nace, brilla, y su esplendor lozana
Ostenta y su fragancia al cielo abierto,
Al rojo despuntar de la mañana,
Ignorando si el mundo está cubierto
De otras rosas tambien, y si la humana
Industria en los verjeles á las flores
Cautiva, por gozar de sus olores.

XXXII

¡Cuántas veces la luna plateada,
Al asomar por cándido celaje,
Reflejando en la cumbre empizarrada
Del alcázar y altísimo almenaje,
Junto al muro sorprende disfrazada
La persona del rey, en tosco traje,
Luz lejana observando sin jüicio,
O algun vago rumor por un resquicio!

XXXIII

Y tal vez descuidada la divina
Beldad, que un rey la acecha, simple ignora,
Y pulsa con la mano alabastrina
El arpa de marfil, dulce y sonora;
Y en delicada voz (porque imagina
Que nadie ha de escucharla) encantadora
Himnos tan puros, como lo es su pecho,
Al cielo envia, al recogerse al lecho.

XXXIV

El amador, temblando, la vihuela
Melancólica y dulce requiriendo,
Que ha escuchado su acento le revela,
Amorosas endechas respondiendo;
Y como ¡simplecilla! no recela
Las redes que el amor le está tendiendo,
Que es de algun jardinero el canto entiende,
Y á la voz y á la letra incauta atiende.

XXXV

A la corte á brillar sale Florinda
Por su mal; que la cándida azucena
Vive, y vive gentil, lozana y linda
En lo repuesto de la selva amena;
Pero de allí arrancada, á que se rinda
Su alta beldad natura la condena,
Por más que brille una hora en el florero
Y la envanezca aplauso pasajero.

XXXVI

El aura del deleite suave y blando
La doncella infeliz goza, y no advierte
Que su noble virtud se va agotando,
Porque respira el aire de la muerte.
Ya el retiro apacible despreciando,
Y la pureza de su antigua suerte,
Discrecion y beldad lucir le agrada,
Y el verse en concurrencias celebrada.

XXXVII

El árbol más altivo y generoso,
Que en el bosque entre mil se alza y descuella,
Por más que se defienda desdeñoso
Del atractivo de la hiedra bella;
Cuando al abrazo aleve y engañoso,
Los que en torno lo cercan, ceden de ella,
No escapa de sus nudos, y enredado,
Cual los demás, perece sofocado.

XXXVIII

Florinda arde, ¡infeliz! noble combate
Contra el amor su virtuoso pecho;
Mas quien de combatir con amor trate,
Sólo trata de ser roto y deshecho.
Su invencible poder la fuerza abate
Que la doncella opone sin provecho;
Y por Rodrigo se le abrasa el alma,
Logrando amor la triunfadora palma.

XXXIX

¡Ay! ¡cayó al fin!... Levántase orgullosa
Antigua torre que la edad venera;
Triunfó de asaltos mil firme y gloriosa,
Y encumbra su almenaje á la alta esfera:
El suelo tiembla acaso, y poderosa,
Sobre su inmensa base persevera;
Ni de los siglos el rigor sañudo
Romper sus gruesos murallones pudo.

XL

Pero humilde tal vez nace en la sierra
Escaso arroyo, y corre y se encamina
Al pié del templo fuerte de la guerra,
De la torre que al cielo se avecina;
Y baña en derredor su seca tierra,
Y con clara corriente cristalina
La adula reflejándola, y mil flores
Produce en sus cimientos vividores.

XLI

Al mismo tiempo, mudo y alevoso,
Lentamente socava los sillares,
Que el fiero empuje de huracan sañoso
Resistieron, y esfuerzos militares;
Y de las yerbas que brotó en el foso,
Con la raíz, las piedras angulares
Penetra, y las quebranta, y al fin hunde
El torreon, y en polvo lo confunde.

XLII

—Y el padre ¡desdichado!... Pronto aviso
Le dió don Opas, con infame intento
De ponerle en tan alto compromiso,
Y hacerle de sus iras instrumento.
Corrió don Julian; voló, que quiso
El daño prevenir; pero al momento
Llegó ¡infeliz! en que Florinda es dama,
Y nada puede restaurar su fama.

XLIII

En una fuerte torre aprisionado
Se ve, como leon que en jaula estrecha
Ruge en furor ardiendo, y despechado
Terrible fuego por los ojos echa.
En ella entró, y en ella encarcelado
Quedó (visto lo poco que aprovecha
Ni sangre, ni virtud, ni valentía),
Al despuntar la luz del nuevo dia.

XLIV

«Yo lo ví, yo lo ví: ¡destino horrible!
Mi alcázar, que fué templo esclarecido
De virtud y de honor incorruptible,
En lupanar infame convertido.
Y á mi vil ofensor aborrecible,
De esa inicua mujer, que mi hija ha sido,
Entre los brazos... ¡Cielos!... ¿Y aún respira?...
¿Y yo no estoy vengado?... ¡Oh negra ira!

XLV

»Dia de maldicion eterna fuera
Aquel que padre me llamé: maldito
El instante en que ví la luz primera,
Y de mi enlace el sacrosanto rito.
¿No llega, justo cielo, hasta tu esfera
De mi dolor el clamoroso grito?...
¡Oh Dios! ¿por qué mi brazo más certero
No supo fulminar el noble acero?

XLVI

»¡Godos, godos! Salid del sueño insano;
Ved manchadas mis canas virtuosas
Por vuestro aleve y bárbaro tirano:
Temblad los que teneis hijas hermosas.
¿No me escuchais, y mi lamento en vano
Se pierde entre estas sombras pavorosas,
En donde, sin venganza, es ya mi suerte
En infamia esperar la tarda muerte?

XLVII

»No será, que en el alma aún tengo brio
Para librarme del destino horrendo.»—
Así dijo, y bañado en sudor frio,
En desesperacion y en ira ardiendo,
Los brazos tiende con intento impío
Por las ciegas tinieblas, y cogiendo
Una daga, que oculta guardar pudo,
Grita ronco, empuñándola sañudo:

XLVIII

«Pues que no supo castigar mi espada
Al mortal, que ofenderme osó el primero,
Acabe mi existencia degradada;
Durar no debe en deshonor tan fiero.
Líbrame de esta vida emponzoñada,
Rompe mi corazon, tajante acero.»—
Dice, y alzando la resuelta mano
Va á esconder en su pecho el hierro insano.

XLIX

—Sí, cuando la esperanza, del mezquino
Mortal último apoyo, atroz deserta,
Y de reparacion no hay ya camino,
Y de oprobio la vida está cubierta,
Baje el hombre al sepulcro, que el destino
A él le llama, con voz terrible y cierta.
Mas ¿quién puede perder toda esperanza
En mundo tan sujeto á la mudanza?

L

Tenerla debe el que agraviado arde,
Guardarla debe el que infeliz respira,
Y de firme constancia hacer alarde
Cuando á la suerte embravecerse mira:
Aunque es valor morir, es de cobarde
Pecho tambien, si á la venganza aspira,
Buscar la muerte, pues reposo alcanza
Sólo el que muere, pero no venganza.

LI

—Ya el despechado conde en golpe horrendo
Va á desgarrar su corazon ardiente,
Cuando de los cerrojos el estruendo
Inesperado escucha de repente,
Y que las dobles puertas van abriendo,
Y lentos pasos que se acercan, siente,
Y de lejana luz el brillo escaso,
Por los resquicios penetrando acaso.

LII

La accion suspende atónito, y «La suerte
Víctimas, dice, ofrece al brazo mio:
Vengan, y cara comprarán mi muerte.
Gracias, cielos, os doy, doblad mi brio:
Antes, agudo acero, de esconderte
En mi pecho infeliz, copioso rio
De sangre verterás de infame bando;
Y soy feliz, pues moriré matando.»

LIII

Hácia la puerta arrójase furioso
Para herir al que osare entrar delante:
El rumor de los pasos pavoroso
Se acerca con la antorcha relumbrante:
Caen las pesadas barras, el mohoso
Cerrojo tardamente rechinante
Resbala en las argollas resonando,
Las bóvedas su estruendo duplicando.

LIV

Ya se estremece la ferrada puerta,
Y sobre goznes del orin pesados,
Gimiendo ronca y tarda, queda abierta,
Y los ojos del conde deslumbrados,
Pues de lámpara escasa á luz incierta,
Cuando espera encontrar hombres armados,
Ve una hermosa mujer con blanco velo,
Que parece venir del almo cielo.

LV

Tal vez al desdichado á quien oprime
La maldad de la tierra, así piadoso
Del pesar un momento le redime
El encanto del sueño delicioso;
Y en él, en forma angélica y sublime,
Le envia el justo cielo bondadoso
Vírgen celeste, que de luz vestida,
Con purísimos goces le convida.

LVI

Mudo y absorto don Julian quedara,
Y á doblar la rodilla se previene,
Cuando el velo cayendo de la cara
De la beldad que á consolarlo viene,
Ve á los reflejos de la antorcha clara,
Que pálida y temblando ante sí tiene
A Florinda infeliz, á su hija hermosa,
Que ni labio ni planta mover osa.

LVII

Reconócela el conde desdichado,
Y lanza un ronco horrísono alarido,
Que conmoviera el torreon alzado,
Por los lúgubres ecos repetido;
Y con el brazo inexorable armado
Del hierro matador, enfurecido
Hácia Florinda bárbaro se lanza
Ciego, á empezar en ella su venganza.

LVIII

Pero ¡ay! al descargar el golpe fiero,
Pierde su furia la indignada mano,
Y desmayada suelta el crudo acero,
Que es padre al fin el irritado anciano;
Y dando otro alarido lastimero
La espalda y rostro vuelve, y al cercano
Muro lo aplica y de la luz lo oculta,
Y en horrendo silencio se sepulta.

LIX

Florinda no respira, y fria y yerta
Su planta vacilar mísera siente,
En el umbral se apoya de la puerta,
Y en ella inclina la marchita frente;
Cuando el padre, cual suele el que despierta
De horrendo sueño, dice de repente
Con ronca y honda voz, y acento oscuro,
Y sin el rostro despegar del muro:

LX

«Complácete, malvada; tu obra mira,
Si es que á gozarte en mi deshonra vienes.
Aquí al que quiso la celeste ira
Que te engendrara, para afrenta tienes.
Mas porque con la infamia que respira
Tu corrompido pecho, no envenenes
Esta mansion de honor, huye al momento,
Pues para herirte me faltó el aliento.»—

LXI

«Señor, que de otro modo ¡ay Dios! no osa
Esta infeliz llamaros, con turbada
Voz le dice Florinda temerosa,
A salvar vuestra vida idolatrada,
A daros libertad vine anhelosa.»—
«Devuélveme mi honor, infortunada,
Que vida y libertad sin él no quiero,»
Interrúmpela airado el padre fiero.

LXII

«Señor, la jóven sollozando exclama,
Si es que puede mi sangre, sangre impura,
Vertida restaurar mi nombre y fama,
Este pecho rasgad con mano dura,
Matad á esta infelice que os infama;
Herid, herid, señor; mas de esta oscura
Prision salid, salvad ¡ay! vuestra vida,
Con mi muerte en su honor restablecida.»

LXIII

Así diciendo se derriba al suelo,
Las trémulas rodillas abrazando
Del padre, hundida en crudo desconsuelo,
Y un torrente de lloro derramando.
Mísero el padre, convertido en hielo
Se alza del muro, mírala, y temblando
Ya va á echarle los brazos; mas le agita
De repente el furor que su alma irrita.

LXIV

A la infeliz Florinda de sí arroja,
Y en tierra la confunde con fiereza.
Ella los piés paternos besa y moja,
En ellos inclinando la cabeza.
El padre... es padre al fin... Tanta congoja
Templa ya de sus iras la braveza;
Gime en el interior de su hondo pecho,
En contraste tan áspero deshecho.

LXV

Ya más no pudo el desdichado conde,
No pudo más; y con entrambas manos
En su rostro las lágrimas esconde,
Y todos sus esfuerzos ¡ah! son vanos;
Que el corazon más duro al fin responde
De natura á los ecos soberanos,
Y de lo mismo que ejecuta ajeno,
A su hija estrecha en su abismado seno.

LXVI

Y, «sí, dice, sí, aún puedes, hija mia,
Lavar tu honor, mi bendicion ganarte,
Enmendar el baldon á que á la impía
Suerte plugo indignada condenarte;
Y de tu madre .. ¡oh Dios!... la sombra fria,
Que miro cuál te sigue á toda parte,
Pronta, ¡qué horror! á maldecirte airada,
Tener reposo y paz, verse aplacada.

LXVII

»Álzate, jura por el cielo santo,
Jura ante el Dios terrible y justiciero,
Ejecutar al punto, al punto, cuanto
De tí exigir por desagravio quiero:
¿Lo juras?...» — Y Florinda en mudo espanto
Tiembla, y en lloro amargo y lastimero
Se deshace. Y «¿lo juras, infelice?
¿Lo juras?» otra vez el padre dice.

LXVIII

Entónces ella, lánguida, marchita,
Con débil y honda voz, «padre, lo juro,»
Prorumpe; y tal horror su pecho agita,
Que viene á dar de espaldas contra el muro.
Sin verlo don Julian, se precipita
Sobre la daga, que en el suelo duro
Yace á sus piés, la coge, y de esta suerte
Ronco prosigue y respirando muerte:

LXIX

«Cumple, hija de mi amor, tu juramento:
Toma esta aguda y vengadora daga,
Y tu brazo con ella en el momento
Del vil Rodrigo el corazon deshaga.
Vuela, y cuando tornares, y sangriento
Muestre que á tu ofensor dió justa paga;
Por tu esfuerzo traerás restituida
Honra á tu padre, y libertad, y vida.»

LXX

No las celestes bóvedas rompiendo,
Con repentino trueno resonante,
Rayo trisulco y vengador, cayendo
A los piés de la dama palpitante,
Su corazon hundiera en tan tremendo
Espanto, como el nombre de su amante
Del padre en boca, y el mandato horrible,
Y el juramento bárbaro y terrible.

LXXI

Y trémula, y bañada en sudor frio,
Y cárdeno el semblante, y erizados
Los cabellos, y en fuego hondo y sombrío
Reluciendo los ojos espantados,
Ni ve, ni habla, ni escucha. El conde impío
Mírala, y sus furores renovados,
La ase del brazo, y con feroz acento,
«¿Faltas, dice, infeliz, al juramento?...

LXXII

»¿Mi honor y el tuyo á restaurar te niegas?...
¿Te gozarás en mi suplicio infame?...
O la suya, ó mi muerte: no hay más treguas:
O mi sangre, ó la suya se derrame.»
Y Florinda, «¿A qué Furias ¡ah! me entregas?
Dice, ¡oh padre!... si padre es bien te llame.
¡Qué horror!... ¿yo asesinar á mi Rodrigo?»
«¡Tuyo!!! el padre gritó, yo te maldigo.»

LXXIII

Mortal desmayo á tan terrible acento
A la dama infeliz sobrecogiera:
Vela caer el padre, y al momento
Revuelve contra sí la daga fiera:
Cuando llega Don Opas sin aliento.
De su sañudo brazo se apodera,
Y, «salvaos, exclama, de la muerte,
Venid, oh conde, aprovechad la suerte.»

LXXIV

Empero el arzobispo, que no habia
En el tendido bulto reparado,
Míralo, y pierde toda su osadía,
De que aquella es Florinda cerciorado.
Y, «¿A dó, padre infeliz, tu saña impía
Te condujo?» prorumpe horrorizado.
Y gime Don Julian, y dice fiero:
«Mi maldicion ha sido, no mi acero.»





CANTO II

LOS PRESAGIOS

I

Con un potro, un arnés y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre hácia el claro Bétis va ligero,
De intentos de venganza acompañado:
Que el pensamiento siempre lisonjero,
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festin su arrojo infortunado,
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (¡oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
¡Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio rie y necio se divierte
Con los vicios de aquel que lo gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro!

IV

Del Bétis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa;
Pero una y otra luz pasa ligera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V

¿Qué es esto?... ¿dónde están?... ¡desventurado!
Hé aquí los hombres, Don Julian: advierte
Cuál los que te cercaban fortunado,
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
Favor, gloria, poder te roba el hado;
No hay ya de tí esperar, no hay ya temerte;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna, y no de tí lo fueron.

VI

Aunque el desaire advierte, su venganza
Le inspira disimulo: con presteza
Convoca, aún alentado de esperanza,
De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
Mas pronto en tierra ve su confianza;
Cobarde abatimiento, vil bajeza,
Degradacion, infamia, vicios, dolo,
Esclavos sin pudor hallando sólo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
Ya espantoso volcan, rabia respira;
Y temblando de horror y de despecho,
Así ronco exclamó y ardiendo en ira:
«¡Patria infeliz!... tus hijos ¿qué se han hecho?...
¿Dó están?... ¿dó están?... son estos que aquí mira
Mi indignacion, esclavos de Rodrigo?...
Si estos tus hijos son, yo te maldigo.»

VIII

Al atroz frenesí que su alma irrita,
Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
En caballo veloz salta, y le agita,
Y los ijares con furor le aqueja,
Y en busca de la mar se precipita;
Pues su rencor ardiente le aconseja
De Hesperia huir, para buscar el modo
De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX

Llega al último término de España,
A las costas que el mar sañudo azota,
Y en las arenas que hervoroso baña,
El potro deja, que cansado trota,
Tiende la vista á la húmeda campaña,
Y una pequeña barca, no remota
Amarrada descubre en la ribera,
Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento
En nubes oscurísimas bramaba;
El mar con sordo són y movimiento
Espantosa borrasca presagiaba;
Mas no desiste el conde de su intento,
Y arrojarse á las ondas sólo ansiaba;
Tanto le era la patria aborrecible:
¡Ay del que llega á estado tan terrible!

XI

Era el batel de humildes pescadores,
Que en un chozo inmediato se acogian,
Cuando del mar horrendo los furores
El sustento buscar les impedian.
De la hoguera los rojos resplandores,
A que las pobres redes recorrian,
Llamaron la atencion del conde fiero,
Y al albergue infeliz marchó ligero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto temblaron pavoroso;
Y mándales audaz, que apresurados
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunque está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena.
Era horrenda la noche, contrastada
Del hervoroso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, «¡ay, señor, que nos perdemos!»
Dícele con pavor la pobre gente;
Y otra vez Don Julian, haciendo extremos,
«Al mar, al mar,» les grita broncamente.
Izan la entena, pues, mueven los remos,
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el conde
Huye de España sin saber á dónde.

XV

¿Y Florinda? ¿y Rodrigo?... ¡infortunados!
Ámanse cual jamás por desventura;
Abismo son sus pechos desdichados,
Volcan sus almas, su pasion locura;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracan y de la mar hinchada.

XVI

Sienten inexorable á toda hora,
Que sus entrañas míseras aprieta
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta:
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado;
Su horrendo afan, su estado desastroso
Y las desdichas que aún le guarda el hado,
Consultar con Ruben ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII

Desparecido de la corte habia
Desde el festin infausto el docto anciano,
Y que escondido estaba, se decia,
Consultando los libros del arcano,
En un antiguo alcázar, que existia
De luengos siglos en mitad de un llano
Inmediato á los muros de Toledo,
Inspirando su mole pasmo y miedo.

XIX

Era pública fama, que encantado
De asombros y prodigios lleno estaba;
Del curso de los tiempos injuriado,
Horrible aspecto aterrador mostraba;
De zarzales y arenas rodeado,
Nadie acercarse á su contorno osaba;
De él huian ganados y vaqueros,
Y tornaban la faz los pasajeros.

XX

Contábase que acaso en la sombrosa
Noche salian de él largos gemidos,
Y de horrenda batalla desastrosa
El rumor de las armas y alaridos.
Y que si con la niebla tenebrosa
Iban por desventura hácia él perdidos
Viajeros ó pastores, no volvian,
Y en sempiterno olvido se escondian.

XXI

Confusa tradicion el ignorante
Vulgo guardaba de que aquella fuera
Mansion de antiguo sabio nigromante,
Donde grandes tesoros escondiera.
Otros aseguraban ser constante,
Que tal encanto en el palacio hubiera,
Que el que pudiera deshacerlo un dia,
Nombre, aunque infausto, eterno lograria.

XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo;
Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
Arde de consultarle en el deseo,
Y ya los campos inmediatos huella.
La blanca luna el resplandor febeo,
Húmeda y silenciosa, sola y bella,
Derramaba apacible en la llanura,
Reinando de los cielos en la altura.

XXIII

Su luz resbala por el pardo muro
Del inmenso edificio pavoroso,
Que en parte viste hiedra y musgo oscuro,
Que en parte desconchado está y ruinoso.
Almenas le ha robado el tiempo duro,
En donde grita el cárabo medroso,
Y leve niebla ciñe blanquecina
La atalaya, que altísima domina.

XXIV

Alza los ojos y la faz turbada
Mudo el monarca, y la alta mole mira,
Y queda yerto, y con el alma helada,
Y su pecho oprimido no respira.
No osa mover la planta, que asustada
Sólo á retroceder temblando aspira;
Mas prosigue, que el punto era llegado
Por el cielo inmutable decretado.

XXV

Penetra los espesos matorrales,
Que en torno borran el camino y foso:
El puente, que há mil años las mortales
Plantas no osan pasar, huella medroso.
Los maderos podridos y puntales,
Con su peso cimbrando, rechinoso
Ruido forman: llega á la ancha puerta,
Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba,
Mas de súbito espanto poseido,
La suelta, y hácia atrás se retiraba,
Una vez y otra vez despavorido.
Al fin (que su destino lo arrastraba)
Da un golpe á su pesar, que repetido
Por patios y ruinosos corredores,
Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII

Ya la altísima puerta se estremece,
Y se abre lenta con fragor tremendo:
Oscuro el ancho pórtico aparece
Inhabitado y en silencio horrendo:
Por las junturas de las losas crece
Inculta yerba, frio verdin cubriendo
Gradas de roto mármol; y aunque espanta
Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
De amarillez y de dolor cubierto,
Y una pálida antorcha en la una mano,
Sale para atajar su paso incierto,
Y «¿á dónde, oh ciego rey, corres insano?
Le dice entre gemidos; ¿dó inexperto
Mueves la planta audaz? ¡Ay! que camina
A hallar tu fin, de España la ruina.

XXIX

»Huye, infeliz.»—Mas pálido el monarca,
«No, exclama, no, que á consultarte vengo,
Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
Cifrada sólo mi esperanza tengo.
Consuela mi afanar, ó que la Parca
Esta vida tremenda que mantengo,
Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
Y mis remordimientos y martirios.»—

XXX

«¡Desdichado! responde el docto hebreo:
Mis labios sella el áspero destino,
Que potente se opone á tu deseo.
Respeta humilde su querer divino:
Nada puedo decirte; y cuando veo
Cercano ¡ay Dios! el fin de tu camino,
Que revelarlo y que salvarte pueda.
La fuerza de los astros me lo veda.

XXXI

»¡Ay! Mas huye... No pierdas ni un momento,
Que el de la perdicion está inminente.»
Rodrigo, en espantoso desaliento,
Por fuerza oculta detener se siente.
Vuelve el mágico á instarle, cuando el viento
Retumba con los sones de repente
De una campana del torreon, que habia
Siglos que nadie resonar oia.

XXXII

A cuyo áspero horrísono tañido
El virtuoso Ruben desconcertado,
«Ya no hay reparacion, dando un gemido
Exclama, no, que el término es llegado.
Entra, si estás de esfuerzo apercibido:
Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
Que encontrarás, descubre: en él tu suerte:
La mia es bajar al reino de la muerte.»

XXXIII

Despareció Ruben: Rodrigo helado
Tiembla, y por mano oculta irresistible
Para retroceder se halla atajado,
Entre las sombras y el silencio horrible;
Y ya, del mismo miedo arrebatado,
Resuélvese á apurar su hado terrible;
Que desesperacion suele y denuedo,
En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV

Ábrense con fragor antiguas puertas,
Y el rey pasa atrevido los umbrales;
Formando sombras con la antorcha inciertas
Columnas y arruinados barandales.
Arcadas atraviesa descubiertas,
Patios llenos de lodo y matorrales:
Sobre quebradas losas se acelera,
Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,
De polvo, do estampada no ve huella,
Cubierta toda. Osado el paso tiende
Por una y otra de las gradas de ella:
En lo alto un largo corredor se extiende,
Y por atravesarlo se atropella;
Y en la anchurosa cuadra entra temblando,
Y atónito su espacio registrando.

XXXVI

El arteson altísimo aparece
De espectros y de sombras habitado.
De oro y mármol el muro le parece,
Pero uno muerto, y otro deslustrado;
Y en medio de la sala se le ofrece,
Del polvo de la edad entapizado,
Un ancho arcon de cedro carcomido,
Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII

Se acerca yerto, frio, palpitante,
Y la fuerza del astro que le inclina,
Presta á sus brazos el vigor bastante,
Y el arca á descubrir se determina.
Ya la pesada tapa alza anhelante,
Que en los gonces tardísimos rechina;
Y del oscuro seno alzada apena,
Con són de nube que inflamada truena,

XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,
Cual es la de las iras del Eterno,
Fantasma colosal, reina y señora
De los vicios que aborta el hondo averno,
Alzase; y á Rodrigo vengadora
Se acerca, con sonrisa del infierno,
Y esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,
Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
De Leviatan y de su horrible bando,
Por la alta diestra de Miguel vencido;
O cual lo escuchará cuando temblando
Vuelva á ser nada, y del Criador olvido;
El encantado alcázar se estremece,
Y como polvo y humo desparece.

XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,
Do descuellan sepulcros suntuosos,
Que de voraz incendio no lejano
Alumbran resplandores espantosos.
Torna absorto la faz, y el toledano
Muro, y sus altos templos, y famosos
Palacios reconoce, que en horrendo
Fuego desolador están ardiendo.

XLI

Y siente que sus plantas humedece
Sangre, que empapa cálida la tierra;
Y que hácia el Sur retumba, y sordo crece
Clamor de trompas y rumor de guerra;
Y ve que á todos lados se aparece,
Inundando llanura, monte y sierra,
Tropel innumerable de escuadrones
De extrañas y fierísimas naciones.

XLII

El exterminador ángel extiende
Sus alas sobre ellos, y los guia
Con la espada de Dios. Delante hiende
Bramador huracan la niebla fria;
Y en pos su espesa y negra sombra tiende
La noche del error, donde la impía
Esclavitud y la barbarie viven,
Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII

Quiere el mísero huir al acercarse
La fiera multitud, mas de repente
Ve las antiguas losas quebrantarse:
Oye gemir las urnas sordamente;
Y mira de sus senos levantarse,
Ceñida aún de oro y de laurel la frente,
Las sombras de sus ínclitos mayores,
Clavando en él los ojos vengadores.

XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,
Gimiendo y exclamando en roncos gritos:
«Maldicion, maldicion para el que osa
Nuestro sueño turbar con sus delitos,
Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
Patria y honor, y sacrosantos ritos.»
Más resistir el infeliz no pudo,
Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV

En él por largo tiempo ni áun respira,
Casi cadáver insensible, helado;
Y cuando en sí volvió, solo se mira,
Tendido en medio del desierto prado.
Atónito en reedor los ojos gira;
Y no hallando el alcázar encantado (1),
Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
Ahogado el corazon, huye á Toledo.

XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
Que su palacio y su jardin cercaba,
Como ni un punto la infeliz reposa,
Con su querida Elvira paseaba;
Y en inquieto silencio, congojosa,
Con lloro amargo de dolor regaba
Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,
Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII

A un dulce pajarillo, que volando
De árbol en árbol y de rama en rama,
Melancólicos trinos gorjeando,
Sus penas templa, y la atencion le llama,
Sigue embebida en el acento blando,
Y en pos se enselva la afligida dama;
Y sin notarlo, léjos los confines
Deja de su palacio y sus jardines.

XLVIII

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX

¡Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo!
¡Qué bálsamo respira el fresco ambiente!
¡Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma!

(1) Al final de este poema están las notas que van señaladas con los guarismos correlativos.

L

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo, tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras;
¡Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega!

LI

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbrias y en follajes:
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De recelo y pavor hendido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambicion ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérfida cautela;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama,
Con el aura inocente que respira.
Siéntase, pues, sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templa sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos;
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LXVII

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando;
Y un delicioso enamorado acento
A la par de la música sonando,
Hijo de una pasion sencilla y pura,
Así esparció á las auras su dulzura:

LVIII

«Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Más linda que la flor del verde lino,
Y más lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo destino:
¡Ay, cuánto tarda el venidero dia,
Que anhelo pase, por llamarte mia!

LIX

»¡Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna!

LX

»Más bella que la luz de hermoso dia
En el zafir del Tajo retratada,
Es tu cándida frente, Alcina mia,
Que parece azucena anacarada;
Y el negro manto de la noche umbría
No ostenta en primavera sosegada
Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
Que se compare con tus ojos bellos.

LXI

»¿Cómo Lauso sin tí vivir pudiera,
Encanto, eterno bien del pecho mio,
Más dulce á mi anhelar, que en la pradera
Es el nuevo alcacel á mi cabrío?
La vida sin tu amor, ¿qué me sirviera,
Dueño de mi existencia y mi albedrío?
Sólo á adorarte el hado me destina,
Para amarte nací, gallarda Alcina.

LXII

»¡Ah! ¡cuán dichosos por la selva y prados
Al rojo amanecer los dos saldremos,
Confundidos en uno ambos ganados,
Y los pintados riscos buscaremos;
Y entre amores sabrosos, y envidiados
Del cielo y de la tierra, pasaremos
Dias felices, horas placenteras,
En estas dichosísimas riberas!

LXIII

»¡Qué regalos tendrás del amor mio!...
No brillará en la selva flor temprana,
Que no adorne tu frente; cabe el rio
Conchas te cogeré cada mañana;
Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
En la pompa del álamo lozana,
Tórtolas blancas, tenderé mis redes;
Y ya contarlas como tuyas puedes.

LXIV

»Un cervatillo con la piel manchada
De rojo y gris, y con el lomo pardo,
Que encontré la otra siesta en la enramada,
Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo.
En el redil, do encierro mi manada,
Custodiado lo tengo, y sólo aguardo
A que pazca y que trisque: cuando sea
Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea.

LXV

»Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
He de plantar (en sitio que encubierto
Esté del soplo ardiente del solano,
Y de la escarcha del invierno yerto)
Un almendro, que pronto alce lozano
Gallarda cima de verdor cubierto,
Y acuerde en las tempranas primaveras
Nuestras delicias del amor primeras.»—

LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoroso
Aún los últimos sones repetia,
Miéntras ufano aquel pastor dichoso
Con guirnaldas el tosco umbral vestia;
Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
Que su llama honestísima encendia,
Ternezas se dijeron con amores,
Cuyo susurro resonó en las flores,

LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura
Compara á los abismos de su pecho
Florinda, y el raudal de la amargura
Hierve en su corazon, roto y deshecho:
Que sólo el que es dichoso, la ventura
De los demás contempla satisfecho;
Pero ¡ay! al infeliz dichas ajenas
La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,
Y que de aquellas chozas no retira,
Mármol yerto la mísera parece,
Reclinada en el seno de su Elvira;
Hasta que recordando, se estremece,
Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
Y prorumpe con voz que conmoviera
Al cielo, si piedad en él hubiera:

LXIX

«¿Lo ves?... Lo ves?... ¡Oh ciego, injusto hado!
¡Ay!... El amor los hace venturosos;
El mismo amor, que tiene destrozado
Mi pecho con tormentos espantosos.
¿Por qué esta diferencia, cielo airado?
Unos aman, y amando son dichosos,
Y otros aman, y amando los confundes,
Y en mar horrendo de dolor los hundes,

LXX

»Como á mí, triste!.. Cual si crímen fuera
Verse mi corazon á amor sujeto,
O del mortal en manos estuviera
Elegir para amar hora y objeto.
Todo lo rige la celeste esfera:
Inevitable al hombre es su decreto:
Si el cielo con pasiones nos hostiga,
¿De qué delito luégo nos castiga?

LXXI

»¿Es que en la corte y entre jaspes y oro
Todo es maldad y horrores, y conserva
El hado de sus dichas el tesoro
Para las chozas de ramaje y yerba?
¿Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
En Toledo, en alcázares dorados,
Y no en las selvas y apacibles prados?

LXXII

»Alejémonos ¡ay! de estos lugares;
Que tanta dicha me desgarra el alma,
Y áun temo con mis hórridos pesares
De esa mansion feliz turbar la calma.»
Dijo, y á los etéreos luminares
Alzó una y otra sudorosa palma,
Llenas de llanto las mejillas bellas,
Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,
Y volviendo los ojos de la vega,
Angustiada á su alcázar se retira,
Y ya á los bosques inmediatos llega.
Advierte en ellos que á lo léjos gira,
Con paso incierto entre la sombra ciega,
Un silencioso bulto, que la espanta,
Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV

A cuyo acento viene presuroso
Aquel objeto que su horror motiva:
Quiere Florinda huir, y en el herboso
Suelo su propio asombro la derriba;
Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
Yerto el cabello, helada la expresiva
Frente, los ojos secos y espantados,
Sostiénela con brazos desmayados.

LXXV

Rodrigo, el infeliz que abrir no osa
Los lábios de terror, y que en horrendo
Secreto guardará la temerosa
Vision, de que turbado viene huyendo;
Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
Que su amada Florinda ha estado viendo;
Que el temor de aumentar su mutua pena,
A silencio azaroso los condena.

LXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
El aura compadece sus dolores:
La selva los contempla compasiva,
Y sin piedad los astros brilladores;
Miéntras cruel de su esplendor los priva
La luna, que nacer vió sus amores,
Pues ¡funesto presagio! el rostro oculta
En negra nube, que el terror abulta.

Lóndres, 1834





CANTO TERCERO

LA VENGANZA

I

Viento setentrional sopla, y gallardo,
Aunque crespes del mar las turbias ondas,
El seno abulta de las lonas pardo,
Sin que la tierra nebuloso escondas.
No te demuestres á mi anhelo tardo,
Que á mis ruegos es justo correspondas,
Pues cantando el rigor de mi fortuna,
En Albion te adormecí en tu cuna.

II

Sí, ya á mis ojos férvido horizonte,
Entre celajes de risueña grana,
Cumbres azules de lejano monte
Muestra al primer albor de la mañana.
Terreno es español!... Alma, disponte,
Disponte á recibir el premio ufana
De tu constancia y padecer, gozando
De amor y de amistad el beso blando.

III

Salve, costas amadas.—¡Desdichado!...
¡Mísero yo, que en ilusion perdido,
Pude un momento la crueldad del hado
Dar, y mi suerte bárbara al olvido!
¡Ay! el tiempo dichoso aún no es llegado.
Una tremenda voz hiere mi oído,
Voz de infortunio, de despecho y muerte:
¡Oh cuán terrible es la sañuda suerte!

IV

Siniestra voz con temeroso acento,
«Huye, infelice, desde allí me grita,
Que á ver tu patria por mayor tormento
Tu destino cruel te precipita:
Mas no la pisarás, el raudo viento
Que hincha tus lonas y la mar agita,
Te arrebata ¡infeliz! á otras arenas,
En donde arrastres tu destierro y penas.»—

V

¿Dó volveré los ojos? Tú, desnudo
Avila de verdor; tú, cuya frente
De ásperas rocas Hércules membrudo
Alzó, abriendo camino al mar rugiente,
Permite á un desdichado, á quien sañudo
Destino acosa, la angustiada mente
Y la vista tender, para consuelo,
Por tu gran mole que se eleva al cielo (2).

VI

Mas, ¡oh prodigio!.. ¿á quién allá en tu cumbre,
Cual fantasma de muerte, alzarse veo,
Y de sus ojos la tartárea lumbre
Sobrepujar el resplandor febeo,
Como en noche fatal la muchedumbre
De estrellas vence, ardiendo en su apogeo,
Sobre las rotas nubes desiguales,
El sangriento Orion, nuncio de males?

VII

¡Ay, que es el conde Don Julian! Airados
El viento y mar, de la tartesia arena
A los montes del Africa abrasados,
Le condujeron á llorar su pena;
Y desde allí con ojos inflamados,
Y alma de anhelo vengativa llena,
Mira al través de las cerúleas olas,
Y maldice las costas españolas.

VIII

Allí en la cumbre de los riscos yerta,
Su alarido atronando la montaña,
De aquella playa bárbara y desierta
Las sierpes, con pavor, tiemblan su saña;
Y allí le mira el sol, cuando despierta,
Y allí, cuando de luz los orbes baña,
Y allí desde el ocaso al fin del dia,
Y allí una y otra vez la noche fria.

IX

Allí tambien le encuentra un mensajero,
Que en pequeño batel de alado pino,
Desde España, cortando el golfo fiero,
Con carta y órden de Don Opas vino;
Del vil Don Opas, que logró mañero
Saber do el conde gime peregrino;
Y en carta astuta de este modo escrita,
A la venganza y la traicion le incita:

X

«Del africa arenosa las regiones
De gloria inundan, y de honor sedientas,
Nuevas valerosísimas naciones;
¿Y tú su vecindad por nada cuentas?
¿No ves que serán tuyos sus pendones,
Si á su ambicion y arrojo representas,
Cuán cerca les ofrece la fortuna
A España rica y sin defensa alguna?

XI

»Marcha en su busca, su valor enciende,
A su cabeza ponte, y sin tardanza
El corto espacio de los mares hiende,
Y á las béticas playas te abalanza.
Harto te digo: de tu mano pende
O restaurar tu nombre ó la venganza
Tener, que tu manchada gloria exige,
O morir en la afrenta: conde, elige...»

XII

Más no leyó: las canas venerables
De la rugosa frente se erizaron,
Y sus ojos, con fuego formidables,
Al mensajero infame fulminaron;
Y asordando los piélagos instables
Con voces, que cual trueno retumbaron,
«¡Yo á mi patria traidor! yo contra España!!!»
Dijo, y huyó por la áspera montaña.

XIII

Mas ¡ay! vano es huir: consigo lleva
El consejo fatal, y allá en su pecho
El oculto veneno entró y se ceba,
Y ya en su corazon el daño ha hecho.
Así en vano á escapar el ciervo prueba
Del dardo que el costado le ha deshecho;
Que no ya el dardo cortará su vida,
Sino la yerba que dejó en la herida.

XIV

Conócelo el astuto mensajero,
Sagaz cual su señor, y al conde airado
No intenta perseguir, antes ligero
Torna á surcar el piélago salado:
Tal diestro agricultor con cierto agüero,
Cuando en terreno fértil ha sembrado,
Ya no se afana más, porque el tributo
Sabe que le ha de dar la tierra en fruto.

XV

Solo el conde en el áspero desierto,
Vuelve á mirar la seductora carta,
Y nuevo horror le inspira y desconcierto,
Y otra vez de ella el pensamiento aparta:
Que jamás corazon de honor cubierto,
Aunque la patria lo destroce y parta
Con vil persecucion y ofensa grave,
Hacerla presa de extranjeros sabe.

XVI

Tal crímen es, que de pensarlo, el conde,
Aunque irritado, tiembla; y en su pecho
A Opas maldice, y al papel en donde
Ofrece tal venganza á su despecho.
Mas de virtud humana ¿quién responde,
Cuando en horrenda tempestad deshecho
El huracan de las pasiones ruge,
Y audaz la embiste con furioso empuje?

XVII

Casi cien giros completado habia
La tierra en derredor del sol ardiente,
Desde la fuga y el famoso dia
En que Mahoma trastornó el oriente (3);
Y en que hermanando astucia y osadía,
Alzó arrogante la soberbia frente,
Cual hombre celestial, y cual profeta,
Que de Dios los decretos interpreta.

XVIII

Obediencia, y amor, y ciego culto
Halló entre gentes rudas, que pensaron
Que el mismo Dios en él hablaba oculto,
Y sus dogmas y leyes abrazaron;
Y cundiendo en los pueblos el tumulto,
Que las nuevas doctrinas motivaron,
Llenó su nombre y gloria el hemisferio,
Que absorto vió nacer un nuevo imperio.

XIX

Un nuevo imperio, que cual suele acaso
Raudo torrente en turbio remolino,
Rompiendo el dique, por el campo raso
Extender bramador su ancho camino;
O como en el desierto tiende el paso
Sobre la llana arena el torbellino;
Nació, creció, elevóse, y furibundo
Combatió al cielo, estremeciendo al mundo.

XX

Pues Mahoma exaltando las pasiones
De las gentes del Sur, y en fanatismo
Abrasando encendidos corazones,
Hizo temblar al firmamento mismo:
Tornó tímidos ciervos en leones,
Inflamó astuto en bélico heroismo
Pueblos supersticiosos, y con ellos
De altas naciones oprimió los cuellos.

XXI

¡Tanto puede el saber ó la fortuna
De un hombre solo!... y tanto, que aún enciende
Su excelso influjo sin mudanza alguna
En la estirpe feliz que de él desciende.
Así el imperio de la media luna,
Muerto Mahoma, en nueva gloria esplende,
Y ven del islamismo las falanges
El fértil Nilo y opulento Ganges.

XXII

Muza conduce al último occidente
Sus vencedoras huestes y pendones,
Y hace que postren al Coran la frente
Garamantas y etiópicas naciones,
Y el pardo Bereber y el Libio ardiente;
Y cubre con invictos escuadrones
La Tingitania y la Numidia, y huella
Las costas, do el Atlántico se estrella.

XXIII

Costas, cuya conquista (ya mirando
La Africa toda á su poder sujeta,
Y sometida del Califa al mando,
Y al culto y á la ley del gran Profeta)
A su hijo Abdalazís encarga, ansiando
Con paterna aficion justa y discreta,
Que se ensaye en la lid, y adquiera gloria,
Completando su acero la victoria.

XXIV

Así Getulia por sus montes mira
Rey de las selvas al leon sañudo,
Despues que destrozar, ardiendo en ira,
Ganados, perros y pastores pudo;
Cuál de la lid sangriento se retira,
Y á sus cachorros con rugido agudo
Incita á que en los restos fuerzas prueben,
Y en la matanza y destruccion se ceben.

XXV

Jóven Abdalazís, y aleccionado
Del padre triunfador en la alta escuela,
De fortuna y valor acompañado,
Al ensayo feliz ansioso vuela;
Y cual rayo en las nubes engendrado,
Corre, llega, combate, vence, asuela;
Y ornado de laurel, de gloria lleno,
Torna al abrigo del paterno seno.

XXVI

Con lágrimas de gozo el padre anciano
Al jóven vencedor los brazos tiende,
Y gracias rinde al cielo soberano,
Que en hijo tal su noble sangre enciende;
Y por festejo del valor temprano
Que en el mancebo triunfador esplende,
Y de ver completada la conquista,
Fiestas y juegos bélicos alista.

XXVII

No léjos de la playa, en que las olas
Del paso hercúleo brillan, y do enfrente
De las cercanas playas españolas
Avila se avecina al sol ardiente,
Bajo la insignia de las crespas colas
Júntase ufana la guerrera gente,
Que de Mahoma sigue los pendones,
Humillando al Coran tantas naciones.

XXVIII

Y con ellos los pueblos africanos,
Descendencia de Agar, llegan ansiosos,
Ya humildes á los ritos mahometanos,
A presenciar los juegos suntuosos,
Que en unos valles y apacibles llanos,
De palmas y naranjos olorosos
Ornados en reedor, el sarraceno
Va á celebrar, de sus conquistas lleno.

XXIX

Preside el campo Muza, coronado
De los rayos espléndidos de gloria,
Que á su cabello venerable han dado
La constante fortuna y la victoria;
Y en segundo lugar (si lo es su lado)
Brillan, dignos tambien de alta memoria,
Los otros adalides, campeones,
Honor de los lunados escuadrones.

XXX

A contender los premios se presenta
La flor del Asia y Africa, gallarda
Lozana juventud de honra sedienta,
Y á quien tan alta gloria el cielo guarda.
Cuál en potro feroz, que fuego alienta
La carrera del viento juzga tarda,
Y cuál ostenta luchador robusto
Fuerzas, que al mismo Alcides dieran susto.

XXXI

Quién disputa el acierto en la saeta,
Los golpes quién de poderosa maza,
Este al toro feroz postra y sujeta,
Aquel al bravo tigre despedaza:
Otros con ágil pié tocan la meta,
Y todos muestran en la extensa plaza
Fuerzas, y robustez, y valentía,
Destreza, emulacion, alta osadía.

XXXII

Allí, excelso Tarif, la gruesa lanza
Tu brazo triunfador vibró membrudo,
Y tanto trecho rehilando alcanza,
Que do llegó, ninguna llegar pudo,
Y allí con harto orgullo y confianza
Tu cuerpo colosal muestras desnudo,
Oh Zegrí, que desprecias arrogante
De Abencerraj los miembros de gigante.

XXXIII

A ambos en espantosa lucha mira
Desde zenit el sol, y ambos deshechos
Ardeis sañudos en rencor y en ira,
Y en fuertes lazos os teneis estrechos.
El odio innato, que bramando gira
Por vuestras venas y encendidos pechos,
Tal fuerza os da, que iguales en la gloria,
No queda por ninguno la victoria.

XXXIV

Ya los astros os tienen destinada
Generacion, do se conserve y crezca
Esa rivalidad envenenada
Tanto, que envidia su heredad parezca;
Y un tiempo ha de llegar en que Granada
De vuestros nietos al furor perezca,
Cuando discordia atroz así los ciegue,
Que vuestra sangre sus palacios riegue (4).

XXXV

Tambien tú, Abhen-Halí, jóven lozano,
De alfanje damasquino haciendo prueba,
Revuelves el corcel con blanda mano,
Llamando la atencion tu gloria nueva.
¡Ay! que víctima á ser de amor insano
Tu destino cruel te arrastra y lleva
A Córdoba famosa, do tu suerte
Será amar, tener celos, darte muerte.

XXXVI

Sí, yo mismo en el muro derruido
De aquella insigne Córdoba, do el cielo
Me dió el nacer, y que jamás olvido,
He visto las señales de tu duelo.
Aún de tu ingrata Zaida allí esculpido,
Sin que lo ultraje de la edad el vuelo,
Vive el nombre, que trémulo escribiste
Con la daga, que en tí despues hundiste.

XXXVII

Lo he visto, y no sin lágrimas: el pardo
Musgo las letras casi borra, y crece
De hiedra y zarza matorral bastardo,
Que de aquel sitio el defensor parece.
Alza la crencha solitario cardo
Sobre tu ignota tumba, y resplandece
En las piedras tu sangre, mancha oscura,
Que allí á despecho de los tiempos dura.

XXXVIII

¡Cuántas veces tu historia dolorosa,
Infante tierno, me acalló en la cuna!
¡Cuántas despues, ya jóven, con medrosa
Planta, al reflejo de la opaca luna
Visité aquel lugar, donde reposa
Tu ceniza infeliz!... Y áun noche alguna
Mi mente oyó gemidos aterrada,
Y creyó ver vagar tu sombra helada (5).

XXXIX

Quince veces el astro refulgente,
Centro del mundo y causador del dia,
La vega iluminó, donde eminente
El valor musulman resplandecia;
Y ya alzando la voz y la alta mente
Hafiz, el noble vate, en quien ardia
La llama celestial, con sacro verso
Cantaba tanta hazaña al Universo.

XL

Cuando el conde infeliz encaminado
Del gran rumor y estruendos militares,
Solo se acerca á la llanura armado,
Por desusadas sendas y ramblares:
Llega, y la inmensa multitud pasmado,
Oculto en los cercanos olivares,
Contempla; y su designio atroz le espanta,
Y aún indeciso suspendió la planta.

XLI

Lanzando empero un hórrido alarido,
Cual espíritu réprobo, que mira
Que ha para siempre la mansion perdido
De la misericordia, ardiendo en ira
Prosigue, de los astros compelido;
Entre la muchedumbre mudo gira,
Y en medio de la liza se presenta,
La vista universal teniendo atenta.

XLII

Su deslustrado peto opaca lumbre
Lanza, como siniestro meteoro,
Que del cóncavo cielo en la alta cumbre
Arde de los planetas entre el coro.
De sus áridos ojos la vislumbre
Brilla, y la faz, que moja escaso lloro,
Como fuego infernal: barba y cabello
El seno escarcha, y emblanquece el cuello.

XLIII

Suspéndese el concurso inmenso, y mudo
Su extraño aspecto admira y continente.
El con la espada bate el ancho escudo,
Y tiembla y calla sin alzar la frente;
Cuando de pronto encárase sañudo
Al asiento de Muza preeminente,
Y en ronca voz, que ensordecer pudiera
Al huracan, habló de esta manera:

XLIV

«Egregio capitan, claros varones
Dignos de dominar toda la tierra:
Nuevas valerosísimas naciones,
Cuyo poder al Universo aterra;
¿En inútiles pruebas, y en funciones
Desperdiciais el tiempo, que á la guerra
Debierais consagrar y á la victoria,
Y á completar vuestra naciente gloria?

XLV

»¿Pensais que los destinos esplendentes,
Que os guarda el cielo en inmutable arcano,
Llenos están, cuando aún existen gentes,
No domadas al yugo mahometano?
¿Vuestros invictos ánimos valientes,
Caben sólo en el ámbito africano,
Y ese vuestro denuedo sin segundo,
Que caber no pudiera en todo el mundo?

XLVI

»Volad á donde os llama la fortuna,
No sea término el mar á vuestra saña,
Y el pendon victorioso de la luna
Amague á Europa, combatiendo á España.
Vecina, rica, sin defensa alguna
Se os ofrece; la luz del sol no baña
Ni mejor parte tiene el orbe todo:
Venid, arrebatadla al débil godo.»

XLVII

Hondo espanto su voz ahogó, y el hielo
Pasmóle el corazon, cuando su boca
Nombró á la patria, y temeroso al cielo
Miró, sabiendo que su horror provoca.
En el desesperado desconsuelo,
Que confunde su aliento y le sofoca,
Ve á la virtud que de él huye y se aleja,
Y en la eternal reprobacion le deja.

XLVIII

Es tradicion antigua de que en tanto
Que el traidor alentaba al sarraceno,
Tembló la España toda, y negro manto
Robóle el claro sol, bramando el trueno;
Y que terror secreto y mudo espanto,
Cayendo repentino, turbó el seno
De cuantos godos en el orbe habia:
¡Tanto funesto fuéles aquel dia!

XLIX

Al espirar del conde el vil acento,
La inmensa muchedumbre el aire llena
Del confuso rumor que forma el viento,
Cuando en los valles de Moncayo suena.
Todos gritan con bárbaro ardimiento:
«A España, á España, el cielo nos lo ordena;
Este del gran Profeta es mensajero;»
Y todos arden en furor guerrero.

L

Sólo el prudente Muza no responde,
Y aunque el ansia de gloria que le enciende,
En su faz generosa mal se esconde,
Hácia su pabellon el paso tiende.
En tanto que cercando al fiero conde
La entusiasmada multitud, que entiende
Ver en él un ministro del Profeta,
Le agasaja, le admira y le respeta.

LI

Mas él á todo obsequio indiferente,
Ni ve, ni escucha; que su pecho insano
El peso abrumador del crímen siente,
Y torna mudo al olivar cercano:
Pues si remordimientos no consiente
Un gran delito en corazon humano,
Cierto terrible asombro siempre inspira,
Engendrador tal vez de mayor ira.

LII

Entró la noche, y solo y combatido
De varios encontrados pensamientos,
Como cedro en el monte sacudido
Por bramadores encontrados vientos,
Muza, adalid prudente y advertido,
Del conde recordando los acentos,
No acierta á decidir, y duda y vuelve,
O miéntras piensa más, ménos resuelve.

LIII

El silencioso sueño por la vega
Sus alas tiende, ungidas de rocío,
Y al reposo dulcísimo se entrega
Y á la quietud el bárbaro gentío.
En la alta cumbre plácida despliega
Su lánguido esplendor, húmedo y frio,
Con tibias luces, la creciente luna,
Protectora de la árabe fortuna.

LIV

Cuando Muza, agitado y cuidadoso
(Bien que el sueño halagase sus intentos,
Renaciendo en las horas del reposo
Sus altos ambiciosos pensamientos;
O bien que el cielo, airado y rigoroso,
Avisos no omitiese ni portentos,
Con que la destruccion, ya decretada,
Precipitar de Hesperia desdichada)

LV

Vió vestirse de rayos esplendentes
Las pardas sombras de la noche oscura,
Y con lampos de luz resplandecientes
El seno abrirse de la tierra dura;
Y entre vapores férvidos ardientes
Alzarse á la region del cielo pura
El formidable espectro de Mahoma,
Cual númen infernal que el aire doma.

LVI

Armas, despojos, rayos de la guerra,
Famas de altas naciones y fortuna
Huellan sus piés, que estriban en la tierra,
Miéntras su frente escóndese en la luna.
Arde el Coran, que al universo aterra,
En medio de su pecho, cual laguna
De encendidos metales, y parece
Que á su presencia el orbe se estremece.

LVII

Muza pasmado la rodilla inclina,
Postrando contra el suelo su semblante,
Cuando la colosal diestra encamina
El grave espectro, y le ase del turbante;
Y las nubes hendiendo, lo avecina
A Avila peñascoso en corto instante,
Y párase con él en la alta cumbre,
Que temblando abortó tartárea lumbre.

LVIII

Y desatando allí con diestra fuerte
El lauro eterno, que su frente orlaba,
Lo arroja; y como flecha de la muerte,
Hendiendo el aire rápido silbaba,
Siniestra luz lanzando: de tal suerte,
Que mísero planeta asemejaba,
A quien el Hacedor con ceño mira,
Y que perdido en los espacios gira.

LIX

Y salvando los mares espumosos,
Cayó tronando en medio de la España,
Cuyos campos y montes espaciosos
Con perniciosa luz alumbra y baña.
A los ojos de Muza codiciosos
Patente haciendo en perspectiva extraña,
¡Oh gran portento! cuanto encierra y cria
La goda miseranda monarquía.

LX

Allí campos y vegas abundantes,
Do ópimas mieses el favonio ondea;
Cumbres allá, donde árboles gigantes
Entre las nubes Aquilon menea;
Aquí llanuras, sotos y odorantes
Prados, donde agua hermosa serpentea,
Adornados de yerbas y de flores,
Poblados de ganados y pastores.

LXI

Allá contempla de ásperas montañas,
Por celestial disposicion abiertas,
De ricos minerales las entrañas
Desde el cimiento hasta las cumbres yertas:
Allí mira cual riegan las campañas,
De los dones riquísimos cubiertas
De Minerva y de Baco, extensos rios,
Que arrastran oro en sus raudales frios.

LXII

Y por do quier ciudades afamadas,
Altos templos, soberbios edificios;
Mas de gentes cobardes habitadas,
Presa infeliz del lujo y de los vicios.
Las fortalezas ve desmoronadas,
Que del descuido infame dan indicios:
Los arneses yacer de orin cubiertos,
E indómito el caballo en los desiertos.

LXIII

Absorto y en silencio sepultado,
Está el caudillo á la vision atento,
Del formidable espectro acompañado
Dominador de la region del viento;
Y ante sus graves plantas prosternado
Anhela sólo el escuchar su acento,
Pues, aunque en llama ardiendo está guerrera,
Sólo una voz, sólo un mandato espera.

LXIV

Al fin lo oyó, pues que con voz tronante
Cual la tremenda voz de los torrentes,
Gritó: «Allí está el laurel, y allí triunfante
Lo hallarán, si lo buscan, mis valientes.»
No dijo más: el trueno retumbante
Sonó, bramó la mar, los refulgentes
Astros oscureciéronse, de guerra
Sintióse estruendo, y retembló la tierra.

LXV

Cesó el prodigio: Muza confundido
Se halla en su pabellon; mas tanto aliento
Dentro en su corazon siente encendido,
Que conoce el influjo del portento:
Y saltando del lecho: «Obedecido
Serás, oh gran Profeta,» en alto acento
Exclama, y sale al campo, cuando el dia
Sus primeros albores extendia.

LXVI

Recorre la llanura; «Guerra, guerra,»
Grita; y las trompas *guerra* pregonando,
El sueño perezoso de la tierra
Van con las negras sombras disipando.
El pueblo, al ronco són que en llano y sierra
Retumba, diligente recordando,
Repite el grito, y al caudillo aclama,
Y en el furor armígero se inflama.

LXVII

Siente el Conde el rumor, torna á la vega,
Y al ver arder al pueblo mahometano,
A la atroz esperanza su alma entrega
De ver cumplido su rencor insano.
Hiende la multitud, á Muza llega,
Feroz le aprieta la robusta mano,
Y «yo, le dice, yo seré tu guía,
Y tuya la española monarquía.»—

LXVIII

Ya no hay reposo; el campo sarraceno
Hierve, y á preparar se precipita
La audaz empresa; que del ansia lleno
De gloria, el furor bélico lo agita.
Tasca el potro de Arabia el duro freno,
El brillar del acero la luz quita
Al mismo sol, el polvo al aire crece,
Y retemblando el suelo se estremece.

LXIX

Los altos cedros y robustos pinos
Que las cercanas cumbres adornaban,
De las nubes altísimas vecinos,
Y aquellos horizontes circundaban,
Cediendo á la segur, los cristalinos
Mares aborrecidos abrumaban,
Convertidos en naves; y las telas,
Que el Persa matizó, tórnanse velas.

LXX

Ya resuenan las rocas de las playas
Al estruendo y guerrera gritería;
El agua azotan las flexibles hayas,
Y de hervorosa espuma se cubria:
Cortan veloces las cerúleas rayas
Las anchas proras; y del mediodía
Soplando el austro, entre calima y niebla,
El mar de pinos y guerreros puebla.

LXXI

Poco el salobre espacio á tanta quilla,
Y poco á tanta vela es todo el viento:
Jamás vió el ronco mar sobre su orilla
Tanto bajel, ni tan osado intento;
Ni el sol eterno que en los cielos brilla,
Empresa tal desde su firme asiento
Espantado alumbró, ni vió la tierra
Más aparatos de exterminio y guerra.

LXXII

Alzate entumecido, y rebramando
Hunde rugiente en tu abismoso seno
El colosal poder del fiero bando,
Que va el orbe á dejar de asombro lleno.
Tu irresistible empuje ¿para cuándo,
Y tu furor, que desconoce freno,
Y con que cielo y tierras acobardas,
Mar indomable y turbulento, guardas?

LXXIII

Mas, ¡ay! que decidida la fortuna,
A cuya ciega ley sólo obedeces,
Protege los pendones de la luna,
Y paso por tu seno les ofreces;
Y no soberbio mar, sino laguna
De tranquilo verjel manso pareces,
Que como claro espejo reverbera
La plata y el zafir de la alta esfera.

LXXIV

Tal vez sobre las nubes vióse en vano
A Ruben, entre espíritus impuros,
Rombos trazando con la sábia mano,
Para á su voz ligar los astros puros;
Mas sordo estuvo el férvido Oceano
Y el viento al gran poder de sus conjuros:
Que no contrastan voluntad del cielo
La ciencia humana ni el mortal desvelo.

LXXV

Dicen tambien, que al retemblar pasmado,
Viendo venir la inesperada guerra,
Calpe, inmenso peñon, que al cielo alzado
Entre nubes la frente árida encierra;
Avanzóse hácia el mar, desengonzado
Por fuerza oculta de la firme tierra,
Entrándose con pasmo de las olas,[1]
Como á guardar las costas españolas.

LXXVI

Mas crudo el cielo le detuvo el paso,
Y enclavado dejóle, do al presente
Un angosto arenal, hundido y raso,
Mar entónces, lo liga al continente.
Allí, estéril y adusto, aún muestra acaso
Aspecto aterrador, mirando enfrente
Los africanos enemigos montes
Alzarse en los cercanos horizontes. *Gibraltar*, 1825



CANTO CUARTO

LA BATALLA

I

La noche horrenda que el monarca hispano
En el antiguo alcázar se introdujo,
Donde á saber misterios del arcano
La fuerza de los astros le condujo,
Fué la que á guerra al jefe mahometano
Movió del gran Profeta el alto influjo;
Y al mismo punto en que gritó *á la guerra*,
Aquel alcázar confundióse en tierra.

II

Y ¡ay, cuánto luto, abatimiento y llanto
Nació en Toledo el azaroso dia,
Que vió deshecho su temido encanto,
Pues que fugaz desparecido habia!
Pronto del jóven rey el ciego espanto
Los terribles secretos que escondia
Descubrió, y pronto la ligera fama
Por el reino infelice los derrama.

III

Pesa el brazo de Dios irresistible
Sobre el pueblo español; ya su terreno
Gime y se agita con temblor horrible,
Ya lo confunde pavoroso trueno,
Ya lo turba un terror incomprensible,
Ya el aire escucha de clamores lleno,
Ya ve eclipsado el sol, ya opaca y muerta
La luna mira y de vapor cubierta.

IV

Por mustias vegas y marchitos prados
Huyen de sombras leves y fugaces,
Que ver no es dado al hombre, los ganados,
Con las fieras del monte haciendo paces.
Cruzan de noche entre hórridos nublados
Fantasmas blanquecinas, y en voraces
Llamas, que los mortales no encendieran,
Antiguas selvas con asombro ardieran.

V

Yace la plebe en vergonzoso miedo,
Que á la infame nobleza se difunde,
Y á los viles magnates de Toledo
El porvenir oscuro los confunde;
Y como, do hay delitos, no hay denuedo,
En desaliento mísero se hunde
¡Oh baldonosa suerte! España toda:
¡Quién conociera así la estirpe goda!

VI

Don Opas sólo (¡oh fuerza incomprensible
Del espíritu atroz de la venganza!
¡Oh de negra traicion frialdad horrible,
Cuánto vuestro poder inicuo alcanza!)
Don Opas sólo, tanto y tan terrible
Presagio, lisonjero á su esperanza,
Con infernal placer mira y contempla,
Y para nuevos crímenes le templa.

VII

Y tú, que por tu mal naciste hermosa,
Y por serlo, culpable, ¡ay, cuál espanto
Pinta tu faz marchita y congojosa,
Implorando piedad del cielo santo!
Tu estancia de oro y mármol te es odiosa;
Tu lecho potro de tormento y llanto,
Fuego horrible tu amor, tu vida muerte:
¡Oh Florinda infeliz! ¡Oh amarga suerte!

VIII

En vano cruzas con incierta huella,
Buscando algun consuelo, tus jardines,
Donde creciste candorosa y bella,
Envidia de azucenas y jazmines:
Do gozaste despues, por mala estrella,
El aura del deleite en los festines,
Y donde hora los céfiros y flores
Te abruman y acrecientan tus dolores.

IX

¡Ay, que no son los apacibles dias
En que con la virtud que respirabas,
Cuanto te circundaba embellecias,
Y tus reflejos mismos disfrutabas!
Gozo del cielo en tu interior tenias,
Por eso en los verjeles lo encontrabas:
Huyó con tu virtud, y en vano vienes
En ellos á buscar lo que no tienes.

X

Tan sólo al corazon que está inocente,
Son de placer la matizada alfombra
Del campo, el murmurar de la corriente,
Del bosque ameno la tranquila sombra;
Pero al que atroz remordimiento siente,
Y un espantoso porvenir le asombra,
No alcanza su dulcísima influencia;
Que no hay placer do falta la inocencia.

XI

¿Miras llorando á la argentada luna?
La misma es que te dió sus luces bellas
La noche aciaga, que falaz fortuna
Te hizo perder de la virtud las huellas.
¡Ay! juzgaste tu dicha cual ninguna,
Y que te la envidiaban las estrellas,
Al gozar de tu amante las caricias...
¡Cuán caro es un momento de delicias!

XII

Mas ¿qué escuchaste que te aterra? ¡oh triste!
Un ruiseñor que entre los ramos trina.
¿Será aquel mismo que en la selva oiste,
Cediendo á la pasion que te domina?...
Cuando loca de amor te estremeciste,
Són celestial y música divina
En tu delirio pudo parecerte,
Lo que ahora són de infierno y voz de muerte.

XIII

¿Y dó tu amante está?... ¿Dónde Rodrigo?
¿De tí se aleja?... tu presencia evita?
No es desamor, cual, por mayor castigo,
Tu mente á imaginar se precipita.
Es que la ira de Dios lleva consigo,
Está en su frente la venganza escrita;
Y por más que en tu fuego se consuma,
Huye de tí, que tu beldad le abruma.

XIV

¿No lo advertiste anoche?... En sueño hundido,
En negra sombra y en silencio mudo
Toledo estaba: de repente oido
Fué en el palacio un alarido agudo.
Teudo corrió al rumor despavorido,
Y tú tambien, temiendo al hado crudo;
¿Y cuál los dos hallasteis á tu amante?
¿Qué os dijo su actitud y su semblante?

XV

Sobre el marmóreo pavimento helado
De un oscuro salon tendido estaba;
El acero á mitad desenvainado
Con mano incierta y trémula empuñaba;
Con débil voz de pecho acongojado
Hondo quejido apénas arrojaba:
Llegasteis, y lo alzasteis, y al momento
Huyó, sin conocerte, á su aposento.

XVI

¿Qué pudo horrorizarle de tal suerte?—
Nadie en palacio penetrado habia.
¿Las alas del arcángel de la muerte
Volar en torno de su frente oiria?
¿Soñó que estaba á punto de perderte?
¿Qué enemigos temió su fantasía?—
Ni él lo dijo, ni nadie ha sospechado
Qué asombro lo condujo á tal estado.

XVII

¿Quién los abismos sondear consigue
De un pecho donde hierven las pasiones,
Cuando el rigor del cielo lo persigue,
Y le aterra con negras ilusiones?...
¿Y es por ventura extraño que atosigue
A los contaminados corazones
Roedor remordimiento, noche y dia,
Con cuantas sombras el espanto cria?

XVIII

Entre ellas vive el infeliz monarca,
Y entre ellas los infames cortesanos,
Y de Toledo habitan la comarca,
Y corren á los pueblos más lejanos:
Que en cuanto el cetro de Rodrigo abarca,
Los avisos del cielo soberanos
Claros indicios dan de estar vecina
Al imperio español grande ruina.

XIX

Brama la guerra; el són de los clarines,
Gran tiempo no escuchado, el armamento
Manda, y de Hesperia á los remotos fines
Llega en las alas rápidas del viento;
Y aunque esparce el asombro en los confines
Del imperio español, bastardo aliento,
Que siempre el gran peligro inspira á todos,
Las armas empuñar hace á los godos.

XX

Don Opas el traidor, que de concierto
Con el pérfido Conde está, procura
Aumentar el terror y el desconcierto,
Para ver su venganza más segura;
Y por si acaso en la nacion despierto
Del antiguo valor un resto aún dura,
Que sus inicuos planes contradiga,
Sagaz en prevenirlo se fatiga.

XXI

Astuto sus tesoros prodigando,
El número acrecienta de parciales,
Y fingiendo valor, y aparentando
La palma merecer de los leales,
Arma copiosa hueste y grueso bando,
Y trueca las insignias patriarcales
Por el arnés, nombrándose altanero
De altar y trono el defensor primero.

XXII

Campo marcial, no corte, es ya Toledo;
Todo es armas, penachos y pendones;
Que el vicio torpe y vergonzoso miedo
De honra y valor usurpan los blasones;
Y aunque el arnés no basta á dar denuedo,
Al vestirle los góticos varones,
Hácense jactanciosos é insolentes,
Juzgándose invencibles y valientes (6).

XXIII

Mas como suele en abrasado monte,
Do altos cedros, arbustos, flores, grama,
De humo y terror cubriendo el horizonte,
Tragó voraz la asoladora llama,
Algun roble encontrarse, que aún remonte
(Bien que tostado y pobre de hoja y rama)
La copa al viento; así en España habia
Tal cual varon con honra y valentía.

XXIV

Aunque pocos, las armas empuñaron,
Y en patriotismo y en virtud ardiendo,
Con lo mejor que en torno de sí hallaron,
Pequeñísima hueste componiendo,
A la defensa intrépidos volaron,
A la patria sus vidas ofreciendo;
Mas, ¡oh dolor! su esfuerzo y noble saña
No son bastantes á salvar á España.

XXV

¡Ay del peñasco, que en la excelsa cima
Socava el agua y saca de sus quicios!
Estorbo no hallará que lo redima
De bajar á los hondos precipicios.
¡Ay del Estado, cuyas basas lima
El corroedor halago de los vicios!
De pocos la virtud no lo sostiene,
Si al exterminio despeñado viene.

XXVI

—Entre tanto el valiente sarraceno
Tala del Bétis la apacible tierra,
Sin encontrar á sus furores freno
En altos muros, ni en fragosa sierra;
Y yermo deja su contorno ameno,
Sembrando muerte, y orfandad, y guerra;
Y hasta las torres de Híspalis famosa
Temen la servidumbre desastrosa.

XXVII

Tadmiro en ellas refugiado clama,
Varios mensajes al monarca envia,
Diciendo, que cual suele en miés la llama,
El bárbaro africano se extendia;
Y el socorro urgentísimo reclama,
A la corte culpando de tardía.
Mueven por fin sus ruegos á Rodrigo,
Y dispone marchar al enemigo.

XXVIII

Ya con Favila de las huestes parte,
A los béticos campos se dirige:
En pos agita el viento el estandarte
Que con intento vil don Opas rige:
Entre ilustres caudillos se reparte
La fuerza goda, y lo florido elige
El Rey para su escolta, guardia y mando,
Grave escuadron de próceres formando.

XXIX

Tiembla Florinda, al acercarse el dia
De ausentarse su amor, porque en su idea
Presentimiento triste la advertia
De cuál la suerte que le aguarda sea.
Sabe ya que su padre conducia
De enemigos la bárbara ralea;
Y de tan negro crímen, que la asombra,
Causa fatal, y con razon, se nombra.

XXX

Y «si yo orígen soy de tantos males
Y de tantos delitos ¡infelice!
¿Por qué las justas iras celestiales
En mí tan sólo no descargan!» dice.
Y demudan su rostro las señales
Del despecho, y frenética maldice
El punto aciago en que miró á Rodrigo,
A quien más ama, por mayor castigo.

XXXI

Ya en su delirio vencedoras mira
Las góticas banderas, y pendiente
De afrentoso cadalso cuál espira
El padre, por su causa delincuente:
Ya al Sarraceno, respirando ira,
De roja sangre abriendo ancho torrente
En crudo encuentro, arrebatar triunfante
Corona y vida á su adorado amante.

XXXII

Otras veces terrible le presenta
Su atormentada y loca fantasía
Al padre y al amante, que en sangrienta
Lid se acometen con fiereza impía:
En lucha tan fatal ¿á quién intenta
Ayudar la infeliz? ¿Por cuál envia
Su voto al cielo? De las dos ¿qué espada
De funesto laurel querrá adornada?

XXXIII

Entre las dos la mísera encontrarse
Sólo es justo que anhele, y el acero
De la una y otra con furor cebarse
Ver en su insano corazon primero;
Y ansiando á las batallas arrojarse,
Pide deshecha en lloro lastimero
A su amante, á su rey, que para escudo,
Consigo la conduzca al trance crudo.

XXXIV

Pero el monarca, que en el alma lleva
Presagios de exterminio y vencimiento,
Y en su interior desmayo, clara prueba
De que apuró de Dios el sufrimiento;
Aunque jamás á contrariar se atreva
De su amor ni el más leve pensamiento;
¿Cómo podrá, oh Florinda, complacerte,
Llevándote á los campos de la muerte?

XXXV

Ya el sol anuncia el azaroso dia
De la separacion: las trompas suenan,
Y la bélica turba y gritería
Calles y plazas de Toledo llenan.
Relinchando con noble lozanía,
Potros, que en vano halagan ó refrenan,
Con corvetas y saltos desiguales
Encienden los hollados pedernales.

XXXVI

Huestes y numerosos guerreadores
Que al rey ayuden en tan grave empresa,
Preséntanle ciudades y señores
De las ricas comarcas que atraviesa.
Así los rios hácense mayores,
Y su caudal en el camino engruesa
Con los arroyos, venas y torrentes,
Que les dan sus raudales trasparentes.

XXXVII

Altivo ya el monarca y orgulloso
De ver tantas banderas á su mando,
Los montes Marianos presuroso
Pasa, del Bétis la mansion hollando:
Del Bétis que risueño y caudaloso
Lo mejor de la España fecundando,
Besa la régia planta y le saluda,
Y á sus hijos convoca á darle ayuda.

XXXVIII

Ya el regio carro rápido pasea
Los campos encantados y verjeles
De Turdetania, do Favonio ondea
Selvas de olivos, bosques de laureles;
Do jamás reina invierno, donde emplea
Eternamente Flora sus pinceles;
Donde el azahar las auras embalsama,
Y altísimos ingenios Febo inflama.

XXXIX

Al fin Híspalis clara en sí recibe
Al monarca y ejército potente,
Y con apoyo tal, torna y revive
De su terror al áfrico inclemente:
A sus valientes junta, y apercibe
Armas, caballos, y tesoro, y gente,
Mirando, del peligro ya olvidada,
A la tierra, al infierno, al cielo en nada.

XL

A marchar contra el bárbaro agareno
Se preparaba el godo poderío,
Cuando el contorno de Híspalis ameno
Tembló, y la márgen del hercúleo rio,
Porque parte del campo sarraceno
Se acerca á provocar el desafío,
Sangre y terror y esclavitud sembrando,
Al ejército hispano despreciando.

XLI

Vense desde los altos torreones
Olivares arder, pueblos, pensiles,
Y entre el humo los árabes pendones,
Y óyense llantos, voces, añafiles.
Huyen abandonando sus mansiones,
Sus riquezas, sus huertas, sus rediles,
Las míseras familias y ganados,
De Híspalis á los muros asombrados.

XLII

Tal, cuando por diciembre turbio brama
Guadalquivir, y la limosa orilla
Rompiendo, en la ancha vega se derrama,
Y al más erguido alcor vence y humilla;
Desde los mismos muros (que alta fama,
No ya poder, conservan) gran Sevilla,
Pálidos ví buscar refugio en ellos
A cuantos moran tus contornos bellos.

XLIII

—La afrenta el godo Rey conoce y siente,
De que no todo el grueso mahometano,
Sino pequeña parte osada intente
Correr, ante su vista, monte y llano.
De purpúreo rubor tiñó la frente;
Que el desprecio es dogal de un soberano,
Y resuelve salir á dar castigo
A la audacia del bárbaro enemigo.

XLIV

De los buenos y honrados caballeros
Junta el corto escuadron: que en grande apuro,
No viles cortesanos lisonjeros
Busca un monarca para estar seguro:
Y á encontrar á los árabes guerreros,
Pasa el rastrillo del hispalio muro,
Pues desaliento entre sus godos mira,
Y á entusiasmarlos con su ejemplo aspira.

XLV

De Tablada en los llanos espaciosos,
Que por la márgen bética se extienden,
Halla á los agarenos orgullosos,
Que al verse acometidos se sorprenden,
Mas no dejan la presa; valerosos
A defenderla impávidos atienden,
Y al pequeño escuadron cargan feroces,
Con duras armas y tremendas voces.

XLVI

Trábase cruda lid, cuando aparece,
Cual precursor del rayo en la tormenta
Relámpago que ardiendo resplandece,
Y el mudo asombro y confusion aumenta,
El Conde fiero. A su presencia crece
De ambas partes la cólera sangrienta;
Pero él, del rostro la visera alzando,
Con tronadora voz, dijo gritando:

XLVII

«Pues, cual nunca esperé, tienes, Rodrigo,
Fuerza y valor para esgrimir la espada;
Ven á batalla singular conmigo,
Y la lid se suspenda comenzada;
Ven de mi brazo á recibir castigo...
O ya que mi honra tienes mancillada,
Y por tí mi virtud yace en el lodo,
Quita la vida á quien quitaste todo.»

XLVIII

Calló, y á su señal el Sarraceno
Deja la lid y á un lado se retira.
Al pronto queda el Rey de asombro lleno,
Que la voz del honor lo torna en ira.
Pone al valor de sus vasallos freno:
La lanza arroja, de la espada tira,
Y así gritando, con la espuela aflige
El corcel, y hácia el Conde se dirige:

XLIX

«Aunque al infame golpe del verdugo
Debe un traidor morir, ya que ponerte
Entre mis manos á los cielos plugo,
Tendrás, sin merecerla, honrada muerte.»
Dijo; y dos bravos toros que aún al yugo
Su furia no rindieron, de la suerte
Que el Conde furibundo y el Monarca.
El Tórmes ve lidiar, en su comarca.

L

En despecho y venganza el Conde arde,
Y aunque al ocaso de la edad se inclina,
Sin peligro encontrar que le acobarde,
Ni un punto en fuerzas ni en valor declina.
De pasadas hazañas hace alarde,
Cual de antiguos trofeos parda encina:
Parece escollo de templado acero,
Y osténtase fortísimo guerrero.

LI

Vergüenza, orgullo, juventud lozana
El alma encienden del Monarca godo:
Desde los muros de Híspalis cercana,
Que le contempla ve su reino todo;
Y que de un vil traidor la furia insana
Es quien osa ultrajarle de tal modo:
Y parece al valor que altivo ostenta,
Laurel despreciador de la tormenta.

LII

Varias veces bramando se embistieron,
Sin encontrar en su furor ventaja:
Peligrosos fendientes repitieron
Y agudos golpes con la punta baja.
De sudor los caballos se cubrieron,
Alzando espuma y ardorosa braja,
Y al fin entre la gola y el almete
Del Conde, el Rey la tersa espada mete.

LIII

Y cuando herido don Julian se mira,
Aunque leve fué el daño, en su hondo pecho
Gimió, y ardiendo en espantosa ira,
Redoblando sus fuerzas el despecho,
Un golpe, y otro, y mil furioso tira
Sobre el yelmo real, y á largo trecho
El penacho y corona al aire saltan,
Y el duro suelo con su brillo esmaltan.

LIV

Pierde aliento Rodrigo: el Conde fiero,
Al ver que el regio casco firme pudo
Burlar el filo del tajante acero
Y de su brazo el ímpetu sañudo;
La espada, cual diestrísimo guerrero,
Soltó, la maza enarboló forzudo,
Y aunque el yelmo á su golpe se sostiene,
A su golpe el Monarca á tierra viene.

LV

A arrojarse sobre él precipitado
Va el Conde, y á dar fin á la contienda,
Cuando de pronto un caballero armado,
Que desde Híspalis viene á toda rienda,
De broquel prevenido, y sin que al lado
Lanza descuelle ó cimitarra penda,
Y cuyo rostro la visera esconde,
Lánzase entre Rodrigo y entre el Conde.

LVI

Este, que á su victoria estorbos halla,
Y quien se atreva á su furor, no advierte
Que viene sin estoque á la batalla
Aquel soldado; y respirando muerte,
La maza esgrime, á cuyo golpe estalla
(Que no es como el del Rey templado y fuerte)
El yelmo, y rotos el encaje y lazos,
Casco y visera saltan en pedazos.

LVII

Y queda, ¡oh confusion! queda patente
De Florinda infeliz el rostro bello;
Y de gallardos rizos el torrente
Los hombros cubre y el armado cuello.
Hielo y mortal palor muestra su frente,
De desesperacion terrible sello,
Y con agudo acento *¡Padre!* grita,
Y al suelo cabe el Rey se precipita.

LVIII

Don Julian, sorpreso, horrorizado,
Un alarido arroja, vuelve el freno,
Y huye, cual si se viera fulminado
De ardiente nube al retumbar el trueno.
Con su imprevista fuga amedrentado,
El escuadron le sigue sarraceno:
Quedan confusos los guerreros godos,
Y á la dama y al Rey acuden todos.

LIX

Los pechos sólo, donde amor reinando
El gran poder ostenta de su llama,
Que las celestes iras despreciando
Entre infortunio y crímenes se inflama,
La emocion que Rodrigo probó, cuando
Tornó á la vida en brazos de su dama,
Lograrán conocer: pintarla excede
Al poder que á mi labio se concede.

LX

Y cuál entre dulcísimas caricias,
De amargura mezcladas y de lloro,
Y entre atroces tormentos y delicias
(Que tal contraste es del amor tesoro)
A tu amador atónito noticias,
Cómo á Toledo y sus salones de oro,
Mujer apasionada, abandonaste,
Y de él en pos venir perdida osaste;

LXI

Y cómo tu belleza encantadora
De Marte con las galas escondiste,
Y sin temer la guerra asoladora
A arrostrar su peligro audaz corriste;
Y cómo al ver la saña vengadora
De tu padre cruel, te estremeciste,
Y entre tu amante y él fuiste muralla,
Término dando á la feroz batalla;

LXII

Quede en su punto aquí, pues que mi acento
De intentar describirlo humilde cede:
Tanta fineza de amoroso aliento
Sólo sentirse, y no pintarse puede.
Almas, á quien el alto firmamento
De la ternura el don fatal concede,
Juzgad ¡ay! lo que pasa en dos amantes
Puestos en circunstancias semejantes.

LXIII

Mas dejemos de amor el eco blando,
Que la trompa guerrera el viento llena
Los cristianos pendones convocando,
Y las haces hispánicas ordena;
Y ya la márgen bética dejando,
A buscar á la turba sarracena
Marchan, y á decidir de fuerte á fuerte
En un combate la española suerte.

LXIV

De escuadras la confusa muchedumbre
Campos inunda, y montes y riberas;
El polvo roba al sol su clara lumbre;
Llenan el viento lanzas y banderas.
Retumba el llano y la fragosa cumbre,
Y el ronco estruendo de las armas fieras,
De relinchos, de trompas y atabales
A las bóvedas cunde celestiales.

LXV

Rodrigo, aunque abatida siente el alma,
Y poco en tanta multitud confia,
Y que ya de perder el cetro y palma
Cercano teme el desastroso dia;
Aparentando del valor la calma,
Hácia el campo fatal las haces guia,
Llevando á su Florinda hermosa al lado,
No ya encubierta en traje de soldado.



CANTO QUINTO

EL EXTERMINIO

I

A la entrada del campo y llano extenso,
Por donde Guadalete se apresura
A dar al mar vecino humilde censo,
Entre adelfas, palmares y verdura;
De huestes godas el concurso inmenso,
Con las tinieblas de la noche oscura
Se detuvo, sentando sus rëales
Sobre varias colinas desiguales.

II

De esparcidas fogatas los reflejos
Que en el opuesto lado relucian,
Y de grande rumor confusos dejos
Que el nocturno silencio interrumpian,
De que no estaba el enemigo léjos
A los caudillos godos advertian;
Y á defender el campo cuidadosos
Con valladar atienden y anchos fosos.

III

Brilló la ansiada aurora en el oriente,
Y el gótico poder y el mahometano
Se encuentran acampados frente á frente,
Teniendo en medio el espacioso llano.
Ambos tocan al arma de repente,
Y la vaga region del viento vano
El són de trompas y añafiles llena,
Y hórrido tierra, y mar, y cielo atruena.

IV

La muchedumbre gótica contiene,
Si no asusta, á los árabes pendones:
De estos la fama y el valor detiene,
Y áun pasma á los hispanos escuadrones.
Ni el uno ni otro campo al llano viene,
Aunque uno y otro ordena sus legiones;
Y largo tiempo en actitud guerrera,
Cada cual verse acometido espera.

V

Confusas voces alza el Sarraceno,
Que cunden por las vegas y collados,
Como retumba pavoroso trueno
Entre los riscos de Pirene helados.
Hondo silencio de presagios lleno
Reina entre los hispánicos soldados,
Cual anunciando horrísona tormenta,
Calma pesada oscuro el aire ostenta.

VI

Pero Tarif, que á la árabe grandeza,
De Muza en nombre, rige y acaudilla;
Ordenando sus haces con destreza,
Y viendo el gran furor que en ellas brilla,
Las exhorta, y exalta su braveza
Empuñando la bárbara cuchilla;
Y su tremenda voz sonó de suerte
Que pareció trompeta de la muerte.

VII

Añafiles, bocinas, atabales
La atmósfera purísima atronando,
Y el grito de las furias infernales
Arrojan á la lid al fiero bando.
El monarca español en sus reales
Venir las huestes áfricas mirando,
A ordenar la falange se apresura,
Para bajar tambien á la llanura.

VIII

La custodia del campo donde deja
Su repuesto, sus tiendas, su tesoro
Y á su hermosa Florinda, á quien aqueja
Hondo pesar y despechado lloro,
Encarga, en tanto que á lidiar se aleja,
Y á contrastar al denodado moro,
Al vil Vernulfo y al traidor don Opas,
¡Oh ceguedad! con sus infames tropas.

IX

Y desde el carro de marfil y acero
De cortadoras hoces erizado,
Que con són de borrasca, más ligero
Que cierzo volador, recorre el prado;
Con rico arnés de claro reverbero,
Y de plumas y joyas adornado,
Cual era entre los godos uso antigo (7),
A sus huestes tambien habló Rodrigo.

X

Ya del acometer la seña dando,
Las numerosas háces precipita
Contra las tropas del contrario bando,
Que vienen á la lid con alta grita.
Nube de agudas flechas, que silbando
Cruzan de entrambas partes, la luz quita
Al sol, el viento gime, y la ancha tierra
Se estremece al bramido de la guerra.

XI

Cual de opuestas montañas se derrumban
Dos hinchados torrentes espumosos,
Y á los profundos valles, que retumban
Con su estruendo, despéñanse furiosos;
Y allí sus aguas, que bramando zumban,
Revuelven, y confúndense hervorosos,
Alzando blanca niebla; así corrieron,
Y así entrambas naciones se embistieron.

XII

Terrible fué el encuentro: parecia
Que los montes riscosos y empinados,
Llegado al universo el postrer dia,
Bajaban al abismo despeñados;
Y oyóse tal estruendo, cual se oiria
Cuando, al ver sus cimientos quebrantados,
Atlántida infeliz huyó del mundo,
Tragándola voraz el mar profundo.

XIII

Nube densa de polvo al aire crece,
Que cielo, tierra, mar borra y confunde:
Cual relámpago el hierro resplandece,
El rumor de la lid cual trueno cunde:
¡Tal cuando Marte atroz los embravece,
Y su fuego discordia les infunde,
Y las insanas furias los acosan,
Tormentas contrahacer los hombres osan!

XIV

De las inmensas huestes de Rodrigo,
Ya enardecidas en feroz combate,
Aunque no son lo que en el tiempo antigo,
Y aunque sangre enviciada en ellas late,
Ni el poder ni el furor del enemigo,
El renacido y noble aliento abate:
¡Tanto el llamarse godo y ser de España,
Honra da en la ocasion, esfuerzo y saña!

XV

De abisinios y negros etiopes
Desbandadas escuadras, do campean
Estaturas y esfuerzos de ciclopes,
Cercar el flanco gótico desean;
Y girando en carreras y galopes
Casi lo desbaratan y rodean;
Pero detienen su gallarda furia
Los leves hijos del florido Turia,

XVI

Que unidos á los diestros baleares,
Cuyas hondas jamás el tiro erraron,
Saliendo de unas quiebras y ramblares,
Sobre ellos de improviso descargaron;
Y con flechas y piedras á millares
A los bárbaros rudos destrozaron,
Que el Nilo en sus riberas ve feroces
Insultar á la luz con necias voces.

XVII

Cerrada y gruesa hueste de egipcianos,
Con largas picas y luciente malla,
Intenta penetrar de los cristianos
El poderoso cuerpo de batalla;
Mas su teson y esfuerzos serán vanos,
Que el godo cual fortísima muralla,
Restos de la romana disciplina,
El choque á resistir se determina.

XVIII

En el ala siniestra en tanto audaces
Al gétulo y masilio caballero
Del Bétis cargan las ecuestres haces,
Cubiertas de armas de templado acero.
Unos y otros resisten pertinaces;
Crece la llama del combate fiero,
Y pretal con pretal, lanza con lanza,
Terrible es de ambas partes la matanza.

XIX

El jóven Teudo con furor pelea,
Y es su brazo ministro de la muerte:
Un pezeño de Córdoba espolea
Rugero, tan gallardo como fuerte.
Aunque anciano Tadmiro, audaz rodea
La aguda espada con dichosa suerte,
Y á Moraicel, asombro del levante,
Destrózale la adarga y el turbante.

XX

Malec asirio con Arnaldo cierra,
Y con la cimitarra de Damasco
(Que de temple mejor no entró en la guerra,
Y que abriera un durísimo peñasco)
Del alto potro lo derriba en tierra,
La pelta hendida y abollado el casco;
Mas con la tersa espada de Toledo
Dió Ervigio noble fin á tal denuedo.

XXI

Abencerraj, tremendo, en otra parte
La maza esgrime de nudosa encina,
Y á los furiosos golpes que reparte,
Las góticas escuadras extermina.
Ni detenerle consiguiera Marte;
Pero Eurico, de fuerte coracina
Vestido y de valor, á hallarle viene,
Y con la pica su furor detiene.

XXII

Por donde el carro de Rodrigo pasa,
No hay resistir, y rápido parece
Bramador huracan que el monte arrasa,
O llama que entre pinos se embravece.
Por otra parte, cuanto encuentra, abrasa
De Tarif el alfanje, y resplandece,
Como el rayo de Dios, cuando arruina
Gigante torre ó colosal encina.

XXIII

Lago horrendo de sangre es la llanura,
De armas y de cadáveres henchido;
Es todo Guadalete sangre oscura,
Y de él se aleja el mar estremecido.
Aún indecisa la batalla dura,
Y en medio de los aires suspendido
El Angel del Señor, pasmado ignora
A quien lleva la palma triunfadora.

XXIV

Igual á cada parte el sol fulgente
Cinco veces miró la lid reñida,
Hasta que al fin por la cristiana gente
Vió á la ciega fortuna decidida.
Desmaya roto el áfrico valiente,
Victoria el pueblo gótico apellida,
Y en todos lados las lunadas colas
Póstranse á las banderas españolas.

XXV

Entónces los intentos infernales,
Que desde tiempo tanto Opas medita,
Descubre; y á Vernulfo y sus parciales
Primero arenga, y contra el Rey excita:
Despues en cuantos guardan los reales,
El miedo siembra, la codicia irrita;
Y cuando al robo y la traicion provoca,
Tu nombre, ¡oh santo Dios! suena en su boca.

XXVI

«¿Así la sangre goda se prodiga,
Para que intruso Rey en torpes vicios,
Manchando el nombre de los godos siga,
Y cavándole nuevos precipicios?
Nuevos; pues aunque el triunfo se consiga
Despues de tan costosos sacrificios,
España queda en brazos de la muerte,
Africa entera, y ofendida, y fuerte.

XXVII

»De Dios el brazo sus invictas haces
Ha conducido de la España al suelo;
¿Por qué pues demostrarnos pertinaces
Contra inmutable voluntad del cielo?
Lograr podemos ventajosas paces,
Y hacer menor de nuestra patria el duelo,
A Rodrigo vicioso abandonando
Y á cuantos siguen su ominoso bando.

XXVIII

»En medio de tan recios temporales
Salud busquemos, y áun fortuna nueva:
Grandes tesoros hay en los reales,
De la avaricia de Rodrigo prueba.
Pues sudor vuestro son riquezas tales,
Y lo propio cobrar nadie reprueba,
Tomadlas sin tardar, cobradlas luégo,
Y el campo y valladar consuma el fuego.

XXIX

»Estos soberbios pabellones ardan,
Contra quien Dios pronuncia el anatema,
Porque la causa vergonzosa guardan,
Que nos ha puesto en ocasion extrema.
Qué?... aún piedad y respeto os acobardan?
Yo os juro que de Dios la ira suprema
Ministros de venganza os ha elegido:
Incendiad este campo corrompido.

XXX

»Y volemos á unir nuestros pendones
Con los del conde don Julian: el modo
Es este de encontrar con las naciones,
Que al cabo han de vencernos, acomodo.
Sus fuertes y valientes escuadrones
No se han movido contra el pueblo godo,
Sí en ayuda del Conde, á dar castigo
A los crímenes torpes de Rodrigo.»—

XXXI

Dijo, y robado el campamento habian
Las tropas de traidores roto el freno;
Y en desórden confuso descendian
A dar auxilio al Conde y Sarraceno;
Y altas llamas las tiendas consumian,
Dejando el campo de clamores lleno,
Cuando empezó á mostrarse la fortuna
Contraria á los pendones de la luna.

XXXII

Las huestes vencedoras que escucharon
A su espalda el rumor y vocería,
A inesperado ataque imaginaron
Que nueva gente bárbara venia.
Tornan, y cuando atónitos miraron
La llama que su campo consumia,
Su arrojo triunfador espanto mudo
Vuélvese, y hielo su ímpetu sañudo.

XXXIII

Nótanlo los vencidos musulmanos,
Y aunque temen al ver en la llanura
Nuevas huestes bajar de los cristianos;
Como el Conde traidor los asegura,
Alarido feroz alzan ufanos,
Recobran luégo su infernal bravura,
Y mirando á su lado á los traidores,
Tórnanse de vencidos vencedores (9).

XXXIV

Ya no fué lid, fué bárbara matanza
Y exterminio y horror, y completarse
De las iras celestes la venganza,
Y el godo imperio en muerte desplomarse.
Huye de toda Hesperia la esperanza,
Ni ya de salvacion camino hallarse
En el valor ó en la constancia puede,
Que al destino inmutable todo cede.

XXXV

Aún hay, aún hay, quien en furor ardiendo
El nombre godo con teson mantiene,
Y quien muerte á deshonra prefiriendo,
Todo el poder del Africa contiene.
Donde Rodrigo asiste, allí el horrendo
Combate encarnizado se sostiene,
Miéntras que los cobardes torpe muerte
Hallan, huyendo en vano de la suerte.

XXXVI

Mas ¿quién es aquel jóven que el primero
Con tal teson persiste en la batalla,
Y contra el campo musulman entero
Se ostenta cual fortísima muralla?...
Desde el principio del combate fiero
Turbantes destrozando, hendiendo malla,
Fué brazo de la muerte, y ahora ufano
Ultimo apoyo del imperio hispano.

XXXVII

A un alazan fortísimo embravece,
Que con feroz aliento el aura inflama:
Su peto sol en el zenit parece,
Sus ojos arden con celeste llama:
Sobre su rico yelmo resplandece
Claro lucero, que esplendor derrama,
Y de su invicta espada en la cuchilla
La hermosa luz de la esperanza brilla.

XXXVIII

Anhelosa lo sigue á toda parte
Con ojos que el dolor y el llanto empaña,
Y sin que de él un punto los aparte,
La sin ventura moribunda España.
Tiembla de verle entre el furor de Marte,
Aunque se goza al admirar su saña;
A él sólo atiende en tan fatal desmayo:
¡Ay, que es el gloriosísimo Pelayo!!!

XXXIX

Salve, hijo de Favila, á quien el cielo
Destina á restaurar el nombre hispano:
Hoy es el dia de exterminio y duelo,
Y contrariar no puedes al arcano:
El de reparacion y el de consuelo
Brillará, y tu valor no será en vano:
Guárdate, deja ya la lid perdida;
Que es de la patria tu preciosa vida.

XL

Ni de Pelayo la invencible lanza,
Ni del honrado Ervigio y de los buenos
El tenaz resistir dan ya esperanza
De atajar á los bravos sarracenos.
Espantosa es de godos la matanza,
De la tierra infeliz los hondos senos
Empapados en sangre retemblaron,
Ayes tristes los aires asordaron.

XLI

A los remotos mares de occidente
El sol horrorizado descendia;
En calma estaba el abrasado ambiente,
Nube cárdena el cielo oscurecia;
De tarde en tarde lampo refulgente
El lejano horizonte confundia;
Bramaba sordo el retumbante trueno,
De terrores el mundo estaba lleno.

XLII

La cuadríga del carro del Monarca
Anhelante no encuentra ya camino
Sobre tantos despojos de la Parca,
Que embarazan el eje diamantino.
En sangre la falcada rueda encharca,
Y el pesado timon de fuerte pino
Rompe, y tropieza respirando espuma,
Y en vano el crudo látigo la abruma.

XLIII

El llanto del despecho la faz moja
Del triste Rey. De la corona rica
Y del soberbio manto se despoja,
Salta del carro, y sangre le salpica:
El cetro, que el Señor le quita, arroja:
Furioso empuña una fornida pica,
Monta en caballo que aventaja al viento,
Y corre al incendiado campamento.

XLIV

Mas, dónde, dónde va?... ¡Desventurado!
Vuelve á morir, ¡oh mísero Rodrigo!
¿No ves que el crudo cielo está cerrado
A toda compasion para contigo?
¿Juzgas que algun consuelo te ha dejado,
Y contra su furor algun abrigo?
Aún no conoces tu tremenda suerte:
Sólo un remedio ya te resta, muerte.

XLV

Cuando ves desplomarse tu alto imperio,
Y cómo te han vendido los traidores;
La flor y gloria del distrito hesperio
Yacer muertas de Marte á los furores;
Tu patria en espantoso cautiverio,
Y tu fama entregada á los horrores
De eterna execracion; ¿juzgas que el hado
El consuelo de amor te ha conservado?

XLVI

En su seno la dicha encontrarías
Al lado de Florinda, en el desierto,
Sin echar ménos los pasados dias,
De tosca piel y oscuridad cubierto;
Y aún dulcísimas horas gozarias,
Sin temer de Fortuna el rostro incierto;
Como sueños viniendo á tu memoria
Vagos recuerdos de tu imperio y gloria.

XLVII

Vagos recuerdos, que el crisol ardiente
De recíproco amor purificando,
El desprecio trajeran á tu mente
De mundo, hombres, riquezas, gloria y mando;
Y que un momento áun tu tranquila frente
De tinta melancólica bañando,
Te hicieran en el seno de tu hermosa
Verter alguna lágrima preciosa.

XLVIII

Del campo el fuego ya casi extinguido,
Al monarca infeliz fatal señuelo,
Preside entre fragmentos esparcido
A las venganzas últimas del cielo,
Ya han los feroces moros recorrido
Las cenizas y restos de aquel suelo,
Y entre troncos y telas abrasadas
Aun cebado sus bárbaras espadas.

XLIX

Allí queda ya solo el Conde fiero,
Que de su horrendo crímen abrumado,
De la llama al reflejo postrimero
Las rüinas recorre ensangrentado;
Y entre tanto cadáver, que el acero
Y el incendio voraz han destrozado,
Nuevas de su hija inquiere sin provecho,
Agotando la copa del despecho.

L

Tal de tirano vil sombra sangrienta,
Entre sepulcros que pobló su ira,
Al lampo aterrador de la tormenta,
Acaso en la espantosa noche gira.
Allí del exterminio aún se alimenta,
Y sangre y rabia aún con furor respira;
O allí privada del descanso eterno
Apura los suplicios del infierno.

LI

Don Julïan con ojos centellantes
Del régio pabellon ve la rüina,
Y sus muertas cenizas humeantes
Angustioso revuelve y examina.
Entre cuerpos ha poco palpitantes,
Y entre espantables bultos imagina
Ver el cadáver de una hermosa dama,
Cuya cabeza consumió la llama.

LII

Pásmasele la sangre, y confundido
Sus miembros de sudor inunda helado;
Y tiembla, y pierde fuerzas y sentido,
Yerto el cabello, el corazon ahogado.
Aunque á saber no acierta quién ha sido
Aquel cuerpo infeliz medio quemado,
Conmocion horrorosa su alma agita,
Y gimiendo sobre él se precipita.

LIII

Hallarse allí con Julïan pudiera
El infeliz Rodrigo, si ya el cielo,
Ablandado tal vez, no le opusiera
Piadoso estorbo á su engañado anhelo;
Pues ya casi en los límites se viera
De aquel fatal y desastroso suelo,
Cuando escuadron de infieles sobrevino,
Que le embiste, atajándole el camino.

LIV

Aunque incógnito y solo allí se mira,
Y sin mengua fugarse puede acaso,
No olvida que fué rey; y ardiendo en ira,
Trata de abrirse con las armas paso.
A llegar á sus tiendas sólo aspira,
Que aún humo esparcen por el aire raso;
Y al potro acosa con la aguda espuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LV

Mas ¡ay! que es uno, los contrarios ciento,
Y ni paso ni fuga encontrar puede.
Revuelve á todos lados con aliento,
Y en constancia y valor ni un punto cede.
Aunque su decision y su ardimiento
Al de un oscuro caballero excede,
No acierta que combate con Rodrigo,
Y le cerca y le estrecha el enemigo.

LVI

Mas como allá en el circo sevillano
Suele un toro retinto, cuando advierte
Que la vida salvar intenta en vano,
Cara vender la inevitable muerte;
Y embiste audaz al peloton galano
De hombres y de caballos, de tal suerte
Que de sangre y despojos la ancha árena,
Y de terror al gran concurso llena;

LVII

Fin glorioso el monarca así buscando,
Vibra y revuelve la nudosa lanza,
Y potros y jinetes arrollando,
Muestra hasta dónde su denuedo alcanza.
Dos, cuatro, seis infieles derribando,
De los demás enciende la venganza,
Que armas diversas con furor esgrimen,
Y le estrechan, le atajan y le oprimen.

LVIII

Resiste en vano el despechado godo,
Hasta que aún más que herido, fatigado,
Pierde el arzon, y en el sangriento lodo
De fuerzas y sentidos cae privado.
Así vencido y destrozado todo,
El bárbaro escuadron apresurado
De Guadalete las riberas deja,
Y su hueste á buscar veloz se aleja.

LIX

Reina silencio grande en aquel llano,
Do murió la española monarquía,
Y donde hundido el godo soberano
En desmayo letárgico yacia.
El ejército altivo mahometano
A Híspalis triunfador se dirigia,
Los restos de la gótica grandeza
Persiguiendo con hórrida fiereza,

LX

Ya de la oscura noche el carro lento
Se acercaba á los mares de occidente,
Cuando en sí torna y al vital aliento
El infeliz Rodrigo de repente,
Porque oye acaso un dolorido acento
Que conmoviendo el silencioso ambiente,
Cual débil voz de congojosa dama
Entre sollozos le despierta y llama.

LXI

Torna en sí, y recobrando sus sentidos
Ve una hermosa mujer y un noble anciano,
Ambos de blancas túnicas vestidos,
Que lentos cruzan por el aire vano;
Y sintiendo en el alma hondos latidos,
Reconoce el semblante soberano
De su Florinda, en quien delante tiene,
Y que es Ruben el que con ella viene.

LXII

Hácia su amor los brazos encamina,
Y estrecha, ¡ay triste! el vagaroso viento:
Tiende á Ruben la mano, y blanquecina
Niebla encuentra, y no más, su amigo intento.
Pero una y otra sombra allí vecina
Siempre ve junto á sí, y el sordo acento
Oye con que una y otra sollozando,
¡Rodrigo! sin cesar están clamando.

LXIII

Advierte que al un lado se desvian,
Y que le llaman. Síguelas ansioso,
Pues gimiendo parece que porfian
En sacarle del campo desastroso.
Por entre los cadáveres le guian,
Y ya del Guadalete sanguinoso
Con ellas apartado, llega á un monte,
Cuando el alba argentaba el horizonte.

LXIV

La luz disipa el prodigioso encanto:
Queda Rodrigo solo; y su postrera
Fortuna, envuelta en misterioso manto
El cielo quiso que ignorada fuera (10).
¿Quién podrá descubrirla?... No osa tanto
Mortal ninguno... Pero no pudiera,
Amante y rey, en tan horrenda suerte,
Otra encontrar más grata que la muerte.

Malta, 1826

(1) El arzobispo don Rodrigo en el lib. III, cap. 17, y despues de él la *Crónica general de España* que mandó componer el rey don Alonso el Sabio, refiere así esta aventura en la parte segunda, cap. 55: «En la ciudad de Toledo habia un palacio que estaba siempre cerrado tiempo habia ya de muchos reyes, é tenie muchas cerraduras; é el rey Rodrigo fizol abrir, porque cuidaba que yacie y algun haber en él. Mas cuando el palacio fué abierto, non fallaron en él ninguna cosa, sinon una carta otrosí cerrada, é el rey mandóla abrir, é non fallaron en ella sinon un paño pintado, que estaban en él escriptas letras latinas que decien así: *Cuando aquestas cerraduras serán quebradas, é el palacio é el arca serán abiertos, é los que y yacen, lo fueren á ver, gentes de tal manera como en el paño están pintados, entrarán en España, é la conquerirán é serán ende señores.* E el rey, cuando aquello vió, pesol mucho, porque palacio ficiera abrir, é fizo cerrar el arca é el palacio así como estaba de primero; é en aquel paño estaban pintados homes de caras, é de parescer, é de manera, é de vestidos, así como agora andan los alárabes, é tenien las cabezas cubiertas con tocas, é estaban caballeros en caballos, é los vestidos eran de muchos colores, é tenien en las manos espadas, é señas, é pendones alzados. E los ricos-homes é el rey fueron espantados por aquellas pinturas que así habien visto.»

Uno de nuestros más antiguos romances cuenta este caso del modo siguiente:

Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar.
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar,
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El rey no puso el candado,
Mas todos los fué á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa,
Nada otro fuera hallar,
Sino letras que decian:
Rey has sido por tu mal;
Que el rey que esta casa abriere,
A España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar:
Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de más mirar:
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar.

(2) Las primeras octavas del canto tercero fueron escritas á bordo del bergantin inglés *Æschylus* el mes de enero del año 1825, en el Estrecho de Gibraltar, viniendo el autor de Lóndres con objeto de detenerse pocos dias en aquella plaza, y continuar su viaje á Italia.

(3) Taric ben Zeyad hizo la primera entrada ó reconocimiento en la costa de Andalucía, por órden de Muza, en la luna de Ramazan, año 91 de la egira, es decir, en julio de 710; y la segunda, por la punta de Gezira Alhadra, que se llamó despues, en honor suyo, Gebal Taric (Gibraltar) ó monte de Taric, el dia 5 de la luna de Rageb del año 92. Así resulta de las crónicas árabes que recogió Conde en la *Historia de la dominacion de los árabes en España*; pero Mariana dice positivamente que sucedió lo último el año 713 de Jesucristo.

(4) Sabido es que la discordia de Zegríes y Abencerrajes facilitó la conquista de Granada á los Reyes Católicos. Es digna de leerse la relacion poética de las disensiones de estas dos familias, que escribió, con el título de *Guerras civiles de Granada*, Ginés Perez de Hita en dos volúmenes en octavo.

(5) En Córdoba se cuenta una conseja de un cierto moro Abhen-Halí, que dicen se mató por celos de su querida en los jardines del antiguo alcázar, hoy huerta de la Inquisicion. Añaden que está enterrado al pié de un antiquísimo naranjo que allí existe, junto al viejo muro y torreones que por aquella parte dominan al rio.

(6) «Juntóse á este llamamiento gran número de gente: los que ménos cuentan, dicen fueron pasados de cien mil combatientes. Pero con la larga paz, como acontece, mostrábanse ellos alegres y bravos, blasonaban y áun renegaban; mas eran cobardes á maravilla, sin esfuerzo y áun sin fuerza para sufrir los trabajos é incomodidades de la guerra: la mayor parte iban desarmados, con hondas solamente ó bastones.» MARIANA, lib. VI, cap. 23.

No se diferencia mucho lo que sobre el particular cuentan las crónicas de los árabes, las cuales dicen, que llegó Ruderic (Rodrigo) á los campos de Sidonia con un ejército de noventa mil hombres, número cuádruplo del de los muslimes; aunque éstos les llevaban gran ventaja en la disciplina y armas. En la *Historia verdadera del rey D. Rodrigo*, compuesta, á lo que suena, por Abulcacim Tarif Abentarique, se aumenta el número de los árabes haciendolos subir á *ciento y ochenta mil hombres de á pié y cuarenta mil de á caballo, sin mucha más gente que servia en el ejército de lo necesario:* miéntras el de D. Rodrigo es sólo de veintitres mil hombres de á caballo y ciento treinta mil infantes. Cito dicha *Historia* que anda en manos de todos, para hacer ver cuán justamente la calificó Conde de *absurda fábula, publicada por el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia y su impudente osadía literaria.*

(7) «El rey Rodrigo andaba entónces con su corona de oro en la cabeza, é vestido de paños de peso en un lecho (*Mariana lo llama* carro) de marfil que llevaban dos mulos; ca así era entonces costumbre de andar los reyes de los godos.» *Crónica general*, parte segunda, cap. 55. Las de los árabes dicen tambien, que en la batalla de Guadalete el rey se presentó los primeros dias al combate en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, llevando su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, y con una clámide de púrpura bordada de oro.

»En carro de marfil, envuelto en sedas,
La frente orlada en oro, y más dispuesto
Al triunfo y al festin, que á la pelea,
El sucesor indigno de Alarico
Llevó tras sí la maldicion eterna.» (QUINTANA en la tragedia de *Pelayo*).

(8) Sigo en esto á fray Luis de Leon, cuando dice en la *Profecía del Tajo:*

«El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena,
Igual á cada parte:
La sexta, ¡ay! te condena,
Oh cara patria, á bárbara cadena.»

Segun Mariana, fueron siete los dias que duró la pelea, ó las escaramuzas, como él lo entiende, y al octavo se dió la batalla campal, conformándose con la *Crónica general*, cuyas palabras son: «Así comenzaron la fazienda, é duró ocho dias, que nunca ficieron sinon lidiar de un domingo fasta otro.»

Ni nuestros poetas ni nuestras crónicas van de acuerdo con lo que refieren los árabes en las suyas, pues ellos sólo dan la duracion de tres dias á la pelea.

(9) «La victoria estuvo dudosa hasta gran parte del dia sin declararse; sólo los moros daban alguna muestra de flaqueza, y parece querian ciar y áun volver las espaldas, cuando D. Opas (¡oh increible maldad!) disimulada hasta entónces la traicion, en lo más recio de la pelea, segun que de secreto lo tenia concertado, con un buen golpe de los suyos se pasó á los enemigos.» MARIANA *en el lugar ántes citado.*

Coinciden las crónicas árabes en cuanto dicen que estuvo indecisa la victoria tres dias, y que el tercero, viendo Taric que flaqueaban los suyos, los exhortó á morir peleando; con lo que animados, consiguieron un completo triunfo, persiguiendo despues otros tres dias á los restos del ejército cristiano.

(10) «Mas los cristianos lidiando é seyendo ya los más dellos muertos, é los otros fuidos, no sabe home que fuese fecho del rey don Rodrigo en este tiempo deste comedio; pero la corona, é las vestiduras é la nobreza real, é los zapatos de oro é de piedras preciosas, é el su caballo, al cual decien Orella, fueron fallados en un tremedal cerca del rio Guadalete sin el cuerpo.» CRÓNICA GENERAL *en el capítulo arriba indicado.*

Dicha *Crónica*, Mariana y otros historiadores añaden, que en Viseo de Portugal se halló doscientos años despues el sepulcro de don Rodrigo, por donde se entiende, que salido de la batalla, huyó á aquel reino. Difiere de esta la relacion de los árabes, que dan por cierto haber muerto Taric por su mano, el tercer dia del combate, á don Rodrigo, á quien conoció por el caballo y las insignias, mandándole cortar la cabeza, que envió en presente á Muza.



LA MALEDICENCIA

Ya perfume del ambiente,
O ya del jardin estrella,
Lozana rosa descuella
Cuando el sol dora el oriente.
Mas ¡ay! ponzoñoso diente
De insecto alevoso y vil
Muerde su tallo gentil,
Su luz virginal marchita,
Y del trono precipita
A la reina del pensil.

En su seno de cristal,
Puro y sin mancha ninguna,
Ostenta limpia laguna
Otro sol, al sol igual;
Cuando asqueroso animal,
Que anfibio entre juncos yace,
En destrozar se complace
De los cielos el trasunto:
Lánzase al agua y al punto
Todo el encanto deshace.

La luna resplandeciente,
Rico celestial topacio,
Vence en el inmenso espacio
A la estrella más luciente;
Y cuando al orbe un torrente
Da de hermosa claridad,
Mueve el viento sin piedad
Un oscuro nubarron,
Que mancha tal perfeccion,
Que ofusca tal majestad.

Lozana y fragante rosa,
Tranquila y clara laguna,
Bella y esplendente luna
Es la opinion de la hermosa.
Y la lengua mentirosa,
Que deslustra esta opinion
Hiriéndola sin razon,
Es el insecto alevoso,
Es el anfibio asqueroso,
Es el negro nubarron.

1825

ENVIANDO UN RAMO DE FLORES A UNA DAMA ENFERMA

Dén á tus ojos contento
Con sus risueños colores
Esas olorosas flores,
Y den bálsamo á tu aliento.
Ornato de tu aposento
Brillen con solicitud:
Y ¡ojalá! que tal virtud
El cielo les concediera,
Que su presencia te diera,
Bella ingrata, la salud.

1825

EL FARO DE MALTA

Envuelve al mundo extenso triste noche,
Ronco huracan y borrascosas nubes
Confunden y tinieblas impalpables
El cielo, el mar, la tierra:

Y tú invisible te alzas, en tu frente
Ostentando de fuego una corona,
Cual rey del cáos, que refleja y arde
Con luz de paz y vida.

En vano ronco el mar alza sus montes
Y revienta á tus piés, do rebramante
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra
El abrigo del puerto:

Tú, con lengua de fuego, *aquí está*, dices,
Sin voz hablando al tímido piloto,
Que como á númen bienhechor te adora,
Y en tí los ojos clava.

Tiende apacible noche el manto rico,
Que céfiro amoroso desenrolla,
Recamado de estrellas y luceros;
Por él rueda la luna.

Y entónces tú, de niebla vaporosa
Vestido, dejas ver en formas vagas
Tu cuerpo colosal, y tu diadema
Arde al par de los astros.

Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde
Rocas aleves, áridos escollos;
Falso señuelo son, lejanas lumbres
Engañan á las naves.

Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,
Tú, cuya inmoble posicion indica
El trono de un monarca, eres su norte,
Les adviertes su engaño.

Así de la razon arde la antorcha,
En medio del furor de las pasiones
O de aleves halagos de fortuna,
A los ojos del alma.

Desque refugio de la airada suerte
En esta escasa tierra que presides,
Y grato albergue el cielo bondadoso
Me concedió propicio;

Ni una vez sola á mis pesares busco
Dulce olvido del sueño entre los brazos,
Sin saludarte, y sin tornar los ojos
A tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares
Al par los tornarán!... tras larga ausencia
Unos, que vuelven á su patria amada,
A sus hijos y esposa:

Otros prófugos, pobres, perseguidos;
Que asilo buscan, cual busqué, lejano,
Y á quienes que lo hallaron, tu luz dice,
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte á los bajeles,
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde
Me traen nuevas amargas, y renglones
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho
Destrozado y hundido en amargura,
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas
Huyendo inhospitables, contrastado
Del viento y mar entre ásperos bajíos,
Ví tu lumbre divina:

Viéronla como yo los marineros,
Y olvidando los votos y plegarias
Que en las sordas tinieblas se perdian,
Malta!!! Malta!!! gritaron;

Y fuiste á nuestros ojos la aureola,
Que orna la frente de la santa imágen,
En quien busca afanoso peregrino
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidaré, jamás... Tan sólo
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre
La benéfica llama,

Por la llama y los fúlgidos destellos,
Que lanza, reflejando al sol naciente,
El Arcángel dorado, que corona
De Córdoba la torre.

Malta, 1828

A LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE SANTA CRUZ

EN LA BODA DE SU HIJA TERCERA

DOÑA FERNANDA DE SILVA Y GIRON

No sonará mi acento
En el nupcial festin. ¡Ay!... no me es dado
Del insigne Mirisco (1) al dulce lado
Su cítara pulsar encantadora,
Y enriquecer el viento
Con altos versos y con voz sonora.

¡Oh! si el poder del númen que me inspira,
Y de amistad el fuego sacrosanto,
Que arde en mi pecho, á mi olvidada lira
Dieran tal vuelo y á mi rudo canto,
Que sus ecos llegaran
A la orilla del regio Manzanares...
¡Cuál mis fervientes votos resonaran,
Unidos de Mirisco á los cantares!

En el risueño dia
En que Fernanda tímida, inocente,
En las aras del Dios omnipotente
Jura constante amor á un tierno esposo,
Ilustre y venturoso;
Yo su beldad y gracia cantaria.
Yo, que la ví de la apacible cuna
Salir del mar de Cádiz en la orilla;

Y como al lado de la blanca luna
La estrella esplendorosa
De amor adorna el cielo y pura brilla,
Brillar al lado de su madre hermosa.

Yo, que en la márgen del soberbio Sena
La ví crecer, cual crece
Tallo gentil de cándida azucena,
Que el blando aliento de las auras mece.
Yo, en fin, que cuando el áspero destino
Me arrancó fiero á mis paternos lares,
Arrastrándome al hórrido camino
De amargura y dolor, del Manzanares
La ví ninfa gentil; y reclinada
De su madre adorada
En el cándido seno, parecia
Cabe rosa esplendente
Medio abierto pimpollo, que lozano
Al rojo amanecer de hermoso dia,
Muestra el matiz de pudorosa frente,
De perlas lleno y de beldad riente.

En el eco lejano
De mi voz sonaria
La dicha excelsa del esposo ufano,
Y de la abuela y padres la alegría;

(1) El Excmo. Sr. Duque de Frias, *Mirisco* entre los arcades de Roma, que escribió al mismo asunto una bellísima composicion.

Y la esperanza altísima, que nace
Con tan ilustre enlace,
De nuevos héroes á la patria mia.

Mas ¡ay! mi voz ahogada
Del infortunio por la mano helada,
No puede allá volar, ni aspira á tanto;
Y acostumbrada al llanto,
No acierta á dar al viento
Dulces himnos de júbilo y contento.

Tranquilos vates que las cuerdas de oro,
De la patria en las selvas y jardines,
Os es dado pulsar, y en alto coro
Cantar la pompa y celebrar festines;
Alzad la voz, miéntras airada suerte
Me condena al silencio de la muerte.

¡Al silencio!!! Y ¿por qué?... Cuando gozosos
Arder la sacra antorcha de Himeneo,
Y su tercer trofeo
Alzar amor en lazos venturosos,
Ven por tercera vez en sus salones
De Santa Cruz los ínclitos Marqueses;
Cuando barras, castillos y leones
Esperan nuevos héroes, cuyas glorias
Reproduzcan altísimas memorias;
Yo olvido de fortuna los reveses,
Arde mi mente en estro sacrosanto,
Brota mi rudo labio són divino,
Y es á mi pecho necesario el canto,
Como el agua al sediento peregrino.

Sí, cantaré. ¿Qué importa que no suene
Allá en Madrid mi dolorido acento?
¿Qué importa que no llene,
Entre los bríndis y el clamor sonoro
De himnos de gozo y voces de contento,
Un soberbio arteson de cedro y oro?
Sonar la voz del infortunio debe
Con más solemnidad, y en otra escena,
Cuando amistad lo arroba y enajena,
Y á entonar cantos de placer se atreve.

Sí, cantaré sobre estas, que combate
Ronco el púnico mar, peñas desnudas,
Y so la inmensa bóveda del cielo.
El santo fuego que en mi pecho late,
Engrandece mi voz, entre las mudas
Terribles sombras del nocturno velo;
Y las estrellas, contra mí sañudas,
Y la luna menguante
Iluminan mi pálido semblante,
Y brillan en las lágrimas que lloro,
Y de mi lira en el marfil y el oro.

Las gracias, los amores,
La virtud, la alegría
Vengan tan fausto dia,
Fernanda, á celebrar;

Y de virgíneas flores
Coronen tu alma frente,
Que como el sol naciente
No halla en el Orbe par.

El fuego honesto y puro
Que arde en tu pecho hermoso,
Mereciendo dichoso
Paterna bendicion;

Sea manantial seguro
De placeres sin cuento,
Y siempre con aumento
Arda en tu corazon.

Bendiga el santo cielo
Tu enlace y lo fecunde,
Para que en bien redunde
Del imperio español,

Que espera con anhelo
Bazanes y Girones,
Que lleven sus pendones
Por cuanto alumbra el sol.

Girones y Bazanes,
Que cual Hércules nuevos,
Puedan, cuando mancebos,
Las sierpes sofocar;

Y entre sabios afanes
Crezcan, y á las Españas
Con virtudes y hazañas
Consigan restaurar.

Vence el rugir del mar mi altivo acento,
Y se dilata por su espacio undoso:
Sobre las alas rápidas del viento
Mi canto numeroso
Llega á las playas donde fué Cartago,
Y entre el estruendo vago
De las olas que rómpense en la arena,
O entre ásperos bajíos,
Suenan los versos mios,
Y el dulce nombre de Fernanda suena.

Sopla el austro fogoso,
Y su nombre y mis versos arrebata,
Entre celajes de luciente plata,
A la cumbre del blanco Lilibeo,
Cárcel ardiente ó bramadora tumba
De los furores del audaz Tifeo;
Y al nombre de Giron esclarecido
Que entre sus riscos cóncavos retumba,
Callan su ronco hervor y su ladrido
Scila y Caribdis de respeto llenas,
Conmuévese Trinacria, y mis cantares
Ledas, cruzando los desiertos mares,
Repiten seductoras las Sirenas...

Mas ¿qué rumor vecino,
Llenando al mudo viento,
Viene á turbar el éxtasis divino,
Y á sorprender mi entusiasmado aliento?
¿Es el breton soldado
Que en los adarves usurpados grita,
De orgullo, astucia y de opulencia armado?

¿Es el rudo piloto moscovita,
Que á zarpar se apresura
Entre las sombras de la noche oscura,
No para dar el rumbo al mar helado
Y á saludar á su aterida tierra;
Sino á llevar el exterminio y guerra,
Y el devorante fuego,
Mintiendo amparo al oprimido griego,
En sus toscos bajeles,
Preñados de ambicion y orgullo insano,
Al caduco otomano,
Y del torpe serrallo á los verjeles (1)?

No; que es más noble estruendo
El que en torno rimbomba y sordo cunde,
Pues nuevo ardor difunde
En mi mente, mi canto engrandeciendo.
De los sepulcros venerandos nace,
Que del gran Precursor el templo santo,
Que Malta alzara en su pasada gloria,
Ornan el pavimento y rico muro
De terso mármol y de bronce oscuro,
Entre lauros eternos de victoria
Y nobles timbres del infiel espanto,
Que en respetar el tiempo se complace.

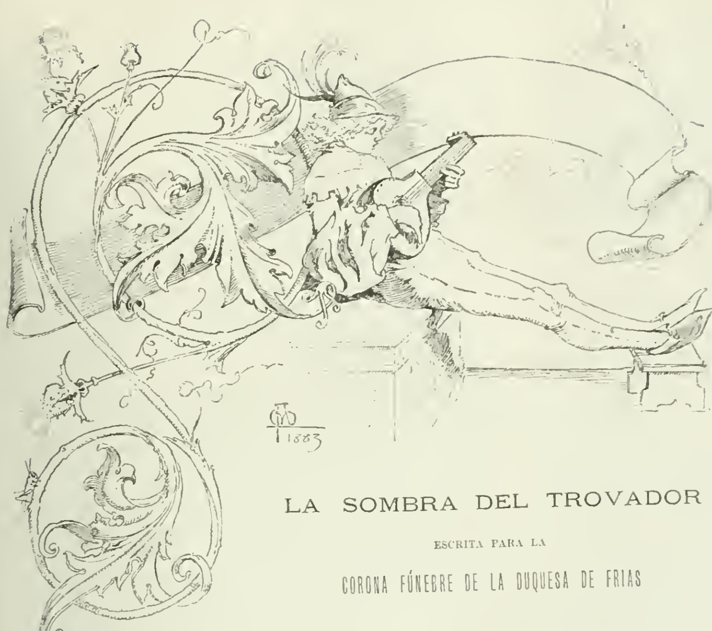
(1) Se escribian estos versos en el momento en que la escuadra rusa, al mando del almirante Heyden, daba la vela para Navarino.

De los sepulcros nace, que entre tanto
Sepulcro de famosos campeones
De todas las católicas naciones,
Héroes hispanos guardan en su seno;
Y en cuyas letras, que la edad no empaña,
Nombres de horror al torvo Sarraceno,
Nombres de gloria á la guerrera España
Se ven, Silvas, y Caros, y Bazanes,
Y Borjas, y Girones,
Pimenteles, Quiñones,
Y Osorios, y Pachecos, y Guzmanes.
De estos, de estos las sombras conmovidas
Al eco de mi voz se alzan gloriosas,
De Fernanda las dichas celebrando;
Y ledas presagiando
Héroes, que con sus hechos rivalicen
Y los insignes nombres eternicen.

¡Oh gloria de Aragon y de Castilla!
¡Qué lampo de celeste reverbero
Perdurable en sus rostros centellea!
¡Qué fuertes armas de templado acero,
Do la cruz blanca refulgente brilla!
¡Qué ricos mantos que el ambiente ondea!...
Tales por conquistar la tumba santa
Los vió lidiar Jerusalen, y tales
Hazañas inmortales
En Rodas, Chipre y Candia ejecutaron,
Y tales rechazaron,
Al ínclito Valetta obedeciendo,
De estas peñas al Turco furibundo,
Cuyo poder tremendo
Era entónces terror del ancho mundo.
Cércanme en torno por el aire vano.....

Así los semidioses revolaban
En derredor del gran cantor troyano,
Y su acento inmortal solemnizaban:
Así hendiendo la niebla circundaban
Al bardo caledon las sombras leves
De los guerreros de Morven y Tura,
Cuando en la noche oscura,
Despreciando los vientos y las nieves,
Sobre los riscos de Loclin sentado,
Pulsaba el arpa al lado de Malvina,
Y la voz ronca del torrente hinchado
Sobrepujaba con su voz divina.

Malta, julio de 1829.



LA SOMBRA DEL TROVADOR

ESCRITA PARA LA

CORONA FÚNEBRE DE LA DUQUESA DE FRIAS

De luchar fatigado
Con las rugientes ondas del Tirreno
Y con los huracanes bramadores,
Último esfuerzo del invierno crudo,
Cuando mira sañudo
Al sol de majestad y gloria lleno
En su alto trono equinoccial sentado,
Proteger á los céfiros y flores;
Llegué á las verdes olas,
Que reciben del Ródano tributo,
Do triunfó Decio Bruto,
Do vencieron las naves españolas.

A pequeña distancia,
En azuladas cumbres se ofrecieron
Montes y selvas de la rica Francia,
Y mis ojos por ella se extendieron.
Latió mi pecho, ardió mi fantasía,
Nobles altos recuerdos me agitaron,
Y apoderados de la mente mia,
A un siglo que ya fué me trasportaron.

Mas no me presentaba la memoria
Los torrentes de sangre y los horrores
Que aquel hermoso suelo deslustraron;
Ni el coloso, que en él plantó su asiento,
Ni su esplendente y fugitiva gloria,
Ni las palmas y lauros triunfadores,
Que con su pesadumbre lo abrumaron.

Distinto pensamiento
El alma me llenaba;
Mi completo existir embebecia
El que á la vista de Provenza estaba;
Cuna de la moderna poesía.

Salve, suelo feliz, donde rompiendo
Las nieblas de la noche aterradora,
Por uno y otro siglo de furores,
De muerte y servidumbre amontonadas,
Brilló de nuevo la esplendente aurora
Con influjo tan alto, que reuniendo
El valor, el ingenio y los amores,
Tornó el gérmen sagrado
De virtud, y de gloria, y de cultura,
Que de la Europa engrandeció el estado,
Y cuyo fruto inextinguible dura.
Salve, suelo felice, do la mano
De la beldad, con una flor de oro
(Flor de más precio que el mayor tesoro)
Premió los triunfos del ingenio humano.
Quién sabe si en tus selvas deliciosas,
En el silencio de la noche oscura,
Las sombras vagarosas
Veré de tus antiguos trovadores;
Y de sus altos versos el sonido
Me hará poner en consolante olvido
De mi estrella enemiga los rigores?...
De tal modo decia:

El sol al occidente declinaba:
Amorosa soplaba
El aura mansa y suave
Y hácia la tierra plácida impelia
Las pardas lonas de mi corva nave.—
Cayendo el ancla con estruendo rudo,
Bajó á cebar su diente en las arenas;
El bronce asolador, de paz tronando,
Dió la ansiada señal: el marinero
Veloz, ágil, forzudo,
Por las jarcias y mástiles trepando,
Desnudó las ya inútiles entenas;
Y lancéme el primero
A la cercana orilla presuroso;
Mas los ojos tornando
Al pabellon glorioso,
Asilo en mi infortunio y mis pesares,
Dominador de los extensos mares (1).

Besé la yerba do estampé la planta,
Y la ciudad dejando esclarecida
Que á Tiro en opulencia se adelanta,
Y cuyo griego orígen nunca olvida (2),
Corrí en pos de mis dulces ilusiones,
A perderme en las selvas y collados:
Sin llamar mi atencion ni un solo instante
Los bajeles armados,
Bélicos aparatos, y pendones,
Que en la espaciosa playa tremolaban,
Y á surcar se aprestaban
El piélago inconstante,
Para llevar venganza y cruda guerra
A la abrasada tierra (3),
Donde esclavo infeliz tuvo el destino
Bajo el poder del moro furibundo
Al escritor divino (4),
Gloria de España, admiracion del mundo.

Ya los remotos mares de occidente
Del sol ardian en la eterna lumbre:
Noche apacible el manto desplegaba,
Y la pálida luna refulgente
En la celeste cumbre,
Sobre trono de nácares reinaba.
Y yo solo vagaba,
Y mis inciertos pasos recorrian
Frescas colinas, apacibles prados,
Arroyos sosegados,
Espesas enramadas
Y oscuros olivares,
Que risueñas mecian,
De rosas y azahares
Las auras de la noche embalsamadas;
Y á mi mente traian
Del Bétis las riberas encantadas,
Do culto tienen mis paternos Lares.

Con tal recuerdo el triste pecho mio
Sintióse ahogar, y de mi suerte acerba
Renovó la amargura...
¡Ay! despechado me arrojé en la yerba
Al pié de un olmo rey de la espesura:
Y allí en confuso y ciego desvarío
Mil sucesos pasados
Y mil vagas escenas
Cruzaron por mi ardiente fantasía,
Cual huyendo de vientos desatados,
De inciertas formas pavorosas llenas,
Cruzan las nubes en revuelto dia.

Cuando de pronto... ¡oh celestial encanto!...
No fué ilusion de mi agitada frente:
Yo las ví á la merced del manso viento
La niebla pavorosa blanquecina
Y de la noche el sosegado ambiente
Hender, al claro brillo de Lucina.
Sí, yo las ví: las venerables sombras
De los siglos pasados,
Las sombras de los altos trovadores,
Que sin ajar las yerbas ni las flores,
De aquellos ricos prados
Blandísimas alfombras,
En torno á mí giraban.

De la luna en confusos reverberos
Los antiguos ropajes ostentaban
Las aéreas formas de sus bultos vanos.
Cuáles galas de ilustres cortesanos,
Cuáles el peto y casco de guerreros,
Alta diadema alguna,
Varias las muestras de áspera fortuna;
Y todas el laud ó arpa sonora
Y en la cinta la espada cortadora.
Absorto estaba á la vision atento,
De respeto y de asombro el seno henchido;
Y un confuso alarido
De afliccion y lamento,
Que sumiso en el coro resonaba,
Toda mi sangre de pavor helaba.

(1) Hice el viaje de Malta á Marsella en una goleta de guerra inglesa, que me procuró la amistad del general Ponsomby.
(2) Marsella.
(3) Alude á la expedicion de Argel.
(4) Cervantes.

Y ví á una sombra alzarse, descollando
Con noble majestad y gallardía
Entre todas...¡Oh Dios!...¡tal vez sería
La del garrido jóven, que escuchando
A la voz de la fama
De Trípoli elegías á la Princesa,
Ardió en tan nueva y tan vehemente llama,
Que los hinchados mares atraviesa
En busca de su amor; mas con tal suerte,
Que al punto de encontrarla grata y bella
¡Ay! á las plantas de ella
Tronchó su cuello el brazo de la muerte (1)!
¿O fué el que en Barcelona
De ciencia gaya estableció la escuela (2)?
¿O de Tolosa el Conde glorioso
Protector de los fuegos floreales,
Que hermanando la lanza y la vihuela,
De hiedra entrelazó su alta corona
Ornada ya de lauros inmortales (3)?

De personaje excelso y generoso
Era la sombra que se alzó, inspirando
Respeto en todas ellas; y pulsando
Un arpa celestial, cuyo sonido
Del mundo y de los hombres daba olvido,
Con dolorso acento
Dió esta cancion al adormido viento:

Orillas del Manzanares
Todo es luto y lloro amargo,
Porque su sol refulgente
Se ha hundido en eterno ocaso.

La alta flor de su hermosura,
De la Hesperia toda ornato,
Por el hierro de la parca
Tronchado yace en el campo.

De su ilustre entendimiento
El resplandeciente astro
En la nube de la muerte
Quedó por siempre eclipsado.

¡Oh dolor! la excelsa esposa
Del descendiente preclaro
De los altos Condestables,
Gloria del imperio hispano,

La insigne y divina esposa
Del trovador fortunado,
Que palmas ganó en las lides,
Y en las academias lauros;

Del sesudo en los consejos
Y en los combates bizarro,
Del discreto entre las damas,
Y entre los varones sabio;

En la fresca primavera
De sus florecientes años
Yace del voraz sepulcro
En el hondo seno helado,

Envuelto en pavor y luto
Sin luz el mundo dejando,
Sin alma á su tierno esposo,
A los tristes sin amparo.

No hay boca que no suspire,
No hay ojos libres de llanto,
No hay corazon que no tiemble,
No hay pecho sin susto y pasmo,

Desde el espantoso dia,
Desde aquel momento aciago
En que tal golpe á la tierra
Descargó el destino insano.

Llórala el claro Segura,
Que en sus huertas y en sus prados
De su niñez venturosa
Gozó los tiernos encantos.

Llórala el mar que combate
Los castillos gaditanos,
Pues la admiró en gentileza
Envidia á Anfitrite dando.

Llóranla el soberbio Sena
Que vió su beldad ufano,
Y del Támesis las ondas
Que sus gracias admiraron.

Nosotros tambien ¡ay tristes!
Há poco que disfrutamos
De la soberana lumbre
Con que esclareció estos campos.

¡Ah! recordad cuán gozosos,
La carroza circundando,
Cantábamos sus loores,
En amor suyo abrasados.

(1) Godofredo Rudel, príncipe de Blaya.
(2) La poesía provenzal llamada *gay saber* fué muy cultivada en Aragon y Cataluña, especialmente en los tiempos de Alfonso XI y Juan I.
(3) El conde Remond ó Raimundo V.

Eran sus ojos luceros,
Su frente bruñido mármol,
Perlas y coral su boca,
Y su garganta alabastro.

No del arroyo en la márgen
Descuella laurel lozano
Más que su talle gracioso,
Más que su cuerpo gallardo.

No la aventajara Vénus,
Cuando de Amatunta y Pafos
En las florestas reinaba,
Ceñida la sien de nardos.

Ni cuando la blanda espuma
Surcó del mar argentado,
En concha de nácar y oro,
Con delfines por caballos.

Y con ser tan esplendentes
De su belleza los rasgos,
Aún era mayor la lumbre
De su entendimiento claro.

¡Ay! aún las fragantes flores,
Que á su breve pié brotaron,
Perfuman estas praderas,
Brillan con matices varios.

Y ella ¡oh dolor! ya no existe.
No existe!...¡Oh muerte! tu brazo
Con un golpe tan altivo
Mil gargantas ha segado.

¡Ay!...Si á lo ménos su tumba
Ilustrara estos collados,
Nosotros en torno de ella
De la luna al brillo escaso,

Cantáramos elegías,
Vertiéramos tierno llanto,
Con nuestras arpas y voces
Acento á la noche dando.

Y su generosa sombra
Entre nosotros acaso
Presidiera nuestros coros,
Y premiára nuestros cantos.

Mas no, tesoro tan grande
Es debido al suelo patrio,
Y á las venerandas urnas
De sus mayores preclaros.

Y allí tambien trovadores,
Que el tiempo antiguo ilustraron,
Le tributarán rendidos
Con sus versos holocausto.

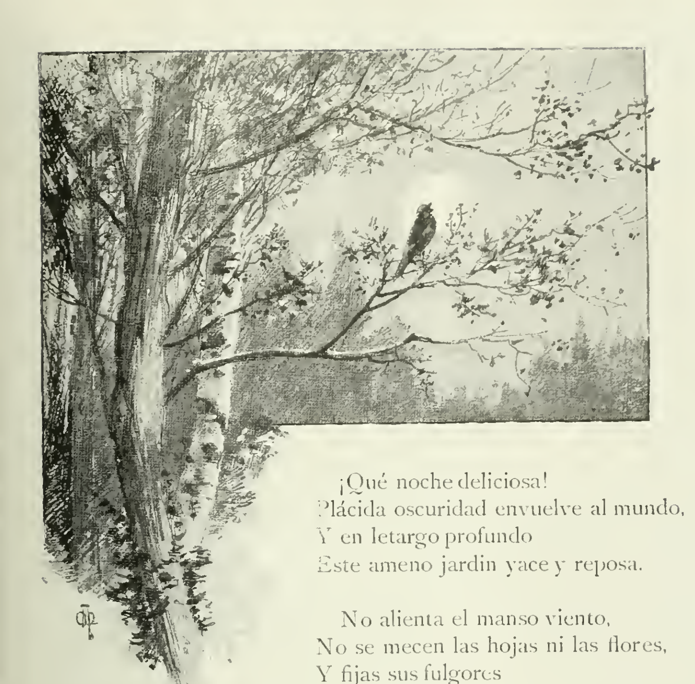
Y no sólo los que fueron,
Sino los que son, su canto
Uniendo al del triste esposo,
De ciprés funesto orlados,

Pulsarán la ebúrnea lira
Con universal aplauso
De PIEDAD al dulce nombre
Fama eterna asegurando.

—No sé si cantó más, que un negro velo
Cegó mis ojos: súbito desmayo
Al nombre de Piedad me arroja al suelo
Como herido de un rayo.
Cuando tornó á latir mi ahogado pecho,
Y mis ojos se abrieron nuevamente
Más que á la luz al lloro,
Solo me hallé: y el sol desde el Oriente
Derramaba su fúlgido tesoro.
Alcéme en llanto y en dolor deshecho,
Y dejé el campo aquel, harto seguro
De cuanto visto y escuchado habia.
Pues la carrera de mis males larga,
Y mi destino duro
Me han enseñado en experiencia amarga,
Que ilusiones son siempre y vano sueño
Las escenas que ve mi fantasía
De gozo y de alegría,
De dulce dicha y de placer risueño;
Mas que siempre son ciertas las de llanto,
De luto y muerte, y de dolor y espanto.

Marsella, marzo de 1830.





EL CANTO

DEL

RUISEÑOR

¡Qué noche deliciosa!
Plácida oscuridad envuelve al mundo,
Y en letargo profundo
Este ameno jardin yace y reposa.

No alienta el manso viento,
No se mecen las hojas ni las flores,
Y fijas sus fulgores
Las estrellas nos dan del firmamento.

Ni un celaje de gasa
Cruza el espacio vagaroso y leve,
Ni el arroyo se atreve
A murmurar, y silencioso pasa.

No sé qué indefinible
Estas tinieblas y silencio y calma
Difunden en el alma...
Un secreto pavor incomprensible.

Solamente vigila
Un pecho enardecido y amoroso,
En el comun reposo
De noche tan serena y tan tranquila.

¿No escuchas? El lamento
Suena del ruiseñor... Oye cual llora,
Su queja encantadora
En el olmo escondido esparce al viento.

¡Oh cuán dulce martirio
Expresa su dulcísimo gorjeo!
¡Qué afanoso deseo!...
¡Qué fuego, qué pasion y qué delirio!

Pero no son perdidas
Esas frases de amor, que deliciosas
Las auras vaporosas
Repiten á las flores adormidas,

No, que son escuchadas
Por el objeto amado, y en su pecho
El tierno efecto han hecho,
Y van con dulce amor á ser pagadas.

Oye. — Ese rumor leve...
De las hojas y ramas el ruido...
No es el viento, dormido
Yace, y ni las agita ni las mueve.

Es el ala ligera,
Con la que de hoja en hoja y rama en rama
Al amor que la llama,
Vuela del ruiseñor la compañera.

Oyólo, y conmovida
Vuela á hacer la ventura de su amante,
Y vuela palpitante
Por sus ardientes frases encendida.

¿Y á tu pecho de nieve
Ni mis frases de amor hijas del alma,
Ni mi perdida calma,
Ni mi afanoso lamentar conmueve?

. . . No, que mayor ternura,
Más dulce gratitud, más fuego cabe
En el pecho de un ave,
Que en el de una mujer ingrata y dura. 1830.

VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Si una cosa muy bonita,
Bella niña, te se antoja
Hallar siempre en esta hoja,
Por mi indocta mano escrita;

El que busques te aconsejo
Quien por arte de Luzbel
Te convierta este papel,
Al mirarle tú, en espejo. 1830.

UN GRAN TORMENTO

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

Consúmese noche y dia
El que desamado ama,
Y piedad en vano clama:
Arder mejor le sería
Del hondo infierno en la llama.

Mira, y cuanto ve delante
Se lo cubre un negro velo,
Y un grito de desconsuelo
Oye agudo y penetrante,
Que dan mar y tierra y cielo,

...¡Infeliz! No arde á sus ojos
El sol, ni apacible ambiente
Su pecho aspira latiente,
Ni ve los celajes rojos,
Que borda el alba en Oriente.

Ni admira el oro y la grana
Del ocaso, cuando arde
En los fuegos de la tarde,
Ni de la estacion lozana
Goza el magnífico alarde.

Ni oye el delicioso arrullo
De las aves, ni el rumor
De la selva encantador,
Ni del arroyo el murmullo,
Que salta de flor en flor.

Nada: que el objeto helado
De su pasion sólo mira,
Tan sólo fuego respira,
Sólo oye ¡desventurado!
Voces de dolor, de ira.

¿Qué es la vida en el mezquino,
Que á estado tan lastimoso,
Do no hay salud ni reposo,
Le arrastra el feroz destino
O un encanto poderoso?...

Es un horrible tormento,
Como no lo tiene igual
El más doloroso mal,
Ni cupo en el pensamiento
Del tirano más brutal.

¡Oh qué noches! ¡oh qué dias
Convulso y sediento pasa!
Ora el pecho se le abrasa,
Ora entre mil agonías
Un puñal se lo traspasa.

Una mano de gigante
De ardiente hierro vestida
Tiene á la garganta asida,
O el corazon palpitante,
Le aprieta y con él la vida.

Y si un instante veloz
Brota allá en su pensamiento
Una esperanza, al momento
La siega la aguda hoz
Del pertinaz escarmiento.

Cuenta el triste sus martirios,
Que comprendidos no son;
Y habla en vano á un corazon,
Que burla de los delirios
De una profunda pasion.

Al ver sus ojos de fuego
Hielo rígido pintado
En los del objeto amado,
Y en su semblante el despego,
¡Cuál queda desventurado!

Y por respuesta tener
De fogosas expresiones,
Consejos y reflexiones,
O un *no* de nieve, es hacer
Un alma infeliz jirones.

El triste que escuchó tal
Prefiriera haber oido
De una ceraste el silbido,
O la trompeta final,
O del mundo el estallido;

Pues falta tierra á su planta,
Se hunde el cielo sobre él,
Le ahoga un áspero cordel,
Y la existencia le espanta:
¡Oh qué martirio cruel!

Amar ¡ay! sin ser amado
Es horrible maldicion,
Que el cielo en su indignacion
Arroja desapiadado
A un infeliz corazon.

1830.

UN PADRE

Era oscura la noche, ronco trueno
Bramaba sordo entre apiñadas nubes,
De cuando en cuando lampo refulgente
Horrendo relucia.

Entre impalpables sombras són confuso
Daba la cabellera de los bosques,
Con violencia espantosa sacudida
Por desatados vientos.

El mar entumecido, en los peñascos,
Rompiendo su furor, á las tinieblas
Nuevo horror daba, con su espuma dando
Pálidas llamaradas,

Y del monte cruzando la aspereza,
En los troncos y riscos tropezando,
Sin temor de barrancos ni torrentes,
Baja á la playa un hombre.

Ni el horror de la noche, ni lo recio
Del temporal, que al orbe estremecia,
Le recordaban su abrigado albergue,
Ni acortaban sus pasos.

¡Infeliz!... huye de su patria, y huye
De cuanto amó. Y anhela solamente
O la muerte en la mar, ó en los desiertos
Perder la odiosa vida.

Sí, tiene el corazon envenenado,
Y roto en partes mil, y en él deshecha
Una borrasca estalla, más furiosa
Que la que está afrontando.

Víctima de traiciones y de engaños,
Tornadas en tormentos sus delicias,
Deshechas sus más dulces ilusiones,
¿Qué es la vida á sus ojos?

Maldice el mundo mísero, y maldice
Cuantos nudos al mundo le ligaron,
Y en la playa del mar embravecido
Busca anheloso un barco.

Uno mira á la llama pavorosa
De un súbito relámpago, y brioso
Lo empuja resbalando por la arena
Hasta ponerlo á flote.

No le asusta el bramido de las olas,
Que en los costados rómpense, y lo cubren
De espuma, y mar adentro se lo lleva
La violenta resaca.

Salta en él, arma los delgados remos
Y boga con vigor, y de la tierra,
Que otra vez y otra vez feroz maldice,
Se aleja satisfecho.

Montes movibles humillando, hendiendo,
Ciegas tinieblas, entre espesa lluvia
Volcando, y levantándose en un punto
Entra adentro en los mares.

Un rayo de la luna, penetrando
Entre las negras voladoras nubes,
Atraviesa la atmósfera un instante
Y la tierra ilumina.

El despechado, sin querer, los ojos
A ella revuelve, y como un punto blanco
Una pequeña casa allá en el monte
Ve, y lanza un alarido.

Tornó la oscuridad.—Mas ¡ay! no aparta
De allí el mezquino el pensamiento y mira
Allí de humilde lámpara la lumbre,
Y se le rompe el alma.

Olvida sus agravios y rencores,
El piélago voraz le pone espanto,
Y torna entre peligros horrorosos
En busca de la tierra.

Y sírvele de faro aquella escasa
Luz, y bogando con robustos brazos
Gime, y trabaja y lucha y forcejea
Contra las bravas olas.

Era padre, era padre: y en su albergue,
(Que es aquel que la luna esclareciera,
Y donde brilla la dudosa lumbre,
Que potente le arrastra),

Dejó dormido en la inocente cuna
Un niño tierno, y su recuerdo solo,
Que en su pecho renace y lo domina,
A la tierra le llama.

Y con vigor y brazos de gigante
Rema y empuja la ligera barca,
En un beso no más del tierno niño
Cifrando su ventura.

Y anhelando encontrar en su sonrisa
El bálsamo que cure los destrozos
De su deshecho corazon, y olvido
De agravios y rencores.

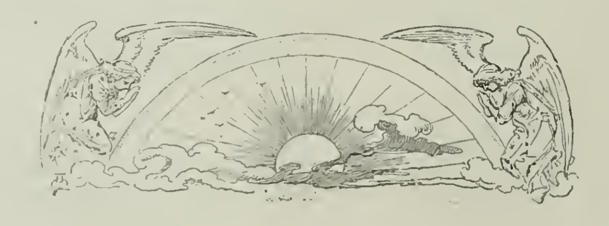
Ya ve la playa cerca, ya, ya toca
De salvacion y de ventura nueva,
Y de perdon y calma y dulce vida
El anhelado puerto.

Mas ¡ay! el viento inexorable empuja
El frágil barco, y espumoso monte,
Que se estrella rugiente en los peñascos,
Lo rompe y lo confunde.

Y á la luz de un relámpago, en la espuma
Que retrocede rápida á su centro,
Con ella reluchando y luégo hundirse
Se ve un mísero náufrago.

Y entre el bramido de la mar y el viento
Y el de la lluvia y tempestad horrenda,
Se oyó un agudo acento, por dos veces
Gritar... ¡hijo!... ¡hijo mio!

1832



A MI HIJO GONZALO, DE EDAD DE CINCO MESES

De tu madre en el seno
Duermes, dulce amor mio,
Cual perla del rocío
Duerme en el seno de la tierna flor;
De mil encantos lleno
Reluce en tu semblante,
Cual sol en el diamante,
De un alma nueva el celestial candor.

Aun en la tierra impura
Tu pié no se ha estampado,
Ni han tus manos tocado
El crudo hierro y corruptor metal;
Ni ha ofendido á criatura
Esa boca süave,
Que pronunciar no sabe,
Y en que reina pureza angelical.

Ignoras lo que es muerte,
Y lo que es vida ignoras,
Mas en tanto las horas
Contigo mudas caminando van.
¡Y cuál será tu suerte!...
¿Qué te importa? Risueño
Gozas tranquilo sueño
Sin darte el dia de mañana afan.

Duerme, prenda adorada;
Pero de cuando en cuando
Despierta al beso blando,
Que te daremos ó tu madre ó yo;
Y déjame encantada
Con tu risa inocente
El alma, que doliente
Del infortunio el cáliz apuró.

Sí, cuando te sonries
A mis dulces caricias,
En un mar de delicias
Olvido cuanto ha sido y ha de ser:
¿Qué me importa, si ries
Mirándome amoroso,
El ceño desdeñoso
De fortuna y las iras del poder?

Mas no hay placer completo:
¡Ay! siempre que te miro,
Se me escapa un suspiro,
Pensando cuál será tu porvenir.
Misterioso secreto
Que como tú yo ignoro,
Que ni el saber, ni el oro,
Ni la fuerza consiguen descubrir.

Un pimpollo de rosa
Cae al dulce arroyuelo,
Que apenas cubre el suelo,
Durmiendo manso entre una y otra flor:
¡Feliz si en él se posa
Y entre sus juncias prende,
Y los tallos extiende
Bajo el abrigo del paterno amor!

Mas invisible, artera
Con las flores jugando,
La corriente arrastrando
Lo va del rio al rápido raudal:
Aun puede una ribera
Lograr en él, do viva,
Do un jardin lo reciba
Y llegue á ser magnífico rosal.

Pero si el turbio rio
Lo lleva al mar...¡ay triste!
El huracan lo embiste,
Las olas lo arrebatan con furor;
Y perece, hijo mio,
Bajando al hondo seno,
O en el salobre cieno,
Yaciendo al pié de escollo bramador. *Pa*[illegible] 1832





EL OTOÑO

Al bosque y al jardin el crudo aliento
Del otoño robó la verde pompa,
Y la arrastra marchita en remolinos
Por el árido suelo.

Los árboles y arbustos erizados,
Yertos extienden las desnudas ramas,
Y toman el aspecto pavoroso
De helados esqueletos.

Huyen de ellos las aves asombradas,
Que en torno revolaban bulliciosas,
Y entre las frescas hojas escondidas
Cantaban sus amores.

¿Son ¡ay! los mismos árboles que há poco
Del sol burlaban el ardor severo,
Y entre apacibles auras se mecian
Hermosos y lozanos?

Pasó su juventud fugaz y breve,
Pasó su juventud, y envejecidos
No pueden sostener las ricas galas
Que les dió primavera.

Y pronto en su lugar el crudo invierno
Les dará nieve rígida en ornato,
Y el jugo, que es la sangre de sus venas,
Hielo será de muerte.

A nosotros los míseros mortales,
A nosotros tambien nos arrebata
La juventud gallarda y venturosa
Del tiempo la carrera.

Y nos despoja ccn su mano dura,
Al llegar nuestro otoño, de los dones
De nuestra primavera, y nos desnuda
De sus hermosas galas.

Y huyen de nuestra mente apresurados
Los alegres y dulces pensamientos,
Que en nuestros corazones anidaban
Y nuestras dichas eran.

Y luégo la vejez de nieve cubre
Nuestras frentes marchitas, y de hielo
Nuestros áridos miembros, y en las venas
Se nos cuaja la sangre.

Mas ¡ay qué diferencia, cielo santo,
Entre esas plantas que caducas creo,
Y el hombre desdichado y miserable!
¡Oh Dios, qué diferencia!!!

Los huracanes pasarán de otoño,
Y pasarán las nieves del invierno,
Y al tornar apacible primavera
Risueña y productora,

Los que miro desnudos esqueletos
Brotarán de sí mismos nueva vida,
Renacerán en juventud lozana,
Vestirán nueva pompa.

Y tornarán las bulliciosas aves
A revolar en torno, y á esconderse
Entre sus frescas hojas, derramando
Deliciosos gorjeos.

Pero á nosotros míseros humanos,
¿Quién nuestra juventud, quién nos devuelve
Sus ilusiones y sus ricas galas?...
Por siempre las perdimos.

¿Quién nos libra del peso de la nieve
Que nuestros miembros débiles abruma?
¿De la horrenda vejez quién nos liberta?...
La mano de la muerte. 1833.



VERSOS ESCRITOS EN UN ALBUM

Pues tanto, niña, te empeñas,
Voy á contarte una historia
Que me ocurre á la memoria,
Y muy linda por más señas.

Callada me has de escuchar
Y con el ánimo atento,
Pero en tanto que la cuento,
Por Dios, no me has de mirar.

Así, así, mira al balcon,
O en esos claveles rojos
Del florero pon los ojos,
Que voy á empezar, chiton.

Era un punto media noche,
Y en una alta galería,
Que dominaba del Tajo
Las soñolientas orillas,

A la luz de escasa luna
Entre nácares dormida,
Un bulto blanco y movible
De léjos se descubria.

En un jardin inmediato,
Donde entre sombras las brisas,
Si bien halagaban flores,
Suave aroma difundian,

Una voz blanda y sonora,
De ruiseñores envidia,
De un laud acompañada
Daba á las tinieblas vida.

Y del Tajo en la corriente,
Remontando el agua arriba,
Se divisaba una barca,
Que dos remos impelian:

Y en ella de pié un guerrero,
Cuya armadura bruñida,
Siendo espejo de la luna,
Entre vagas nieblas brilla.

Era el bulto blanquecino
Del corredor doña Elvira,
El que cantaba era un paje,
Y el que en la barca venia.....

¡Ay! niña, que me has mirado,
Y al mirarme tú al momento
Se me ha olvidado mi cuento.....
No has de ignorancia pecado.

Bien te lo dije. —Acabé,
Que al mirarme ojos tan bellos
Tan sólo pensar en ellos,
Y abrasarme en ellos sé. 1835

LA CATEDRAL DE SEVILLA

I

De la fé y del entusiasmo
Soberana produccion,
De tanta generacion
Asombro, respeto y pasmo,
Y del mundo admiracion:

Grande y magnífico templo
Digno del Omnipotente,
Que en tí mora eternamente:
Cuando absorto te contemplo
¡Cuán alto vuela mi mente!

Sí, desde el espacio inmenso
Ve tu torre y botareles,
Y de Dios á los doseles,
Entre el humo del incienso,
Subir la voz de los fieles.

Ni la vista audaz que emplea
El águila frente á frente
Con el sol cuando campea
Allá en el zenit desea,
Ni su volar eminente.

Pues que de tí enamorada
Más alto vuela, más ve,
Por las dos potencias, que
Te formaron animada,
El entusiasmo y la fé.
. . . .

En viva fé y en entusiasmo ardieron
Los no contaminados corazones
De aquellos piadosísimos varones,
Que *levantemos al Señor*, dijeron,
Un templo tal que la futura gente
Por locos nos repute,
Cuando en él reverente
Busque consuelos y oblacion tribute.

A tales palabras luégo
Ardió una generacion,
A quien diera el cielo en don
Un entusiasmo de fuego,
Una fé de exaltacion.

Y un pobre albañil, oscura
Y ya olvidada criatura,
Que ni midió el Capitolio,
Ni estudió en la Grecia, solio
De la docta arquitectura,

De fé y entusiasmo ardiendo
Vió en sueños tu mole santa:
Y acaso tambien durmiendo,
Su mano un ángel rigiendo,
Trazó tu gigante planta.

Y un pueblo todo
Arde, se agita;
Y la mezquita
Despareció.

Pero la torre
Quedó empinada,
Porque manchada
Nunca se vió.

No, que en su cumbre el árabe Almuedano
SÓLO HAY UN DIOS, gritaba;
Y donde la verdad se proclamaba
Era triunfal padron para el cristiano.
. . . .

II

Sobre la casa hundida de la luna
Plantóse el templo del Señor triunfante,
Como sobre un sepulcro alegre cuna,
Como una santa cruz sobre un turbante.

Un siglo entero de entusiasmo y vida,
Vida de fé, se afana
Y la insigne basílica cristiana
Nace, y álzase erguida,
Hasta escuchar sus bóvedas, ***hossana***.

Que aquel siglo de arrojo y energía
Sólo, con sus esfuerzos singulares,
Pudo alzar en los hombros los sillares,
Que oscurecen al sol de medio dia.

Otro siglo en pos vino
Aun de entusiasmo y fé, y aventajado

En poder, en cultura y en riqueza,
A dar cima al portento peregrino
Al Dios Omnipotente consagrado:
Monumento de triunfo y de grandeza,
Padron de eternidad para Sevilla,
Admiracion del mundo y maravilla.

Ese templo es una historia
De piedra, que nos dejaron
Dos siglos que ya pasaron,
Pero que aún viven en él.

Pues en él se ve y medita
De su entusiasmo y fé santa,
Y de su poder que espanta,
El vivo trasunto fiel.

III

Dos centurias allí... Despues vinieron
Otras de corrupcion, que ya gigantes
De entusiasmo y de fé no produjeron,
Indignas de memoria.
Aunque ricas, triunfantes,
Y sábias no pudieron
Otra página dar á aquella historia.

Obras monumentales,
Son huellas de los siglos colosales.
Séres aislados nada pueden, nada.
De arbustos que verdean
Ralos aquí y allí por la abrasada
Region inmensa del desierto mudo,
Y con el viento quemador pelean,
Jamás formarse un bosque eterno pudo.

El entusiasmo y fé cuando no abrasan
A todo un siglo, á una nacion entera,
Meteoros son que brillan y que pasan,
Sin el rastro dejar de su carrera.

. . . .

Ardieron en aislados corazones.
Mas ¿qué es un corazon?... Insigne CANO,
Inspirado MURILLO,
Cuya paleta el brillo
Venció de la paleta de TICIANO,
MONTAÑÉS y BECERRA:
De entusiasmo y de fé fuisteis varones;
Pero solos, aislados en la tierra.
¡Ay! tan sólo os fué dado
En la historia de piedra una expresiva
Guirnalda de laurel y siempreviva
Poner, y en sus sillares estampado
Vuestro nombre dejar, como el viajero
Lo deja en las pirámides grabado.

IV

Mole santa, templo augusto,
Del Omnipotente gloria,
De insignes siglos historia,
Obra de entusiasmo y fé.

¿Quién es el necio, el impío
Que te mira indiferente,
Que sin pasmo reverente
Osa en tí estampar el pié?

. . . .

¿Quién cuando en pompa de solemne dia
Mira un pueblo postrado
Delante del altar de oro, velado
Con blanca nube, que hasta el cielo envia
El sacro aroma del quemado incienso;
Y de tu espacio inmenso
Los ámbitos llenar oye turbado
Tempestades de altísona armonía,
Con que al pausado coro,
El órgano sonoro,
Y las campanas que en los aires zumban
Responden, y tus bóvedas retumban,
Y por encanto superior parece
Que habla tu inmensa mole y se estremece;
Quién desconoce estar en la presencia
De la sábia eternal Omnipotencia?...
¿Quién no va allí á pedir con fé victoria,
Y para España independencia y gloria?

Pues cuando del ocaso en los canceles
El moribundo sol entre celajes
Refleja en tus pintados ventanajes,
Y aún dora tus gallardos botareles,
Y de soslayo tu morisca torre,
¿Qué mortal, si recorre
Tus solitarias naves,
No se halla de pavor sobrecogido;
Y al escuchar de las campanas graves
El pausado quejido,
Y clamorosos sones,
Con que al mundo adormido
Recuerdan las nocturnas oraciones;
Delante del altar que apénas brilla
A la luz amarilla
De misteriosa lámpara: la frente

No hunde en la tierra helada,
Y ora, y teme, y espera, y se anonada?
. . . .

V

En tí de noche y dia,
Si osa entrar el impío,
Se siente de horror frio
El duro pecho helar.

Y que un manto de plomo
Lo abruma y lo confunde,
Y que en tierra lo hunde
Sin poder respirar.

Y en tí de noche y dia
El que por la fé vive
Nuevo aliento recibe,
Ensancha el corazon.

Bendice si es dichoso,
Si es desdichado llora,
Y le es consoladora
La voz de la oracion.

Insigne catedral donde Dios vive
Eternamente, donde el cuerpo santo
Del rey conquistador culto recibe,
Do yace el sabio rey, do brilla tanto
Trofeo de victoria:
Encanto, iglesia, monumento, historia:
Miéntras más te contemplo y más te admiro,
Más entusiasmo y pura fé respiro.....
Salve, portento santo sin segundo,
Gloria de España, admiracion del mundo.

Sevilla, 1837.



LUCÍA

¡Ay!... nació bella cual la flor temprana,
Que en el jardin despunta con la aurora,
Cuando el celaje volador colora
De oro encendido y de brillante grana
La luz primera del risueño dia.
¡Pobre Lucía!

Y creció como crece de azucena
Tallo gentil, hasta elevar la frente,
Que adula y besa el apacible ambiente
De candidez y granos de oro llena,
Cáliz de aroma y líquida ambrosía.
¡Pobre Lucía!

Y dióle el cielo un alma más hermosa,
Que su linda hermosísima presencia,
Y un puro corazon, de la inocencia
Centro y de la virtud más candorosa;
Pero ¡ay! tierno y sensible en demasía.
¡Pobre Lucía!

Y de la primavera en los verjeles
Entró ignorando, simple, que en sus flores
Tal vez se ocultan áspides traidores;
Y que al pié de rosales y claveles
La tierra acaso sus venenos cria.
¡Pobre Lucía!

Y escuchó incauta un labio mentiroso,
Y á una mirada fascinante, aleve,
Su pecho palpitó de pura nieve;
Y fuego blando y dulce y delicioso
Sintió que por sus venas discurria.
¡Pobre Lucía!

Y soñó, desdichada, una ventura
Eterna, y de engañosas ilusiones
Se perdió en las fantásticas regiones,
Y del suave deleite el aura impura
Aroma celestial le parecia.
¡Pobre Lucía!

Y pronto, como tórnase en el viento
El brillador celaje de la tarde,
Que con matices refulgentes arde,
En oscuro borron del firmamento;
Tornóse negra angustia su alegría.
¡Pobre Lucía!

Y en abrojos estériles las flores,
Y los dulces placeres en martirios,
Realidades horrendas los delirios,
Traicion y engaños viles los amores,
Y en noche horrenda el fugitivo dia.
¡Pobre Lucía!

Y marchito el carmin de su semblante,
Y escarnecida del maligno mundo,
Y despeñada en su dolor profundo,
Y abandonada del inicuo amante,
La muerte al cielo con afan pedia.
¡Pobre Lucía!

Y pronto la logró, porque no pudo
En su angustioso envenenado pecho
Un corazon vivir roto y deshecho
Del desengaño por el hierro agudo;
Y polvo es ya bajo esta losa fria.
¡Pobre Lucía!

1838.

SONETO

CONTRA LOS ELOGIOS DESMEDIDOS QUE HOY CON TANTA FACILIDAD SE PRODIGAN

¡Fortuna grande! ¡Tiempo venturoso!
Ensánchate y ahueca, patria mia:
Ni un hijo solo tienes en el dia
Que no descuelle á guisa de coloso.

Un niño subteniente *héroe glorioso*
Es sin disputa, *honor de tu poesía*
El que escribe dos coplas á su tia,
Todo folletinista *autor famoso*,

Gran orador cualquiera diputado,
Cada bolsista, *insigne financiero*,
Modelo de virtud, todo pelado.

Mas con cosecha tal y tal venero
De hombres, que al mundo tienen asombrado,
¿Cómo eres compasion del mundo entero?

1839.

LA CANCELA

Peculiar es de Sevilla,
De la encantada ciudad,
Que del Bétis en la orilla
Es el emporio y la silla
De la gracia y la beldad;



La primorosa *cancela*,
Que el patio y portal divide,
Y es trasparente cautela,
Que contra importunos vela
Y que la vista no impide.

¿De quién será la invencion?
... De alguna vieja curiosa...
... De alguna madre celosa...
Lo que yo sé es que un ladron
No pudo inventar tal cosa.

¿Si será red que tendió
El amor sagaz y astuto?
Al ver que es de hierro, no
Cabe casi duda. Yo
Por red de amor la reputo.

Y red tan particular,
De malicia tan artera,
Que se suelen enredar
En ella, de almas un par,
Una dentro y otra fuera.

Delicadísimo encaje
De hierro, cuyas labores
Trasparente cortinaje,
O leve y sutil celaje
Son para unos amadores;

Miéntras para otro son muro
De fuerte cárcel impía:
Tú, para mi fantasía
Producto eres de un conjuro,
Un cuadro de hechicería.

En la noche sobre todo,
Que es de portentos esfera,
Véate de cualquier modo,
Para observarte acomodo
Tome ya dentro ó ya fuera.

Desde la calle se ven
Por tu espacio trasparente
A una luz resplandeciente,
Cual no la logró el Eden,
Ni la da el sol en oriente,

Columnas de mármol rico.
Y entre arbustos y entre flores
De vivísimos colores
Una fuente, cuyo pico
De plata murmura amores.

Y allá en sombras misteriosas
En el último confin,
Un fresco oscuro jardin,
Donde estrellas olorosas
Son las flores de un jazmin.

Y entre fragancia y frescura
Suele darnos la cancela
Una voz sonora y pura,
Que sus acentos mesura
Con el clave, ó la vihuela:

Y el apacible murmullo
De tertulia bulliciosa,
Y la vista de una hermosa,
De las que son el orgullo
De esta tierra deliciosa.

Como sílfida del aire
Por el patio cruza leve,
Con talle esbelto, pié breve,
Y con andaluz donaire
Que en fuego torna la nieve.

Y si una aparicion tal
Se acerca con interés
A la cancela y portal,
¿De qué mísero mortal
No arrastra el alma y los piés?

Pues desde el patio mirada
La cancela trasparente
Es cosa muy diferente,
Mas no ménos encantada
Para el que observarla intente.

Se presenta un cuadro á oscuras
Por do cruzan silenciosas,
Vagas, confusas, borrosas,
Mil fantásticas figuras
De apariencias caprichosas.

Y en donde se ve la noche,
Y se escuchan sus murmullos,
De las auras los arrullos,
Lejano rumor de un coche
Y ladridos y maullos.

Pasa como fatuo fuego
De algun sereno la luz,
Un grupo sin formas luégo,
Y con pausado sosiego
Un embozado andaluz.

Y la chispa de un cigarro,
Un bulto blanco y ligero,
El santo olio, el animero,
Y los cántaros y el carro
Del aguador callejero.

Y gente se oye que pasa
Fatigada de paseo,
Y la charla nada escasa,
En muy sabroso cecco,
De familia que va á casa.

De una puerta el aldabon,
Una guitarra...un silbido...
En fin, de la confusion
De una inmensa poblacion
El soñoliento rüido.

Acaso un bulto se ve
Allá en la pared de enfrente,
Que aguarda inmoble á que esté
Sola la calle, porque
Le es importuna la gente.

Y en cuanto sola la mira,
Tímido hácia la cancela
Ya se acerca y se retira,
Ya finge tos, ya suspira,
Y esperar le desconsuela;

Hasta que dentro la hermosa
Sílfide ó aparicion,
Que tambien una ocasion
Está esperando anhelosa,
Con inquieto corazon;

De la tertulia pesada
Cuando irse al último ve,
Y solo el patio, porque
Al gazpacho ó ensalada
Toda la familia fué;

La encuentra, la seña da,
Y linda se deja ver
Más bien ángel que mujer,
Para el que esperando está
Cansado de padecer.

Entonce el bulto de afuera
Y de dentro la deidad
Van á unirse de carrera,
Y la red de hierro artera
Se atraviesa sin piedad.

Y ambos que blando algodon
Se torne la dura reja,
A quien dan su maldicion,
Piden al amor, que deja
Las cosas como ellas son.

1837.



SONETO

LEIDO EN EL LICEO DE SEVILLA LA NOCHE DEL 21 DE JULIO DE 1838, DIAS DE S. M. LA REINA GOBERNADORA

Salve, astro tutelar de las Españas,
De belleza y bondad sol refulgente,
A quien tributa la española gente
Un tesoro de amor, otro de hazañas.

Miéntras de excelsa luz el orbe bañas,
Grande, augusta, magnánima, prudente,
Y al ángel que nos dió el Omnipotente
En el trono defiendes y acompañas;

Entre el aplauso universal que suena
Desde Gades al alto Pirineo,
Aterrando al traidor, que Dios confunda,

El voto ardiente de lealtad, que hoy llena
Este salon del andaluz Liceo,
Recibe, ¡oh madre de ISABEL SEGUNDA!

A UN ARROYO

Pobre arroyo, de una fuente
Ignorada en lo secreto
De las selvas hijo, y nieto
De un vil peñasco: detente.
¿Do te lleva tu corriente?...
No dés, no, ni un paso más.
Mira que engañado estás,
Y pensando eterno ser,
A morir, á perecer
En un breve vuelo vas.

¿No te contenta este prado
En donde eres claro espejo,
Que copia fiel el reflejo
Del celaje nacarado?...
¿Más allá no te has tornado
En culebra de cristal,
Que con paso desigual
Se mueve de flor en flor?...
Párate, y burla el rigor
De tu destino fatal.

Ya eres cítara sonora,
Y con tus acentos suaves,
Acompañas á las aves,
Y das música á la aurora;
Mas tu voz encantadora
A que te quiebras la debes
En conchas y piedras leves:
...¡Ay!no dés un paso más...
Si adviertes que roto vas,
¿Cómo á caminar te atreves?

Alucinado con ver
Falaces transformaciones,
Tras de nuevas ilusiones
Te das, menguado, á correr.
El ánsia de engrandecer,
Te hace flores desdeñar,
Riscos y conchas dejar,
Y hácia peñascos desnudos.
E insensibles troncos rudos,
A ser su escarnio, marchar.

Ufano porque otra fuente
Te rinde humilde tributo,
No adviertes que va de luto
Enturbiada tu corriente.
...Ya eres soberbio torrente...
Ya tu voz trueno retumba...
Ya tu raudal se derrumba...
...¿Mas dónde?...En el ancho rio,
Que te arrastra raudo y frio
Al mar profundo, á la tumba.

Cuando absorto te examino,
Cuando en vano mis miradas
Contar quieren tus pisadas,
Medir quieren tu camino,
Ver, ¡ay! la vida imagino
Del desdichado mortal;
Pues es á la tuya igual,
Y me confunde y me asombra,
La del ente, que se nombra
Por burla *ente racional.*

Nace como tú inocente,
Como tú tras sombra vana
Corre, como tú se afana
En crecer rápidamente,
Como tú desde su oriente
Llega en un punto á su ocaso,
Como tú pretende acaso
Que es su vida eternidad,
Y como tú ¡oh ceguedad!
No ve que todo es un paso.

Y aunque durara cien años
La infeliz humana vida,
Fuera un punto su corrida,
Todo su período engaños,
Todo su fin desengaños:
Pues bien claro se percibe
Que sólo se circunscribe
A un tan rápido momento,
Que se escapa al pensamiento,
Lo que de veras se vive.

Lo pasado nada es ya,
El porvenir no llegó,
Lo presente es...¿qué sé yo?...
De entre las manos se va.
...¿Con que la vida será
Sólo lo presente?...¿Y es
Lo presente nada?...Pues
La vida del hombre es nada,
Si se mira despojada
Del *ántes* y del *despues.*

Si es la vida en conclusion
Un solo punto fugaz,
Un breve sueño falaz,
Una nada, una ilusion,
¿Cómo puede ¡oh confusion!
Tanto afan y tanto anhelo,
Tanto susto y desconsuelo
Tanto angustioso llorar,
Tanta desdicha encerrar
En tan corto espacio el cielo?... 1837

SONETO

Detesta Pero-Anton la aristocracia,
Y títulos y bandas escarnece,
Pues diz que sólo la virtud merece
En el aprecio de los libres gracia.

Mas luégo que con arte y eficacia
En la bolsa ó garito se enriquece,
Y con poca vergüenza medra y crece,
Subiéndose á mayores con su audacia;

Ya á su alma la virtud no satisface,
Ni áun del tesoro el brillo y el provecho:
Y en bajezas é intrigas se deshace,

Hasta esmaltar blasones en su techo,
Ser marqués, atrapar un alto enlace,
Y ornar con cintas el villano pecho.



LAMENTACION

FRAGMENTOS



I

Sí, yo la ví... Mi patria revestida
De hierro alzóse, y admiró á la tierra,
Y diosa de la guerra
Metió en el cielo la cimera erguida.
Alzóse, y levantando la bandera,
Del santo patriotismo,
Despertó el heroísmo
De una raza jamás, jamás cobarde;
Y roca fué valiente
Do se estrelló el torrente
De invencibles guerreros,
Que de triunfos sin cuento haciendo alarde,
Inundaron los límites iberos.

. . . .

¡Con qué noble constancia y bizarría
En lucha de exterminio
Triunfó gallarda; confundió al coloso,
Cuyo feroz dominio
Rápido por el orbe se extendia;
Y dió á la Europa atónita reposo!

Eternos soles de radiante gloria
Coronaron la reina de dos mundos.
...Mas ¡ay! aquella espléndida victoria
Sólo le dió laureles infecundos.

. . . .

. . . .

II

Sus hijos tan valientes,
Tan duros con extraños invasores,
Cuanto dóciles, blandos y obedientes
Con domésticos viles opresores;
Si indómitos y fuertes libertaron
La dulce patria de extranjero yugo,
Necios á séres nulos la entregaron,
Cual se entrega una víctima á un verdugo.
En manos degradadas é impotentes
Tantas glorias recientes,
Tantas glorias antiguas se eclipsaron:
Y hundidos los trofeos,
Y perdidos tan ínclitos afanes,
Lo que no consiguieron los titanes,
Consiguiéronlo, oh mengua, los pigmeos.

. . . .

En fango sepultóse el nombre augusto
De la egregia nacion, hecho jirones;
Su regio manto, y su poder robusto
Se perdió en dolorosas convulsiones.

Y en ellas ¡ay! en mísera agonía
Revuélcase infeliz, despedazada
La gloria de la antigua monarquía,
Doquier del mar y el sol reverenciada.

. . . .

. . . .

III

¡Ay!... Vedla, vedla escuálida, doliente,
Rotos sus miembros todos y esparcidos,
Ludibrio de franceses y britanos.
Vedla como cadáver impotente,
Sólo por hijos producir gusanos,
Que se ceban insanos
Con rabia furibunda
En sus entrañas, disputando fieros
De la madre anhelante y moribunda
Los míseros despojos postrimeros.
¡Qué horror! ¡Qué horror!... España ¡dura suerte!
¿Va á lanzarse en los brazos de la muerte?

. . . .

Puede, que amaga muerte á las naciones,
Que en discordias civiles

Son juguete de viles
Y villanas pasiones:
Cuando las impotentes ambiciones
Y la torpe codicia
De honra, ciencia y virtud el puesto ocupan,
Y hollando la lealtad y la justicia,
La última sangre de los pueblos chupan.
Sí, que tambien perecen las naciones
Y se hunden del olvido en las regiones.
...De ciento, soles de grandeza un dia,
Es hoy el Asia tumba.
Y en Africa por yermos arenales,
Do florecieron razas colosales,
El viento abrasador se espacia y zumba.

IV

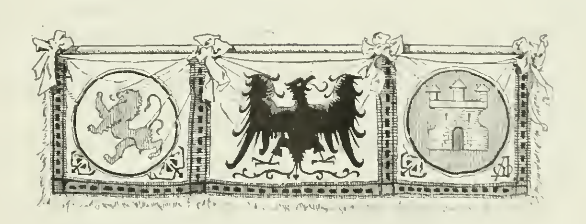
¿La patria de Pelayos é Isidoros
Desaparecerá?...¿La denodada
Que desde Covadonga hasta Granada
Holló gloriosa los pendones moros;
La que llevó de ocaso á las riberas
En bajeles triunfantes
La santa cruz de Cristo en sus banderas,
Y el habla deliciosa de Cervantes;
La de valor y de nobleza ejemplo,
Que de fe pura y de lealtad fué templo,
Se hundirá en el no ser?...¡Oh! no. Piadoso
Mejorará su suerte
Compadecido el Todopoderoso:
La sacará del lecho de la muerte,
Darále un salvador, y alzará el vuelo.
Aun abriga en su suelo
Gérmenes de virtud y fortaleza,
Que si infecundos yacen y esparcidos,
Cuando aparezca el brazo de gigante,
Que el trono hundido y el altar levante,
Tronche de la discordia la cabeza,
Los partidos confunda,
Y de la libertad santa y fecunda
Asegure el reinado venturoso,
Con gloria y con reposo,
Se reunirán, opimo fruto dando,
Y el español imperio restaurando.

Y si absorto vió el mundo
De un letargo profundo
A España despertar, y valerosa
Su independencia asegurar gloriosa;
La verá de la sima
Do yace levantarse, y poner grima
A aleves extranjeros,
Que sus discordias acaloran fieros,
A sus viles domésticos tiranos,
Y á rebeldes villanos;
Y el trono de sus reyes
Y de su pueblo la grandeza augusta
Afianzar para siempre en la robusta
Baza de la razon y de las leyes.

V

Mas ¿dónde, cielos, dónde
El héroe á tal empresa destinado
Hoy al anhelo universal se esconde?...
...Si por inspiracion me fuera dado
Conocer, admirar en profecía
Al que ha de restaurar la patria mia...
...Yo la espalda violento
Del huracan indómito oprimiera,
Con su empuje subiera
A escalar el sublime firmamento,
Allí audaz robaria
Una pluma del ala de un querube,
Y con líquida luz escribiria
El nombre egregio en la remota nube.

Sevilla, 1840.



LA ASONADA

Ronco retumba el pavoroso ambiente
Al hórrido bramido
De un mar enfurecido,
Que agita algun espíritu infernal.

Mar hinchado, tremendo, altivo, hirviente
De plebe amotinada,
Que inunda desbocada
Las calles de esta hermosa capital.

Mar de demencia y de ignorante furia,
De pálidos semblantes,
De pechos anhelantes,
De sed de sangre, y bárbara embriaguez.

Es de la humana sociedad injuria
Y baldon que en su seno
Rompa así todo freno
Ignorante canalla tan soez.

Los templos, los palacios, los talleres
Y los sabios liceos,
Y los ricos museos
Tiemblan, ¡oh vilipendio! ¡oh destruccion!

Escóndense aterradas las mujeres,
Al seno palpitante
Estrechando el infante,
Y aumenta su gemir la confusion.

El sabio, el bueno, el justo y el anciano
Los rostros desteñidos
Hablan, no son oidos,
Y los arrastra el popular furor.

Y con indignacion ¡esfuerzo vano!
Todo el que es caballero
Empuñando un acero
Al torrente se opone con valor.

Vivas y *mueras* en horrendos gritos
Lanzan bocas inmundas,
Blasfemias furibundas,
Que hacen la tierra en derredor temblar.

La despechada turba de precitos,
Que suplicios eternos
Apura en los infiernos,
Otras tales no osaran pronunciar.

Vivas dan, ¡y qué vivas espantosos!
A viles criminales,
A inicuos desleales,
A ideas, que ni áun pueden discernir:

A las leyes, que hollando van furiosos,
Al interés mezquino
Del que les diera el vino,
Que entre crímenes deben digerir.

Y ¡qué mueras! ¡Qué mueras, patria mia,
A cuanto de alta gloria
Te corona en la historia
Y te dió del poder la celsitud.

A cuanto Europa te envidiaba un dia,
A cuanto noble y bueno
Aún existe en tu seno,
Al saber, al honor, á la virtud.

¡Ay!...ya agitando la incendiaria tea,
El puñal esgrimiendo,
El aire ensordeciendo
Con la ciega descarga en confusion,

No hay vida, no hay hacienda que no sea
Presa de los villanos,
Que obedecen insanos
A extranjera ó traidora inspiracion.

Libertad sacrosanta: ¡ay! en tu nombre
La horrenda tiranía
De la canalla impía
Triunfa de la tranquila sociedad.

Y sin respeto alguno que la asombre
Mata, roba, arrüina,
Incendia, y extermina,
Y grita furibunda: *Libertad!!!*

Malvados, ¿qué quereis?... Mas no malvados,
Ignorantes y viles,
Instrumentos serviles
De una ambicion infame y pertinaz,

Con mentira y con vino entusiasmados,
Y con una peseta,
Que una mano secreta,
Extranjera tal vez, os dió falaz:

¿Pensais alucinados, que mañana
Sereis más venturosos,
Más ricos, más famosos,
Que pan en vuestras casas va á llover?

Ved que fundais una esperanza vana
En un crímen tremendo,
A cuyo peso horrendo
Más infelices vais mañana á ser.

Ved que sois instrumento despreciable
De cobarde malicia,
De insaciable codicia,
De un envidioso afan, de una traicion,

Que con vuestro furor nada hay estable,
Ni riquezas, ni reyes,
Ni religion, ni leyes;
Que hundís en un abismo á la nacion.

¿Ciegos seguís en el tumulto fiero?...
...Matad, robad, hartáos,
De crímenes saciáos,
Que vuestros triunfos pasajeros son.

Sólo el de la razon es duradero;
Su inexorable espada,
Por las leyes armada,
Vibrará antes de mucho la razon.

La metralla delitos tan atroces
Castigará terrible,
Y el verdugo inflexible
A los que encienden vuestro insano afan.

O acaso vuestros crímenes atroces
Al muerto despotismo,
De lo hondo del abismo
Vengador y terrible evocarán.

Sí, que ignorantes turbas revoltosas,
De locas ambiciones
Y de inicuas pasiones
Necio juguete ó instrumento vil,

Solamente cadenas afrentosas
Y látigo merecen;
No los frutos que crecen
De la alma libertad en el pensil.

Sevilla, 1840.

SONETO

RECETA SEGURA

Estudia poco ó nada, y la carrera
Acaba en abogado de estudiante.
Vete imberbe á Madrid, y petulante
Charla sin dique, estafa sin barrera.

Escribe en un periódico cualquiera;
De opiniones extremas sé el Atlante,
Y ensaya tu elocuencia reventante
En el café ó en junta patriotera.

Primero concejal, y diputado
Procura luégo ser, que se consigue
Tocando con destreza un buen registro:

No tengas fe ninguna y ponte al lado
Que esperanza mayor de éxito abrigue;
Y pronto te verás primer ministro.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM, QUE REGALÓ Á S. M. EL LICEO DE MADRID LA NOCHE DEL 15 DE DICIEMBRE DE 1843

Angel puro inocente,
Que al regio trono de mi patria subes,
Como el sol refulgente
Sube al zenit, las borrascosas nubes
Venciendo y disipando,
Y bienhechora luz al orbe dando:

Tú el amparo y consuelo
De la angustiosa y abatida España
Serás: pues tú del cielo
Tan sólo puedes aplacar la saña,
Y la tremenda ira
Con que el Dios de venganzas ¡ay! nos mira.

De un pueblo que te adora
En el amor y en las sagradas leyes
Apoyada, Señora,
(Pues son el firme apoyo de los Reyes)
Bajo tu pié quebranta
De la discordia la feroz garganta.

Con mano vigorosa
Rige las riendas del imperio hispano,
Levántalo animosa
Del cieno inmundo en que relucha en vano,
Dale paz y reposo:
Esto te pide un pueblo generoso.

Riquezas brota el suelo,
Y riquezas nos dan lejanos mares,
Y riquezas el cielo;
Mas no reposo y paz en nuestros lares,
Y exámine y postrada
Yace esta tu nacion desventurada.

De Otumba y de Pavía,
De Lepanto y Bailén el pueblo es este;
Arde en él todavía
De ingenio y de valor el don celeste,
Y en combates civiles
Se pierden sus esfuerzos varoniles.

Tú sola, refrenando
De impunes rebeliones la osadía,
Que las leyes hollando,
Tornan la libertad en anarquía,
Lograr puedes la hazaña
De dar reposo á la infeliz España.

Y si intentaren fieros
De la discordia acalorar la tea
Aleves extranjeros,
El universo atónito te vea
Cercada de leones
Cuyo rugido aterre á las naciones.

Tuya es la empresa santa
De hacer del pueblo generoso ibero,
Despues de angustia tanta,
De los pueblos ilustres el primero,
Tuya será la gloria,
Y nombre eterno te dará la historia.

Sí, tanta horrenda plaga
Como lanzó en España el hondo infierno,
Que un Angel la deshaga
Y la remedie ya, quiere el Eterno,
Y á tí el hacerlo fia,
Y Angel reparador á tí te envia.

Lógralo venturosa.
Si fundó esta nacion otra Isabela,
Sálvala tú gloriosa
De la discordia insana que la asuela,
Y la fama confunda
La primera Isabel con la segunda.



SONETO

UN BUEN CONSEJO



Con voz aguardentosa garla y grita
Contra todo Gobierno sea el que fuere.
Llama á todo acreedor, que te pidiere,
Servil, carlino, feota, jesuita.

De un diputado furibundo imita
La frase y ademan. Y si se urdiere
Algun motin, al punto en él te ingiere,
Y á incendiar y á matar la turba incita.

Lleva bigote luengo, sucio y cano;
Un sablecillo, una levita rota,
Bien de realista, bien de miliciano.

De nada razonable entiendas jota,
Vivas da ronco al pueblo soberano
Y serás eminente patriota.

LA PRIMERA VEZ QUE VI A M. B.

Sí, la misma es que mis ojos
En ilusion vieron vana,
Ya en los perfiles de grana,
Que ornan los celajes rojos
De la encendida mañana;

Ya entre las orlas de espuma
Del adormecido mar,
Sobre la arena triscar,
Leve como leve pluma,
Y mi pecho encadenar.

Sí, la apacible sonrisa
De su boca deliciosa
La ví en la modesta rosa,
Cuando la ligera brisa
La acaricia cariñosa.

Y escuché su acento suave
En el sonoro arroyuelo,
Que de aljófar borda el suelo,
Y en los gorjeos del ave,
Al primer albor del cielo.

Y en sueño fugaz y leve
La vió mi imaginacion,
Robándome el corazon,
Cruzar vaporosa y leve,
Celestial aparicion.

Es la misma.—¡Ah! la encontré
De la vida en el camino.—
...¿Por qué arcano del destino,
Mi afan entre sombras fué
Encanto tan peregrino?...

¿Y por qué sin conocerla
Su imágen me suspendia,
Y grabada la tenia,
Mucho tiempo ántes de verla,
Con fuego en el alma mia?...

¿Quién lo sabe?—Nuestra mente
No es nuestra. Vuela, medita,
Se encumbra, se precipita
A impulso oculto obediente
Que la contiene ó la incita.

Y lo mismo el corazon:
Es de bronce ó es de cera,
Segun la oculta impulsion,
Que lo calma, ó que lo altera.—
Oscuros misterios son.

Cádiz, 1841

NO HAY REPARACION

Con lágrimas inútiles,
Con estéril ofrenda
La infiel toma la senda,
Que hácia el sepulcro va del que engañó.

Y de ocaso en las cárdenas
Nubes, tumba del dia,
Ya el sol la frente hundia,
Cuando al recinto funeral llegó.

Del dudoso crepúsculo
A la luz nebulosa
Cercana ve la losa,
Entre la húmeda yerba blanquear.

Y se acerca impertérrita,
Pues engaño y traiciones
Juzga en sus ilusiones
Con lágrimas y flores reparar.

Cuando se alza terrífico,
Y el corazon le pasma,
De la losa una fantasma,
Bulto blanco de niebla y de vapor,

Con dos ojos fosfóricos,
Que á la pérfida miran,
O esquivándola giran,
Dando en torno siniestro resplandor.

La sangre toda cuájase
De la infiel, que quisiera
Que la tierra se hundiera,
Y la tragara y confundiera allí.

Y más cuando el fantástico
Espectro con profundo
Acento de otro mundo,
Terrible, aterrador, le dijo así:

«En esta tumba, ¡oh mísera!
¿Qué reparo pretendes?
¿Acaso no comprendes
Que este recinto profanando estás?

»Los dones y las lágrimas
Al vivo satisfagan,
Si su amor propio halagan,
Pero al muerto, desnudo de él, jamás.

»Cuando convulso y trémulo
Tu engaño sospechaba,
Y aún amante anhelaba
A tu arrepentimiento dar perdon,

»El llanto ahora infructífero,
Y esas flores acaso
Detuvieran el paso
Con que bajé infeliz á esta mansion.

»Mas, tú, entónces frenética
De mi dolor burlaste,
La ofensa redoblaste,
Y me hundiste en el sitio en que me ves.

»¿De tu delirio pérfido
Te arrepientes ahora?...
... Huye de aquí, traidora.
No esta tumba profanes con tus piés.

»En ella, ¿de qué sírvenme
Lloro y dones votivos?...
Vé con eso á los vivos,
Que los reciben con risueña faz.

»Aléjate, retírate,
Pues aquí no hay amores,
Ni aroma dan las flores:
Deja á los muertos en su eterna paz.»

El espectro disípase,
Y cae la triste al suelo,
Donde un monton de hielo
Parece de la luna al resplandor.

Y á la mañana próxima
Junto á la losa yerta
Se la encontraron muerta.
...¿Fué de arrepentimiento ó de terror?

1844.



EL SOL PONIENTE

A los remotos mares de occidente
Llevas con majestad el paso lento,
Oh sol resplandeciente,
Alma del orbe, y de su vida aliento.

Otro hemisferio con tu luz el dia
Espera ansioso, y reverente adora
Ya un rayo de alegría
Con que te anuncia la risueña aurora.

Sobre ricas alfombras de oro y grana,
Que ante tus plantas el ocaso extiende,
Tu mole soberana
Lentamente agrandándose desciende.

La tierra que abandonas te saluda,
El mar tus rayos últimos refleja,
Y la atmósfera muda
Ve que contigo su esplendor se aleja.

Del lozano Posílipo (1) la cumbre
Ya oculta tu magnífica corona.
Pero tu sacra lumbre
Aún deja en pos una encendida zona,

Y aún dora del Vesubio (2) la agria frente
Y aún brilla en el espléndido plumaje
De humo y ceniza ardiente,
Que sube hasta perderse en el celaje,

Y aún esmalta con vivos resplandores,
Y perfila con oro y con topacio
Los nítidos colores
De las nubes que cruzan el espacio;

Pero á medida que de aquí te alejas
Tu régia pompa tras de tí camina,
Y tan sólo nos dejas
Tibia luz pasajera y blanquecina.

Y queda sin color la tierra helada,
Sin vislumbres la mar y sin reflejos,
Y con niebla borrada
Capri (3) se pierde entre confusos léjos:

Mas tambien el crepúsculo volando
Va en pos de tí, y al mar y tierra y cielo
La noche amortajando
Con su impalpable y pavoroso velo.

(1) Gallarda y extendida loma al O. de Nápoles, cubierta de casas de campo y de arboleda.

(2) El volcan que se eleva en medio de una fertilísima llanura al E. de Nápoles.

(3) Isla peñascosa y elevada que está en medio de la entrada del golfo de Nápoles.

¿Y no te siguen del mortal los ojos
Anhelantes, confusos, arrasados;
Y al ver tus rayos rojos
Desparecer, no quedan consternados?

¿No tiembla el hombre, y puede en su demencia
Al sueño y al placer y á los amores
Darse, sin que la ausencia
Le aterre de tus puros resplandores?...

...¿Quién la seguridad le da patente
(Ni áun el orgullo de su ciencia vana)
De que el plácido oriente
A darle vida y luz vendrá mañana?

¡Ay!... si el Criador del universo, airado
De ver tan sólo en la rebelde tierra
El triunfo del malvado,
Y la inicua ambicion, y la impía guerra,

La inmensa hoguera en que ardes apagára
De un soplo, ó de la ardiente
Melena te llevára
A otro espacio su mano omnipotente!!!...

Mas no, fúlgido sol: vendrás mañana,
Que no trastorna, no, su ley eterna
La mente soberana,
Que formó el universo y lo gobierna.

Mil veces y otras mil vendrás, en tanto
El plazo designado se consuma,
Que el Dios tres veces santo
Dió á la creacion en su sapiencia suma.

Sí, volverás y durarás: que tienes
Criatura predilecta el don de vida.
Y hermoso te mantienes,
Burlando de los siglos la corrida.

No así nosotros, míseros humanos,
Polvo que arrastra el hálito del viento,
Efímeros gusanos,
Cuya vida es un rápido momento.

Nuestro afan debe ser sólo al mirarte
Trasmontar y dejarnos noche umbría,
Si aún vivos admirarte
Nos será concedido al otro dia.

¡Ah!... ¿quién sabe?... tal vez, sol refulgente
Que has hoy mi pensamiento arrebatado,
Mañana desde oriente
Darás tu luz á mi sepulcro helado.

Nápoles 1844.

VERSOS ESCRITOS EN EL ALBUM DE P. A.

Tus ojos, ojos no son,
Niña, sino dos navajas
Con que destrozas y rajas
El más duro corazon.

Y tu boca celestial
No es boca, es un vaso lleno
De hechizos y de veneno,
Entre perlas y coral.

Por experiencia lo sé:
Ví tus ojos, y al instante
Con un hierro penetrante
Roto mi pecho encontré.

Tu suave voz me encantó,
Bebí tu sonrisa, y luégo
De ardiente ponzoña el fuego
Por mis venas circuló.





MEDITACION

AL INSIGNE POETA NAPOLITANO EL SEÑOR GIUSEPPE CAMPAGNA (1)

¡Ay, con qué confianza,
Desde el risueño oriente de la vida,
El mortal se abalanza
Al mundo, que con goces le convida!

Tan sólo ve delante
Risueños prados y lozanas flores;
Sólo mira anhelante
Fiel amistad y plácidos amores.

En saber y opulencia,
En grandeza, en poder, en gloria y fama
Sólo ve su inocencia
De un magnífico sol la eterna llama.

Avanza fascinado
El pié por la carrera seductora,
Y entra ¡desventúrado!
Donde al momento desengaños llora.

(1) A esta composicion contestó el señor Giuseppe Campagna con los siguientes versos:

AL CHIARISSIMO DUCA DI RIVAS

RISPOSTA

Quel sublime, quel durevole
Ben che alletta insieme e giova
Ah! d' Adamo la progenie
Sempre cerca e mai non trova.
E trovar nol può, chè stolida
Essa il cerca ove non è:

Essa il cerca entro le splendide
Mura, all' aura ingannatrice
Delle corti, ove il più misero
Talor sembra il più felice,
E qual mostra andar più libero
Ha più ceppi intorno al pié.

Essa il cerca nel tripudio
Che par gioia ed è tristezza:
Essa il cerca nella tumida
Miserevole ricchezza,
Che la pace e il sonno invidia
All' onesta povertà.

Essa il cerca nella torbida
Luce data alle terrene
Menti: luce che le tenebre
Mal per noi rompendo viene;
Se la rompa e non la dissipa
Anche assai peggior la fa.

A soccorrere l' infausto
Mondo reo, di sangue intriso,
Non creava Iddio le grazie,
Non i vezzi, non il riso,
Non la pompa, non la gloria;
Ma creava la virtù.

La creava e circondavala
De quei raggi onnipossenti,
Che a descrivere non giungono
Gl' imperfetti umani accenti,
E che fan del celo il gaudio
Pregustare all' uom qua giù.

Certo quei che tutelarono
Co' lor petti il suol natio,
Certo quei che il sangue sparsero
Per la fé del vero Dio,
E la nostra alma redensero
Dal servaggio e dall' error,

Sovruman diletto accolsero,
Certo quelli in su la terra:
La tenzone pe' fortissimi
Fú trionfo, non fu guerra;
Il martirio pe' magnanimi
Fú dolcezza, non dolor.

Di virtù mova per l' arduo
Sentier l' uomo, e tal perfetto
Ben godrá qual ei desidera.
Si, godralo.— E gliel prometto
Io nel nome di quel Massimo
Che la vita in lui spiro.

Si godralo, ed involarglielo
Non potrá verun, perch esso
Chiuso allor della letizia
Avrà il fonte entro se stesso:
Nè tal fonte unqua per volgerse
Di fortuna si seccò.

La que juzgó pradera,
Ve que al contacto mismo de su planta
Se marchita y se altera,
Tornándose arenal yermo que espanta.

Y las que desde léjos
Eran flores fragantes, purpurinas,
Aromas y reflejos
Pierden y se convierten en espinas.

Al seno palpitante
A quien su amigo se pregona estrecha,
Amigo que al instante
Con un puñal el corazon le acecha.

El menguado le fia
Honra, fortuna, nombre y pensamiento,
Y encuentra al otro dia
Traicion aleve, estéril escarmiento.

Ve unos ojos de llama,
Y un seno de jazmines palpitante,
Y su pecho se inflama,
Y sueña eternas dichas delirante.

Y las lágrimas bebe
(Mejor fuera un veneno) deliciosas,
Que son sobre la nieve
De un rostro angelical perlas preciosas.

Y rendido á un encanto,
Que sus sentidos todos encadena,
Juzga verdades cuanto
Brota el labio falaz de una sirena.

Mas cuando el alma tiene
Más rendida á sus piés, y más dichosa,
Un desengaño viene,
Y se halla aislado en cárcel tenebrosa.

Y ve que al alto cielo,
Insensible burlándole, le plugo
Ofrecer á su anhelo
En la forma de un ángel un verdugo.

Destrozado el corazon,
El alma en pedazos rota
Juzga, ¡oh alucinacion!
Que es verdad otra ilusion,
Que descubre más remota.

Y corre el mortal mezquino,
Sediento, ansioso á beber
En las fuentes del saber;
Sin saber que su destino
Es el de ignorante ser.

Así de sed medio muerto
Tras agua y selvas hermosas,
Que son nubes engañosas,
El viajador del desierto
Va con plantas anhelosas.

Libros revuelve, enciérrase, medita
Con vigiloso afan,
Y en un cáos sin fin se precipita
Do los martirios de la duda están.

Y sólo ve una luz, luz que le aterra,
Y alumbra el *hasta aquí*,
Que trazó Dios en la infelice tierra
A nuestra inteligencia baladí.

La tiniebla abandona desdeñoso,
Que ciencia juzgó ya,
Y en busca de la dicha y del reposo
En pos de otra ilusion perdido va.

La pompa y riqueza son
Sólo del mortal ventura,
Dice, y corre y se apresura,
Y con alma y corazon
Las solicita y procura.

Ya tesoros inmensos ha logrado.
Sí, ya los consiguió.
¡Cuántos riesgos y penas le han costado!
¿Y qué es lo que con ellos ¡ay! logró?
Susto, inquietud, desvelo,
Y más grande ansiedad que ántes probó.
El corazon se le convierte en hielo,
Marchita su alma está;
Ve que se burla de él feroz el cielo,
Y en pos de otra ilusion perdido va.

Mas un nuevo sol radiante
Que sobre un monte se encumbra,
Lo fascina y lo deslumbra
Y á él dirígese anhelante.

Es el del poder y mando,
Y hasta él es fuerza llegar
Con esfuerzo singular,
Obstáculos derribando.

Por virtudes ó crímenes, no importa,
La cumbre del poder su planta oprime,
Y el sol que el alma le dejara absorta,
Visto de léjos con su luz sublime,
En llama horrenda, que el infierno aborta,
Ve convertido, y despechado gime
Ardiendo en ella ¡mísero! entre horrores,
Ansias, miedos, vigilias y rencores.

Conoce el triste y lo conoce en vano,
Que allí de los cabellos le ha traido
De un demonio feroz la dura mano,
Y quisiera ¡infeliz! no haber nacido.
Bajar procura de la cumbre al llano,
Pero la escala ¡ay Dios! por do ha subido
Se ha roto, se ha deshecho, y sólo mira
Despeñaderos do los ojos gira.

Cercana tiene otra aún más alta cumbre,
La cumbre de la gloria y de la fama,
Espléndida la ve de hermosa lumbre,
Y con sonora voz le exhorta y llama:

Salta atrevido á colocarse en ella:
¡Cuán pocos lo consiguen! ó le falta
El influjo benigno de una estrella,
Y á un mar de fango y de desprecio salta;
O empujado de próspera fortuna
Se empina, y ciñe de laurel la frente,
Para apurar las penas una á una,
Que causan de la envidia el corvo diente,

De la calumnia el bárbaro veneno,
De la injusticia infame la osadía,
De la sucia ignorancia el negro cieno
Y de la ingratitud la saña impía.

Destrozado el corazon
El alma en pedazos rota,
Muerta la imaginacion,
Ve que en mar de confusion
La barquilla humana flota.

Y torna el triste mortal
Atrás los cansados ojos,
Y ¡oh desengaño final!
Ve sólo un ancho arenal
Sembrado todo de abrojos.

Tal vista le desconcierta,
Se vuelve con ansiedad
En busca de una verdad,
Y encuentra una tumba abierta,
Y detrás la eternidad.

Nápoles 1844.



RETRACTACION

AL MISMO

Razon tienes, Campagna:
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí: se engaña
El mortal melancólico,
Que el orbe sólo un cúmulo
De infortunios juzgó.

Al cabo áun cuando sean
De este valle las lágrimas,
El Criador sapientísimo,
Que le dió vida y ser,

Quiso que en él se vean
De su piedad sin límite
Huellas aún más magníficas,
Que las de su poder.

Y en él trazó una senda
Por do siguiendo impávido,
Aun el mortal más mísero
Logra paz y quietud.

Y ninguno pretenda
Que no la halla, solícita
A cada paso muéstrase,
Es la de la virtud.

El hombre ponga á sus pasiones freno,
La razon se lo ofrece á cada instante,
Y pisará triunfante
Del vicio inmundo el corrompido cieno.

Enciérrese en los términos que plugo
Dar á su terrenal inteligencia
A la alta omnipotencia,
Y se libertará de atroz verdugo.

Cual tránsito veloz mire la vida,
A un eterno reposo encaminado,
Y verá sosegado
Del tiempo breve la fugaz corrida.

Eleve el alma al sér omnipotente
Despreciando las pompas terrenales,
Y brotará á raudales
Dulce consuelo en su tranquila frente,

Y amor, no amor impuro y deleznable,
Y de la caridad el don divino
Sembrarán su camino
Con flores de fragancia perdurable.

Tranquila el alma, contento
Seguirá su corazon
La antorcha de la razon,
Y la voz del sentimiento.

Y no perdida su mente,
Ni su pecho envenenado,
Admirará entusiasmado,
El saber omnipotente.

Y en la creacion hallará
De altos goces inefables
Las fuentes inalterables,
Con que el alma saciará.

Arde el oriente en púrpura teñido,
Y álzase el sol magnífico lanzando
A torrentes la luz, el adormido
Mundo de vida y de calor llenando.

Al trono sube del zenit ardiente,
Un mar de lumbre desde allí derrama,
Y el orbe, rey, postrado y reverente,
De la creacion inmensa le proclama.

A darle vida á otro hemisferio el paso
Tiende con majestad, y le presenta
Ancho camino el apartado ocaso,
Y sus tesoros y su pompa ostenta.

¿Y espectáculo tal no encanta al hombre
Y llamado á gozarlo, es infelice?...
...¿Hay mortal que lo mire y no se asombre
Cuando insensato su existir maldice?...

La noche el manto extiende
Recamado de estrellas y luceros,
Y entre celajes nacarados pende
La luna de argentinos reverberos,
Modesta, vaporosa.

El aura bulliciosa
Trisca en el mar dormido,
Y en el bosque vestido
De oscuridad se mece:
En letargo profundo
Sumergido parece,
Y en dulce paz el fatigado mundo.

¿Y es para el hombre nada
La noche sosegada,
El trémulo fulgor de las estrellas,
Las nubes que fantásticas y bellas
Cruzan por el espacio,
El disco de topacio,
De la brisa balsámica el aliento,
Y el reposo del orbe soñoliento?
¿Este conjunto mágico ¡infelice!
A su imaginacion nada le dice?
¿No conmueve su alma?
¿No la sumerge en deliciosa calma?

Mas no es la naturaleza,
Es el hombre el que hace al hombre
Que de su existir se asombre,
Que deteste su flaqueza.

Es la sociedad.—¡Ay! no:
En ella piadoso el cielo
Manantiales de consuelo
Perennes aseguró.

¿Hay placer más sabroso,
Cabe mayor ventura
En la humana criatura,
Que el de la dicha ajena socorrer?

Quien da al menesteroso
Alivio; quien el llanto
Enjuga del quebranto,
¿Desventurado se osará creer?...

Y todos los mortales
Medio de hacerlo tienen,
Si en su pecho mantienen
El fuego de la santa caridad;

Si vicios infernales
La compasion sagrada
No tienen desterrada
De una alma endurecida y sin piedad

Una accion justa y buena
Da tan puro contento,
Halaga el pensamiento
Tanto un acto de noble rectitud,

Que sólo un alma llena
De cieno miserable,
El encanto admirable
Puede desconocer de la virtud.

¿Y las lágrimas sólo
No son un don del cielo,
Si por ajeno duelo
Logran nuestras mejillas esmaltar?

No halla de polo á polo
Mayor consuelo un pecho
Destrozado y deshecho,
Que el de por tierna compasion llorar.

Pues la presencia
De la inocencia
De un tierno niño,
Y su cariño
La dulce calma,
¿No son bastantes á volverle á un alma?

Aquella pura
Dulce criatura,
En cuya frente
De Dios patente
Se ve el aliento,
¿No embalsama, no hechiza el pensamiento?

Si despertando
A un beso blando,
Mira risueño,
¿Quién guarda ceño?
¡Ay! sus caricias
Son un mar insondable de delicias.

Pero un pecho, aunque justo, inexorable,
Por desengaños é injusticias roto,
Brama sañudo, como brama el noto,
Y detesta este mundo miserable.

No encuentra en él venganza, no la encuentra
En el cielo, que insulta y que provoca,
Y en desesperacion deshecha y loca
En un abismo de infortunios entra.

Sangre ansía y destruccion, odios respira,
Existe entre venenos y rencores,
Y siempre en derredor sus ofensores,
Turba de espectros y fantasmas mira.

. . . .

Pues bien; tórnese á Dios un solo instante,
Haga un esfuerzo, y diga: *yo perdono*,
Y de repente se hallará en un trono,
Y ángeles sólo mirará delante.

Razon tienes, Campagna:
Tu canto filosófico
De mi delirio tétrico
Sábiamente triunfó.

Sí, amigo, sí, se engaña
El mortal melancólico
Que sólo el orbe un cúmulo
De infortunios juzgó.

Nápoles, 1844.

LA APARICION DE LA MERGELINA (1)

Se esconde tras Posílipo,
Entre nubes de grana
La antorcha soberana
Del refulgente sol.
Del Vesubio flamígero
Esmaltando la cumbre
Con la postrera lumbre
Del último arrebol.

Cruzan el viento ráfagas,
Que aún el astro colora,
Perfila, argenta, y dora,
Sobre el espacio azul.
Bulle brisa balsámica
Entre fragantes flores,
Y mece en los alcores
El pino y abedul.

El golfo de Parténope
Es espejo de plata,
Que plácido retrata
El celeste esplendor,
Y la pompa magnífica,
Que al bajar al ocaso
Acompañan el paso
Del astro abrasador.

Pero con vuelo rápido
Tan espléndida escena,
Que tierra y cielo llena,
Desapareciendo va.
Y de tibio crepúsculo
Luz densa y blanquecina
Montes, ciudad, marina
Y cielo envuelve ya.

Entónces cuando bórranse
Los mares y collados,
Confundidos, mezclados
En dudoso total;
Y el orbe todo muéstrase
De la misma manera,
Que si al través se viera
De empañado cristal;

Ven mis ojos extáticos
En la arenosa playa,
Junto á la blanca raya
Del adormido mar,
Vaporosa, fantástica
Aparicion divina,
Que da á la Mergelina
Encanto singular.

Erguida como el vástago lozano
De azucena gentil,
Que en las plácidas noches del verano
Señorea el pensil,

Se alza de una mujer encantadora
La forma angelical,
Que en sí todos los dotes atesora
Del poder celestial.

Y tal hechizo se desprende de ella
Y fragancia, y fulgor,
Y en medio á tal atmósfera descuella
De encantos y de amor;

Que miéntras anhelante y confundido,
Sin osarme acercar,
En tierra una rodilla, y abstraido
De tierra y cielo, y mar,

(1) Se llama así en Nápoles la risueña playa, que está entre la *Ribera de Chiaja*, y el monte *Posílipo*.

La contemplo, se cambia mi existencia
En tal contemplacion,
Que arrebata con mágica influencia
Mi alma á ignota region.

Sus ojos son de un ángel de consuelo,
Por la mar adormida los pasea,
O los eleva al vaporoso cielo,
Y luz divina en ellos centellea;

O á la inmensa ciudad, á quien envuelve
La sombra densa de la noche fria,
Anhelante los torna y los revuelve,
Llenos de celestial melancolía.

O hácia el Vesubio, cuya frente adorna
Rojo penacho de espantosa lumbre,
Girando el cuello de marfil, los torna;
Y afanosa los clava en su alta cumbre.

¿La inmensidad de la creacion admira
En el mar y en el cielo cristalino;
Y cuando á la ciudad los ojos gira,
La obra desprecia del mortal mezquino?...

¿Y cuando á la encendida y agria frente
Los torna del volcan, y en él los clava,
De escondida pasion, que su alma siente,
Mira el trasunto en la encendida lava?

. . . .

¿Quién lo sabe?—Imposible es que consiga
Descubrir un mortal sus pensamientos,
Ni de la llama que en su pecho abriga
Los nobles y escondidos elementos.

Mas yo lo sé: Que mi alma se desata
De los vínculos rudos terrenales,
Cuando se purifica y se dilata
Contemplando sus gracias celestiales.

Y conocer le es dado de la Dea
La mente y corazon, y las regiones
Que aquella velocísima pasea,
Y de este las sublimes sensaciones.

Y pasmada y atónita comprende
Las frases, que veloces y cortadas,
Del labio puro de coral desprende,
Dando vida á las auras regaladas:

Frases como las forma el rumor leve
De líquido cristal que el prado gira,
De blandas flores que el ambiente mueve,
De espíritu impalpable que suspira.

Pero aunque estampa su profunda huella
En mí, y á mi existir da nuevo giro
(Porque así plugo á mi dichosa estrella)
Cuanto entónces contemplo y cuanto miro,

Me es imposible referirlo luégo,
Cuando torna mi espíritu á engastarse
En el humano fango, donde el fuego
Del éxtasis por fuerza ha de apagarse.

Ni el misterio de tales sensaciones
Puede nunca explicar humano labio,
Pues para tanto faltan expresiones
Al más rico lenguaje y al más sabio.

Mas dentro de esta cárcel tenebrosa
El perfume conserva el alma mia
De la contemplacion maravillosa,
Y el vibrar de una angélica armonía.

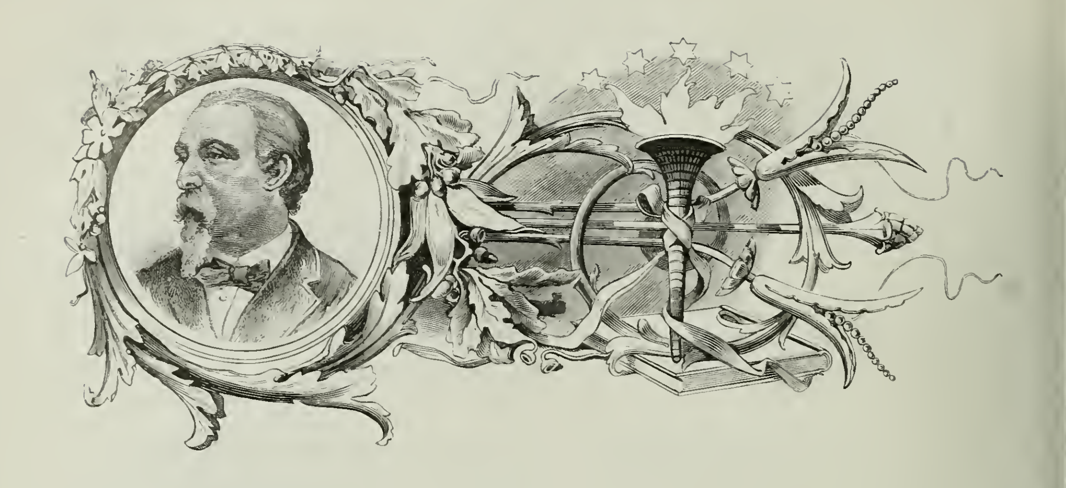
El crepúsculo se apaga,
Cubre de la noche el velo
La tierra, la mar, el cielo,
Y la aparicion ó maga
Desparece en raudo vuelo.

Y en la arenosa ribera
De negras sombras cercado,
Cual ángel precipitado
De la soberana esfera
Me hallo solo y prosternado.

El nuevo sol veo salir,
Y ansioso anhelo que el paso
Apresure hácia el ocaso,
Para que torne á venir
Otro crepúsculo escaso.

Que en su plazo fugitivo,
Bajo la fascinacion
De la mágica vision,
Es cuando de veras vivo
La vida del corazon.

Nápoles, 1844



A D. JOSÉ ZORRILLA

CONTESTACION A LOS LINDOS VERSOS QUE PUBLICÓ, DEDICADOS AL AUTOR, EN EL «HERALDO» DE 30 DE JULIO DE 1844

En estas risueñas playas
En otro tiempo españolas,
Que halagan las mansas olas
De un mar de plata y zafir,
Donde vagan sombras tantas
De alta fama y nombradía,
Que siempre al morir el dia
Juzgo en derredor oir:

En esta ciudad de encanto,
Que embriagada en los festines
Duerme en medio de jardines,
Junto al borde de un volcan;
Sin sospechar llegue un dia,
Que la trague furibundo,
Como á otras que en lo profundo
De los abismos están;

Llegó á mí tu dulce acento,
Esclarecido poeta,
Donde tu alma se interpreta,
Donde luce tu amistad.
Y vino con sus encantos
Bálsamo á ser de mi pecho,
Nunca, nunca satisfecho,
Siempre, siempre en ansiedad.

Pues si tú tanto recuerdas
Las delicias de Sevilla,
De Guadalquivir la orilla,
Y mi tranquila mansion,
¿Qué haré yo, mi amado amigo,
Qué haré yo, que dejé en ellas
De mis ojos las estrellas,
Las prendas del corazon?

Ni pienses que olvidar puedo
Aquellas fugaces horas,
Tan dulces y encantadoras,
Que presto tuvieron fin,
En que los versos divinos,
Que de tu labio brotaban,
Luz, color, y cuerpo daban
Al aura de mi jardin.

Y el rumor de la arboleda,
De la fuente la sonrisa,
El bullicio de la brisa
Saltando de flor en flor;
Y el general embeleso
Acompañaban tu canto,
De nuestras almas encanto,
Y envidia del ruiseñor.

¡Ay! esa luna lánguida y luciente,
Que de Madrid en el hermoso prado
Arrebató tu mente
A la orilla del Bétis encantado,

Brilla en esta region de artes y amores
Tan hechicera y blanda y deliciosa,
Y por estos alcores
Resbala tan lasciva y vaporosa,

Que parece la reina de este cielo,
Y la diosa del mar de las Sirenas,
Y el númen que da al suelo
De Parténope vida á manos llenas.

De la corona del Vesubio ardiente
Aparece magnífico topacio,
Luégo es resplandeciente
Bajel de plata en el inmenso espacio.

Y al trasmontar la cumbre deliciosa
De Posílipo, el monte de las flores,
Es vírgen pudorosa,
Que huye de los profanos amadores.

Y cuando en zenit campea,
Y platea
Este delicioso Eden,
Y orna con leves encajes
De celajes
Su reverberante sien,
Entre su argentina llama
Derrama
Tal hechizo y tal primor,
Que se convierte este suelo
En un cielo
De delicias y de amor.

El aura es toda ambrosía,
Y de hechicera armonía
Las brisas cargadas van.
Que aquí es armónico el viento,
De la mar el ronco acento,
Y hasta el rugir del volcan.

Mas no imagines, no, caro Zorrilla,
Que mi mente embriagada,
Y mi alma enajenada
Se olviden de Madrid y de Sevilla.

Jamás.—Cuando reposo entre las flores
De mágicos jardines,
O cuando en los festines
Miro bullir bellezas y amadores,

Torno al disco de plata refulgente,
De lágrimas preñados
Los ojos arrasados,
Envidiando su marcha al Occidente.

Y al encanto de Nápoles la espalda
Volviendo desdeñoso,
Miro á la luna ansioso,
Que va á darle su luz á la Giralda.

¡Ay si á mis ojos míseros en ella,
Por fuerza prodigiosa,
De mi mirada ansiosa
Les fuera dado el estampar la huella!...

Tú sólo con tu ingenio soberano
Descifrarla sabrias,
Y en sus trazos leerias
Cuánto anhelo estrechar tu amiga mano:

Cuánto las prendas apretar al seno,
Que por mi ausencia lloran,
Y sin mí tristes moran
Del Bétis patrio en el contorno ameno.

Y que encantos jamás habrá bastantes
Ni Circes, ni Sirenas,
Que consuelen mis penas,
Donde no suena el habla de Cervantes.

Nápoles, 1841.





A LUCIANELA

SONETO PRIMERO

Cuando el desnudo pié graba en la arena,
Luciana de la alegre Mergelina,
Y su garbo y su gracia peregrina
Envidia en los verjeles la azucena,

¿Qué es la enclenque de perlas y oro llena,
Que en el landó lujoso se reclina,
Y que con vanidad necia imagina
Que todo lo avasalla y lo encadena?

Tras la humilde y lozana pescadora
Se me va el corazon, se me va el alma,
Y huyen de la altivez de la señora:

Que la beldad, no el lujo, es quien la calma
Turba de un pecho noble y lo enamora,
Y sólo á la beldad rindo la palma.

UNA DECLARACION

¡Ay! que tus ojos de fuego,
Y tu garganta divina,
Y tu gracia peregrina,
Roban á mi alma el sosiego,
Idolatrada Azelina!

Como un rayo de la luna,
Que en noche de primavera
Consolador reverbera
Sobre apacible laguna,
Es tu mirada hechicera.

Y tu aliento es el ambiente
De un jardin embalsamado,
Tu voz el aura del prado,
Tu sonrisa la corriente
De arroyuelo sosegado.

Y tu delicioso seno,
De apretada y pura nieve
Es la copa, donde bebe
Su poderoso veneno
El tirano amor aleve.

Verte es mi dicha mayor,
Mi delicia el escucharte,
Y mi destino adorarte,
...Mas ¡ay! al ver tu rigor
El corazon se me parte.

Lástima á mis penas ten,
Tu amor mi pecho destroza,
Nada en la crueldad se goza,
Y la crueldad no está bien
En una tan buena moza.

¿Quieres un alma abrasada
Que mire su cielo en tí?
¿Quieres encontrarte, dí,
Como jamás adorada?
Pues vuelve la vista á mí.

Vuelve amable á mí la vista,
Y verás, como discreta,
Que es fuerza te comprometa
Un alma ardiente de artista,
Y un corazon de poeta.

Este fuego celestial,
Que enciende mi fantasía,
El estro, que al alma mia
Le da un temple sin igual
Tuyos son, ingrata mia.

Serán humildes despojos,
Si mi pena te conmueve,
De tu pechera de nieve,
De tus rutilantes ojos,
De tu pié pulido y breve.

No pierdas aislada, no,
De tus lozanos verdores
Los encantos y las flores:
Y los perderás si no
Los disfrutas en amores.

¿Qué es un alma sin amor?...
¿Qué es la beldad sin amante?
Una luz sin resplandor,
Una pasajera flor
Falta de aroma fragante.

Deja, pues, el desden, tú,
Y yo que ardiente te adoro,
De amor te daré un tesoro
Más grande que el del Perú,
Pues vale amor más que el oro.

A LUCIANELA

SONETO SEGUNDO

Cuando al compás del bandolin sonoro
Y del crótalo ronco Lucianela
Bailando la gallarda tarantela,
Ostenta de sus gracias el tesoro;

Y conservando el natural decoro
Gira, y su falda con recato vuela,
Vale más el liston de su chinela
Que del rico Perú las minas de oro.

¡Cómo late su seno! ¡Cuán gallardo
Su talle ondea! ¡Qué celeste llama
Lanzan los ojos negros brilladores!

¡Ay!... Yo en su fuego me consumo y ardo,
Y en alta voz mi labio la proclama
De las gracias deidad, reina de amores.

1847.

UNA NOCHE DE VERANO

EN EL GOLFO DE NÁPOLES

•

AL EXCMO. SR. D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.
Por este golfo de plata,
O mas bien mansa laguna
Donde la argentada luna
Su cándido albor retrata;
Por do apresuradas vuelan
Tantas barcas pescadoras,
Con lumbreras en las proras,
Que en el rizo mar rielan;
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Aléjame de esta orilla
Do la espuma centellea,
Do á la ciudad lisonjea
La onda que á sus piés se humilla,
Y do los roncos bramidos
De otro mar siempre agitado,
Mar de vivientes formado,
Me atormenta los oídos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Solo con mi pensamiento,
Y solo tambien contigo,
Entregarme quiero, amigo,
En brazos del manso viento;
Y separado del mundo,
En honda meditacion
Darle á mi imaginacion
Un alimento fecundo.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

¡Cuál la barca blandamente
Se columpia y se desliza
Sobre el agua, que entapiza
Un fósforo refulgente!
El fósforo que los remos,
Que alzas y bajas encienden,
Cuando el mar cortan y hienden
Con sus delgados extremos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Ya el rumor de la ciudad
La voz del cáos parece,
Y ya mi barca se mece
En medio á la inmensidad.
¡Qué espectáculo sublime
Absorto contemplo y miro!
¡Con qué libertad respiro!
Nada aquí mi pecho oprime.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Miro tendida á mi espalda
De Nápoles la ciudad,
Como dormida beldad
En un lecho de esmeralda.
Y entre vaporosos léjos
Forman apariencias varias,
Sus diversas luminarias
Con sus movibles reflejos.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

A mi diestra recostado,
Celador de estos confines
Y de quintas y jardines
Vestido y engalanado,
A Posílipo, veo estar,
Gigante de alta belleza,
En un monte la cabeza
Y los piés dentro del mar.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y de escoria otro gigante
Y de ceniza vestido,
Se alza á mi siniestra erguido,
Solo, enhiesto, vigilante.
Llama sus cabellos son,
Que agita tímido el viento,
Son tempestades su aliento,
Y su grito destruccion.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Allí al frente inmensa nave
De peñas que dió al través,
Capri está, y quien tiene es
De este ancho golfo la llave.
Y los montes donde apénas
Sorrento y Castelamar
Se ven, vienen á cerrar
Este mar de las Sirenas.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Italia, Italia, region
Que mejor no alumbra el cielo,
Jardin de Europa, tu suelo
Es tierra de bendicion.
Y de él son lo más hermoso,
Compendio de tu beldad,
De Nápoles la ciudad,
Y su golfo delicioso.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Un toldo de terciopelo
Del firmamento colgado,
Con diamantes tachonado,
Es de este prodigio cielo.
Rueda por él y campea
Un topacio colosal,
Que la region celestial
Esclarece y señorea.

Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y diamantes y topacio,
Y toldo repite el mar,
Y se me figura estar
Suspendido en el espacio.
Y que el inmenso vacío
Cruzo, como cruza el ave,
En alas del viento suave,
Y en brazos del albedrío.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

La brisa un arpa es aquí,
Do acordes incomprensibles
Espíritus invisibles
Tocan en torno de mí.
Y sus sones son beleño,
Que suave encanto difunden,
Y que en mis venas infunden
Bálsamo de dulce sueño.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Por las auras arrullado,
Y por las ondas mecido,
Mis penas daré al olvido
Y dormiré descansado.
Venid con solicitud,
Venid á ocupar mi mente
Y á volar sobre mi frente,
Sueños de mi juventud.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Que en este tranquilo mar,
Bajo este apacible cielo,
Y cercado de tal suelo,
Venturas se han de soñar,
Y deliciosos amores,
Que son encanto del mundo,
Dando al olvido profundo
De la vejez los rigores.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Boga, hasta que de oro y grana
Pinte celajes la aurora,
Y este mar tan mudo ahora
Himnos cante á la mañana.

Y deja á mi fantasía,
Que este golfo prodigioso,
Ahora vago y misterioso,
Admire al venir el dia.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Y entónces á la ciudad
Ambos á dos tornaremos,
Tú á descansar de los remos,
Yo á volver á mi ansiedad,
Que las horas de ilusion
Siempre son ¡ay! fugitivas;
Y quedan las positivas
Que angustian el corazon.
Pues no te fatiga el sol,
Boga, boga, barquerol.

Nápoles, Junio de 1845.

DESCONSUELO

Por el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa,

Caminando hácia occidente
Con lento paso avanzaba,
Y abismado meditaba
En lo que tenia enfrente,
Y en lo que tras mí dejaba.

En aquel yermo asolado
Me ofrecia el pensamiento,
Como ráfagas de viento,
Recuerdos de lo pasado
Que al alma daban tormento.

Y en sombras vagas tambien,
Cual las inciertas figuras
Que entre las nubes oscuras
De la borrasca se ven,
Las ansiedades futuras.

Enfermo, solo, seguia
Combatido y arrastrado
Entre el futuro y pasado,
Y nada en torno veia
Con mi existir enlazado.

Cuando los puros reflejos
Advertí de flor tan bella,
Entre la aridez aquella
Nacida, que desde léjos
Dudé si era flor ó estrella.

Mas al punto en que la ví
Calmóse mi amargo afan;
Porque ejerció influjo tan
Raro, que me atrajo á sí,
Como al acero el iman.

Llegué, llegué... ¡Qué color
Tan puro y resplandeciente
Iluminaba su frente!
¡Con qué fragancia en redor
Embalsamaba el ambiente!

¡Qué perlas de almo rocío
Avaloraban su seno!
Su tallo de pompa lleno
¡Con qué garbo y señorío
Avasallaba el terreno!

Jamás en regio pensil,
Ni en los jardines de Flora
Meció el soplo de la aurora
Otro tallo tan gentil,
Ni flor tan encantadora.

Y cual si alma y corazon
El cielo dado le hubiera,
(Ni áun yo sé de qué manera)
Cariño y tierna aficion
Mostróme afable y sincera;

Y que grata habia brotado,
Por disposicion del cielo
En aquel ingrato suelo,
De mi pecho lacerado
Tan sólo para consuelo.

¡Ay! á su encanto rendido
Tan dichoso me encontré,
Y en un delirio tal, que
Lo que iba á ser y habia sido
De todo punto olvidé.

Y ciego y loco un momento
Pensé que otra vez me hallaba
En la selva que dejaba
Detrás, y ufano y contento
Que era mortal olvidaba.

Y me figuré posible
Junto á aquella hermosa flor,
Y amparado de su amor,
Del destino irresistible
Burlar el fiero rigor.

Mas su rigor me impelia
A proseguir el camino,
Aunque al encanto divino
De aquella flor me acogia:
Que es muy terrible el destino.

Entónces nueva ansiedad
En mi corazon sentí,
Que era angustia horrenda, sí,
Tanto amor y tal beldad
Dejarme detrás de mí.

Y resuelto á no dejarla,
Y á que conmigo siguiera
La inevitable carrera,
Quise del suelo arrancarla,
Y prestóse placentera.

Mas ¡ay Dios! en el momento
Que mi mano la tocó,
Impetuosa la embistió
Ráfaga de árido viento,
Y en mis manos se agostó.

¡Ay! ¡con qué fieras congojas
Ví por el suelo esparcidas
Mustias, secas, encogidas
Sus ántes risueñas hojas
Rutilantes y encendidas!

¡Con qué horror miré el lozano
Tallo roto y abatido,
Y su follaje caido!
¡Con cuánta ansiedad en vano
Busqué el aroma perdido!

—Los ojos levanté al cielo,
No ví el sol, la noche era:
Y proseguí mi carrera
En más hondo desconsuelo,
Y en soledad la más fiera.

Que en el campo helado y yerto,
Que entre la selva frondosa
Está de la edad briosa,
Y entre el árido desierto
De la vejez angustiosa;

Si aparece una ilusion
Se deshace luégo, luégo,
Pasa como leve fuego,
Y destroza el corazon,
Que se va tras de ella ciego.

Nápoles, 1845.

SONETO

¡UN AMIGO!!!

Guarte, ese amigo que te estrecha al seno,
Que rie si ries, que si lloras, llora,
Que te adula y te sigue á toda hora
Y á quien te entregas de confianza lleno.

Es vaso aleve henchido de veneno,
Es copa vil que el artificio dora,
Ente infame y ruin, de alma traidora
Y con un corazon de inmundo cieno.

Que un soplo de ambicion su pecho anime,
Que tu mérito envidia en él despierte,
Que tu nombre y favor sin fuerza estime,

Que á encontrar bella á tu mujer acierte,
Verás al punto esa amistad sublime
Ser villano puñal, que te dé muerte.



ELVIRA

A LOS SEÑORES DUQUES DE BIVONA, EN LA MUERTE DE SU HIJA DE ESTE NOMBRE, A LOS SIETE MESES DE SU EDAD

EL POETA

¡Ay! con razon mi indócil fantasía
Tenaz se resistió
Al fuego encantador de la poesía
Cuando tu breve vida comenzó.

Enajenados de placer miraban,
¡Mísera humanidad!
Su dicha en tí tus padres, y anhelaban
Versos en tu loor de mi amistad.

Y era mi afan componerlos;
Pero nunca pude hacerlos,
Porque el cielo los inspira,
¡Ay Elvira!

Habia ya trazado el cielo
Que tu vida fuese un vuelo,
Chispa que nace y espira,
¡Ay Elvira!

Cuando tierno contemplaba
Cual tu madre te besaba,
Que ahora de afliccion delira,
¡Ay Elvira!

Forjé versos en mi mente:
Pero una mano inclemente
Y oculta rompió mi lira,
¡Ay Elvira!

Y esta mano ¡dura suerte!
La mano era de la muerte,
Que hizo de tu cuna pira,
¡Ay Elvira!

. . . .
. . . .

Boton de rosa bello,
Que apénas en el cáliz asomaba,
Cuando mustio doblaba
Agostado y marchito el blando cuello:

Pintada mariposa,
Cuya vida fué el soplo de un momento:
Vislumbre misteriosa
De momentánea luz que apagó el viento:

No era ¡cielos! mi suerte
Cantar tu vida, á quien marcó el destino
Tan rápido camino,
Sino cantar tu arrebatada muerte.

Porque tu muerte es gloria,
Que te alza de este mundo detestable,
Atomo miserable,
De la inmensa creacion perdida escoria;

Y á la mansion te encumbra
De bienandanza y vida sempiterna,
Que con su luz eterna
El rostro santo del Criador alumbra.

Sí, en tu serena frente
De cándidos jazmines coronada,
Veo la señal marcada
De la mano de Dios omnipotente.

De Dios, que te coloca
De eternos serafines en el coro,
Donde al són de arpas de oro,
Himnos modula tu inocente boca.

Y donde... ¿Qué alaridos
Disturban mi profundo pensamiento,
Llenan de horror el viento,
Y hieren penetrantes mis oídos?...

¿Quién á esta estancia llega,
Do contemplan atónitos mis ojos
De un ángel los despojos,
Y resplandor de eterna luz los ciega?...

Una mujer hermosa,
La negra crencha al viento desparcida,
Sin aliento, sin vida,
Penetra estos umbrales anhelosa.

Los bellos ojos secos,
Pero sin luz, abiertos, espantados,
Los labios deslustrados
Hondos lanzando y lastimeros ecos.

¡La madre!... ¡Desdichada!
A apurar viene el último martirio,
Buscando en su delirio
A la que su hija fué, y ahora es ya nada.

LA MADRE

¡Hija!!! Dó estás?...
Allí... Allí.
¿Duermes quizás?
¡Ay!... vuelve en tí...

Dadme, bárbaros, dadme mi hija amada,
Ved que es mi vida su inocente aliento,
Mi gloria su sonrisa idolatrada,
Toda mi dicha su infantil acento.

...Yo la parí:
Yo la adoré...
Yo la perdí!!!

Cielos, volvedme mi adorada prenda,
O dadle fin á mi existencia horrenda.

. . . .

No ha muerto, no...

. . . .

Sí, muerta está!!!
¿No alienta ya...
Y aún vivo yo?...
¡Ay!—Estos restos frios
Devórelos la tumba con los mios.

EL POETA

Llora, madre infelice: llora, llora.
Llorando alivia el corazon hinchado,
Pero la mano omnipotente adora,
Que el bien que te otorgó te ha arrebatado.

Llora, sí; mas bendice resignada
La voluntad santísima y eterna,
Que al orbe inmenso próvida gobierna,
Que formó el orbe inmenso de la nada.

¿Quién sus inescrutables intenciones
Consigue penetrar?... ¡Ay! los humanos
Olvidan en sus ciegas pretensiones,
Que son del polvo efímeros gusanos.

. . . .

Ahí los restos mortales
De tu hija tienes; conmovido el cielo
De tu dolor, sus leyes eternales
Trastorna, y vuelve en presuroso vuelo
El alma tierna y pura
A darles vida.—Entre los tiernos lazos
De tus maternos brazos
La estrechas con frenética locura.
Tu faz regala con su aliento suave,
Con sus manitas trémulas tu seno,
Y su acento infantil de gracias lleno
Te da tal dicha que mayor no cabe.
Pero torna la vista
A la carrera de dolor y llanto,
Que tu amor egoista
Le abre de nuevo y temblarás de espanto.

¡Cuánto de afan y susto,
De lágrimas imbéciles la aguardan

En la frágil niñez!.. Y cuando arbusto
Tierno comience á verdear... ¡Oh cielo!
¡Qué forzoso desvelo,
Qué fatigas tan duras
Para aprender errores,
Para saber enmascarar el alma,
Para amoldarse á necias imposturas,
Y con falsos colores
Mostrar que busca de virtud la palma!

Y cuando ya lozano
Tallo de hermosa flor robusto sea,
Verás cuál la rodea
De las pasiones el tropel insano.
¡Ay cuánta tempestad sobre su frente
Se agolpará rugiente!...
...La sociedad viciosa, y corrompida,
La atmósfera es de vida
En que ha de respirar... ¡Cuánto tormento
Si es buena, si es sensible!
Y si es dura y malvada
¡Qué amargo desaliento!
¡De qué desierto horrible
De arena y hielo se verá cercada!!!

Pues en la edad madura,
Perdidas las más gratas ilusiones,
Los vínculos más santos de ternura
Rotos, despedazados,
O en dogales tornados,
De engaños alevosos y traiciones
Por la mano feroz emponzoñada,
¿Cuál será su existencia?... ¡desdichada!

Y luégo la vejez, de enfermedades
Asilo y de disgustos,
De dolores, de sustos,
Y de remordimientos y ansiedades,
A que es forzoso que el mortal sucumba;
Y la muerte despues... despues la tumba...
. . . .
Despues la eternidad. . . . . . .
. . . .
. . . . ¿Y en tan amarga
Y rápida carrera,
Que hacen los infortunios lenta y larga,
¿Quién, madre, te asegura
Que se conserve pura,
Que se salve inocente
El alma de esta niña, que imprudente
Lanzas de nuevo al piélago iracundo
Del corrompido mundo?...
. . . .

¿Quién sabe, quién, si tú, su madre tierna,
De ese amor insensato compelida,
La tornas á una vida,
Que ha de acabar en perdicion eterna?...
. . . .
. . . .
¿Te hielas? ¿Te estremeces? Basta. El cielo
No trastorna sus leyes eternales,
Por complacer el imprudente anhelo
De los ciegos y míseros mortales.
No te la volverá.—Muerta ahí la tienes,
Guirnalda funeral ciñe sus sienes...
Mas conmigo contémplala un momento,
Y verás que del Dios tres veces santo,
Que hoy te quiso probar con tal tormento,
La infinita piedad no te abandona,
Y un consuelo sin fin te proporciona.

Mira ese rostro de nieve,
Que ha dos horas destrozaba
Y horrendo desfiguraba
Dolorosa convulsion,

Ya sin una sombra leve
Del angustioso tormento,
Que de horror y sentimiento
Te inundaba el corazon.

Míralo tranquilo y bello,
Sin los dolores del mundo,
En dulce sueño profundo,
Que nadie interrumpirá.

Y en la frente el alto sello
Observa, madre dichosa,
De la mano poderosa,
Que el orbe rigiendo está.

Mira en la boquita bella,
Antes ¡ay! desfigurada,
Lívida, ardiente, agitada
Con la agonía final,

Grabada la santa huella
Del alma pura, inocente,
Que á vivir eternamente
Voló al coro angelical.

Y aunque estos restos mortales
Pronto serán polvo, nada,
No quedas, no, separada
De la prenda de tu amor:

No, que de las celestiales
Mansiones bajará ansiosa
El alma de tu hija hermosa,
A velar en tu redor.

Y cuando triste lamentes
Otras desgracias del mundo,
Y de otro dolor profundo
Tu pecho oprimido esté;

Si acaso de pronto sientes
Inesperado consuelo,
Y nuevas fuerzas que el cielo
Para alabarlo te dé,

Es que de tu Elvira el alma
Te besa, y te da su aliento,
Bajando del alto asiento
Do los ángeles están.

Y renacerá la calma
En tu pecho al suave ambiente,
Que en torno á tí blandamente
Sus alitas moverán.

Y cuando á tus otros niños
(Dios te los guarde y conserve)
Tu afan maternal observe
Del sueño en la dulce paz;

Si ves que sueñan cariños,
Y que sonrien graciosos,
Es que miran venturosos
De su hermanita la faz.

Y porque ella en torno de ellos,
En las horas misteriosas,
Con las alas vaporosas
Gira amante en tornos mil,

Con sus celestes destellos
El espíritu ahuyentando
Del infierno, que acechando
Esté la cuna infantil.

Bendice á Dios: bendícelo, y el llanto
Enjuga, pues que ser has merecido
Madre de un querubin, que el *Santo, Santo,*
Entona ante el Señor, de luz vestido.
En gozo celestial torna el quebranto,
Y repite con labio enardecido
Por la fe santa, que á mi pecho inspira:
Oro pro nobis, venturosa Elvira.

Nápoles 17 de Junio de 1845

FANTASÍA NOCTURNA

AL EXCMO. SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO

El sol siguiendo su eternal viaje
En los mares perdióse de occidente,
Y ya ni en los perfiles del celaje
Dejaba rastro de su huella ardiente.

De oscuridad vestido estaba el suelo,
Miéntras nuevo esplendor engalanaba
La inmensurable bóveda del cielo,
Y más rica y más grande se mostraba.

Yo del risueño Vómero (1), en la loma,
Que señorea lo mejor del globo,
Entre un ambiente de fragante aroma
Solo vagaba en soñador arrobo.

Miré en bultos fantásticos los montes
Alzar diversos su contorno vago,
Y el mar á los remotos horizontes
Ir á perderse adormecido lago.

Luégo todo borrarse y confundirse,
Como si de la vida el don perdiera,
Y de alba niebla y de vapor vestirse
Cual si de una mortaja se vistiera.

Miéntras que más luceros, más estrellas,
Adornaban el claro firmamento:
Diciéndome la voz de ellos y de ellas:
Aquí la eternidad tiene su asiento.

Sentí aquel estupor indefinible,
La conmocion sin nombre, vaga y fria,

(1) Collado que domina gran parte de la ciudad de Nápoles y su golfo.

Que da la soledad so un apacible
Cielo, despues de sepultado el dia.

Y llegué á imaginar que el globo, helado
Desierto, no albergaba otro viviente
Más que yo: y afligido y aterrado
Volar ansiaba al cielo refulgente.

Pero luégo el rumor hasta mí llega
De la inmensa ciudad que á mis piés yace,
Mezclado al que en las cumbres y en la vega
El aura mansa entre las selvas hace.

Diviso las vislumbres, los reflejos
De luces esparcidas por el llano,
Ya más cerca indicando, ya más léjos,
O lámpara ú hogar de albergue humano.

Y entre niebla borrosa y sombra espesa,
Que apénas puedo penetrar, advierto
Nave, que el mar anchísimo atraviesa
Buscando ansiosa el conocido puerto.

El rumor, y las luces, y el navío
Recuérdanme que el globo está habitado,
Y cambia vuelo el pensamiento mio,
A la tierra de nuevo encadenado.

A la tierra, y apártase del cielo,
Porque siempre esta mísera corteza
De humana carne hácia el mezquino suelo
Hace doblar al alma la cabeza.

Y juzgué ya de danzas y festines
Aquel rumor, que la ciudad derrama;
Las luces ser de quintas y jardines,
O á las que el sabio estudia, y logra fama;

Y que la nave, que las aguas corta,
Preñada de placeres y metales
De otra region, á nuestra playa aporta,
A aumentar nuestros goces terrenales.

Olvidé los luceros, las estrellas...
Y ansié tornar á la ciudad, que ofrece
Goces sin fin, ó dirigir mis huellas
A la luz que á los sabios esclarece.

O hácia el puerto correr, y en los tesoros
Que frescos llegan del pomposo oriente,
Del rico ocaso, de los climas moros,
De placeres saciar mi sed ardiente.

Iba en pos de este anhelo irresistible
A descender de la elevada roca,
Cuando el ala de espíritu invisible,
Que giraba en redor, mi frente toca.

No sé si era un espíritu celeste,
O espíritu infernal, quien de mí en torno
Agitaba las alas y la veste,
Causando en mi interior tan gran trastorno.

Mi mente cambia giro, advierte y piensa,
Y en helado sudor ¡ay! me confundo,
Que aquel rumor de la ciudad inmensa
No es más que el estertor de un moribundo.

Que aquellas luces son las luminarias
Con que el mortal camina al cementerio,
Y las naves fantasmas funerarias,
Que vagan de hemisferio en hemisferio.

Alzo los ojos, que anhelante intento
Nuevo consuelo y luz de las estrellas
En la copa beber del firmamento;
Pero ¡ay! su amparo me negaron ellas.

El instante que yo de la mezquina
Tierra en la faz los ojos puestos tuve,
El claro cielo funeral cortina
Me habia robado de espantosa nube.

Convulso y en temblor deshecho helado,
Erizado el cabello de mi frente,
Y de un viento fortísimo azotado,
Que abortaron las nubes de repente,

Olvido donde estoy. Que existo dudo:
La vista ciega en las tinieblas giro,
La boca abierta, pero el labio mudo,
Y espectros vagos, que me cercan, miro.

Y siento que mis plantas humedece
Fango de sangre; que la cumbre aquella
Que á mis trémulos piés asiento ofrece,
Y que ví al claro sol tan verde y bella,

Es un monton de huesos corroidos
De mil generaciones que pasaron,
Y escombros de cien pueblos destruidos,
Que ni el són de sus nombres nos dejaron.

Y oigo á una parte el grito furibundo
De la espantosa abominable guerra,

Y el rodar de su carro por el mundo
Con trueno tal que al Universo aterra.

De las revoluciones á otro lado
El alarido aterrador y horrendo,
Y el choque entre el futuro y el pasado,
Jamás reposo al orbe consintiendo.

Y escucho por doquier el espantable
De las pasiones alarido agudo,
Que en el género humano miserable
Ceban, sin saciedad, el diente crudo.

Y hieren y atormentan mis oídos
De verdugos y víctimas mezclados
Insultos y dolientes alaridos,
De un siglo en otro siglo duplicados.

Y oigo las espantosas carcajadas
De los infiernos, y el sarcasmo horrible
Con que las negras huestes condenadas
Del mundo ven la situacion terrible.

Tantos sones diversos y espantosos,
Que cien tormentas hórridas formaban,
De oscuridad abismos horrorosos
Hendiendo agudos, hasta mí llegaban.

Pero mis ojos nada descubrian:
Tinieblas espesísimas y densas,
Cual si cuerpo tuvieran, me oprimian,
Las regiones del aire hinchendo inmensas.

Cuando de pronto aterradora llama
El ancho cráter del volcan arroja,
Que hasta el cielo enlutado se encarama,
Y alumbra al mundo con su lumbre roja.

Mas ¿qué alumbra?... ¡gran Dios! Alumbra sólo
Un inmenso sepulcro, que se extiende
Devorador del uno al otro polo,
Y en medio á la creacion de un pelo pende.

Y en él turbas y turbas de gusanos,
Que entre sí despedázanse rabiosos,
De otros y de otros disputando insanos
Los restos miserables y asquerosos.

Mas todo iba á morir. La ardiente lava,
Que por las agrias cuestas se derrumba,
Lenta y desoladora se avanzaba
A dar eterna paz á la gran tumba.

No pude más, herido del espanto,
Misericordia, en tanto desconcierto,
Pidiéndole al Señor tres veces santo,
A tierra vine como cuerpo muerto.

Nápoles, 1846.



LA VEJEZ

AL SEÑOR DON TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Dó me llevais?... Al resplandor brillante
Que antorchas cien en candelabros de oro
Dan al rico salon.
Del convite las mesas veo delante,
Y de la gula en ellas el tesoro
Lucir su profusion.

De tersa plata en cinceladas fuentes
Los manjares la atmósfera embalsaman
Con sabroso vapor.
En tallados cristales trasparentes
Vinos deliciosísimos derraman
Su perfume y su ardor.

Frutas de todos climas y estaciones
En los cestos de esmalte y porcelana,
Brindando miel están.
Y guirnaldas, y ramos, y festones
De flores con que mayo se engalana,
Blandos perfumes dan.

Mas nada es para mí.—Tambien ansioso
Apuré, cuando jóven alentaba,
La copa del festin;
Pero ya delicado y achacoso,
Las fuerzas que mi estómago ostentaba
Tuvieron pronto fin.

Y para mí veneno esos manjares,
Y veneno tambien esos licores
¡Desventurado! son.
Y veneno esas frutas singulares,
Y veneno el aroma de esas flores,
Que alegran el salon.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué me traeis? corceles vigorosos,
Armas bruñidas de templado acero,
¡Cuál relinchan aquellos orgullosos!
¡Cómo de estas deslumbra el reverbero!

Miro en el aire tremolar banderas,
Veo desfilar gallardos escuadrones,
Oigo tronar bombardas y cañones,
Escucho el són de músicas guerreras.

¿Y qué me importa á mí?—Cuando lozano
Jóven en ansia de la gloria ardia,
Fulminó el hierro mi robusta mano,
Y ayudé al triunfo de la patria mia.

Y un uniforme espléndido, elegante,
Y un caballo mi afan eran tan sólo,
Y del marcial clarin la voz sonante
Mi única y sola ley de polo á polo.

Mas ya mi fuerza á dominar no alcanza
Del potro cordobés el poderío;
Y el terso estoque y la fornida lanza
Caen de la mano cuando pierde el brio.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué pretendeis?... Un pueblo numeroso
Atento ocupa la engañosa escena,
Frenético entusiasmo la enajena,
Retiembla á sus palmadas el salon.

El genio de un poeta venturoso
Lo fascina, aprisiona, exalta, enciende,
Y en dominio sin límite se extiende
Su celeste fugaz inspiracion.

¡Oh, cuán grato es mirar correr el lloro
De ternura y amor por los semblantes,
Y el ver los corazones palpitantes
Al poder de los versos celestial!

¿Y qué dicha más grande, qué tesoro
Mayor que los aplausos triplicados,
Y el verse los cabellos adornados
Con corona de lauros inmortal?

No es ya esto para mí.—Cuando son hielo
La sangre, el corazon, la fantasía,
El fuego encantador de la poesía
Se apaga, hielo tórnase tambien.

Un alma sin vigor pierde su vuelo,
Una cascada voz pierde su encanto,
Y no producen conmocion ni llanto
Versos tibios, que se oyen con desden.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿Qué pretendeis? ¿Que al bullicioso prado
Baje á gozar las auras de la tarde,
Con el concurso alegre y apiñado
Que entre árboles y fuentes bulle y arde?...

Ya no es para mí grato aquel paseo.
¡Cuánto, oh cielo, lo fué!... Mas ya no llama
Mi atencion la alta dama,
Que ostenta en su landó lujoso arreo.
Ni el inglés carrüaje,
Que relumbra y chispea,
Ni el volador plumaje,
Ni la rica librea,
Ni el caballo, que ufano se pompea
Entre uno y otro espléndido equipaje.

Ya para mí no es nada el dulce hechizo
De aquel fuego que brilla
Al través del sombrero ó la mantilla,
Y del ligero vaporoso rizo,
De unos ojos que dan ó muerte ó vida,
Soles de un cielo donde amor se anida.

...¿Qué me importan las frases dislocadas,
Que vuelan derramadas
De los grupos que pasan diferentes?
¿Qué de amantes parejas el arrullo?
...¿Qué el continuo murmullo
De aquel mar agitado de vivientes?...

Si algun caballo ó coche me atropella,
Apénas puedo con turbada huella
El peligro evitar. Si por acaso
Unos ojos de lúz encuentro al paso,
Huyen ¡ay! de los mios
Apagados, sombríos:
Y ni un semblante grato, una sonrisa,
Ni una frase fugaz mi pecho halagan,
Y las turbas, que vagan,
Me empujan y me oprimen. Ya me pisa
El jóven, que siguiendo con los ojos
La causa de su encanto ó sus enojos,
No ve do pone el pié. Ya torna en ceño
Su semblante risueño
La que vuelve un instante
A mirar á su amante,
Y halla mi rostro adusto:
Y ya le causa susto,
La arredra y martiriza
Mi frente de ceniza,
Mi severa mirada,
A la que recatada
Y tímida un billete delicioso
Iba al paso, á entregarle á algun dichoso.
¡Ay cielos!... No respiro
En aquel mundo extraño en que me miro.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

¿A dó me conducís?... Cuando reposo
Han menester mis miembros fatigados,
Carcomidos, helados,
¿Quereis que éntre de un baile en el salon?

Ved qué noche, qué cielo borrascoso:
Las nubes lluvia sin cesar derraman,
Los aquilones braman;
Estas las horas de descanso son.

Mas el aura los suaves instrumentos,
Inundan de dulcísima armonía,
Vencen la luz del dia
Las arañas de bronce y de cristal.

¡Qué atmósfera los ricos aposentos
Tan templada y vivífica contienen!
¡Qué dulce encanto tienen!...
Un aura se respira celestial.

¡Qué galas, y qué joyas, y qué flores
Ostentan elegantes damas bellas,
Rutilantes estrellas
De un cielo de placeres y de amor!

Helados, frutas, dulces y licores,
Y el té de China, y el café de Moca,
En el cristal de roca
Nos brinda el ostentoso aparador.

Ya en raudo remolino
De embalsamado viento,
Respirando contento,

Por incierto camino
Las parejas girando en torno están.

Y en un mar de armonía
Se agitan, se revuelven,
Y se alejan y vuelven,
Y cruzan á porfía,
Y en confuso tropel cruzan y van.

Ni la alfombra moruna
De sus plantas se queja,
En pos de sí no deja
Rastro ni huella alguna
La turba que á compás gira el salon.

Hojas del fresco octubre,
Que manso viento lleva
Sobre la yerba nueva,
Que la llanura cubre,
Las parejas que en torno vuelan son.

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
¡Ay! me marea
El raudo giro
Que en torno miro;
Y cuando ondea
La gasa leve
Como la espuma,
Cuando se mueve
La riza pluma,
Cuando un pié breve
El mio toca,
Y el blando aliento
De hermosa boca
Junto á mí siento,
De abatimiento
Mi alma se llena,
De negra pena
Mi corazon...
Me ahogo, sí...

Vamos de aquí,
La confusion
De este salon
No es para mí.
Ya en él seré
Una fantasma,
Que hiela y pasma
A quien la ve.

Vamos de aquí,
No es el salon del baile para mí.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento
Y la muerte, y despues el ataud.

¡Ay! si el tiempo voraz derrumba y traga
La fuerte torre y la robusta encina,
Si las montañas hunde y arrüina,
Sorbe los mares y el volcan apaga,

¿Qué hará del hombre, efímera criatura,
Frágil gusano, polvo deleznable,
Cuyo existir mezquino y miserable
Un rápido momento apénas dura?

Y cuando el mudo curso de los años
Descompone sus fibras y su mente,
Y el corazon helándole, inclemente
De dolores lo cerca y desengaños,

¿Qué es para el hombre el mundo?... Una posada
De que debe partir al otro dia.
¿Y cómo sufrir debe la agonía
Un cuerpo, que desplómase en la nada?

Sea de un benigno sol el rayo ardiente,
Que lo restaura un poco, su consuelo,
Un mullido sillon todo su anhelo,
Un báculo su amigo y confidente;

La dieta su regalo, y el reposo
En soledad tranquilo su contento,
Donde pueda entregarse al pensamiento,
O en los brazos de su sueño letargoso.

Y en la misericordia confiado
Del que da luz al sol, vida á la hormiga,
Empuje al huracan, jugo á la espiga,
Y ante quien no hay futuro ni pasado,

El rumor no le asuste de la planta,
De la muerte, que á hollarlo se encamina,
Ni al mirar la segur, que se avecina
Para segar su mísera garganta.

Placeres, gloria, aplausos y contento
Mire en torno la ardiente juventud;
Y la vejez disgustos, desaliento,
Y la muerte, y despues el ataud.

Nápoles 1847



EL CAMPO

AL DUQUE DE MONTEBELLO

¿A esto campo llamais? ¿A los verjeles,
Que arregla y que repule un jardinero,
A un bosquecillo á guisa de florero,
Y á tiestos de azucenas y claveles?

¿A un palacio, que puede maravilla
Del arte ser, y se alza á las estrellas,
Con estancias tan anchas y tan bellas,
Y donde el lujo refinado brilla,

Casa de campo la llamais, en donde
El descanso y salud buscais ansioso,
Y aquel tranquilo y plácido reposo,
Que en la apacible soledad se esconde?

¿Y juzgais poner tregua á la fatiga
Del mundo, á cuatro pasos de la corte,
Donde de fatuos la importuna cohorte
Os sigue á todas horas y os hostiga?

¿Donde es más atildado vuestro traje,
En donde en sus venenos más esmero
Pone vuestro famoso cocinero,
Y do ostentais más brillo y equipaje?

Esta vida de moda, titulada
Vida de campo, es vida de artificio,
De loca vanidad, de lujo y vicio,
Que ni al alma ni al cuerpo sirve nada.

Vida de campo es cosa diferente,
Casa de campo es diferente cosa,
Y el que llamar así las vuestras osa,
O no dice verdad, ó está demente.

Para buscar descanso de la corte,
Y en vez de su afanoso movimiento,
Paz, y reposo y plácido contento,
De modo tal que á la salud le importe,

Fuerza es ir léjos de ella, renunciando
Al género de vida que ella impone,
Y donde cuerpo y alma no aprisione
De moda y chismes el dañino bando.

Esconderse en el seno enmarañado
Del bosque, que hizo Dios, en las montañas
Obra de su poder, ó en las cabañas
Aproximarse al primitivo estado.

Admirar la fructífera llanura,
Donde el Omnipotente á manos llenas
Al mísero mortal de sus faenas
Le da en premio sustento con hartura;

Los montes que, gigantes, la alta frente,
De peñascos y encinas coronada,
Esconden en la nube nacarada,
Y el primer rayo gozan del Oriente;

El llano que se viste de amapolas,
La cascada, que entre una y otra peña
Rota, á los hondos valles se despeña,
O de la solitaria mar las olas.

¿Los mosaicos qué son y losas tersas
A las maduras mieses comparados?
¿Qué con la verde alfombra de los prados
Las que tejen solícitos los persas?

¿Qué es del hombre el más grande monumento,
Sus columnas, sus torres y obeliscos,
Si se comparan con los altos riscos,
Puntales del remoto firmamento?

. . . .
. . . .

Y de un piano aleman el cencerreo,
Y el oscuro clamor de una vihuela,
El canto de la enclenque damisela,
Y de galan raquítico el solfeo,

Allá en la corte apláudanse en buen hora,
Donde todo es ficcion, todo mentira;
Pero que se celebren me da ira
Léjos de aquella habitacion traidora.

En el campo escucharse la voz debe
De la naturaleza, y su armonía,
El grave acento de la selva umbría,
Cuando su cabellera el viento mueve.

El estruendo de ronca catarata,
Que se rompe bramando en remolinos,
Por toscas peñas, por robustos pinos,
Y en espuma y en humo se dilata.

El murmullo apacible, que en la oscura
Noche esparce el arroyo entre las flores,
Y el que la brisa forma en los alcores,
Meciéndose en los lechos de verdura.

Los dulces trinos, los gorjeos suaves
Del ruiseñor, que sus amores llora,
Y los himnos que cantan á la aurora
En dulce coro las risueñas aves.

Y si sublime música se anhela,
¿Cuál á la voz del huracan se iguala,
O á la del mar cuando el empíreo escala,
O del granizo cuando el campo asuela?

. . . .
. . . .

Pues, y los elegantes cortesanos,
Que á caballo ó en tílburi, á porfía
Vienen á fastidiaros todo el dia,
Y á quitaros el tiempo de las manos,

¿Se pueden tolerar? Y esos festines
Con plata y con *vermeil*, y esos lacayos
Con franjas y cordones en los sayos,
Chupa roja y calzon, guantes, botines,

¿Hay quién los sufra?... Y el paseo en coche,
Y esas ropas de seda recamadas,
Y sorber el té inglés, y hacer *charadas*,
Hasta mucho despues de media noche,

¿Es vivir en el campo?—Yo, si anhelo
Descansar de este mundo bullicioso,
Y en busca de salud y de reposo,
A una agreste mansion dirijo el vuelo,

Rompo todos los hábitos de corte,
Sus palacios, sus mesas y su traje
Olvido, y hasta olvido su lenguaje;
Y la simple verdad sólo es mi norte.

Busco la soledad, que en ella sólo
Se alza el mortal á la serena altura
De la meditacion, y se figura
Dueño de la creacion de polo á polo.

Ya trepo de los montes á la cima,
Despreciador del viento, con la mente
Me lanzo á contemplar el sol ardiente,
Y águila soy que al cielo se sublima.

Y bajo á lo profundo de los valles
A escuchar de la tórtola el reclamo,
Y cruzo libre, como el libre gamo,
Limpios arroyos y torcidas calles.

Y si de aquellas quiebras en el fondo
Me asalta un temor vago, incierto y frio,
No tengo que fingir denuedo y brio,
Y con las liebres tímidas me escondo.

Ya á la par del reptil de verde escama,
Me deslizo en la yerba de los prados,
Donde encuentran mis miembros fatigados
Siempre mullida y deliciosa cama.

Ya fiera del desierto me reputo
Cuando recuerdo agravios y rencores,
Ya para con aleves y traidores
Lecciones tomo del raposo astuto.

Ya de ilusiones blandas y sabrosas,
Vuelo en las alas al humilde nido
Donde su tierno amor han escondido
Las aves inocentes y dichosas.

Si me hielan las brisas de la aurora,
Me restaura del sol la lumbre ardiente;
Si esta me abrasa, el delicioso ambiente
Busco, que en las oscuras selvas mora.

Al despuntar el sol abro los ojos,
Disfruto á mi placer del dia entero,
Y cuando va á alumbrar otro hemisfero,
Ya mis miembros del sueño son despojos.

Y si anhelo la humana compañía,
Pues sociales al cabo hemos nacido,
Sin componer ni rostro ni vestido
Ni frases rebuscar de cortesía,

Vóime al chozo inmediato ó á la aldea,
Y converso con rudos labradores,
Y en sus charlas y pláticas de amores
Mi mente se complace y se recrea.

No porque necio abrigue la creencia,
Juzgando verdaderos los idilios
De Moscos, Garcilasos y Virgilios,
Que es la choza el hogar de la inocencia;

Sino porque los rústicos al ménos,
Si hombres al fin, y como tal taimados,
No tienen á la moda enmascarados
Sus conatos ya malos ó ya buenos.

Y á la sana razon es cosa rara
Que se nieguen, y saben por instinto
Juzgar de nuestro humano laberinto
Con gran exactitud y á luz muy clara.

Vivo como ellos viven. Oro y seda
No adornan mi vestido. Es el aseo
De mi ajuar y persona el solo arreo,
Sin que otro alguno incomodarme pueda.

Como, como ellos comen, pan moreno,
Caza y legumbres. Bebo vino puro.
Del sol ni del relente no me curo,
Y prefiero al colchon de pluma el heno.

Y despues de dos meses de esta vida,
Más robusto, más jóven, más tranquilo,
Dejo del campo el sosegado asilo,
Contento y la salud restablecida.

Y al bullicio del mundo alegre torno,
Y de la sociedad á las delicias,
Preguntando afanoso las noticias,
Y si ha habido en el orbe algun trastorno.

Así comprendo sólo que útil sea,
Y que así les conviene al cuerpo y alma,
Dando vigor al uno, á la otra calma,
La vida de los campos y la aldea.

Que esta vida de moda y de artificio,
Más que la de la corte refinada,
Siempre será por mí considerada
Vida de vanidad, de lujo y vicio.

Castellamare, Julio de 1847.



A LUCIANELA

SONETO TERCERO

Deja, deja las redes, Lucianela,
Y las áridas playas de los mares,
Y torna á tus dulcísimos cantares,
Y torna á tu gallarda tarantela.

Ven el ídolo á ser de tu plazuela,
Do el mismo amor se inclina en tus altares,
Y á abrasar corazones á millares,
Al compás del pandero y la vihuela.

¿Por qué has de usar de materiales redes
Para enlazar imbéciles pescados,
Que el ser tuyos contemplan suerte dura;

Cuando con otras invisibles puedes
Tantos pechos tener encadenados,
Que cifran en ser tuyos su ventura?

Nápoles, 1847.

EPÍSTOLA

Á DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO, CONTESTÁNDOLE Á UNA SUYA DE COPENHAGUE

Recibí tus lindísimos tercetos,
Que rebosan ingenio y poesía,
Cultos, sonoros, fáciles, discretos,

Y han dado gran contento al alma mia,
Que del consuelo de noticias tuyas
Hace ya muchos meses carecia.

Y por más que me digas y me arguyas
Que espacio de escribirme no tuviste,
Mi prevencion no es fácil que destruyas.

Allá en Madrid, acaso, ¿no pudiste
Ponerme cuatro letras, ni has podido
El tiempo que en Paris te detuviste?...

Mas pelillos al mar, pues he sabido
Que has hecho con salud tan gran viaje,
Demos todas las quejas al olvido.

Me pasma y me confunde tu lenguaje,
Y el modo con que pintas esa tierra
En tan tétrico y lúgubre paisaje.

Pues aunque sé que le hacen cruda guerra
De un invierno sin fin la nieve y hielo,
Cosa que sólo con pensarla aterra,

Juzgué sabiendo el ardoroso anhelo
Que en ir allá tuviste, fuera acaso
Un nuevo Eden, un abreviado cielo.

Y aunque de luz, calor, y vida escaso,
País de dulce trato y de cultura,
Agradable á las nueve del Parnaso.

Mas vive Dios, que si es cual la pintura,
Que de él me muestras en tu linda carta,
Completa debe ser tu desventura.

Desde que repasé la luenga sarta
De desdichas, que cuentas, y que creo,
Tu imágen de mis ojos no se aparta;

Y ya tu enclenque personilla veo
Aislada y tiritando entre cristales,
Mirando caer la nieve por recreo;

O de pieles de hirsutos animales
Cubierto hasta la boca y las narices,
Hielos atravesando y lodazales;

O entre estufas, alfombras y tapices
Pasar en las tertulias de esa gente
Dos ó tres largas horas infelices,

Sin que tal sociedad anime ardiente
Amor, ni coqueteo interesante,
Ni un dicho agudo su frialdad caliente;

Sin que un punto el estilo se levante,
Y ó profunda, ó chistosa, ó tierna, ó fina,
Corra conversacion sábia y galante:

En fin, sin que la luz clara y divina,
En esa opaca y detestable esfera,
Brille de la belleza femenina;

Y oyendo los rugidos, por contera,
De una lengua durísima, insonora,
Que áspera y dura áun entre lobos fuera.

Pero haces mal en lamentarte ahora,
Porque tuya es la culpa: el ala encoge,
La mecha aguanta, y resignado llora.

Que aquel á quien dan bien, y mal escoge,
Dice un refran de la española gente,
Por muy mal que le avenga, no se enoje.

Cuando al dejar del Tajo la corriente
(Donde aunque los gallegos te aburrian,
Gozabas claro sol y puro ambiente),

Ir á la hermosa Grecia te ofrecian,
¿Por qué desacordado lo rehusaste,
Creyendo que ofenderte pretendian?

¿Por qué, dí, mentecato, imaginaste
Que Dinamarca era mejor que Grecia,
Y por mudar destino trabajaste?

Si Copenhague fuera otra Lutecia,
Si otra Lóndres... al cabo se comprende,
Tu pretension no hubiera sido necia.

Mas preferir, Leopoldo, el ir allende
El mar del Norte, á no vivir, á helarse,
Y donde ni se goza, ni se aprende,

Sólo puede, perdóname, explicarse
Por falta completísima de seso,
Y como tal con pena lamentarse.

¿Es posible que un hombre de tu peso,
Tan entendido y docto, y aplicado,
Acaso y sin acaso, con exceso,

La cuna á visitar se haya negado
Del humano saber, y el noble suelo
Por tanto ingenio y gloria consagrado?

Allí gozaras trasparente cielo,
Do rueda un sol magnífico, brillante,
Que deja rara vez triunfar al hielo,

Mas que templa su llama fulminante
Con blandas brisas, plácidos rocíos,
Y áun con lluvia benéfica abundante.

Clima tan venturoso nuevos brios
Te hubiera dado, y nuevas ilusiones,
Y tambien nuevos goces y amoríos.

Allí la vid formando sus festones
Entre olivos pomposos, las colinas
Vieras ornar en todas estaciones.

Y aguas puras, corrientes, cristalinas
Cruzar el verde y delicioso prado
De rosas esmaltado y clavellinas:

Y ni un valle risueño, ni un collado,
Y ni un risco siquiera, que orgulloso
No esté de altos recuerdos coronado.

Allí oyeras el sabio, el sonoroso
Idioma, aunque del tiempo carcomido,
Que el troyano cantor hizo famoso.

Y si en las claras nubes, embebido
En profundas ó tiernas reflexiones,
Vagaras por los campos distraido,

De Píndaros, de Homeros, de Platones,
Y de Aspasias y Safos te cercaran
Las sombras, ya contigo en relaciones;

Y tu pecho y tu mente se agrandaran,
Y acaso tales obras produjeras,
Que tu nombre, Leopoldo, eternizaran.

Es verdad que en la Grecia no tuvieras
El *boudoir rococó*, ni el *equipaje*
Que en Lóndres y Paris tener pudieras;

Ni aquel refinamiento en el *menaje*,
Ni acaso el regalado cocinero,
Ni *Urigüen* y *Regnaud* te dieran traje,

Ni de tanto negocio de librero
Las malvadas y nuevas producciones,
Aluvion que se come al mundo entero,

Gozaras; ni tampoco los salones
Tan llenos de elegancia y secatura,
Ni inmensos de teatros las funciones;

Ni el oropel y baladí cultura
De academias, de clubs, de sociedades,
Charlatanismo todo, y farsa pura.

Pero en lugar de tantas vaciedades,
Que son, por más que nos deslumbren, humo,
Y nublados que anuncian tempestades;

En Aténas gozaras el bien sumo
De un clima delicioso, que el primero,
De cuantos el mortal goza, presumo.

Y el esplendor y claro reverbero
De la belleza femenil, que al cabo
Encanto es de la vida verdadero.

Y si de la aficion, que tanto alabo
A cultivar las ciencias y las artes
Sigues, como no dudo, siendo esclavo,

Debes de convenir, sin que te apartes
De mi opinion un punto, que la Grecia
Ricos veneros tiene en todas partes,

Do el ingenioso que el estudio aprecia
Pueda saciar su sed, y que es menguado
El que los desconoce ó los desprecia.

Y no tan sólo son de lo pasado
Los recuerdos insignes sus lecciones,
No, que tambien las da su nuevo estado.

Un pueblo que rompió los eslabones
Que tantos siglos arrastró, anhelante
De libertad alzando los pendones;

Y que la santa cruz plantó triunfante,
Despues de larga lucha y de heroismo,
Sobre la blanca luna del turbante;

Y que resucitando de sí mismo,
Como el Fénix renace de su hoguera,
Asegura en Levante el cristianismo;

¿No es digno de estudiarse, y no ofreciera
A tus meditaciones campo nuevo,
De la activa política en la esfera?

Sí, sí, Leopoldo, asegurarte debo
Que el darte aquel destino fué una gracia,
Y á demostrarlo sin temor me atrevo.

Pues si buscas activa diplomacia,
Para no enmohecerte entre tus socios,
Y lucir tu talento y eficacia,

¿Pensabas encontrar menores ocios,
Mayor actividad en Dinamarca,
Que en la corte de Grecia y sus negocios?...

Esta tan celebérrima comarca,
Donde un pueblo á mitad civilizado,
Y un extranjero y sin vigor monarca,

Luchan entre el futuro y el pasado,
Ardiendo en fogosísimas pasiones,
Tiene en Europa un puesto reservado.

Y sus bandos, partidos y facciones
Una ancha escena ofrecen positiva,
Do representen todas las naciones.

Allí la Ingalaterra astuta, activa,
De la discordia en su favor el fuego
Sopla, y á Francia del influjo priva.

Esta por otro lado intenta luégo
De su rival descomponer los planes,
Para poder restablecer su juego:

En tanto los caducos musulmanes
La reconquista sueñan con despecho,
Aún juzgando posibles sus afanes;

Miéntras que el moscovita está en acecho
De la rica Estambul, y arde en la llama,
Que por tan gran beldad guarda en el pecho.

Y el estudiar tan complicado drama,
¿De fraguar, ocasiones no te diera,
Despachos dignos de renombre y fama?

Pero insistir más largamente fuera
Hacer notable agravio á tu talento,
Y pérdida de tiempo verdadera.

Y concluiré con sólo un argumento,
Contra esa tu eleccion, que ya te duele,
Y es, si no de razon, de sentimiento.

Al destinarte á Grecia (aunque te huele
Sólo á un corral de vacas, cual se dice
En la lengua que usar el vulgo suele).

¿Tan poca mella en tu memoria hice,
Que de abrazarme el amoroso anhelo,
En esta tierra que el Señor bendice,

No te aguijó para tomar el vuelo,
Y sin andarte en dimes y diretes,
De rondon encajarte en este suelo?...

¡Cuánto al ver asomar los gallardetes
Del buque que te hubiera conducido,
Y sus pomposas gavias y juanetes;

O de humo denso, oscuro, denegrido
La luenga cola, palpitado hubiera
Mi corazon de dulce gozo henchido!

¡Con qué placer del mar en la ribera,
O en el soberbio muelle, estrecho abrazo
Mi pecho con tu pecho confundiera!

Y enganchados despues los dos del brazo,
De las familias de ambos discurriendo,
A quienes une tan estrecho lazo,

Y á Madrid y á Sevilla revolviendo
Nuestra primera charla mal zurcida,
Las cosas y personas confundiendo,

Te hubiera conducido á mi guarida,
Y en ella blandamente descansaras,
Sin anhelar acaso mejor vida.

Y de esta gran ciudad las cosas raras,
Y uno y otro magnífico edificio,
Siendo yo el *Cicerone* examinaras;

Y te hicieran perder casi el jüicio
De estas calles y tiendas y paseos
La grande animacion, el gran bullicio.

Luégo en estos riquísimos museos
De las tres artes venerado hubieras
Los más altos y espléndidos trofeos;

Mármoles, que con vida los creyeras,
Bronces, que casi sienten y respiran,
Creaciones del genio verdaderas;

Y frescos antiquísimos, que admiran
Por su dibujo, su color y gracia,
Y do gusto y saber juntos se miran;

Mosaicos, en que estudio y pertinacia
Eternizan colores y perfiles,
Y que pasman los ojos por su audacia;

Y armas, y muebles, é instrumentos viles,
Y trebejos domésticos, mezclados
Con adornos y adobos femeniles:

Objetos que en ceniza sepultados,
O entre lava, ya mármol verdadero,
Diez y ocho siglos fueron olvidados;

Y que nuestro gran rey Cárlos tercero
Sacó á la luz, y dióles nueva vida,
Para instruccion del universo entero:

Pues con ellos ha sido conocida
La domesticidad de los romanos,
Y su manera de vivir sabida.

Es gran gusto tener uno en sus manos
Ya un yelmo con su cima y su visera,
De un guerrero de tiempos tan lejanos;

Ya un antiguo velon, ó una salsera;
Ya el collar que adornó de una romana
El torneado cuello y la pechera;

Ya un bote de arrebol, que falsa grana
Dió de antigua coqueta á la mejilla,
O iluminó á una vieja cortesana.

¿Y el sentarse de un cónsul en la silla?...
¿Y de Salustio (1) ó de otro personaje
Mirar la palancana ó la salvilla?...

Y no sólo á utensilios del menaje
De aquellos famosísimos varones
Dieras, y á sus estatuas homenaje;

Que de este gran museo en los salones
De las artes modernas lo darias
Tambien á extraordinarias producciones.

De Sanzio y Buonarrota admirarias
Las tablas y los mármoles divinos,
Y á Salvator de Rosa apreciarias.

Y si gustas de rancios pergaminos,
En esta biblioteca los hallaras,
Griegos, normandos, árabes, latinos.

Pues y cuando conmigo contemplaras
De Herculano y Pompeya las rüinas,
¡Cuánto, cuánto, Leopoldo, allí gozaras!

Luégo trepando riscos y colinas,
Y con pié mal seguro y vacilante
Masas de azufre y lavas ferruginas,

A los hombros altivos del gigante,
Que hizo el estrago hubiéramos subido,
Y hasta la hórrida boca fulminante,

Para escuchar el infernal bramido,
Aterrador cual continuado trueno,
Voz del fiero Titan allí escondido;

Y vieras cómo lanza el hondo seno
Cenizas, peñas, llamas, humo ardiente,
Que ofusca el sol más claro y más sereno;

Y vieras de las lavas el torrente
Que rojo entre peñascos se derrumba,
Y que ningun obstáculo consiente.

—¡Ay!... ¿Son de veras los volcanes tumba
De los rebeldes ángeles, y puerta
De un báratro infernal, que en lo hondo zumba?

(1) En las ruinas de Pompeya se ve una linda casa que llaman de *Salustio* y en donde se han hallado muchas preciosidades.

Otras veces al sitio de Caserta
Dirigiéramos ambos el paseo,
Y que te fuera grato es cosa cierta.

Tambien es un magnífico trofeo
De la munificencia soberana,
Que á Madrid dió el palacio y el museo.

No ostenta el edificio la romana
Majestad, ni la gracia y proporciones
De griega arquitectura aún más galana;

Mas tiene respetables dimensiones,
De mármoles magnífica escalera,
Y régios gabinetes y salones.

Grandes son los jardines, de manera
Que te pasas en verlos la jornada,
Y llega su arbolado á la alta esfera;

Y pura abundantísima cascada,
Que de un monte derrúmbase eminente,
Los atraviesa luégo sosegada.

Ni Pórtici te fuera indiferente,
Do va á buscar de esta ciudad la crema
En el otoño saludable ambiente.

Y complacencia te causara extrema
Ver á Castellamare y á Sorrento,
Donde compuso el Tasso su poema.

Y aún más la gruta azul, raro portento,
Pues toda ella parece de zafiro,
Y es de marinas diosas aposento.

Luégo, pudiendo hacer más largo giro,
Hubiéramos á Amalfi visitado,
Y admirado la hubieras, cual la admiro.

Y por el ancho golfo en bote alado
Llegáramos tal vez hasta Salerno,
Patria de Bayalarde endemoniado,

Y cuya vida en comedion eterno
Tantas veces habemos aplaudido
En las pesadas noches del invierno.

¡Con cuánto gusto hubieras recorrido
El templo, con el cuerpo venerando
De un santo evangelista enriquecido!

En él tambien, del célebre Hildebrando,
Que los reyes domó y emperadores,
En espadas las llaves trasformando,

Y que contra los bárbaros furores
De la ignorancia combatió forzudo,
Dando á la Iglesia nuevos resplandores,

La tumba contemplaras: Y no dudo
Que al ver su noble busto allí esculpido
Lo saludaras con respeto mudo.

¡Y cuál despues tu encanto hubiera sido
Las rüinas de Pesto visitando,
Que más de tres mil años han cumplido!

Hácia distinta parte luégo andando,
Por la larga y antigua, y rara gruta
De Posílipo el monte taladrando,

Tomáramos la hermosa y ancha ruta,
Que por Bañoli va y por la marina
Hasta Puzzol, famosa por su fruta.

De Sérapis un templo allí en rüina
Vieras, la celebrada solfatara,
Y un circo de grandeza peregrina.

Y despues las estufas ¡cosa rara!
De Neron, donde á entrar no hay quien se atreva,
Si hasta el quilo á sudar no se prepara.

Cerca el lago de Agnano con la cueva
En donde muere el can, que se aventura,
De lo que hubieras visto hacer la prueba:

Lago, que de un volcan ser se asegura
El extinguido cráter, te daria
Gusto por su amenísima frescura.

Y un poco más allá te gustaria
Ver á Averno, á Lucrino y á Fusaro,
Lagunas que Virgilio conocia.

Y observaras tambien con tiempo claro
En el lecho del mar dormida á Cumas,
Pueblo que la Sibila hizo preclaro.

Y si del mar dejando las espumas,
Del cerro de Camáldula á la frente
Subieras una tarde en que no hay brumas,

Y el sol hácia la tumba de occidente
Lento bajar de majestad vestido,
Vieras por este cielo trasparente,

Te quedaras, Leopoldo, embebecido:
Pues igual espectáculo en tu vida,
Ni áun allá en nuestra patria, has conocido.

Oro es el horizonte, y es fundida
Plata la mar, el aire es grana, y fuego
Cuanto alumbra la llama enrojecida.

Y los celajes pálidos, que luégo
Rubí se tornan, nácar y topacio,
Formas cambiando con gracioso juego,

Aparecen cual fúnebre palacio,
Que honra al cadáver del Señor del dia,
Del difunto monarca del espacio.

Y de Ischia la cerviz alta y sombría
Pirámide parece, que levanta
Para sepulcro suyo la mar fria.

Mas si como me temo ya te espanta
De tanto que hay que hacer aquí la vista,
Que áun el placer continuo no se aguanta,

Y dices entre dientes: *Dios me asista.*
En no haber ido á Nápoles bien hice,
Pues para tanto andar no hay quien resista;

Razon es que te calme y tranquilice
Diciéndote, que tales excursiones
No son cual tu temor tal vez te dice.

Pues ó se hacen en cómodos bridones
Obedientes al freno y á la espuela,
O en hombros de robustos lazarones;

O por ferro-carril, ó en carretela,
O en barca, ó en jumento, y hay alguno
Que más que un ave por los campos vuela.

Ni me ofendas, creyéndote que ayuno
Ibas á andar así de ceca en meca,
Pues me cuido y me mimo cual ninguno.

Y llevo siempre bollos de manteca,
Un paté de foie gras, Jerez, Champaña,
Jamon, pavo trufado y fruta seca,

Cuando me arrojo activo á la campaña
Para correr por estos andurriales,
Y así obsequiar á un viajador de España;

Que tripas llevan corazon en tales
Excursiones, y estómago vacío
No ve más que fantasmas infernales.

Que no pensaras, Leopoldo mio,
Que ibas tan sólo á ver antigüedades,
Grutas, parques, y páramos confio;

Pues en altas y bajas sociedades
Te hubiera presentado con gran gusto,
Do admiraras tambien raras beldades;

Y no de mal pergeño, y genio adusto,
Sino de gran primor y ameno trato,
Pues decir otra cosa fuera injusto.

Mas vive Dios, Leopoldo, que hace rato
Que en contarte la vida que aquí harias,
Cual si me dirigiera á un mentecato,

Me ocupo, y no te doy noticias mias,
Que pienso deben tanto interesarte,
Pues que de ellas careces largos dias.

Pero ¿qué he de decirte ni contarte?...
Que aquí estoy cada dia más contento
Puedo tan solamente asegurarte;

Pues esta gran ciudad es mi elemento,
Y cuatro breves años han corrido
Sin dar á mi madura edad aumento.

Aquí no se envejece, y he vivido
Como el pez en el agua, con la suerte
De ser de altos y bajos aplaudido.

Mas no debo ocultarte ni esconderte,
Que empieza ya la atmósfera á turbarse,
Y que barrunto un temporal muy fuerte.

Esta tierra comienza á conturbarse
De la revolucion con la tormenta,
Y sus dichas veré desmoronarse.

Ya de plebe ignorante y turbulenta
El alarido en estas plazas zumba,
Y bastardas pasiones alimenta.

Y temo se abra la insondable tumba,
Donde el reposo y paz de las naciones
Este siglo maléfico derrumba.

En Palermo han tronado los cañones,
Y si aquí aún están mudos, se ha debido
A oportunas y sábias precauciones,

Y á que este rey magnánimo, advertido,
Concesiones, por cierto extraordinarias
Mas que están á la moda, ha prometido:

Y tenemos aplausos y plegarias,
Milicia, tricolores banderolas,
Vivas, mueras, banquetes, luminarias.

Cosas, que indiferentes por sí solas,
Dan márgen á desórden y á exigencias,
Que crecen cual del mar crecen las olas.

Entre tales trastornos y ocurrencias
Ya te figurarás que habré tenido
Compromisos de graves consecuencias,

Que mi tranquilidad habré perdido,
Y que grandes negocios cada hora
Me tendrán abrumado ó aburrido.

Ya un parecer me piden sin demora,
Cual práctico en barullos semejantes,
Ya á un consejo me llaman á deshora.

Y en tan duros y críticos instantes
No estoy yo descontento de mí mismo,
Que haciendo estoy servicios importantes.

Ora calmando un necio patriotismo,
De aquellos que de buena fe caminan
Con intencion sanísima al abismo;

Ora á los que engañados desatinan,
Sin conocer del siglo la tendencia,
Porque hábitos añejos los fascinan,

Aconsejando calma y gran prudencia;
Porque oponer de pronto á tal torrente
Impotentes estorbos es demencia.

En fin, predico con teson ardiente
Respeto al trono y paz, cimiento sólo
De un arreglo oportuno y conveniente.

Mas ¡ay! parece que iracundo Eolo
Ha soltado los fieros huracanes,
Que el orbe agitarán de polo á polo.

Temo grandes vaivenes y desmanes,
Y me asusta el mirar á los ingleses
De la discordia acalorar los planes,

Miéntras duermen ó sueñan los franceses,
Cuya débil y necia diplomacia
No ve en peligro aquí sus intereses (1).

(1) Aún no se habia verificado en Francia la revolucion que lanzó del trono al rey Luis Felipe.

Dios nos conceda por piedad la gracia
De que no cunda la espantosa hoguera,
Que empieza á arder con insaciable audacia;

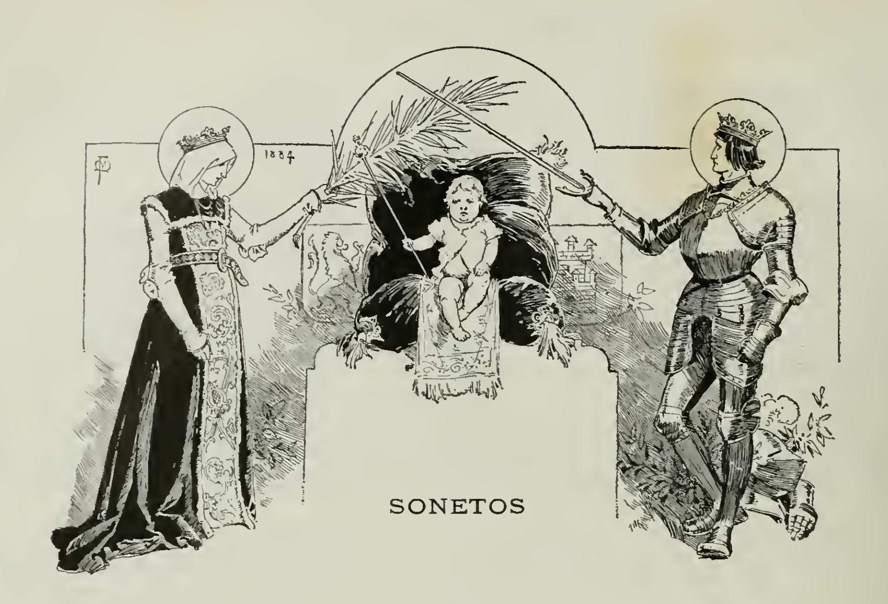
Y que la hermosa Italia á la carrera
No se lance, de paz y dichas harta,
En que un confuso piélago la espera.

Pero va siendo libro lo que es carta,
Y que tenga ya término es forzoso
De estos tercetos la prolija sarta.

Adios, Leopoldo amado, sé dichoso,
Y pues sabes lo mucho que te quiero
No seas en escribirme perezoso.
Nápoles á catorce de febrero.

1848.





SONETOS

AL NACIMIENTO DE S. A. R.

LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS

Astro consolador, niña inocente,
Prenda de paz durable y de ventura,
Duerme en el seno maternal segura,
Bendita del Señor omnipotente.

Las alas de un arcángel refulgente
Sirven de pabellon á tu hermosura,
Miéntras, ardiendo en puro amor, te jura
Española lealtad la hispana gente.

Y miéntras de los ásperos manglares
De Cuba hasta las crestas de Moncayo,
Y del Japon en los remotos mares

Brilla de la esperanza el dulce rayo,
Y con fervientes vivas y cantares
Te saludan los hijos de Pelayo.

Madrid, 1852.

AL BAUTISMO DE S. A. R.

LA AUGUSTA PRINCESA DE ASTURIAS

Cuando en la fuente santa del bautismo
El lucero, esperanza de Castilla,
Purificó la original mancilla
Con despecho y horror del hondo abismo;

Ardiendo en fiel amor y en patriotismo,
El pueblo hispano, hincada la rodilla,
Su lealtad consagróle y su cuchilla,
Su riqueza, su gloria y su heroismo.

Y del celeste trono ante la alteza
Dijo Isabel primera (el pié besando
De Dios eterno, cuya vénia alcanza):

«Yo le doy mi virtud y fortaleza.»
«Y yo (dijo el glorioso San Fernando)
Mi fe ardorosa y mi invencible lanza.»



1852.



LA NOCHE BUENA EN PARIS Y EN MADRID

EL AÑO 1857

ROMANCE DEDICADO A LA TERTULIA LITERARIA DE LOS EXCMOS. SRES. MARQUESES DE MOLINS

Ya son las diez... ¡ay qué noche!
No es la *buena* para mí.
Cae mucha nieve... ¡Qué frio!
Es imposible salir.

Ahora en la calle del Prado
Aquella copia feliz
Recibirá á los poetas,
Él amable, ella gentil.

Vive Dios, que estoy mohino
Porque no me encuentro allí,
A disfrutar con mi gente
Del obsequio de Molins.

Esta noche yo trocára
Los encantos de Paris
Por la sociedad querida
Y el suculento festin.

¡Que no encuentre alguna bruja
Que me lleve de espolin,
Cuando á caballo en su escoba
Vaya esta noche á Madrid!...

¡Que en Licenciado Torralba
No me pueda convertir,
Aunque sea el mismo demonio
Locomotora de mí!...

Si por telégrafo eléctrico
Los hombres pudieran ir,
No faltára, que estuviera
Ya de patitas allí.

Pero pues no encuentro bruja
Ni demonio volatin,
Ni embeber puedo mi todo
En un alambre sutil,

Vaya el alma, vaya el alma
Ya que no el cuerpo á Madrid:
Mi imaginacion la lleve.
Alma, disponte á partir.

Y aunque la cabalgadura
Es un relámpago, al fin
Atravesar tanto espacio
Tampoco es grano de anís.

Bueno será reforzarla,
Prudente aguijarla, y
Darle á lo ménos un pienso,
Que no se niega á un rocin.

(Entra un criado) Hola, Santos.—¿Qué me quiere?—
—De aquel jugo de la vid
Que el Guadalete transforma
En rica esencia de Ofir,

Trae dos botellas.—El diablu
Lléveme consigu si
Entiendu lu que me pide.—
Santos, eres un mastin.

Vino de Jerez, te pido.—
—Ahora, señor, lu entendí.—
—¡Qué gallego tan idiota!—
—Las butellas traigu aquí.—

—Destápalas.—Voy al punto,
Que el toruzon prevení.—
—Tirabuzon, dí, gran bestia.—
Pues esu, quise decir.—

—Dame, dame. ¡Qué fragancia!
Puede á un muerto revivir.
Eh, Santos, déjame solo;
Vete, que voy á Madrid.—

—Nu va á tumar mala turca
Mi amu; y luegu hablan de mí:
Lu que veu es que ningunu
Echa el vinu en el candil.— *(Váse)*

Pues quedo solo, bebamos,
Cuatro ó seis copas ó mil:
Las que sean necesarias
Para ponerse así, así.

¡Cuál la lámpara refleja
En esta copa gentil!
¡Cómo chispea el vinillo!...
Venga á verme ¡uf! la bebí.

Otras dos por el gargüero
Deslícense sin sentir,
Aunque hace sus cosquillitas
Al bajar el picarin.

Vaya otra copa... ¡Qué año!
Otras dos más... ¡Por San Gil!
Que este Jerez es un néctar:
Mal año para el chablí.

...¿Trajo dos ó trajo cuatro
Botellas el galopin
De Santos?... Yo cuatro veo...
Tanto mejor para mí...

A más moros, más ganancia,
Dijo nuestro padre, el Cid;
Y á más botellas, más vino,
Cualquiera puede decir.

Vive Dios, que estoy más fuerte
Que el castillo de Gaucin,
Que soy más locuaz que Lopez,
Más duro que el gran Visir.

Más galan que Gerineldo,
Más fresco que un alhelí,
Más rico que Salamanca
Y más sabio que Merlin.

Y voy á privar... caramba,
Que me caigo; y en un tris
Que no se vuelque la mesa;
Una botella rompí.

No importa, verterse el vino
Siempre es agüero feliz.
Tambien he roto dos copas...
Muy torpe soy, pese á mí.

¡Qué resplandor dan las luces!
¡Cómo se mueve el tapiz!
Los figurones parece
Que vienen vino á pedir.

Pues no les daré una gota,
Que para gente muslim
No es mi Jerez, ni áun la zupia
Del ventorrillo más vil.

¡Cómo me pesan los ojos!...
Reclinaré en el cojin
La cabeza... ¡ay Dios, qué sueño!
Buenas noches; me dormí.

SUEÑO

EL ALMA Á CABALLO EN LA IMAGINACION

Esta es la calle del Prado;
Y esta la casa, no hay duda.
Entro sin llamar; las almas
Entran por la cerradura.

En la antesala no espero;
Pues ni gaban ni capucha
Tengo que emperchar; las almas
Hacen los viajes desnudas.

Ya escucho el rumor alegre
De la festiva tertulia;
Todas las voces conozco
En la algazara confusa.

Entro en el salon... ¡Qué gusto!
Lo que me aflige y conturba
Es el no comunicarme
Con la gente que le ocupa.

Allí está la chimenea,
En el rincon: la circundan
Las consabidas butacas,
Mesas, estantes, pinturas.

Todo está, todo, en su sitio
Como la Noche Buena última;
Y los mismos concurrentes
Y la mismísima bulla.

¡Cuán gallarda la Marquesa,
Con esa gracia, cual suya,
Festeja á todos!... ¡Qué afable
El amo de casa, busca

Los modales más corteses
Y las maneras más pulcras
De hacer de la Noche Buena
Buena noche á su tertulia!

¡Hola! ¡Qué linda, qué guapa
Está allí la niña rubia
Con su bella madre! Siento
El tener la boca muda;

Porque si no un requebrajo
Les encajara á ambas juntas.
Tambien está María Antonia,
Y mi afecto la saluda.

¡Oh buen Breton, padre insigne
De nuestra cómica musa!
Ya estás con tu cigarrillo
Disputando con Ventura.

Venturita de la Vega,
El de persona menuda,
Y el que brota entendimiento
Por todas sus coyunturas.

¡Qué aticismo en cuanto escribe!
¡Qué buen gusto en cuanto busca!
Mas, ¡qué dolor! la pereza
Lo anonada y lo espachurra.

Rubí, mi compadre, ¿cómo
Está mi ahijado?... ¿Hay alguna
Comedia en planta, de aquellas
Que tanto tu nombre encumbran?

Segovia, el ex-cónsul, vaya...
¡Y qué carnes tan enjutas!
¿Por qué, siendo alto maestro,
Estudiante te intitulas?...

Allí está Pedro Madrazo,
Facha linda y pudibunda.
¡Qué bonitos versos hace
Y qué bien que los modula!

Y allí su cuñado Ochoa,
El de la melena hirsuta,
Escritor afable y bueno,
Crítico de fácil pluma.

Campoamor con sus *Doloras*.
¡Qué originales, qué pulcras!
Y con trivial apariencia,
¡Qué sentidas, qué profundas!

Don Antonio Galiano
Con cara de quinta angustia
Y turulato y torcido,
Ahora llega á la tertulia.

A los amos de la casa
Delante tiene y los busca,
Tropieza con una silla,
Algun velador trabuca,

Se acerca á la chimenea
Y se le quema la punta
Del pañuelo... que llevarlo
Fuera del bolsillo usa.

Primer orador de España,
Y que adquirió fama suma
Ya en odas de sentimiento
Y ya en décimas de burlas.

¿Quién es aquel que leyendo
Con la mano el rostro oculta?
Nicomedes Pastor Diaz...
Gallego de noble enjundia.

Siento no poder hablarle,
Que aficion le tengo y mucha,
Por su bondad y talento,
Altas prendas que lo ilustran.

¡Hartzenbusch! allí lo miro,
La más erudita musa
Y la más tersa y más clara
De las que en Madrid relumbran.

¡Don Antonio Gil! mi amigo
Constante en todas fortunas.
Viejo está, pero no muere,
Porque su Guzman lo escuda.

Calle... Cervino! tan bueno,
El poeta de los curas,
Y el que escribe en buena prosa
Metamórfosis muy chuscas.

Hablando está con Tejada,
Modesto jóven, que busca
Y que ya encontró dichoso
Del gran Quevedo la ruta.

¡Hola! Alarcon, ya te veo,
De buen autor te gradúa
Tu *Hijo Pródigo*, comedia,
Que en altas dotes abunda.

Y allí está Ferrer del Rio,
Que á Cárlos tercero adula;
Y Aureliano, concienzudo
En cuanto escribe y estudia.

Y Rosell, que un justo premio
Ganó en literaria lucha;
Y Nocedal, que alta fama
Ha alcanzado en la tribuna.

Y Tamayo, buen ingenio,
A quien Melpómene arrulla,
Con Virginia la modesta,
Con doña Juana la ilusa.

Allí está tambien Pacheco,
Orador de grande altura,
Y Cañete, el que maneja
Tan doctamente la pluma.

Y está el devoto Tejado,
Cuyas doctas prensas sudan
Para combatir errores,
Maldades y desventuras.

Buen Amador de los Rios,
Que los viejos libros buscas,
Como la abeja las flores,
Pues rico jugo les chupas:

Tu *Historia de los Judíos*
Clara fama te asegura,
Y al Marqués de Santillana
Ya sospeché que lo adulas.

¡Hola! Cueto, mi cuñado,
El de la persona pulcra,
Correcto, entendido, fácil
En cuanto escribe ó dibuja.

Aquel es Selgas, ingenio,
Que esgrime de corte y punta,
Delicioso cuando cala
En vez de yelmo capucha.

Hablando está con Pedroso,...
Tal vez arreglen y urdan
Darnos solaz y consuelo
Con otro arsenal de puyas.

Buen Estrella, poeta osado,
De entonacion muy robusta,
Cuida de que el periodismo
No te anonade y te hunda.

Antonio Flores, discreto,
Feliz ocurrencia es tuya
En las tres virtudes santas
Dar noble campo á tu pluma.

Te confieso, Florentino,
Que tu Quevedo me gusta;
De la vejez los achaques
Tambien, aunque ya me abruman.

Valerita, Valerita,
El de la inmensa lectura
Y de vena tan graciosa,
Tan fácil, tan andaluza.

¿No te acuerdas del Vesubio?
Ni de Puzoli y su gruta?
Ni de los pasados dias,
Que te eché tantas pelucas?

Dacarrete, no te escondas,
Que hay gran mérito en tu musa
Y lindas cosas leias
En mis reuniones nocturnas.

Eulate, bravo marino,
Que la dulce lira pulsas
De Madrid en los jardines
Y en los manglares de Cuba.

Navarrete, ¿y tú qué miras,
Qué escudriñas y qué buscas
Para contarlo á Fernandez
Y que él lo cuente á las turbas?

Pero no eres maldiciente,
Tienes muy cristiana enjundia,
Y sabes *decir* favores
Sin saber decir injurias.

Fray Gerundio, Fray Gerundio,
Mucho tu Historia me gusta:
Tu gloria y la de la España
Andarán ya siempre juntas.

Y Martinez de la Rosa,
¿Porqué no está en la tertulia?
...Se me olvidaba, es Ministro,
Esto es, persona difunta,

Que en vez de tratar amigos
Y gozarse con las musas,
Con enemigos combate
Y perece entre las furias.

¿Y mi Enrique? ¡ay! ahora llega:
¡Qué noble y gentil figura!
Voy á revolar en torno
De su cabellera rubia,

Y de aquella hermosa frente
Por do nada innoble cruza,
Donde hay tanto entendimiento,
Donde se albergan las musas.

¡Ay! si adivinar pudiera
Que en rededor le circunda
De su padre el alma ¡cielos!
Cuál se ensanchara la suya.

Mas ¿qué ocurre? ¿Por qué advierto
Tal confusion y tal bulla?
Porque han dado ya las doce
Y está revestido el cura.

¡Cómo cura! es un Obispo,
El que hoy honra la tertulia,
Y decir quiere la Misa,
Que del Gallo se intitula.

Voy á besarle la mano,
Pues gran respeto me inculca,
Que es de la diócesis padre
Donde se meció mi cuna.

A Misa, á Misa. ¡Qué lindo
Está el Altar! y me gusta,
Cosa es al fin de Mariano,
Ver la gótica casulla.

¡Y qué buen efecto hace
El acorde que modula
Ferraz con tanta destreza
Y con expresion tan pura!

Humillémonos rendidos
A la Omnipotencia suma:
El cuerpo y sangre adoremos
De aquel Cordero sin culpa.

Ite, missa est... Pues vamos.
Gloria á Dios en las alturas,
Paz en la tierra á los hombres
Y cena y broma: *alleluya*.

A cenar, Mariano dice,
A cenar, dice la turba;
Y del comedor la puerta
Ya se traga la tertulia.

¡Qué mesa tan elegante!
¡Qué espléndida! ¡Qué profusa!
¡Qué limpia! ¡Qué apetitosa!
¡Qué abundante! así me gusta.

Pavo y pernil la presiden;
Pavo, se entiende, con trufas;
Luégo están salmon y anguilas
Y, por supuesto, las truchas.

Pero no falta la sopa
De almendra, como se usa
De inmemorial en España,
Que es sopa de antigua alcurnia.

Pues los vinos de Alicante,
Burdeos, Jerez... Me angustia
Ser alma por esta noche,
Porque el alma no manduca.

Si aquí estuviera mi cuerpo,
Que segun decia Porrúa
Tiene estómago más fuerte
Que el avestruz y la grulla,

Hiciese honor á la cena,
No en rábanos y aceitunas,
Sino en cosa de más jugo,
De más sustancia y más punta.

¡Qué queso tan exquisito!
¡Qué frescas y ricas frutas!
¡Qué almíbares! ¡Qué bizcochos!
¡Qué tortas, qué confituras!

¡Y el turron omnipotente...!
¿Quién, turron, no te saluda,
Si más que al mayor monarca
Te hacen la corte y te adulan?

Quién...? turrum... tum... tum... ¿qué es esto?
¿Qui est là? ¡Qué baraunda!
¿Quién osa hacer tanto ruido?
¿Quién mi descanso perturba?—

—Suy yo, señor, la antesala
Está sin velon, á oscuras,
Y tropecé y me he caidu,
Y algo rompí, pese á Judas.—

—Y ¿á qué vienes, mentecato?—
—Cumu ya ha dadu la una,
Vengu á ver si su celencia,
Se queda así ú se desnuda.—

—A que te rompa la crisma
Vienes, gran bribon, sin duda.
¿Y no sabes que has robado
Mi delicia y mi ventura?—

—Yu nada rubé, pur Cristu,
Lu que me dice me asusta.—
—Vete, maldito, á tu cuarto.—
—Aún nu ha durmidu la turca.



EL MORO EXPÓSITO

O

CORDOBA Y BURGOS EN EL SIGLO DECIMO

LEYENDA EN DOCE ROMANCES

TO THE RIGHT HON.

JOHN H. FRERE,

ETC., ETC., ETC.

My dear Sir,

I hope I am not guilty of presumption when I beg dedicate the following pages to you. That they are hardly entitled to appear under the sanction of a name so deservedly high in the annals of literary criticism, I fully know; yet I cannot help thinking that—poor as the tribute is which I here pay to you—it will be kindly accepted; not only because of your constant partiality to the author, but likewise because you have pointed out, and led me into, the path in which I have entered, I am afraid, with more boldness than success.

Your friendship has cheered me in the glomiest days of my exile. Your extensive knowledge and excellent literary taste has made that friendship no less useful than it was pleasing to me. Your love of my own dear country has been combined, in my case, with the feelings of concern in my misfortunes and interest for my improvement, which I am proud of having excited in you, and the effects of which I have felt and do still feel. In you the counterpart of the observation of Tacitus may be exemplified: *If it is natural in men to hate those whom they have injured, it is no less natural for them to love those vhom they have benefited.*

I fear, I repeat, that I have not profited by your benefits as I ought—certainly not to the full extent of my wishes. Yet, whatever improvement there is in my poetical taste, it is owing to you, and will, I am sure, meet with your approbation and encouragement. At the same time, however, that I claim, and rely upon your benignity, I invoke your justice. By passing sentence upon my faults, you will contribute to my future amendment. To judge of my labours, no one is better qualified than you are: with your well known classical erudition and acquaintance with the principles and beauties of general poetry, you combine a very remarkable and intimate knowledge of the language and literature of Spain—such, indeed, as few Spaniards can boast. And, as it usually happens, you are not only deeply skilled in, but likewise partially fond of our Castilian legendary lore. From all those circumstances, you are no less the natural judge than patron of my *Castilian foundling.* I commit him therefore to your care, and beg to avail myself of this opportunity to put you in mind of the feelings of gratitude and esteem and warm affection, with which I remain,

My dear Sir,

Your obliged and obedient servant,

Angel de Saavedra

Paris, 1 December 1833

Veio outra idade, outros pensamentos, occupaçoes, estudos, livros, prazeres, desgostos, aflicçoes—tudo o que compoe a variada tea da vida,—e da minha tam trabalhosa e trabalhada vida!—tudo isso passou; e no meio de tudo isso, la vinha de vez em quando uma hora de solidao e de repouso,—e as noites da minha infancia e os romances incultos e populares da minha terra a lembraremme, a lembraremme sempre..... e comecei a pensar que aquellas rudes e antiquissimas rapsodias nossas continham um fundo de excellente e lindisima poesia nacional, e que podiam e devian ser approveitadas.

J. B. GARETTE, *en la carta que sirve de prólogo á su* ADOZINDA.



ROMANCE PRIMERO

Ninguno cierre la puerta,
Si Amor viniere á llamar,
Que no le ha de aprovechar.

Versos de un villancico de Juan de la Encina.

En ferias, romerías,
Toros y zambras
Estad alerta siempre,
Niñas incautas;
Que en los bullicios
Amor como ratero
Logra sus tiros.
Anónimo.

¿Quién mi sueño interrumpe?... el grato sueño,
Dulce consolador de las desgracias!...
¿Es el ronco huracan, que por influjo
De mi estrella enemiga el mar levanta,

Para que estos peñascos, donde asilo
Busqué infeliz tan léjos de mi patria,
Hinchado embista, y con bramantes ondas
Y con furor horrísono deshaga?—

No; que tranquila en el celeste espacio
Reina la luna, de luciente nácar
Entre celajes, y en el mar riela,
Que duerme mudo en las vecinas playas (1).

¡Mas mi nombre escuché!.. ¿Quién lo pronuncia?
¿Qué celestial ardor mi mente exalta?...
Te reconozco en fin, oh grave acento,
Y el fuego reconozco que me abrasa.

Angélica, ¿no escuchas el sonido
De las solemnes voces que me llaman?
Voces son de otra edad... Mira una sombra,
Que lenta cruza las oscuras auras,

Girando en mi redor... Mi fantasía
Rápida como el viento vuela, salva
Los apiñados siglos, y altos nombres
De los sepulcros y del polvo saca.

(1) Al final de cada romance se encontrarán las notas que reclaman las llamadas.

¡Córdoba insigne!... ¿dónde tu grandeza,
Dónde está tu poder?... ¿Con quién su saña
Mostró el tiempo voraz como contigo,
Y la ciega Fortuna su inconstancia?

De tu templo á los mármoles pregunta
Y á las antiguas vividoras palmas,
Que de la edad triunfando y de los vientos,
Con noble majestad las frentes alzan:

Pregúntalo tambien al silencioso
Guadalquivir, que hoy riega solitarias
Las extensas llanuras, donde fueron
Los jardines y alcázares de Zahara;

Y te dirán cuál fué tu poderío,
Que indestructible y firme lo juzgaban;
Mas que pasó, como al soplar del cierzo
Las leves nubes por el cielo pasan.

De tu alta gloria en los risueños dias,
Cuando atónito el orbe te aclamaba
Reina feliz del musulman imperio,
Cuna de ciencias, de guerreros patria;

Cuando tus arruinados torreones,
De los siglos despojo, y tus murallas,
Do el cárabo nocturno anida y gime
Entre cardos incultos y entre zarzas,

Eran trono esplendente de fortuna,
Corte de Hixcen, y templo de la fama;
En el palacio de Almanzor crecia
Un jóven de presencia muy gallarda,

Pero infeliz. El bozo delicado
Apénas su semblante hermoso esmalta,
Y ya la mano atroz de la tristeza
Le rompe el corazon, le aprieta el alma.

Naturaleza de sus ricos dones,
Liberal y benigna, le dotara;
Beldad, y robustez, y lozanía
Su juventud ternísima acompañan:

El cielo afable engrandeció su mente
Con alto ingenio, concedió á su alma
Virtudes y dulzura, y á su pecho
El gérmen de las ínclitas hazañas:

Ni le niega Fortuna sus favores,
Pues goza del cariño y de la gracia
Del insigne Almanzor, en quien el peso
Del imperio muslímico descansa.

Mas, ¡ay!... un velo misterioso encubre
Su incierto orígen: del soberbio alcázar
En los jardines desvalido infante
Se halló al nacer... ¡oh suerte desdichada!

Si con ansia de gloria late altivo
Su corazon; si ilustres esperanzas
Se atreve á concebir, y noble gozo
Su hermosa frente y sus mejillas baña,

De pronto el azaroso pensamiento
De que al crímen tal vez ó á la desgracia
Debe el vivir, sus ilusiones borra,
Nubla sus ojos, y su faz espanta.

Así cuando en zenít su pompa ostenta
Y argentado esplendor la luna ufana,
Oscura nube llega silenciosa,
Y toda su beldad ofusca y tapa:

O si gozoso al estrellado cielo
Tranquilo estanque plácido retrata,
Inoportuno soplo repentino
La imágen borra, y el cristal empaña.

Su afanoso dolor y oculta pena
Al paso de la edad crecen y avanzan,
Despues que en flor, la embravecida suerte
Le robó su consuelo y su esperanza,

Pues cuatro veces bosques y jardines
De frescas hojas y de flores varias
Engalanó la rica primavera,
Triunfadora de hielos y de escarchas,

Desde que el duro brazo inexorable
Del ángel de la muerte arrebatara
Todo su encanto al cordobés imperio,
Y al Hagib (2) Almanzor su tierna hermana.

—Era Zahira una princesa insigne,
De aquellas que la mano sacrosanta
Del cielo bienhechor concede al mundo,
Para consuelo de la especie humana.

Bella como el lucero refulgente,
Fin de la noche y precursor del alba,
Y cual la flor hermosa del desierto,
Melancólica siempre y retirada,

Pasó los dias de su vida breve
Léjos de la opulencia y de las galas
De la espléndida corte; aunque el imperio
Idolo y gloria suya la aclamaba.

En el albor de sus primeros años,
Reina de la belleza y de la gracia,
Brilló tal vez en fiestas y en liceos,
Y en los jardines plácidos de Zahara;

Mas de ellos pronto huyó, cual brilla y huye
Luciente exhalacion; y de su alcázar
Sólo dejaba el muro y los jardines
Para el lloro enjugar de las desgracias.

De consuelos dulcísimos tesoro
Y de bondad celeste era su alma,
Do servidumbre, ancianidad, pobreza
Benéficos apoyos encontraban.

Cuando al grande Almanzor, su ilustre hermano
Que ornado de laureles y de palmas,
De Hixcen el cetro á su placer regía,
Turbaba el pecho embravecida saña;

De la amable Zahira los halagos
Su generoso corazon calmaban,
Como la nube bienhechora templa
Del astro abrasador la estiva llama.

Si al volar á dormir bajo la sombra
De la misericordia soberana,
Dejó huérfano el mundo, ¿el triste pecho
Del garzon infeliz cómo quedara?

Ella cuidó de sus primeros dias,
Y él en su seno el sueño de la infancia
Logró felice entre amorosos besos,
Y al tierno arrullo de caricias blandas.

Ella de su palacio en los jardines
En sus pueriles juegos se gozaba,
En su flexible corazon semillas
De honor y de virtud sembrando sábia.

¡Ay, cuántas veces, miéntras él gozo
Tejiendo ramilletes y guirnaldas,
Con amable inocencia recogia
Fragantes yerbas, florecillas varias,

Zahira contemplando las facciones
De aquel rostro infantil y tiernas gracias,
De un oculto dolor sobrecogida,
Bañó el semblante en lágrimas amargas!

Cuando volando las fugaces horas
La luz de la razon brilló en el alma
Del fortunado Huérfano, su anhelo
Fué de rico saber engalanarla.

A Zaide, á Zaide, cuyo fuerte brazo
Fué en otro tiempo apoyo de la patria,
Terror de los cristianos escuadrones,
Y gloria de las lunas musulmanas,

Y que en la edad madura disgustado
De la pompa del mundo y de las armas
En el retiro y en la paz vivia
Felice en su castillo de la Albaida;

A Zaide, que modelo de virtudes
Y de las ciencias luz Córdoba aclama,
Los tiernos años del gracioso niño
Con discreta eleccion prudente encarga.

Así se entrega á diestro jardinero
La generosa y delicada planta,
Que debe al cielo remontar un dia
Con fruto opimo las frondosas ramas.

Mas de Zahira la contraria estrella
Le niega el ver cumplida su esperanza,
Y al sueño eterno en sus mejores años
Con encubierto impulso la arrebata;

Pues cumplir las catorce primaveras
Apénas vió á su Huérfano del alma,
Creciendo en robustez y lozanía,
De ciencia y de virtud bajo las alas,

Un secreto penar, que el crudo diente
Ejercia feroz en sus entrañas,
Cortando el vuelo á sus preciosos dias,
La hundió en las sombras de la tumba helada.

Y cuando los instantes de la vida
Conoció que la fuga apresuraban,
Reuniendo en sí los últimos alientos,
Resplandores de lumbre que se apaga,

Al mancebo y á Zaide, que postrados
Al pié del lecho consternados callan,
Con voz lánguida pide que se acerquen,
Y que escuchen sus últimas palabras.

Haciendo despejar el aposento,
Do el ángel Azrael (3) victoria canta,
A los físicos doctos que la cercan
Y al lloroso tropel de sus esclavas;

Por la postrera vez sus bellos ojos
Con luz ardieron de celeste llama,
Y tendiendo los brazos en su seno
Estrechó á aquel objeto de sus ansias;

Y con labio anheloso: «Hijo, le dice,
Hijo (que nombre tal el cielo manda
Que te dé en este instante), en otro suelo
Una sagrada obligacion te llama.

Crece en valor... y cuando llegue el dia...
Zaide... tú cuidarás...» La huella helada
De la muerte feroz selló su boca,
En ronco hervor tornando sus palabras.

Mas aún con ojos y con brazos muestra
Los últimos anhelos de su alma,
Y dejando en las manos del mancebo
Una sortija que á la suya arranca,

Cual tierno lirio que el arado troncha,
Quedó, en silencio lúgubre la estancia,
Y el Huérfano infeliz entre los brazos
Del triste Zaide, á quien las fuerzas faltan.

Desde aquel dia de terror y espanto,
¡Cuán diversos afectos agitáran
Al jóven desdichado!... A describirlos
Mi humilde verso y mi poder no alcanzan.

Contempla absorto la fatal sortija,
Que de su corazon jamás aparta,
Y el secreto escondido que contiene,
Quiere arrancarle á fuerza de mirarla.

Ni un momento se van de su memoria
De Zahira las últimas palabras,
Y le turban el sueño, y en su mente
Son espectros confusos y fantasmas.

Una vez y otra vez en vano á Zaide
Ruega y conjura, que con mano franca
Y amiga rasgue el tenebroso velo
De tantas dudas, de zozobras tantas.

Mas Zaide á sus preguntas no responde,
O suspirando y con amor le abraza,
Y, «Crece, crece, le contesta sólo,
Y aprende á fulminar la dura lanza.»

Ya diez y nueve veces visto habia
De Ramazan las ceremonias vanas
La luna en la mezquita celebrarse,
Donde hoy los ritos de la Iglesia santa,

Desde que entre las murtas á este jóven,
En el jardin del opulento alcázar,
Recien nacido infante, lo encontraron
Unos esclavos á la luz del alba;

Y manejaba ya con diestra mano
El dócil potro y corva cimitarra,
Aplausos consiguiendo en las escuelas,
Y pruebas de valor é ingenio daba;

Cuando Almanzor, ardiendo en el deseo
De dejar sucesores de su fama,
Y de dar de su estirpe generosa
Nuevos apoyos á su ilustre patria,

Trató el enlace de su amado hijo
Abdimelik (que en poco sobrepasa
La edad de aquel Expósito, á quien vive
Por amistad unido y semejanza)

Con la hermosa, y honesta, y tierna Habiba,
Bella como la luz de la mañana,
De Omar, Walí (4) glorioso de Toledo,
Hija heredera y única esperanza.

Con aparato régio y régia pompa
Se celebró la boda en el alcázar,
Y en los anchos jardines de la Almunia,
Que á los esposos regaló el monarca.

Era un palacio que de bronce y mármol
En la márgen del Bétis descollaba,
Y sus ricos jardines y alamedas
Al delicioso Eden aventajaban;

Y hoy ni áun se sabe el sitio donde fueron,
Ni el corvo arado sus cimientos halla:
¡Con tal furor su huella asoladora
En tí, Córdoba ilustre, el tiempo estampa!

A celebrar tan venturoso enlace
Cuantas naciones el Corán aclaman,
Y el nombre insigne de Almanzor respetan,
Concurren con riquezas y con galas.

De Persia los tejidos matizados,
Los aromas y bálsamos de Arabia,
Las perlas y corales del Oriente,
Los metales espléndidos de España,

Del Africa las pieles y las plumas,
Cuanto el orbe produce, cuanto alcanzan
La codicia, el valor, el poderío,
Cuanto puede inventar la industria humana;

Todo reunido en Córdoba enriquece
De tan nobles linajes la alianza,
Que el pueblo numeroso entusiasmado
Bendice con fervor y ansioso aguarda;

Pues rico, triunfador, grande, felice,
Del lujo amigo y de la pompa vana,
Los públicos festejos le enloquecen,
Las fiestas y espectáculos le exaltan.

Pero la prenda que valor más alto
Y mayor precio á tal enlace daba,
Era el feliz amor, que en los esposos
Vehemente ardia con honesta llama:

Amor, cuyos progresos y dulzuras
De Abdimelik amigo, presenciaba
El Expósito triste, para aumento
Del oculto dolor que le taladra.

Late su tierno pecho contemplando
Las dichas que á su amigo se preparan
Y concibe el consuelo y las delicias,
Que da el amor recíproco á las almas:

Delicias que jamás tendrá la suya...
¡Quién, quién ha de escuchar sus dulces ansias,
Huérfano desdichado, que á otro suelo
Una escondida obligacion arrastra!...

———

Para la boda el tiempo señalado
Llegó en la hermosa luna de Giumada (5),
Que trajo la apacible primavera
A presenciar la fiesta y celebrarla.

Al rojo amanecer de hermoso dia,
Cuando del sol apénas esmaltaba
La clara lumbre en la vecina sierra
De la fragosa cima las pizarras,

Despues que al Almueden (6), de la mezquita
En el alto alminar, con voces altas,
*No hay más que un solo Dios, venid, oh fieles,
A adorarle venid*, ronco gritaba:

El estruendo de trompas y atabales,
Panderos, añafiles y dulzainas
Anunciaron al orbe, que aquel dia
Al júbilo y placer se destinaba.

Mil cautivos cristianos recobraron
Su libertad en tan feliz mañana,
Que Almanzor generoso sin rescate
Sus cadenas benéfico desata.

Parientes del Hagib cien caballeros
Con las marlotas de esplendente grana
Y con blancas garzotas los turbantes
Corren de la ciudad calles y plazas,

En revueltos caballos berberiscos,
Cándidos cual la espuma con que esmaltan
Los frenos y pretales, adornados
De cascabeles de sonora plata.

Y desterrando el perezoso sueño
Con la estruendosa y plácida alborada,
«Viva, gritando van, los claros nombres
De Abdimelik y Habiba edades largas.»

El pueblo en derredor de ellos se agolpa,
Y repite los vivas, y engalana
Pórticos, rejas, torres y azoteas
Con alfombras, damascos y guirnaldas;

Y la alegría bulliciosa tiende
Por toda la ciudad risueñas alas,
Y cunde la confusa muchedumbre,
Y en vivas á Almanzor se inunda el aura.

Pues sus altas proezas, sus laureles,
La gloria que su brazo da á la patria,
La justicia y virtud con que gobierna,
La proteccion con que el saber ampara,

Su generosa condicion, su aspecto,
Su nombre y los recuerdos de su hermana,
Cual genio tutelar le representan
Al pueblo musulman, que lo idolatra.

Cuando ya el sol sus rayos estendia,
Abriéronse las puertas del alcázar
Del potente Almanzor, saliendo de ellas
Doce guerreros con lucientes armas.

Eran los doce jeques y adalides,
Que al Hagib en la guerra acompañaban,
Y que á su lado con insignes hechos
Dieran asunto al canto de la Fama.



En lozanos corceles, que pomposos
Pausados mueven la ligera planta,
De dos en dos siguiendo un estandarte,
Montes de acero, silenciosos marchan.

Despues veinte lindísimas doncellas,
Que á las eternas Huris (7) deslustráran,
Cubiertas hasta el pié de blanco lino,
Con ricas tocas que hasta el suelo bajan,

De azahares, y jazmines, y perpetuas,
Y frescos arrayanes coronadas,
Siguen, cantando deliciosos versos
Al dulce són de sonorosas flautas.

Unas llevan perfumes olorosos
En braseros de esmalte y filigrana,
Otras de flores lindos ramilletes,
Otras de oro y marfil ligeras mazas.

De este coro de vírgenes Kerima
Era bello adalid, y descollaba
Entre ellas en beldad y en gentileza,
Como en el bosque la garbosa palma.

En pos, cercados de altos personajes,
Nobles matronas y gentiles damas,
Los jóvenes esposos aparecen,
Ofuscando del sol la lumbre clara.

Habiba hermosa, cuya faz divina
Como la rosa del abril temprana,
Rojo matiz de pudoroso encanto
De inestimable resplandor esmalta,

Ostenta larga ropa rozagante
De rica seda del color del alba,
Do brillan, como brillan los luceros,
Lazos de aljófar, flores de esmeraldas.

Las luengas trenzas, que hasta el suelo llegan
Aventajando al oro de la Arabia,
Recoge en parte delicada toca,
Y de cándidas rosas la guirnalda;

Y de ella pende, y por el aire ondea
Gallardo velo de tejida plata,
Prendido con un rico camafeo,
Y un penacho gentil de plumas blancas.

De gruesas perlas y zafiros lleva
Cubierta la hermosísima garganta,
Los bellos brazos, el pulido talle,
La fimbria de la veste y las sandalias.

Abdimelik la lleva de la mano,
De los dulces afectos de su alma
Dando indicios los ojos, en que brilla
Del puro amor la inextinguible llama.

El insigne Almanzor, á cuya vista
Respetüoso el pueblo se postraba,
Y Omar, gloria tambien del Islamismo,
A los tiernos esposos acompañan;

Mostrando en sus semblantes generosos
El gozo que en sus pechos se dilata,
Y que el amor del mando y de la gloria
Al paternal amor ceden la palma.

El anciano Cadí (8) con verdes ropas,
Pacífico semblante y luenga barba,
Con ellos va, la pompa presidiendo,
Y seis pajes en pos con alabardas;

Y entre un tropel, vistoso por sus trajes,
De libertos, de esclavos y de esclavas,
Treinta etiopes de atezados miembros,
Y descubierta la anchurosa espalda,

Y en los nervudos brazos y en los cuellos
Fuertes argollas de bruñida plata,
Llevan cargados los robustos hombros
De cedro y de ciprés con grandes arcas,

En que va el acidaque (9) de la esposa,
Y los ricos presentes y las galas,
Vajillas, telas, pieles y alcatifas,
Que los deudos y amigos le regalan.

Otros conducen en pequeños cofres
De azabache embutidos y de nácar,
Ambares y perfumes, ricas joyas
Y hermosas plumas de colores varias.

Y cerrando esta grave comitiva
Veinte mancebos en hileras marchan,
Todos de las familias más ilustres,
Y del imperio todos esperanza;

Vestidos de morado, blanco y verde,
Y amorosas empresas recamadas,
Gallardos llevan con gentil despejo
Al hombro las ligeras azagayas.

Capitan de esta noble compañía,
De muchos á despecho y con no extraña
Sorpresa y con envidia, era el mancebo
A quien su orígen infeliz degrada.

Mas Almanzor potente lo dispuso,
Abdimelik lo quiso, y esto basta:
Que el favor de tan altos personajes
Aun montes más difíciles allana.

Por lo mejor de Córdoba atraviesa
La rica y lucidísima comparsa,
Hollando arena y esparcidas juncias,
Olorosos mastranzos y espadañas;

Y entre los vivas del inmenso pueblo,
Que á pié, á caballo, con vistosas galas,
Se agolpa presuroso á todos lados,
Y hierve en calles, pórticos y plazas.

Y desde los terrados y alminares,
Garridas moras olorosas aguas
Y deshojadas flores dan al viento,
Al mismo punto en que los novios pasan.

Llegan á la magnífica mezquita,
Que en medio de naranjos y de palmas,
De Abderraman eternizando el nombre,
Oscurecia al templo de la Caaba (10);

Y concluido el azalá (11) escucharon
Con gran silencio la leyenda santa,
Que desde el almimbar (12) de cedro y oro
Pronunció el Almocrí (13) con voz pausada.

Abundantes limosnas repartieron,
Cuando se terminaron las plegarias,
A hospitales, hospicios y prisiones,
A doncellas, á huérfanos y ancianas.

Y con toda la ilustre comitiva
La mezquita dejaron, y la marcha
Dirigieron gozosos á la Almunia,
Do con su corte Hixcen los esperaba;

Pues aunque nunca los palacios deja
Y encantados jardines de Zahara,
Las riendas del gobierno abandonando
De su valido al celo y mano sábia;

Para mostrar de su favor lo firme,
Y la tierna amistad que le consagra,
Quiere á la boda y al nupcial banquete
Con su presencia dar más lustre y fama.

En medio de espaciosas alamedas
Guadalquivir con sus risueñas aguas
De la Almunia el magnífico palacio
Como en luciente espejo retrataba,

Donde en un gran salon, cuya techumbre,
De oro cubierta y de labores varias,
En cien columnas de lustroso mármol
Con ricos capiteles descansaba,

Cuyos frisos, recuadros y cornisas
En esmaltes lucientes adornaban
Sentencias del Corán, y cuyo suelo
Era bruñidos jaspes de Granada;

A los tiernos esposos y á los padres
Recibe grato el cordobés monarca:
Tiende á Almanzor la mano, á Omar saluda,
Y á Abdimelik y á Habiba afable abraza:

Y del regio turbante desprendiendo
Magnífico joyel, do se encerraba
De gran virtud un talisman antiguo,
A la modesta novia lo regala.

Ante el soberbio pórtico anchuroso
Un cuadrado jardin, al que cercaba
Verja de limpio bronce, se extendia,
Todo alfombrado de olorosas plantas;

Donde, entre cuatro sonorosas fuentes,
Que en conchas de alabastro recobraban
Los copiosos raudales que esparcian,
Iris formando por las frescas auras,

A la sombra de un toldo delicado
De leve seda de color de grana,
En tapetes y alfombras levantinas
El soberbio festin dispuesto estaba.

En él ocupa el preeminente puesto
Hixcen el poderoso: seis esclavas
Sobre él suspenden el soberbio palio,
Que en seis varales de marfil descansa;

Y á ambas partes dos niños berberiscos,
En pebeteros de bruñida plata,
Queman preciosos bálsamos de Persia,
Y perfumes suavísimos de Arabia.

Toman asiento á un lado y otro lado,
De brocado en costosas almohadas,
Los esposos, los padres, las doncellas,
Los mancebos tambien, las nobles damas,

Y los Amires (14), y Giafar con ellos,
De Córdoba Wacir (15), del regio alcázar
Supremo alcaide, y padre de Kerima,
Del coro de doncellas capitana.

Allí el jóven Zeir tambien se asienta,
A quien por su señor Túnez aclama;
Con todos los excelsos personajes
Que al cordobés imperio lustre daban;

Y miéntras los esclavos les presentan,
En fuentes de oro y de cristal en tazas,
Los manjares y frutas exquisitas,
Licores y conservas delicadas;

Los ilustres ingenios la alta gloria
De Hixcen en nobles versos celebraban,
De Almanzor y de Omar justos loores
A la excelsa virtud y á las hazañas;

Y la beldad de la modesta Habiba,
De Abdimelik la venturosa llama,
El poder celestial de la hermosura,
Y del feliz amor las alabanzas.

Allí cantaste tú, morisco Homero,
Jusef-Aben-Harum, al són del arpa;
Tú, cuyo claro ingenio inmortaliza
Ambos poemas de la *guerra* y *caza*.

Asunto de tu canto los amores
Fueron de Halewa hermosa, y tus desgracias,
Y lágrimas piadosas arrancaste,
Y lágrimas vertiste al recordarlas.

Tambien Aben-Isá, que en el Oriente
Consiguió por su verso ilustre fama,
Y Alhasan, y Albuker allí cantaron,
Y Lobna bella, y el anciano Obada (16).

En los bosques, praderas y jardines
Mesas cubiertas de manjares hallan
El pueblo, los cautivos, los esclavos,
Los monteros del rey, su noble guardia,

Y hierve entre los árboles y flores
La inmensa muchedumbre; y por el aura
Cunde la voz del popular contento
Al confuso rumor de orquestas varias.

Cubren el rio y su cristal esconden,
Con toldos y vistosas enramadas,
Y flámulas de seda y gallardetes,
Ligeros botes y movibles barcas.

Desierta quedó Córdoba aquel dia,
Y en silencio sus calles y sus plazas,
Que en los jardines plácidos de Almunia
Toda su poblacion gozosa estaba.

El sol, á su pesar, siguiendo el curso
Que el dedo omnipotente le señala,
Se hundió en el mar Atlántico, y la luna
En todo se esplendor suplió la falta.

Acabado el banquete se cubrieron
Los cuatro frentes del inmenso alcázar,
Y del parque las verjas, y del bosque
Los árboles de ardientes luminarias.

Y en tropel ordenado comenzaron
Por todos lados bulliciosas danzas,
Donde clases y nombres confundidos,
Todo era regocijo y algazara.

Tenaz dolor en tanto, horribles penas
Del huérfano infeliz rompen el alma,
Las fiestas y la pompa de aquel dia
Aumentando el rigor de sus desgracias;

Pues corazones míseros que esconden
Una profunda y dolorosa llaga,
Sienten más el rigor de sus latidos,
Cuando á los otros el placer exalta.

Jamás con tal vehemencia en su memoria
De Zahíra las últimas palabras
Reproducidas vió, nunca su pecho
Sintió más la orfandad desconsolada.

Entre el bullicio popular se encuentra
En un desierto, y sin objeto vaga
Por aquellos jardines espaciosos
Entre la multitud regocijada.

Ni oye de las orquestas la dulzura,
Ni bailes ve, ni mira luminarias,
Ni busca á sus amigos: mudo y solo
Pausado gira con incierta planta.

Piensa en su orígen degradado, oscuro,
Pienza en Zahíra, y piensa en que le llama
Un terrible destino, más terrible
Por el misterio que le encubre y guarda;

Pero piensa tambien en la belleza,
Lozana juventud, modestia y gracias
Que adornan á Kerima, y en su seno
Siente una conmocion que le acobarda.

De Zaide al lado, en solitarios bosques,
Entregado al estudio y á la caza,
O pensativo siempre y retirado
De Almanzor en lo interno del alcázar,

Es la primera vez que al mundo sale;
Y ni la régia fiesta, ni las galas,
Ni el espléndido lujo y aparato,
Ni la augusta presencia del monarca

Llamaron su atencion: Kerima sólo
En el banquete su atencion fijara,
Y ella no más en tan variado dia
Fué de sus pensamientos soberana.

Mira cual crímen el haber dejado
Tantas horas su orígen y desgracias
En hondo olvido, y por cerrar su pecho
A toda otra impresion, suda y trabaja.



¡Vanos esfuerzos!... sí, le ocupa todo
Ya de Kerima la beldad gallarda:
Reconócelo el triste confundido,
Y de su propio corazon se espanta.

Piensa ver ¡desdichado! que la sombra
De Zahíra le sigue y amenaza,
Y que en torno le acosan y rodean
Espantosos espectros y fantasmas.

La espalda apoya á un solitario tronco,
Falto de fuerzas en tan gran borrasca,
Los brazos contra el pecho ahogado cruza,
La frente inclina, y consternado calla.

Almanzor, que benigno y despojado
Del aparato y gravedad, andaba
Acalorando entre el gozoso pueblo
El general contento, cerca pasa.

En tan triste actitud junto á aquel tronco
Descubre acaso al Huérfano, se pára,
Y se acerca; y asiéndole la mano,
Cariñoso le dice estas palabras:

«¿Qué es esto, capitan de los donceles?
Flor de la juventud, ¿por qué no bailas?...
Ven, yo te buscaré tal compañera,
Que no te pese, y que me dés las gracias.»

Y al través de confusa muchedumbre,
Sin esperar respuesta, lo arrebata
A un risueño verjel, donde reunido
Lo más ilustre de la corte estaba.

Allí Kerima con Giafar su padre
En asiento de mármol descansaba,
Y el mancebo Zeir tambien con ella,
Que en aquel punto de danzar acaban,

Y dícele Almanzor: «Bella Kerima,
De las nobles doncellas capitana,
Con este capitan de los donceles
Debes lucir tu gentileza y gracia.

»Sal, y baila con él, que más gallardo
Compañero es difícil que encontraras.»
Giafar en Almanzor y en aquel jóven
Ojos que anuncian la sorpresa, clava:

Los suyos honestísimos al suelo
La modesta Kerima humilde baja,
Y de Zeir en el semblante brillan
Confusa turbacion, oculta saña.

Sonríese Almanzor, y persistiendo
En que mire Kerima al jóven grata,
Ase del brazo á la gentil doncella,
Y con un suave impulso la levanta.

Los Amires é ilustres caballeros,
Y las matronas y las nobles damas
En rededor se agolpan, deseosos
De ver una pareja tan galana.

Pocos conocen al garzon gallardo,
Que á sí ha llamado toda la jornada
La atencion general; y la pregunta
De *¿quién es?* sin respuesta en torno vaga:

Pues los que le conocen, no ignorando
Su orígen y el favor del Hagib, callan:
Sólo Giafar á pronunciar se atreve,
Un expósito vil, aunque en voz baja.

Pero Almanzor confúndele al momento,
Mirándole con ojos como brasas,
Y diciendo en voz alta y firme á todos:
«No hay más que preguntar: este es MUDARRA.»

Tal era el nombre pues de aquel mancebo
Que ya los ojos del concurso encanta,
Viéndole al lado ilustre de Kerima,
Diosa de la belleza y de la gracia.

Pronto al són de los suaves instrumentos
Los tiernos brazos con modestia enlazan,
Y al compás de los crótalos sonoros
Airosos mueven la ligera planta.

Almanzor, que embebido los contempla,
Dice á Giafar: «¡Qué copia tan gallarda!...
Parece que el destino venturoso
Para unirlos por siempre, los formara.»

Tembló el feroz Giafar, desconcertado
Del Hagib Almanzor á las palabras,
Como quien ve á sus piés horrenda sima
Del súbito relámpago á la llama:

Mas del Hagib temiendo el poderío,
Se esfuerza en ocultar su pasmo y rabia,
Y aumenta el odio que al gallardo jóven
Tiene hace tiempo, sin saber la causa.

¡Cuán distintos afectos entre tanto
En la gentil pareja dominaban!
A Kerima un afan desconocido
Le agita el pecho, le conmueve el alma;

Y el Huérfano, al asir la mano hermosa,
De cerca al contemplar belleza tanta,
Y al enlazar con temblorosos brazos
El talle peregrino, se abrasaba.

El compás de la música perdieron,
Se encontraron sus ojos veces varias,
Amor encadenó sus corazones,
Sonó alto aplauso, concluyó la danza,

Y recibiendo elegios lisonjeros,
Con grande turbacion ambos se apartan:
Volvió Kerima al lado de su padre,
Y al lado de Almanzor volvió Mudarra.

Seis dias prosiguieron los convites,
Bailes, festejos, músicas y zambras;
Seis dias que pasaron tan veloces
Como los de placeres siempre pasan.

Durante todos ellos de Kerima
El Expósito ilustre al lado estaba,
Y ambos nutrieron en sus almas puras
De una ciega pasion la ardiente llama.

Para dar fin á tan famosas fiestas
Dispúsose de Córdoba en la plaza,
Celebrando la union de los esposos,
Una corrida de sortija y cañas;

Y cuando el sol en el zenit brillando
De luz torrentes á la tierra daba,
El ronco són de trompas y clarines
Cundió de el suelo hasta las nubes altas,

Llamando á la confusa muchedumbre,
Que en sordo estruendo se agolpó á las gradas;
Y las damas de cuenta y personajes
Ocuparon balcones y barandas.

En el más eminente, engalanado
Con pabellones de risueña grana,
Cordonajes y fluecos de oro y seda,
Y estrado de orientales almohadas,

Los dos esposos, Almanzor con ellos,
Y Omar, cubiertos de costosas galas,
Giafar con su Kerima, y lo más noble
De la corte de Hixcen asientos hallan.

Por ilustres mancebos, que aún no habian
Estrenado su pecho en las batallas,
Se dispuso la fiesta, demostrarse
Diestros ansiando en manejar las armas.

Divididos están en dos cuadrillas,
Y un jefe cada cual gobierna y manda;
Era jefe Zeir de la primera,
Jefe de la segunda era Mudarra.

De rojo y amarillo, y con penachos
Hechos de rojas flores de granada,
Los que obedecen á Zeir, se muestran
Sobre revueltas yeguas africanas.

Bajo los alquiceles llevan cotas
De hojas sutiles de bruñida plata,
Y de su cabo la amorosa empresa
Con esmalte esculpida en las adargas:

Era un sol en zenit resplandeciente,
Y un águila que en él la vista clava,
Y en derredor este arrogante mote:
¿Quién donde miro yo, mirar osara?

De verde y de morado va vestida
La cuadrilla del huérfano Mudarra,
Y son flores de adelfa los penachos,
Y las ceñidas cotas pavonadas.

En cordobeses potros alazanes,
Que en la arena pausados el pié estampan,
Llevan todos conformes las empresas
Con el jóven caudillo que los manda.

Es una oscura y borrascosa noche
Con un lucero que su horror aclara,
Y *¡Ojalá que su luz la niebla rompa!*
La letra que relumbra en las adargas.

Al són de belicosos instrumentos,
Por partes diferentes en la plaza
Entran ambas cuadrillas, y el aplauso
Y el rumor popular asorda el aura.

Júntanse en la mitad del ancho espacio,
Al balconaje en que Almanzor estaba,
Hacen la reverencia, y en seguida
Dan tres vueltas en torno á la estacada.

Al compás de las trompas y atabales
Mézclanse ambas cuadrillas y se enlazan,
Y una marcial escaramuza enredan,
Y mil figuras de vistosa danza.

Ora forman un círculo extendido
Al pausado galope, ora se apartan,
O se embisten, y prestos retroceden,
O ya de dos en dos á escape pasan:

Mostrando agilidad y gentileza,
Y cómo los caballos avasallan,
Que obedientes al freno y acicate,
Corren, se empinan, se revuelven, paran:

Descollando entre todos los mancebos
Por su destreza y su beldad Mudarra,
Que la atencion del pueblo numeroso
Roba, y los ojos del concurso encanta.

—Un muro artificial al lado habia
De firmes trabes y de gruesas tablas,
Y enfrente ambas cuadrillas se ordenaron,
Armadas ya de ponderosas lanzas.

A ejemplo de sus cabos los jinetes
En los grandes estribos se levantan,
Echan el brazo atrás con gallardía,
A sacudir los fresnos se preparan;

Y dando un grito agudo, á un tiempo mismo
Todos las picas con esfuerzo lanzan,
Que el viento como aristas penetrando,
Dan contra la fortísima muralla.

Otras en pos despiden, y otras luégo,
Y las agudas puntas aceradas
Hacen temblar la máquina, la rompen,
Y los gruesos tablones desencajan.

Brazo ninguno con tan alto brio
Suelto sacude las fornidas lanzas,
Ni mano alguna el blando freno rige,
Como el brazo y la mano de Mudarra.

Cuantas picas arroja, rehilando
Destrozan y atraviesan gruesas tablas,
Y si un duro pilar acaso topan,
Los penetrantes hierros lo traspasan.

El muro viene á tierra derribado
Cubriéndose de astillas la ancha plaza:
Así la miés opima desparece,
Si el granizo la embiste y la anonada.

De esclavos un tropel y de cautivos
Con gran presteza los despojos saca,
Y con agudos dardos los mancebos
Se acometen y hieren las adargas;



Y luégo uno con uno se encontraron
En vez de picas con ligeras cañas,
Que al herir en los petos y paveses,
En menudos pedazos se quebrantan.

Ya el sol al occidente descendia,
Y para fin de la marcial jornada,
A correr la sortija ambos caudillos,
Mudando de caballo, se preparan.

En una flecha, cuyo agudo hierro
A un erguido pilar clavado estaba,
Sendos anillos de diamante penden,
Cada cual en la punta de una banda.

Las dos cuadrillas á una y otra parte,
Dejando el campo libre, se separan;
Y el primero Zeir empuña altivo
Una delgada y primorosa lanza.

En un overo de tendidas crines,
Que apénas cabe en la anchurosa plaza,
La rienda floja, el acicate á punto,
La pica en ristre, á la sortija marcha;

Y más veloz que el mismo pensamiento,
Y seguro del triunfo, se abalanza;
Pero en la flecha con la punta toca,
No en la sortija, y desairado pasa.

Revuelve lleno de vergüenza y furia,
Rompiéndole al overo las ijadas,
Y otra vez yerra el golpe, porque el brazo
Iba temblando de despecho y rabia.

Por la tercera vez la suerte intenta,
Y la yerra tambien. En tierra clava
Con gran furor la refornida pica,
Se da en la roja frente una palmada,

Da injustos sofrenazos al caballo,
En cuya sangre el acicate baña,
Y sin más esperar, á toda rienda
Corrido se salió de la estacada.

El numeroso pueblo de él no cura,
Teniendo ya los ojos en Mudarra,
Que sale á ver si acaso es más dichoso,
En una yegua como nieve blanca.

Recorre en un galope sosegado
Y con gran timidez la extensa plaza:
Hondo silencio en el concurso reina,
Que inmóvil verle triunfador aguarda;

Y cuando llega enfrente á la sortija,
Pica la yegua leve como el aura,
Que cual la vista rápida parece
Que no toca la arena con la planta,

Pero el jinete á fuerza de cuidado
Lleva la punta de la pica baja,
Y aunque va firme el puño en la arandela,
Deja atrás la sortija, y no la ensarta.

El Hagib Almanzor muestra disgusto,
Giafar lo mira con sonrisa amarga,
Demúdase Kerima, el gran gentío
Manifiesta inquietud; mas todos callan.

El garzon sin turbarse, de la yegua
El grueso cuello y crespa crin halaga;
La rienda acorta, afirma los estribos,
Atrás el capellar airoso aparta,

Y con los ojos fijos en la prenda,
Y la mano en el cuello de la lanza,
Con despejo y con noble gallardía,
A escape y sin temor de nuevo arranca.

La acicalada punta en el anillo
Introduce, y tras sí gallardo saca,
Hendiendo el aire y dándole vislumbres,
Cual leve exhalacion, la rica banda.

Un grito de placer en torno suena;
El Hagib del balcon el cuerpo saca,
Sin pensarlo Giafar (aunque al momento
Se arrepiente y se enoja) *¡bravo!* exclama.

El corazon palpita de Kerima,
Púrpura ardiente su semblante esmalta,
Y va á aplaudir; pero la accion suspende,
Y los ojos temblando al suelo baja.

—Por competencias de poder y mando,
Con la familia de Zeir estaba
Desabrido Almanzor, y ve gozoso
Su orgullosa altiveza desairada.

Ensalzar quiere al Huérfano, y honrarle,
Y resuelto prorumpe en voces altas:
«Giafar, dar algun premio es necesario
Al que es tan diestro en manejar la lanza.

»Venga á nuestro balcon, y de su cuello
Colguemos esta corva cimitarra.»
Dijo, y la suya se quitó, la suya,
Par casi al Zualfaker (17) en gloria y fama.

Giafar con gran frialdad, «Ambas cuadrillas,
Dice, han ganado prez en esta plaza:
Si vos premiais al jefe de la una,
Yo al otro premiaré.» De estas palabras

No hizo caso Almanzor: en el momento
Que el jóven suba á su presencia manda;
Y la prenda del triunfo atada al brazo,
Tímido en el balcon entró Mudarra.

De pié los personajes le reciben,
El Hagib Almanzor tierno le abraza,
Y va á echarle en el cuello el talabarte
De que pende la rica cimitarra;

Mas lo suspende, y á Kerima dice:
«La dicha y la destreza de las armas
De la beldad tan sólo por la mano
Deben, señora, ser recompensadas;»

Y en las de la hermosísima doncella
El rico alfanje pone. Demudada,
Los ojos ella vuelve hácia su padre,
Cuyo semblante enciende horrenda rabia,

Y de rubor cubiertas las mejillas,
De gozo y miedo el corazon, turbada,
Al mancebo, que tiembla palpitante,
Entrega el premio con modesta gracia.

Que el jóven á sus piés la banda ponga,
Todos, y áun Almanzor, acaso aguardan;
Mas no la puso, que á distinto objeto,
Desde que la ganó, la destinara.

Tornó el alegre pueblo á sus hogares,
Almanzor con el Huérfano á su alcázar,
Y Giafar á Zeir por premio envia
Un arco persa con su rica aljaba.

Kerima en su magnífico aposento
Entre confusos pensamientos vaga:
Ya amor su corazon enseñorea,
Y ella aún lo ignora, aunque en amor se abrasa.

La fiesta popular, la augusta boda,
Los banquetes, las músicas, las danzas,
El concurso y los lances del torneo,
Todo en su mente revolando pasa;

Mas siempre en ella, entre el tropel confuso
De recuerdos sin fin, mira á Mudarra,
Que es el blanco de todas sus ideas,
Que es el anhelo solo de su alma.

Ya la anciana nodriza de sus brazos,
De su frente y blanquísima garganta,
Besando cariñosa sus mejillas,
Las espléndidas joyas le desata:

Y al verla tan suspensa, se sonrie,
Y con malicia, de su edad no extraña,
«¡Ay, Kerima! le dice, ¿de las fiestas
Vuelves tan pensativa y tan turbada?...

»¡Hija de mi cariño!... ¿qué te aflige?...
Tu tierno corazon conmigo ensancha.
¿Has por ventura visto á otra doncella
Más ricas joyas ó mejores galas?...

»Más beldad no es posible, pues tú eres
La rosa de oro y el ciprés de plata
Del imperio andaluz... Y en la riqueza,
En perlas y almaizares ¿quién te iguala?...

»¿No respondes?... De fiestas y torneos,
Y de banquetes públicos se saca...
Cansancio... nada más... En otros tiempos
Mayor recogimiento se estilaba.

»Cuando Alhaken, cuando Alhaken vivia,
Una ilustre doncella no pisaba
Jamás la calle... siempre en sus jardines...
Siempre... mas todo en este mundo cambia...

»Matar infieles era el solo empleo
De nuestros buenos padres... sí... ¡Mal haya
Quien inventó las justas y festines,
Las músicas, los versos y las zambras!»

La inocente Kerima con zozobra
Oye de su nodriza las palabras,
Y tiembla silenciosa, recelando
Que encubre mal lo que en su pecho guarda.

En un baño de pórfido recuesta
El cuerpo hermoso, y olorosas aguas,
De regalado temple, refrigerio
Dan á sus blancas formas delicadas.

Ya sus oscuras prolongadas trenzas
Deshacen con primor diestras esclavas,
Y las recogen en ligera toca,
Y en aceite de rosa las empapan.

En femenil curiosidad ardiendo
Todas, la hostigan con preguntas varias,
Y quieren que les cuente de la boda
Hasta las más pequeñas circunstancias;

Y los varios colores y divisas:
Quién lució en la corrida de las cañas,
Y con quién ha danzado, y cuáles fueron
Las más vistosas y elegantes galas.

Ella responde á todo, y nombra á todos
Los que en aquellas fiestas se encontraran;
Pero porque su rostro no la venda,
Evita siempre el nombre de Mudarra.

Queda sola en su lecho, y la dulzura
Del sueño bienhechor inquieta aguarda:
¡Ay! sus enamorados pensamientos
De sus ojos lo ahuyentan y separan.

«¿Quién este jóven es?—Deudo, no hay duda,
Del insigne Almanzor.—Mas ¿qué palabras
De tósigo mortal entre los labios
De mi padre escuché?... ¿Por qué su saña?...

»*¡Expósito infeliz!!! ¡Huérfano infame!!!*...
No lo dijo por él... Su ilustre alma
Brilla en su faz, su estirpe generosa
En su disposicion noble y gallarda.

»Y ¿á quién, á quién el venturoso jóven
La prenda que ganó, ¡cielos! consagra?»...

Así dice entre sí, y acerbo llanto
De sus ojos bellísimos derrama.

¡Infeliz!... ¡Infeliz!... su tierno pecho
Apénas siente del amor la llama,
Y la horrible ponzoña de los celos
Ejercita ya en él su ardiente rabia.

¡Cómo se ofusca, cuánto desvaría
Una imaginacion acalorada!
¡Y cuánto el noble pecho de Kerima
Aplaudiera el intento de Mudarra!

Pues luégo que tendió tranquila noche
Su manto oscuro por la tierra opaca,
Al rayo hermoso de naciente luna,
Que entre celajes plácidos se alzaba,

Dirigió el jóven con plausible anhelo
Al sacro bosque la piadosa planta,
Donde la sepultura de Zahíra
Entre cipreses lúgubres estaba;

Y de un lauro lozano que sobre ella,
Cual rústico dosel, frondosas ramas
Extendia, con lágrimas los ojos,
Colgó el anillo y enlazó la banda.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(1) Se empezó esta obra en la isla de Malta, en una casa de campo que está á la orilla del mar, por el mes de setiembre del año 1829.

(2) *Hagib* ó *Alhagib* equivale á ministro principal de palacio, ó primer ministro del imperio. Fué el cargo que obtuvo Almanzor en el reinado de Hixcen, sin que fuera nunca rey ni emperador, como le titulan nuestras historias y antiguos romances; aunque gobernó el imperio muchos años casi exclusivamente, tanto por su valor y entendimiento, como por el genio indolente y oscuro de Hixcen, tercero de su nombre, de quien dice Conde en su *Historia de la dominacion de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, lo que sigue: «El rey Hixcen, así por los pocos años como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes placeres; no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni deseaba otras distracciones ni recreos, que no conocia... Sabur, el persiano, que habia sido camarero del rey Alhakem, y habia venido de Mérida para la jura del rey Hixcen, quiso hablar con él ántes de su partida, y la sultana Sobeiha le excusó la visita de acuerdo con el Hagib Muhamad (Almanzor), y luégo partió para Algarbe, y los demás Walíes á sus provincias.»

(3) *Azrael* era, segun la creencia musulmana, el ángel que separaba en la hora de la muerte el alma del cuerpo.

(4) *Walí*, prefecto ó gobernador de provincia.

(5) Los nombres de los meses ó lunas entre los árabes eran los siguientes, por este órden: *Muharram*, *Safer*, *Rabiê primera*, *Rabiê segunda*, *Giumada primera*, *Giumada segunda*, *Regeb*, *Xaban*, *Ramazan* (este era el mes de penitencia, ayuno y expiacion): *Xawal*, *Dylcada* y *Dylhagia*.

(6) *Almueden*, sacristan, mullidor de mezquita, que pregona y llama con grandes voces á la oracion desde lo alto del *alminar* ó torre.

(7) *Hurís* eran las doncellas inmortales, habitadoras del paraíso, destinadas para ser allí compañeras eternas de los buenos musulmanes.

(8) *Cadí*, gran juez, presidente del consejo.

(9) *Acidaque*, la dote.

(10) El templo de la Caaba, ó la casa cuadrada, era un templo antiquísimo de la Meca, que se dice fundado por Abrahan, ó por Ismael, al que hacian los musulmanes su peregrinacion santa. Fundóla el rey Abderrahman el año 786 de nuestra era. El mismo trazó el plan de la obra, que se propuso fuese semejante á la de Damasco, superior á la de Bagdad y comparable á la Alaksâ en la Casa santa de Jerusalen. Gastó en ella más de cien mil doblas de oro, y murió ántes de acabarla.—CONDE *en la obra citada.*

Convertido este suntuoso y extraño edificio en catedral, se conserva hoy casi intacto, sin más variaciones que las que han sido indispensables para el culto católico.

(11) *Azalá*, oracion. Eran cinco: *Azohbí*, del alba; *Adohar*, del medio dia; *Alasar*, de la tarde; *Almagrib*, al ponerse el sol, y *Alatema*, al anochecer.

(12) *Almimbar*, púlpito.

(13) *Almocrí*, lector de mezquita.

(14) *Amir* ó *Emir*, jefe, general, príncipe.

(15) *Wacir*, ministro principal, gobernador de ciudad.

(16) Grande era el aprecio que se hacia de los poetas entre los árabes de Córdoba, donde habia academia pública de poesía, y donde los ingenios estaban muy festejados y recompensados por los príncipes y caballeros. El citado compilador de los manuscritos árabes dice en el cap. 92 de la segunda parte: «Dió en Zahrâ una hermosa casa al céle- »bre historiador Ahmed ben Said el Hamdani, que se ocupaba en escribir la historia de España: asimismo dió el rey »casa cerca del alcázar á Jusuf ben Harûn, el Arramedi, conocido por Abu Amar, el mejor ingenio de cuantos en este »tiempo florecian en Córdoba: habia presentado al rey dos elegantes poemas, uno *de la caza* y otro de la *caballería*. »Refiere de él Abulwalid ben el Fardi, que él mismo contaba esto: Salí un dia despues de la zala del juma, y pasé el »rio de Córdoba, y andaba en los jardines de Beni Meruân, y encontré en ellos una doncella esclava, que nunca en »toda mi vida habia yo visto otra de tal gentileza, ni tan hermosa como ella; la saludé, y me respondió con mucha gra- »cia, pues no sólo era afable, sino tambien en extremo discreta. El tono de su habla era de tanta dulzura, que regalaba »los oidos, y se entraba por ellos en el alma; de suerte que su gentileza, su hablar y sus razones, me rindieron el cora- »zon. La dije yo: Por Alá, ¿te podré llamar hermana ó madre?—y ella me respondió: Madre, si quisieres.—Y dije »entonces: ¿De gracia, mereceré saber cómo te llaman?—y me respondió: Llámanme Halewa.—Con buenas fadas, dije »yo, te pusieron tan dulce nombre, etc., etc.» Por huir la prolijidad, no copiamos el resto, en que se refiere cómo el poeta enamorado de la esclava, hizo un viaje á Zaragoza para pedir á un amigo la cantidad necesaria para comprar á la doncella, la que por desgracia tenia ya otro dueño, cuando volvió á Córdoba su amante. De aquí nacieron disgustos y

hablillas, que despertando la curiosidad del rey, quiso ver á Halewa, y enamorado de su belleza, pasó con ella una mañana, miéntras su amo estaba en la mezquita, oyendo el sermon del famoso Mondhir ben Said, que de acuerdo con el rey se dilató más de lo regular en su plática. Esto produjo al cabo nuevos disgustos para nuestro poeta, que estuvo preso y sufrió una larga persecucion.

Hablando dicho autor de la jura del príncipe Hixcen, dice: «Tambien manifestó su ingenio y gratitud al rey en »esta ocasion el granadino *Aben Isá* el Gasani, que acababa de llegar de Egipto y de otros países de Oriente, donde »habia viajado de órden del rey Alhaken, y le presentó su geografía y una elegante descripcion de la comarcas de »Elvira.» Y más adelante: «Como en este tiempo era tan estimada la erudicion y la poesía en España, hasta las mujeres »en su retiro eran estudiosas, y muchas se distinguian por su ingenio y buenos conocimientos. El rey tenia en su alcázar »á *Lobna*, doncella muy hermosa, docta en gramática y poesía, en aritmética y otras ciencias. Escribia con singular »elegancia y muy bellas letras, y el rey Alhaken se valia de ella para escribir sus cosas reservadas. No habia en el pa- »lacio quien la igualara en agudeza de conceptos y suavidad de metros.»

Alhasan fué un poeta sevillano; *Albuker*, otro de Damasco, y ambos florecieron por aquella época.

En la obra citada, tratando en el cáp. 98 de cómo Almanzor honraba á los doctos, se lee: «Se detenia poco tiempo »Almanzor en las fronteras, y miéntras estaba en Córdoba, su casa era como una academia de sabios y de hombres de »ingenio. La frecuentaba el malagueño *Obada* ben Abdala, que era de los mejores poetas de este tiempo en Andalucía, »y escribió la historia de los poetas españoles y una célebre borda ó elogio de Anabi Muhamad..... Hizo unos versos »muy elegantes de improviso, y le dió el wacir cien dinares de oro y su casa franca á todas horas..... Estableció Alman- »zor una academia de humanidades, y sólo tenian asiento en ella hombres doctos, ya conocidos por obras útiles é »ingeniosas de varia erudicion en prosa ó en verso. Visitaba las madrisas ó escuelas, y las aljamas y colegios, y se sentaba »entre los discípulos, y no permitia que se interrumpiese la enseñanza á su entrada ni á su salida. Daba premios á los »maestros y á los discípulos más sobresalientes, etc.»

Es muy curiosa la descripcion que se halla en esta obra de Conde, de la boda del hijo de Almanzor, que se celebró en la *Almunia*, en su palacio y jardines. Aunque se ignora el sitio de estos, sospecho que sea el mismo donde hoy está la *alameda del Obispo.*

(17) *Zualfaker* era el nombre del alfanje de Mahoma, que decia haberlo recibido del arcángel Gabriel, y lo dejó en herencia á su yerno Alí.



ROMANCE SEGUNDO

Funestos y altos cipreses,
Frondosas y verdes hayas
Cercan un campo cubierto
De abrojos y yerba larga:
En medio estaba un sepulcro.
. . . .
La noche estaba en su filo,
Fria, medrosa y helada,
Y la siniestra corneja
Hecha centinela y guarda;
Cuando al rayo de la luna,
Que bajaba entre las ramas,
Ví salir un bulto negro.
Romance antiguo.

Giafar, en cuyos ojos centellea
Siniestra lumbre de terrible agüero,
Cuyo vigor los años no enflaquecen,
Ni calman los furores de su pecho,

Dado á la caza y ejercicios duros,
Y de la corte docto en los manejos;
Es por sangre, riqueza y poderío
La persona segunda del imperio.

Alguna vez ha sido la primera,
De Hagib desempeñando el cargo excelso
En tiempo de Alhaken, y aún vivos duran
De época tan terrible los recuerdos.

Dígalo el Almagreb, que osó hasta el trono
Alzar desesperado sus lamentos;
Y torrentes de sangre lo inundaron,
Y tronchadas cabezas lo cubrieron.

Los cristianos pacíficos lo digan
Sometidos al árabe gobierno,
A quienes de Giafar el fanatismo
Cargó de oprobio, de miseria y hierros;

Dígalo el reino todo, de cadalsos
Y de bárbaras cárceles cubierto;
Dígalo en fin, España, que ni un dia
De bienhechora paz gozó el consuelo.

Azote de su siglo y detestado
De su patria y de todo el universo,
Se sostuvo en el mando y poderío,
Y en el favor del rey por algun tiempo;

Pues hipócrita astuto aparentando
Por la ley musulmana ardiente celo,
Tuvo en los Alimanes y Alfaquíes (18)
Apoyo firme y partidarios ciegos.

Sus riquezas tambien y la fortuna,
Que coronó constante sus esfuerzos
Con continuas victorias, le ayudaron,
Y en el primer lugar le mantuvieron.

Conservaba de Hagib el alto cargo,
Cuando jóven Hixcen empuñó el cetro;
Mas desplomóse al cabo su grandeza
Como abrumada de su propio peso.

Al frente de las hueste musulmanas
Taló del Tormes, del Arlanza y Duero
Los fértiles contornos, exterminio,
Muertes y esclavitud dejando en ellos:

Incendió villas, arrasó palacios,
Destruyó fortalezas, y de miedo
Temblaron Leon y Burgos, cuyas torres
De un mar de sangre los escollos fueron.

El poder de Castilla derribado
Quedó; su conde en la batalla muerto,
Y el monarca leonés de las Asturias
Buscando asilo en los peñascos yertos.

Rico de gloria y rico de despojos,
Si no saciado de matar su pecho,
Y gozoso de ver seis mil cautivos
Seguir sus huellas entre duros hierros;

Giafar ufano á Córdoba volvia,
Sus sienes á ceñir de lauro eterno,
A afirmar con tal triunfo el alto mando,
Y á hollar el orbe, á su ambicion estrecho.

Alá empero lo quiso de otro modo:
Un castellano, insigne caballero,
Por vengar á su patria ó lograr muerte,
Pues la muerte es mejor que el vituperio;

De pocos aunque buenos, ayudado,
Le alcanzó en Guadarrama; y sorprendiendo
Al muslímico campo, parecia
Rayo de las venganzas del Eterno.

Las cordobesas numerosas haces,
Que cuando dejan el poder deshecho
De los cristianos, y detrás la muerte,
Y lagunas de sangre, y campos yermos,

Del alba á los escasos resplandores
Se ven acometer con tal denuedo:
Pásmanse, y en desórden se amontonan,
Dudosas del peligro y del remedio.

Con la codicia de guardar la presa,
Lo fragoso del áspero terreno,
Y la gran muchedumbre de cautivos,
Crecen la confusion y desaliento;

Miéntras el valeroso castellano,
La lanza en ristre y del broquel cubierto,
Acomete, destroza y atropella,
Cual onza entre los tímidos corderos.

Sólo un valiente Amir osa atrevido
Al héroe contrastar, y su denuedo
En duda pone un rato la victoria
Con fuerte diestra y con gallardo esfuerzo;

Mas derribado al fin, nada resiste
Al cristiano escuadron, aunque pequeño;
Pues derrama en el campo el exterminio
Que en miés tostada devorante el fuego.

Giafar ardiendo en rabia, intenta en vano
Sus huestes ordenar: con ronco acento
Llama á sus capitanes, y sus voces
Sólo acrecientan el confuso estruendo.

Corriendo á un lado y otro, donde quiera
Desaliento y terror ve, y vano ensueño
Le parece el combate, ó que fantasmas
Que la tierra abortó, son los guerreros.

En tanto los cautivos, que conocen
Al héroe triunfador, rompen los hierros,
Y con las armas que el furor les presta,
Cargan á los turbados sarracenos.

El numeroso ejército, que altivo,
Ufano, rico, vencedor, soberbio,
Cantaba alegres himnos de victoria,
Hollando ya en seguro el patrio suelo;

Despareció como las nubes densas,
Que están la esfera toda oscureciendo,
Se rompen, vuelan, se deshacen, huyen
Al repentino aparecer del cierzo.

Quién busca las fragosas espesuras
Por salvar el botin; cuál, como el viento,
Destrozando al caballo los ijares,
En cercano castillo busca puerto.

El que osa resistir, la muerte encuentra,
Que al fugitivo alcanza, y bajo el peso
Infame del tesoro, furibunda
Da al codicioso el merecido premio.

Giafar, que desplomarse ve su gloria,
Que para sostenerla sus esfuerzos
En vano son, y que tan corta hueste
Le roba tantos lauros y trofeos;

Corre furioso en contra del caudillo
Del cristiano escuadron, y de su pecho,
Encendido volcan, lanzan los ojos
Aterradores el terrible fuego.

Aún espera deber sólo á su brazo
Dulce venganza, cuando no remedio,
Y sostener su gloria por sí solo,
U honrada muerte conseguir al ménos;

Mas ¡ay! que la fortuna caprichosa
La espalda y rostro con desden le ha vuelto,
Y con la pica poderosa en ristre
Le espera el castellano caballero,

Que en tierra lo derriba, y lo abandona,
O por no conocerle, ó por desprecio.
Llama luégo á los suyos, y la turba
De rescatados con presura uniendo,

Vencedor se retira y orgulloso
Del campo de cadáveres cubierto:
De la fe y de Castilla restaurada
La gloria, y de venganza satisfecho.

De tal desastre á Cordoba la nueva
Llegó en las alas rápidas del viento,
Y de luto, dolor, llanto, amargura
Llenó, y de asombro el andaluz imperio.

Los enemigos de Giafar se alzaron
En contra suya sin tenerle miedo,
Se esforzaron sin fruto sus parciales,
Y fué de maldicion su nombre objeto.

La sultana Sabeya, madre altiva
De Hixcen, que siempre con disgusto y ceño
Miró á Giafar, gozóse en su infortunio,
Que lo precipitó del alto puesto;

Pues cuando enfermo, herido, despechado,
En sed de sangre y de venganza ardiendo,
Del poderoso ejército perdido
Con miserables y afrentados restos,

A Córdoba volvió; de Hagib el cargo,
De Hixcen la gracia y el amor del pueblo
Disfrutaba Almanzor, y hermosos dias
De justicia y saber amanecieron.

Giafar en vano desplegó sus artes,
Apeló al disimulo sin efecto,
Apénas encontró con partidarios,
Sin resultado usó de sus manejos;

Y en una torre suya, que entre bosques
Incultos dominaba un campo yermo
(Que hoy Campo-bajo llaman, y aún existen
De ella, en la altura, fulminados restos),

Se refugió, de su ambicion burlada
A consumirse en el insano fuego;
O más bien á trazar planes astutos
Para al mando y favor tornar de nuevo.

Muy pronto sus riquezas y su sangre,
Su antigua gloria y el influjo inmenso
De Ulemas, Alimanes y Alfaquíes,
Su fina astucia y religioso celo,

Le procuraron el segundo cargo
En honra y en poder, que era el gobierno
De la ciudad de Córdoba, reunido
Con la alcaidía del alcázar regio:

Y cuando á alguna expedicion guerrera,
O á correr las provincias del imperio
Se alejaba Almanzor, él de la corte
Tomaba el mando con poder supremo.

¡Epocas siempre de rigor y espanto!...
Al partir Almanzor quedaba el pueblo,
Que padre y gloria suya le aclamaba,
En silencioso afan y en desconsuelo;

Como al hundirse el sol en el ocaso,
Queda en el ancho mar el marinero,
Que ve en oriente el manto de la noche
De espesas nubes y borrascas lleno.

Tuvo hijos diferentes; mas gozarlos
Nunca le concedió sañudo el cielo,
Y en la tranquila cuna muerte airada
Cebó su diente destructor en ellos.

Kerima sola fué más venturosa
(Si es que quedar en este mundo es serlo)
Tal vez porque en su madre desdichada
Se embotó de Azrael el crudo hierro.

Giafar nunca olvidando su derrota,
Aunque ya de venganza satisfecho
Debiera estar y de inocente sangre,
Profesa á los cristianos odio eterno:

Cuantas veces tornaba al alto mando
Lo demostraba con atroces hechos,
Y era de los mozárabes (19) azote,
Horrorosas violencias ejerciendo.

De esta mísera estirpe honra, fortuna,
Libertad, vida, todo era el objeto
De la venganza audaz de tal contrario,
De su codicia, rabia y desenfreno.

Entre inocentes tantas que á la furia
Del terrible Giafar víctimas fueron,
Lo fué Gala infeliz, tierna doncella
A quien dió por su mal belleza el cielo.

Tranquilo y en oscura medianía,
Del fausto y pompa cortesana léjos,
El mozárabe Egidio disfrutaba
La edad madura en el hogar paterno.

De una antigua familia ilustre y goda
Era este anciano el vástago postrero:
Su esposa ya tambien de los sepulcros
La quietud disfrutaba y el silencio.

En prácticas cristianas embebido,
Y en educar con afanoso esmero
En la fe y la virtud á su hija Gala,
Hija que sólo concedióle el cielo;

Gozaba en paz de venturosos dias,
Solo con ella en retirado albergo,
De la filial ternura coronado,
Del corazon de Gala satisfecho;

Cuando al volver en una tarde aciaga
De un campo suyo, que el feliz sustento
Le tributaba con opimos frutos,
Producto de su afan y su desvelo;

Se halló desierta la tranquila estancia,
Los muebles derribados y deshechos,
Robado el ajüar, y ¡ay! sin la prenda,
De su amor fruto, de su edad consuelo.

¡Desdichado!... ¡Qué golpe!... Como loco
Giró por la ciudad; y conociendo
Cuál era su desastre, y que justicia
Sólo podia esperar del alto cielo,

Incendió su heredad y humilde casa,
Destruyó sus ganados y su apero,
Y desapareció de Andalucía,
De su infortunio y de sí mismo huyendo.

Giafar fué el forzador, Giafar tirano
Con tropa audaz de forajidos siervos,
Robó la hija del honrado Egidio,
Y á su palacio la arrastró violento.

En él ántes de un año hundióse Gala,
Dando á Kerima á luz, en sueño eterno;
Aterrada sin duda la infelice
De ver la sucesion de un monstruo horrendo.

De padre tan feroz muy diferente
Salió la tierna niña, en quien el cielo
A manos llenas derramó los dones
De belleza y virtud, gracia y talento.

Sus ojos eran encendidos soles,
Pero templados de pudor modesto,
Y sus negras pestañas daban sombra
A un rostro de jazmin y rosas hecho.

Nieve era su garganta, y alabastro
Los tiernos brazos y el sensible seno,
Gentil su talle, estrecha su cintura,
Breve la planta y torneado el cuerpo.

No la hermosa azucena más lozana
La blanca frente y el erguido cuello,
Reina de los jardines, alza en mayo,
De la risueña aurora á los destellos;

No más gentil orillas del arroyo,
Precursor de las flores, el almendro
Se mece ufano en tarde sosegada
De las auras de abril al blando aliento.

Mas á tanta beldad y gallardía
El candor, la inocencia y el ingenio
Ganan la palma en la gentil doncella,
Cautivando las almas y los pechos.

Su compasion benéfica merece
Despertar de Zahíra los recuerdos,
Y con ella encantado acaso olvida
Al feroz padre agradecido el pueblo.

Como ella nadie un almaizar tejía,
O de oro y sirgo recamaba un velo,
O una manga labraba, los matices
Del hermoso verjel oscureciendo.

Aunque Giafar fanático desprecia
Las artes y las ciencias, de aquel tiempo
La costumbre observando, dió á su hija
Del humano saber doctos maestros.

A encantar con su voz las leves auras,
Y á prorumpir en deliciosos versos
Del arpa melancólica al sonido,
La adiestró Obada, el sabio malagueño;

Y el insigne Aberróes, á quien grata
Abrió naturaleza sus secretos,
Comentador del sabio de Estagira (20),
Y cuya fama vive en claros ecos;

Le enseñó á conocer el mudo giro
De los lucientes astros, sus aspectos,
Sus influencias, su poder, las causas
Que alteran entre sí los elementos:

Las virtudes de plantas y de flores,
De metales, de piedras y de insectos;
Y á elaborar mil bálsamos preciosos,
De las miserias del mortal remedios.

Esta la ciencia fué que cautivara
La atencion de Kerima, y el deseo
De consolar la humanidad doliente
Hizo de ciencia tal todo su anhelo;

Logrando en ella tanta nombradía,
Y su docto saber tales efectos,
Que eran sus confecciones admiradas,
Y con afan buscados sus consejos.

Recorrer selvas, montes y verjeles
Salutíferas plantas recogiendo,
Era su ocupacion, y cultivarlas
En sus propios jardines, su recreo.

¡Ay! ¡Que las más hermosas y floridas,
Las que más necesitan de su esmero,
Sedientas en los vasos de alabastro,
Marchitas con el sol doblan el cuello!

Pues tres veces hiriólas desde oriente,
Y tres desde zenit con vivo fuego,
Y tres desde el ocaso, sin que logren
De la mano benéfica consuelo.

¿Cómo lo han de tener?... Su bienhechora,
La que les consagraba sus desvelos,
Las tiene ¡desdichadas! en olvido,
Víctima triste de cuidados nuevos.

¡Infelice! Tres dias retirada
Estuvo en su magnífico aposento,
Tres largos dias, que jamás son breves
Los que en dolor se pasan y en tormentos.

Kerima en vano el nombre de Mudarra
Negó á su labio con prudente esfuerzo,
Al contar los festejos de la boda,
Al referir los lances del torneo;

Pues las locuaces siervas que la asisten,
Y la vieja nodriza, repitiendo
Las voces que por Córdoba volaban,
Despedazaron su oprimido pecho.

Esta le ponderaba el entusiasmo
De que era el jóven triunfador objeto;
Aquella lamentaba que su orígen
Tal beldad malograse y tal denuedo;

Otra, informada de envidioso labio,
O de Giafar atenta á los preceptos,
Le retrataba con las negras sombras
De lástima, de afrenta y de desprecio.



La nodriza, con pláticas difusas,
Viejas historias y mohosos cuentos,
Todo lo que es antiguo ponderaba,
Y mezclando malicias y consejos,

Dijo: «Aún no estaba mi semblante arado,
Ni convertido en nieve mi cabello,
Pues fué poco despues que de los Laras
Las cabezas á Córdoba trajeron;

»Cuando recien nacido le encontraron
En los jardines de Almanzor expuesto:
De algun cautivo vil é infame esclava
Fruto infeliz, y maldicion del cielo.

»La princesa Zahira en su palacio,
Por caridad ó por capricho necio,
Le acogió... ¡Qué mujer!... Era muy linda,
Y compasiva, y generosa, es cierto;

»Pero tan rara... En fin, en protegerle
Cifró todo su afan, todo su empeño;
Y en vez de acostumbrarle desde niño
A ser humilde, y á servir cual siervo,

»Crióle con tal pompa y tal regalo,
Como si fuera un claro caballero;
Y hasta el momento de morir estuvo
De caricias colmándole y de obsequios.

»¡Locuras de mujer!... Y Zaide, Zaide,
Ese incrédulo altivo, satisfecho
De sus vanos saberes, del Mudarra
Ha sido el consultor, ayo y maestro.

»Con un principio tal, con tal doctrina,
¿Qué se puede esperar de ese mancebo?...
Yo extraño que Almanzor... pero ¿qué digo?
¿Qué se debe extrañar en estos tiempos?...

»¡Un expósito vil, de los donceles,
De la flor y esperanza del imperio
Ser capitan en tan famoso dia!...
En la mesa del rey tener asiento!...

»¡Con Kerima danzar el miserable!
¡En competencia entrar en el torneo
Con el noble Zeir, con el que aclama
Por su señor el tunecino pueblo!...»

Así decia, y una esclava jóven
La interrumpió con prontitud diciendo:
«Pero ganó la banda y la sortija,
Y con aplauso universal el premio.»

Repúsole la vieja: «Sí, fortuna,
Mera casualidad... Y ¡á digno objeto
Habrá la rica prenda dedicado!...
¡A alguna esclava de Almanzor su dueño!!!»

No pudo más Kerima; á todas ellas
Mandó callar con desabrido aspecto,
Y mostrando cansancio de escucharlas,
Que al punto despejasen su aposento.

Apénas sola, hondísimos gemidos
Lanzó el volcan de su abismado seno;
Cruzó su estancia con inciertos pasos;
Alzó los brazos y la faz al cielo.

Derribóse por fin, de fuerzas falta,
Sobre un rico almohadon, en gran silencio
Sus labios frios, é inclinó la frente,
Hinchado el corazon, los ojos secos.

De la anciana nodriza las palabras
Un mar de confusiones extendieron
Ante su vista de esperanzas dulces
El cuadro engañador oscureciendo.

Un expósito vil, dijo su padre,
Y un expósito vil es en efecto
El que su corazon ha sorprendido,
Para abrasarle en vergonzoso fuego.

Se afrenta de sí misma, y orgullosa,
Animada de su alto nacimiento,
Abomina el instante desdichado
En que pudo pararse en tal objeto.

Llora luégo, y llorando, en su alma herida
La ternura recobra el dulce imperio;
Pero al pensar que la preciosa banda
De una esclava tal vez adorna el cuello,

Arde en furor, y jura en altas voces
Odio al Huérfano vil, no ya desprecio,
Indignada de haber á tal persona
Humillado sus altos pensamientos.

Sí, tomó su partido, está resuelta;
Ya aborrece á Mudarra; por lo ménos
Lo imagina: triunfante se figura,
Mira su amor como un delirio necio;

Mas fatigada de vencer, oprime
Su corazon tan angustiado peso,
Que anhela respirar el aire puro
So la bóveda inmensa de los cielos.

Baja al verjel de su soberbio alcázar,
A buscar en las flores el consuelo,
Pensando, ¡simplecilla! que en las flores
Va á encontrar como siempre su recreo.

¡Ah! no lo encuentra en su jardin cercado,
Del que con dos esclavas y en silencio
Sale al campo, y se pierde en las florestas,
Que de Guadalquivir gozan el riego.

Entónces se le acuerda de repente,
Que oyó elogiar en el banquete regio
Las flores que en la tumba de Zahira
Daban su aroma delicioso al viento.

Verlas desea, y con ligera planta
Corre inocente en pos de su deseo,
Ignorando quién es de aquellas flores
El piadoso cultor y jardinero.

El sol al occidente descendia,
Y á su brillante luz formaba velo
Un celaje sutil de oro y violado,
Que templaba su ardor y sus reflejos:

Nubes de ardiente grana enriquecian
El ancho espacio, vaporoso á trechos,
Jazmin y azahares respiraba el aura,
Y entre las flores reposaba el viento.

Era una dulce y sosegada tarde
De las que en aquel clima y grato suelo
Naturaleza ostenta, y con que encanta
Las tiernas almas, los sensibles pechos.

De Arrizafa en los campos desiguales,
Donde hoy descuella un santo monasterio (21),
En un bosque de adelfas y naranjos,
Un corto espacio circundaba un seto;

Y allí un cuadrado mármol custodiaba
De la princesa los mortales restos.
Cuatro cipreses lúgubres en torno
Sus puntas elevaban por el viento:

Un lozano laurel le daba sombra,
Y en derredor brillaban, esparciendo
Su embalsamado aroma, lindas flores,
Que ni agostaba el sol, ni helaba el cierzo.

—Huella Kerima el lúgubre recinto,
Penetrada de asombro y de respeto:
Se acerca muda y palpitante al mármol,
Do logra la virtud tranquilo sueño.

Los ojos alza y con sorpresa mira,
Ondeando suave al hálito del viento,
Enlazada al laurel la roja banda,
Que Mudarra ganara en el torneo:

Y ve de ella pender el rico anillo,
Al que del sol los últimos reflejos
Daban, reverberando en los diamantes,
La apariencia de un mágico lucero.

¿Qué voz humana retratar pudiera
Lo que pasó en Kerima, en el momento
De ver en tal lugar aquella prenda,
Y desmentidos sus soñados celos?...

Dió un grito agudo, vaciló su planta,
Y en uno de los árboles funestos
Apoyó el brazo y la sudosa frente,
De lágrimas de amor los ojos llenos.

De lágrimas de amor, dulces, preciosas;
Lágrimas tiernas, que del grave peso
De haber dudado un punto de Mudarra,
Libran su corazon, de amores centro.

Olvidando el orígen de su amante,
Su propio orgullo y el furor paterno,
De la vieja nodriza las palabras,
Y cuanto existe entre la tierra y cielo;

Tan sólo ve á Mudarra ante sus ojos;
Derrítesele el alma de su pecho
En el volcan; Mudarra es su existencia,
En Mudarra se cifra su universo.

Mas no el rostro gentil y gallardía,
Ni el triunfo allá en la justa del mancebo,
Ni la pasion que descubrió en su frente,
Su mente exaltan en aquel momento.

Es más noble la llama en que se quema:
No es una chispa vil de tal incendio
La causa, no es centella voladora,
De oscura nube parto pasajero;

Es el sol puro, el sol es quien la abrasa,
Pues sólo tiene fijo el pensamiento
En la virtud insigne de su amante,
Que conserva á Zahira tal respeto.

«¡Feliz, feliz, en su entusiasmo exclama,
Quien logre ser de su ternura centro!...
Pues yo la conseguí, ni por un trono
La cederé: lo juro ante el Eterno.»

Dijo: ferviente amor brilla en sus ojos,
Púrpura tiñe su semblante bello,
Llama consoladora su alma enciende,
Su corazon palpita satisfecho.

Pero cual de repente nube parda,
Que sigue el curso rápido del viento,
Del sol ofusca la radiante lumbre,
La risueña pradera oscureciendo;

Así de pronto una confusa idea
Llena su mente de escondido miedo,
De sus ojos marchita el claro brillo,
Torna el ardor en palidez y en hielo.

—Ya el sol estaba en los remotos mares;
Del crepúsculo escaso los reflejos
Y una ligera niebla confundian
De aquella muda escena los objetos;

Y la hermosa Kerima, yerta, inmoble,
Cubierta del cendal de un blanco velo,
El alma de Zahira asemejaba
Tornando á unirse á sus mortales restos.

Quedó suspensa un rato, y de repente
Volviendo en sí, desata de su cuello
Una sarta de perlas, cuyo broche
Tiene su nombre en filigrana puesto;

Y sin saber lo mismo que ejecuta,
Arrebatada de un poder secreto,
La entreteje en la banda, y se retira
Del fúnebre lugar con pié ligero.

Júntase á sus esclavas, que esperando
La están con impaciencia á corto trecho,
Y al débil rayo de naciente luna
Retírase á su alcázar en silencio.

De flecha un tiro apénas estaria,
Cuando Mudarra por camino opuesto
Llegó al sepulcro, pálido, turbado,
Marchito el rostro, el alma sin aliento.

Un bulto blanco cerca de la tumba
Ha visto entre los troncos desde léjos:
No le ha engañado, no, la fantasía;
Y á nadie encuentra á su llegada... «Cielos,

»¿Era la sombra de Zahira, exclama,
Que de estas flores que sembró mi esmero,
Viene á gozar?... Amada sombra, vuelve,
Mis lágrimas acoge y mi respeto.

»¡Ay!... huyó... ¿disipóse al acercarme?...
¿Y qué otra cosa, ¡mísero! merezco,
Yo, que casi en olvido su memoria
Por una pasion loca ingrato tengo?

»Sí, de un delirio en pos, que en mi alma débil
Reina, aunque á mi pesar, me arrojo ciego;
Y de saber la obligacion sagrada,
Que á otra region me está llamando, tiemblo.»

Enmudeció su labio, y en la yerba
Sentóse, faltos de vigor sus miembros,
Y lanzando suspiros y sollozos,
Que reprodujo en voz sumisa el eco.

¡Oh Mudarra infeliz!... tres largos dias
Privado ha estado de los ojos bellos
De su ídolo Kerima, y esta ausencia
Ha acrecentado el amoroso incendio.

El pensar que el destino inexorable
Le llama misterioso hácia otro suelo,
Do no estará Kerima, sumergióle
En el mar borrascoso del despecho.

¡Ah!... de Guadalquivir nunca alejarse,
Ni jamás indagar el gran secreto,
Casi ha jurado... y hora en aquel sitio...
¡Qué horroroso contraste está sufriendo!

Así al tierno laurel en la montaña,
En noche oscura de sañudo invierno,
Combaten con furor por todos lados
Lluvias, granizos, terremoto y vientos.

Desahoga al fin su corazon mezquino
Derramando sus ojos lloro acerbo;
Poco á poco las auras de la noche
Nueva vida le dan y refrigerio,

Y ya la luna en el zenit brillaba,
Bajel de plata, que en el mar inmenso
Del espacio navega; cuando el jóven
Se alzó, con su afliccion treguas haciendo.

Dirigióse á un arroyo cristalino,
Que sobre guijas cándidas no léjos
Serpenteaba con murmurio manso,
Entre adelfas y frágiles helechos;

Y robando al raudal pequeña parte,
Tornó á las flores que sembró su anhelo,
Y con la actividad cobrando fuerzas,
Les dió socorro de abundante riego.

Despues registra la preciosa banda,
Por ver si ultraje recibió del viento;
Y al apretar las ramas con los lazos,
Hiere sus ojos un extraño objeto.

Halla el collar de perlas; se sorprende,
Aunque pronto le dice el pensamiento,
Que será á la memoria de Zahira
Un don de gratitud y de respeto.

No es la primera vez, no, que sus ojos
Han visto aquel collar: reconocerlo
Quiere, lo alcanza, atento lo examina,
Ve caracteres en el broche puestos;

Va cuidoso á leer, cuando sus luces
Robó á la luna nubarron espeso,
Y en la sombra no puede distinguirse
Escrito en filigrana aquel letrero.

Vuela por fin la inoportuna nube,
Torna la luna á esclarecer el cielo,
Y el nombre de KERIMA lee Mudarra,
Y otra vez y otra vez torna á leerlo.

El corazon le late sorprendido,
De agitacion inexplicable lleno,
Apénas se sostiene, tiembla todo,
Y queda en un estúpido silencio.

Mas pronto recobrándose, «¿Qué, exclama,
Kerima ha estado aquí?... Kerima!... Cierto,
Ella fué la que ví junto á esta tumba...
¿Por qué tardé en llegar tan largo tiempo?...»

Inclínase en la yerba venturosa
Las huellas á buscar de los piés bellos,
Y donde se estamparon, le demuestra
Recientemente ajada trecho á trecho.

Enajenado bésala mil veces,
Y el collar apretando contra el seno,
Se alza, y, «¡Oh prenda, oh cara prenda! dice,
Que has enlazado aquel divino cuello,

»Signo de esclavitud, enlaza el mio,
Formando nudo que jamás romperlo
Pueda el ciego Destino, ni la ausencia,
Ni los rigores del airado tiempo.»

Y de un amor frenético embriagado,
Va á ponerse el collar, cuando violento
Agitó un soplo raudo y repentino
Las cimas de los árboles funestos;

Y un cárabo, que acaso entre los ramos
Anidaba, gritó y extendió el vuelo.
El súbito rumor heló á Mudarra,
Su accion apasionada suspendiendo.

Recuerda que en la tumba de Zahira
Tiene en un loco amor el pensamiento;
Que va á robar un don, un don precioso,
Que la virtud á la virtud ha hecho;

Y que una prenda pura sin mancilla,
Que la inocencia consagró al respeto
Debido de Zahira á la memoria,
Prenda la quiere hacer de amor siniestro.

De terror se estremece, se le erizan
En la ardorosa frente los cabellos,
Y la imaginacion acalorada
Le presenta en reedor torvos espectros.

Sobre la losa helada del sepulcro
Deja el collar precioso, y huye léjos
Del sitio aquel, que profanado juzga,
De aquel sitio, do siempre halló consuelo.

—¡Oh Mudarra! ¡oh Kerima!... desdichados!
¿Qué extraño instinto habita en vuestros pechos,
Que os descubre fantasmas espantosos
Al esplendor del amoroso incendio?

Parece que la voz del otro mundo
Os está inexorable repitiendo:
Que un mar de sangre entre vosotros brama,
Que se alza un muro de insepultos huesos.

Mas ¿qué pueden presagios y terrores,
De la razon que alcanzan los esfuerzos,
Los mayores obstáculos que sirven
Contra el Amor, que es rey del universo?

¡Ay! Kerima despues de aquella tarde
Solamente dirige sus paseos
De Zahira á la tumba, y nunca en ella
Pasó más largas horas el mancebo.

En aquel sitio pronto se encontraron,
Y allí la turbacion, allí el respeto,
Que en almas puras, jóvenes, sencillas
Caracterizan el amor sincero;

Ambas lenguas ataron, á ambos rostros
Ya de clavel, de gualda ya vistieron,
Hasta que por los ojos y los labios
Brotó de la pasion ardiente el fuego.

Brotó por fin, y con palabras tiernas,
Que aquellas flores con asombro oyeron,
Se declararon sus sencillas almas
La mutua llama en que se ven ardiendo;

Y con lágrimas dulces se juraron,
A pesar del Destino, amor eterno;
Y el sepulcro fué altar de los amores,
Pronunciando sobre él su juramento.

Era en aquella edad Córdoba insigne
De los placeres y riquezas centro,
Y en la alta cumbre de esplendor y gloria
Resplandecia el musulman imperio.

Las artes, el saber y la opulencia
De la hermosa ciudad su trono hicieron,
A la par que el valor y la fortuna
La adornaban de triunfos y trofeos.

Los festines, las zambras, los banquetes,
Las justas, y los bailes, y torneos
Contínuos eran; y los dos amantes
Sólo llamaban la atencion en ellos.

La corte, el pueblo, todos celebraban
Tan intensa pasion, y satisfecho
El Hagib Almanzor los protegia,
Y tal vez proyectaba su himeneo.

Zeir, señor de Túnez, que á la corte,
Llamado por Giafar, trajo el intento
De conquistar las gracias de Kerima,
Arde feroz en ponzoñosos celos.

Giafar el furibundo, que reputa
Por negra afrenta, que el Hagib soberbio
Ose pensar que pueda de Kerima
El Expósito vil llamarse dueño;

Y que ve en la pasion de la doncella
Un atroz crímen á su sangre hecho,
Y obstáculo tambien al alto enlace
En que fundaba osados pensamientos;



Devorado de rabia se consume,
Y allá en su corazon, horrible infierno,
De sangre, de venganza, de exterminio
Revuelve sin cesar varios proyectos.

Mas teme, como astuto cortesano
El poder del Hagib, y reprimiendo
Su terrible rencor, traza y combina
Para salir del laberinto, medio.

No hostiga á la doncella desdichada,
Busca para Zeir vanos pretextos,
Tranquilidad ostenta en el semblante,
Y madura sus planes en silencio.

Zaide tan sólo ignora los amores
Del gallardo garzon: del mundo léjos
Vive siempre en la Albaida retirado,
Y allí no llega el cortesano estruendo.

Advierte, sí, que reina gran trastorno
Y gran agitacion en el mancebo;
Y aunque prudente nada le pregunta,
Cauto le observa con afan paterno.

Frecuentes, como siempre, las visitas
Son de Mudarra á su castillo; pero
Ya inquietas, cortas, mudas y turbadas,
Pues del ayo á los ojos tiene miedo.

Ya no pasa las noches apacibles
Por aquellos contornos, persiguiendo
Al resplandor tranquilo de la luna
Con sus lebreles al gallardo ciervo:

Ya no admira las flores que retoñan
De aquel castillo en el jardin y el huerto,
Ni sentado en la alberca, de los peces
El matiz argentado y los destellos:

Ya apénas nombra el jóven á Zahira,
Ya no importuna á Zaide, cual de hacerlo
Nunca hasta entónces descuidó, buscando
Luz en las sombras con que se halla envuelto.

Y si el anciano sus discursos mueve
A tan importantísimo argumento,
Indicándole acaso que se acerca
El olvidado fin de sus anhelos;

Mudarra tiembla y palidece, dando
Al penoso discurso un giro nuevo,
O bien para dejar la Albaida busca,
Y á Córdoba tornar, vanos pretextos.

Síntomas que conoce y que lamenta
Allá en su corazon el docto viejo,
Y muertas teme ya las esperanzas,
Fin honrado de todos sus desvelos.

Ya el otoño espiraba, y rebramando
Arrebataba el aquilon violento
Las hojas de los árboles, con ellas
De parda alfombra entapizando el suelo;

Cuando turbó las fiestas de la corte
De la africana costa un mensajero,
Que vino á demandar presto socorro
Para aquellas provincias del imperio.

Un impostor sagaz nuevas doctrinas
Predicó en ellas con feliz suceso:
Los incautos que fueron á escucharle,
Fanáticos audaces se volvieron;

Y cuando vió el hipócrita la turba
Inflamada y sumisa á sus acentos,
Alzó de rebelion el estandarte,
De escondida ambicion tronando el fuego.

Tal vez seria miserable aborto,
O principio infeliz de los proyectos
Por que Giafar el pérfido ajustara
De Kerima y Zeir el himeneo.

—Almanzor, que seguro de su gloria,
De su saber y de su heróico esfuerzo,
Conoce que es bastante su presencia
Para apagar el peligroso incendio;

Dispone su partida sin tardanza,
Y prepara bajeles y guerreros,
Que con él de las playas de Tarifa
Lleven quietud al africano suelo.

Del augusto Monarca se despide,
Con la Sultana madre sus secretos
Planes combina, instruye á sus amigos,
Con ricos dones se asegura el pueblo;

Y al tiempo de partir, aunque á disgusto
Dando á Giafar las riendas del gobierno,
Con amarga sonrisa le promete
Pronto librarle de tan grave peso.

Tambien abraza al Huérfano, y aparte
Le dice acariciándole risueño:
«¿Qué?... ¿No me pides el venir conmigo,
Como otras veces con fervor has hecho?

»Cuando apénas la lanza sostenias,
Ni avasallabas el corcel soberbio,
Quisiste acompañarme á la frontera,
Y un Tarif te juzgabas en esfuerzo;

»Y ahora que en la destreza y lozanía
Eres de nuestros jóvenes modelo...
Mas olvido que te hallas encantado,
Y de un círculo mágico en el centro.»

Del generoso jóven las mejillas
Con ruborosa grana se encendieron,
Y una lágrima pronta á derramarse
Aumentó el brillo de sus ojos negros.

Siente el Hagib el verle tan turbado,
Y de sus burlas el penoso efecto,
Y le dice amoroso: «Sé que anhelas
A tu patria servir, lidiar cual bueno.

»Esta empresa, que al Africa me llama,
Exigirá más que valor, consejo,
Y en Alá espero, que mi corvo alfanje
No brillará desnudo ni un momento.

»Otras empresas de valor y gloria
Pronto me ocurrirán; y tú el primero
A mi lado vendrás, donde tu brio
Tu frente adorne de laurel eterno;

»Y cuando ufano y victorioso tornes,
Recibirás por merecido premio
La mano que eligiere tu cariño,
Aunque alta sea; yo te lo prometo.

»Quédate pues, y rinde á la hermosura
El homenaje que envidioso apruebo,
Porque sé que de amor la ardiente fragua
Da el mejor temple á un corazon guerrero.

»Pero entre tanto que mi ausencia dura,
Retirarte á la Albaida te aconsejo,
Donde con Zaide vivirás seguro
Del oculto furor de los perversos.»—

El corazon palpita de Mudarra,
La perspectiva hermosa recorriendo
Que las palabras de Almanzor ofrecen
A sus enamorados pensamientos;

Y de su bienhechor la mano besa.
A abrazarle el Hagib torna de nuevo,
Y ocupando el arzon deja el alcázar
De taciturna muchedumbre en medio;

De Córdoba saliendo acompañado
Con seis ancianos jeques, cuyo esfuerzo,
Experiencia y lealtad aseguraban
De todas sus empresas el acierto.

Dejó Mudarra á Córdoba, obediente
De su alto protector á los deseos;
Aunque siente salir de las murallas
Donde respira su adorado dueño.

En el castillo de la Albaida Zaide
Le recibió con paternal afecto,
Bien que notó en su frente oscurecida,
Que deja la ciudad con desconsuelo.

Entre la Albaida y Córdoba pequeña
Distancia corre, y se dilata en medio
Un apacible llano, donde hoy pastan
Vacas hermosas, cándidos corderos.

De las altas almenas del castillo
La ciudad se descubre, del risueño
Guadalquivir en la feraz ribera,
Gigantes torres elevando al viento.

Oyense rimbombar los sacros bronces,
Que en la que fué mezquita, y hoy es templo,
Han reemplazado con mejor destino
Del árabe Almuheden el ministerio;

Y desde la ciudad se ve la Albaida (22)
Entre encinas y olivos verdinegros,
Al pié de la alta sierra, coronando
Un pardo risco entre apacibles huertos.

Este espacio tan corto y agradable
El jóven lo reputa por inmenso,
Pues el que le divide de su amada,
Jamás el amador lo halla pequeño.

¡Ay, cuánto más terrible lo juzgara,
Si penetrase el triste los decretos
Del Destino inmutable!... Por fortuna
No alcanza tanto del amor el vuelo.

Ver espera á Kerima cada tarde
(Y esta esperanza es todo su consuelo)
De Zahira en la tumba, y en los bosques,
A do siempre dirige sus paseos.

El bárbaro Giafar que en las revueltas
De la costa africana sus proyectos
De ambicion insaciable funda altivo,
Y tal vez el trastorno del imperio;

Y que del Almanzor la alta fortuna,
El saber, la influencia y los esfuerzos
Espera que naufraguen en la empresa,
A que partió con tanto menosprecio;

Juzga en su mano para siempre firmes
El alto mando y el poder supremo,
Y en pos de gigantescas esperanzas
Por abismos sin fin se arroja ciego.

¡Ah! ¡que si eran falaces las del jóven,
Las del anciano audaz no lo son ménos!
Pues si no sabe amor lo que está escrito,
Tampoco la ambicion logra saberlo.

Trazan los hombres sus diversos planes,
Juzgando realidades sus deseos;
Y en tanto de su necia confianza
Inexorables búrlanse los cielos.

Nunca juzgó Giafar más necesario
De Kerima y Zeir el himeneo,
Para llegar al fin de sus afanes;
Y á todo trance se resuelve á hacerlo.

La ausencia de Almanzor, que juzga eterna,
Libra su corazon de todo miedo;
Y es ya su voluntad raudo torrente,
Que mira roto el malecon opuesto.

¿Quién podrá resistirle?... Ama á su hija
(Que ama el tigre tambien á sus hijuelos),
Mas la ambicion sacrificarla exige,
Y cede á la ambicion todo otro afecto.

«Hágase al punto la precisa boda;
Hágase al punto sin pararse en medios;
Todo obstáculo ceda.» Dice, y vase
A buscar á Kerima luego luego.

—En su estrado magnífico, que adornan
Alfombras del oriente, por asiento
Un almohadon de seda de Damasco,
De blanda pluma tingitana lleno;

Bordando con aljófar y con sirgo
Una manga de verde terciopelo,
Halla el tirano padre á la hija hermosa,
Sola con sus amantes pensamientos;

Y ajustando á su rígido semblante
La máscara falaz de un dulce afecto,
Le declaró templado sus ideas,
Aunque con tono de quien va resuelto.

Tembló Kerima, y pálida escuchóle,
Muda y sin respirar por un momento;
Mas pronto un mar de lloro derramando,
Apuró excusas, y apeló á los ruegos.

Giafar, inexorable á sus gemidos,
A sus tiernas caricias y lamentos,
Que un peñasco de bronce conmovieran,
Se alzó impaciente, y respirando fuego:

«Basta, gritóle; obedecer te cumple;
Ni lágrimas ni súplicas tolero:
Tu suerte fija está... Sólo seis dias,
Para que te prepares, te concedo.»

De su alcázar la bárbara opulencia,
La pompa, la riqueza y el respeto
De que se halló Kerima circundada
Desde que vió en la cuna el sol primero;

El encontrarse desde niña tierna
Sola, sin madre, y absoluto dueño
De sí, de su palacio, de sus siervas,
Y todo siempre á su querer sujeto;

El poder de su padre, la alta estirpe,
La beldad, el saber, el claro ingenio,
La adulacion continua y los aplausos,
Su cándida virtud no corrompieron;

Pero aumentaron el teson constante
De la firmeza, dote de su pecho,
Carácter que exaltaba nuevamente
De contrariado amor el noble esfuerzo.

Carácter, que cobrando su energía
Del fiero padre al despiadado aspecto,
Y al escuchar el bárbaro mandato,
Y el fijo plazo á sus desdichas puesto;

Hizo á Kerima contener el lloro,
Alzarse repentina, y con acento
De alta resolucion, solemnemente
Jurar desobediencia á tal precepto.

A su turno turbóse el fiero padre,
Guardó un instante sepulcral silencio,
Al puñal vengador llevó la mano,
Temblando de furor todos sus miembros;

Y dando pronto la expresion siniestra
De amarga risa á su semblante horrendo,
«Seis dias... nada más... Tiembla, infelice;
Y tiemble de tu amor el vil objeto.»

Clamó, volvió la espalda, y ausentóse,
Y la puerta cerró con tal denuedo,
Que del vasto edificio retumbaron
Los artesones de dorado cedro.

En prision se trasforma aquella estancia,
Do tiene sola la nodriza acceso;
Vigilan á la entrada seis esclavos,
Y custodian la puerta cien guerreros.

El venturoso Expósito entre tanto
En vivas ansias del amor ardiendo,
Cada tarde al sepulcro de Zahira
Acude en busca de su amado dueño;

Encuentra siempre el fúnebre recinto
Solo: sin fruto espera largo tiempo,
Y en vano corre las vecinas selvas,
Pues lo halla todo á su anhelar desierto.

Penetrar osa al cabo la muralla
De la insigne ciudad, y al fin envuelto
Con su albornoz, se acerca recatado
Al alcázar, prision de su embeleso.

Al través de las verjas los jardines
Observa y reconoce sin efecto:
Los ojos alza á torres y azoteas,
Y no ve indicio alguno de consuelo.

Pasó tres dias en tan triste ausencia
En larga noche de dolor envuelto;
Y el cuarto hácia la tumba de Zahira,
Aun á esperar, el paso dirigiendo;

Se le acercó turbado y misterioso,
Con arco y flechas, un esclavo negro,
A quien de plata una bruñida argolla
Cercaba en torno el atezado cuello,

Y con sumisa voz, «en cuanto brillen
Del manto de la noche los luceros,
Solo, en la fuente del Amir espera:
Tendrá allí tu afanar cumplido premio.»

Dijo, y sin esperar respuesta alguna
Tornó la espalda, y en el bosque espeso,
Como el que de ser visto se recela,
Entró, y los troncos le ocultaron luégo.

Quedó Mudarra sorprendido, mudo,
Sin saber qué pensar de tal encuentro,
Aunque no duda que es de su Kerima,
Fiel servidor y reverente siervo.

«Sí, conozco á este moro: es un esclavo
De Giafar, y diestrísimo flechero;
Pero es la primer vez que en mis amores
Sirve de confidente el arduo empleo.

«Y Kerima... ¿á tal hora?... ¿en aquel sitio
Inculto y apartado?... mas ¿qué temo?....
¿Quién sabe los peligros que la cercan?
¿Quién los rigores de su padre fiero?»

Así dice; y ocupa su alma toda
El solo delicioso pensamiento
De que va á ver á su gentil Kerima,
Aunque oculta inquietud le agita el seno.

Se emboza en su albornoz, y por el llano
Que la Albaida domina, á paso lento
Vaga, y espera la anhelada noche,
Que nunca tanto retardara el vuelo.

Afanoso miraba al sol ardiente
Descender al ocaso, apareciendo
Disco de sangre entre las nubes rotas,
Que iba esmaltando con matiz diverso;

Y cuando ya pasado el horizonte,
Dejaba sólo al vaporoso cielo
Varios leves celajes de oro y grana
Y una lista no más de vivo fuego;

Cercano mira el jóven el instante
Que esperaba con tal desasosiego,
Y al indicado sitio alarga el paso,
Miéntras se iba el crepúsculo extinguiendo.

Poco más de mil pasos de la Albaida,
Hácia poniente, entre árboles espesos,
Una rambla de arena se conserva,
Madre de claro arroyo en otro tiempo.

Un solitario risco la corona,
De pardo musgo entapizado á trechos,
En torno hay hondas quiebras y barrancos,
Desnudas peñas y frondosos fresnos.

Allí la fuente del Amir estaba
(Hoy es un sitio temeroso y seco);
Y allí llegó Mudarra, cuando el dia
Retiraba sus últimos reflejos.

La perspectiva hermosa que se ofrece
A la curiosa vista en aquel puesto,
Girando mudo en derredor los ojos,
Parado el jóven contempló un momento.

Ve al frente la ciudad majestuosa,
Que sobre el fondo del oscuro cielo
Aún más oscuras sus excelsas torres
Dibuja, y sus alcázares soberbios.

Vió á su diestra de Zahara los jardines,
Los pórticos, palacios y liceos;
Y hoy un desnudo llano sólo viera,
Pues hasta las ruinas perecieron (23).

Ve á la siniestra la tranquila Albaida,
Que pudiera llamar su hogar paterno,
Y á la espalda la sierra que se encumbra,
De poniente á levante, al firmamento.

Pronto las sombras tan soberbia escena
Delante de su vista confundieron,
Y junto al tronco de acopada encina,
Sobre la yerba se asentó el mancebo.

Aun de la gran ciudad á sus oídos
Llega el ronco bullicio de gran pueblo,
Y desde Zahara por el viento cunde
Són confuso de suaves instrumentos.

Una luz relucir mira en la Albaida,
La que alumbra de Zaide el aposento;
Y oyó en el llano pastoriles voces,
Fieles ladridos y balar corderos.

Era una noche de la fin de otoño:
La luna se elevaba á paso lento,
Pero oculta entre espesos nubarrones,
Rotos por partes, y por partes densos.

El reposo del orbe se aumentaba
Turbando sólo el general silencio
De las áridas hojas el murmurio,
O de nocturnos pájaros el vuelo.

Recostado en el tronco de la encina,
Agitado de varios pensamientos,
Y áun de terror oculto poseido,
Pasó el jóven Mudarra largo tiempo;

Cuando el veloz galope de un caballo,
Que se paró de pronto, oyó á lo léjos:
Despues moverse jaras y malezas,
Cual si álguien se acercara hácia aquel puesto;

Y pasos, y... Mas cesa de repente
Todo rumor, y el estridor violento
Le sucede de un arco sacudido
Y de flecha veloz el silbo horrendo,

De una flecha, que rauda resbalando
Por el turbante de Mudarra, el hierro
Clavó en el tronco á que la espalda apoya,
Toscas cortezas derribando al suelo.

Álzase el jóven sorprendido, helado:
Grita: «¡traicion!» y le responde el eco.
El albornoz á la siniestra envuelve,
Y con la diestra desnudó el acero;

Y oye cerca á una voz áspera, airada:
«¿Es esta tu destreza?... toma el premio:
»No errarás otro golpe... te lo juro...
»Yo solo basto... Muere, infame negro.»

Un ay profundo, y el pesado golpe
Sonó en seguida de quien cae al suelo,
Y un bulto blanco ante Mudarra sale,
Y de un desnudo alfanje el centelleo.

«¡Asesino!... ¡asesino!» el jóven grita,
Y al fantasma se arroja con denuedo,
Pues fantasma parece su enemigo,
De pié á cabeza en un barnuz envuelto.

Trábase horrenda lid: sólo retumba
De ambas cuchillas el sonoro encuentro:
El incógnito pone gran cuidado
En encubrirse y en guardar silencio.

Fuerte en las armas es, y ágil pelea
Con ira tal y con furor tan ciego,
Que más que defenderse, herir procura,
Y tiene al jóven en terrible aprieto.

Mas este que ocupado en su defensa,
Ve que reputacion pierde y terreno,
Pára con la siniestra un tajo, y pone
La aguda punta del contrario al pecho:

Del contrario tenaz, que furibundo
Se arroja sin pensar sobre el acero,
De negra sangre cálido torrente
Del traspasado corazon vertiendo.

Súbito el hierro matador retira
Asustado Mudarra: hondo silencio
Reinó un instante: un hórrido alarido
Lanzó el feroz fantasma, y cayó muerto.

El jóven retrocede horrorizado;
Mas su noble valor recobra luégo,
Y quiere conocer al enemigo
Que en tal peligro y trance tal le ha puesto.

Se acerca palpitante, desenvuelve
El rostro que el barnuz tiene aún cubierto,
Y á un rayo de la luna que resbala
Por rotas nubes, reconoce... ¡oh cielos!

Al cruel Giafar, al padre de Kerima,
Al primer personaje del imperio.
No sabe dónde está, torna á mirarle;
De su cabeza erízase el cabello;

Queda cual jóven escolar de un mago,
Que ignorante en los libros del maestro,
Halla un conjuro, y sin pensarlo evoca
Sombra infernal ó aterrador espectro.

Álzase de repente, y á la Albaida
Huye veloz, como cobarde ciervo,
Que estando descuidado en el arroyo,
Ve aparecer al tigre carnicero.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(18) *Aliman*, prefecto de la oracion en la mezquita.—*Alfaquí*, doctor de la ley.

(19) Llamáronse *mozárabes* los cristianos que quedaron conservando su industria, propiedades y religion en las provincias de España invadidas por los árabes, sometiéndose á su gobierno. Los que permanecieron así en Toledo, fueron los que alcanzaron mayores privilegios y proteccion, pues consiguieron seis iglesias, donde se celebraban los divinos oficios, y se administraban los Sacramentos, con la misa y el rezo ordenados por San Ildefonso. Esto prueba que no eran aquellos dominadores muy intolerantes. Aún hoy se conserva en la catedral de Toledo una capilla dicha mozárabe, donde se sigue aquel antiguo rito.

La palabra *mozárabe* es corrupcion de *mixtiárabe*, y segun otros, de *mustárabe*, voz arábiga que significa vivir con árabes. Véanse Aldrete, en sus *Antigüedades de España*, el *Chronicon* de Genebrardo, Mondéjar y otros autores.

(20) *Aberroes*, filósofo y médico cordobés, célebre por su obra de medicina titulada *El Colliget*, y por sus comentos á Aristóteles y á Platon, floreció casi siglo y medio despues de Almanzor. Pero si Rafael de Urbino le colocó entre los antiguos filósofos en su gran cuadro de la *Escuela de Atenas*, bien puede disimularse al poeta el anacronismo de hacerle maestro de la hija de Giafar, por el gusto de mencionar á este esclarecido paisano suyo.

(21) El convento de la Arrizafa está poco más de un cuarto de legua al NO. de Córdoba, casi á la falda de la sierra, en un sitio apacible y ameno. Por allí debian de tener los moros un cementerio, como lo demuestran varias losas halladas en aquel lugar con un turbante esculpido.

Conde, traduciendo los manuscritos árabes, dice: «Este año (756) mandó Abderrahman labrar la Rusafa, construyó y »renovó la Calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenia »maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma, que era entónces única, y de ella procedieron todas las que hay »en España. Cuéntase que desde la torre solia contemplar aquella palma el rey Abderrahman; la cual acrecentaba más »que templaba su melancolía, por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos »versos suyos *de la palma*, que andan en boca de todos.

«Tú tambien, insigne palma,
»Eres aquí forastera,
»De Algarbe las dulces auras
»Tu pompa halagan y besan:
»En fecundo suelo arraigas,
»Y al cielo tu cima elevas:
»Tristes lágrimas lloraras,
»Si cual yo sentir pudieras.
»Tú no sientes contratiempos,
»Como yo, de suerte aviesa:
»A mí de pena y dolor
»Continuas lluvias me anegan.

»Con mis lágrimas regué
»Las palmas que el Forat riega,
»Pero las palmas y el rio
»Se olvidaron de mis penas,
»Cuando mis infaustos hados
»Y de Alabás la fiereza
»Me forzaron á dejar
»Del alma las dulces prendas.
»A tí de mi patria amada
»Ningun recuerdo te queda;
»Pero yo triste no puedo
»Dejar de llorar por ella.»

(22) Aún se llama *Castillo de Albaida* una casa de campo fundada sobre antiguas ruinas, situada segun se describe en este pasaje del poema, y perteneciente á los condes de Hornachuelos.

(23) Parece increible que no existan ya ni vestigios de la ciudad de Zahara. Veamos lo que de ella dicen los manuscritos árabes traducidos por Conde. «El rey Abderrahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un »apacible sitio á cinco millas de Córdoba, Guadalquivir abajo; y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas »y espeso bosque mandó edificar allí un alcázar, con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos; »y lo que ántes habia sido una casa de campo, se trasformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcázar, obra »grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y trescientas columnas de preciosos mármoles, todas de »maravillosa labor. Entraban cada dia en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería, que eran infinitas. »Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos »cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pinta»dos de oro y azul con elegantes ataujías y enlazadas labores: sus vigas, trabes y artesonados de madera de alerce de »prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina en »pilas, conchas y tazones de mármol de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del Califa, habia »una fuente de jaspe, que tenia un cisne de oro en medio, de maravillosa labor, que se habia trabajado en Constantina, »y sobre la fuente del cisne pendia del techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el emperador griego. Conti»guos al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales y bosquecillos partidos de laureles, »mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el »cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, estaba el pabe»llon del rey, donde descansaba cuando venia de caza. Estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos »capiteles dorados. Cuentan que en medio del pabellon habia una grande concha de pórfido, llena de azogue vivo que »fluia y refluia artificiosamente, como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que des»lumbraba. Tenia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura. Las alcatifas, »cortinas y velos, tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales, eran de maravillosa labor, que parecian »vivas y naturales á los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias »del mundo, que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahrâ, del nombre de una hermosa es»clava del rey, á la cual amaba y distinguia entre todas las otras de su haren. Edificó en Medina Azahrâ una mezquita, »que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la Zeca, ó casa de »moneda, y otros grandes edificios para estancias de sus guardias y caballería. Acabóse la obra principal el año 325; y »dice Xaquiqui, que costó sumas inmensas, etc., etc.»

Por muy exagerada que se suponga esta descripcion, no parece que pueda revocarse en duda la existencia de la ciudad llamada Medina Azahrâ, ni es fácil explicar cómo ha desaparecido tan completamente. El sitio que ocupó, es hoy una dehesa entre los llanos de la Albaida y los de las cuevas, en la que no se descubren ruinas, ni cimientos, ni vestigio alguno, y que sólo tiene una cerca moderna con establos para la cría de potros. El recinto lleva el nombre de *Córdoba la vieja*.



ROMANCE TERCERO

«Valiente eres, capitan,
Y cortés como valiente:
Con tu espada y con tu trato
Me has cautivado dos veces.»
Góngora.

Inquieto Zaide está: vió en occidente
Hundirse el sol, y descoger su manto
La oscura noche, y vió sobre las nubes
La luna alzarse en su argentino carro;

Y aún no parece el Huérfano querido
En el tranquilo hogar. Ya el cuerdo anciano
De sus amores penetró el secreto,
Y le da su tardanza sobresalto.

Una vez y otra vez desde la torre
La vista tiende á los vecinos campos:
Sube á su estancia, baja á los jardines,
Por Mudarra pregunta á sus esclavos.

Al fin sale á esperarle á la plazuela,
Do salta un surtidor, y cuyos arcos
Arreboleras, hiedras y jazmines
Visten entretejidos y encañados.

La noche avanza, su inquietud se aumenta,
No parece el garzon, quiere buscarlo;
Y desciende á los bosques convecinos,
Y entre los rudos troncos gira un rato;

Cuando oye por la senda, que á la fuente
Del Amir va, los presurosos pasos
De alguno que á la Albaida se encamina
Sobre la muerta pompa del verano;

Y luégo ve acercarse de carrera
Un bulto que el rumor viene causando.
Pronto le reconoce... sí... Mudarra!
Ya le recibe mudo en su regazo.

Mas ¡en qué situacion llega el mancebo!
¡Oh santo Dios, en qué terrible estado!
Pálido, alienta apena, en torno gira
Los ojos, que terror pintan y espanto;

Desceñido el turbante al viento ondea,
Desnudo el hierro muéstrase en su mano;
Y hierro, y mano, y manga es negra sangre,
Y sus miembros temblor, nieve su tacto.

Todo al punto lo advierte Zaide, y todo
Le está de horror el corazon ahogando:
Cuájasele la sangre, y confundido,
Prorumpe así con balbuciente labio:

«¡Oh Mudarra!...¿qué es esto?...¡ay hijo mio!...
¿Qué golpe amaga á este infelice anciano?
¡Mudarra!... ¿no respondes?»—El mancebo,
Al conocido acento en sí tornando,

Alza la faz, lanza un gemido, y dice:
«Al padre de Kerima muerte he dado.»
Y con nuevo terror quiere esconderse
Del tierno Zaide en los amigos brazos.

«¿Cómo? pregunta el viejo, has dado muerte
A Giafar!—A Giafar,» responde ahogado
El mísero garzon; y Zaide exclama:
«¿Quién penetra tus miras, cielo santo?

»Oh poderoso Alá... ciertas, terribles
Son tus venganzas: sí, la eterna mano
Que las estrellas rige, inexorable
Pesa sobre la frente del malvado.

»¡Oh jóven! de las iras del Eterno
Es ya ministro tu inocente brazo.
Álzate, torna en tí; noble principio
Á tus venganzas sin saberlo has dado.

»Álzate, torna en tí: llegó el momento
De la revelacion; llena los altos
Destinos á que el cielo te encamina;
Cúmplanse sus decretos soberanos.»

Tales palabras del turbado jóven
El corazon confuso reanimaron;
Lumbre de gloria relució en sus ojos,
Cesó de pronto su abatido espanto:

Sintió su sangre hervir, miró el anillo,
El misterioso anillo que la mano
Adornó de Zahira; estremecióse,
Y la diestra estrechó del viejo sabio.

Este, resuelto, «sígueme, le dice:
Ven conmigo al jardin, y de los astros
Allí en presencia, con el fiero adorno
De esas ropas que sangre están manando,

»Y con esa invencible cimitarra
Firme en tu diestra; escucha de mi labio
La maldad de los hombres, los desastres
Que presidieron á tu orígen claro,

»Y la alta obligacion que el cielo impuso
A tu nacer. El tiempo no perdamos,
Pues debes para siempre estas riberas
Dejar ántes que el sol tienda sus rayos.»

¡Ay!... las palabras últimas de Zaide
El pecho de Mudarra traspasaron.
Tembló, fijó la planta, quedó inmoble,
Y un suspiro lanzó. Viéndolo el ayo,

Con gran resolucion y fuerte diestra
Le ase y sacude la siniestra mano,
Y «¡Oh Mudarra!...¡oh Mudarra!...en este instante
No vil temblor, esfuerzo es necesario,»

Grítale, y ante sí firme le impele:
Y entrambos pasan del castillo el atrio,
Y en gran silencio, del jardin caminan
Por las calles de adelfas y naranjos.

Llegan á un sitio de él, donde sus puntas
Siete cipreses jóvenes alzando,
Una cuadrada losa circundaban
Bruñida y sin emblema ni epitafio;

Sitio donde Mudarra muchas veces,
Con la atencion de los primeros años,
Del docto Zaide oyó doctos consejos,
Y de honra y de virtud sublimes rasgos;

Y do siempre curioso preguntara
Lo que guardaba aquel pulido mármol,
Recibiendo tan sólo por respuesta
Tiernas caricias, lágrimas y abrazos.

Páranse pues allí; sobre la losa
Se asientan mudos y abatidos ambos,
Y alza la faz al vaporoso cielo,
Sin prorumpir palabra, el noble anciano.

Su marchito semblante iluminaba,
Por la cándida barba resbalando,
El claror de la luna, que triunfante
De las nubes reinaba en el espacio.

Su venerable rostro las señales,
Y los ojos de lágrimas preñados,
Daban de quien recuerda atroces hechos,
Y le falta la voz para contarlos.

Mudarra en sus facciones juveniles,
Vuelta la espalda al disco plateado,
De oscuridad cubiertas, escondia
Inquietud, atencion, dolor y espanto.

Estaba el viento en calma; blandamente
El aura heria los desnudos ramos;
Reinaba hondo silencio; pero Zaide
Rompiólo al fin de esta manera hablando.

«Muerto el rey Alhaken, Giafar, ansioso
De conservar de Hagib el sumo cargo
Con nuevos triunfos, emprendió la guerra,
Y á Castilla y Leon cubrió de espanto.

»Yo seguí sus pendones victoriosos
En el vigor de mis robustos años,
Y fuí parte y testigo de una empresa,
Que tuvo cual injusta el resultado;

»Pues, como sabes, al volver triunfantes,
De horror, de sangre y de victorias hartos,
Y de despojos ricos, y oprimiendo,
Turba infeliz de míseros esclavos;

»Un digno caballero de Castilla
Con pequeño escuadron de sus vasallos,
Nos siguió y sorprendió, del Guadarrama
Entre los bosques, quiebras y peñascos.

»Y los que vencedores é invencibles,
Cual rápido torrente, derribamos
El poder colosal del cristianismo,
El esfuerzo leonés y el castellano;

»Fuímos vencidos, rotos y deshechos
Por tan escasa hueste, y por el brazo
De un solo caballero, que de luto
Cubrió á su turno nuestro suelo patrio.

»¡Terrible y desastroso fué aquel dia,
Para el imperio musulman aciago!
¿Dó el esfuerzo andaluz?... sólo un guerrero
Tronchó sus palmas, agostó sus lauros.

»Yo combatí cual bueno: lanza á lanza
Embestí al generoso castellano,
Que un escollo de acero parecia,
Y lidiamos los dos un largo espacio.

»Le encontré irresistible, y á sus golpes
Herido yo, sin fuerzas mi caballo,
Cedí, cayendo en la menuda yerba,
Su verdor con mi sangre marchitando.

»No ví más la matanza, pues mis ojos
Oscurecidos con letal desmayo,
Cuando á la vida y á la luz se abrieron,
En un albergue pastoril me hallaron.

»Me encontré con asombro en pobre lecho,
Do una tosca zagala y un anciano
Me prodigaban útiles socorros,
Gran interés en mi vivir mostrando.

»¡Oh, cuán injustos son nuestros juicios,
Cuando en la diferencia los fundamos
De usos y religion!... Pues fué el primero
Que á mi mente ocurrióse en aquel caso,

»El que estaba cautivo, la asistencia
Atribuyendo de los dos villanos
Al afan de obtener con mi persona
Rescate rico ó vigoroso esclavo.

»Casi á la muerte me tornó esta idea;
Mas ¿cuál fué ¡cielos! mi sorpresa y pasmo,
Al ver aquel que suspendido habia
Sobre mi frente de Azrael el brazo?»

Hallé á Nuño Salido junto al lecho,
De gozo, al verme vivo, enajenado,
Que con grande ternura, *¡oh Zaide!* dijo,
¡Oh noble bienhechor! no eres esclavo.

»*En cuanto ayer á mi señor osaste*
Acometer con ánimo gallardo,
Te conocí. Al mirarte en tierra herido,
Quién eras, le grité; y él ya prendado

»*De tu gentil aspecto y bizarría,*
Mandóme socorrerte, del estrago
Sacarte, y conducirte á su presencia,
Do hallarás libertad, honra y aplausos.

»*Animo, Zaide bueno; tus heridas*
Peligrosas no son. Al punto vamos
A ver á mi señor, que honrarte anhela
Con su noble amistad y dulce trato.

»Yo al conocer á Nuño, al escucharle,
Al ver su rostro en lágrimas bañado,
Fuí á arrojarme á sus plantas desde el lecho,
Y me encontré en su seno y en sus brazos.»

Aquí el discurso enternecido Zaide
Suspendió, á tal recuerdo suspirando;
Pero anudóle al punto, y de este modo
Tornó á alentar su venerable labio:

«Era Nuño un ilustre caballero,
Que por mí en otra guerra cautivado,
Vino conmigo á Córdoba; y halléme
Con un amigo, en quien pensé un esclavo.

»Ya su destreza en las guerreras armas,
Su noble aspecto y su valor bizarro
Llamaron mi atencion, desde el momento
Que lanza á lanza le apresé en el campo;

»Y luégo su entereza en la desgracia,
Su extrema rectitud, su ingenio claro,
Su excelente carácter, sus virtudes,
Y su rara instruccion me cautivaron.

»Él me enseñó caballerescas artes,
Al mismo tiempo que su idioma patrio;
En un grande infortunio fué mi apoyo,
Y siempre amigo y consejero sabio.

»Quince dichosas lunas que nos vieron
Siempre juntos, veloces se pasaron...
Mas ¿cómo yo abusar de sus bondades,
Ni él llamarse feliz en suelo extraño?

»Al fin era un cautivo, y en su frente
Divisaba los hórridos nublados
De quien se encuentra de su hogar paterno,
De sus deudos y amores apartado;

»Y libre y rico le torné á su patria.
El cielo bienhechor allí le trajo,
Do de la esclavitud y de la muerte
Libre me viera por su amigo amparo.

»—En nudo estrecho, y desahogando el alma
Una gran pieza con sollozos blandos
Permanecimos... ¿qué medicamento
Pudiera haber tan saludable y grato?

»Restauradas sentí mis fuerzas todas,
Y oprimiendo los lomos de un caballo,
Que Nuño á pié del diestro dirigia,
A un castillo partimos inmediato.

»El valiente adalid en él estaba
Con los suyos, gozoso celebrando
El banquete del triunfo, en el momento
Que á su vista los dos nos presentamos.

»Cuarenta primaveras contaria...
La edad que entónces yo. Fuerte y gallardo
Era su talle, su semblante hermoso,
Sus grandes ojos rutilantes astros.

»Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Eran su nombre y título. Al mirarnos
Interrumpió el festin, y recibióme
Con franco aspecto, y me alargó la mano.

»Siete hermosos mancebos coronaban
La sobria mesa: apénas quince años
Contaria el menor, de cuyo rostro
Y gentil corpulencia eres retrato:

»Veintidos el mayor. Eran los hijos
Del noble valentísimo Gonzalo;
Y Nuño, mi constante y generoso
Amigo, de ellos preceptor y ayo.

»Sus brazos nos robaron la victoria,
Siendo la prez y honor de los cristianos:
¡Mancebos generosos! dignos eran
De haber nacido con mejores hados.

»El padre en medio de ellos parecia
Noble leon, que en los masilios campos
Invencible su régia pompa ostenta,
De sus fuertes cachorros circundado;

»Oh generosa palma del desierto,
Cuyos renuevos á su pié lozanos
Ofrecen la esperanza al peregrino
De darle, un tiempo, bienhechor restauro.

»Obsequios y caricias recibiendo
Del padre y de los jóvenes gallardos,
Permanecí hasta el punto en que su lumbre
Templaba el sol en el remoto ocaso:

»Que afable entónces el señor de Lara
Se alzó, y me dijo, asiéndome la mano:
Vé en paz, valiente Amir, que yo á Castilla
Torno, pues ya su conde está vengado.

»*Vuelve á tu patria; pero nunca olvides*
La estimacion que á tu valor consagro,
Y plegue á Dios iluminar tu mente
De la fe sacrosanta con los rayos.

»Y yo le respondí: *Caudillo insigne,*
Me has dos veces vencido y cautivado,
Una con tu denuedo y fuerte lanza,
Otra con tu presencia y noble trato.

»*Alá te guarde, y de tus nobles hijos*
En medio vivas los eternos años
Que en el Líbano el cedro generoso,
Para ser de guerreros el dechado.

»Me abrazó el héroe, y como firme prenda
Me dió esta daga, que de mí no aparto:
Yo coloqué en su diestra un rico anillo...
Ese mismo que tienes en tu mano.»

Calló un momento Zaide: estremecióse
Mudarra, y lleno de sorpresa y pasmo
Miró el anillo, en cuyas ricas piedras
Las luces de la luna rielaron;

Y concibiendo por la prenda rara
Mayor respeto y misterioso espanto,
Iba á hacer mil preguntas anheloso:
Mas de este modo lo impidió el anciano:

«Me encontré á la salida del castillo
Con dos ilustres moros, libertados
Tambien por Lara, para escolta mia,
Con armas, provisiones y caballos;

»Y emprendí á estas riberas mi regreso
A cortas marchas y con lentó paso,
Pues bien que leves mis heridas fueran,
Necesité remedios y descanso.



»Entré por fin en Córdoba, aún cubierta
De luto, de terror, de angustia y llanto;
Aunque era gran consuelo en tal desastre
Ver á Giafar depuesto y humillado.

»Almanzor generoso ya ocupaba
De excelso Hagib el merecido cargo,
Y viendo en mí á su amigo de la infancia,
Caricias mil me prodigó y aplausos.

»A restaurar el vacilante imperio
Aplicó su saber, y sospechando
Que la pasada rota alentaria
A los siempre rebeldes mauritanos;

»Trató de asegurar paz duradera
Con Castilla y Leon, para á su salvo
El Africa observar; y de entablarla
Me dió al momento el importante encargo.

»Restablecido apénas, el recinto
Dejé de esta ciudad, acompañado,
Por séquito y decoro en mi embajada,
De doce musulmanes ilustrados.

»De tejidos de Persia, de jaeces,
De damasquinas armas, de caballos
Árabes y andaluces, y de alfombras,
Filigranas, perfumes y penachos,

»Llevé rico presente; y de Toledo
Las gigantescas torres saludando,
Y las nevadas cumbres de Fonfría,
El confin penetré del castellano.

»Pronto avisté de Burgos las almenas;
Y su nuevo señor, el conde Sancho,
Asistido de nobles y magnates,
Afable recibióme en su palacio.

»Era don Sancho el sucesor y el hijo
Del conde don García, que lidiando
Murió en la última guerra, y tan mancebo,
Que aún el cetro regir no le era dado.

»El gobierno supremo de Castilla,
Aunque siempre en su nombre, estaba á cargo
De su madre doña Ava, del Ulema,
Que llaman arzobispo los cristianos,

»Y del gran Gustios, el señor de Lara,
Mi amigo y vencedor, por cuyo amparo
Hallé grata acogida, y cuyo influjo
Facilitó la paz que fuí buscando.

»Los usos y costumbres castellanas,
Sus raras leyes y su rito extraño,
Que observé á mi placer aquellos dias,
De admiracion y asombro me llenaron.

»Advertí la ignorancia y la rudeza
De aquel naciente reino, que fundado
A fuerza de valor y de altos hechos,
Hierro y ferocidad son sus ornatos.

»¡Ay de nuestro florido y ancho imperio,
Si ántes de corromperse los cristianos,
Sus discordias domésticas olvidan,
Y procuran unidos derribarlo!

»Ajustada la paz, Gonzalo Gustios
Me llevó á la cabeza de su estado,
A la villa de Salas, do tenia
Su alcázar, su familia y sus vasallos.

»Allí torné á encontrar sus siete hijos,
En Castilla y Leon apellidados
Los Infantes de Lara, y del buen Nuño
Volvíme á ver en los amigos brazos.

»¡Oh, qué hospitalidad, franca y sencilla,
Fieles, infieles, moros, castellanos,
Y nobles y plebeyos encontraban
En el soberbio alcázar de Gonzalo!

»En él me hallé y en un banquete, el dia
Que el cielo con certísimos presagios
Anunció á la familia sin ventura
El recio temporal do ha naufragado.

»A la mesa cubierta de viandas,
Coronada de nobles y de hidalgos,
Y por Lara y sus hijos presidida,
Me hallaba yo contento y descuidado,

»Con varios extranjeros, y dos moros
De mi acompañamiento, insignes ambos,
Uno en alquimia, plantas y elementos,
Otro en la oculta ciencia de los astros.

»De altos hechos tratábamos, de guerras,
Y de los lances de la caza; cuando
Desprendido cayó del alto muro,
Y á tierra vino con rumor extraño

»El fuerte escudo del señor de Lara,
Que un dorado castillo en rojo campo,
Blason de su linaje esclarecido,
Ostentaba en su centro; y que colgado

»Sobre pendones, lanzas y despojos,
Coronaba un trofeo. El sobresalto
Fué general; y de Gonzalo Gustios
El hijo más pequeño (que Gonzalo

»Se llamaba tambien, y de quien eres,
Como torno á decirte, fiel retrato),
Al tiempo de volver el cuerpo y rostro,
Un salero volcó sin repararlo.

»Nótanlo todos; y las dos señales,
Funestas en Castilla, asombro helado
Dieron al corazon de los presentes,
Como silencio fúnebre á sus labios.

»Gustios, aunque tan grande en fortaleza,
Tembló tambien, y no alentó; y pasmado
Miró al bueno y fiel Nuño, cuyos ojos
A la muda pregunta se arrasaron.

»Yo alcéme pronto, y sin saber qué hacia,
Cogí el volcado escudo, y con mis manos
Lo torné al alto sitio... El cielo ahora
Me descubre tambien que fué presagio.

»El uno de mis moros, el que era
En las ciencias ocultas extremado,
La hora y el dia en que nació el mancebo
Preguntó, le pidió la diestra mano,

»Y en su palma observó ciertas señales,
Misteriosas palabras murmurando.
Todos en derredor con gran silencio
Y gran curiosidad nos agolpamos;

»Pero él, mudada la color del rostro,
Clavó la vista en el garzon gallardo:
No osó pronosticar: sacó del seno
Una bolsa de cuero y de recamos,

»Y de ella un pequeñuelo pergamino
Con signos cabalísticos marcado:
Se lo dió, y le encargó tenerlo siempre
Sin jamás de su cuerpo separarlo.

»Sonrióse el jóven, pero cuerdo el padre
Admitiólo cortés; miéntras mostraron
En la faz los que en torno se encontraban,
Disgusto insultador, desprecio amargo.

»Un peregrino que asistió á la mesa
Griego, segun el traje, penetrando
Hasta do estaban Gustios y sus hijos,
Desprendióse del cuello un relicario,

»Que una astilla de leño contenia,
Imperceptible casi, y con extraño
Lenguaje prorumpió: *Dios me concede
A la hospitalidad mostrarme grato.*

»*De tu sangre te guarda, hermoso jóven,
¡Una gran fiesta abortará mil daños!...
Suelta el vil talisman, toma esta prenda,
Que es prenda santa y te dará su amparo.*

»Dijo, y colgóla al pecho del mancebo,
Quien reverente la llevó á los labios;
Y con gran devocion, al verla, todos
Humildes á adorarla se postraron.

»Mas ¡ay! ni al talisman ni á la reliquia
En nuestros pechos reponer fué dado
La dulce calma y plácido contento,
Que á la par del broquel se desplomaron.

»Ya era Salas mansion desapacible
Por tal suceso, y porque á paso largo
Con nieve y lluvias avanzó el invierno;
Y á la corte de Burgos regresamos.

»A poco tiempo celebró sus bodas
El noble Rui-Velazquez, un hermano
De la esposa de Gustios, y orgulloso
Ostentó en ellas su grandeza y fausto.

»Era el tal Rui-Velazquez el caudillo,
Que falto de experiencia, aunque bizarro,
Llevó á la muerte al conde don García,
De Castilla el valor desperdiciando;

»Pues jóven, sin consejo ni experiencia,
A Gustios antepuesto, el sumo mando
Logró obtener en la postrer campaña,
Por ser lucido y diestro cortesano.

»Y como al mismo ejército y pendones,
Que él con todo el poder de los cristianos
No pudo resistir, venció en seguida
Con tan escasa hueste su cuñado;

»De envidia lleno el corazon maligno,
Le detesta feroz, pues los aplausos
Que tributó Castilla á la alta hazaña,
Los juzga de su honor en menoscabo.

»Al verle con doña Ava y el Ulema
El cetro gobernar del conde Sancho,
Premio digno al valor con que á su patria
Salvó glorioso del postrer estrago;

»Arde en saña su pecho, y sólo anhela,
Bien que escondiendo su furor insano,
Al héroe derribar, que á su derrota
Dió noble enmienda con robusto brazo.

»Trató su enlace pues con doña Lambra,
Dama de gran linaje y rico estado,
Aunque hermosa y gallarda, altiva y fiera,
Y no en la flor de los primeros años.

»En el templo de Burgos fué la boda,
Con pompa y con magnífico aparato,
Y magníficos fueron los convites,
Los festejos, las danzas y saraos.

»Gustios de Lara con los siete Infantes
Asistió, de Velazquez siempre al lado,
Y él, y sus hijos, y sus deudos todos
Ricamente á los novios regalaron.

»Las extremas caricias, los obsequios,
Los elogios sin cuento y los abrazos,
Que estaban Rui-Velazquez y los suyos
Á Gustios y á sus hijos prodigando,

»Fueron entónces tales, que mi pecho
Con sospecha y temor atribularon;
Pues los que aborreciendo, tanto halagan,
De saciar su furor están cercanos.

»—Los deudos de la novia una gran justa
En la plaza de Burgos convocaron,
Empresas y ropajes dispusieron,
Cotas, paveses, lanzas y caballos.

»De doña Lambra primo Alvaro Sanchez,
El montañés gigante apellidado
Por su vigor y prócer estatura,
Era el mantenedor con otros cuatro;

»De lanza á lanza sostener debiendo
Con cuanto guerreador viniese al paso,
Que ninguna á la novia aventajaba
En sangre ilustre, en hermosura y garbo.

»Publicóse el cartel á media noche,
Y se fijó en las puertas del palacio,
De cien antorchas á la roja lumbre,
Al són de trompas y á la voz de heraldos.

»Hirvió la sangre juvenil, ardieron
Los nobles pechos de los siete hermanos,
Y ya gozosos entre sí trataban
De armaduras, divisas y penachos;

»Cuando el sesudo padre en mi presencia,
Y del discreto Nuño aconsejado,
Los reunió y abrazó, y afable y tierno
Así les dijo con prudente labio:

»*Hijos, templad vuestros fogosos pechos,*
No requirais las armas y caballos,
Que no es para vosotros esta justa,
Y no debeis en ella presentaros.

»*Sostener de su esposa la belleza*
Y la alcurnia, á vosotros no ha encargado
Vuestro tio Rui-Velazquez: los parientes
De ella la empresa toman á su cargo.

»*Ajeno es de vosotros combatirla,*
Dejad que la combatan los extraños:
Sed sólo espectadores de una lucha,
En que fuera perder, ganar el lauro.

»*No, no es para vosotros, hijos mios...*
¡Ay!... ¡Aquel peregrino!... ¡Los presagios!...
Parte no tomaréis en la tal fiesta:
Si no basta mi ruego, yo os lo mando.

»Dijo el padre, y quedaron los mancebos
Con la impaciencia de corcel gallardo
Que va suelto á arrojarse á la carrera,
Y le contiene la prudente mano.

»Llegó el dia fatal: la extensa plaza
Inundó ansioso pueblo, y por tablados,
Antepechos, terrados y barreras
Fuése á la luz primera acomodando.

»En un balcon, donde de seda y oro
Descollaba un dosel, el conde Sancho,
Su madre, el arzobispo y el de Lara
Los supremos sillones ocuparon;

»Y en el opuesto frente, los esposos,
De joyas y de plumas adornados,
Un espacioso corredor, vestido
De yerba y flores, y de emblemas varios.

»Por séquito llevaban veinte pajes,
Escuderos y damas, diez hidalgos
Eran su escolta, y deudos y parientes
En derredor con ellos se asentaron.

»De allí no muy distante honrado puesto
Yo con los mios ocupé, y al lado
Caballeros leoneses lo tenian,
Extranjeros ilustres y prelados.

»Los siete Infantes, con lucidas galas
Y con gallardas plumas muy bizarros,
Andaban recorriendo entre el bullicio
La extensa plaza, pórticos y andamios;

»Y cada cual, al punto del despejo,
Segun su inclinacion se fué buscando,
Escaso asiento junto á alguna hermosa,
Y en la barrera lo encontró Gonzalo.

»Se asordó el viento con los recios sones
De timbales y trompas; los heraldos
El cartel y las leyes de la justa
De nuevo en alto acento pregonaron;

»Y los mantenedores á la liza,
De pajes y padrinos rodeados,
Ceñidos de magníficos arneses,
Salieron en fortísimos caballos.

»El gigante orgulloso, Alvaro Sanchez,
Sobresalia entre los otros cuatro,
Como alta torre entre los altos muros,
Una fornida lanza manejando.

»Luengas espadas ostentaban todos,
Anchos escudos, y pendiente al lado
Del dorado borren la fuerte maza,
Y por empresa un sol, rey de los astros.

»El combate empezó: lances diversos
En él hicieron caballeros varios.
Allí dos de Alafranc y dos leoneses
Con la espalda midieron el estadio;

»Y cuantos guerreadores en la arena
Conquistar intentaron aquel paso,
Las lanzas rotas, los corceles muertos,
Vencidos fueron y por tierra echados.

»Aunque de los que el puesto mantenian,
Tambien cayeron á su vez los cuatro;
Vengólos Alvar Sanchez, que invencible
Derribó fuerte cuanto vino al campo.

»No era noble y gentil su continente,
No diestro se mostraba ni gallardo;
Pero era emblema de la fuerza, estaba
Más firme que los toros de Guisando (24).

»La torre de Carrahola (25) parecia,
Cuando la tempestad la embiste en vano,
Y en ella el huracan embravecido
Se estrella, ronco de furor bramando.

»Doce conquistadores ya vencidos,
De arneses, mallas, plumas y penachos,
Y de astillas y sangre la ancha plaza
Toda cubierta estaba, y al ocaso

»Se retiraba el sol. En la ancha arena
A Castilla y al orbe provocando,
Los cinco justadores persistian
En ocio por la falta de contrarios.

»Alvar, enardecido y orgulloso,
Ronco gritaba así de cuando en cuando:
¿No hay ya quien ose combatir conmigo?...
Salga el que no me tema, aquí le aguardo.

»Mas como nadie á responder saliese,
Para dar diversion al vulgo vano,
Un juglar que servia á doña Lambra,
No sé si malicioso ó mentecato,

»En quien tenia su privanza ella
Por regocijador de su palacio (26);
Dejando el escabel de su señora,
Do el tiempo habia de la justa estado,

»Bajó á la plaza, del bonete rojo
Los gruesos cascabeles repicando,
Y de su traje de botarga haciendo
Ostentacion con gestos y con saltos,

»Empezó á recorrer la extensa liza,
Una hinchada vejiga atada á un palo
Revolviendo en el aire, ó ya con ella
El suelo y los puntales golpeando.

»Fué universal la risa: le tiraban
Bollos, frutas, confites; y él, ufano,
Ya afrentaba insolente á los vencidos,
Ya daba al vencedor necios aplausos.

»Al pasar inmediato al antepecho,
Do sin mirarle hallábase Gonzalo,
Haciendo contorsiones y figuras,
Prorumpió así con atrevido labio:

»*¿Quétal, quétal, mancebo? Allí no hay trampa,*
Ni gallardías, ni impotente garbo:
Todo allí es corazon, y todo es puño,
Y los ojos cerrar, y dar trancazos.

»*Mi alma con la suya... Dios nos libre*
De que enarbole en contra nuestra el brazo:
No es un galan de alcorza... Dijo y fuése,
Cabriolas mil y carcajadas dando.

»Furioso á castigarle se arrojara,
Encendido de cólera Gonzalo;
Pero respeto al padre le contuvo,
Y alzóse de su puesto despechado,

»Cuando al llegar á un corro en otra parte,
Oyó decir á un labrador anciano:
Ya no se halla en Castilla quien compita
En fuerza y en poder con ese hidalgo.

»*Es un jayan,* repuso otro del pueblo,
Que pudiera de un soplo hacer pedazos
La mezquita de Córdoba. Los Laras
Lo aciertan con estarse en los andamios.

»Prosiguió el labrador: *Muy bien han hecho,*
Aunque hubieran salido del engaño
De que son invencibles. Otro dijo:
Harta disculpa tienen, son muchachos.

»Colmóse la medida, ardió en el pecho
Del jóven un volcan, y rebramando,
Ni vió más, ni oyó más; y del concurso
Y de la plaza huyóse sofocado.

»Mas nadie lo notó. Los justadores
En inaccion siguieron grande rato,
Y ya el vulgo impaciente se mostraba
Del vil juglar y de sus chistes harto;

»Cuando las huecas trompas y timbales
Con general contento resonaron,
La llegada anunciando de un guerrero
Que viene á combatir. Por los tablados

»Cundió el rumor confuso de gran pueblo,
Que se fué nuevamente acomodando,
Y que hundióse en silencio al punto mismo
Que el nuevo guerreador entró en el campo.

»Toscas vulgares armas, ni áun lucientes,
Sin plumas ni labores pobre casco,
Calada la visera, y un escudo
Liso, sin mote, ni blason, ni ornato,

»Sacaba el caballero, y en la cuja
Una lanza de guerra, y un caballo,
No de tendida crin y noble aspecto,
Aunque ligero y dócil al bocado.



»Del peto y espaldar hebillas varias
Sin abrochar estaban demostrando,
Que acababa de armarse á toda prisa,
Como todos al punto lo notamos.

»Eran tales su gracia y gentileza,
Tanta la habilidad, soltura y garbo
Con que regía el pisador, y tales
Su noble talle y cabalgar gallardo;

»Que adiviné quién era en el momento,
Y todos ó los más lo adivinaron.
Mas por aquel instinto que resalta
Siempre en la muchedumbre, no hubo un labio

»Que imprudente su nombre pronunciase,
Y fué el silencio universal, tornando
Todos la vista hácia el señor de Lara,
Que escondió el rostro con entrambas manos.

»Yo miré á Rui-Velazquez, cuyos ojos
Ardieron de furor, y con recato
Habló algunas palabras al oído
De doña Lambra, que su faz turbaron.

»Dió el caballero en torno á la estacada
Un airoso paseo, acreditando
Quién era más y más, y haciendo pruebas
Del poder y obediencia del caballo;

»Y parándose en medio, en voz sonora
Pidió con Sanchez combatir. Negado
Por los jueces le fué, por no ser Sanchez
El que debia sostener el campo,

»Pues ántes de su turno, lo tenian
Para entrar en la lid dos de los cuatro.
La ley fué obedecida, y presentóse
Aquel á quien tocaba, muy ufano;

»Pero apénas salió, vióse en la arena
Con potro, escudo y lanza derribado,
Al choque del incógnito, que mudo
Tornó á ocupar su puesto á lento paso.

»Salió el segundo, las primeras lanzas
Valiente resistió de brazo á brazo:
No fué tan venturoso en las segundas,
Y vencido cayó del potro abajo.

»El pueblo lleno de sorpresa estaba,
Faltándole la voz para el aplauso,
Porque ve con pavor llegado el punto
De que éntre el fuerte Sanchez al estadio.

»Cubierto estaba de sudor y espuma
El corcel del incógnito. Saltado
Habian las hebillas de su almete:
Grítale el pueblo: *Toma otro caballo.*

»Mas él nada responde; y firme espera
A Sanchez, que en la plaza entró bizarro,
En un morcillo que la llena toda,
Y la estremece al golpe de sus cascos.

»¡Ay!... yo ví entónces del señor de Lara
Demudarse la faz, y ví bañado
De amarga risa el pérfido semblante
De Velazquez tambien, y que la mano

»Tomó á su esposa, y que miró á los suyos,
Desprecio y confianza demostrando,
Miéntras la muchedumbre en gran silencio,
Ni áun osa respirar de miedo y pasmo.

»Sonó el clarin, partieron como flechas
Sanchez y el caballero; se encontraron,
Y en el opuesto escudo cada lanza
Tocó, dió lumbre, y resbaló, dejando

»Honda señal. Los potros revolvieron,
Ambas picas rompiéronse en pedazos:
Continuaron con otras el combate,
Y pretal con pretal al fin se hallaron.

»El corcel del incógnito el empuje
Sufrir no pudo del corcel contrario;
Dobló las piernas, y en la ardiente arena
Los corvejones estampó. A espolazos

»Sostúvolo el jinete, y como el viento
Le hizo arrancar, y separarse á saltos.
Sanchez buscó otro choque; mas no era
Tan diestro en el manejo del caballo

»Cual su competidor, que lo evitaba
Con gran saber, y que le dió á soslayo
Un duro bote, que abollóle el peto,
Sin que el broquel pudiese repararlo.

»Entónces advirtiendo Alvaro Sanchez,
Que un solo broche sujetaba el casco
Del justador, dirígele la punta
Con tanta furia y con acierto tanto,

»Que dejó descubierto el rostro hermoso
Del noble mozo, del gentil Gonzalo,
Quien en furor ardiendo, la cabeza
Con el escudo esconde, y como un rayo,

»Acomete al jayan á todo trance,
Por tierra le derriba, retemblando
La plaza toda al ponderoso golpe;
Y ensordécese el viento con aplausos.

»Apénas el gigante tocó el suelo,
Púsose en pié, denuestos vomitando
Contra su vencedor, y con gran furia
Desenvainó la espada. Sosegado

»El jóven reclamó las condiciones;
Pide lo mismo el pueblo en gritos altos,
Y todo es confusion. Luégo á la arena
Los jueces descendieron de su escaño,

»Y declaran que está Sanchez vencido,
Y que el conquistador debe en el campo
Aún con los otros dos mantenedores,
Cual previene el cartel, seguir lidiando.

»No sin dificultad plegóse Sanchez:
Tal vez alguna seña del airado
Velazquez le obligó. Tornó á su puesto,
Y otra celada se ciñó Gonzalo.

»El caballero á quien tocaba el turno,
Fué á cabalgar; mas por su bien faltaron
De su corcel las cinchas, accidente
Que dió á la fiera lid corto intervalo.

»En el cual doña Lambra la orgullosa,
De acuerdo con su esposo, y deseando
Su furor desahogar: *Anda*, le dijo
Al bufon, que á sus piés habia tornado,

»*Anda, y hazle una afrenta á ese mancebo*
La que encuentre mayor tu ingenio claro.
Hazla pues sin temor, y á mí te acoge;
Mi respeto y poder serán tu amparo.

»El escabel dejó de su señora
El juglar, y en la plaza á corto rato
Se presentó, con nuevas contorsiones,
Aunque escondiendo entre sus ropas algo.

»Se acercó al vencedor, y con despejo,
Muy bien lo has hecho, dijo, *¡bravo! ¡bravo!*
Mas yo quiero tambien justar contigo:
Esta es mi lanza... ahí va... guarte, seo guapo.

»Y un verde cohombro tinto en fresca sangre
Le tiró al rostro, con fealdad manchando
Todo el arnés, y huyóse á gran carrera,
Dejando al pueblo todo horrorizado.

»Es esta accion mirada allá en Castilla
Por la afrenta mayor (27): tal que el hidalgo
Que al agresor no mata al mismo instante,
Queda en infamia eterna sepultado.

»El ilustre mancebo ardiendo en ira
Se arroja en pos del vil que hácia sus amos
Rápido vuela; tírale la lanza
Al punto en que trepaba á los andamios.

»Y de la espalda al pecho atravesóle,
De modo que sin vida en el regazo
Cayó de su señora, con su sangre
Veste, brazos y pechos salpicando (28).

»Pálida doña Lambra un alarido
Lanzó, y vencida de letal desmayo,
Cayera del sitial, si no encontrara
De sus dueñas y damas con los brazos.

»Velazquez furibundo ronco grita:
Llegó el momento, ¡á la venganza, hidalgos!...
Muera, muera. Y con todos sus parientes
Ciego se arroja dentro del estadio.

»Al jóven vencedor cercan al punto,
De otros muchos seguidos, sus hermanos,
Y los estoques de festejo y gala
Desnudos centellean por el campo.

»Cunde la confusion, suenan las trompas,
Gritan los jueces; su gritar es vano:
Tira su cetro en medio de la arena,
Y es hollado y no visto, el conde Sancho.

»Se asustan las mujeres, y los niños
Contra el seno escondiendo entre los brazos,
Huyen y dejan la confusa plaza:
Tiemblan y huyen con ellas los ancianos.

»Crecen los valedores de ambas partes,
Trábase horrenda lid. La daga en mano
A ella corre Velazquez: el de Lara
Que entró en la liza por distinto lado,

»Sólo paz anhelando, que era padre,
Quiere todo á la paz sacrificarlo;
Y le sale al encuentro, á contenerle
Con blando ruego y amistoso abrazo.

»Mas, ¡ay!... ¡al abrazarle, una coraza
Oculta bajo sedas y brocados
Apretó!... Se cuajó su sangre toda,
Y un vuelco dióle el corazon llagado.

»¿Pudo quedarle duda?... No, no era
La infantil imprudencia de Gonzalo
Más que un fútil pretexto; la vil trama
Estaba ya dispuesta de antemano.

»Deudos, parientes, escuderos, pajes,
Todo el séquito en fin de su cuñado,
Cubiertos van de redoblado acero,
Vilmente oculto so los ricos sayos.

»¡Mísero padre!... la traicion patente,
¿Qué le queda que hacer?... Con duro brazo
Ayudar á sus hijos... A ellos vuela,
Anima de su casa á los hidalgos,

»Y métese sañudo en la batalla:
Todo es sangre y horror. Torna á caballo
Con los suyos furioso Alvaro Sanchez,
El pendon de Velazquez tremolando.

»La destreza y valor eran de parte
De los de Gustios; pero el otro bando
Armado iba y dispuesto. Una lanzada
A un Infante tocóle de soslayo:

»Tambien Velazquez recibió otra herida,
Y estaba como tigre, fuego echando
Por los feroces ojos: el de Lara
Lidiaba firme como leon bizarro.

»La condesa doña Ava... ¡ilustre dueña!
Sí, yo la ví del uno al otro lado
Correr, gritar, y en medio del peligro
Pedir paz y quietud á sus vasallos.

»Al meterse una vez en la pelea,
Tocó una punta al jóven conde Sancho,
Que con gentil esfuerzo la seguia,
Sumision y obediencia reclamando.

»Leve su herida fué; pero al mirarle
La faz marchita, el pecho ensangrentado,
De terror ambas turbas se cubrieron,
Y en el momento de lidiar cesaron;

»Momento de quietud, que el Arzobispo,
Cual discreto y prudente, aprovechando,
Con sus insignias y sagradas ropas,
Que son de gran respeto entre cristianos,

»Lanzóse en medio, y con terrible frente
Amenazó del cielo con los rayos
A uno y otro partido, si al momento
No dejaban la lid, y libre el campo.

»Sus amenazas, y el pavor y susto
Que al ver herido á su señor helaron
Al feroz vulgo, y el postrer reflejo
Que el crepúsculo daba desde ocaso,

»A ambas ciegas facciones contuvieron;
Y de la plaza por distintos lados,
Siguiendo cada cual á su caudillo,
Salieron, y de Burgos se alejaron.

»Gonzalo Gustios con los siete infantes,
Y con todo el tropel de sus vasallos
Fué á Salas: Rui-Velazquez con los suyos
A Barbadillo, centro de su estado.

»En Burgos fué terrible aquella noche:
Del Arzobispo el Conde acompañado
Y de su madre, se encerró en su alcázar,
Levado el puente, los rastrillos bajos,

»Y llenos de hombres de armas decididos,
De fieles caballeros y de hidalgos,
A defender á su señor resueltos,
Los torreones, pórticos y patios.

»Ardian fogatas en diversos sitios,
A las que se arrimaban embozados
Recelosos, con armas escondidas,
Aún no resueltos á seguir un bando.

»Mas á pocas palabras, los puñales
Y las ocultas dagas en sus manos,
Defendiendo uno ú otro, relucian,
Por amistad y deudo atropellando.

»*Viva el señor de Salas*, resonaba
En algun arrabal; en otro barrio,
Viva el de Barbadillo. Aquí una trompa,
Allá de espadas el rumor lejano;

»Tal vez las luengas calles recorria
O piedra ó flecha rápida, silbando
Entre las sombras, sin saberse á dónde,
Ni qué ballesta la tiró, ó qué mano.

»Tal vez reinaba hondísimo silencio,
Roto por el galope de un caballo;
Y ya en las torres los reflejos daban
De algun incendio en los vecinos campos.

»¡Tremenda noche! La primera aurora
Mayores sustos y congojas trajo;
Y los siguientes dias todos fueron
A cual más angustioso y más amargo.

»Uno y otro partido en rabia ardian;
Enfurecidos se aprestaban ambos
A guerra de exterminio, y se engrosaban
Con armas y con nuevos partidarios.

»Los de Velazquez á talar salieron
De Salas rica los feraces campos:
Defendieron valientes los de Lara
Sus arboledas, mieses y ganados.

»Un mar corrió de sangre. ¡Ay de Castilla,
Si audaz entónces enemigo extraño
La hubiese acometido!... ¡Ay de los reinos
Que de discordias tales son teatro!

»La buena suerte por aquellos dias
De desórden y horror á Burgos trajo
A un extranjero ilustre. Era otro Ulema,
Del que ellos llaman Vice-Dios, legado;

»Que de Roma á Leon se encaminaba
A cobrar un tributo; y recelando
Con las fieras discordias de Castilla
La total perdicion de los cristianos,

»Con el buen arzobispo entró en consejo,
Y uno y otro castillo visitaron,
De la paz las benéficas semillas
En uno y otro con fervor sembrando.

—»El vulgo, ya extinguido el primer fuego,
Ansía sólo quietud, busca trabajo:
De la patria el peligro asusta siempre
A los hombres de bien y á los hidalgos.

»Del gran Gonzalo Gustios era el alma
Noble y leal, y nada sanguinario
Su corazon: los pechos de sus hijos
Ardientes y violentos, pero francos;

»Y Rui-Velazquez, aunque altivo y fiero,
A traicion y á discordias avezado,
Conoció que ceder entónces era,
Para lograr sus planes necesario.

»Circunstancias que abrieron el camino
De la negociacion. A pocos pasos
Vinieron ambas partes á concierto.
A deponer las armas se obligaron,

»Y á concurrir á Burgos los dos jefes
Bajo seguro, y sólo acompañados
Cada cual de seis deudos, á jurarse
Amistad ante el conde Soberano;

»Con sola condicion, de que á la corte
No volviesen en término de un año,
Ni doña Lambra, ni los siete Infantes,
Ni Alvaro Sanchez, ni los otros cuatro.

»Dado el seguro, por diversas partes
Vinieron al alcázar de don Sancho
Rui-Velazquez y Gustios. Yo y los mios,
Con otros extranjeros, convidados

»Fuímos á presenciar la ceremonia,
Celebrada del modo más extraño
En el salon del trono, do asistieron
Todos los Ricos-hombres castellanos.

»En su dosel sentóse el jóven Conde,
El Ulema de Roma al diestro lado;
Y por distintas puertas en la sala
Los dos caudillos á la par entraron.

»Por la que estaba al frente, al mismo tiempo
Con cuatro dueñas y catorce hidalgos
Presentóse doña Ava, blancas tocas
Y ricas negras ropas arrastrando.

»Entró tambien con ella el Arzobispo,
Con todas las insignias de su cargo,
Y dos pajes en pos. Uno traia,
De oro en salvilla y entre lienzos blancos,

»Un pan pequeño; el otro una gran taza
De oro y piedras preciosas, rebosando
Ardiente vino; y á los piés del trono
Todos en gran silencio se acercaron.

»Allí tomó la copa la Condesa,
Y el Conde tomó el pan, y en tres pedazos
En el vino lo echó, y el Arzobispo,
Haciendo ciertos signos con la mano,

»Murmuró varios salmos y oraciones,
A todos los presentes demostrando,
Que en la copa no habia ni conjuro,
Ni veneno encubierto, ni otro engaño.

»Un pedazo del pan mojado en vino
Comió con gravedad el conde Sancho;
Y mandó á Rui-Velazquez y al de Lara,
Que cada cual comiera otro pedazo.

»Hiciéronlo al momento, una rodilla
Hincada en tierra; luégo se abrazaron,
Al templo fueron á jurar las paces,
Y en seguida un festin hubo en palacio.

»Tornó Castilla á verse en quieta calma,
Mas fué calma de mar, que pronto airado
Turba el austro otra vez, y en que el piloto
De otra mayor borrasca ve el presagio.»

Quedó en silencio Zaide, y en silencio
Quedó tambien Mudarra, que pasmado,
La relacion á descubrir no acierta,
Que con él tienen lances tan extraños.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(24) D. Antonio Ponz, en su *Viaje de España*, hecho en 1795, dice en la carta séptima del tomo II: «Pasado »un riachuelo, llamado *Tórtolas*, descubrí en una viña, perteneciente á los religiosos, los celebrados toros de Guisando; »pero no hallé ningun rastro de la venta que habia junto á ellos, en donde fué reconocida y jurada por heredera de los »reinos de Castilla la reina católica Doña Isabel. Me acerqué al paraje en donde están los toros, y son cuatro, de los »cuales uno está medio hundido en la tierra. Ya se conoce poco su forma, por estar muy gastados, y desgranada la pie- »dra berroqueña, de que son. Con dificultad se lee alguna letra de antiguas inscripciones que tenian en el cuerpo; pero »despues en la celda prioral del monasterio ví una explicacion de los mismos y de sus letreros, que decian estar allí »desde muy antiguo. La tal explicacion era, que en la Valle Bastetana dió el ejército de Julio César la gran batalla, en »la cual, despues de haber vencido á Pompeyo Magno en Farsalia, deshizo aquí á sus hijos, llamados Sexto Pompeyo »y Gneo Pompeyo; que la pelea fué muy dudosa; pero que animado César por su capitan Prisco Calecio, la consiguió: »que los hijos de Pompeyo, desamparados de sus soldados, se retiraron, llenos de heridas, á las cuevas del inmediato »monte, junto al paraje del monasterio, y que en celebridad de tanto triunfo, hicieron los cesarianos un sacrificio á los »dioses, llamado *Ecatombe*, por el número de cien toros que para el sacrificio se destinaban; y que por medio de estos »toros de piedra que allí dejaron, habian perpetuado aquel suceso. Las inscripciones se leen en aquel papel de esta »manera:

1.ª

BELLUM CÆSARIS ET PATRIÆ EX MAGNA PARTE
CONFECTUM FUIT S. ET GN. M. POMPEII FILIIS HIC
IN AGRO BASTETANO PROFLIGATIS.

2.ª

LONGINUS PRISCO CALECIO PATRI
F. C.

3.ª

CÆCILIO METELLO
CONSULI II. VICTORI.

4.ª

EXERCITUS VICTOR
HOSTIBUS EFFUSIS.

5.ª

L. PORCIO
OB PROVINCIAM OPTIME ADMINISTRATAM
BASTETANI POPULI F. C.

»Se cree que ántes hubiese más toros de los que ahora se ven sobre la tierra. Usted sabrá si esta es la Valle y region »de los bastetanos, y el paraje donde se acabó la guerra civil de Pompeyo y César: si estos son elefantes, y no toros, de »los que algunos dicen, que dejaron los cartagineses en varias partes de España, á donde llegaban con sus conquistas: »y si son toros, conocerá cuán grande disparate sería en traerlos desde Andalucía, como algunos quieren componerlo, »sin embargo de que serían tan grandes como toros naturales, ántes de haberlos desgranado el tiempo, como se ve. A mí »me parecen toros, y por algun rastro que queda de las letras, se conoce que fueron romanas.»

Es digno de copiarse lo que sobre los mismos opina Masdeu en el párrafo 334 del tomo IV de su *Historia crítica de España*. «Una de las antigüedades más célebres de España, dice, son cuatro toros que existen en el monasterio de »Padres de S. Jerónimo de Guisando, á veintiocho millas del Escorial. Sin duda Metelo mostró complacencia de que »le dedicasen uno de estos en memoria de las victorias referidas..... Morales y Mariana juzgan que la inscripcion se debe »referir á la rota de los irtuleyos, que por eso trasfiere Morales de Andalucía á Extremadura en mayor cercanía de los »citados toros. Pero Itálica y Segovia, únicas ciudades en cuyas vecindades, segun los escritores antiguos, Quinto Ce-

»cilio Metelo venció á los irtuleyos, distan mucho de aquella provincia; además estas rotas no fueron el motivo de la »vanidad y complacencia de aquel general, aunque así lo pensaron Morales, Mariana, y últimamente Jovenazo: lo que »dió fomento á su orgullo, fueron las batallas que ganó al temido Sertorio, como atestigua Plutarco.» Y más adelante, en el párrafo 394, hablando de los monumentos de las victorias de César que existen en España: «Son más famosas las »inscripciones de los célebres *Toros de Guisando*..... La primera pertenece á la batalla de *Munda*, que se puede llamar »la corona de todas las victorias de César. En ella se lee claramente, que Sexto y Gneo Pompeyo fueron derrotados en »el campo bastetano: de lo que se deduce, que los toros que existen á poca distancia del Escorial, estaban antiguamente »en el paraje mismo de la batalla, cuyo lugar podia entónces llamarse *Campo bastetano*, miéntras los habitantes á lo »largo de las costas desde la mitad del Estrecho á Cartagena, eran denominados *bastetanos* y *bástulo-fénices*. Ha pare»cido inverosímil al estudioso Sr. Ponz y á otros modernos escritores, que cuatro toros de piedra de ajustada propor»cion, fuesen trasportados de Munda á Guisando. No sabemos las razones que tuvieron los romanos para transferirlos; »pero no hay dificultad que lo practicasen, aunque hubiesen de hacer más de trescientas millas, que se cuentan de »Munda á Guisando: mayores dificultades han vencido los antiguos romanos. Para no difundirme en una prolija narra»tiva, véanse aquí en Roma los obeliscos de altura enorme trasportados de Egipto.»

Tambien hace Cervantes en su inmortal *Quijote* mencion de estos toros, pues el caballero de los Espejos, dice (capítulo XIV de la segunda parte), que *el tomarlos en peso*, era una de las hazañas que le habia mandado hacer su señora. Es muy extraño que el erudito y diligente Pellicer dejara sin nota alguna este punto, cuando no se descuidó de ponerlas en otros más sabidos y ménos interesantes, y cuando Bowles, de quien tanto se aprovechó, copia la razon que da de ellos Covarrubias en el *Tesoro de la lengua castellana*.

(25) Torre romana muy fuerte que defiende la cabeza del puente de Córdoba.

(26) Le hace cocinero de Doña Lambra un romance antiguo, en que pidiendo venganza á su marido de los insultos que le han hecho los de Lara, entre otras cosas, dice:

«Matáronme un cocinero
So faldas de mi brial:
Si de esto no me vengades,
Yo mora me iré á tornar; etc.»

(27) «Grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España,» la llama Mariana, como se verá en la nota siguiente.

(28) Mariana, copiando casi á Garibay y Morales, refiere este suceso en su *Historia de España*, lib. VIII, cap. IX, del modo siguiente: «Aconteció que Rui-Velazquez, señor de Billaren, celebraba sus bodas en Burgos con Doña Lam»bra, natural de tierra de Bribiesca, mujer principal, y áun prima carnal del conde Garci-Fernandez. Las fiestas fueron »grandes, y el concurso á ellas de gente principal. Halláronse presentes el conde Garci-Fernandez y los siete hermanos »con su padre Gonzalo Gustio. Encendióse una cuestion, por pequeña ocasion, entre Gonzalo, el menor de los siete »hermanos, y un pariente de Doña Lambra, que se decia Alvar Sanchez, sin que sucediese algun daño notable, salvo »que Lambra, como la que se tenia por agraviada con aquella riña, para vengar su saña..... mandó á un esclavo que »tirase á Gonzalo un cohombro, mojado ó lleno de sangre: grave injuria y ultraje conforme á la costumbre de España. »El esclavo se quiso valer de su señora Doña Lambra: no le prestó, que en su mismo regazo le quitaron la vida, etc.» Sigue contando la venganza de Rui-Velazquez poco más ó ménos, como se refiere en esta leyenda.

Dos romances, compuestos por Sepúlveda, pintan esta contienda como sigue:

Rui-Velazquez es de Lara
El que ha de ser desposado:
Casóse con Doña Lambra,
Mujer es de gran estado.
Gonzalo Gustios el Bueno
A las bodas es legado:
Cuñado es de Rui-Velazquez,
Con la su hermana casado.
Trae consigo siete infantes,
Que de Lara se han nombrado,
Hijos de Gonzalo Gustios,
Sobrinos del desposado.
Criólos Nuño Salido,
Caballero muy honrado.
. . . .
Un primo de Doña Lambra,
Que Alvar Sanchez es llamado,
Vió que caballero alguno
No alcanzaba en el tablado.
. . . .
Doña Sancha y los sus hijos
Riendo de ello han estado;
Ninguno dió miente á ello,
Que están las tablas jugando:
Sólo Gonzalo Gonzalez,
El menor de los hermanos,

Que á furto de todos ellos
Cabalgaba en su caballo.
. . . .
Alvar Sanchez con pesar
Al Infante ha denostado.
Él respondió á sus palabras,
A las manos han llegado.
Gran ferida dió el Infante
A Alvar Sanchez su contrario.
. . . .
Doña Lambra que lo vido,
Grandes voces está dando,
Feríase en el su rostro
Con las manos arañando,
Diciendo: ¿qué dueña alguna
Ansí se habia deshonrado
En bodas que fuesen hechas,
Sino á ella sólo en su cabo?
Rui-Velazquez que lo oyó,
Luégo habia cabalgado,
Tomó un astil de la lanza,
Fué donde está Don Gonzalo, etc., etc.

Doña Lambra que lo vido,
Como muy mal lo queria,
Llamado habia un criado,
Desta suerte le decia:
«Toma agora tú un cohombro,
»Fínchelo de sangre viva,
»Y arrójaselo á Gonzalo.»
. . . .
El hombre tomó un cohombro,
Y de sangre lo teñia,
Dió con él á Don Gonzalo,
En sangre untado lo habia.
. . . .
Acogióse á Doña Lambra,
So su brial se metia.
Los Infantes con braveza
. . . .
Mataron el hombre allí,
Ante ella que lo veia,
Y con la sangre del hombre
Sus tocas se las teñian.
Los Infantes cabalgaron, etc., etc



ROMANCE CUARTO

Grande rumor se levanta
De gritos, armas y voces
En el palacio de Burgos,
Donde están los ricos-homes.
Romancero del Cid.

El que empeñado en áspero camino,
De entre peñascos sale y de entre breñas,
Y á entrar va en precipicios espantosos,
Raudos torrentes y confusas selvas;

Si un prado, aunque pequeño, y una fuente,
Mansa, aunque cenagosa, al paso encuentra,
Allí se pára á respirar un rato,
Y á restaurar las fatigadas fuerzas.

Así Zaide, al hallar en su memoria
Que desastres y horrores le recuerda,
Un momento de paz, con breve pausa
En él un rato á descansar se asienta.

Corto el reposo fué, y hondo silencio
Reinó entre tanto; pues Mudarra, llena
De confusion y asombro el alma toda,
De aquella narracion el fin anhela.

Zaide fijó los ojos inflamados
En la argentada luna y las estrellas,
Lanzó un suspiro, y prosiguió la historia
Con sosegada voz de esta manera:

«En paz quedó Castilla: los Infantes
Con Nuño fueron á la corte régia
Del monarca leonés; y doña Lambra
A un su palacio orillas del Esgüeva.

»Pasó una luna en gran quietud: Velazquez
Y Gustios de amistad se daban pruebas,
Y yo, cumplido el plazo á mi embajada,
Dispuse mi regreso á estas riberas.

»Ya me faltaban sólo cuatro dias
Para dejar de Burgos las almenas,
Cuando á la hora en que en mitad del cielo
Su ardiente y viva lumbre el sol ostenta,

»Estando yo tranquilo en el palacio,
Que por embajador mi albergue fuera;
Rumor lejano de alterada plebe
De repente escuché, no sin sorpresa.

»Salí al balcon; el espantoso estruendo
De armas y voces distinguí más cerca;
A poco ví de airada muchedumbre
Inundarse las calles y plazuelas,

»De léjos un cadáver, que arrastrando
Llevaba el pueblo: disparadas piedras
Vinieron á perderse en mis paredes,
Las voces escuché de *mueran, mueran.*

»Y ví venir huyendo del tumulto,
Por la ancha calle enfrente de mis puertas,
A dos de mis esclavos anhelantes,
Que consiguen salvarlas y las cierran.

»Absorto estaba: entréme, y á los mios
Convoco al punto, sin saber cuál fuera
La causa del furor de los cristianos;
Cuando á mis plantas los esclavos llegan,

»Los mismos dos que de salvarse acaban;
Y sin color y con heladas lenguas,
Que á asesinarnos corre el pueblo todo,
Dicen, y nuestro asombro se acrecienta.

»Incrédulo, indeciso, nuevamente
Me puse en el balcon, cuando á gran priesa
Llegó á caballo, trémulo, abatido,
De Lara un paje, y *Mi señor os ruega*

»*Que al punto huyais. Tomad vuestros caballos*
Y asilo pronto en la vecina huerta,
De donde valerosos caballeros
En salvo os sacarán á viva fuerza.

»Dijo, y despareció. Yo quedé mudo
Sin acertar á resolver: la fiera
Muchedumbre al momento del palacio
Ocupó la gran plaza, y tuve apénas

»Tiempo de retirarme de su vista.
Todos los mios con pavor me ruegan
Que me salve, y los salve sin tardanza,
Y á los esclavos ensillar ordenan.

»Infamia fuga tal me parecia;
Resistir imposible... A la escalera
Me dejo arrebatar, cuando echo ménos
Dos de mi comitiva: el uno era

»Un mi escudero, Aben-Harin el otro,
El cordobés, antorcha de las ciencias.
Pregunto por los dos, y no hallo nadie
Que acierte á darme de su suerte nuevas.

»El ágil escudero acostumbraba
Adiestrar al bocado y á la espuela
Los caballos del Conde, y casi siempre
El sabio acompañaba á la Condesa.

»Sin ellos resolví no retirarme,
Y ansioso de atisbar si acaso llegan,
A una gran claraboya, que á la plaza
Daba, me aproximé no sin cautela.

»¡Oh poderoso Alá! Ví en una pica,
Sirviendo á los cristianos de bandera
(¡De horror al recordarlo me estremezco!)
Del docto amigo la infeliz cabeza,

»Y su cuerpo en mil partes destrozado
Entre la turba, que con una cuerda
Le arrastraba; y al lado, medio vivo,
Al escudero sin ventura en tierra.

»Bramando de furor la vista extiendo,
Y al Arzobispo ví... ¡quién lo creyera!
A aquel que tan prudente se mostrara
De Velazquez y Lara en la contienda,

»Acalorar el bárbaro gentío,
La insignia de su rito y su creencia,
Cual de exterminio y furia enarbolando,
Y lanzando espantosos anatemas.

»Si álguien templar mi saña en aquel punto
Y á los cristianos mi rencor pudiera,
Hubiese Lara el generoso sido,
Que con la espada en alto, dando pruebas

»De noble esfuerzo y de honradez gritaba:
¡Castellanos!...¿qué haceis?...De infamia eterna
Hoy cubrís vuestro nombre... Los cobardes
Así á los desarmados atropellan.

»Mas su voz se perdia entre el tumulto,
Cual la razon se pierde en la tormenta
De las pasiones, y era un hombre solo
Dique impotente á inundacion tan recia.

»Al ver yo al uno, al otro, á los dos mios
En trance tan fatal, sentí mis venas
Encenderse, cegué, grité venganza,
Y el alfanje empuñé con firme diestra.

»Del puesto aquel me arrancan mis amigos,
Y los caballos á encontrar me llevan,
A montar obligándome en el punto
Que el populacho derribó las puertas.

»El jardin á galope atravesamos,
Y salvando el postigo de la verja,
Al arrabal salimos, consiguiendo
Ganar al fin las indicadas huertas.

»Ya el palacio del vulgo era despojo,
Cuando unos doce caballeros llegan,
Por el valiente Gustios destinados
Para sernos de amparo y de defensa.

»Con gran facilidad pasar pudimos
Las murallas y fosos, pues si alerta
Los que las custodiaban, al mirarnos,
De prohibirnos el paso dieron señas;

»Eran muy pocos y al notar la insignia
De la casa de Lara en las cimeras,
El puente echaron, el rastrillo abrieron,
Y al campo nos lanzamos de carrera.

»Por él en gran silencio á toda brida
A buscar fuímos la inmediata selva,
En donde aliento á los corceles dando,
Hablé al caudillo de la escolta nuestra;

»Y de él supe la causa del tumulto,
Del pérfido Velazquez trama nueva,
Para perder á mi valiente amigo,
Y cima dar á su venganza horrenda.

»Desde que yo en la corte de Castilla
Me presenté, de Aben-Harin la ciencia
De alto don celestial consiguió fama,
Por su acierto en curar graves dolencias.

»La condesa doña Ava, que abatida
Con las desgracias y viudez, enferma
Cayó por aquel tiempo, á su cuidado
Y direccion tambien se sometiera;

»Y recobrando prodigiosamente
En breve espacio la salud, excelsa
La gloria fué del musulman, logrando
Caricias, honra, aplausos y riqueza.

»Lo que era asombro en la ignorante plebe,
Fué gratitud y aprecio en la Condesa,
Si pronto envidia de la infame corte,
Y del vil fanatismo furia ciega.

»Doña Ava al cordobés agradecida,
Como tan alta y generosa dueña,
Lo honró con su amistad, y le escuchaba
Explicar su saber, grata y atenta;

»Y ansiando entusiasmada los secretos
De la alquimia, en que el moro insigne era,
Penetrar, le dispuso en su palacio
Cámara, donde hacer sus experiencias.

»Tan alta proteccion y las consultas,
Siempre inocentes, sí, pero secretas,
Que con él celebraba, dieron campo,
Sin yo saberlo, á hablillas y á sospechas;

»Dándoselo tambien á Rui-Velazquez
Para perder á la infeliz Condesa
Y al noble Gustios, y el favor del Conde
Conquistar, y el partido del Ulema.

»En aquel dia por industria suya
(Tan grande es en maldad), cuando á la mesa
Con su madre y con Lara el jóven Sancho
Apénas se asentó, la voz funesta

»Se oyó y cundió por el palacio todo,
Llenándolo de asombro y de sorpresa,
De que del Conde estaba envenenada
La régia copa. A tan horrible nueva

»Todo fué espanto y confusion: doña Ava
Desmayada quedó, sus damas yertas,
Confundidos los pajes; y al momento
Sin buscar al rumor mayores pruebas,

»Se dió, ¡qué horror! por cierto, que la madre
Envenenar al hijo dispusiera,
De Aben-Harin apasionada, ansiando
Ceñirle de Castilla la diadema;

»Y que el veneno elaborado estaba
Por el supuesto amante. Tal idea
Crece en el pueblo, que el palacio allana,
Y entre alambiques, bálsamos y esencias

»Al descuidado Aben-Harin sorprende,
Y á la garganta echándole una cuerda,
Le arrastra sin piedad. Cunde el tumulto,
En otra parte al escudero encuentran,

»Con cien puñales el inerme pecho,
Bañándose en su sangre, le atraviesan;
Y en ambos con furor la insana turba
Su saña horrible y ciego encono ceba.

»Velazquez se aparece, y acalora
El horrible tumulto, y acrecienta
La atroz calumnia, contra mí la empuja,
Y mi palacio acometer ordena.

»¡Ah! bien sabia que el honrado Lara
Abrazaria al punto la defensa
De la justicia y la verdad, y sólo
Comprometerle así su empeño era.

»Logrólo, pues entrando en el alcázar,
La confusion y la calumnia aumenta,
Y aquel supuesto crímen vengar jura,
E incita astuto al indeciso Ulema.

»Este, ó bien ya de acuerdo, ó engañado,
Y al ciego fanatismo dando rienda,
A predicar se arroja el exterminio
De hombres que de su fe contrarios eran;

»Y con Velazquez y con él al frente,
Sin que Lara calmarla consiguiera,
Corrió á saciar en mí y en mis secuaces
Su bárbaro furor la plebe ciega.

—»Al saber yo de boca del guerrero
Trama tan infernal, en furia nueva
Sentí mi pecho arder, y hubiera dado
Por verme allí mil lanzas cordobesas,

»El resto de mi vida. Enfurecido,
A la inicua ciudad volví las riendas;
Pero ¿qué aprovechara?... Nuestra fuga
Por agrios montes y escondidas sendas

»Proseguimos, llevando á los guerreros
De Lara siempre para escolta nuestra,
Hasta que el Guadarrama atravesando,
Nos dejaron en salvo en la frontera.

»A Córdoba llegamos, do la fama
Ya divulgara la aventura nuestra,
Y la ciudad ardió, y ardió el imperio
En justa indignacion, al ver deshechas

»De modo tan atroz solemnes paces,
De embajador la inmunidad suprema
Profanada, y vertida alevemente
Por cristianos la sangre sarracena.

»Gritó el pueblo muslímico venganza,
A Castilla maldijo, pidió guerra,
Y decretóla Hixcen... Mas no regía
En momentos tan críticos las riendas

»Del gobierno Almanzor. Se hallaba entónces
Del rico Oriente en las lejanas tierras;
Y Giafar (como ayer) el sumo mando
Desempeñaba el tiempo de su ausencia.

»Giafar, que recobrado el poderío
Por sus antiguos triunfos y proezas,
Y por su astucia aún más, ya de la corte
Wacir y Alcaide del alcázar era,

»Si bien nunca aprobar las paces pudo,
Ni olvidar el mal fin de sus empresas;
De reparar el descalabro antiguo
Vió con gozo ocasion tan lisonjera,

»Y para castigar al castellano
Armas y tropas sin tardanza apresta;
Al bárbaro Juzef el mando encarga,
Y el exterminio de Castilla ordena.

»Allá en Burgos en tanto con mi fuga
Aquietada la turba y satisfecha,
Tornó Velazquez del airado Conde
El furor contra Lara y la Condesa.

»Don Sancho... ¡incauto jóven!... á Velazquez
Creyéndose deudor de su existencia,
El gobierno entrególe del Estado,
Y fué su voluntad la ley primera.

»Mayor de edad al punto se declara:
A la madre infeliz prende y encierra
En estrecha prision, donde la muerte
Pronto el consuelo fué de su inocencia;

»Y aunque al de Lara atropellar no osa,
Porque es grande en poder como en nobleza;
Lo desaira, á Salas lo retira,
Y á merced de Velazquez todo queda.

»Mas, ¡ay! que la ambicion y la venganza
Son pasiones que nunca satisfechas
Logran mirarse, y cual del mar las olas,
Van creciendo hasta el punto en que se estrellan.

»Pronto llegaron á la infame Burgos
Los clamores, los llantos y las quejas
De los míseros pueblos fronterizos,
De nuestra furia víctimas primeras;

»Y advirtiendo Castilla que era en vano
Contrarestar las musulmanas fuerzas,
Cayó en abatimiento, y en la corte
Todo fué confusion, miedo y vileza.

»Ricos-hombres, Abades y Prelados
Llevando al Arzobispo á su cabeza,
Demandaron al Conde que al momento
Satisfaccion á nuestro imperio diera,

»Tal que bastase á contener el curso,
Del torrente de lanzas y banderas,
Que iba á inundar á la infeliz Castilla,
Y á arrastrarla á su fin. Esta propuesta

»Fué muy grata á Velazquez, que anhelaba
Gozar en paz la autoridad suprema,
Y que le presentó nuevo camino
De asegurarse para siempre en ella.

»Del ofendido Lara harto temible
El nombre y el poder aún considera,
Y el mismo infierno le inspiró la trama
Más espantosa, abominable y negra.

»Pensó, y dijo entre sí, de fiero gozo
Palpitándole el pecho: *Giafar tregua*
Me acordará sin duda, si le entrego
Al que humilló en el campo su soberbia.

»*Marche pues Lara á Córdoba, y á un tiempo*
Negociador y víctima allá sea.
Lumbre infernal resplandeció en su frente,
Bañó su torva faz sonrisa horrenda,

»Y propuso á don Sancho, que al momento
A nuestra corte el noble Lara venga
A negociar la paz. Pasmóse el Conde
A tal proposicion, pues le profesa

»A Lara odio de muerte, no dudando
Que del supuesto crímen fué cabeza;
Pero astuto Velazquez le convence,
Y aún con nuevos temores le amedrenta.

»Al Arzobispo encargan al instante
De hablar con Gustios, y áun de hacerle fuerza
Para que la embajada desempeñe,
Sin tener ya de sus agravios cuenta.

»Lara, que por su patria siempre estaba
Pronto á sacrificarlo todo, deja
Al punto á Salas, y á la corte torna,
Donde todos le halagan y festejan.

»Casi se reconcilia con Velazquez;
Sólo le ocupa la gloriosa idea
De salvar á Castilla, y dar reparo
Al crímen cometido con mi ofensa;

»Y con ricos presentes se encamina
A estas murallas. ¡Desdichado! A ellas
Antes llegó Eliazim, astuto hebreo,
Que confidente de Velazquez era.

»Y con Giafar oculto y sigiloso
Tuvo larga entrevista, y dió la vuelta
A Burgos al momento... Muchos años
Despues lo supe yo... ¡Si lo supiera

»En aquel punto! ¡Oh, cuántos infortunios!.
Mas ¿quién detiene el curso á las estrellas?
¿Qué mísero mortal mudar consigue
Lo que está escrito en imborrables letras?

»Llega de embajador el noble Lara
A esta insigne ciudad, y se presenta
Al irritado Hixcen, que al recibirle
Admiró su gallarda gentileza.



»Giafar... (sí, de Giafar y de Velazquez
Las almas se entendian; tal vez era
Uno mismo el demonio que guiaba
A ambos á un tiempo por distinta senda)

»Giafar le vió con el placer amargo
Del que á gozar venganza va completa
De aquel á quien envidia, y que á despecho
Le admira casi más que le detesta.

»Le tiene en su poder... Mas ¿por ventura
Querrá á Velazquez contentar, la guerra
Suspendiendo?... Jamás, jamás. *Castilla
Deberia de nuevo su existencia*

»*De Lara el sacrificio generoso,
Si otra vez á su esfuerzo la debiera.
Cual mártir le adoraba el pueblo hispano,
Toda la cristiandad... No en su cabeza,*

»*En su nombre, en su nombre mi venganza*
Para que digna de mi encono sea,
Se saciará, poniéndole el vil sello
De maldicion sin fin, de infamia eterna.

»Así pensó Giafar: su fantasía
Abrazó con placer tales ideas,
Y al aprestarse á darles cumplimiento,
El éxito terrible saborea.

»Grandes obsequios y afectada pompa
De Lara el noble en derredor desplega;
Oye atento y afable su embajada,
Y que á todo se allana, le demuestra,

»Por respeto á su nombre y su persona,
Y con elogios mil lo lisonjea.
Establecióse un armisticio, y luégo
Solemnes pactos de inviolable tregua,

»Exigiendo tan sólo de Castilla
Corto tributo á fuer de recompensa,
Y en rehenes del tratado dos presidios,
Que ocupaba el cristiano en la frontera.

»Del éxito feliz de su mensaje
Ufano Gustios, regresar anhela
Para anunciarlo á Burgos por sí mismo;
Mas Giafar le detiene, le sujeta

»Con fingido pretexto, y le decide
A enviar un caballero con presteza,
Que lleve al conde Sancho de Castilla
De la ajustada paz la ansiada nueva.

»Yo en tanto disfrutar la compañía
Pude en mi patria de mi amigo apénas.
Giafar sabia mi amistad con Lara,
Y la temió; y habiéndose en Valencia

»Por aquel tiempo un jeque declarado
En rebelion, mandóme á toda priesa
Marchar á sujetarlo; cargo honroso,
Que renunciar no pude, aunque quisiera.

»Al dejar estos muros, en mis brazos
Estreché á Gustios con el alma llena
De atroz presentimiento; y, *parte pronto*,
Le dijo sólo mi afligida lengua.

»Quedóse á mi pesar. Llegó el tratado
A Burgos, que gozosa con la tregua,
Se alzó del hondo espanto en que yacía
Cesando sus aprestos de defensa.

»Entregó los castillos concertados,
El tributo tambien, y las banderas
Dispersó ya reunidas en los campos,
Y al dulce sueño de la paz se entrega.

»¡Oh Castilla infeliz y descuidada!
Por Giafar avisados con reserva
Juzef y los caudillos, que escondidos
Se mantuvieron siempre en la frontera;

»En cuanto desarmados á los pueblos
Vieron, y sus mesnadas ya dispersas,
Entraron furibundos á mansalva,
Fuego, sangre, exterminio, muerte, guerra,

»Y esclavitud sembrando hasta la orilla
Del claro Arlanza; y al clamor que suena,
Présago de ruina inevitable,
De Burgos retemblaron las almenas.

»El Conde, el Arzobispo, el pueblo todo,
Que es de Lara traicion al punto piensan;
De Lara que ha querido adormecerlos,
Para vengar á salvo sus ofensas;

»Mas del último apuro los cristianos
Sacando nuevo ardor y saña nueva,
Resuélvense á morir como valientes
En noble y obstinada resistencia.

»En tanto la invasion de nuestras huestes,
Sus rápidas victorias y proezas
En Córdoba muy luégo resonaron,
Llenando á Lara de mortal sorpresa.

»Corre al alcázar, á Giafar pregunta,
Si de atentado tal la fama es cierta;
Y Giafar con frialdad y atroz sonrisa,
Con tono de desprecio le contesta:

»*La paz reinaba, cuando allá en tu corte*
Derramasteis la sangre sarracena:
No es extraño que corra la cristiana,
Cuando aún no bien segura está una tregua.

»Gustios de indignacion tiembla, y sañudo
Iba á dar al Wacir noble respuesta,
Cuando de una victoria conseguida
Por los cristianos arribó la nueva.

»Irritado Giafar al recibirla,
Prender á Lara el denodado ordena,
En una honda mazmorra sepultarle,
Abrumarle de hierros y cadenas,

»Y pasar á cuchillo á los cristianos
De su séquito. En vano en la alta diestra
De Gustios un instante ardió la espada,
Y áun se tiñó de sangre. Le rodea

»Armada turba, que le arrastra al punto
Al hondo seno de prision estrecha,
Miéntras que de los suyos descuidados
Saltaron de los hombros las cabezas.

»Fué la noticia del cristiano triunfo
Que causó tal trastorno, verdadera:
La desesperacion dió al castellano
Aquel valor que todo lo atropella,

»Se armaron en tumulto, sus campiñas
Talaron, escondieron en la sierra
Sus ancianos, sus niños, sus mujeres;
Y jurando morir en la defensa

»De su Dios, de sus leyes, de su patria,
Con Velazquez y el Conde á la cabeza,
A la lid se arrojaron cual leones,
Y la victoria fué su recompensa.

»Pero aunque remediaron su peligro
Rechazando á Juzef, quedó una guerra
Empeñada, de fin incierto y largo,
Costosa á entrambos pueblos, y molesta.

»Burgos, exhausta y pobre, no podia
Sin nuevos descalabros sostenerla;
Y á Córdoba, perdido el primer golpe,
Y con serios disturbios en Valencia,

»Donde eran vanos mis esfuerzos todos
Proseguirla tambien difícil era.
De paz y de quietud necesitaban
Ambas naciones... Pero ¿cómo haberlas?

»De Lara la prision y el exterminio
De los suyos de Arlanza en las riberas
Resonaron muy pronto; mas no hicieron
En Castilla impresion. La falsa idea,

»Por el mismo Giafar acalorada,
De que traidor con engañosas nuevas
Vender á su nacion habia intentado,
No estaba desmentida ni deshecha;

»Antes bien apoyada por Velazquez,
Que enajenado contemplaba en ella
Un campo dilatado y abundoso,
En que dar pasto á su venganza horrenda.

»Donde llenó de indignacion los pechos,
Fué allá en Leon, en que adorados eran
Los siete Infantes, los gallardos hijos
Del infeliz que estaba entre cadenas.

»Ellos, apénas la cruel noticia
El corazon les traspasó cual flecha,
No lágrimas inútiles vertieron,
No al cielo alzaron impotentes quejas;

»La libertad del padre y la venganza
Juraron, de furor las almas llenas:
Su pendon arbolaron; noble hueste
De la florida juventud leonesa

»Y de fieles vasallos de su padre,
Que al són de sus clarines se reunieran,
Juntaron con presura; y se arrojaron,
En el Eterno su esperanza puesta,

»A arrollar nuestro imperio poderoso,
Esperando plantar en las almenas
De Córdoba triunfantes sus pendones,
Y al padre rescatar á viva fuerza.

»¡Disculpable arrogancia, pues nacia
De justa indignacion!... Pero no era,
Por fortuna de Córdoba, á sus brios
Y á su noble furor igual la empresa.

»Los jóvenes incautos los consejos
Despreciando de Nuño y la experiencia,
Que temió con razon que al precipicio
Su arrojo y ciego ardor los condujera;

»Como torrente que bramando rompe
Hinchado y ronco el cauce que lo enfrena,
Pasaron nuestro término... ¡Infelices!...
¡Qué sima estaba ante sus piés abierta!

—»Giafar, que informe recibió al momento
De sus nobles designios, con reserva
A Burgos despachó su confidente,
Para hacer á Eliazim la atroz propuesta

»De entablar paz segura con Velazquez,
Si los hijos de Lara se le entregan.
No fué preciso más: un negro crímen
A otro, y á otro, y á mil abre la puerta;

»Pues como el risco, así que se desprende
De la ardua cumbre de empinada sierra,
Crece en velocidad, en peso, en furia,
Al bajar despeñado por la cuesta;

»El mortal que se arroja de delitos
Y atrocidades á la sima horrenda,
Miéntras comete más, más se enfurece,
Y miéntras se hunde más, más los anhela.

—»Los siete hermanos, ¡míseros! principio
A su noble venganza heróico dieran:
Todo á sus lanzas invencibles cede,
Y todo sus caballos lo atropellan;

»Mas ni una sola voz ni un solo paso
Daban, sin que al momento lo supiera
El sagaz Abdalá, feroz guerrero,
A quien Giafar mandara á toda priesa

»A observarlos astuto y destruirlos,
Con órdenes atroces y secretas.
¡Dos traidores ganados por Velazquez
Los confidentes de sus planes eran!!!

»Tres lunas entre tanto Gustios Lara
Pasado habia en la prision estrecha,
En donde del quebranto, de la angustia
Y del despecho víctima cayera,

»Si un Genio bienhechor de tiempo en tiempo
No bajara á endulzar su suerte acerba,
Y á hacerle tolerable por lo ménos
El peso abrumador de las cadenas;

»Cuando á deshora oyó las fuertes barras
Correrse y los cerrojos; vió la puerta
Abrirse de repente, y dos esclavos
Entrando, darle de respeto muestras.

»Quedó absorto al mirarlos, y pasmóse
Al escuchar que libre está, y que ordena
El potente Giafar que de allí salga,
Y que al punto se ponga en su presencia.

»El sol ardia en la mitad del cielo,
Y al bañarle la faz, á las tinieblas
Acostumbrada, deslumbróle á punto
Que de venir al suelo estuvo cerca.

»Fué socorrido por los dos esclavos,
Un corredor larguísimo atraviesa,
Un patio solitario y una arcada,
Luégo un jardin, y al regio alcázar llega.

»En un salon turbado le recibe,
Y áun trémulo, Giafar, que al verle afecta
Interés y respeto, y á su lado
En almohadon de púrpura lo asienta,

»Y procurando dar á su semblante
La expresion grata de amistad sincera,
Así le dice con confuso acento,
Actitud de raposa, ojos de hiena:

»*Razon de Estado tu prision tan sólo*
Podido ha motivar... Los que gobiernan,
Harto lo sabes tú, viven sujetos
A obrar tal vez lo mismo que condenan.

»*Pero otro tiempo es ya... tiempo dichoso,*
Pues que me proporciona darte pruebas
De que no olvido que tu heróico esfuerzo
Una vez consiguió la gloria excelsa

»*De arrancarme un laurel, robarme un triunfo.*
Sí... los guerreros, que cual tú pelean,
Honran á los que vencen... ¡Gustios Lara!
Desde el dia fatal con impaciencia

»*He esperado el momento que ya toco,*
De entablar amistad contigo eterna!!!
Ya no eres mi cautivo: entre Castilla
Y el imperio andaluz las paces reinan:

»*Torna á lograr de tu valor el premio.*
Mas ántes tu constancia y fortaleza
Voy á probar, haciéndote un presente
Digno de tí y de mí. Calló, y respuesta

»No recibió de Gustios, que dudoso,
Por más que quiere, á responder no acierta.
Y el asiento dejando, en otra sala,
Precediendo Giafar, entrambos entran.

»Solitaria y magnífica, cual todas,
Tenia en medio una espaciosa mesa,
En donde varios bultos ocultaba
De damasco ormesí rica cubierta.

»Gustios la mira, y le palpita el pecho;
Con el dedo Giafar se la demuestra;
Y, *allí el regalo está*, con risa amarga
Dice, y del brazo asiéndole, lo acerca;

»Y de pronto tirando del tapete,
Hé aquí de mi amistad la sola prenda,
Grita con voz de trueno, y muestra al padre
De los amados hijos las cabezas.»—

¡Qué horror! ¡Qué horror!... al escuchar Mudarra
Atrocidad tan detestable y negra,
Exclamó; y levantóse, retemblando,
Del mármol que de asiento le sirviera.

Zaide quedó en silencio, las mejillas
De amarillez y lágrimas cubiertas,
Y los siete cipreses que cercaban
El sitio aquel, sus puntas verdinegras

Agitaron á un soplo repentino
Con lúgubre rumor, cual si tuvieran
Instinto de tomar en tal momento
Parte tambien en la solemne escena.

Quedando en pié Mudarra, hondo suspiro
Arrojó Zaide; y con cansada lengua
Anudó el hilo de la horrible historia,
Y prosiguió en decir de esta manera:

«Sí, el noble Lara, el desdichado padre
Vió de sus siete hijos las cabezas,
Encima del bufete, en una fila,
Y por órden de edad ¡ay triste! puestas.

»Aunque desfiguradas y espantables,
Cual de léjos traidas, y entre yerbas,
Espíritus y sales conservadas,
Distinguió en cada cual las propias señas.

»En estatua de hielo convertido,
Fijos los ojos, sin moverse, en ellas,
Y los latidos del hinchado pecho
Dando tan sólo en él de vida muestras.

»Quedó Lara infeliz... ¡Ah! ¿cómo puede
Mi débil voz la situacion horrenda
Con palabras pintar?... Padre es preciso,
Padre es preciso ser, para entenderla.

»Un esclavo que oculto allí con otros,
Por órden de Giafar, estaba alerta,
Mil veces me ha contado de aquel dia
Hasta las circunstancias más pequeñas.

»Sin habla Gustios, ó mejor, sin vida,
Estuvo sin moverse una gran pieza:
Luégo un temblor ligero, imperceptible
Apareció en sus miembros, y en violenta

»Convulsion terminó; pero tornando
A la inmovilidad, gira y pasea
Los ojos, cual los ojos de un espectro,
Por una y otra de las siete prendas.

»Sonrisa amarga agita un breve instante
Sus labios sin color, y en tanto queman
Sus mejillas dos lágrimas, y luégo
Los tiernos hijos á nombrar comienza.

»Los ojos enclavando en el que nombra,
Y esperando tal vez, ¡ay! su respuesta:
¡Diego!..¡Martin!..¡Fernando!..¡Suero!..¡Enrico!..
¡Veremundo!..¡Gonzalo!.. y cuando llega

»A este nombre, dos veces lo repite:
Y recobrando esfuerzo y vida nueva,
Entrambas manos trémulas extiende,
Agarra de Gonzalo la cabeza,

»Y la alza; pero al verla sin el cuerpo,
Un grito arroja, y súbito la suelta,
Cual si hecha de encendido hierro fuese.
Empero torna á asirla, se la lleva

»A los labios, y un beso en la insensible
Mejilla imprime... La frialdad horrenda,
La ascosa fetidez sufrir no pudo,
Y como cuerpo muerto cayó en tierra:

»Aquel resto infeliz del hijo suyo
Cayó sobre su pecho, y desde él rueda
Por la alfombra, dejando sucio rastro
De sangre helada, corrompida y negra.

»Ni áun Giafar, ya saciado de venganza,
Pudo aguantar más tiempo tal escena;
Y huyó á esconderse, cual se esconde el tigre,
Cansado de exterminio, en su caverna.»

Quedó Zaide en silencio, y en silencio
Trémulo, confundido, helado, queda
Tambien, cubierto de sudor, Mudarra,
Y con el alma de terror deshecha.

Mas al cabo repúsose, exclamando:
«Gracias, cielos, os doy de que la empresa
Guardasteis para estreno al brazo mio,
De libertar de monstruo tal la tierra!!!

»¡Zaide!... ¡Zaide! ¿es posible que los hombres
De tanta atrocidad capaces sean?...
Mas decidme, decidme: ¿el noble Lara
Tornó á la vida?—Sí; y áun mejor fuera

»Que no tornara, respondióle Zaide;
Y prosiguió diciendo: Las tinieblas
Reinaban de la noche, cuando el triste
En sí volvió, y atado con cadenas

»Se halla en medio del campo, y en los hombros
De dos esclavos negros, que á gran priesa
Cercado de una escolta silenciosa,
De los muros de Córdoba le alejan.

»Mas no estaban del todo sus sentidos
Despiertos, ni expeditas sus potencias;
Y en desórden su mísero cerebro,
Ya de impresion ninguna capaz era.

»Nada pregunta; nadie le hace caso;
Llévanle cual vil fardo; y triste presa
Del mental desarreglo, ni áun memoria
De lo que acaba de pasar, conserva.

»Unas veces tomaba el alimento,
Otras lo rechazaba con violencia;
Ya prorumpe en horrendos alaridos,
Ya insensible cadáver ni áun alienta.

»Al confin castellano á pocos dias
Así llegó, y al punto de él se entregàn
Armígeros dispuestos de antemano,
Que tambien mudos y con gran presteza,

»A un lejano castillo le conducen,
Dominio de Velazquez, y lo encierran
En solitaria torre, al mismo tiempo
Que por traidor en Burgos le condenan.



»Veinte crudos inviernos han cercado
De nieves, lluvias, tempestades, nieblas
La prision, donde gime el noble Lara,
Y aguarda al vengador de su inocencia.—

»¡Y qué! gritó Mudarra: ¿en los cristianos
No hay honra, no hay valor, no hay quien em- (prenda
De tan esclarecido caballero,
Ya que no la venganza, la defensa?

»Yo volaré á Castilla, y lanza á lanza,
A Velazquez, al Conde, á cuantos sean
De tanto crímen y crueldad culpables,
Combatiré cual bueno... Tal empresa,

»A que el honor y la virtud me llaman,
El cielo mismo acometer me ordena.
Sí, volaré á vengar al noble anciano...»—
No pudo proseguir, porque le estrecha

Entre los brazos Zaide, que mil besos
Le imprime en la mejilla, se la riega
Con llanto copiosísimo, y le dice:
«Tal es tu obligacion, cumple con ella.

»Hijo eres tú del desdichado Lara,
Que de tí solo su remedio espera.—
¿Yo su hijo?... ¡Gran Dios!... ¡Zaide!» el mancebo
Exclama absorto, helado, y manifiesta

Tan grande agitacion, que más no puede
Su labio articular; y calla, y tiembla.
Respóndele el anciano: «Sí, hijo suyo,
Y de Zahira.»—A nombre tal se llena

La medida del pecho de Mudarra,
Casi pierde el sentido, y dice apénas:
«Mi leal corazon ya lo sabia...
¡Madre!... ¡ay de mí infelice!... ¡madre tierna!...

»¿Qué destino cruel tan dulce nombre,
Entre tus brazos le negó á mi lengua?»
Su voz ahogóse en lágrimas; y Zaide
Repuesto, prosiguió de esta manera.

———

«La hermosa flor del cordobés imperio,
Zahira, de virtud y gracias reina,
La tierna hermana de Almanzor glorioso,
Astro de la bondad y la belleza,

»Por mí informada de la ilustre sangre,
De la gloria, valor y gentileza
Del noble Gustios, del señor de Lara,
Le admiró, cuando vino á estas riberas,

»Concibiendo al mirarle el entusiasmo,
Que en las almas sensibles, en las hembras
De estima y de valor, la vista sólo
De un héroe generoso al punto engendra.

»Cuando á partir de pronto me obligaron
Los civiles disturbios á Valencia,
Temiendo de Giafar la atroz perfidia,
Manifestéle cauto mis sospechas,

»Que la hicieron temblar y demudarse,
Aumentar su interés, y estar alerta
Sobre la suerte de mi ilustre amigo,
Blanco infeliz de tramas encubiertas.

»Prendió Giafar al desdichado Lara;
Y al momento Zahira, ansiosa, piensa,
Ya que la libertad darle no puede,
El modo al ménos de aliviar sus penas.

»Hermana de Almanzor el poderoso,
Adorada del pueblo, de opulencia
Gozando sin igual, jóven y hermosa;
¿Qué guardia sus encantos resistiera?

»¿Qué carcelero sus cuantiosos dones?...
¿O qué prision las redobladas puertas,
De su mano al impulso, á su voz sola,
No allanara cerrojos y cadenas?...

»Penetró pues en la mazmorra oscura
Donde yacía Lara, y su presencia,
Cual la de un númen celestial, tornara
En luz consoladora las tinieblas.

»Al cabo convirtióse aquel recinto,
Mansion de horrores, llantos y miserias,
En templo del amor, de amor sublime,
De amor que concertaron las estrellas,

»De amor que te dió el sér, para que el nombre
De una insigne familia no perezca,
Dar reparo á gravísimos desastres,
Y al abatido mundo clara prueba

»De que los justos cielos sin castigo
Los crímenes atroces nunca dejan,
Y que á los inocentes desdichados
Consuelo siempre y vengador reservan.

»El gran Gonzalo... (¡ay triste! aún no sabia
Que de sus siete hijos las cabezas
Iba á ver de sus cuerpos arrancadas)
Tornando padre á ser, con alma llena

»De tierno gozo, en manos de Zahira
Puso ese rico anillo, que mi diestra
Otro tiempo adornó, y ahora la tuya,
De indisoluble amor sagrada prenda,

»Signo tambien que el adorado fruto
A conocer en todo evento diera.
¡Tal vez presagio oscuro debió al cielo
Del porvenir oculto en vaga idea!

»Pronto, harto pronto, sí, llegó el horrible
Término á su prision; y la princesa,
Al saber de Giafar la atroz barbarie,
Del noble amante la forzada ausencia,

»Y la persecucion que el infelice
Halló de nuevo en su traidora tierra;
Víctima del despecho y amargura,
De bajar al sepulcro estuvo cerca,

»Quedando como rosa del desierto,
Que cuando más gallarda y más risueña,
Granizo aterrador la embiste, rompe
Su tallo, y su esplendor marchito deja.

»Mas si tal vez á Gustios desdichado
Le dió en tan recio golpe resistencia
La esperanza de haber un hijo fuerte,
Que su venganza, andando el tiempo, fuera;

»El mismo pensamiento dió á Zahira
Para luchar con su infortunio fuerza,
Y cuidar aquel seno, que albergaba
De esperanzas altísimas la prenda.

»A Córdoba tornó por aquel tiempo
El insigne Almanzor, y en la suprema
Autoridad repuesto, con enojo
Vió la conducta de Giafar horrenda.

»Del Guadalaviar tambien yo entónces
Regresé á estas murallas, y tu bella
Madre me confió todo el secreto,
Que de su hermano reservó discreta.

»Llegó el término en fin, saliste al mundo
En manos de una esclava confidenta
De Zahira infeliz; y yo, yo mismo,
Segun dispuesto de antemano fuera,

»Te llevé á los jardines del alcázar,
Do concertado estaba con destreza
Tu pronto hallazgo. Almanzor al punto
Te puso en brazos de su hermana; sea

»Que noble y generoso, un desvalido
Vió en tí con interés, ó que su extrema
Penetracion de la verdad le impuso,
Como su amor á tí lo manifiesta.

»Desde el instante aquel mi afan primero
Fué, y el anhelo de tu madre tierna,
Dar lo más pronto al desdichado Lara
Del suceso feliz la dulce nueva.

»Pero ¡ay! que desde entónces hasta ahora
La suerte inexorable que le aqueja,
Se opuso á que le llegue tal consuelo,
Y aún ignora que existes. En la tierra

»Jamás mejor servido que Velazquez
Se vió ningun tirano: las ofertas,
La astucia, el ruego, todo en vano ha sido
Probado con teson veces diversas.

»Ni áun he vuelto á saber del docto Nuño:
Vaga tal vez por apartadas tierras,
Si es que el peso de tantas desventuras
No ha dado oscuro fin á su existencia.

»En varias ocasiones despechada
Quiso dejar Zahira estas riberas,
Llevándote consigo, y en Castilla
Implorar de don Sancho la clemencia;

»Pero siempre me opuse: que á Velazquez
Conozco, y paso tal sólo sirviera
Para entregarle la preciosa tabla,
Que en su triste naufragio á Lara queda.

»Tantos años de llanto y de aflicciones,
De esperanzas remotas, si no inciertas,
De amarguras y afanes, marchitaron
En su fresco verdor la primavera

»De tu amorosa madre, y á la tumba...—
¡No más, no más... buen Zaide!... basta, cesa,
Interrumpióle el mísero Mudarra:
¡Harto mi corazon destroza, y llena

»De espanto y de dolor ese recuerdo,
Que ni un instante de oprimirme deja!...
¡Ay! yo escuché sus últimas palabras,
Que aquí en mi corazon están impresas:

»Palabras, que mis años juveniles
Han llenado de afan, y que ahora incendian
Mi pecho con el ansia de cumplirlas,
Ya que he debido al cielo el comprenderlas.

»Sí, exclamó Zaide: sí, jóven gallardo:
Llegado el tiempo es ya; claro lo prueba
Esa sangre que mancha tus vestidos,
Y el aspecto feliz de las estrellas,

»Que el camino te allanan. En Castilla
El débil conde Sancho ya no reina:
Acaba de morir: debe aquel trono
Un jóven ocupar de heróicas prendas;

»Y si los sucesores de los reyes
El cetro y el poder supremo heredan,
Nunca heredan tambien los favoritos,
Y rara vez los odios y las quejas.

»A Castilla, á Castilla, entusiasmado
Con los altos destinos que le esperan,
Gritó Mudarra: los momentos urgen;
Crímen perderlos es, mi padre espera.

»Volemos, dice Zaide: yo contigo
Tornaré del Arlanza á las riberas,
Te entregaré á tu padre; y presenciando
Su venganza, su paz y tus proezas,

»Bendeciré la mano omnipotente
Que alargó mi vejez, para que viera
Cumplidos mis afanes, y tranquilo
Hallaré en el sepulcro paz eterna.

»Volemos, sí... Mas ántes de este mármol,
Que tu curiosidad tuvo despierta
Por un presentimiento indescifrable,
Saquemos el depósito que encierra,

»Para llevarle con nosotros... ¡Hola!
Caleb... Isman.» Al punto se presentan
A la voz obedientes dos esclavos;
A quienes pide para alzar la piedra

Los útiles precisos. Presurosos
Caleb é Isman á obedecerle vuelan;
Y el anciano y el jóven en silencio
Como clavados en su sitio quedan.

Volvieron los esclavos, y la losa
Levantando forzudos, descubierta
Quedó un arca de cedro y ataujía,
En una alfombra tunecina envuelta.

Viéndola, dijo Zaide: «Aquí, Mudarra,
Están de tus hermanos las cabezas,
Que Giafar como bárbaro trofeo
Colocó de su alcázar en las puertas.

»Yo las quité de allí, y en esta caja
Las encerré entre aromas, y esta huesa
Mandé labrar, plantando en su memoria
Estos siete cipreses que nos cercan.

»Llevemos á tu padre estos despojos:
Dulce reposo allá en su patria tengan:
Que áun despues de la muerte es gran desdicha
Sufrir el peso de la extraña tierra.»

Arrojóse Mudarra sollozando
Sobre el arca magnífica, la besa
Y la humedece con su llanto. Zaide
La alza y prosigue: «El tiempo no se pierda:

»Vamos, vamos al punto. La mañana
Anuncia con su soplo el aura fresca;
Y no es prudente que el cercano dia
Dentro de este castillo nos sorprenda.»

Ambos dejaron el jardin, siguiendo
La caja funeral, y al patio llegan,
Do á los preparativos del vïaje
Con grande actividad Zaide se entrega.

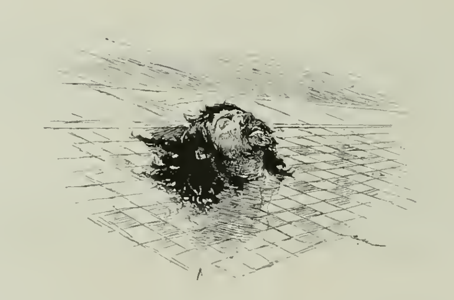
Las varias y terribles sensaciones,
Que en el espacio de la noche aquella
El alma generosa de Mudarra
Sacudieron con rápida violencia,

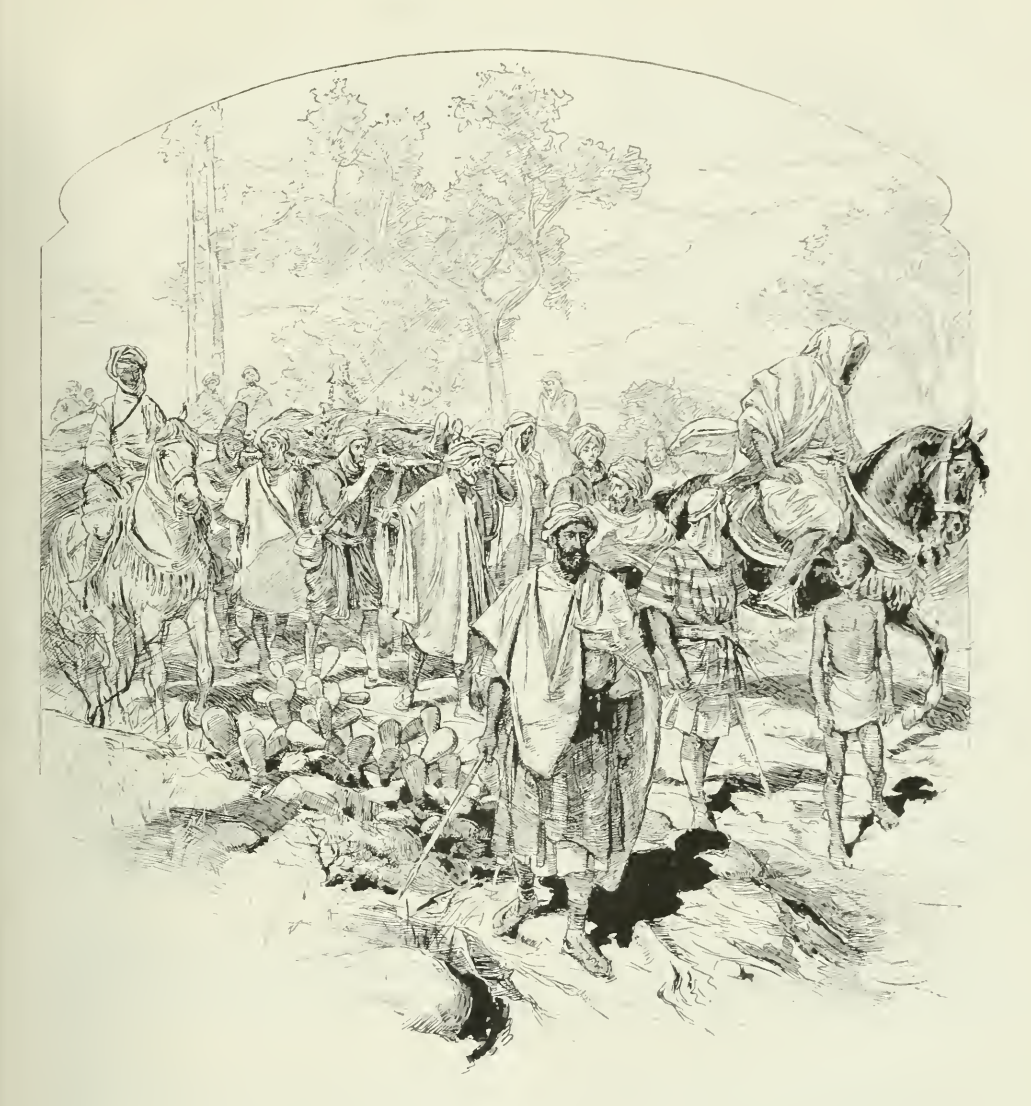
Su vigor agotaron; y abatido
En el moral cansancio, que la fuerza
A la imaginacion roba, yacía
Entre el tropel confuso que le cerca.

La muerte de Giafar, la suspirada
Revelacion de horrores tantos llena;
El hallarse de pronto un personaje
De alto nombre, de sangre tan excelsa,

De tan grande importancia, destinado
De monstruos á purgar la esclava tierra,
Y á ejercer la venganza de los cielos
Por gloriosos peligros de alta prueba;

Forman un monte inmenso, que separa
Pasado y porvenir de su existencia,
Y lo que fué, ocultando, un mar descubre
Borrascoso y envuelto en vaga niebla.





ROMANCE QUINTO

En medio de los jinetes
Viene un monumento armado,
Y dentro del monumento
Viene un ataud de palo,
Y dentro del ataud
Venia un cuerpo finado.

Romance antiguo.

Leida la carta ó letra, cayó
En tierra, privada de fabla y sentido.
Y de todo punto el ánima dió,
Non menos llagada que la triste Dido.
E luego las otras el mas dolorido
Duelo comenzaron, que jamás se falla
Ser fecho en el mundo...

Comedieta de Ponza, obra inédita del marqués de Santillana.

La fresca aurora de risueño nácar
Tiñó las nieblas, que del ancho rio
A coronar se alzaron en la noche
De la ciudad los régios edificios;

Y sus primeros rayos, en la cima
De la alta sierra al matizar los riscos,
La caravana fugitiva vieron,
En que Mudarra va tras su destino.

Con el primer crepúsculo en la falda
Un bulto descubrióse al tiempo mismo,
De hácia la fuente del Amir bajando
Entre los madroñales y lentiscos.

Los pastores del llano, que tornaban
A su inocente y plácido ejercicio,
Despues de haber pasado en blando sueño
La sosegada noche, al descubrirlo,

Y al ver se acerca con incierta planta,
Sin seguir senda alguna, dando giros,
Cayendo y levantando; en él los ojos
Casi con sobresalto tienen fijos.

Los mastines tambien que lo advirtieron,
Vigilantes alzando sus ladridos,
A encontrarle volaron. Dos zagales
Con piedras contenerlos y con silbos

No pudiendo lograr, tras ellos corren;
Y al acercarse al sospechoso sitio,
Ven que el bulto es un negro de anchos hombros,
Que arrastraba un ropon medio caido.

Aproxímanse más, y con asombro
Encuéntranlo espirante y semivivo,
La frente hendida de furioso golpe,
Y cuerpo y ropa y todo en sangre tinto.

Al escucharle con penoso labio,
«¿Dónde estoy? exclamar, ¡socorro, amigos!»
En lástima tornando el miedo, pronto
Se llegan y le ayudan compasivos;

Y calmando el furor de los mastines,
Sobre los hombros sácanle al camino,
Y no sin gran trabajo le conducen
Con lento paso al pastoril abrigo.

Pronto fué en él de todos los pastores,
Ya extendida la luz, reconocido
Por Muley, el diestrísimo flechero,
Esclavo de Giafar y favorito.

Pásmanse al verle en tan terrible estado,
Y el viejo mayoral de aquel aprisco
Examina la herida peligrosa,
Que mana sangre entre los toscos rizos

De la hirsuta cabeza, y áun le aplica
Bálsamo de romero y de tomillo;
Refrigerando al triste moribundo
Con tibia leche el labio blanquecino.

El infeliz, que estaba ya luchando
Con las postreras ansias, sumergido
En desmayo letal, por un momento
Da corta muestra de engañoso alivio;

Para aumentar las dudas y el asombro
De los que en torno están, ansiando indicios
Que aclaren, si la herida del esclavo
Es golpe vil de bárbaro asesino.

Abre los ojos pues, ya con las sombras
De la muerte vidriados y marchitos:
Los gira en rededor, y no conoce
Al viejo mayoral que le da asilo.

Tuerce los brazos, hierve su hondo pecho.
Tiemblan ya sin vigor los miembros frios,
Y haciendo esfuerzos impotentes, lanza
Agudos ayes, roncos alaridos;

Y de repente alzarse procurando,
Con claras muestras de mortal delirio,
Tales palabras dislocadas dice,
Interrumpidas con horrendos gritos:

«Mandado fuí... ¿quién resistir pudiera
Su omnipotente voz?... ¿quién?... yo... yo el tiro
Erré con voluntad... ¡Jóven gallardo!
No era dado matarte al brazo mio.

»Mas ¡ay! yo le engañé... ¡qué horror!»... Tornóse
Su débil voz en áspero alarido,
Y derribóse sobre toscas pieles,
Envuelto en espantoso parasismo.

El viejo mayoral de nuevo aplica
Leche á los labios, y con un rocío
De agua fresca humedece el negro rostro
Del infeliz, que helado y convulsivo

Da vuelcos, sin que puedan dos pastores
Sus miembros sujetar. Al fin rendido,
Quedó como un cadáver: luégo vuelve
En sí más sosegado, más tranquilo,

Y muestras da de conocer la choza,
Y al mayoral tambien. Lanza un suspiro,
Y con voz desmayada: «Sí, prosigue,
No es sueño, ni ilusion... ¡ah! yo lo he visto.—

»¿Qué? le preguntan. Escuchad, responde:
Despues que el brazo injusto y vengativo
Hendió mi frente y confundióme en tierra,
Sonaron dos alfanjes, y un gemido.

»Luégo reinó silencio... En sed ardia,
Y en la cercana fuente hallar alivio
Quise... Me esfuerzo, y sin vigor arrastro
Mi cuerpo por las ramas y los riscos.

»Llego al lugar ansiado, y de repente
En tierra desangrado... ¡qué horror!... miro
A Giafar!—¡A Giafar!» los circunstantes
Repiten á una voz despavoridos,

Al escuchar tan poderoso nombre.
«Sí, prosigue Muley; Giafar, amigos,
Giafar, no me engañé, que en su semblante
Daba la luna; y á su lado mismo

»En pié se alzaba formidable espectro,
Con los desnudos brazos extendidos,
Y con tal apariencia, que yo al verle,
Quisiera confundirme en el abismo.

»Y torné á desmayarme, ya olvidado
De la sed que abrasaba el pecho mio,
Y de nuevo quedé como sin vida,
Sobre las hojas áridas tendido.

»Mas despues de un gran rato recobréme,
Volví á ver á Giafar claro y distinto,
Entre confusa turba de fantasmas,
Que le arrastraban, prorumpiendo en gritos

»De gozoso furor, por un gran lago
De sangre, que inundaba aquel recinto;
Y las palmas batian, con risadas
Del otro mundo; y con los labios fijos

»Ví muchas de ellas en la horrenda herida
Del pecho de Giafar cárdeno y frio
Beber la sangre; y otras desgarraban
La llaga, ya honda sima.» El semi-vivo

Negro no pudo más: terror helado
Le atajó las palabras; confundidos
Quedaron de escucharle los pastores,
Y en nueva convulsion se hundió el mezquino.—

¡Oh justo cielo! ¿tan terrible escena
Vió en realidad? ¿Acaso los sentidos
De Muley, perturbados con la herida,
Cómplice de Giafar en los delitos,

Sus bárbaras crueldades no ignorando,
Y entregado al influjo de un delirio,
Miró cual ciertos en aquel instante
De su imaginacion los extravíos?

¿Acaso de la sierra leñadores,
O habitantes tal vez desconocidos,
De Giafar el cadáver circundaron;
Y el negro, desangrado y sin juicio,

Víctima del terror, sombras, fantasmas
Los juzgó sin cordura? ¿Acaso quiso
La justicia tremenda del Eterno
Las terribles venganzas y castigos,

Que á los tiranos sanguinarios guarda,
Descubrir á un esclavo; y darle aviso
Por medio tal al mundo?... ¡Quién penetra
Del Sér omnipotente los designios!

No volvió á hablar Muley: la helada muerte
Tomó pronto completo señorío
De su mísero cuerpo. Los pastores,
Pasmados de terror, y á un tiempo mismo

De confusion dudosa, nada pueden
Con certeza inferir de lo que ha dicho.
Que Giafar está muerto, y su cadáver
Insepulto no léjos de aquel sitio,

Coligen sólo; pero ¿quién dió el golpe?
¿Quién ha sido el mortal de tanto brio,
Que á tal coloso hirió? Quieren incautos
Los zagales, cual jóvenes sencillos,

Ir á buscar los míseros despojos
Del supremo Wacir; mas, advertido,
El mayoral anciano los contiene,
Temiendo de tal paso los peligros.

Ya el sol sus claras luces extendia
Por la inmensa llanura, y el bullicio
De la noble ciudad llenaba el aura;
Cuando de los mastines los ladridos,

Y de hombres, de caballos, de lebreles
El confuso rumor que allí vecino
Retumba, los pastores escuchando,
A Muley dejan, que el postrer suspiro

Lanzaba en aquel punto. De la choza
Salen curiosos, y de flecha á un tiro
Ven tropa de gallardos cazadores,
Que á la ciudad dirigen su camino

En desórden confuso, y que pasaron
Junto al redil. En ayes y alaridos
Van desahogando el corazon algunos;
Otros al alto cielo y hondo abismo

Van pidiendo venganza. Entre la turba
Seis esclavos á pié, de tosco pino
En palanquin humilde, con ramajes
Formado, blandas jaras y carrizos,

Llevan sobre los hombros un cadáver
De formidable aspecto, en sangre tinto,
Desgarradas las ropas, descubierto
El semblante, marcado con el signo

De la reprobacion. ¡Ay! Giafar era,
Que aunque muerto, inspiraba el miedo mismo,
Que cuando el cetro ó la invencible lanza
Empuñando, era númen de exterminio.

De aquella tropa que el cadáver lleva,
Era jefe Zeir el tunecino,
Al que ofreciera el bárbaro difunto
A Kerima inocente en sacrificio.

La anterior tarde en que citó á Mudarra,
Por medio de Muley, Giafar inicuo
Para la fuente del Amir, creyendo
Que iba en salvo á lograr su atroz designio;

Fingió que á disponer iba en la sierra
Una gran caza, y á Zeir le dijo,
Que á la mañana con los suyos fuese
A reunirse con él en aquel sitio.

Sin duda que encontraran del flechazo
Allí á Mudarra traspasado, quiso;
Así encubrir el alevoso golpe,
Y achacarle del monte á forajidos;

Mas la trama execrable el justo cielo
Omnipotente y vengador previno,
Y do creyó Giafar lograr un crímen,
Halló su confusion y su castigo.

A la primera luz de aquella aurora
El gallardo Zeir, que en el castillo
De Almodóvar gozaba el dulce otoño;
De un loco amor jamás correspondido

La posesion tiránica y terrible
Esperando lograr; con sus amigos,
Cazadores, ballestas y lebreles,
De la cita al lugar corre prescrito.

Agil adelantándose á su tropa,
Al avistar los árboles altivos,
Que del Amir la fuente sombreaban,
Puso á galope el potro berberisco;

Y sonando entre jaras y mimbreras
El dorado metal de los estribos,
Y hollando juncias y húmedos helechos,
Llegó solo hasta el rústico recinto,

De do asustado con su estruendo, alzóse
Volando un buitre, ensangrentado el pico,
Y un voraz lobo huyó por las malezas;
El potro al verlos, receloso, esquivo,

Ambas orejas adelante inclina,
Lanza por la nariz de fuego un rio,
En las flexibles piernas derribado,
Pone los brazos cual puntales fijos,

Y espeluza la crin. Al punto siente
Del agudo acicate el duro aviso,
Y se enarmona, y resoplando fiero,
Un matorral espeso y de un gran pino

El derribado tronco salva, y entra
De la fuente en el corto circuito.
Asombrado Zeir, halla un cadáver
Ante sí de repente: compasivo,

Más bien horrorizado, los arzones
Desocupa ligero: confundido
Reconoce á Giafar nadando en sangre,
Y la sierra atronó con ronco grito.

¡Oh, cuál halló al Wacir!... Que reluchando
Con ansias espantosas y martirios,
En desesperacion arrojó el alma,
Cualquiera, al encontrarle, hubiera dicho·

Segun los rastros de esparcida sangre
Que cruzaban el prado, al ver teñidos
Tambien de sangre de la humilde fuente
Las flores y raudales cristalinos,

Tronchados los arbustos, arrancadas
Las cortezas de sauces y lentiscos,
Y el lívido cadáver destrozado,
Casi desnudo del ropaje rico,

La barba llena de sangriento lodo,
Con mil cárdenos golpes contundido,
El pecho hinchado, y la espantosa herida
Destrozada en reedor. Tal el navío,

Que asombro fué de mares y riberas,
Extendiendo soberbio su dominio
Por cuanto alumbra el sol, y que potente
Pavor impuso al cielo y al abismo;

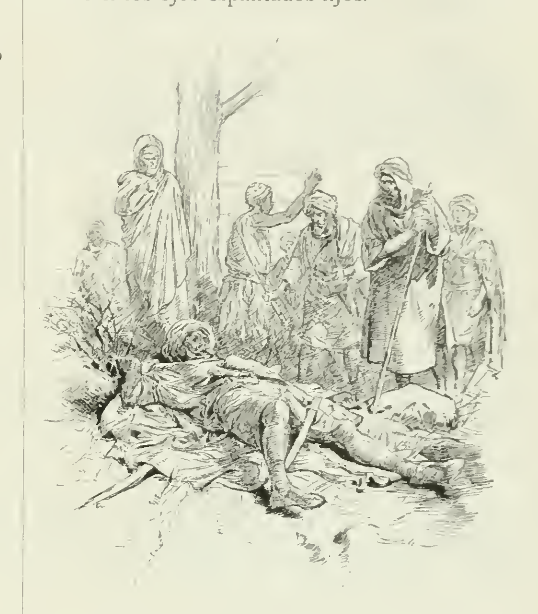
Del rugiente huracan arrebatado,
De un rayo vengador al cabo herido,
Y de las ondas con furor hinchadas
Tornado en ira su respeto antiguo,

Azotado; al través sobre la costa
Da en noche oscura, entre ásperos bajíos:
Y á la mañana encuéntrase volcado,
Trizas hecho el velámen, los erguidos

Mástiles rotos, el costado abierto,
Solo y abandonado, del Destino
Inexorable mísero despojo,
Del ponto que humilló, burla y ludibrio.

Llegó de bulliciosos cazadores
Pronto la alegre turba, y mudo y frio
Halla, el horrendo cuerpo contemplando,
Sin aliento y color á su caudillo.

En todos difundiéndose al instante
Igual terror y un pensamiento mismo,
En silencio circundan el cadáver,
Sobre él los ojos espantados fijos.



Tal turba de pastores, en la orilla
Del mar, desde las rocas el navío
Naufragado miraran, contemplando
Cuán grandes y tremendos habrán sido

De los descadenados elementos
El esfuerzo, el furor y el poderío,
Cuando vencer lograron tal coloso,
Y al mundo libertar con su exterminio.

Pasado el estupor y asombro incierto,
Que un horrible espectáculo imprevisto
Siempre ocasiona, procuraron todos
Buscar del matador algun indicio.

Una flecha clavada está en un tronco:
Mas no hay otro ninguno en aquel sitio,
Y parece la herida ser de alfanje
De aguda punta y de delgado filo.

Entre los matorrales otro lago
De fresca sangre encuentran, y caidos
En ella un arco y un carcaj: dos prendas
Que conocidas fueron al proviso

Por del negro Muley, aquel flechero
En Córdoba famoso por sus tiros,
Y á quien trajo el Wacir de Mauritania,
Con plaza en su favor y en su servicio.

Hallazgo tal, y la sangrienta estampa
De una mano en el tronco de un aliso,
Junto á la senda de la Albaida, aumentan
La comun confusion. Cerca un relincho

Escuchan; corren, y hallan el caballo
De Giafar, por la rienda atado á un pino.
Recógenlo; registran cuidadosos
Las cuevas, espesura y precipicios,

Y áun quedándose algunos en la sierra,
Por si pueden topar algun testigo
Y hacer nuevas pesquisas; los restantes
Reuniéndose á Zeir, el cuerpo frio

De Giafar á su alcázar conduciendo,
El llano atravesaron y el rastrillo
De la ciudad, y en funeral comparsa
De sus calles y plazas el bullicio.

Kerima en tanto en letargoso sueño
Templaba los afanes y martirios
De su pecho infeliz. Sólo dos dias
Quedaban ya del término prescrito

Por su padre cruel (plazo harto breve,
En que debe fijarse su destino),
Y ha cuatro que ni áun sabe qué es del jóven,
A quien rindiera el alma y albedrío.

Sola, encerrada, y escuchando siempre
Los consejos y cuentos desabridos
De la vieja nodriza, que empleaba
En cuerda de tormento su cariño;

Sin hallar un consuelo, una esperanza,
Yace desventurada en un abismo
De desesperacion. La alta firmeza
De su carácter, y la fuerza y brio

Del noble amor, que contrariado crece,
No alcanzan á ofrecerle ni un resquicio
De salvacion. La abruma su existencia;
Y sólo en el veneno ú el cuchillo

Recurso encuentra... ¡Mísera!... Privada
De sus siervas tambien, ni áun el respiro
Logra de que álguien su lamento escuche
Con semblante y silencio compasivos.

La nodriza, no más, á todas horas
Tiene á su lado, y de ambas al servicio
Sólo admitida estaba una cautiva,
A quien jamás la desdichada ha visto

Antes de su prision. Era cristiana
Y María su nombre, habiendo sido
Aprisionada en la invasion y saco
De un lugar castellano fronterizo.

Silenciosa á arreglar el aposento,
Cumpliendo silenciosa con su oficio,
En la cámara entraba; pero siempre
Teniendo á la nodriza por testigo.

La anterior tarde consiguió un momento
Hallar sola á Kerima de improviso;
Y con los ojos demostrarle supo
La compasion y el interés más vivo.

No tardó la doncella sin ventura,
Llena de gratitud, en descubrirlo;
Y de una vil cautiva las miradas
Para ella fueron celestial alivio.

Una alma destrozada lo halla siempre
Al ver un solo asomo, un leve signo
De tierna simpatía en el semblante,
Aun del sér más abyecto y abatido.

No era ya jóven la infeliz cristiana,
Y de beldad y de vigor marchito
Por los desastres, más que por los años,
Su angustiado semblante daba indicios.

Tornaron á mirarse ella y Kerima,
Y una y otra lanzaron un suspiro;
Y la cristiana la primera el labio
Movió, y turbada estas palabras dijo:

(Palabras, que si al pronto no entendidas,
Y en tal boca escuchadas, el principio
En la gentil doncella acaso fueron
De afectos de tan alto poderío,

Que su alma destrozada á nueva senda
Encaminaron por extraño giro,
Fijando de manera inesperada
Su oscuro porvenir y sus destinos.

Hay críticos momentos de la vida,
En que el objeto más trivial, ó el dicho
Más insignificante, en nuestras almas
Ejercen un tiránico dominio.

Así tal vez hácia fecundo suelo,
Cuando las lluvias, nieves y granizos
Preparado lo tienen, de otro clima
Arrastra el viento en raudo torbellino

Despreciable semilla, ó la conduce
Ave ligera en el delgado pico;
Y en la tierra cayendo, encuentra en ella
Para desarrollarse grato abrigo;

Y prende, y nace despreciable tallo,
Que es pronto arbusto, y que despues rollizo
Tronco á miles su especie multiplica,
Tornando el que fué prado, en bosque umbrío.)

Dijo pues la cristiana compasiva
A Kerima infeliz: «Dios es benigno:
Él puede remediar tus infortunios;
Pon tu esperanza en él, tendrás alivio.

»Si fueras de mi ley... si tú á la Madre
De nuestro Redentor, el que á su Hijo
Por tí rogase, humilde le pidieras,
Siendo justos, lograras tus designios.

»En ella tengo yo mi confianza:
Mira, mira su imágen, que conmigo
Sobre mi corazon llevo, y en ella
Cobrar mi patria y libertad confio.»

Diciendo así del seno una medalla
Sacó, do en cobre estaban esculpidos
Toscamente una Vírgen por un lado,
Y por otro un pequeño Crucifijo.

Como un extraño talisman Kerima
La miró con respeto y con prestigio,
Pues en grandes apuros y aflicciones
Cuando cerrado está todo camino,

Es propio alimentar aún esperanzas
En secretos influjos y en prodigios.
Y la cautiva continuó: «Señora,
Por todas las ajorcas y los ricos

»Joyeles de preciosa pedrería
Con que al sol deslumbrar, tal vez te he visto,
No trocara esta prenda... Mas si quieres,
Miéntras que dure tu afliccion, contigo

»Conservarla, gustosa te la dejo.» —
Kerima la tomó dando un suspiro,
Al cuello se la puso; y á su mente
Ocurrió el pensamiento al tiempo mismo,

De que tal vez en la mujer aquella
Medio le daba el cielo, más propicio,
De escribir á su amante, y en el caso
De apelar á la fuga, algun arbitrio.

Iba por estas nuevas esperanzas
A dar el primer paso, cuando vino
La nodriza importuna; y advirtiendo
Que ambas hablaban, con encono dijo

A la infeliz cristiana: «¿Cómo, perra,
Osas mover aquí tu labio indigno?
Trabajar y temblar te cumple sólo;
Pon que tuviste lengua en el olvido.

»Huye de mi presencia. Y tú, hija mia,
Prosiguió con Kerima, los oidos
¿Has podido prestar á las palabras
De esa idólatra vil?... Por cierto digno

»Es de tu alto nacer y de tus prendas
Permitir tal audacia.» — Un ceño altivo
Fué de Kerima la respuesta sólo,
Y la cristiana huyó dando un gemido.

La anciana lenguaraz larga corriente
Dió á sus discursos necios y prolijos,
Ya los tiempos presentes despreciando,
Ya elogios tributando á los antiguos:

Prodigó reprensiones y consejos,
Encomios al mancebo tunecino,
Injurias contra el Huérfano, y elogios
De Giafar al orgullo y poderío.

Refirió á la doncella, que su padre
En aquel punto, de Muley seguido,
Iba á la sierra, donde ya tenia
Citados á Zeir y á sus amigos

Para una caza; y le pintó indiscreta
El banquete, el festejo y regocijo,
Que para celebrar se preparaban,
Su boda, ó aún mejor, su sacrificio.

La infelice Kerima en tales cuentos
Sólo hallando tormentos y martirios,
Permaneció sobre su lecho, muda,
El rostro vuelto á la pared. Tendido

Estaba el manto de la noche, cuando
Creyendo la nodriza ya en tranquilo
Sueño á Kerima, acomodó cuidosa
La lámpara de bálsamo y el rico

Pabellon ormesí, y á lento paso
Fuése á buscar en el salon contiguo
Nueva conversacion con las esclavas,
O de reñir y murmurar motivos.

Libre de ella Kerima, largo curso
Dió á su imaginacion: ya entre peligros
Ve á su amante infelice, pues presiente
De su terrible padre los designios;

Ya piensa en que á gozar dos veces solas
Va del eterno sol el claro brillo,
Resuelta á que sus bodas y su muerte
Tengan efecto en un momento mismo.

Ya en volcánico amor arde su pecho,
Y le da para todo aliento y brio:
Ya en confuso terror se hunde mezquina,
Y encuentra por do quiera precipicios.

Está como el que cuenta los instantes
Que de vida le quedan, el suplicio
Inevitable ante sus ojos viendo,
Sin humano recurso. En sudor frio

Ora se inundan trémulos sus miembros,
Ora inmóviles quedan, convertidos
En insensible mármol. Ya sus ojos
En lágrimas prorumpen, como en gritos

Los ardorosos labios; ó ya aquellos,
Secos, se niegan al sabroso alivio
De lloro derramar, y estos, helados,
No permiten el paso ni á un suspiro.

En tan terrible estado, como suele
En el desierto inmenso al peregrino
De léjos ofrecerse un pobre arbusto,
O como en noche lóbrega al perdido

Caminante de luz harto lejana
Entre vapores el confuso brillo;
O como una remota hinchada vela
Al náufrago infeliz de un leño asido;

A la doncella se le ofrece acaso,
Por única esperanza en su conflicto,
La cristiana cautiva. Mas ¿qué puede
Un sér tan infeliz contra el Destino?

¡Ay!... el arbusto tierno, que verdea
En mitad del desierto, ni áun rocío
Tiene en sus ramas; la lejana lumbre
Es fuego fatuo, leve y fugitivo:

La vela que en el férvido horizonte
Preséntase indicando algun navío,
Es fantástica nube; y la cautiva
Consuelo harto impotente en tal peligro.

Si al ménos con Zelima, aquella esclava
Que era de sus secretos el archivo,
Y que de juventud, gracia y talento
Goza los poderosos atractivos,

Pudiera concertar... Acaso... acaso...
Pero ¡ay, que es la primera á quien prohibido
Le fué el comunicar con su señora,
Y su favor mirado cual delito!

No, no le queda á la infeliz Kerima
Ni el más remoto rayo, ni un resquicio
De terrestre esperanza... ¿Qué viviente
Puede en apuro tal serle de auxilio?

Harto la infortunada lo conoce;
Mas como la esperanza, del mezquino
Mortal inseparable compañera,
Con él camina hasta el sepulcro frio;

Quien la pierde en la tierra, la coloca
En el cielo, y aguarda algun prodigio
Que remedie sus males, trastornando
De la natura el uniforme giro.

Tal sucede á Kerima: su esperanza
Se acoge á los extraños desvaríos,
De encantos, talismanes y conjuros,
Y piérdese en un cáos de delirios.

Cuantas necias patrañas ha escuchado,
Con desprecio sin duda y con desvío,
A su nodriza y á sus siervas todas,
En su mente revuelve sin juicio;

Y torna su atencion á la medalla
De la cautiva, donde ve esculpidos
De figuras humanas los contornos,
Grave profanacion segun su rito (29):

Extrañeza tambien que da más peso
En su imaginacion á aquellos signos,
Pues al númen que rudos representan,
Con fervor pide proteccion y auxilio.

Como la arista, que á merced del viento
En la tormenta del ardiente estío,
Envuelta en blanco polvo leve gira
Entre los encontrados torbellinos,

Ya hasta las leves nubes se levanta
Salvando montes y hondos precipicios,
Ya por la seca tierra va arrastrando
Al través de llanuras y de riscos;

Pasó la noche toda la doncella
Luchando con su mísero destino,
Alzándose en falaces esperanzas,
Y hundiéndose en un ciego y hondo abismo;

Y cuando de la aurora mensajero
Apareció el lucero matutino,
Rendida de penar, en un letargo
Cayó, y templóse un rato su martirio.

Pues por más que, fantasmas voladoras,
En espectros informes y en vestiglos,
Al reedor de su lecho se agolparon
En gran tropel sus pensamientos mismos;

Al fin tornóse su letargo en sueño,
Por profundo y pesado harto tranquilo,
En que si no remedio á sus afanes,
El descanso logró que da el olvido.

Dormia pues, cuando el rumor confuso
De clamores, de llantos y alaridos,
Que al llegar de Giafar el cuerpo helado,
Retumbó en el magnífico edificio,



La despertó. Alzóse pavorosa,
Cual liebre que dormida entre tomillos
Oye el latir de galgos corredores,
Y del potro ligero los relinchos.

Vistióse de sus ropas más precisas,
Sin cuidar de pomposos atavíos,
Y fué á llamar, cuando se abrió la puerta,
Y la nodriza entró, que roncos gritos

Lanzando, y de dolor, de espanto y rabia,
En gesto y actitudes, dando indicios,
Así con voz ahogada, interrumpida,
Y de temblor no inteligible, dijo:

«El soberbio Almanzor logró su anhelo,
El triunfo consiguieron los impíos.
Corre, hija mia, corre, y que venganza
Te dé al punto Zeir del caso inicuo.

»¡Ay del imperio cordobés!... Kerima,
Si es el monarca Hixcen del cetro digno,
Dénos reparacion... ¡Ay hija amada!!!
Perezcan los infames asesinos...

»¡Oh gran Profeta!»—Aquí llegaba, cuando
Con extraño rumor y de improviso
La turba entró de sus esclavas todas,
Sobre sus frentes el terror escrito.

Kerima no comprende ni las voces
De la vieja irascible, ni el motivo
De tanta confusion; y á sus preguntas
Nadie osa responder. En tal conflicto

El primer pensamiento que le ocurre,
Es que de Hixcen renace el odio antiguo
Contra Giafar su padre, y que le quita
De nuevo su esplendor y poderío.

Sale pues presurosa de su estancia,
Que ya no es reclusion, y aunque impedirlo
Procura la nodriza, con sus siervas
Corre hácia donde suena el gran bullicio;

Y halla al fin el cadáver de su padre,
Sobre la alfombra en el salon tendido,
Do en otro tiempo el sin ventura Lara
Vió las siete cabezas de sus hijos.

Lo que pasó en Kerima en aquel punto,
No es mi labio capaz de describirlo:
De afectos tan contrarios fué su pecho
Alternativamente combatido,

Que imposible es, no sólo retratarlos,
Mas tambien comprenderlos: el permiso
De penetrar, está negado al hombre,
En tan ciego y confuso laberinto.

De dolor y de espanto fué aquel dia,
Y el siguiente ofreció nuevos motivos
De confusion, de horror y de despecho
A Kerima infeliz; pues cuando el brillo

Primero de la aurora en el oriente
Apareció, paróse ante el postigo
Del jardin del alcázar un caballo
Cubierto de sudor, y un campesino

Moro bajando de él, con gran presura
En los patios entró del edificio,
Preguntó por Zelima, y un instante
Le habló, y dióle una cosa. Al punto mismo

La favorita, sin perder momento,
Subió, y á su señora un rollo escrito,
Con un negro cordon en torno atado,
Entregó, y retiróse. Temblor frio

A Kerima agitó, y un largo espacio
Ni áun fuerza halló para romper el hilo
Que cerraba la carta misteriosa,
Dándole el corazon grandes latidos.

Repuesta al fin de la primer sorpresa,
Desarrolló el delgado pergamino,
Y leyó estos renglones espantosos,
Por una mano tembladora escritos:

Kerima: yo á tu padre he dado muerte;
Mas no fuí yo, fué sólo su Destino.
Le herí sin conocerle, defendiendo
La vida, que arrancarme aleve quiso.

Perdóname, mi bien: el justo cielo
Dirigió el duro golpe... Mas ¿qué digo?...
Para matarle sólo fuí engendrado:
Soy del noble señor de Lara hijo.

Yace en prisiones, y á salvarle vuelo,
A combatir al pérfido enemigo
De mi estirpe infeliz... Adios, Kerima.
En dando cumplimiento al deber mio,

La muerte buscaré: la muerte anhelo...
¿Cómo sin tí vivir? Aborrecido
Te debe ser quien te privó de padre...
Aborréceme!!!... Sí, yo, yo á mí mismo

Me aborrezco tambien. ¿Por qué aún no ignoro
La insigne sangre que en mi pecho abrigo?...
Adios, adios... Mi madre fué Zahira...
Que no pierda, por serlo, el merecido

Respeto que á su nombre tributaste.
Las flores, que circundan el recinto
De su sagrada tumba, no perezcan...
Pronto mi sombra en él buscará asilo.

Kerima apénas concluyó la carta,
Con desmayo letal á tierra vino,
En insensible mármol convertida,
Privada de calor y de sentidos.

¡Infelice!... ¡Mas, ay, no es más dichoso
El que la carta apasionada ha escrito,
Y que á Burgos camina á largo paso,
Con veinte esclavos y su anciano amigo!

Cuando al doblar la sierra, en su alta cumbre,
Volvió Mudarra el rostro enardecido
A la insigne ciudad, y entre la niebla
Descubrió los gigantes edificios,

La gran mezquita, las flexibles palmas,
El dorado alminar, y el claro rio
Serpenteando plácido y risueño
Entre verjeles, huertas y molinos;

Un vuelco dióle el corazon cuitado,
Y recobraron de él todo el dominio
En tropel los recuerdos de la infancia,
Y de su ardiente amor el fuego vivo;

Cual rey, que destronado algunas horas,
Torna triunfante en nuevo poderío
A sentarse en su trono. Los afectos
De horror, piedad, orgullo y heroismo,

Que al teñirse de sangre, al oir absorto
De su padre y familia los destinos,
Al saber su alto nombre, al consagrarse
A un gran deber cercado de peligros,

Se apoderaron de su pecho; al punto
De dar su adios postrero al patrio nido,
Y de darle tambien á su querida,
Desparecieron. Uno de los riscos

Que en torno lo cercaban, ser quisiera,
Para jamás moverse de aquel sitio,
En que plantado, envidia las raíces
Del grueso roble y del gigante pino.

Zaide prudente, sin decirle nada,
De su caballo asiendo, enternecido
Le hizo pasar la cumbre, y á sus ojos
Córdoba se ocultó. Lanzó un suspiro

El garzon angustiado: todo el dia
Guardó tenaz silencio, sumergido
En un mar de dolor. Las más violentas
Pasiones, los afectos más distintos

Juntábanse, ó tal vez se sucedian,
Cual las olas del mar embravecido,
O cual las nubes rápidas de otoño,
Que el cielo cruzan con incierto giro

En fantásticas formas; y apurando
Del infierno implacable los suplicios,
Concibe al porvenir horror y tedio,
Y por lo que pasó, ciego delirio.

Cerca del Carpio les cogió la noche:
Un pariente de Zaide su castillo,
Inexpugnable entónces, gobernaba,
Y en él se recogieron sin peligro.

Allí el mancebo falto de reposo,
A Kerima escribió, y á un campesino
Despachó á toda brida, y encargóle
Dar la carta á Zelima con sigilo.

Aquellos cazadores, que en la sierra
Quedaron á buscar rastros ó indicios
De quién mató al Wacir, al fin tornaron
A Córdoba alterada, al tiempo mismo

Que entró en ella del Carpio el mensajero,
Y refieren el viaje repentino
De Mudarra con Zaide, y las palabras
Y muerte de Muley en el aprisco.

Y cuentan vagas nuevas, que en la selva
A varios leñadores han oido,
De cómo hallaron á la media noche
El cuerpo helado en el lugar sombrío.

De un solitario, que de luengos años
Habita de la sierra entre los riscos,
Dicen, que oyó tambien el sordo estruendo
De dos alfanjes, que bajó á aquel sitio,

Halló muerto al Wacir, y oyó los pasos
De álguien que se alejaba fugitivo
Hácia la Albaida; y sobre todo afirman
Que hay un pastor, que del Amir ha visto

En la fuente á Mudarra, cuando el dia
Se ocultaba en ocaso.—En los corrillos
Del pueblo estas noticias se difunden,
Y se aumentan con cuentos y prodigios;

Y toda la ciudad, con fundamento
Sospecha ya quién de Giafar ha sido
El matador, y en su enlutado alcázar
Se asegura por cierto y positivo,

Que es Mudarra. Furiosa con tal nueva
Lanzando la nodriza roncos gritos,
Y maldiciendo al Huérfano infelice,
Y á Zaide, y á Almanzor, y á los impíos,

Sube á martirizar con la noticia,
Con sus imprecaciones y delirios
A Kerima inocente. En su aposento
La halla rendida en tierra, sin sentido,

La hermosa faz helada, las mejillas
Sin color y sin luz, secos, marchitos
Los ojos, y en sus labios anhelantes
Sonando apénas sepulcral quejido.

Y la que á procurar iba imprudente
Con su cólera necia el daño mismo,
Hecho hallándolo ya, de horror se pasma,
Grita, llama á las siervas, su cariño

Por la infeliz exhala en tierno lloro,
Estréchala en su seno, el rostro frio
Le sella con los labios, y la nombra
Con maternal amor. De sus gemidos

Asustadas acorren con presura
Las esclavas, colocan sobre el rico
Lecho á su yerta exánime señora,
Y dánle los socorros más precisos.

Sobre la alfombra en tanto alguna de ellas
Ve acaso de Mudarra el pergamino,
Curiosa lo recorre, y asombrada
Al encontrar en él tan buen testigo

De aquel suceso, y claros y patentes
Tan extraños secretos; al proviso
Corre al salon, donde aún estaba el cuerpo
Cercado de parientes y de amigos,

Guardias y esclavos; y mostró la carta,
Que de horror y sorpresa en un abismo
Hundió los corazones, descubriendo
Misterios tales.—Que Mudarra es hijo

De Lara y de Zahira, se difunde
Pronto por la ciudad; y los antiguos
Sucesos recordando, admiran todos
Del cielo inescrutable los jüicios.

Kerima, ¡desdichada! de sus siervas
Y nodriza en los brazos, los sentidos
Poco á poco cobró; mas ¡ay! hundida
En mortífera fiebre, que el maligno

Influjo en sus entrañas ejerciendo,
Entregando su mente á atroz delirio,
Y el corazon quemándole, postrada
Dejóla y en gravísimo peligro.

Confusion nueva en el doliente alcázar
Este nuevo desastre repentino,
Y en Córdoba esparció; pues la doncella
Era con gran respeto y gran cariño

Adorada, no sólo en su palacio,
Sino tambien en la ciudad. Reunidos
Fueron todos los físicos más doctos,
Y los más poderosos y exquisitos

Remedios practicados. ¡Ah! diez veces
El sol bajó al ocaso sin que alivio
Hallase la infeliz... ¡Cuántos trastornos
Empeoraron en tanto su destino!

La pompa funeral con que el cadáver
Del Wacir fué al sepulcro conducido,
Se vió atacada por furiosa plebe,
Que en el cuerpo insensible saciar quiso

El odio y el rencor, que le inspirara
Con sus atrocidades cuando vivo;
Y dispersando el fúnebre cortejo,
Despedazó feroz los restos frios.

De Alcaide y de Wacir los graves cargos
A Abdimelik, el sucesor y el hijo
Del Hagib Almanzor, al punto fueron
Por Hixcen y Sabeya conferidos:

Ultimo golpe al poderoso bando
De Giafar, y á su excelso poderío,
Pues los primeros cargos del imperio
Reuniéronse por fin en su enemigo.

El opulento alcázar sin cabeza
Fué escena de desórden inaudito,
Y su inmenso tesoro saqueado
Por una turba vil de advenedizos,

Que deudos se llamaban y parientes,
Sin haber quien pudiese reprimirlos;
A la par que de esclavos y libertos
Codicioso escuadron, roto el prestigio

De obediencia y temor, dió larga rienda
A escándalo, insolencia y latrocinio.
La fiel nodriza y un liberto honrado,
De la familia servidor antiguo,

Sin poder oponerse á tal torrente
De iniquidad, llorábanlo, y aviso
Dieron á Osman, un respetable anciano,
Aunque contrario de Giafar, su primo.



Este, que retirado de la corte
Habitaba de Estepa en el castillo,
A mirar por la huérfana infelice,
Y á remediar tanto desórden, vino.

A la décima luz logró Kerima
De sus dolencias físicas alivio;
Desparecció la fiebre abrasadora,
De sueño disfrutó dulce y tranquilo;

Y poco á poco recobró la vida,
Tornando á la salud. ¡Cielo benigno!
¡Qué vida y qué salud!... ¿Dónde las rosas
De sus tersas mejillas?... ¿Dónde el brillo

De sus radiantes ojos?... ¿De sus labios
Dónde el fresco jazmin?... Y el expresivo
Fuego celeste que en su todo ardia,
¿Cómo así se apagó, y es hielo frio?...

El cáncer destructor quedó en su alma,
Devorándola está furioso y vivo,
Y más y más ahondándose: su mente
Desarreglada, su carácter mismo

Trocado lo demuestran. Vaga idea
Conserva de sus males: siempre fijo
Un pensamiento solo la domina;
Mudarra, nada más. Sí, de contino

Le tiene ante sus ojos, en mil formas,
En situaciones mil. Ya su delirio
Es á todos patente. Aunque en silencio
Pasa los largos dias, sus caprichos

Extraños, y el romper tal vez en lloro,
En risadas tal vez, tal vez en gritos;
Y sus raras preguntas y ademanes
Dan de su estado miserable indicios.

Tan sólo la cautiva castellana
Admite con placer á su servicio,
Y embebida, pendiente de su labio,
La escucha de su tierra mil prodigios,

Milagros y fantásticas escenas,
Apariciones, prácticas y ritos,
Y los bandos de Lara y de Velazquez,
Lances, batallas, muertes y amoríos.

Con grande afan conserva siempre al cuello
La medalla de cobre, aunque sombrío
Terror le inspira, sin dudar un punto,
Cuán terrible poder le es concedido.

La nodriza gimiendo, á su Kerima
Ve en situacion tan mísera: su tio
Con dolor la contempla; el pueblo todo
Con lástima y asombro compasivo.

El mancebo Zeir, aquel amante
Tan ardiente y tenaz, comienza tibio
A demostrarse, y del empeño cede,
Que sostener con tanta fuerza quiso.

Pasaba en el jardin la desdichada
Contínuas horas; mas su afan prolijo
Por las flores tampoco ya la anima,
Y con indiferencia y ceño esquivo

Muertas las ve en los vasos de alabastro,
Sin tener más consuelo que el rocío,
Y por los descuidados arriates,
Los tallos secos y el verdor marchito.

Una tarde que sola recorria,
Con planta incierta y con los ojos fijos
En tierra, su verjel, acaso abierto
De la extendida cerca halló el postigo;

Y como suele de la jaula estrecha,
Donde más que cantó, lloró cautivo,
Si la puerta quebranta, al manso viento
Lanzarse en vuelo raudo el pajarillo;

Rápida así lanzóse de carrera
En la selva inmediata, y el contiguo
Campo cruzó veloce, de Zahira
Dirigiendo á la tumba su camino.

Allá llegó anhelante y sudorosa,
Y al entrar en el lúgubre recinto,
De rodillas cayó sobre la yerba,
Tendió los ojos, y rompió en gemidos.

¡Cuánto afan, cuánto dulce pensamiento,
Cuánta memoria amarga, en aquel sitio
Invadieron su pecho, destrozado
Del infortunio por el crudo filo!

El mármol que á la tierna madre cubre
Del objeto que el alma le ha encendido;
Las flores á su amor recomendadas,
Y que faltas de riego y de cultivo,

Yacen ahogadas en bastardas yerbas;
Los fúnebres cipreses, que testigos
Fueron de la embriaguez con que su pecho
Se abrió á un amor funesto, que el Destino

Inexorable contrarió; y la banda,
Aunque rasgada y el color perdido
Por los vientos y lluvias, todavía
Ondeando atada en el laurel altivo;

Todo lo mira con turbados ojos;
Y los recuerdos donde quiera escritos
De su pasion desventurada hallando,
Y de sus infortunios el principio;

La faz bañada en lágrimas inclina,
Y soltando la rienda á sus delirios,
Sueña despierta, y con la mente vaga
Por ciegos y confusos laberintos.

Mas ¡ay! no solamente lo pasado
En su imaginacion claro y distinto
Cual presente se pinta: cual presente
Tambien un porvenir, ó un desvarío

En ella se figura... ¡Oh Dios!... la sombra
De su adorado amante (él se lo ha dicho)
Allí el reposo buscará... Su amante
Corrió en pos de venganzas y peligros. .

Cielos! Llegó el momento? Llegó el punto
En que ya leve sombra, aquel recinto,
Impalpable, invisible acaso habite,
Y en torno de ella vuele en mudo giro?...

Al concebir tan hondo pensamiento,
De terror y consuelo á un tiempo mismo,
Alza la faz, retiembla, en torno mueve
Espantados los ojos, y el oído

Aplica con afan al rumor vago
Que formaba en los árboles sombríos
El viento que arreciaba, y á unos golpes
Que sonaban lejanos y distintos.

Eran estos causados por las varas
Con que el bosque de acebos y de olivos
Despojaba la turba labradora,
En cosecha feliz, del fruto opimo.

Escuchó á poco la infeliz Kerima
De los toscos cantares el sonido,
Con que estando la tarde ya mediada,
Se daba fin al rústico ejercicio.

Una voz, aunque recia, muy sonora,
Y cuyos dejos fueron repetidos
Por los ecos del monte, así cantando
Resonó por las selvas y los riscos:



Inocente tortolilla,
¿Qué buscas entre estos ramos?
¿A quién, ¡desdichada! arrullas
En un nido solitario?

En donde tus dichas fueron,
Sólo hay recuerdos amargos;
Y es el vivir de memorias
El tormento más pesado.

Aquel árbol, que pomposo
Os dió fresca sombra, ufano
De saber vuestros secretos,
De ocultar vuestros halagos;

Héle allí negro, desnudo,
El grueso tronco quemado...
Bramó ronca la tormenta,
Y cebóse en él un rayo.

El cristalino arroyuelo,
Que entre hermosas flores manso
Templó vuestro fuego ardiente,
De vuestros besos gozando;

Es ya una rambla de arena
De tal aridez y espanto,
Que esmaltan su seca orilla
En vez de flores, lagartos.

Mas, ¡cuitada!... ¿qué te importa
Ni el arroyuelo, ni el árbol,
Si sólo á tu amante buscas
Y gimes por él en vano?

Pronto para tí cobraran,
Si consiguieses hallarlo,
Este su lozana pompa,
Aquel sus raudales claros.

¡Ay, que el sañudo Destino
Que al uno abrasó tirano,
Que al otro secó inclemente,
A tí te robó tu encanto!

Por un huracan deshecho,
Tu bien de tí separado
Llorando tu ausencia vaga
Solo, por bosques extraños,

Donde el cazador astuto,
Tendida la cuerda al arco,
Le acecha, y de roja sangre
Manchará su pecho blanco.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Morireis dichosos ambos.

Cesó la voz, y en armonioso coro
La turba repitió de campesinos
Los cuatro últimos versos. En seguida
Todo quedó en silencio sumergido.

En su imaginacion acalorada
A la doncella celestial aviso
El rústico cantar se le figura,
Retiembla, y en sudor se inunda frio.

Vuela, pobre tortolilla,
Vuela á morir á su lado;
Que si una flecha os da muerte,
Morireis dichosos ambos;

Repite en hondo acento, y entregada
A frenesí vehemente y repentino,
Álzase, del laurel la banda quita,
Ronca gritando: «Este despojo es mio.»

Se la tercia en el pecho, salta fuera
Con ágil pié del fúnebre recinto,
Y veloz hácia el monte se dirige,
Sin buscar senda ni seguir camino.

Quien la hubiese encontrado de repente,
Desnuda el cuello, desceñida el cinto,
Suelta y volando á par de sus cabellos
La blanca toca de delgado lino,

Pendiente al hombro la rompida banda,
Y en medio de su pecho, fugitivos
Relámpagos formando el sol poniente
De la medalla en el pequeño disco;

Y sus ojos brillantes y espantados,
Y sus aéreas formas; en tal sitio,
Y en tal momento, y en aquella tarde;
Que era una aparicion hubiera dicho.

El sol al occidente declinaba:
En ráfagas violentas nuevo brio
Cobraba el viento, alzando en la llanura
De seco polvo blancos remolinos.

Cruzaban el espacio densas nubes,
Y se iban apiñando, al modo mismo
Que se apiñan los tristes pensamientos
En la mente infeliz del afligido.

Gruesas gotas escasas, esparcidas,
Azotaban el suelo: repentinos
Lampos el horizonte amedrentaban;
Y cual en selva oscura los rugidos

Retumban de un leon, lejanos truenos
En la turbada atmósfera. El abrigo
Buscaban de las peñas los ganados,
Los hombres de sus techos el asilo:

Sólo Kerima impávida prosigue.
En saliendo del bosque, ve el castillo
De la Albaida inmediato; se acrecienta
Su frenesí; trepando por los riscos,

Corre á lanzarse en él... Mas de repente,
Que no está ya su amante en aquel sitio,
Le dice su memoria; y despechada,
A la siniestra mano, entre lentiscos,

Madroñales y zarzas, una senda
Toma, por do cansada y sin respiro,
Sube la falda de la sierra. En tanto
Creció la tempestad: ya gruesos rios

Tornados con la lluvia los arroyos,
Bramaban en los hondos precipicios:
Silbaba el huracan, y furibundo
Desarraigaba los añosos pinos;

Y allá en la excelsa y erizada cumbre
Sacaba los peñascos de sus quicios:
Tales los truenos eran, que turbado
El orbe retemblaba á su estampido.

Un mar de fuego era el espacio á veces,
A veces ciega noche, á que mezquino
Rayo de sol, muriendo en el ocaso,
Daba de horrenda luz pálidos visos.

Tiembla por fin Kerima; ansiosa busca
En donde guarecerse: allí vecinos
Ve unos árboles altos y pomposos;
Corre á encontrar bajo el ramaje abrigo.

Oh Dios! á dónde entró!!! dónde? En la fuente
Del Amir. Aunque rara vez ha visto
Aquel lugar terrible, lo conoce
Por desdicha al momento. En el abismo

Mejor quisiera haber entrado. ¡Cielos!
Un piélago de sangre es aquel sitio
A sus ojos, y en medio ve el espectro
De su padre feroz, que vengativo

La acusa, y la maldice, y la señala
Al cielo como objeto de extermìnio,
Víctima de expiacion. La sin ventura
Se siente convertir en mármol frio,

Y escondiendo la frente con los brazos
Apóyase en el tronco de un gran pino,
Al mismo tiempo que el sañudo viento
Tronchó bramando su ramaje altivo,

Con horrendo fragor. ¡Pobre Kerima!
En pánico terror su pecho hundido,
Juzga que el cielo y tierra conjurados
De su loca pasion le dan castigo,

Y que allí la confunden, porque huella
La sangre de su padre, al asesino
Ciega buscando allí. Tal pensamiento,
Al par que la horroriza, le da brios

Para ponerse en fuga, y por lo ménos
Lograr la muerte léjos de aquel sitio;
Y huye veloce con incierta planta,
Por la intrincada sierra, cuando un grito

Oyó, que «¡Gala!... ¡Gala!» repetia.
Este era el nombre de su madre: oirlo
De consuelo le fué. Torna la frente,
Y ve detrás de sí claro y distinto

Un verdadero espectro. Era un anciano
De edad muy avanzada, pero erguido,
Agil y fuerte. Su cabello y barba
Blancos como la nieve, en crespos rizos

Inundaban su cuello y su cintura,
En la lluvia empapados. Su vestido
Era una parda túnica y un manto,
Cuyos pliegues, del viento sacudidos,

El agua de las nubes goteaban;
Y al través de malezas y de riscos
Corria en pos de la infeliz Kerima,
A quien ya ataja el paso un precipicio.

Al réprobo monarca de Judea
Así tal vez en más remoto siglo,
Se apareció de Samuel la sombra,
De la maga de Endor por los hechizos.

La doncella infelice ya no pudo
Resistir el terror: un alarido
Lanzó al verle llegar, y desmayada
Le faltaron los piés, y á tierra vino.

Llegó el anciano, en su turbado aspecto
Mil afectos notándose distintos:
En la doncella inmoble un breve instante
Clavó los ojos con espanto fijos;

Y de pronto doblando una rodilla,
La faz rugosa, do el dolor más vivo
Pintado estaba, los desnudos brazos,
Descarnados y secos, y un gemido

Levantó al cielo tronador. Y luégo
Cuidoso, sobre el cuerpo yerto y frio
De Kerima infeliz, suspendió el manto,
Del recio temporal dándole abrigo.

Malta, 1829

NOTA DEL PRECEDENTE ROMANCE

(29) La ley de Mahoma prohibe expresamente, con el objeto sin duda de evitar la idolatría, el esculpir ó pintar figuras humanas.





ROMANCE SEXTO

> En el castillo de Luna
> Teneis al anciano preso.
> . . . .
> Cansadas ya las paredes
> De guardar tan largo tiempo
> A quien recibieron mozo,
> Y ya le ven cano y ciego.
>
> *Romancero de Bernardo del Carpio.*

Otra escena se ofrece ante mis ojos:
Ya no son las florestas y campiñas
Por donde el curso majestoso extiende
Guadalquivir, gran rey de Andalucía;

Ni la sierra feraz, que al puro cielo,
Ignorando que hay nieve, alza la cima
De peñascos y musgo coronada,
De flores odorantes y de olivas;

Miéntras verjeles, huertas y jardines
Sus deliciosas faldas entapizan,
Embalsamando el vaporoso ambiente,
Que azahares y jazmin blando respira;

Ni la insigne ciudad, cuyo alto nombre,
Gigantesco poder y gloria antigua
La fama ensalza, las historias cuentan,
Y su templo y sus muros testifican.

¡Córdoba insigne!... ¡Oh patria, dulce patria!
En cuyo seno de la luz del dia
Gocé la primer vez, en cuyo seno
Disfruté el tierno amor y las caricias,

Tesoro de la infancia. Si en tus bosques,
Encantadas llanuras y colinas,
De mi niñez y juventud llenaron
Las horas, que han pasado fugitivas,

De tu grandeza insigne los recuerdos;
Volando en torno de la mente mia
Las sombras de tus héroes generosos,
Cual de una planta nueva en torno giran

Las mariposas del risueño mayo;
Jamás mi amor á tí, jamás se entibia,
Ni de mi pensamiento un punto sales,
Desde que arrastro en extranjeros climas

La vida, ha tantos años sustentada
Con el amargo pan de la desdicha,
Y aún más con la esperanza de que al cabo
Logren en tí reposo mis cenizas.

Tú reinas en mi pecho, aunque mi mente,
De tus héroes en pos, hoy por distintas
Tierras se espacie, y por remotos siglos,
Sus hazañas buscando esclarecidas.

Sí, de Mudarra y del prudente Zaide
Se arroja en pos mi suelta fantasía,
Del imperio andaluz salva los lindes,
Y vuela por los campos de Castilla.

Oscuro el cielo entre reacias nubes,
Y entre nieblas oculto blanquecinas;
Desnudo el suelo, donde invierno crudo
Su rigor y sus sañas ejercita;

Y un horizonte de hórridas montañas,
Que con peñascos áridos se erizan,
Do nacen sólo verdinegros pinos,
Y que abruman las nieves me lo indican.

Allí el Arlanza, allí: si en el estío
Ufano se corona con espigas,
Ahora entre hielos ásperos sus aguas,
Turbias y perezosas se deslizan.

Ya la ciudad descubro belicosa,
Que es de los Condes castellanos silla:
¡De la corte de Hixcen el poderoso,
En todo cuán diversa y cuán distinta!

No, cual Córdoba, al cielo de zafiro
Alza opulenta las gallardas cimbrias
Burgos naciente, ni de mármol y oro
Alminares altísimos empina.

Gruesos muros levanta y torreones
De tosca piedra, donde el sol no brilla;
Pero que á las tormentas y huracanes,
Y al furor de la guerra desafian.

No de riquezas bárbaras henchidos
Sus palacios están, ni de exquisitas
Telas del rico oriente entapizados,
Ni el regalo y las ciencias los habitan.

No suena, al despuntar la clara aurora,
La voz del Almuheden, que el nuevo dia,
Anunciando á los hombres, á que acudan
Con sus ruegos al templo, les convida.

En su lugar la atmósfera ensordecen
Gruesas campanas de metal, que vibran
Melancólicos sones, convocando
A celebrar las prácticas divinas.

No en las calles la voz de las escuelas
Se escucha, ni el bullicio y alegría
En abundantes plazas, ni el estruendo
De talleres, telares y oficinas;

Sólo resuena en Burgos el martillo,
Que sobre el duro ayunque se ejercita,
En arneses tornando el fuerte acero,
Ya templado en las fraguas encendidas:

El monótono canto de los coros
De conventos, parroquias y capillas,
Y el confuso rumor de un pueblo pobre
Y taciturno, que en las calles gira.

Y los campos... ¡oh Dios, cuán diferentes!
Allá los labradores en cuadrilla,
Casi desnudos, y cantando ledos
Tras de los tardos bueyes fecundizan

Los pingües sulcos, y feraz cosecha,
Premio de su sudor, segura miran;
Miéntras pobre gañan aquí, luchando
Con tierra ingrata y con adusto clima,

En pos de ágiles mulas rompe el suelo,
Temiendo de su afan y su fatiga
El fruto ver en su verdor talado
Por invasoras huestes enemigas;

O robado si no, cuando maduro,
Por el monje sagaz, por la codicia
Del tirano señor, ó con violencia
Por forajidos que en el monte habitan.

Finalmente, aquel siglo el sol eterno
En las tierras de Bétis descubria
Un imperio ilustrado y poderoso,
Una grande nacion, acorde y rica,

Ya en la alta cumbre, y anunciando acaso
Su próximo descenso y su ruina
El supremo poder de sus monarcas,
Y del pueblo el amor á las delicias;

Y en la que Arlanza con sus aguas mide,
Un estado naciente, una conquista,
Gobierno sin vigor, inciertas leyes,
Crasa ignorancia á la pobreza unida,

Bandos feroces; mas tan noble brio,
Constancia tal y tanta valentía
Que presagiaban la grandeza inmensa
Que los cielos guardaban á Castilla.

Nueve leguas de Burgos en un llano,
Del Arlanza ocupando ambas orillas,
Descubro á Salas. De ladrillo y piedra
Una puente sus barrios comunica;

Y á un lado miro con soberbias torres,
El palacio de Lara. De aquel dia
En que en medio de fiestas y banquetes,
Vió Zaide los agüeros que advertian

Tanto desastre al infelice dueño,
Tanta desolacion á su familia,
¡Cuán distinto se ve!... Ciegan los fosos
Matorrales incultos, derruida

Está la poderosa barbacana,
El grueso muro abierto, de bravías
Hiedras vestido, y entre almenas rotas
Roncos los vientos en la cumbre silban.

Del homenaje la elevada torre,
Que tremoló, entre nieves y ventiscas,
Del linaje de Lara la bandera,
Es nido de las aves de rapiña.

El interior en todo corresponde
A tal desolacion: cardos y ortigas
Cubren el ancho patio, en que sacando
Con el ferrado pié del suelo chispas,

Los corceles de guerra se domaban,
Sufriendo apénas la apretada cincha,
Y do ladrando galgos y lebreles,
La hueca voz del caracol seguian.

La fuente rota está y enloda el suelo;
Desierta la escalera, donde un dia
De escuderos y pajes resonaban
Las voces, las risadas y las riñas.

De polvo entapizado el astillero,
Y ni una lanza en él: solas, vacías
Alcándaras, que ufanas encerraron
De azor y de neblí razas distintas.

Los cuadrados salones, que armaduras
Y pendones vistieron, sólo indican
Con mohosas escarpias, ya desnudos,
Cuánto templado acero los cubria.

Los altos artesones y techumbres,
Albergue de africanas golondrinas,
Dejan paso á las nieves y á los soles,
Rota la trabazon, pandas las vigas.

El estruendo sonoro del convite,
Cantos y juveniles alegrías,
Que en su cóncavo oscuro resonaron,
¿Cómo es silencio así de tumba fria?

Silencio que tan sólo interrumpido,
Para mayor horror tal vez, se mira
Con el quejido en la espantosa noche
Del buho y del murciélago; y de dia

Del gorrion con el osado vuelo
Que al pararse atrevido en la cornisa,
Le asusta el desconchado ó piedrezuela,
Que él mismo al suelo con rumor derriba.

Pero ¿qué importa, qué, tanto abandono?...
¿Qué donde quiera hallar muerte y ruina,
Si angustia aún más los ojos y la mente
Ver manchado con signo de ignominia,

De vil traicion con la espantosa marca,
Edificio de fama tan antigua?
La puerta principal y ventanaje
Están tapiados, y con negra tinta

Tiznados por la mano del verdugo
Los esmaltes, cuarteles y divisas
Del ancho escudo, honor del frontispicio;
El morrion en la elevada cima,

Tiene rotas las plumas y follajes,
Y de la gola en derredor ceñida
Una vil cuerda, que de infame muerte
Ser reo su señor al mundo indica.

Abandonado y yermo veinte años
Salas su antiguo alcázar visto habia,
Juzgando el necio vulgo que fantasmas,
Larvas y espectros su recinto habitan:

Cuando en una mañana del invierno,
Miéntras devoto el pueblo estaba en misa,
Tres hombres, en tres mulas y embozados,
Atravesaron sin rumor la villa;

Y evitando la plaza del castillo,
Donde estaban los signos de ignominia,
Y la murada puerta, en él entraron
Por la espalda, pasando las hundidas

Tapias de unos corrales, y un postigo,
Que entre escombros, maderos y ruinas
Dejaba paso al interior. Apénas
En el patio los tres, sueltan las bridas,

Apéanse, las capas de agua y nieve
Empapadas se dejan en la silla;
Y quedando en custodia de las mulas
El que mozo de campo parecia,

Debajo de unos anchos soportales
Las guarece del agua y las abriga;
Miéntras los otros dos en gran silencio
Por los salones silenciosos giran.

Con la escena terrible que presenta
El edificio á la angustiada vista,
Los dos raros y extraños personajes
Están en completísima armonía.

Del primer fundador la sombra helada
Y la de su escudero parecian,
Que aquel trastorno á contemplar vinieran,
Y á llorar la extincion de la familia.

Precoz decrepitud, apresurada,
Aún más que por la edad, por las desdichas,
Agobia á aquel que de los dos parece
Ser el primero; y sin vigor inclina

Una estatura, excelsa en otro tiempo.
Con gran dificultad el paso afirma,
Que ambas piernas hinchadas entorpecen
Su tardo andar. De noble y masculina

Belleza aún tiene restos el semblante,
En cuya frente y pálidas mejillas
Las profundas arrugas, de pasiones
Violentas, de desgracias infinitas,

De luengo padecer seguras huellas,
Una existencia trabajada indican.
Sin luz en noche eterna entrambos ojos
(Circunstancia felice, que le priva

Del desconsuelo de notar la escena
Que le circunda); de penosa y fria
Timidez la expresion dan á su rostro.
Alba como la nieve, hasta la cinta

Su barba ondea; su espaciosa calva
Un birreton de oscura piel abriga,
Y es su vestido un sayo de velludo
Negro con franjas de oro, deslucidas

Como el total del traje. El otro anciano,
Que de sosten sirviéndole y de guía,
Por el siniestro brazo le conduce
Con gran respeto y compasion, distinta

Presencia tiene; y aunque no tan noble,
Que es la de un caballero testifica,
En robusta vejez. Barba y cabellos
Cortos, espesos y aplomados, brillan

En torno á su semblante, endurecido
Con la intemperie y sol de extraños climas;
Y las arrugas de él meditaciones
Profundas y pesares acreditan;

Como sus negros ojos expresivos
Y preñados de lágrimas, indican
Gran sensibilidad, y que recuerdos
De penoso dolor le martirizan.

Viste un ropon de tosca lana pardo;
Y de cuero rojizo una esclavina,
Adornada de conchas diferentes
De las remotas playas de la Siria,

Cubre sus hombros y su espalda y pecho,
Sobre el cual va colgada una reliquia
En una caja de oro y filigrana;
Y en la siniestra mano (pues se habia

Descubierto al entrar so las techumbres)
Lleva un raro sombrero de tendidas
Alas, tambien de conchas guarnecido,
Y con medallas y diversas cintas.

Estos dos personajes el palacio
Recorren en silencio, aunque se oian
En sus labios ahogados los suspiros.
Mas de pronto el primero los piés fija

En medio de un salon, á todos lados
Torna la ciega faz, cual si la vista
No le faltase, y conocer pudiera
El sitio aquel; y luégo en abatida

Voz prorumpió, lanzando un ay profundo:
«¿Es sueño?... ¿Es ilusion?... ¿Mis plantas pisan
El palacio de Salas?... ¿Estoy libre
De la larga prision, donde las iras,

»Siempre justas, del cielo han castigado
Mis muchas culpas?... ¿Y tu mano amiga,
Solo consuelo que á mis ansias queda,
Torna á estrechar la moribunda mia?»

«Sí señor, el segundo le responde,
En lágrimas bañadas las mejillas,
Y á los labios llevándose la mano
Del otro viejo trémula y marchita:

»Sí, señor, libre estás, y en los salones
Del palacio de Salas, y benignas
Las estrellas permiten que á tu lado
Tengas en mí un esclavo que te sirva,

»Y que contigo llore.—¡Oh fiel amigo!
El primero repuso: en mis desdichas
Sólo por tí no me es indiferente
Estar aquí ó allá: cerrar mis dias

»En libertad ó en la prision... ¿Qué espero
En este mundo ya?... ¿Cómo la antigua
Felicidad de que en aquesta casa,
Cercado de mis hijos?...» Confundida

Su voz tornóse en ásperos gemidos,
Que el arteson oscuro repetia.
Mas sosegado luégo, y recobrando
La palabra, siguió: «Ni áun de la vista

»De estos lugares, donde fuí dichoso,
Me es dado disfrutar... Con tu divina
Voluntad, santo Dios, mi humilde pecho,
Y con tu providencia se resigna.

»Al ver esta mansion desierta y sola,
Mayores fueran, sí, las penas mias...
¿Está el palacio muy mudado?... díme...
Dímelo, amigo tierno, por tu vida.»

El segundo enjugando en su semblante
Las lágrimas copiosas, le replica:
«¿Cómo ha de estar despues de tantos años,
En que nadie lo cuida ni lo habita?»

«Dices bien, dijo el de la barba blanca:
Al pasar la escalera y galerías,
Dieron el viento y lluvia en mi semblante,
Y he notado, al pisar, losas hundidas

»Y escombros. Díme, ¿en qué salon estamos?»
El viejo respondió de la esclavina:
—Señor, en el salon de los festines.—
«¡Ay!... ¿te recuerdas del tremendo dia,

»Prosiguió el otro, en que asombrados vimos
Los presagios aquí, que predecian
Tanto desastre?... Aquel ilustre moro,
Que como embajador vino á Castilla,

»Los presenció tambien... Sácame, amigo,
De este salon infausto, y me encamina
A la estancia inmediata, en que otro tiempo
Mis dulces hijos habitar solian,

»Donde... Mas no... Qué busco en tal estancia?
Sácame del palacio á toda prisa:
Tórname á la prision, y en ella, y pronto
Terminen con la muerte mis desdichas.»

Así diciendo el venerable anciano,
Su turbada presencia, su expresiva
Faz y el temblor de sus helados miembros
Los tormentos horribles descubrian,

Que su angustiado pecho destrozaban.
Su acompañante con dolor le mira,
Y haciendo esfuerzos porque no descubra
En su acento la pena que le agita,

De consolarle trata, y así dice:
«En tí vuelve, señor: con la divina
Voluntad es forzoso conformarse,
Pues que somos cristianos. La alegría,

»La riqueza, el poder, los hijos, todo
Viene de Dios, y Dios lo da y lo quita.
Humilde resignarse debe el hombre
Con su misericordia ó su justicia.

»Tus hijos con infieles peleando,
Cual cristianos murieron. Hoy habitan
El cielo entre los mártires gloriosos,
Y con palma y laurel, que no marchita

»El curso de los siglos, la presencia
Del que los astros rige, el mar humilla
Y enfrena el huracan, están gozando;
¿Y tú su suerte lloras?... Hoy benigna

»La mano del Eterno te conduce
A tu casa á morir; ¿y tú querrias
Tornar á la prision?» —El triste padre
De sí propio se espanta y se horroriza,

Tales reconvenciones escuchando,
Y con la voz entera y más tranquila
A su consolador así interrumpe:
«Tienes razon, amigo; no prosigas:

»Soy pecador... Es cierto, todo, todo
Nos lo da Dios: como lo da, lo quita.
Bendigamos su nombre... Basta, basta:
Llévame del palacio á la capilla.

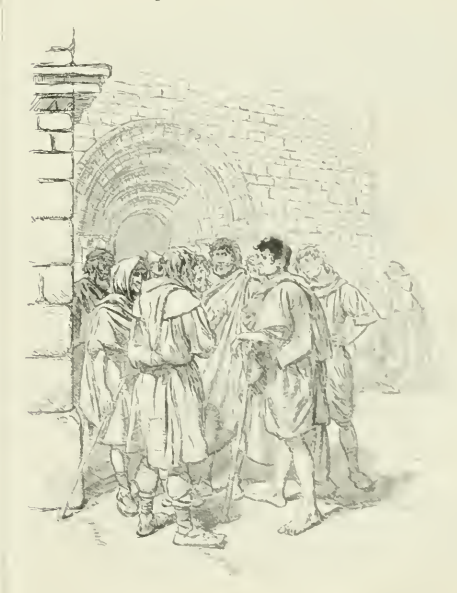
»En ella celebráronse mis bodas...
Tambien siete bautismos... ¡dulces dias!
Se celebraron... ¡Mártires gloriosos!
Mis ruegos elevad á las divinas

»Plantas del alto Dios omnipotente,
Y pedidle que pronto me permita
Con vos unirme, y que me saque pronto
De este mar de desastres y desdichas.»

Calló, y calló tambien el otro, y ambos
Al antiguo oratorio dirigian
El tardo paso, cuando el ronco estruendo,
El confuso rumor y gritería

Llenó del pueblo el edificio todo,
Y entre las voces claras y distintas,
Que más y más cundiendo se acercaban,
Repetir se escuchaba: *viva*, *viva*.

Reunidos en contorno del palacio
Los habitantes todos de la villa,
Daban aquellas voces, pues saliendo
Del santo templo, al terminar la misa,



Se divulgó al instante la llegada
De los tres embozados. La noticia
Dió á temores ridículos orígen
Entre el vulgo ignorante: quién decia,

Que eran encantadores y hechiceros:
Quién malignos espíritus que habian
Venido por los aires. Una vieja,
Que desde su ventana y celosías

Los vió pasar, tenaz aseguraba,
Por testigos llamando á sus vecinas,
Que cuernos, y no orejas, vió á las mulas,
Y que las luengas capas encubrian

Tres descarnados esqueletos. Otros
(Los discretos sin duda de la villa)
Sospechaban que fueran tres hebreos,
Que de entre los escombros y ruinas

Trataban de sacar algun tesoro;
Y ya los codiciosos con envidia
A impedir tal hallazgo se aprestaban.
El sacristan constante sostenia

Que eran almas en pena, proponiendo
Una colecta á las personas ricas,
Y que se celebrasen por sufragio
Oficio de difuntos y seis misas,

Dos para cada cual. En tanto empero
Un valenton del pueblo en compañía
De un codicioso, armados de broqueles
Y de sendas espadas y reliquias,

Al postigo acercáronse medrosos,
Y por entre maderos y ruinas
Deslizándose, así como el lagarto
Que dentro del vivar se precipita,

Entraron en el patio. Pronto vieron
Al mozo con las tres caballerías
Bajo los cobertizos, y al instante
Conociéronle entrambos, y de antigua

Amistad refrescaron la memoria;
Pues era un maragato que solia
A Salas concurrir, y á los mercados
De todas las ciudades convecinas.

De él supieron al punto, quiénes eran
Las dos personas que con él venian:
Gonzalo Gustios una, que ya libre
De su larga prision no merecida,

A su alcázar tornaba y á su estado;
La otra Nuño Salido. Esta noticia
Los dos exploradores al instante
Esparcieron ufanos por la villa,

Pidiendo á los antiguos servidores
De la casa de Lara las albricias.
Estos, que siempre fieles á su dueño,
Su prision lamentaban y desdichas,

No olvidando ni un punto en tantos años
De sus señores la infeliz familia;
Dudando al pronto tan ansiada nueva,
Vuelan á cerciorarse á toda prisa;

Y viéndola patente, enajenados
De placer, de consuelo y de alegría,
Corren aquí y allí, y al pueblo todo
Su gozoso entusiasmo comunican.

En torno del palacio el gran gentío,
Ver anhelando á su señor, en vivas
Y de júbilo en voces prorumpieron,
Miéntras que al interior por las ruinas

Entran varios hidalgos, y al fin hallan
A Gonzalo y á Nuño. De rodillas
Se arrojan á las plantas del primero,
Y al notar tan mudada y abatida

Su gallarda presencia, y al mirarlo
Ciego, pobre y doliente; la más viva
Compasion de sus almas se apodera,
Y deshechos en lágrimas, la pintan

En sus desconsoladas actitudes
Y en sus palabras de dolor. La vista
Nunca echó ménos como entónces Lara,
Y tras de tantos años aquel dia

Y aquel instante el único, el primero
Fué, en que agradable aún encontró la vida,
Y en que sintió su pecho palpitante
Abrirse del consuelo á las delicias.

Enternecido Nuño, por sus nombres
Le va diciendo los que allí se miran;
Y cada cual en pos del suyo añade
Algun recuerdo de lealtad antigua,

De hazañas en la guerra, de servicios
En los disturbios de pasados dias,
Y de constante amor y de respeto
A la casa de Lara perseguida.

Gustios, todas sus penas un instante
Olvidando tal vez, y la marchita
Frente alzando, y su faz resplandeciendo
Con la grandeza y dignidad antiguas;

Con los trémulos brazos corresponde
A amor tan firme y á lealtad tan viva
De aquellos servidores y vasallos,
Que su pendon siguiendo, de Castilla

Fueron en otro tiempo apoyo y honra,
Exterminio y terror de la morisma.
Palpándoles los pechos y las diestras
De la manopla y lanza endurecidas,

Les recuerda las guerras ya olvidadas,
Los peligros, las bélicas fatigas:
A todos nombra, reconoce á todos,
Aún sueña triunfos, mando, gloria y dichas;

Y de ellos rodeado, y sostenido
De su fiel Nuño, sale y se encamina
A la gran plaza del castillo, donde
El impaciente vulgo le atendia.

Fué el gozo general, aunque mezclado
De dolor y de asombro, tan distinta
Viendo aquella persona venerable,
De lo que fué cuando rigió á Castilla.

Si su pasada gloria y sus grandezas
En los ancianos pechos aún tenian
Hondas raices; su tremenda suerte,
Su excelsa fama y su presencia misma

Entusiasmó á la juventud. A todos
Con afables palabras y benigna
Faz agradece Lara aquellas muestras,
Que respeto y amor le testifican;

Y pide, su cascada voz calmando
Los confusos aplausos y los vivas,
Que á dar gracias al Sér omnipotente
A la iglesia de Salas le dirijan.

Miéntras que prosternado ante el Eterno,
Formando coro con el pueblo, hacia
Su ferviente oracion, el Arcipreste
Manda en su casa disponer aprisa

Un festin abundante. Ya hacendosa
El ama convocando á las vecinas,
Su inteligencia y celo demostrando,
En los preparativos se fatiga.

Ya suena en el corral el cacareo
Con que los tiernos pollos y gallinas,
Huyendo entre la leña y las tinajas,
Piensan ¡cuitados! que su suerte evitan.

Las ollas, las sartenes y peroles
Circundan el hogar, do un monte ardia,
De roja luz con la esplendente llama
Llenando, y de humo espeso, la cocina.

A un lado el almirez sonoro aturde
El barrio todo; en otro la cuchilla,
Que una moza robusta ágil esgrime,
Carne de cerdo y de ternera pica.

Una aquí las legumbres preparando,
Pencas y hojas inútiles les quita;
Otra allí amasa en cóncavas artesas,
Con aceite y con miel, cándida harina.

Quién despluma las aves, quién al fuego
Ramas secas añade, quién lo atiza,
Quién va y viene á la fuente presuroso;
Quién friega los pucheros y vasijas.

Ábrese la despensa, y aunque el ama
De las llaves encarga á la sobrina,
Que es vigilante asaz; alguna vieja
Mete en el delantal una morcilla:

Otra roba un solomo; y un muchacho
A la tinaja de la miel aplica
Goloso el dedo, miéntras otro el labio
De navarro aguardiente á la botija:

Pues en tales momentos en las casas,
Con tanta confusion y tanta prisa,
Es el desórden cosa inevitable,
Y advierte ménos el que más vigila.

A todas partes asistir procura,
Y todo disponerlo el ama activa,
Que ganó entónces esplendente fama
Desplegando su celo y su pericia.

Se la vió á un mismo tiempo diligente
Sazonar un guisado, á una vecina
Reñir, porque volcaba los pucheros;
Una guantada dar á una chiquilla,

Que el asador pringoso descuidaba;
A un gatazo escaldar, que se comia
Medio pichon, y levantar el grito
A un zagalete, que con charla y risa

Se puso á retozar con las mozuelas.
La bodega abrió luégo, y la delicia,
Que sudan los lagares de Alaejos
Con fragancia que muertos resucita,

Sacó; despues, de un gigantesco armario
Conservas, fruta seca y golosinas,
Y de una arca de pino las toallas,
Con que la mesa primorosa alista.

Una fuente de plata y una copa,
Para que á nadie más que á Lara sirvan,
Pone á la cabecera; y allí ensaya
Al sacristan, que debe en aquel dia

Tener de maestre-sala el grave empleo,
Y al monaguillo, á quien atusa y limpia,
Para que ejerza el de pulido paje;
Y cómo han de portarse, les explica.

Libre de estos cuidados, afanosa
Torna la fresca dueña á la cocina,
Que aún hay harto qué hacer, y es corto el tiempo;
Pero á fuerza de afanes y fatigas,

A fuerza de trabajos y peleas,
Y de sofocaciones y de riñas,
Unas cosas quemadas y otras crudas,
Todas consigue ver al cabo listas.

El fruto recogió de su tarea,
Pues fué el festin famoso, y de sí misma
Muy satisfecha se quedó, escuchando
Cuál todos la elogiaron con justicia.

Aunque llegó á una edad muy avanzada,
En tanto que vivió, diz que ni un dia
Dejó de recordar el tal convite,
El estupendo gasto, y la excesiva

Revolucion en que dejó la casa;
Afirmando que nunca vió la villa
Más espléndida mesa. Y aún se añade,
Por tradicion remota que lo afirma,

Que quedó algo menguado su juicio,
Que era claro además, desde aquel dia,
Por lo que trabajó su entendimiento,
O con el gran calor de la cocina.

Discreto, para darle el Arcipreste
El tiempo indispensable, concluidas
De Gustios y del pueblo las plegarias,
Con gran solemnidad y melodía

Cantó un largo *Te Deum*, y un discurso
O plática muy larga y muy prolija
Hizo á sus feligreses, que ignorantes
Bostezaron tal vez, aunque de citas

De la santa Escritura estaba llena,
Que era gran sabidor. Despues aplica
A los ojos inútiles del viejo
Salmos, y bendiciones, y reliquias,

Y da con ellas paz á los hidalgos;
Y por ganar más tiempo, á una capilla
Conduce á Gustios y á otros personajes,
Y allí difusamente traza y pinta

Los reparos y nuevos ornamentos
De que la iglesia aquella necesita;
Entablando sagaz de estas materias
Una conversacion entretenida.

Llegó por fin el suspirado aviso
De estar la mesa ya dispuesta y lista,
Y el cortés Arcipreste á Lara y Nuño,
Capellanes é hidalgos les suplica,

Que con él hagan penitencia. Todos
Aceptan el convite, y se encaminan
Hácia la casa arciprestal, en donde
El ama, tan oronda como limpia,

Con tocas de cendal cual nieve pura,
Que las castañas trenzas mal cubrian,
Un brial de paño verde, guarnecido
De franjas de oro, mangas con prolijas

Bordaduras de azul, de rojo y negro,
Y aljófares al cuello, y varias cintas
Y medallas, y cruces de azabache,
Señala á cada huésped puesto y silla.

Fué harto largo el festin: en él tuvieron
Lugar escenas varias y distintas
De disgusto y placer, como acontece
En todos los sucesos de la vida.

Lara apénas gustaba los manjares,
Y si una ú otra vez dulce sonrisa
Sus labios desplegó, más á menudo
Ofuscaron su faz nubes sombrías.

Alzados los manteles, á las manos
Agua, y gracias á Dios dadas, se inclina
El Arcipreste á Lara, y en el nombre
De todos los presentes, le suplica,

Que alguna relacion, aunque ligera,
De su larga prision hacer se sirva;
Y cortésmente luégo á Nuño pide,
Que en pos de su señor tambien les diga

Algo de sus larguísimos viajes,
Y de su vuelta rápida á Castilla.—
Como es tan agradable de sí mismo
Hablar, aunque pesares y desdichas

Sólo haya que decir, Gonzalo y Nuño
No se hacen de rogar; y al ver que indica
El primero que á hablar va sin demora,
Silencio demandando, mayor grita

En el salon se alzó por un momento:
Y á dos ó tres que estaban de tal guisa,
Que era imposible que callar pudiesen,
En hombros á sus casas los envian.

Abrense las ventanas y las puertas,
Por las que el pueblo audaz se precipita
En silenciosa confusion, ansiando
Escuchar portentosas maravillas.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que tiene la atencion de todos fija
En el silencio universal conoce,
Y así dice con voz desfallecida:



«No hablaré de mis penas y desastres,
Ni de aquellas desgracias inauditas
Que destrozaron mi infelice pecho,
Allá en la capital de Andalucía.

»Fueron de tal grandeza, que en el mundo
No habrá quien las ignore, y repetirlas
Renovara el horror en los presentes,
Aumentando el rigor de mis desdichas.

»¡Ah! ¿qué digo?... ¡infeliz! ¿pueden acaso
Más aumento tener?... Aunque resista
Mi lengua el recordarlas, ¿su memoria
Destrozándome el alma no está viva?...

»Basta, basta... ¡oh dolor! ¡Ay! que mis labios
Nombres y circunstancias no repitan,
Que á la naturaleza estremeciendo,
De escándalo y terror al orbe sirvan.

»De mi larga prision hablaré sólo:
Será mi relacion breve y sucinta,
Pues poco hay que decir, si en veinte años
Uniformes han sido horas y dias;

»Y siempre de dolor. Como de un sueño,
Tal estaba mi mente oscurecida:
Recuerdo que al llegar á los confines
Del imperio andaluz y de Castilla,

»La escolta silenciosa sarracena
En escolta no ménos enemiga
Se cambió de cristianos, que en silencio,
Y con crueldad mayor y mayor prisa

»Al castillo de Lerma me llevaron,
Y con fiero ademan y faz altiva
Me recibió su Alcaide, que al momento
En una estancia lóbrega y sombría

»Me encerró, redoblando los cerrojos
De la ferrada puerta. ¡Ay!... de mi vida
La flor y robustez entre las garras
De la miseria y afliccion continuas

»Se quedaron allí, y allí de arrugas
Se han cubierto mi frente y mis mejillas:
Que la vejez allí vino á buscarme,
Desnudó mi cabeza, y en ceniza

»Tornó mi fuego, cual mi barba en nieve;
Dejando al corazon y al alma mia
Sólo vigor y juventud robusta,
Para el rigor sentir de las desdichas.

»Todas mis facultades perecieron
Al lento curso de pesados dias,
Que veinte años eternos completaron,
Y mis penas no más aún quedan vivas.

»Un zafio endurecido carcelero,
Eternamente mudo, en la mezquina
Prision cada mañana entraba solo,
Tomando precauciones exquisitas

»Para no verse nunca sorprendido;
El sustento abundante me traia,
Cuidaba el lecho, y dábame las ropas,
Que segun la estacion eran precisas,

»Pues los que allí con tan horrenda furia
Sepultado por siempre me tenian,
Para que no acabasen mis tormentos,
Con cruel piedad cuidaban de mi vida.

»Mas para que ni el sueño treguas diese
A mi dolor, desde el primero dia
Hasta el último, siempre á media noche...
¡Oh bárbara crueldad, de hombres indigna!

»Siete piedras á la alta claraboya
De mi prision tirando, interrumpian
Con siete golpes claros y distintos
De la noche el silencio... Al alma mia,

»Y no á la claraboya las tiraban,
Y el corazon y el pecho me rompian,
Recordando que tuve siete prendas,
Que eran pasto á las aves de rapiña,

»Siete insepultos cuerpos; y que siete
Cabezas adornaban la mezquita
Y el alcázar de Córdoba... ¡Hijos mios!...»
Aquí la voz del viejo, convertida

En ásperos sollozos, confundióse
Con un grito de horror, que las distintas
Personas que escuchaban en silencio,
Al oir ferocidad tan inaudita,

A un tiempo levantaron. Gustios Lara
Convulso, apénas tiénese en la silla,
Y en su faz, en su pecho y en sus manos
Se ve el dolor agudo que le agita.

Al fin la multitud llorosa calla:
Lara deshecho en lágrimas suspira,
Y torna á suspirar, y de este modo
La narracion anuda interrumpida:

«Una tan sola vez acento humano,
En tantos años de prision prolija,
He escuchado, y no más. Hondo silencio
Guardó por siempre con tenaz porfía

»Mi duro carcelero: los malvados
Que en tan horrible estado me tenian,
Dispusiéronlo así. La vez que sólo
Permitieron hablarme... ¡oh gente inicua!

»Fué para dar el golpe postrimero
A este infeliz, para en la horrenda sima
Del último dolor por siempre hundirlo,
Para hacerle saber que no tenia

»Nada en la tierra, y que su mismo nombre
Era nombre de afrenta y de ignominia.
Sí; como al mes de hallarme en el encierro,
Una mañana, con feroz sonrisa

»Entró el feroz alcaide, y, *Gustios Lara*,
Me dijo, *el alto conde de Castilla*
Don Sancho, tu señor, con el acuerdo
De sus hombres de guerra y de justicia,

»*Reo de alta traicion te ha declarado,*
Confiscando tus tierras y tus villas,
Y mandando poner en tus solares
Los signos viles que traicion indican.

»*Tambien te ha condenado á infame muerte;*
Mas del gran Rui-Velazquez por la amiga
Intercesion, que pases, te permite,
En esta torre el resto de tus dias.

»Dijo, y despareció: con alto estruendo,
En losa de sepulcro convertida,
Cerró la puerta, y barras y cerrojos,
Cadenas y candados multiplica.

»Quedé yo como un mármol; por mis venas
Hielo, no ardiente sangre, discurria:
Sin respirar ahogábase mi pecho,
Y espantados mis ojos no veian.

»Estuve así gran rato; mas de pronto
Retemblando mis nervios y mis fibras;
Fuerzas, cual de gigante recobrando
Y fuego de volcan la sangre misma

»Que un momento fué nieve, tal exceso
En mí sentí de actividad y vida,
Tal rabia y tal furor, que engrandecido,
Era á mi aliento aquella estancia chica.

»Derribé el lecho, y esparcí en pedazos
Los muebles por el suelo; las macizas
Paredes desconché con mano dura;
Dí golpes en la puerta, que en astillas,

»A no ser por las barras y cerrojos,
Tornarla consiguieran; llamas vivas
Mi pecho respiró, y en roncas voces
Tronó el volcan de mis furiosas iras.

»A los hombres maldije, á las estrellas,
La hora de horror en que salí á la vida;
Pedí venganza hasta al infierno mismo...
¡Oh Dios!... ¡Dios bondadoso!... las impías

»Blasfemias que mis labios pronunciaron
En aquella ocasion, benigno olvida.
Perdónalas, gran Dios: al recordarlas,
Se confunde mi pecho y se horroriza.

»Tan negra furia y ceguedad culpable
No fueron duraderas por mi dicha;
Y en tal abatimiento se trocaron,
Que vine á tierra envuelto en sombra fria.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que en la alta claraboya, cual solian,
Dieron, del profundísimo letargo
Sacáronme por fin. Torné á la vida,

»O por mejor decir, cobré el sentido
Para apurar las ansias y fatigas
De una existencia atroz. Yerto, postrado
Mi cuerpo en tierra, sin vigor yacía;

»Mas no postrada mi alma ni mi mente,
Sueltas como jamás y enardecidas,
Volaban por horrendos precipicios,
Y en escenas terribles se perdian.

»Las lóbregas tinieblas de la noche,
Que inundaban mi cámara mezquina,
Llenas me aparecieron de prodigios,
Y visiones tremendas. Ya veia

»Siete cabezas pálidas, sin cuerpo,
Que de lóbregas nubes despedidas
Y por ronco huracan arrebatadas,
Contra mi pecho mismo se rompian;

»Ya de fuego una atmósfera, y de sangre
Un mar rugiente en mi reedor tenia,
Y en las llamas ardiendo mis palacios,
Las armas y el pendon de mi familia;

»Miéntras que siete cuerpos sin cabezas
En las hinchadas ondas purpurinas
Nadaban, y pidiéndome socorro,
A mí, ¡qué horror! los brazos extendian.

»Ya la espantosa escena se mudaba,
Y un llano presentábase á mi vista
De ardiente arena, y alumbrado sólo
Por una niebla vaporosa y fria,

»Y cruzaban por él, en sordos gritos,
Venganza demandando, blanquecinas
Siete fantasmas, y si huyendo acaso
De cada cual de estas visiones, iba

»A revolver la faz hácia otra parte,
Siempre á mi lado, siempre, ¡oh Dios! tenia
Un coloso infernal, que me alargaba
Un hierro matador con fiera risa,

»Y, *Toma, no te queda otro consuelo,*
Con penetrante voz me repetia.
¡Oh, qué noche!... ¡oh, qué noche! De la aurora
El resplandor primero le dió cima.

»De mi imaginacion el desarreglo,
Por mi atroz situacion clavada y fija
Siempre en mi mente, fuera de juicio
Me tuvo, aunque postrado, largos dias.

»Siempre las noches espantosas eran
Con escenas fantásticas continuas:
Siempre eran de dolor y acerbo llanto
Las mañanas y tardes. Persistia

»Siempre, que ni un momento me dejaba,
Junto á mí, armando á mi constancia insidias
El infernal coloso, y ofreciendo
La daga por consuelo á mis fatigas.

»Era el maligno espíritu, encargado
De procurar mi perdicion. Benigna
Empero del Señor la santa diestra
Acorrióme piadosa, y compasiva,

»Me libró del furor de los infiernos,
Me contuvo en el borde de la sima.
¡Tu omnipotencia y tu bondad, Dios mio,
Los hombres y los ángeles bendigan!

»Mas donde claramente relucieron
La providencia y la piedad divinas,
Fué en la vision con que cobré el juicio,
Y la razon mi mente oscurecida;

»Y que á mi corazon despedazado
Todo el consuelo dió, que mis desdichas
Capaces eran de tener, abriendo
A la resignacion el alma mia.

»Despues de algunos meses de espantosos
Accesos de furor y de vigilias
Tenaces, de mi cuerpo apoderóse
Con ardoroso afan fiebre maligna,

»Que consumió mis fuerzas y en el lecho
Postrado me dejó por cinco dias.
Pero en sudor copioso terminando,
Despareció por fin; tan abatida

»Debilidad dejándome, que apénas
Un momento tenerme en pié podia.
En postracion tan grande, de un profundo
Sueño no interrumpido las delicias

»Conseguí disfrutar; y cuando estaba
En su dulce descanso, ante mi vista
Magnífico espectáculo ofrecióse,
Que ni un momento mi memoria olvida.

»Víme pues entre nubes y celajes,
Que de oro el sol y de risueñas tintas
Matizaba esplendente: en un abismo
Bajo mis piés al mundo descubria,

»Envuelto en sombras densas; y un torrente
De purísimas luces difundian
Sobre mí las estrellas. Luégo escucho
Són celestial de música divina,

»Y abriéndose los cielos, entre un coro
De eternales espíritus, divisan
Mis ojos siete jóvenes gallardos,
Que en esplendor al mismo sol vencian.

»Eran sus vestes como nieve puras,
Azucenas que el tiempo no marchita
Coronaban sus frentes; en sus manos
Palmas eternas, venerable insignia

»De los mártires santos ostentaban;
Y en sus cuellos brillaba, como brillan
De esposa en cuello virginal rubíes,
La huella de una bárbara cuchilla.

»Conocílos al punto: eran mis hijos,
Mis hijos felicísimos que habitan
La mansion celestial. Estremecíme
De gozo, y desperté. La luz del dia

»Llenaba mi prision: salté del lecho,
Arrojéme en el suelo de rodillas,
Consoladoras lágrimas bañando
Mi confundida faz. En voz sumisa

»Oré por largo rato ante el Eterno;
Y al mismo tiempo en mi interior sentia
Un bálsamo celeste difundirse,
Y mi alma humilde descansar tranquila.

»Ya no ví más al tentador coloso,
Que hasta entónces las noches y los dias
Me atormentó tenaz; y aunque en mi pecho
Siempre estaban grabadas mis desdichas,

»De Dios con los decretos resignado,
Hallé constancia en mí para sufrirlas.
Pasáronse los años; presurosa
Vino á mí la vejez; sus manos frias

»De mi vigor los restos me robaron,
Y todos los achaques y fatigas,
Que su cortejo forman, se reunieron
Y descargaron sobre mí sus iras.

»Inflamacion terrible y dolorosa
Con agudas punzadas, repentina
Mis ojos atacó, debilitados
Con mi largo llorar. La luz del dia,

»Que fué hasta entónces mi mayor consuelo,
Se tornó mi más bárbara enemiga;
Porque sus penetrantes resplandores
Destrozaban mis débiles pupilas.

»Pedí á mi carcelero algun socorro;
El cual, feroz como las fieras mismas,
Persistió en su silencio, sin mostrarme
Ni siquiera la frente compasiva.

»Abandonado así, con mis clamores
El alcázar soberbio estremecia,
Privado no tan sólo de consuelo,
Sino tambien de auxilio y medicinas.

»Con tormentos de rabia me arrastraba
Fuera del lecho por las losas frias,
Buscando una postura que aliviase
Mi punzante dolor, y la vasija

»Del agua derramaba sobre el rostro.
Esto aumentó la enfermedad maligna,
Que terminó por fin, en noche eterna
Sumergido dejándome sin vista,

»Cual me mirais. ¡Terrible fué este golpe!
Mas para soportarlo, la divina
Misericordia suficiente fuerza
Me concedió tambien. Esta excesiva

»Desgracia amortiguó completamente,
Y destruyó mi ansiosa fantasía;
Y falta de esperanzas y deseos,
Carga ya inútil, arrastré la vida.

»Los siete golpes de las siete piedras,
Que la alta claraboya siempre herian,
Me daban á entender que era de noche:
De la puerta las barras y aldabillas,

»Y la entrada del mudo carcelero
Me daban á entender que era de dia;
Y por ambos estruendos computaba
El tiempo perezoso. En mi mezquina

»Mente aún alguna vez cierta vislumbre
De esperanza falaz y fugitiva
Tornó á brillar; pero extinguióse al punto,
Y mi labio osa apénas referirla.

»Cuando salí de Córdoba, la tuve
De dejar un sosten de mi familia,
Y acaso un vengador... Mas ¡ay! el fruto
De un afecto culpable, de una indigna

Pasion para un cristiano hubiera sido;
Y del cielo irritado la justicia
Un consuelo, producto de las culpas,
Por que tan sábiamente me castiga,

»No me ha querido conceder... No existe..
Plegue á la Providencia... Me horroriza
Que un pecho acaso, do mi sangre hierve,
De Dios blasfeme ciego en la mezquita!!!

»¡Piedad!... ¡piedad, Señor!» Aquí el anciano
La voz ahogada, el alma confundida
Con súbito terror, quedó en silencio;
Y con las manos trémulas y frias

La faz rugosa se cubrió. La turba,
Que toda la atencion clavada y fija
Tiene en su rostro y en su labio, calla,
Y de su mudo acento participa.



Nadie alentó. Despues de un corto rato
De estar la narracion interrumpida,
Lanzando un profundísimo suspiro,
El gran Gustios así tornó á seguirla.

«Ciego estaba, agobiado por los años,
Mas resignado en la suerte mia,
Sin deseos, temores ni esperanzas,
Y ya sin fuerza hasta mis penas mismas,

»Siendo más bien que un hombre, un frio cadáver
Que respiraba acaso y se movia.
Horas y meses, estaciones y años,
Como sobre un sepulcro, discurrian

»Sobre la torre en que encerrado estaba,
Cuando por fin (hoy hace nueve dias),
Al entrar como siempre el carcelero
Por la mañana en mi prision mezquina,

»Escuché humano acento con sorpresa,
Y acento de una voz grata y benigna.
La fuerte conmocion que aquí en el pecho
Sentí, no me es posible describirla.

»Tardo el oído, apénas las palabras
Que escuchaba, entendió; pero á gran prisa
Salté del lecho y extendí ambas manos,
Hácia do el són casi olvidado oia;

»Y mi nombre escuché, y un gran gemido,
Y me sentí abrazar... ¡Oh gozo!... ¡oh dicha!
Reconocí la voz... era de Nuño,
Del generoso Nuño... Alguna insidia

»Que á mi constancia el tentador tramaba,
Aún pude sospechar; mas las amigas
Expresiones dulcísimas y tiernas,
Que encantándome el alma repetian

»Los fieles labios del discreto Nuño,
Y el raudal de preguntas, de noticias
Confusas todas, de ásperos recuerdos,
De nuevas esperanzas y alegrías,

»Que de su boca rápido brotaba;
Y sus tiernos abrazos y caricias,
El tono con que hablaba al carcelero,
Y su empeño en sacarme á toda prisa

»De aquella torre, me indicaron pronto
Favorable mudanza repentina;
Y quedé en un estúpido silencio,
En inaccion completa. No podian

»Mis piés andar, y en cuanto el aire libre
Mi pecho respiró, como sin vida
Me hundí en letal desmayo. Al recobrarme,
Me hallé en un lecho cómodo, y la amiga

»Voz de Nuño escuché, con otras voces
Gratas, aunque por mí no conocidas.
Sirviéronme exquisitos alimentos,
Restauradas sentí las fuerzas mias,

»Dí gracias al Señor omnipotente,
Y con Nuño entablé larga y prolija
Conversacion, para saber la causa
Que libre y á su lado me tenia.

»Contóme, pues, la muerte de Don Sancho...
(¡Dios en el tribunal de su justicia
Le haya mirado con benignos ojos,
Y en la mansion celeste lo reciba!)

»Y que Fernan-Gonzalez, á quien niño
En Burgos conocí, ya de Castilla
Era Conde supremo, el cual clemente
Ponerme en libertad mandado habia.

»¡Ah! de perdon el humillante nombre,
Que para el inocente es de ignominia,
En su decreto está, y al escucharlo,
Noté que harto incompleta era mi dicha.

»Bienes y libertad me vuelve, amigos,
No la honra, no la fama... Aún la divisa
De traicion mis palacios ennegrece...
Rui-Velazquez gobierna todavía...

»Y pasarán á los remotos siglos
La afrenta y el baldon de mi familia...
¿Qué pronuncio?... ¡Infeliz! ¿La tengo acaso?...
Yo soy de ella el postrero... ¡Oh Dios!... bendita

»Tu mano sábia y bondadosa sea,
Que me ha privado de la inútil vista,
Libertándome así de ver la marca
Injusta, atroz y nunca merecida,

»Mas siempre infame, que en mis puertas dice,
Cuán grande es de los hombres la perfidia,
Y ¿por qué no ha dejado al pecho mio
Fuerzas para borrarla y confundirla?...

»¡Oh Dios! ¡Oh Dios!... A Salas anheloso
Venir mi pecho ansió, y á los tres dias
De haber salido de la torre, en marcha
Me puse, y hoy llegué, no sin fatiga.

»Libre en Salas estoy, sí... ¡Cielo santo!
¿Es un bien, ó es un mal?... ¿Es una dicha,
O un infortunio nuevo haber salido
De la estrecha prision?... Allí vivia,

»O, por mejor decir, ya muerto estaba
(Que no siempre está vivo el que respira),
Sin placer ni dolor, pues la costumbre
De padecer y de sufrir nos quita

»La sensacion al cabo, y adormece,
Y el tormento más áspero amortigua;
Mas ahora nuevamente se han abierto
A mis pasos las puertas de la vida,

»Y por ella camino sobre abrojos,
Encontrando pasiones ya perdidas,
Lo pasado anulando á lo presente,
Solo, entre precipicios y ruinas.»

Quedó en silencio el venerable anciano,
Al terminar su relacion sucinta.
El confuso rumor del auditorio
Mostró el gran interés y simpatía

Que en los pechos de todos encontrara.
El discreto Arcipreste una prolija
Plática de conforto y de consuelo,
Toda empedrada de oportunas citas

De la santa Escritura, dirigióle,
Y luégo los hidalgos de la villa
Respetuosas ofertas; y entre el pueblo
Resonaron de nuevo aplauso y vivas.

En tanto el ama, que con gran conato
Y con lágrimas siempre las mejillas
(Pues era tan curiosa como fresca,
Y á la par de hacendosa compasiva),

Oyó la narracion; sale un momento
Y primorosa y pulcra, en la cocina
Con miel, vino y naranja confecciona
Para el buen viejo una cordial bebida;

Y al comedor tornando, en una taza
De plata, acomodada en su salvilla,
Se la ofrece, rogándole la acepte
Como una imponderable medicina.

De ella bebió algun sorbo el noble anciano
Dando á la dueña gracias expresivas.
Aquietóse la turba nuevamente,
Y en Nuño todos sus miradas fijan.

Este saciando el general deseo,
Contó la historia larga y peregrina
De sus raros sucesos y aventuras,
En los lejanos orientales climas.

Empezó refiriendo que en el campo,
Do los infantes perecido habian,
Quedó bañado en sangre, moribundo,
Destrozado el arnés, lleno de heridas,

De que mostró las hondas cicatrices.
Recordó, que llevado á una alquería,
Encontró grato auxilio; y que curado,
Tornó sin detenerse hácia Castilla,

Donde sabiendo la prision de Lara,
A Lerma fué, juzgando que podria
Verle y hablarle; mas que vanas fueron
Todas sus diferentes tentativas.

Con lo que despachado, fuése á Burgos
Para implorar del Conde la justicia;
Y allí en prision estrecha le encerraron,
De que logró fugarse á pocos dias,

Huyéndose á Leon, porque esperaba
Tal vez hallar la proteccion antigua;
Pero hecho monje Alfonso, y la corona
Por el audaz Ordoño pretendida,

Encontró el reino aquel mísera presa
De discordias y guerras intestinas.
Y pasó al de Navarra, en cuya corte
El indolente y sin valor García

Sus ruegos desoyó. Buscó en la Francia
Amparo y proteccion; pero fatiga
Inútil fué, porque su rey huyendo
Del conde de Paris, y de la altiva

Ambicion de los duques de Borgoña,
Allende el mar en las britanas islas
Asilo y vengador buscó, llevando
Sus tesoros consigo y su familia.

Dijo Nuño, que entónces ir á Roma
Determinó, por ver si lograria
La proteccion del jefe de la Iglesia
Para el señor de Lara; y cómo habia

Visto al paso en Milan la ceremonia
Con que de hierro la corona antigua
Tomó el conde de Arlés, cual rey de Italia,
Refirió largamente (lo enemiga

Que fué la suerte injusta demostrando
A todas sus honradas tentativas,
Y cómo inexorables las estrellas
En contrariar su plan se complacian),

Que llegó á Roma en el fatal momento,
En que el décimo Juan, por la perfidia
De Marozzia, de Güido de Toscana
Esposa, si del padre concubina,

Cayó al golpe traidor de daga infame
Por sacrílegas manos esgrimida:
Dejando yermo el solio pontificio
Y despierta la cólera divina.

Prosiguió Nuño, que cansado entónces
De mirar tan sin fruto sus fatigas,
Y despechado de encontrar doquiera
En el orbe cristiano alevosías,

Guerras, ferocidad, asesinatos,
Perjuros, parricidios y ruina;
Resolvió abandonar por siempre á Europa,
Y dirigirse á los remotos climas,

El gran sepulcro á visitar de Cristo,
Y los lugares do nació la vida:
Buscando luégo paz en los desiertos,
Entre los penitentes cenobitas.

En tal resolucion sus culpas todas
Con un prelado de virtud eximia
Humilde confesó, y en griega nave
Zarpó de Ancona con el rumbo á Siria.

Pero aún no satisfecha la Fortuna
Ni las estrellas ver logró propicias:
Del Adriático mar las bravas olas
De invierno duro las tonantes iras

Le opusieron constantes; y en el punto
En que calmado el tiempo, de Corcira
Saludaba los montes, fué cautivo
De una armada galera berberisca;

Y á Malta conducido, donde esclavo
De Sarracenos, que de aquellas islas
Eran dominadores, largo tiempo
Arrastró hierros y apuró desdichas.

Arrebatado yo tambien, ¡oh Malta!
Por las borrascas de la suerte impía,
Harto, aunque jóven, de encontrar á Europa
Poblada de traiciones y perfidias,

Huyendo de mi patria y de la tierra,
Tumba de gloria y de grandeza antigua,
Que el Arno, como un huérfano el sepulcro
De sus padres, con flores entapiza;

Sin más bien que mi amor, en rota nave,
Del viento y mar luchando con las iras,
A tí llegué, y en tus doradas rocas
Ví de mi juventud volar los dias (30).

Mas no hallé, como Nuño, en tí cadenas
Ni sarracenos bárbaros: delicias,
Obsequios, compasion, tiernos amigos,
Alivio grato de las penas mias,

Venturoso encontré. Tu ardiente suelo,
Ya florido jardin por las fatigas
Del diestro agricultor, tus altas torres,
Que períodos de gloria testifican,

Y tus buenos y honrados habitantes
Bajo el dominio hallé de la más rica,
Libre, ilustrada, noble y poderosa
Nacion, que el sol desde el zodiaco admira.

Allí me recibiste, tú, y me honraste,
¡Oh venerable anciano, que las Indias
Venturosas hiciste, Hástings ilustre!...
Mas, ¡ay! que de dolor pronto la isla

Ví cubierta, y de luto. Airada muerte
A su amor te robó... ¡tremendo dia!
Con el pueblo lloroso, hasta la tumba
Yo acompañé lloroso tus cenizas.

Woodford, Frere, Ponsonby, Zammit, Stílon,
Y tú que á Sancio tan de cerca imitas,
Hayzler, vuestra amistad, dulce consuelo
De todos mis afanes, está viva

En mi alma toda, y lo estará por siempre.
Si de llegar á vos logra la dicha
Esta historia, empezada entre vosotros,
Continuada del Sena en las orillas,

Y que dó tendrá fin el cielo sabe (31);
Aquestos versos de mostraros sirvan,
Que el bálsamo que disteis á mis penas,
Eterno vive en la memoria mia.

Y tú, risueña y deliciosa roca,
Asilo encantador, mansion tranquila,
Tú eres la patria de mis tiernos hijos,
Y podrás serlo para mí adoptiva.

¡Ay! si el destino inexorable y duro
(Tanto rigor el cielo no permita)
Me robase del todo la esperanza
De hollar del Bétis la region florida,

Y de aún gozar en sus frondosos bosques,
Gallarda sierra y fértiles campiñas,
Dulce vejez y paz; al punto, al punto
En tí ¡oh Malta! el sepulcro buscaria.

Mas tornemos á Nuño, y á su historia,
Que tiene la atencion de Salas fija,
Y halle gracia y disculpa mi extravío,
Por efusion de un alma agradecida.

Refirió Nuño pues, cómo amarrado
Al banco de un bajel por largos dias,
Sirviendo á los piratas sarracenos,
Ayudó con un remo á sus rapiñas,

Hasta que en noche oscura y borrascosa
Naufragando en las costas de la Libia,
En un mástil salvóse, á la mañana
Hallando á un tiempo libertad y vida;

Y que errante por montes y desiertos,
Apurando peligros y desdichas,
Tomó la direccion hácia el Oriente,
Y á los muros llegó de Alejandría.

Era el momento en que invadió el Egipto
Mahomad-al-Ashked, el ikschidita;
Y aunque halló Nuño en confusion la tierra,
Tuvo la proteccion y la acogida

Del patriarca Macario; sin peligro
Vió del fecundo Nilo las orillas,
Visitó las pirámides, y luégo
Prosiguió su camino á Palestina.

Contó cómo entre varios peregrinos,
Que ruta igual en caravana hacian,
Encontró con Egidio, un noble anciano
Mozárabe de Córdoba, que habia

Su hogar abandonado y patria hermosa,
Huyendo de Giafar la furia altiva,
Que cubriendo sus canas de amargura,
Robóle audaz una inocente hija;

Y vagaba sin sombra el desdichado.
Nuño con él en los pasados dias,
En que á Córdoba fué con Zaide, tuvo
Estrecha conexion; y de la antigua

Amistad renovó la confianza
La mutua relacion de sus desdichas.
Este imprevisto encuentro para entrambos
Fué de grande consuelo en las fatigas

De peregrinacion tan dilatada.
Se ofrecieron correr la suerte misma,
Juntos atravesaron los desiertos,
Pasaron el Jordan, y á la cautiva

Jerusalen llegaron. Contó Nuño
Las grandes vejaciones que sufrian
Los cristianos en ella, y lamentóse
De que ciudad de tan sagrada estima

Gimiese entre las bárbaras cadenas
Del fiero musulman. Hizo prolija
Relacion de las raras ceremonias,
Y de las penitencias y vigilias,

Con que entrambos allí se prepararon
Para entrar del Sepulcro en la capilla,
Y cómo al fin la santa losa vieron,
Que el cuerpo santo custodió tres dias.

Del Calvario, Betlen, y otros lugares
(Santos, porque lograron la divina
Presencia), refirió las circunstancias,
Y milagros que en ellos sucedian.

Contó cómo despues fué con Egidio
A buscar del Mar Muerto las orillas,
En donde un solitario penitente,
De extrema santidad, en una ermita

Largo tiempo habitaba. Recibidos
Fueron por él con gusto y alegría,
Y tres años allí léjos del mundo,
Bajo su direccion, dulce y tranquila

Existencia gozaron. Pero muerto
Por extrema vejez el cenobita,
Y el sitio aquel expuesto á los furores
De las armadas hordas beduinas;

El desierto dejar determinaron,
Y guarecerse en Jope algunos dias.
Así lo hicieron: en el puerto estaba
Una hermosa galera de Sevilla,

Que cargada de bálsamos y aromas
Para Gebhel-Tareck á partir iba;
Y esta ocasion del cordobés Egidio
La constancia tentó. Veces distintas

Habló con el arráez, y á su patria
Determinó tornar, pues de la hija
Se refrescó el amor. Recordó Nuño
Lo que afligió su pecho la partida

Del venerable anciano, cuyas prendas
Eran de amor y de respeto dignas;
Y mostrando el curioso relicario,
Que colgado en su pecho se veia,

Dijo habérselo dado aquel amigo,
Al despedirse de él, en la marina.
Y prosiguió contando, que al hallarse
Aislado, solo, y la salud perdida,

No se atrevió á tornar á los desiertos;
Y que en un monasterio, do en la cima
Del Carmelo habitaban religiosos,
Buscó, y halló consuelo y acogida.

Al cabo de diez años un incendio
El edificio resolvió en cenizas,
Por lo que dispersándose los monjes,
Nuño con el abad á Alejandría

Se dirigió. Recuerdos de la patria,
Anhelo de saber si ya propicia
Con Gustios era la mudable suerte,
Y cansancio y horror de aquellos climas,

Le decidieron á volver á España;
Mas no pudo encontrar armada y lista
Nave alguna en el puerto, que á poniente
Enderezase el rumbo. Largos dias

En vano la esperó, y al fin cansado,
Se hizo á la mar en una barca egipcia,
Y á la ciudad llegó de Constantino
A visitar el templo de Sofía.

Desde allí una galera veneciana,
Recorriendo las costas de Sicilia,
Y el mar tirreno, le condujo en salvo
Al puerto antiguo de Provenza rica.

Recordó pues que al punto el Pirineo
Pasando, fué á Sobrarve, y de Castilla
Pisó la tierra al fin con pié turbado,
Y con alma embargada de alegría.

Sin detenerse dirigióse á Burgos,
Y en todo una ciudad halló distinta
De aquella que dejó... ¡tantas mudanzas
Diez y ocho años producido habian!

Dijo que se encontró como extranjero
En medio de su patria... ¡Gran desdicha,
Que acontece despues de larga ausencia,
Y que al más duro corazon lastima!

Sí; los recuerdos dulces de la patria
Léjos del propio hogar se fortifican;
Que en ella es todo eterno imaginamos,
Y la vuelta se anhela y se suspira,

Pensando hallarlo sin mudanza todo.
De tornar á la patria llega el dia;
Lo que en ella dejamos, ya no existe,
Y realidades nuevas y distintas

Se encuentran sólo. Con asombro vemos
Toda nuestra ilusion desvanecida;
Y extraños somos en la propia tierra,
Que es la mayor de todas las desdichas.

Así á Nuño ocurrió; cual peregrino
Vagó por Burgos, donde todo habia
Sufrido alteracion. Sólo en el pecho
Del ciego conde Sancho estaba viva

La indignacion contra el señor de Lara,
Y firme el gran favor y necia estima,
Con que dejaba en manos de Velazquez
El cetro del condado de Castilla.

Encontrándolo todo tan mudado,
Excepto los rencores y perfidias,
Dejó la corte, y hácia Lerma fuése,
Para tener de su señor noticia.

Supo que continuaba en su hondo encierro
Y privado por siempre de la vista;
Y, como en tiempo antiguo, fueron vanas
Para verle sus nuevas tentativas.

Dijo Nuño que pronto despechado
Al ver sus esperanzas destruidas,
Y de haberse alejado arrepentido
De las remotas tierras, do tenia

Ya amigos, conexiones y habitudes,
Para errar sin objeto por Castilla,
Que un vasto cementerio era á sus ojos;
Determinó pasar á Andalucía,

Para saber de Zaide, y si su amigo
Y compañero en los lejanos climas,
El mozárabe Egidio, aún disfrutaba
Allá en su patria de sosiego y vida.

La guerra que entre moros y cristianos
Entónces se encendió, y una maligna
Enfermedad, contó, que se opusieron
A su resolucion. Fuése á Galicia,

Y allí despues de visitar la tumba
Del santo Apóstol, á acabar sus dias
Se encerró en un aislado monasterio.
Del mar de Atlante en la escarpada orilla.

A dos años de estar en tal retiro,
De que el conde Don Sancho muerto habia
La nueva recibió; y en el momento
Con ciertas esperanzas y á gran prisa

A Burgos vino, y ante el nuevo Conde
Pidió reparacion de la injusticia
Con que era perseguido Gustios Lara.
Consiguió que con faz grata y benigna

El gran Fernan-Gonzalez le acogiese;
Y á pesar de Velazquez, que aún tenia
El supremo poder, logró dichoso
La libertad de Lara. Conseguida,

A Lerma voló Nuño, y olvidando
Todas sus ansias, penas y agonías,
Halló de todas ellas recompensa,
Cuando gozoso con su mano misma

Abrió la puerta á la prision de Lara,
La libertad tornándole, de guía
Sirviéndole, y cual siervo reverente,
Consagrándole el resto de su vida.—

El buen Nuño Salido, aquí indicando
Que segun la presencia, y la benigna
Condicion que mostraba el nuevo Conde,
Para Lara esperaba mayor dicha;

Y dando (era discreto) al auditorio
Gracias por su atencion, á la prolija
Historia de sus raras aventuras
Puso con labio fatigado cima.

Sonó el rumor por la espaciosa cuadra,
Que admiracion y que respeto indica;
Pues los que el patrio hogar nunca han dejado,
Semejantes afectos siempre abrigan

Por los que el ancho mundo recorriendo,
Arrostrando peligros y fatigas,
Otros pueblos han visto, otras costumbres,
Grandes sucesos, raras maravillas.

El Arcipreste demandó silencio,
Y su elocuencia demostró en seguida,
Dándole enhorabuena y áun elogios
Porque el Santo Sepulcro visto habia,

Mezclando como siempre, en su discurso
De las sagradas Letras doctas citas.
Los hidalgos despues, y capellanes
Mil congratulaciones y muy finas

Ofertas á los dos nobles ancianos
Dirigieron tambien; en nuevos vivas
Prorumpió el vulgo; circuló en la turba
De navarro aguardiente la botija;

Y todos se marcharon, de ambos viejos
A repetir la historia á sus familias;
Añadiendo sin duda circunstancias
Que mayor interés excitarian.

Pues muchos del concurso echaron ménos
Que en una y otra historia peregrinas,
Ni encantadores, brujas, ni gigantes,
Ni dragones de fuego intervenian;

Y de propio caudal tales filetes,
Y otras alteraciones inauditas
En sus repeticiones añadieron;
Tanto, que Lara y Nuño á pocos dias,

Oyendo referir sus propios lances,
Casi reconocerlos no podian,
Y de su gravedad diz que á despecho
Ambos soltaron riendas á la risa.

Ya era entrada la noche, cuando Nuño
Dió á su relato fin: roncas crujian
Las techumbres, del viento contrastadas,
Al peso de la nieve, que caia

En gruesos copos desde media tarde;
Y de Lara y de Nuño solicita,
Que honren aquella choza el Arcipreste;
Porque desmantelado y á ruinas

Reducido el palacio, poco abrigo
A tales personajes dar podia.
Aceptó Lara tan cordial convite:
Lo que dió nuevo campo al ama activa,

De aumentar de su fama los aplausos,
Demostrando tener igual pericia
En aprestar las cámaras y lechos,
Que en fraguar de repente una comida.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(30) Habiendo dejado el seguro asilo de Inglaterra, me encaminaba hácia Roma, para lo cual habia obtenido especial pasaporte pontificio y toda suerte de seguridades de aquella corte, y desembarqué en Liorna por el mes de julio de 1825. Concluida mi cuarentena, me presenté al cónsul romano, para que refrendara mi pasaporte, á lo que se negó absolutamente, diciéndome, tener órden para no refrendar ninguno, sin enviarlo ántes á Roma, á que fuese reconocido. Remitió, pues, el mio, y fué devuelto con terminante negativa. Representé al cardenal de la Somaglia, y me contestó por medio del cónsul, que sin embargo de que mi pasaporte estaba en regla, y dado de órden de Su Santidad, me expondria á *grave dispiacenze*, si ponia los piés en los dominios apostólicos. Esta inesperada repulsa fué inmediatamente seguida de la más encarnizada persecucion por parte del gobierno toscano, llegando la policía de Liorna á aprestar la fuerza armada para arrojarme de aquel Estado. En tanto apuro recurrí al cónsul británico Mr. Falconar, quien apoyado en un pasaporte inglés que me habia dado lord Chatham á mi paso por Gibraltar, no omitió diligencia alguna para contener la persecucion, y logrando ganar tiempo, me embarcó en un bergantin-goleta inglés, que despues de borrascosa travesía, me condujo á malta. En aquella isla hallé grata hospitalidad y toda suerte de consideraciones, tanto en los ingleses como en los naturales; y allí concluí la *Florinda*, escribí otras obras, y empecé esta leyenda. Permanecí en aquel grato y seguro asilo hasta Marzo de 1830, en que me trasladé con mi familia á Marsella en el yate *Lady Emilie*, que puso generosamente á mi disposicion el teniente gobernador, el general Ponsonby.

(31) Se concluyó esta obra, despues de una larga interrupcion, en Tours, el año 1832.



ROMANCE SÉTIMO

«Por el alto Dios del cielo
Y en fe que soy vueso fijo,
Que os he de facer vengado,
O me mataré á mí mismo.»

Romancero del Cid.

Tras granizos y nieves importunas
El cierzo despejó los horizontes,
Y una bóveda inmensa de zafiro
Llenó con sus hermosos resplandores

Limpio y ardiente el sol. Las altas cumbres
De plata aparecieron, y del bosque,
Carámbanos en vez de verdes hojas,
En el yerto ramaje. Esclarecióse

La ribera de Arlanza con un dia
De los que en las hispánicas regiones
Brillan en medio del invierno crudo,
Y los más claros son que admira el orbe.

Ya estaba en su palacio Gustios Lara,
Y á su fiel Nuño pide le coloque
Do al aire abierto los ardientes rayos
Del vivífico sol tranquilo goce.

Nuño al momento fuera del postigo,
Ya escombrado de leños y cascote,
Que era la sola entrada del palacio,
Un gran sillon de tosca encina, sobre

Blancas zaleas en lugar de alfombra,
Para dar gusto á su señor, dispone;
Y allí despues del brazo lo condujo,
Y con grande respeto acomodóle.

Sentado el ciego Lara, entrambas manos
Extendió en las rodillas, y gozóse
Con el dulce calor que difundia
Sobre él el padre de la luz, que entónces

Caminaba al zenit. La espalda al muro
Y de pié quedó Nuño, y cruza y pone
Sobre el pecho los brazos. Los contornos
La sombra oscura dibujó conformes

En los toscos sillares de ambos viejos,
A quienes largo espacio se les oye
Tan sólo respirar. Lara afanoso
La faz alzó, tal vez los resplandores

Para buscar del astro refulgente
Esperando, ¡infeliz! la larga noche
Moderar de sus ojos, y á lo ménos
Ver tibia claridad. Desengañóle

Empero la experiencia: aunque á torrentes
Su lumbre, no ya un sol, sino mil soles
Derramaran sobre él, siempre su vista
Fuera más insensible que los bronces.

Conociólo el anciano, y abatido
Inclinando la frente, conformóse,
Y empezó á susurrar en voz sumisa
Sus rezos y continuas devociones.

Nuño entre tanto inmóvil espaciaba
Los ojos por los llanos y los bosques,
O por la inmensa bóveda celeste;
Y varios pensamientos voladores

En su mente cruzaban. Ya recuerdos
De su primera edad, de los veloces,
Fugaces dias, cuando aquellos campos,
Floridas selvas y lejanos montes

Donde quiera contentos le ofrecian:
Ya de aquellos que, armado, los furores
Del combate arrostró: ya aquellas horas,
En que educando á los Infantes nobles,

De la paz, de la guerra y de la caza
Desvelado les dió doctas lecciones;
De que cogió tan regalados frutos,
En pos del lobo y jabalí feroces

Viéndoles recorrer aquellas cumbres,
Mostrarse en las batallas los mejores,
Y lucir en las justas y festines
De discrecion y agilidad los dotes.

De tal meditacion, en que sumido
Estuvo largo tiempo, al fin sacóle
Con abatida voz, así diciendo,
De su ciego señor el labio torpe:

«Desde que libre estoy, ¡oh, amigo Nuño!
No hay un solo momento en que se borre
Córdoba de mi mente. Ya te he dicho
Cuanto allí me ocurrió... Culpas enormes

»Contra mi Dios en la mazmorra horrenda
Es cierto cometí, que los rigores
De la justicia eterna provocaron.
Mas ¡ay!... era preciso no ser hombre,

»Sino un ángel de luz para librarse
En mi terrible situacion de entónces
De las insidias del astuto infierno.
¡Pequé, Señor, pequé!... Sí, ardí en amores

»Por una infiel beldad... ¡Pobre Zahira!
Si como nació en Córdoba, de Tormes
O de Arlanza, en las márgenes naciera,
De cristianas virtudes fuera norte...

»Mas, soy, ¡ay Nuño! criminal mil veces.
Aquel dominio que en su pecho noble
El cielo me acordó, fué, bien lo alcanzo,
Para su alma sacar de los errores,

»Y á la fe conquistarla: y yo, protervo,
Obrando á la razon poco conforme,
Me aproveché de aquel dominio sólo
Para abusar de su inocencia... ¡Atroces

»Son los remordimientos que me acosan,
Y que mi corazon mezquino rompen!»
Cesó el anciano en lágrimas deshecho,
Y el compasivo Nuño le responde:

«Gran yerro fué, señor, de tal manera
Del cielo santo corromper los dones;
Mas su misericordia es infinita,
Y al pecador arrepentido acoge.»

«Arrepentido está mi humilde pecho,»
Lara con un sollozo interrumpióle.—
«Y perdonado estás, prosiguió Nuño:
¿Quién los designios del Señor conoce?

»Tal vez la llama misma, que encendiste
Allá en el alma de la ilustre jóven,
La abrió á la fe; y es hoy apóstol santo
Que en Córdoba predica en altas voces

»El Evangelio. Si las claras prendas
De la Princesa mora son conformes
Con lo que tú relatas, ¿fuera extraño
Que el justo cielo así las galardone?

»Su ardiente caridad me referiste,
Y que de los cautivos y los pobres
Era madre comun: virtud tan grande,
La primera de todas, que á los hombres

»Iguala con los ángeles, sin premio
Nunca quedó, jamás.»—Estremecióse
De gozo Lara y prorumpió llorando:
«¿Por qué quieres con tales ilusiones

»Acallar mi tenaz remordimiento,
Y aquietar mi conciencia?... Bien conoces
Que no es posible tanto, no: á la hermana
Del potente Almanzor, de aquella corte

»En la atmósfera impura, ¿quién pudiera
De su secta mostrarle los errores,
Nuestros altos misterios explicarle,
Y el agua santa que los lazos rompe

»Del pecado esparcir sobre su frente?. .
Yo, solo, yo... ¡infeliz!... mil ocasiones
De hacerlo tuve, y las perdí... ¡Dios mio!
¿De su condenacion quién te responde?

»¿Quién te responde, sino yo?»—Convulso
Quedó el mísero anciano: convirtióse
En gemidos su voz, y vacilando
Iba á caer; mas Nuño le socorre,

Con palabras de afecto le sosiega;
Y oportuno con sábias reflexiones
Le exhorta á que, olvidando lo pasado,
De lo presente, cual se muestra, goce.

Levanta hinchado el mar su turbio espacio
En negras olas y movibles montes,
Cuando vestidos de tonantes nubes
Braman los encontrados aquilones;

Pero si el blando céfiro aparece,
Y luz remota anuncia el horizonte,
Toman las ondas diferente aspecto,
Y bien que aún agitadas, se conoce

Que es más blando el impulso que las mueve,
Y que á amansar su furia se disponen.
Así acontece á los humanos pechos,
Segun cambian de giro las pasiones,

Y así su agitacion el ciego Lara
Calmó, y en blando lloro desahogóse,
Cambiando de repente sus ideas;
Y continuó, sumiso y más conforme:

«¡Ay, Nuño!... ¡amigo Nuño!... Grato el cielo
Aún reparo tal vez á mis enormes
Culpas pudiera dar... Si tiene vida
La hermana de Almanzor... ¡Era tan jóven!

»¿Por qué no ha de vivir?... ¡Ah! si enterada
De que ya libre estoy... viniera... Entónces
El agua del bautismo, el santo nudo
Que bendice de Dios el sacerdote,

»Pudieran, sí, santificarlo todo.
De ella una santa hicieran, y la noche
En que vivo, tornaran claro dia,
Y esperara sin susto el postrer golpe.»

Calló el anciano, y suspiró, la rienda
Soltando á sus falaces ilusiones,
Lleno de vida el venerable rostro,
Y de expresivo fuego. Bien conoce,

Observándole atento el docto Nuño,
Las regiones extrañas que recorre
De su señor la mente; y que á despecho
De todas sus desdichas y aflicciones,

Y del curso del tiempo, aún su alma oculta
Una pasion antigua, los amores
Que las delicias postrimeras fueron
De su pecho infeliz. Las reflexiones

Que este atisbo al buen Nuño sugeria,
Lara, tornando á hablar, pronto interrompe,
Pues dijo así, sus vagos pensamientos
Tomando de repente otros colores:

«Era infiel, era infiel; y mi cariño
Réprobo y criminal. Lo reconoce
Harto mi corazon; mas, ¡ay! su fruto
Era inocente, sí... Me faltan voces

»Para expresar lo que en el alma siento
Al recordarme de él... ¿Con fiero golpe,
Le hundió la muerte en el voraz sepulcro,
Al punto de nacer?... ¿O en ciega noche

»De horror, de iniquidad, de idolatría
Vive, y blasfema de mi Dios el nombre?
¡Nuño!... ¡Qué horror!!! ¿Tal vez hembra infelice
En brazos de un infiel?... Mi alma se rompe.

»En tantos años, ¡ah! nueva ninguna
Ha llegado hasta mí... Zaide, aquel noble
Y valeroso Amir, y que me debe
La libertad y vida, corresponde

»Mal con su obligacion, pues no ha buscado
Modo de penetrar hasta la torre,
En donde tantos años he vivido,
Para darme las nuevas...» Atajóle

Nuño en defensa de su amigo Zaide
Con gran calor diciendo: «Desconoces
Cuál fué tu situacion, si á Zaide culpas,
Y olvidas la estrechez y los rigores

»Con que estabas guardado.—Es cierto, Nuño,
Prosiguió Lara, el cielo me perdone.
Mas tú, ¿por qué hácia Córdoba no fuiste,
En vez de recorrer tantas regiones?»—

Nuño le respondió: «Tú, señor, sabes
Que no pude tener ni indicio entónces
De los lazos que en Córdoba dejabas;
Y hubiera fuerza dado á las atroces

»Calumnias, con que viles enemigos
Manchar osaron tu glorioso nombre,
El que un tu servidor y confidente,
Cual yo, á Córdoba fuese.—Tus razones

»Son de gran peso, Nuño,» dijo Lara,
Y en profundo silencio sumergióse,
Inclinando el semblante sobre el pecho
Que con la barba venerable esconde.»

Grande rumor en esto, repentino,
Súbita confusion y roncas voces
Resonaron en torno, á Nuño y Lara
De sobresalto, dudas y temores

Llenando á un tiempo. El ciego los oídos
Atento aplica: el otro se dispone
Las causas á inquirir, y gira y torna
Los ojos en reedor, y entrambos oyen

¡Moros!... ¡moros! gritar, y que se aumentan
La agitacion, los llantos y clamores
En Salas toda. Por delante de ellos
Varios villanos, pálidos, veloces,

Cruzan despavoridos: quién buscando
Cercanas breñas y vecinos bosques,
En donde refugiar familia y bienes;
Quién á advertir al punto á sus pastores,

Que dejando cabañas y rediles
Huyan con los ganados á los montes;
Quién á esparcir la alarma en las aldeas,
Y á reunir lanzas y jinetes, corre.

Nuño pregunta en alta voz á algunos
La causa de la fuga, y le responden
Sin detenerse, que los moros cargan,
Con sus huestes cubriendo el horizonte:

Nueva que corrobora de la villa
El campanario, cuyos huecos bronces
A vuelo publicando el arrebato,
El viento asordan con sus recios sones.

Quedó suspenso Nuño; pero Lara
Al bélico rumor estremecióse,
Y animoso exclamó: «¿Por qué los cielos
Me tienen condenado á eterna noche?

»Si ojos tuviera yo (la edad ¡qué importa!)
De un caballo ocupara los arzones,
Empuñara una lanza, y mis vasallos
No huyeran de los moros invasores.

»Del bárbaro Giafar puede que sean
Los satélites viles y feroces:
De Giafar, que sabiendo estoy ya libre,
Quiere que á ser esclavo suyo torne.

»¡Ah!... si tuviera vista!...—No la tienes,
Dijo al momento Nuño, á quien el nombre
De Giafar, y de Lara la ocurrencia
Heló la sangre. No la tienes... ponte,

»Ponte, señor, en salvo.—Amigo Nuño,
Tranquilo Lara continuó, y ¿en dónde
O cómo? dí... Moverme puedo apénas...
Con mi estrella infeliz estoy conforme.

»Corre á tomar noticias más exactas.»—
Nuño á dos escuderos llama, y órden
Da de que á su señor cuiden y asistan,
Y que ni un solo instante le abandonen.

Manda poner á punto los caballos,
Y que las armas una escolta tome,
Y á adquirir por sí mismo la certeza
De lo que ocurre, por la villa entróse.

La confusion que reina en el navío,
Si al mismo tiempo que bramando rompe
El huracan sus mástiles, la quilla
Toca en las peñas ásperas que esconde

Entumecido el mar; encuentra Nuño
Por calles y plazuelas. Era entónces
Tal la inseguridad, y tan frecuentes
En plena paz rebatos é invasiones,

Que no era extraño el popular asombro.
Con algunos hidalgos y otros hombres
De cuenta Nuño habló, que apresurados
Aprestaban sus armas y trotones.

Todos le afirman que los moros vienen,
Y que las vegas inmediatas corren;
Mas de su intento y fuerza las noticias
No son ni positivas ni conformes.

Nuño y el Arcipreste, y dos personas
De autoridad resuelven á la torre
De la iglesia mayor, que dominaba
En torno las llanuras y los bosques,

Subir á cerciorarse por sus ojos
Del peligro, que tiene en tal desórden
Y terror la comarca. Lo ejecutan,
Y sólo ven á gran distancia, á trote

Veinte moros venir hácia la villa;
Sin parecer en todo el horizonte
Ni más armadas huestes, ni banderas,
Ni polvo, ni áun rumor. Los resplandores

Del sol demuestran que con armas vienen;
Mas ni furor ni hostiles intenciones
Su modo de marchar. No de milanos
Banda voraz, que hambrienta reconoce,

Y el indefenso palomar embiste,
Parecian los moros trotadores;
Sino banda pacífica y alegre
De apacibles cigüeñas, que los montes

Del Africa dejando en primavera,
Un alto pino ó solitaria torre
Buscan, para anidar en nuestro clima,
Y pasar la estacion de los calores.

Nuño y los que con él observan, luégo
Lo advierten todo; su temor calmóse,
Y mandando cesar del campanario
Los alarmantes y molestos toques,

Vuelto curiosidad el miedo, bajan,
Refieren lo que han visto, y los temores
Procuran aquietar del necio vulgo;
Y treinta hidalgos se arman y disponen

A salir al encuentro de los moros,
Para inquirir mejor sus intenciones;
Miéntras Nuño á informar de todo á Lara,
Y su inquietud á sosegar volvióse.

Los árabes jinetes conocieron,
Al salir á lo llano desde el monte,
El gran terror que su presencia daba;
Y la llanura atravesar á trote,

Para abreviar su marcha, dispusieron;
Y ya en la villa entraban, cuando en órden
Los treinta hidalgos vieron. Asustados
A su turno, detiénense, y á voces

Paz... amistad, repiten; blancos lienzos
Sobre los hierros de sus lanzas ponen
Y los dos que los jefes parecian,
Sin sacar los alfanjes, á galope

Avanzan á encontrar á los armados:
Los cuales al momento que conocen
Las señales pacíficas, esperan,
Y las armas mortíferas deponen.

Los dos caudillos de la gente mora
Asaz diversos eran: un jóven,
De extremada beldad y gentileza:
El otro, anciano, venerando y noble.

Armas ricas y ricas vestiduras
Ostentan ambos con ilustre porte,
Sobre sendos caballos cordobeses,
Fuertes, revueltos, ágiles, veloces.

El segundo, en lenguaje de Castilla,
Dijo á los castellanos: «Bien, señores,
En vuestras armas y apostura veo,
Que enemigas juzgais las intenciones

Con que á Salas venimos; pero os juro,
Que son sólo de paz. Fuerzas mayores
Que esta tropa no vienen con nosotros,
Y esta no es de soldados lidiadores;

»Es sólo de pacíficos esclavos,
Gente, cual veis, sin disciplina y órden:
Y las armas escasas que traemos,
Son armas de viandantes, que agrios montes

»Y solitarias selvas han pasado.
Mas si recelo os dan, estoy conforme
En deponerlas al momento. Somos
Amigos y rendidos servidores

»De vuestro alto señor Gustios de Lara;
Y sabiendo ha salido de la torre,
Donde fué injustamente aprisionado,
A presentarle el homenaje y dones

»Venimos de amistad. A su presencia
Llegar nos permitid.»—Dijo y alzóse
Vago rumor entre los treinta hidalgos,
Que, un instante indecisos, no responden.

Uno de ellos astuto recelando
De infieles sólo engaños y traiciones,
Con ronca voz le preguntó sañudo:
«¿Vienes de parte de Giafar?»—El jóven

Con el rostro alterado, ántes que el viejo,
Contestó: «¿Acaso nos juzgais traidores?...
Ya no vive Giafar, gracias al cielo.»
—Otros al ver, que apénas de prisiones

Lara está libre, mensajeros moros
Con tal empeño hablarle se proponen,
Dan á recelos y á sospechas viles
Entrada; y casi del difunto Conde

Y del señor de Barbadillo aprueban
La gran severidad y los rigores.
Mas al fin todos el temor perdiendo,
Y cautivados del aspecto noble

Y generoso del infiel anciano,
Y del semblante y actitud del jóven;
Replican á una voz, que entren en Salas
Con su acompañamiento. Se disponen

A servirles de guía hasta el palacio,
Y por la villa entraron en buen órden,
Mezclados los cristianos con los moros
En tranquila amistad y union conformes.

Todos los habitantes de la villa,
Que tan despavoridos á los montes
Trataban de acogerse, larga rienda
Sin más exámen dando á sus terrores;

Seguros ya de que infundados eran,
Tornado el miedo confianza, corren
Para verlos pasar, con gran bullicio
Ocupando las calles y balcones.

Muchos ancianos al mirar los rostros
Del mancebo y del viejo, reconocen
Personajes que han visto en otro tiempo,
Pero sin recordar cómo ni dónde:

Y un mendigo andrajoso, que á los Laras
Sirvió de podenquero, y que entregóse,
Cuando luégo fué echado del palacio,
A la embriaguez continua, desde entónces

Acá creciendo con la edad el vicio;
Dando traspiés, codazos, pisotones,
De borracho y mendigo con la audacia
Penetró entre la turba. Aproximóse

A los dos personajes cordobeses,
Y mirando al mancebo, en roncas voces
Mal pronunciadas exclamó: «¡Milagro!!!
¡Y milagro patente!!!... Este es, señores,

»Gonzalo, de mis amos el más chico,
Vedle tan mozo y de tan sano porte,
Como aquel dia que venció en la justa
Al montañés gigante; y este noble

»Anciano que amoroso le conduce,
Es el patriarca Abran. Los reconocen
Mis ojos, y los ven sin estrellitas,
Pues no he catado el vino desde anoche.

»¡Milagro!!! sí... ¡milagro, y gran milagro!!!»
A tan extraños gritos levantóse
Sordo rumor entre la espesa turba,
Y apiñándose todos en desórden

Sobre aquel que los daba, al conocerle,
Rompen en carcajadas. Mas el pobre,
A quien más que los piés la frente pesa,
Entre tantos vaivenes y estrechones

No pudiendo tenerse, cayó al suelo,
Y lo regó del vino, que la noche
Anterior se bebiera, segun dijo,
Y á que debió su perspicacia entónces.

Efecto sin embargo produjeron
Su extraña idea y balbucientes voces.
El cordobés mancebo, al escucharlas,
De púrpura esmaltó su rostro noble:

El del anciano se cubrió de gozo;
Y á varios de la villa despertóles
Recuerdos de lo antiguo; pues al punto
La semejanza extraña reconocen,

Que hay en talle, semblante y apostura
Entre Gonzalo Lara y aquel jóven.
Otros que al viejo musulman observan,
Notan que su figura es muy conforme

A una estatua antiquísima de mármol,
De senador ó cónsul, que de poste
En una esquina de la iglesia estaba,
Y á quien de Abran le daba el vulgo nombre (32).

Advirtióse tambien, que por las calles
Con la certeza va de quien conoce
Perfectamente el sitio: circunstancias,
Que tomando al momento los colores,

Con que las cosas más comunes vuelve
Prodigios la ignorancia de los hombres;
Hace de aquellos huéspedes personas
Del otro mundo. Pronto acrecentóse

Tan rara especie, y adquirió gran cuerpo
En la imaginacion y en las pasiones
Femeniles; pues viejas y muchachas,
Que es Gonzalo aseguran y suponen;

El alma de Gonzalo, que vestida
De fantásticas formas, y por órden
Del justo cielo, á consolar al padre
Viene, y á castigar calumniadores.

Ya entre la muchedumbre circulaba
Con gran asombro de *Gonzalo* el nombre;
Cuando la cabalgada del palacio
Llegó á la plaza, y al entrar, paróse.

El viejo cordobés, notando al punto
Tapiados la alta puerta y los balcones,
Y los signos de afrenta y de ignominia
(Que al momento cual tales reconoce),

Retembló, suspiró, y algo le dijo
En su arábiga lengua al tierno jóven,
Que grande agitacion tambien mostraba.
Y picando de nuevo, dirigióse,

Sin preguntar á nadie, del palacio
El postigo á buscar, cual quien conoce
Perfectamente el edificio; y muda
La turba inmensa en confusion siguióle.

En conjeturas varias divertido
Aún Lara estaba en su sillon de roble,
Disputando con Nuño, y rodeado
De escuderos y armados servidores;

Pero el vecino estruendo de herraduras,
El crujir de las armas, los rumores
De la confusa muchedumbre oyendo,
A retirarse cauto se dispone;

Y por dos escuderos sostenido
Estaba ya de pié, cuando en desórden
Ante él la mora y castellana gente,
Y la caterva popular paróse.

Lo advirtió, y levantando la cabeza,
Vistió de dignidad su aspecto noble;
Y el anciano andaluz en él los ojos
Clavando ansioso, en resonantes voces

Dijo al tierno mancebo: «Este es tu padre:
Ante sus plantas á arrojarte corre,
Y absorto el mundo al verte entre sus brazos,
La Providencia omnipotente adore.»

No habia terminado estas palabras,
Cuando el mozo, dejando los arzones,
Exclamó: *¡Padre!!!* y prosternado en tierra,
Del ciego á las rodillas abrazóse.

Al mismo tiempo conociendo Nuño
Al anciano, cual fuera de sí, rompe:
«Oh Zaide!... oh bienhechor!... oh tierno amigo!»
Y se arroja en sus brazos. Yerto, inmoble

Lara quedó. La falta de los ojos
Le sumerge en un mar de confusiones.
De ambos moros la voz no le es extraña...
Mas cuando al docto Zaide nombrar oye,

Y siente que le estrechan unos brazos,
Y repetir de *padre* el dulce nombre,
Y que en sus manos trémulas se imprimen
Unos labios de fuego; reconoce

Toda su dicha, y embargada el alma,
En el sillon sin fuerzas derribóse.
Mudarra, Zaide, Nuño, el Arcipreste
A darle auxilio en derredor se ponen;

Callando el pueblo, que asombrado mira
Prodigios donde quiera y confusiones.
Mas no volviendo Lara del desmayo,
Retirarle de allí Nuño dispone;

Y él y Mudarra del sillon asiendo,
Al palacio lo suben. Varios hombres
De cuenta, el Arcipreste y los hidalgos
Le siguieron en pos. Zaide la órden

De entrar en el gran patio da á los suyos,
Y Nuño, de que al punto se coloquen
En el postigo aquel dos hombres de armas
Y que á la multitud el paso estorben.

———

De gran dicha la luz inesperada,
De gran desastre el impensado golpe,
Hacen por lo comun el mismo efecto
En el sensible corazon del hombre;

Que es, sorprenderlo y embargarlo todo,
Confundiendo su aliento y sensaciones
En tan hondo estupor, que hasta peligro
Hay de que en muerte súbita se torne.

Así el anciano Lara, en el momento
Que de su confusion pasó el desórden,
Y conoció que estaba en su presencia
El hijo aquel, de sus afanes norte;

Exánime cayó, y en largo rato
Más insensible que el helado bronce,
Ni el labio alienta, ni los brazos mueve,
Ni á las personas que le cercan, oye.

En un salon sobre su tosca silla,
En que tiembla tan sólo se conoce,
Y en el calor de sus flexibles miembros,
Que aún sangre y vida por sus venas corren.

El Arcipreste confundido apela
A salmos y á devotas oraciones;
Vinagre y agua en el marchito rostro
Esparce Nuño; viejos servidores

Desatentados giran; y en el seno
De Zaide afligidísimo se esconde
Mudarra, hundido en el terror. Muy pronto
La agitacion universal calmóse,

Viendo moverse al respetable anciano,
Y que el letargo, que le oprime, rompe,
Pues lanzando un suspiro, de repente
Se incorpora, vivísimos colores

Dando á su faz, y en derredor tendiendo
Los brazos exclamó: «¿Dónde está, dónde
El hijo de mi amor?—Aquí, á tus plantas,»
En ellas arrojándose veloce,



Le respondió Mudarra. Y el anciano
A buscarle inclinándose, estrechóle
Contra su seno, alzándolo de tierra,
Y, «Ven, le dijo, ¡oh dulce prenda!... ponte,

»Siéntate en estas débiles rodillas,
Pues les da el cielo bienhechor que gocen
El dulce peso de mi amado hijo:
Reclínate en mi pecho, y que recobre

»Con tu fuego calor... ¡Hijo del alma!
¿Hay más feliz que yo nadie en el orbe?...
¡Hijo mio!. . ¡mi bien!... ¡hijo! Mi labio
Saber no quiere articular tu nombre:

»Diego, Martin, Fernando, Suero, Enrico,
Veremundo, Gonzalo... aquel que brote
De estos primero mi memoria, el tuyo
Será, y feliz en mis delirios logre

»En tí á los siete recobrar.» Diciendo
Así, cubria del hermoso jóven
Con lágrimas y besos el semblante;
Mas cesó de repente y anublóse

Su venerable faz, alzó los brazos,
Y con voz que partió los corazones,
«¡Oh cielos! exclamó; dadme la vista
Un momento, no más, no más... que logre

»Ver yo, sólo un instante, al hijo mio,
Y vuelva á hundirme en sempiterna noche.»
Quedó en silencio, y en silencio todos
Los presentes tambien. Pero tornóse

De nuevo el padre al hijo idolatrado,
Otra vez en su seno reclinóle,
Respirando su aliento embebecido;
Y con las manos trémulas, que entónces

El oficio llenaban de la vista,
Le palpaba del rostro las facciones,
La robusta cerviz, los anchos hombros,
Y los nervudos brazos. Reconoce

El traje musulman, y, «oh Dios, prorumpe;
Nacido del pecado en los errores,
No quiero verle hasta que vuestro sea.
Al venir á mis brazos, ¿fué tu norte,

»Hijo, la santa fe de tus abuelos?...
¿Vienes para abjurar la secta torpe,
Que, ¡infelice! profesas?»—«Padre mio,
Le responde Mudarra, que hasta entónces

Embargado de gozo y de ternura
Apénas alentó: no reconoce
Más voluntad mi pecho que la vuestra;
Obedeceros es mi único norte,

»Mi solo afan el ser vuestro consuelo;
Y vengándoos de pérfidos traidores,
Vuestra inocencia demostrando al mundo,
La gloria restaurar de vuestro nombre.»

Tembló el anciano al escuchar al hijo:
De gozo y de terror su faz cubrióse
Alternativamente; y en un punto
Brillaron los fulgentes arreboles

De esperanzas altísimas en ella,
Y del espanto y desaliento atroces
Las pavorosas nubes la cubrieron.
Quedóse mudo un breve espacio, inmoble.

Mas triunfando en su pecho las ideas
De religion, ó acaso los temores
De aún perder aquel hijo inesperado,
De nuevo entre sus brazos estrechóle,

Cual si esconderle en ellos pretendiera;
Y girando la faz sin vista, donde
Se pintaba el horror de quien en torno
Los puñales descubre y gritos oye

De aleves asesinos, que venganza
Escuchando anunciar, tiemblan y corren
A exterminar al vengador, ocultos
Entre las densas sombras de la noche;

«No pienses tal, mi bien; nunca, hijo mio,
Le contestó con penetrantes voces:
¡Exponer tu existencia por vengarme!
Jamás, jamás... ¿Qué importa de los hombres

»La opinion, si los cielos mi inocencia
Y mi lealtad, y mi honradez conocen?
No quiero, no, venganzas, hijo mio,
Funestas siempre á quien tras de ellas corre.

»Perdonados están mis enemigos:
Perdonados están. ¡Dios me perdone
Como yo los perdono, hijo del alma!...
¿Tú exponerte? jamás!!!—Padre, responde

»El gallardo mancebo, padre mio!...
¿Y vengo á pronunciar tan dulce nombre,
Para que el hijo del traidor me llamen,
Y ser ludibrio y maldicion del orbe?

»¿Para al triunfo servir de la impostura,
Y perpetuar, en vez de sangre noble,
Una sangre afrentada, envilecida?...
¿Para heredar en fin esos borrones,

»Que de este alcázar la fachada enlutan
Gritando *infamia* con eternas voces?»
Se escandeció la faz del ciego Lara
Al escuchar al generoso jóven,

Cuyas palabras como rayos fueron
Que penetrando en el helado bosque,
Por más que esté de nieves abrumado,
Lo incendian al momento. Estremecióse

Gustios de Lara: el fuego de su hijo
Fulminante abrasó su pecho noble;
Y la resignacion ó indiferencia,
Que el padecer, la edad, las aflicciones,

La religion, y hasta el despecho mismo
Dieron á su alma helada, disipóse,
En aquel tiempo renaciendo en ella
El amor á la gloria. De su nombre

La infamia y el baldon de su familia,
Que ya en él no concluye, y los horrores
De su afrentosa situacion de pronto
Descubre, y asombrado reconoce;

Y que ni hijos, ni bienes, ni descanso
La deshonra compensan.—Encaróse
(Cual pudiera gozando de la vista)
Con Mudarra, del seno separóle,

Poniéndole ambas manos en los hombros,
Y dijo en voz solemne: «¿Eres tú, oh jóven,
Ministro de las iras del Eterno?
¿Será tu esfuerzo tal, dí, que me borre

»Esos signos de afrenta, y que restaure
De mi familia el calumniado nombre?...»
No pudo proseguir; fué harto violento
El cambio repentino de pasiones

Que su cascado corazon sintiera.
Agitacion terrible conmovióle,
Y embargada la voz, convulso todo,
En el cuello del hijo reclinóse.

Tomando la palabra en aquel punto
Zaide, el prudente Zaide, que hasta entónces
En ternísimas lágrimas deshecho,
Mudo, cual los demás espectadores,

De hijo y padre la escena contemplaba,
Prorumpió en firme acento: «Reconoce,
Oh Lara insigne, al que en tus brazos tienes
Cual mensajero del Autor del orbe.

»Él te lo envia á demostrar al mundo
Que nunca deja impunes los atroces
Crímenes, y que siempre á la inocencia
Da su eterna justicia vengadores.

»El cielo con prodigios lo ha mostrado,
Y alto principio ha dado ya este jóven
A su santa mision. Sí, Gustios Lara,
Para que le dé cima y la corone,

»A tus plantas lo traigo. Es hijo tuyo;
Mas sólo fuera un infortunio enorme
Un hijo, en tus terribles circunstancias,
Si de tu casa, de tu gloria y nombre

»Restaurador no fuera. Ánimo, amigo:
Hijo y vengador tienes. Lo dispone
Así el Omnipotente, y sus decretos
Se cumplen á despecho de los hombres.»

Al acento de Zaide, recobrado
Tornó en sí Lara, y extendiendo, adonde
La voz oyó, los brazos, «¡Zaide, grita,
Mi generoso Zaide!... llega, corre

A abrazarme... Despues de á Dios, amigo,
A tí sólo deudor se reconoce
Este anciano infeliz de la alta dicha,
Que fin á todos sus desastres pone.

»Llega á mis brazos, vuela... Y tú, fiel Nuño,
Ven y estrecha en los tuyos á este jóven.
Hermano es ¡ay! de aquellos que educaste;
Reciba tambien este tus lecciones.

»Vos, ¡oh Arcipreste! al Dios de tierra y cielo
Con sacros himnos y con santas voces
Gracias solemnes dad, y suplicadle
Que á este hijo de mi amor nunca abandone.

»Y vosotros, oh ilustres caballeros,
Mis parientes y fieles servidores,
Ved al que el brazo del Señor me envia
Para heredero de mi casa y nombre.

»Reconocedle como á tal: de Salas
Será, como lo fueron sus mayores,
El padre y defensor; y vuestros hijos
La victoria hallarán tras sus pendones.»

Dijo el anciano: enmudecido Zaide
En sus trémulos brazos arrojóse:
Nuño con gran cariño de Mudarra
Besó la ardiente faz. El sacerdote

Al arteson las palmas levantando,
En un *Te Deum* prorumpió; y al jóven
Cercando los hidalgos y escuderos,
Hincada una rodilla, en altas voces

Le rinden de lealtad el homenaje,
Y futuro señor le reconocen
Del estado de Salas: ofreciendo
La antigua estancia, á media luz entónces,

Un cuadro digno de que el gran Velazquez,
Gloria de los pinceles españoles,
O el insigne Rembrandt, ejercitaran
En él su ingenio y mágicos colores.

Referir del anciano y ciego Lara
Las palabras y varias sensaciones,
Al recibir el misterioso anillo,
Que el discreto mancebo presentóle,

Reconociendo al punto con el tacto
Sus combinadas piedras y labores;
Y contar el horror, pasmo y asombro
Que muestra, cuando á Zaide contar oye

Del tirano Giafar la horrenda muerte,
Primera hazaña del mancebo noble;
Y su llanto pintar y desconsuelo
Al escuchar, pues fué terrible golpe

Para su corazon, que no existia
El astro de sus últimos amores;
Y repetir de Zaide y de Salido
Los recuerdos, preguntas é ilusiones;

Y del docto Arcipreste las arengas;
De las dueñas y antiguos servidores
Del palacio el contento y esperanzas;
Y las patrañas necias y discordes

Que en Salas discurrieron aquel dia,
Fuera perderse en intrincados montes,
Y navegar un piélago insondable,
Sin hallar puerto, ni encontrar el norte.

—Ya el sol hácia el ocaso declinaba
A esconderse en nevados horizontes,
Cuando nuevo rumor nació en la villa,
Y nueva confusion en ella alzóse,

Llegando hasta el palacio el vago estruendo
De festivas carreras y de voces,
En que, si ántes sonaba *moros, moros*,
Ahora sólo se escucha *¡el Conde! ¡el Conde!*

El nuevo soberano de Castilla,
Fernan-Gonzalez de glorioso nombre,
A gozar de aquel dia delicioso,
Tregua del crudo invierno, por los bosques

Y llanuras que Salas señorea,
Corriendo galgos y volando azores,
Con sus pajes andaba y ballesteros,
Y con lo más granado de su corte.



Rui-Velazquez tambien le acompañaba;
Pues aunque ni el favor ni gracias goce
De su nuevo señor, áun el gobierno
Conserva del Estado; porque á un hombre,

Que con tan gran poder por tantos años
Rigió las riendas de él, en el desórden
De aquellos tiempos, peligroso fuera
Intentar arrancárselas de un golpe.

Gozaba pues del campo los placeres,
Y de abundante caza el nuevo Conde,
Por aquellos contornos; cuando el eco
Con que los huecos y agitados bronces

Tocaban á rebato resonantes
De la iglesia de Salas en la torre,
Escuchó con sorpresa. Luégo al punto
Los fugitivos pálidos que al monte,

Se refugiaban, diéronle la nueva
De que los Sarracenos invasores
Atacaban la villa. Con desprecio
La recibió al principio: por entónces

Reinaba paz, y la frontera estaba
Léjos, y defendida de agrios montes
Erizados de nieve. Pero llegan
Más y más fugitivos, que conformes

La noticia repiten, y la afirman
Los lejanos lamentos y clamores,
Que ensordecen la atmósfera, mezclados
De las campanas con los recios sones.

Se enardeció del gran Fernan-Gonzalez
La sangre juvenil y el pecho noble,
Al pensar que tan cerca de sí tiene
Al enemigo del cristiano nombre;

Y de su alto valor arrebatado,
Valor que en aquel siglo fué del orbe
Admiracion, y que en el nuestro aún vive,
En fama duradera más que el bronce;

Quiere á Salas volar. A los monteros
Y á los pajes reuniendo, se dispone,
Sin más armas que sólo su venablo,
A embestir con los moros invasores.

Velazquez y los otros caballeros
De edad madura y de experiencia, acordes
Tan ciego ardor prudentes desaprueban;
A su gallarda decision se oponen,

Hasta tener noticias más exactas;
Consiguen contenerlo, y á galope
Un escudero diligente envian,
Que llegue á Salas, y que lengua tome.

Quedó entre tanto, á su pesar, el fuego
De su alma noble conteniendo el Conde,
Como el lebrel gallardo en la traílla,
Cuando ve al jabalí cruzar el monte.

Pronto cesó el clamor de las campanas,
Y el estruendo lejano; por el bosque
No se vieron cruzar más fugitivos,
Y todo indicio de terror calmóse.

Quién que la alarma fué falsa, presume;
Quién teme que los moros invasores
Dueños son de la villa... todos ansian
Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda
Le ven llegar, y en su reedor se ponen;
Y él refirió, que veinte Sarracenos
El rebato causaron y el desórden;

Mas que luégo se supo que venian
De paz, y con amigas intenciones,
A ver á Gustios, al señor de Lara,
Y que con él y con algunos nobles

Quedaban en su alcázar encerrados.
Calló, suspenso con la nueva, el Conde,
Y de curiosidad extraña llena
Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velazquez de una nube,
Ardió un rayo infernal en sus traidores
Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo
Así á Fernan-Gonzalez dirigióse:

«Ya lo escuchais, señor: mirad ahora
Si eran tan infundadas las razones
Por que me opuse á la bondad incauta
Con que á Gustios sacasteis de la torre,

»Que debiera haber sido su sepulcro.
Porque conozco el corazon del hombre,
Y que el de ese infeliz es la guarida
De la loca ambicion y las traiciones;

»Que le dejaseis aherrojado quise,
Como deben estar tigres feroces.
Vos despreciasteis mi experiencia... vedle
Apénas libre, aunque tan viejo y torpe,

»La antigua trama renovar. Miradle
Por los infieles, del cristiano nombre
Constantes enemigos, visitado;
Y ya tal vez el pérfido dispone

»Y traza de Castilla el exterminio,
Cual lo trazó ayudado de traidores,
Cuando sin esta espada y este brazo
El trono vuestro no existiera.»—El Conde,

Que con frente ceñuda le escuchara,
Con amarga sonrisa respondióle:
«Tal vez será inocente la visita
Que hacen los Sarracenos á ese pobre

»Y ciego anciano: á consolarle puede
Que ya amigos, ya viejos servidores,
Que allá en Córdoba tuvo, vengan sólo:
Sospechas no son pruebas.» Asustóse

Velazquez, ya coloso á quien flaquea
Por el cimiento la cuadrada mole
En que la planta estriba, y encubriendo
Su turbacion, contesta: «Se conoce

Que os ciega la bondad por Gustios Lara;
Que la experiencia os falta, y que sois jóven.
¿Inocente juzgais esta consulta
De los moros con él?... Exploradores,

»Satélites infames son sin duda
Del infame Almanzor.»—Escandecióse
El señor de Castilla, así escuchando
Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,
Aunque infiel y enemigo, allá en su noble
Pecho de ser rival de sus hazañas
Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velazquez: «Si acaso son espías,
Si enemigos cubiertos y traidores
Esos moros, que á Salas han venido,
A fe de caballero y por mi nombre

»Te juro, que serán esclavos viles
De tu amigo Giafar, no servidores
Del glorioso Almanzor.»—Desconcertado
Velazquez más y más, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto
Con labio balbuciente replicóle:
«De Giafar ó Almanzor, sólo paganos,
De Castilla enemigos á esos hombres

»Contemplo; y como á tales, anatema
Sobre ellos, sus parciales y fautores
Debe al punto caer. Señor, permite
Que vaya, y por mí mismo me cerciore

»De sus intentos, sorprendiendo á Lara,
Miéntras con ellos conferencia acorde;
Y dejad á mis años y experiencia
El que segun las circunstancias obre,

»Como al bien de la fe, y al del Estado,
Y al de vuestra persona más importe.»—
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,
A partir para Salas se dispone;

Pero Fernan-Gonzalez le detiene,
Diciendo: «Iré con vos;» y da la órden
A cuantos le circundan, de seguirle,
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos;
Cruza la cabalgada por el bosque,
Y Velazquez confuso, despechado
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros
De un mago bienhechor, tras él veloce
Va, á su pesar, á deshacer la trama,
De que se prometió daños enormes.

Al entrar en la villa el Soberano,
Alegre el pueblo prorumpió en las voces,
Que del palacio del señor de Lara
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano
Con el hijo, el amigo y servidores,
Todos sus infortunios olvidaba,
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes
Entró gallardo de Castilla el Conde,
En su talle gentil y faz hermosa
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,
Una ancha cuera recamada, y sobre
El pecho un primoroso talabarte
Con castillos de plata por botones,

Una ligera toca de velludo
Adornada de plumas de colores,
Y de piel de pantera las abarcas,
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,
Y con su cascabel y capirote
En el puño siniestro sustentaba
Un fiero azor. Algunos ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velazquez
Con aspecto feroz y altivo porte;
Pero al poner en el salon la planta,
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente
El vengador espectro á media noche.
—Gustios de Lara, entrambos sarracenos,
Y los hidalgos, al entrar el Conde,

Quedaron en silencio respetoso;
Y el ciego anciano del sillon alzóse,
Por Nuño y por Mudarra sostenido.
Fernan-Gonzalez calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto
Cuanto le cerca. El venerando y noble
Aspecto admira del señor de Lara,
Con honda compasion; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,
Con vehemente interés; el grave porte
Del moro anciano, con respeto; y halla
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento
Así el silencio que reinaba, rompe:
«¿Qué es esto, Gustios Lara?... Estos infieles
¿Con qué objeto, decid, con qué intenciones

»A Salas han venido?» El ciego ilustre,
Con gran respeto, la firmeza noble,
Que es sólo propiedad de la inocencia,
Dejando ver, tranquilo respondióle:

«Que estoy en la presencia soberana
De mi señor, del castellano Conde,
Me dicen las preguntas que he escuchado:
Él solo puede hacérmelas; y pone

»En su punto la santa Providencia
Hácia mí, desdichado, sus favores,
Trayéndole á este alcázar en el día,
En que piadosa y justa me socorre.

»Esto es, señor, que el brazo del Eterno
Siempre da á la inocencia vengadores,
Y que por más que la maldad tolere,
Al fin las tramas del inicuo rompe.

»De estos huéspedes son, pues lo preguntas,
El objeto y las altas intenciones
El pediros justicia, reclamando
La honra y la fama de mi antiguo nombre;

»Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,
Con el inicuo acusador, que ose
Sustentar las calumnias que me han hecho
El más desventurado de los hombres,

»Combatiendo con prueba irresistible,
Con la prueba de sangre, que responde
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia
Hacer patente y mi lealtad al orbe.

»De los dos el anciano es Zaide, Zaide...
Basta nombrarle: España le conoce:
Y este mancebo cordobés, ¡MI HIJO!
Sangre de Lara por sus venas corre.—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro
Pintaron actitudes y facciones,
Oyendo tal, de pajes, ballesteros
Y magnates del séquito del Conde.

Este quedó cual suele el que perdido
Por intrincada selva en negra noche,
Al resplandor de inesperada lumbre
El camino anhelado reconoce;

Y Velazquez, que al punto en que la planta
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble
Clavó en tierra la vista, y que al momento
Que Lara empezó á hablar, estremecióse,

Todos sus miembros el temblor mostrando
Que las hojas del álamo en el monte,
Cuando le da una ráfaga de viento;
Apénas pronunciar á Gustios oye,

Este es mi hijo, levantó los ojos
(Hubiera dado su existencia entónces,
Por que del basilisco el fiero influjo
Tuvieran), enclavólos en el jóven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,
Se le erizó el cabello, un alarido
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa al aire
En la region suprema cruza y rompe,
Burlando altiva con ligero vuelo
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,
Del puño parte, al punto lo conoce
Por un instinto peculiar, y asorda
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmo
Universal no pierde Zaide, y corre
A Mudarra, á quien tiene prevenido
De antemano con sábias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda
Hácia las plantas del gallardo Conde,
Al cual de esta manera con despejo
Habló, doblando una rodilla, el jóven:

«Inclito soberano de Castilla,
A quien los cielos de ventura colmen:
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Víctima de malvados y traidores,

»Es mi padre: mi madre fué Zahira,
Hermana de Almanzor. La sangre noble,
Que arde en mi pecho, restaurar me manda
De mi familia el mancillado nombre;

»Y vengo á vuestras plantas, la inocencia
Y la lealtad á demostrar al orbe
Del que me ha dado el ser, del padre mio,
Con la prueba de sangre. En vuestra corte

»Está el acusador, está el aleve,
Que con calumnias bárbaras y atroces,
De vuestro antecesor la alta justicia
Sorprendió con engaños y traiciones.

»Rui-Velazquez se llama; yo le emplazo
A combate de muerte. Egregio Conde,
No me podeis negar campo seguro
Dentro de vuestras tierras, si conforme

»A las leyes reinais, y yo os lo pido.»—
No dijo más el agitado jóven:
Quedó en silencio la espaciosa cuadra,
De Velazquez la estrella oscurecióse.

El más vivo interés, el entusiasmo
Más puro en la actitud y en las facciones
Del gran Fernan-Gonzalez relucieron;
Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando
Casi tal ocasion de alto renombre
Conseguir, combatiendo con justicia,
Por la virtud hollada, respondióle,

Teniendo que esforzarse y contenerse,
Por no echarle los brazos: «Corresponde
A la sagrada obligacion de hijo
A su padre vengar, y á todo coste

»Aclarar su inocencia. Vuestro intento
Es heróico y es santo; pero, jóven,
Ved que aquel que se arroja temerario
A la alta empresa de mostrar al orbe

»Los jüicios de Dios, si muy seguro
No está de la verdad ¡qué horror! se expone
A que el cielo confunda su osadía.
Campo seguro me pedís, conforme

»A los usos y leyes de mi estado;
Yo os le concedo en medio de mi corte,
En la plaza de Burgos. Mas primero
Diga vuestro contrario, qué responde:

»Rui-Velazquez, hablad.»—Al oir Mudarra
De su enemigo pronunciar el nombre,
Y al mirarle salir de entre la turba,
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, «¡Qué...! ¡Aquí estaba!
¡Y en mi presencia!... ¿y vive?» grita, rompe
El albornoz, y al puño del alfanje
Lleva la diestra. Zaide se interpone,

Y le arrebata, y le retira, y dice:
«¿Qué vas á hacer, mancebo?»—Levantóse
Rumor sordo y confuso, semejante
Al subterráneo aterrador que se oye

Antes de un terremoto; y todos clavan
Los ojos en Velazquez, que del Conde
Aparece á la voz, como el cadáver
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte
Que la atencion universal absorbe,
De su altivez sacando nuevo brio,
Dominarse logró (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,
Y á mandar avezado), y á su porte
Dando tranquilidad, y á su semblante
De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos
Allá en Sicilia al empinado monte
Con engañosa faz de helada nieve,
Negar que en sus entrañas fuego esconde;

«Si es cosa extraña, con desprecio dijo,
El que escuches las necias pretensiones
De ese loco rapaz, aún más extraño
Es, señor, que me llames y provoques

»Para darle respuesta. ¿Por ventura
De Castilla han de estar los ricos-hombres
A la disposicion de advenedizos,
Y á la merced de viles impostores?

»Mira por tí, señor, y sin tardanza
Da á tus armados ballesteros órden
De que á esos dos infieles sospechosos
De los confines de Castilla arrojen.»—

Grito de indignacion sonó en la cuadra:
Quedó Velazquez como escollo inmoble,
Y Zaide adelantando algunos pasos,
De esta manera con reposo hablóle:

»¿Aún de insultar al cielo no te cansas?
¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!...
Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?...
Mírame, Zaide soy... Bien me conoces.

»Llamas advenedizo á este mancebo...
Y ¿por qué de mirarle, aunque lo escondes
Con mentido desprecio y falsa risa,
Tiemblas y te confundes?... ¿Sus facciones

»Las de una de tus víctimas te copian?...
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,
De Lara, el inocente, y de la noble

»Hermana de Almanzor.—Astuto moro,
Furibundo Velazquez atajóle:
De una infiel y un traidor el hijo sea;
Mas te engañas, si piensas corresponde

»Con un bastardo vil medir su lanza
A un caballero de mi sangre y porte.»—
Nuevo rumor de indignacion resuena;
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto
De atropellar por todo, los estoques
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,
Por Nuño dirigido, va del Conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando
Gemidos, que los mármoles y bronces
Pudieran conmover, «¡Señor! exclama,
Miente quien de bastardo le da el nombre.

»Es mi hijo natural, que yo era libre,
Libre su madre.—Enternecido el Conde,
Y yo le legitimo, como puedo
Cual señor soberano, respondióle;

»Y aquel ceremonial con que en Castilla
Pueden reconocer los ricos-hombres
Por buenos á sus hijos naturales,
Os autorizo á celebrar.» Entónces

Rui-Velazquez, espíritu maligno
A quien compele, apremia, liga y pone
En el último trance el exorcista
Con la cruz santa y santas oraciones;

De espantosos relámpagos la lumbre
Dió á sus ojos siniestros y feroces,
Y ahogado de terror, tornado en Furia,
Así gritó con voz agria y discorde:

«Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?
Perezca, pues el cielo me lo pone
En las manos. Acepto el desafío:
Dentro de un mes, en medio de la corte,

»En la plaza de Burgos, con mi lanza
Te daré la respuesta, incauto jóven.»
Dijo, y despareció con sus secuaces:
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida: cuantos cercan
Al ciego Lara y al augusto Conde,
Quedaron en el ancho desahogo
Con que respira turba de pastores,

Si el meteoro aterrador, que acaso
Angustiada la tuvo larga noche
Con su infausta presencia, se disipa,
O al occidente rápido traspone.

(32) Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, más ó ménos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo; y durante la guerra de la independencia ví en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos.* Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman *Pasquino* á una estatua de Ayax, y *San Pedro*, en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.



ROMANCE OCTAVO

Meteldo por la manga, y salirseos ha por el cabezon. *Proverbio antiquísimo.*

Sobre si bebe poquito,
O sobre si sobrebebe,
. . . .
Hubo mientes como el puño,
Hubo puño como el mientes,
Diluvio de sombrerazos,
Granizada de cachetes.

QUEVEDO, *Musa IV.*

De la villa de Salas el palacio
Contraste singular y extraño ofrece:
De su fachada principal se elevan
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando
Una desierta plaza, donde crecen
Bastarda yerba y cardos espinosos
Sobre helados fangales y entre nieves;

Miéntras los toscos muros de la espalda,
Hoy adornados con guirnaldas verdes,
Señorean gozosos un espacio,
Que si un tiempo corral, ora aparece

Escombrado, regado con arena,
Y ocupado en reedor por turba alegre
De bullicioso pueblo. Y el postigo,
Aquel postigo humilde, que la suerte

Hizo la sola entrada del palacio,
Se ve guardado por armada gente;
Y en el patio interior cruzar los pajes
Y antiguos servidores, con sus vestes

De gala, aunque sin cifras ni blasones:
Todo en fin el apresto de un solemne
Ceremonial anuncia. A poco rato
Entre la multitud, que alzara al verle

Gozosos vivas, se acercó al postigo
Un mensajero que de Burgos viene.
Es heraldo del conde de Castilla,
Segun dice su traje, y le preceden

Tamboril y maceros. Danle entrada
Honrosa los armados, él desciende
De la gallarda mula allá en el patio,
Y pajes y escuderos reverentes

Le conducen al punto á la escalera,
Do veinte hidalgos su llegada atienden,
Y hácia el salon con ellos se encamina
En que se celebraban los banquetes.

Era aquel mismo en que hace pocos dias
El conde y Rui-Velazquez diferentes
Afectos desplegaron, descubriendo
De Lara al hijo vengador. Mas tiene

Hoy mayor aparato y compostura:
Hojas de pino, arena y juncias verdes
Le dan alfombra, y á sus toscos muros
Adorno ricos paños y doseles.

En medio, en un sillon, que en parte cubre
Con groseros recamos un tapete,
Aunque de luto con flamantes ropas
En torno orladas de trencilla y pieles,

Sentado el ciego Lara está: á su diestra
Ocupa otro sillon el Arcipreste,
Y otro á la izquierda Zaide, y á los lados
Sendos escaños hay, do asiento tienen,

Tambien de luto y con primor vestidos,
De la casa de Lara los parientes.
Seis armados custodian la gran puerta;
Y de pié y en la mano los birretes,

Están tras el sillon de Gustios Lara
Escuderos y pajes, á su frente
Con pértiga de plata el mayordomo:
Inmobles todos sin hablar parecen

Las figuras de un cuadro. A poco oyóse
Grande rumor de pueblo, cunde, crece
Por patios y escaleras, y se escucha
Fuera gritar: *En hora buena llegue*

Mensajero del Conde soberano
De Salas al castillo; y cual si hubiese
Un mágico poder en tales voces
Cuantos están en el salon, se mueven.

Quién ajusta su barba, toca y traje,
Quién hace rechinar su taburete,
Quién habla en voz sumisa á su vecino,
Y quién los ojos á la entrada vuelve.

Lara la faz alzó, en que los afectos
De inquietud, gozo y pena se suceden;
Y por órden que dicta el mayordomo,
La puerta abren los guardias. Aparece

El heraldo del conde de Castilla,
Que entrando á paso grave, con solemne
Acento, en la mitad del ancho estrado,
Salud, paz, atencion, grita tres veces.

Desarrolla un delgado pergamino,
Del que un sello de plomo atado pende
Con un liston dorado, y en voz clara,
Tras de un saludo al auditorio, lee

Un privilegio, por el cual el Conde
Permiso á Gustios Lara le concede
Para legitimar al hijo suyo,
Y como á sucesor reconocerle;

Y haciendo seña de que á leer llegaba
Las firmas, todos se alzan reverentes,
Y él se inclina, y pronuncia el alto nombre
Del señor de Castilla, y otros siete

De ilustres ricos-homes y prelados,
Que el privilegio afirman y sostienen.
Besa en seguida el blanco pergamino,
Lo lleva al pecho, aplícalo á la frente,

Y tras una profunda reverencia,
Lo entrega con respeto á Gustios. Este,
«Pues me autoriza mi señor, responde,
Para que al hijo natural eleve

»Al grado de legítimo, al momento
La usada ceremonia se celebre.»
El mayordomo al punto con dos pajes,
Mudo y con gran prosopopeya fuése

Hácia una puerta lateral, abrióla,
Y por ella al salon seis dueñas vienen
Que parecen fantasmas; y en seguida,
Con largas tocas como pura nieve,

Y una bordada ropa rozagante,
La viuda del señor de Benavente,
Doña Guiomar, del noble ciego hermana,
Y que hoy cumplir con las funciones debe

De señora de Salas. Por la diestra
A Mudarra conduce; y la precede
Una jóven doncella, que en las manos
Saca un gran azafate con tapete

De damasco cubierto. A entrambas partes
Las dueñas en dos filas se detienen,
Y la anciana señora, cuyo aspecto
Ilustre y cuyo grave continente

El respeto inspiraban más profundo,
En medio del salon luégo procede
A ejecutar la usada ceremonia,
Que si hoy rara y áun necia nos parece,

Porque usos y costumbres han mudado,
Era tan importante y tan corriente,
Que aún vive en nuestros labios el proverbio
Que nació de ella, y á ella se refiere.

La ilustre dueña pues, tras las preguntas
De fórmula á su hermano y asistentes,
Tomó del azafate una camisa
De lienzo, y de grandeza tal, que hubiese

Sobrado para el cuerpo de un gigante;
Y por Nuño ayudada, que allí ejerce
La parte del padrino, por la manga
La cabeza del jóven moro mete,

Y por el ancho cuello se la saca (33),
Y hasta los piés el camison desciende.
Al ver salir como de entre una nube,
De en medio de aquel lienzo y grandes pliegues,

Al mancebo gentil, gritó la dueña,
Vuelta al señor de Lara: «Hoy te concede
Dios un hijo legítimo, heredero
De tu alto nombre, de tu sangre y bienes.

»Héle aquí; como tal lo reconozco,
Y lo presento al mundo.»—Así el solemne
Acto dió fin: el ciego venerable
Abraza al hijo y bésale mil veces;

Abrázale tambien la anciana tia,
Por el órden de grado los parientes;
Y pajes, dueñas, guardias y escuderos
Su pleitesía le presentan fieles;

Y fervorosos vivas levantaron,
Que pasando artesones y paredes,
Hallaron ecos mil en el concurso
Que cercaba el palacio. El Arcipreste

Al punto en un delgado pergamino
Un testimonio en toda forma extiende,
Donde los caballeros que allí habia
De la casa de Lara, cual presentes

Al acto, trazan una cruz, sus nombres
Escribir no sabiendo. Gustios este
Documento al heraldo entrega, manda
Que al Conde soberano se lo lleve,

Y una salva de plata y una copa
Le regaló. Despues un gran banquete
En aquel salon mismo se dispuso,
Do no tuvieron silla solamente

Los deudos, caballeros é hijosdalgo,
Sino tambien los servidores fieles
De la casa; y en patios y portales
Dejando entrar la bulliciosa plebe,

Con larga profusion se repartieron
En confuso desórden, aunque alegre,
Blanco pan, duro queso, varias frutas,
Terneras, cerdos, zaques y toneles.

—Pronto dejó el festin el ciego padre,
Por más que ya risueña se le muestre
La inconstante Fortuna: sus recuerdos,
Sus achaques, su edad y los crueles

Sobresaltos y dudas que aún le cercan
Del porvenir, y el gran pesar que tiene
De que el hijo se niega á ser cristiano,
Hasta que en dura lid su nombre vengue;

Le privan de contento y de reposo,
Le amargan los instantes más alegres,
Atormentan doquier su alma cascada,
Y en el bullicio estar no le consienten.

Dejó la presidencia del convite,
Muy capaz de llevarla, al Arcipreste,
Y con Nuño á su estancia retiróse,
Rogando á todos que en la mesa queden.

No por muy largo tiempo estuvo en ella
Mudarra, activo y sobrio: á diferentes
Costumbres avezado, aquellos brindis
Y extraños usos poco le divierten;

Y dejando su asiento, los portales
Atravesando y patios, do la gente
Se entregaba al desórden y alegría,
Solo á vagar por los contornos fuése.

Desque á Salas llegó, correr los campos
Y por sus quiebras ásperas perderse,
Ora con un azor ó una ballesta,
Ora con cazadores y lebreles,

Es su contento y diversion. El cuadro
Que la naturaleza allí le ofrece,
Y que el influjo del invierno atrista,
Le interesa, le exalta y le suspende.

El gran sacudimiento que á su alma,
Buena y sensible cuanto noble y fuerte,
Diera en tan corto espacio de sucesos
Extraños y terribles la creciente,

Que á un mar desconocido le arrastraba,
Acrecentó los grados de su temple.
Los pelados peñascos y los riscos
Aridos, donde el viento se embravece;

De yertos pinos los oscuros bosques,
Que de voraces lobos son albergue;
Las gargantas y horrendos precipicios
Y valles sepultados bajo nieve,

En que algun corzo ó ganadillo pobre
En vano busca abrigo, sol y verde;
Y hasta el mismo respeto y el asombro
Con que se apartan de él y huyen al verle

Pastores y labriegos (pues la fama
De que es el alma de Gonzalo crece
En el vulgo ignorante cada dia);
Un total tan fantástico y solemne

Forman, que con los nuevos pensamientos
Del jóven cordobés sin duda tienen
Armonía mayor que tus encantos,
Claro Guadalquivir, y tus verjeles.

Se halla en una existencia tan distinta
De la que acaba de tener, y vese
En escena tan nueva, tan extraña,
Y allá en su corazon y activa mente

Ha habido en pensamientos y afecciones
Tan súbita mudanza, que se puede
Asegurar, ser otro muy diverso
Del que era allá en los campos cordobeses.

Sólo en su corazon (que están grabados
Con un buril de fuego) permanecen
Dos antiguos afectos, y han crecido
Con las mudanzas mismas de la suerte.

Si apacibles nacieron en las flores
Que de Guadalquivir las auras mecen,
Son un volcan de Arlanza entre los hielos,
Do el cierzo bramador su saña ejerce;

Pues jamás en el pecho de Mudarra
Tanto poder tuvieron, como tienen
El respeto á la sombra de su madre,
Y hácia Kerima su pasion ardiente.

Aquel, con los sucesos, las fortunas
Y esperanzas, de que es blanco y juguete,
Ligado está con vínculos estrechos;
Y esta, á que tantas ilusiones debe,

Esta tierna pasion correspondida,
Tan contrariada estaba por la suerte,
Por el cielo y el mundo inexorables,
Que era imposible que domada fuese.

Cuando corre el arroyo en la llanura,
Cualquier frágil estorbo lo detiene;
Mas cuando entre los riscos y malezas
Cobrando furia, tórnase torrente,

Todo lo arrastra, y troncos y peñascos
Azota, salva, y rebramando tuerce
Sobre ellos su raudal, sin que haya cauce
Que su ímpetu feroz dome y sujete.

Pero... ¡lo que es el corazon del hombre!
¿Quién penetrar su laberinto puede?...
Esta pasion profunda, inarrancable,
Que todo el corazon cautivo tiene

Del cordobés Expósito, borrada,
Olvidada, y áun casi muerta á verse
Ha llegado á tal punto, que cualquiera
Juzgara, que tornar nunca pudiese.—

El impensado cambio de fortuna,
Del padre fiero de su bien la muerte,
La historia atroz de su infeliz familia,
La inopinada ausencia; el ver patente

A su amor tanto obstáculo invencible,
Su larga marcha, y encontrando siempre
Nuevos objetos, situaciones nuevas;
Los abrazos del padre, y finalmente

El retar al traidor, á quien le manda
El cielo exterminar; llegó á tenerle
Tan ocupadas alma y fantasía,
Que en ellas el amor creyera verse

Ahogado, y de Kerima la memoria
Ya reducida á pasajero y leve
Recuerdo, cual de sueño fugitivo,
Que á la luz de la aurora desparece.

Mas ¡ay! era un amor que concertaron
Los astros á despecho de la suerte,
Y un amor tal su presa no abandona,
Por más que abandonarla un punto muestre.

Un súbito relámpago confunde
A medio dia, ofusca y oscurece
El claro resplandor del sol eterno;
El trueno retumbante acalla y vence

Por el momento que la nube rasga,
De la gran catarata, que desciende
Del monte, la alta voz con que los valles,
Campos y selvas turba y ensordece;

Pero pasa el relámpago, y el trueno
Calla tambien, y á su grandeza vuelve
El inmutable sol, y los bramidos
Del raudal tornan á reinar cual siempre.

Así ya que Mudarra en ocio espera
El plazo del combate, y que su mente
Torna á encontrarse en calma; de Kerima
El amor, más tenaz, más vivo y fuerte

Tornó en su corazon á levantarse;
Al paso que imposible, más ardiente
Y más constante con la ausencia eterna,
Y en frenesí continuo al jóven pierde.

Ya los helados troncos de los bosques
Que á Salas cercan, entallado tienen
El nombre de Kerima en sus cortezas;
Y ha escrito y ha borrado muchas veces

La punta de una flecha dulces versos,
Con árabes extraños caracteres,
En el musgo que viste los peñascos,
Y en el papel de inmaculada nieve;

Y han sonado en las grutas, en los montes,
Y en las góticas cimbrias, del rugiente
Silbido de aquilon acompañados,
Los sabrosos cantares, que ha dos meses

Sonaban en la tumba de Zahira,
Y de la Albaida en huertos y paredes,
Al blando susurrar del aura suave,
Entre jazmines, nardos y claveles.

La soledad, que el campo le presenta
Para entregarse á sus delirios, mueve
Al mancebo gentil enamorado,
A anhelar cada instante recorrerle;

Y el primero que en él tuvo por guía,
Que le indicó las sendas y vertientes,
Y los sitios do acaso se encamaban
El jabalí cerdoso, el gamo y liebre,

Fué su acompañador, el podenquero,
Aquel mendigo que del vino alegre
Bajo el influjo, descubrió en Mudarra
El alma de Gonzalo. Vasco Perez



Era su nombre; y aunque el torpe vicio
Acomodo tener no le consiente,
Lograba fama en adiestrar halcones,
En armar lazos á la caza y redes,

En adobar ballestas y venablos,
Y en amaestrar pachones y lebreles;
Y los momentos, en verdad muy pocos,
En que en sana razon llegaba á verse,

Era tan servicial y entretenido,
Cantaba tantas trovas y motetes
De la pasada edad, que recogia
Abundante limosna; y era huésped

Recibido con gusto en las tabernas.
Tras de él andaban los muchachos siempre,
O á escuchar boquiabiertos sus romances,
Cuando estaba en ayunas; ó á romperle

La cabeza con grita y con pedradas,
Rasgarle los andrajos, y en la nieve
O en el lodo más sucio á revolcarlo,
Cuando estaba de vino hasta el gollete.

Pero, bebido ó sin beber, guardaba
Tanta lealtad, amor tan reverente
A la casa de Lara, á los Infantes
Sin ventura, y al que era de los siete

El menor, sobre todos, á Gonzalo,
De quien tambien hermano fué de leche
Y favorito, y diversion; que el pobre
Tuvo persecuciones diferentes,

Sufrió cárcel y azotes, porque osado
Insultó á Rui-Velazquez varias veces:
Hallando acaso en la embriaguez disculpa
Para el cuello librar de los cordeles.

Esta lealtad y amor le compelieron
Desque llegó Mudarra (pues no puede
Nadie, nadie en el mundo disuadirlo
De que es Gonzalo, que á la vida vuelve,

O por disposicion del justo cielo,
O por mágicas artes) á ofrecerle
Sus servicios en todo, y á seguirlo,
Como el fiel can seguir al dueño suele;

Y áun se notó empezaba á dar enmienda
A su antigua aficion. Aunque le viese
Con desprecio Mudarra en el principio,
Supo el sagaz borracho merecerse

Su atencion y su gracia en el momento,
Cantándole en romances diferentes,
Del conde de Saldaña y de Jimena
El amor infeliz, encierro y muerte;

Y de Bernardo los famosos hechos,
Y cómo exterminó de los franceses
El poder y orgullosos paladines,
Con que inflamó del cordobés la mente.

Ganado su favor y confianza,
Una tarde tambien logró traerle
A un chozo, que á una legua de la villa
Daba en el bosque abrigo y pobre albergue

A su madre infeliz. Era una vieja,
Rústica y montaraz, de extraño temple,
Que es al hijo deudora del sustento;
Mas que le riñe por sus vicios siempre.

Elvida se llamaba: en el castillo
De Salas se crió, cuando en su oriente
Brilló la casa del señor de Lara;
Y siendo muy hermosa y muy alegre,

Corrió en su juventud varias fortunas,
Hasta que se casó, ya no muy verde,
Con un anciano, jardinero, y tuvo
A Vasco de este enlace. Justamente

Nació Gonzalo entónces, postrer hijo
De Lara; y como al darle á luz, muriese
Su madre, al punto fué llamada Elvida,
Para ser del infante ama de leche.

Con gran cariño le crió, con grande
Esmero le cuidó, y un ascendiente
Sin límite ejerció con sus señores:
Y tal amor y afan por ella siempre

Tuvo y guardó Gonzalo, que la hicieron
Orgullosa además, y sus sandeces,
Impertinencias, gustos y caprichos
Hallaron proteccion y apoyo fuerte.

Pronto al hijo introdujo en el palacio,
Y si él hubiese sido de otro temple,
Más dócil y aplicado, acaso hubiera
Llegado á un puesto en que envidiado fuese;

Pero salió tan díscolo y travieso,
Que á pesar del favor harto eminente
Que alcanzaba su madre, nunca pudo
De su esfera salir. Ora, de muerte

Con peligro cercano, á las almenas
Trepaba y á los altos chapiteles,
Para nidos buscar de gorriones;
Ora en la huerta tras la fruta verde,

O dejando sin agua los estanques,
Para coger galápagos y peces,
Se pasaba los dias. Ya en los patios,
Cuadras y corredores á cachetes

Andaba con los pajes; ya basura
En las ollas echaba, y con aceite
Escaldaba á los gatos, y con mazas
Acosaba á podencos y lebreles.

Ya con raros visajes en la iglesia
La devocion turbaba de la gente,
Arremedando el canto y el gangueo
Del necio sacristan, del viejo preste.

Y ni azotes, ni tundas consiguieron
Su condicion templar y contenerle;
Ni con los años mejoró tampoco,
Pues ya de zagalon y mozalbete,

Salió tan pendenciero y tan osado;
Inventó tantas burlas insolentes,
Se atrevió á las doncellas de la casa,
Y áun á las mismas dueñas de tal suerte,

Que por gracia especial, de podenquero
Pudo lograr la plaza solamente;
Y áun en ella inventó mil travesuras,
Que turbaron la villa varias veces.

Despues cuando el favor de las estrellas
A la casa de Lara y á sus gentes
Se oscureció, y airada la Fortuna
Las dejó abandonadas á la peste

De la calumnia y la traicion; Elvida,
Viuda ya y vieja, aunque robusta y fuerte,
Y su hijo Vasco, en el comun naufragio
Tambien se hundieron. En los campos este

Se halló, do perecieron los Infantes,
Y allí se comportó como valiente,
Logrando mal herido, por milagro,
De aquella gran matanza salvo verse.

Regresó á su lugar, y desde entónces
Diz que empezó á entregarse casi siempre
A la torpe embriaguez, bien que ántes de esto
Inclinacion marcada le tuviese.

—Su madre, ¡desdichada!... Desde el dia
De la justa de Burgos, de do vienen
Todos los infortunios de los Laras,
Le apretó el corazon nudo tan fuerte,

Que en silencio tenaz quedóse hundida
Sin comer ni dormir, hechos dos fuentes
De lágrimas sus ojos; y al momento
De ausentarse Gonzalo, á conmoverse

Llegó, y á trastornarse su juicio
A extremo tal, que físicos y prestes
De Salas la juzgaron poseida,
Y exorcizada fué dos ó tres veces.

Mas cuando vuelto el hijo, por él supo
De su Gonzalo la espantosa muerte,
Concibió tal furor, que á sofocarlo
Con ambas manos se arrojó valiente,

Y, «Vasco, le gritó, yo te maldigo.
¿Por qué, traidor, has vuelto?... ¿por qué, aleve,
Al lado de tus amos no quedaste,
Como deben quedar los siervos fieles?»—

Odio indecible le cobró, sentia
Un tormento furioso sólo al verle,
Y lanzaba el aullido que una loba,
Cuando el cachorro por los montes pierde.

Fué despues arrojada del castillo,
Como otras dueñas, pajes y sirvientes,
Así que preso el calumniado Lara,
Su estado confiscaron y sus bienes.

Llevó este golpe con firmeza heróica;
Ni lloró, ni rogó. «Pues no he de verte
Jamás, oh mi Gonzalo, oh niño hermoso,
A quien aquestos pechos dieron leche,

»Ni he de sentarte más en mi regazo,
Do pasaste tu infancia, y para siempre
Perdí tu dulce afan por mis desvelos;
¿Qué me importa dejar estas paredes?»—

Exclamó, y al momento del palacio
Salió, ni un solo instante detenerse
Quiso, y abandonando ropa y lecho,
Huyó á los campos sin buscar albergue.

En ellos largo tiempo se mantuvo,
Vagando como fiera á la intemperie,
Despreciando los soles y las lluvias,
Las tormentas, los vientos y las nieves.

Ora trepaba á las fragosas cumbres
De dia ó de noche, y de exterminio y muerte
Entonaba, con voz que ensordecia
Al huracan, al trueno y al torrente,

Lúgubres cantos; ora sus gemidos
Sonaban espantosos, como suelen
Los de herido leon por espesuras
Y hondas cavernas. Montaraz y agreste

Se hizo su aspecto: si álguien la veia
En una helada noche de diciembre,
De pié en un risco, y su contorno oscuro
Dibujarse en las nubes trasparentes,

Que la luna argentaba detrás de ella;
Cosa del otro mundo, que las leyes
Del orbe á turbar iba, la juzgaba,
Sobrecogido de terror solemne.

Y el que la viera en el sediento estío,
Atravesar las selvas y las mieses,
Lanzarse á los arroyos, y en las grutas
O en los bosques de pronto aparecerse;

Con aquel gesto y ademan extraños,
Desnuda brazo y pechos, y dolientes
Gemidos arrojando; la creyera
Maga, que de fortuna los reveses

Apuraba infelice, siendo nido
Su corazon de envenenadas sierpes,
Y de venganza sin poder, su pecho;
Porque otra maga más dichosa y fuerte

O más sábia, deshizo sus conjuros,
A su amador prendió con dulces redes,
Rompió su vara mágica, y en polvo
Tornó su alcázar, baños y verjeles.

Era pues reputada su presencia
Por de siniestro agüero; y diligentes,
Viandantes y labriegos la evitaban,
Y los pastores colocaban siempre

Algun sustento en grutas y veredas,
Para que lo tomase, y no viniese
Al aprisco á buscarlo, cual solia,
Y á hacer mal ojo á las paridas reses.

Así vivió dos años: al tercero
Tomó otro giro su enfermiza mente,
Como veleta que, si el viento muda,
Hácia otra direccion torna y revuelve.

A Salas regresó la pobre Elvida
Taciturna, espantada: luégo fuése
Al castillo, que estaba ya tapiado,
Y se arrojó sobre la yerba verde,

Que á brotar empezaban los cimientos;
Y allí gimiendo estuvo, como suele
El perro fiel junto al sepulcro helado,
Do su señor el sueño eterno duerme.

Tal vez pudo lograr introducirse,
O salvando atrevida las paredes,
O por algun postigo abandonado,
En la parte interior; y sus dolientes

Lamentos en la noche, y sus pisadas
Dieron fundado orígen á la especie,
Que por entónces se extendió en Castilla,
De que habitaban el palacio duendes.

Luégo despareció la miserable
Por tantos años, que llegó á perderse
De sus extravagancias la memoria,
Juzgándola en el reino de la muerte;

Mas hace poco tiempo aparecióse
En Salas otra vez, muy diferente,
Enferma, descarnada y apacible,
Y hubo pocos que así la conociesen.

Hizo entónces las paces con el hijo;
Tierna le acarició, volvió á encenderse
El maternal amor en sus entrañas,
Y mendigó con él algunos meses

Por monasterios, ventas y alquerías;
Aunque humilde y tranquila, con la mente
Confusa y soñadora, y dando indicios
De estar fuera de caja casi siempre.

Tuvo un ataque al fin de perlesía;
Quedó baldada, y resolvió acogerse
A aquella choza, de que nunca sale,
Y que ántes fuera pastoril albergue.

Sus espantados ojos, que conservan
Del entusiasmo y de locura ardientes
Todo el fuego vivaz, y que contrastan
Con su semblante de ceniza y nieve,

De forma cadavérica, inmovible
Y arado de hondos sulcos, do se advierten
De pasiones tremendas los vestigios;
Sus cabellos de plata, que descienden

Por el cuello y los hombros derramados;
Sus brazos, ya compuestos solamente
De huesos y tendones; su estatura,
Su voz ronca y profunda algunas veces,

Otras aguda y agria; el lloro escaso,
Que, cuando está en silencio hundida, vierte
Inmoble y yerta; y el extraño modo,
Singular y fantástico, que tiene

De ajustar á su cuerpo los andrajos
De colores y tiempos diferentes;
Causan tal impresion en quien la mira,
Que la lengua explicarla apénas puede:

Pero que no se borra en largo tiempo,
Que harto á menudo renovarse suele,
Y que en la soledad y en los insomnios
A la imaginacion se ocurre siempre.

Cuando aquel dia en que llegó Mudarra
Al palacio paterno, Vasco Perez
Contó en su choza con turbada lengua,
Aunque con ojos por demás alegres,

Que en carne humana el alma de Gonzalo,
O Gonzalo encantado y jóven siempre
Como el dia que partió, se hallaba en Salas
Con el patriarca Abran y veinte duendes;

Y que ya en el castillo el ciego padre,
Y Nuño, y los hidalgos, y Arcipreste
Le habian reconocido y abrazado,
Pasmando á todos escucharle y verle;

Elvida oyó con espantados ojos,
Abierta boca y corazon latiente
Tan impensada nueva. Repetirla
Hizo al hijo, borracho, muchas veces;

Y cuando pudo de que estaba en seso
Por sus repeticiones convencerse,
Y persuadirse de que no soñaba
Ella misma tampoco; un punto breve

Quedó en silencio, estremecióse, á tierra
Como muerta cayó. Temblando Perez
La socorrió como le fué posible,
Y agua le echó en el pecho y en las sienes.

Volvió la vieja en sí, lanzó un suspiro,
Y gritó: «¿Es cierto?... ¡He de tornar á verle!...
¡A abrazarle!... ¡A gozar de sus caricias!...
Volemos, hijo, pues... ¿Qué nos detiene?»—

Arrastróse á la puerta de la choza;
Mas la desventurada ya no puede
Adelantar un paso, ni en las piernas
Baldadas y sin fuerza sostenerse.

La profunda impresion que ha recibido,
Todos sus males aumentó de suerte,
Que tuvo el hijo que llevarla á fuerza
A su mezquino lecho, do la fiebre

Delirante invadióla de tal modo,
Dió tan raros aullidos, tan crueles
Accesos de furor y de alegría,
De esperanza y recuerdos, de su mente

Se apoderaron, que pasó infelice
Sólo en dos dias en compendio breve
Todos los infortunios de su vida,
Y casi estuvo en brazos de la muerte.

Al cabo de ellos consiguió llevarle
Vasco á Mudarra. De que el pobre albergue
Era el de la nodriza de su hermano,
Y de sus aventuras y su temple

Informado ya estaba el jóven moro,
Y quiso ver y conocer á un ente
Tan raro y singular. Entró en la choza,
Acompañado del borracho Perez:

Al rumor de su entrada la cabeza,
Como la de un cadáver que se mueve
Escuchando el conjuro, alzó el vestiglo,
Los ojos espantados y lucientes

Clavó en el jóven, al semblante dando
Color, vida, expresion, y de repente
Se alzó, con tanta actividad y brio,
Que al hijo horrorizó. Dió un grito fuerte

De sorpresa, exclamando: «Él es, no hay duda!»
Y con los brazos extendidos fuése
Al jóven, le estrechó, de llanto y besos
Las mejillas cubriéndole y la frente.

No pareció al Expósito gustoso
Recibimiento tal, que no fué breve;
Y creyéndose en brazos de una bruja,
Empezó á trasudar y á estremecerse.

Soltóle al fin la vieja, entrambas manos
Contra el pecho le puso, atentamente
Examinóle el rostro, y á abrazarlo
Volvió: «¡No hay duda, él es!» gritando siempre.

Tornó á observarle y prosiguió: «A mis ojos
Está más espigado... Me parece
Más moreno de rostro... ¡Mi Gonzalo!!!
¿Por qué en el traje de los perros vienes?

»Ponte tu cuera y sayo... ¡Ay, hijo mio!
¡Niño del alma!... Muestra las crueles
Heridas que los bárbaros te han hecho,
Y deja que mis labios te las besen.

»¿No me respondes?... ¡Hijo!... Soy Elvida,
Elvida, que te dió su alma y su leche.
¿Te acuerdas, Gonzalvico, dí, te acuerdas
Cuánto te aperreabas, y las veces

»Que te canté el romance de Jimena,
Para que te acallaras y durmieses?
¿Te acuerdas que si el amo te reñia,
Eran mis faldas tu refugio siempre;

»Y que del capellan y del buen Nuño
Era sólo mi afan el defenderte?
¿Te acuerdas, hijo mio, del gran golpe
Que te dió el potro aquel?... ¡Ah!... si no hubiese

»Sido por Mendo el picador... Yo sola,
Yo sola te curé, pues que perene
Permanecí junto á tu lecho, y puse
En tus heridas el bendito aceite,

»Que me dió el peregrino.»—Así charlaba
La vieja, y sin saber qué responderle,
El cordobés atónito la mira,
Y su hablar y actitudes le suspenden.

La sorpresa y asombro del mancebo
Pronto á la pobre vieja heló; y al verle
Callar á sus preguntas, un instante
Quedó confusa, se anubló su frente,

Y se murieron sus vivaces ojos;
Y con voz sepulcral, «¡Ay!... ¡cuál le tienen,
Exclamó, los maléficos encantos!
Desventurada yo!... Ni áun conocerme

»Le dejan los espíritus malignos.
¿De qué me sirve recobrarlo y verle,
Si le recobro y miro en tal estado?
Jóven se ha conservado, sí; parece

»Que no pasó por él ni un solo instante;
Mas su alma envejeció: claro se advierte
En su olvido y frialdad... ¡Ama infelice!
¡Vieja infelice yo!... que no merece

»Ni una sola caricia... ¡ni un recuerdo!» —
No pudo continuar, desfalleciente,
Ahogada en llanto y de dolor rendida
Cayó en su lecho, sin poder valerse.

Darle anhela Mudarra algun consuelo,
Y alivio á su afliccion; pero no quiere
Su error alimentar, aunque conoce
Que es el sacarla de él, golpe de muerte,

Las dulces ilusiones destruyendo
Que aún momentos de dicha darle pueden.
Se acercó y abrazóla; mas palabras
Hallar le fué imposible que concierten

Con los recuerdos de la pobre Elvida.
De la choza salió con un vehemente
Interés por su anciana habitadora;
Y con socorros mejoró su suerte,

Hablando al tierno padre en favor de ella;
Y ropa, lecho y los precisos muebles
Le procuró, y á verla cada dia
Va por la tarde, y divertido suele

Pasar allí gran rato. Aquel cariño
Que le demuestra tan sincero siempre;
Aquel hablarle de la edad pasada,
Inmutable en su empeño de tenerle

Por una aparicion; las menudencias
Que á su casa y hermanos pertenecen,
Referidas cual cosas que él no ignora;
Y su dificultad de responderle;

A su conversacion con la nodriza
Dan un confuso vago, y otras veces
Tan misteriosa oscuridad, y un giro
Tan tierno y melancólico, que ejercen

Gran poder en el pecho de Mudarra,
Y en su imaginacion rica y ardiente.
Elvida por su parte sólo anhela
Que de la tarde el término se acerque,

Para que venga á su apartada choza,
Pues vive sólo para amarle y verle.
Siempre al llegar, lo abraza y acaricia,
Y preparado algun refresco tiene:

Ya dulces limas, peros ó naranjas,
Ya requesones ó cuajada leche,
Ya bollos, blanca miel y seca fruta,
U otra cualquiera pequeñez, que suele

Vasco buscar por su mandato en Salas,
Y que Mudarra acepta y agradece;
Aunque ve con dolor que al retirarse,
Como de sus respuestas nunca quede

Satisfecha la pobre, se la deja
Atormentada y pesarosa siempre,
Y con llanto en las áridas mejillas,
Porque ya su Gonzalo no la entiende.

—La tarde pues á que llegado habemos,
Que es la del dia clásico y solemne
En que se celebró la ceremonia
De legitimacion, cuando impaciente

Dejó la mesa y los cansados brindis
Mudarra, y á vagar al campo fuése;
Pensó á la choza de la pobre Elvida,
En declinando el sol, ir como suele.

Pero á sus varios pensamientos dando
Larga rienda en los bosques, á perderse
Llegó en su laberinto, persiguiendo
A través de malezas y vertientes

Una ave extraña de gallarda pluma,
Que de una en otra rama el vuelo tiende,
Al espirar la luz, se halló enselvado,
Y tuvo que pensar en recogerse.

Dejémosle alejado de la choza,
Pues lo dispone así su buena suerte;
Y volvamos á Salas y al palacio,
Donde aún siguen las fiestas y banquetes.

El que se celebraba con gran pompa
En el alto salon de los doseles,
Duró, aunque sin el ciego y sin el moro,
A fuerza de brindar grato y alegre.

Se habló de guerra, pesca y cetrería,
De halcones, galgos, armas y corceles;
Se contaron hazañas de otros tiempos,
Se trató de navarros y leoneses;

Y tambien pronunció largos discursos,
Con general aplauso, el Arcipreste,
Citando las sagradas Escrituras,
Que, cual habemos dicho, era su fuerte.

El que se celebraba á cielo abierto
En el gran patio á do acudió la plebe,
Como gárrula banda de pardales
Al volcado costal de trigo suele;

No fué tan ordenado y tan tranquilo,
Sí más alborotado y más alegre,
A medida que se iban agotando
Las botijas, los zaques y toneles.

En él regocijados asistian
Con todas sus familias los sirvientes
Antiguos del palacio, labradores,
Hombres de armas, sus hijos y mujeres;

Del heraldo del conde de Castilla
Los maceros y guardas, y la gente
Perdida del lugar, entre los cuales
Figuraba el primero Vasco Perez;

Gañanes y pastores del contorno,
Y tambien los esclavos cordobeses,
Que vinieron con Zaide y con Mudarra,
Y que vivienda en el castillo tienen.

Estos de un gran disgusto y de discordias
Fueron la causa entónces.—Como hubiese
Cobrado en toda Salas, y áun en toda
Castilla gran valor la extraña especie

De que era el jóven cordobés Gonzalo,
Que por mágicas artes y celeste
Disposicion, para vengar al padre,
Tornaba al mundo; y como todos viesen

En Zaide un sabio encantador; juzgaban
A los siervos humildes y obedientes,
Que le acompañan por doquier, demonios,
Espíritus, fantasmas, que parecen

Hombres y no lo son; y con sospecha
Eran mirados y evitados siempre,
Cual entónces se vió, pues todos, todos
Huyeron su contacto en el banquete.

Mas cuando los manjares humeando,
Y el olor del aloque y del clarete
El apetito universal abrieron,
Y los más avisados, sin hacerles

Melindres, se arrojaron decididos
A ejercitar las garras y los dientes,
Olvidóse el temor de los fantasmas,
Y aunáronse cristianos con infieles.

De estos algunos, sin hacer memoria
Ni del Coran ni del Profeta, alegres
Se arrojaron al vino y al torrezno,
Como á pasas ó á dátiles silvestres.

Pero otros á agua pura y carne seca,
Haciendo á lo demás ascos y dengues,
Se atuvieron, y sobrios se mostraron,
Guardando sus costumbres y sus leyes.

Caleb, el más anciano y de más cuenta,
Favorito de Zaide, cabo y jefe
De todos los demás, y cuya barba
La edad ha convertido en plata ó nieve,

Rígido observador de los preceptos
De la ley musulmana, al punto advierte
La prevaricacion de aquellos viles,
Y el buen comportamiento de estos fieles.

Elogiando á los unos, á los otros
Con palabras durísimas reprende;
Y arrastrado de ciego fanatismo,
Les manda retirarse del banquete.

Causó escándalo grande en los cristianos
La disciplina rígida del jeque;
Y salieron á plaza aquellos chistes,
De *alcuzcuz*, *zancarron*, y otras sandeces.

Caleb, en alta voz y en chapurrado,
Quiso probar á la indignada gente,
Ser los cerdos inmundos animales,
Y el vino pernicioso y vil deleite;

Pero Sancho, el porquero de la villa,
A quien asunto tal la honra le hiere,
La defensa tomó de su ganado
Con gran calor; y áun procedido hubiese

A enarbolar el puño, si Melendo,
Tabernero de Salas, hombre fuerte
Y de gran voz, entre él y su contrario,
El vino defendiendo, no se mete.

Un anciano escudero, de la fiesta
Director, encargado y presidente,
Logró aquietar los ánimos, y pudo
Ver la tranquilidad restablecerse.

Al cabo de buen rato, cuando habia
Echado algunos tragos Vasco Perez,
Dos rábanos se ató largos y gruesos,
A guisa de dos cuernos, en las sienes;

Tocó del capador el agrio pito
Formado de cañutos diferentes,
Y haciendo contorsiones y visajes,
Llamó á sí la atencion, y al pueblo ofrece

Cantar alguna jácara ó letrilla,
Que á nadie ofenda, y que al concurso alegre,
Si es que el porquero con su ronco cuerno
Hacerle són y acompañarlo quiere.

Se aceptó la propuesta con aplauso;
El porquero prestóse, y hechos fuelle
Sus labios del remate retorcido
De su vil instrumento, hace que suene.

El bellacon de Vasco al punto entona,
Con gran silencio y gusto de la gente,
Este romance necio, inoportuno,
Pero que estaba en boga con la plebe.

El valeroso Pelayo
Cercado está en Covadonga
Por cuatrocientos mil moros,
Que en el zancarron adoran.

Sólo cuarenta cristianos
Tiene, y áun veinte le sobran;
Pues la Vírgen le ha ofrecido
Darle completa victoria.

Sale de la cueva un dia,
Sus pendones enarbola,
Y con espadas y chuzos
Al campo moro se arroja;

Pero resistir no puede
A los perros de Mahoma,
Y á la cueva se retira
Con pérdida, aunque con gloria.

Tornó á salir otra tarde,
Y tampoco el triunfo logra;
Y retiróse, la espada
Teñida de sangre mora.

Por tercera vez intenta
La batalla peligrosa,
Y tambien que recogerse
Tuvo, mas con fama y honra.

Entónces muy angustiado,
De la Vírgen santa implora,
Que la palabra le cumpla,
Y que le dé la victoria.

Y la Vírgen le responde:
Mañana de Covadonga
Saldrás, querido Pelayo,
Si es que mis consejos tomas:

En vez del rojo estandarte,
Medio marrano enarbola,
Y en vez de dardos y flechas,
Huesos de jamon arroja;

Y esgrime botas de vino,
En vez de espadas y azconas:
Verás cómo á la morisma
Vences, rindes y acogotas.

Hizolo así el buen Pelayo,
Y al ver las moriscas tropas
Que tocinos por enseñas
Saca la hueste española,

Quedáronse boquiabiertos,
Y en sus tripas se alborota
El alcuzcuz trasnochado,
Y la sangre se les corta.

Al ver llover zancarrones
De perniles, se acongojan;
Y para que no les pringuen,
Con las adargas se embozan;

Y llegando ya á los golpes,
Al sabroso olor que brotan
Empinadas por cristianos
Las cristianísimas botas:

Las ranas, que de los moros
En el vientre el agua forma,
Alzaron tal chichirreo
Que los confunde y atonta.

Entónces desenvainando
Las espadas cortadoras,
Cuatrocientas mil cabezas
De los perros de Mahoma

Los valerosos cristianos
Siegan, hienden y destrozan;
Concediendo así la Vírgen
Al gran Pelayo victoria.

Con gran grita, palmadas y contento
Se recibió el romance impertinente
Por los cristianos; mas con negro encono
Y furor por los moros cordobeses.

Caleb, ardiendo en ira y blasfemando,
Con ambos puños para Vasco fuése;
Vasco con una lonja de tocino,
Dando risadas, adargarse quiere.

A su defensa acuden el porquero
Y Melendo el jayan, dos matasietes,
De una gorda cachera aquel armado,
Y de un dornajo de madera este.

Empuñan los alarbes sus gumías;
Cuchillos y asadores diligentes
Empuñan los de Salas; de ambas partes
Vuelan jarros, botijas y zoquetes.

El sacristan trepando en una mesa,
Arroja por el aire su bonete;
«¡Anatema!» pronuncia en roncas voces;
«El antiguo milagro se renueve.»

Y arbolando un pernil ó pestorejo,
Grita: *In hoc signo vinces.* Cunde y crece
Súbita confusion: lloran chiquillos,
Chillan y se desmayan las mujeres;

Y los pajes solícitos retiran
A las más asustadas y más verdes,
A los rincones del establo oscuro,
Tras los pozos, pilares y pesebres.

Sus alas de murciélago, bramando
Por todas partes la Discordia extiende;
Y más de mil cristianos tal vez iban
A ejecutar en musulmanes veinte,

Lo que ayudado de cuarenta amigos,
Con cuatrocientos mil hizo en allende
El glorioso Pelayo; pues las voces
Del anciano escudero nada pueden;

Cuando de los señores á la mesa
Llegó el estruendo de la airada gente,
Y la noticia de que al punto en sangre
Iba inundado el ancho patio á verse.

Nuño, que al ciego padre acompañaba,
Del retiro salió, y el Arcipreste
Dejó la presidencia del convite,
Y Zaide el noble asiento que en él tiene;

Y arrójanse los tres á la escalera,
Hácia la escena trágica descienden,
Y entre la confusion y muchedumbre,
Tranquilidad pidiendo y paz, se meten.

Su presencia y su voz calmó á la turba,
Como calmarse de repente suele
Alborotada escuela de muchachos,
Cuando el dómine y férula aparecen.

En gran silencio y cabizbajos todos
Quedan, aquellas armas diferentes
Que ministró el furor, pasmados sueltan,
Y de su necio encono se arrepienten.

Zaide á los suyos con airado rostro,
Trémulos labios, arrugada frente
Y palabras durísimas, recuerda
Cómo portarse en casa extraña deben

Los huéspedes honrados; y les manda
Que ó bien allá en sus cámaras se encierren,
O que de buena gracia y fe á los usos
Del pueblo donde están, todos se presten.

Nuño, ménos mirado (está en su casa)
Reparte sendos palos y cachetes,
De los que por su mal no se escaparon
Ni el sacristan, ni el atrevido Perez,

Ni Melendo, ni Sancho. Furibundo
Recuerda al pueblo todos los deberes
De la hospitalidad franca y sencilla,
A que derecho el extranjero tiene;

Y amenaza á la turba consternada,
Con que, si acaso á desmandarse vuelven,
La echará á puntillones del palacio,
Y cerrará las puertas y canceles.

Cuando Zaide y Salido concluyeron,
Tomó en todo la mano el Arcipreste,
Y echó á los dos partidos ya aquietados
Una florida plática no breve:

Con citas de las santas Escrituras,
De la paz demostró los dulces bienes,
Y matando dos pájaros de un golpe,
Convenció á los paganos y á los fieles.

En esto aparecieron por fortuna
La gaita, el tamboril y el panderete;
Y al agrio tono, al golpe mesurado,
Y al repicar sonaja y cascabeles,

Renació más lozana la alegría
En la, si ántes feroz, ya humilde gente.
El pasado disgusto fué una nube
De verano, que rápida ennegrece,

Turba y confunde el cielo, truena y arde,
Centellea, graniza, silba y llueve;
Y cuando los ganados y los hombres
Ser llegada la fin del mundo temen,

Vuela, pasa, se rompe, se disipa,
Más hermoso á brillar el aire vuelve
Más azul el zafir del puro cielo,
Y el sol canicular muy más ardiente.

Al rumor de los toscos instrumentos
La turba juvenil dispone en breve
La danza prima, y en gozosa rueda
Los pajes y robustos mozalbetes



Con las mozas del pueblo hacen alarde
De sus ágiles piernas; se entretejen
En vistosas figuras, y siguiendo
El medido compás, el paso mueven.

Los hombres ya machuchos regresaron,
Seguidos de sus madres y mujeres,
A las volcadas mesas y á los restos,
Que en desórden quedaron del banquete.

Todo es ya paz, cordialidad y gozo:
Nadie guarda rencor; todos parecen
Una familia. El Sancho y el Melendo
(Aún la leccion de Nuño les escuece)

No piensan ya en reñir, y más sesudos
En repasar los huesos y toneles
Se ocupan, y en reparo de sus iras,
Con sus contrarios mano á mano beben.

Caleb, habiendo visto que no agrada
A su señor el celo impertinente,
La austeridad depuso, y hay quien dice,
Que se le vió brindar con Vasco Perez.

Lo cierto es que ya estaban tan unidos
Los cristianos y alarbes, que el bonete
Del sacristan andaba en la cabeza
De uno de los esclavos cordobeses.

Disfrazar se dispuso al podenquero
De moro; y empezó la turba alegre
Con grandes carcajadas á vestirle,
Como en carnestolendas al pelele.

Su gordo, cascarrioso y roto sayo
Con remiendos de telas diferentes,
En una airosa juba recamada
De purpurino paño se convierte.

Las anchas bragas de listado lino
Sus toscas piernas, sin abrigo siempre,
Cubren, y datilados borceguíes
De sus piés sucios callos y juanetes.

En vez de la mugrienta caperuza,
En torno á la cabeza le revuelven,
Sobre casqueta de risueña grana,
Una pintada tela del oriente;

Le cuelgan un tajan y una gumía,
Ambos pendiendo de cordones verdes;
Y un albornoz sobre sus hombros echan,
Que baja en nobles y anchurosos pliegues.

Y como una mozuela reparase,
Que el *Cide* podenquero, *Abenju*-Perez,
Era lampiño, al punto le embadurnan
Barba y labios con tizna de sartenes.

Muy bebido está, sí, mas no borracho,
Porque ha comido mucho: está cual deben
Los buenos divertidos bebedores,
Esto es, nada pesado, sino alegre.

Se le ocurrieron tan agudos chistes,
Aunque acaso picantes y soeces,
En general tan nuevos y oportunos;
Discurrió tales burlas inocentes,

Y remedó con perfeccion tan grande
A Mudarra y á Zaide, que merece
Aplauso universal, y fué el encanto
La tarde toda de la turba alegre.

Yéndose en tanto el sol á otro hemisferio
Cercano andaba ya del occidente,
Y el término llegó de aquella fiesta:
Que cuanto el mundo ve, término tiene.

Con pértiga de plata el mayordomo
Puesto en un corredor, grita á la gente
Mandando despejar, por ser la hora
De que el palacio sosegado quede.

Recogen pues los padres sus familias,
A poner todo en órden los sirvientes
Comienzan, y pasando por el patio
Los nobles, los hidalgos y Arcipreste,

A sus casas é iglesia se retiran,
Seguidos de los suyos. Los canceles
Del postigo la turba al fin traspasa,
Y á la desierta villa el pueblo vuelve.

El podenquero entónces solicita
Del dueño del vestido, que le deje
Ir á ver á su madre en aquel traje,
Y en el momento regresar ofrece.

Accedió el musulman; y el disfrazado
Del palacio salió sin detenerse,
Y la senda tomó que va á su choza,
Agil, sin tropezar ni dar traspieses.

Engañar á la vieja á su llegada,
Y que le tenga por Gonzalo quiere;
Puesto que en contrahacer su aire y su porte,
Le han elogiado todos de eminente.

Iba ensayando el modo en que Mudarra
Con el ancho albornoz el cuerpo envuelve,
Y su andar, y el mover de la cabeza,
Y aquel aspecto soñador que tiene,

Y habiéndose encontrado en el camino
Dos hombres, forasteros le parecen,
Que le observan tal vez como turbados,
Y que se apartan con sospecha al verle;

Recuerda que hacen esto mismo todos
Cuantos hallarse con el jóven suelen,
Sabiendo que es fantástica figura,
O prodigioso encanto; y muy alegre

Se persuadió que ya lo contrahacia
Con tal primor y tan exactamente,
Que por el mismo original que copia
Aquellos dos incógnitos le tienen.

Siguió ufano con este pensamiento,
Pero aún más se alboroza y se envanece,
Cuando en el mismo error puso á su madre,
Al punto de llegar al pobre albergue.

Pues la infeliz Elvida, que á la puerta
Viendo ser ya muy tarde y que no viene
Mudarra, ó segun ella su Gonzalo,
Estaba cuidadosa; cuando tiende

Por la senda la vista, y aquel moro
Ve por ella venir, no se detiene
En hacer mil extremos con los brazos,
Y en esforzar la voz lo más que puede

Con tiernas expresiones de cariño.
Y al llegar Vasco, abrázale de suerte
Que completó su engaño doloroso;
Saliendo de él tan sólo, cuando hieren

Su torpe oído las risadas necias
De aquel farsante, máscara ó pelele.
Al conocer la burla, y cerciorarse
De que es al hijo al que abrazado tiene,

Ardió en tal rabia la burlada Elvida,
Que ciega de furor soltó un torrente
Sobre el buen disfrazado, de improperios.
Pero viendo la vieja que no puede

Reñirle por la infame borrachera,
Porque en su seso el podenquero viene;
Ni por olvidadizo, pues el pobre
Le trae una fineza del banquete;

Para dar á su cólera desfogo
Halló en el traje asunto suficiente.
Y á la juba, alquicel, faja y turbante
Con desatada lengua echó mil pestes.

Y en lugar de gritar por el engaño,
Que fué lo que sintió, gritó por verle
Vestido como infiel, con atavíos
Que el demonio trazó para su gente:

Porque es harto comun, si por aquello
Que de veras nos pica y nos ofende,
No queremos reñir ó no es posible,
Reñir por otra cosa, sea cual fuere.

Sufrió la tempestad el pobre Vasco
Con mansedumbre grande, y no comprende
Cómo lo que en la fiesta mereciera
Del pueblo todo los aplausos, puede

Merecer en su choza tal disgusto;
Sin ocurrir á su infeliz calletre,
Que son de tiempo y de lugar las gracias;
Que el donaire de aquí ser allá suele

Insulto ó necedad, y que el chistoso
Lo es para su familia raras veces.
Calló pues, que era humilde con su madre,
Y no se atrevió nunca á responderle.

—Empezaba la noche destemplada,
Y al palacio tornar Vasco resuelve;
Mas de la airada vieja al despedirse,
Remedar se le ocurre nuevamente,

El modo de ausentarse de Mudarra
Y las palabras que le dice siempre,
Pues se lo han aplaudido y regañado,
Cosas ambas que excitan y promueven

Cualquiera propension: y tras la suya
De tal manera sin sentirlo fuése,
Que la madre, que estaba ya en silencio
(Aunque mohina porque no parece

Su encantado garzon, y es casi noche),
Otra vez en tal ira el pecho enciende,
Que está el hijo á cien pasos, y aún furiosa,
Con sus voces las sombras ensordece.

A la mitad de la escabrosa senda,
Que desde Salas á la choza viene,
Hay un desfiladero y estrechura,
Que por un lado cierran las paredes

De una incendiada quinta y los escombros,
Y por otro barrancas, donde crecen
Arboles gigantescos y zarzales,
Sitio escondido y temeroso siempre.

Llegó á aquel sitio Vasco, cuando apénas
En las lejanas cumbres de occidente
Un escaso crepúsculo quedaba,
Pronto entre negras nubes á perderse,

A la postrer mirada semejante
De un moribundo. En cuanto puso Perez
El pié en lo estrecho, los escombros salvan
Dos hombres, cuyos rostros ver no puede,

Aunque sí fulgurar sendos puñales
En sus manos. Osados le acometen
En gran silencio; mas con tanto arrojo
Que en tierra le derriban y le hieren.

Le valió al desdichado su turbante,
Y del ancho albornoz los dobles pliegues,
O acaso más los gritos y las voces
Con que el campo atronó; pues de repente

De las barrancas, troncos y malezas
Un blanco bulto sale y aparece,
Que esgrimiendo un alfanje con gran brio
A los dos asesinos arremete.

Estos, sobrecogidos, sin aliento
Huyen al punto, abandonando á Perez;
Como tal vez dos lobos que voraces
Un tierno recental rendido tienen,

Cobardes huyen del mastin gallardo,
Que de improviso llega y los sorprende.
El vencedor los sigue; pero pronto
Entre escombros y sombras se le pierden;

Y como oyó al momento dos caballos
Alejarse á galope, envaina y vuelve
A la senda, donde halla al podenquero,
Puesto ya en pié, con dos heridas leves;

El cual turbado entre el dolor y el susto,
A su libertador, al que le debe
La vida, reconoce. Era Mudarra
Que habiéndose alejado más que suele,

Y viendo entrada ya la noche oscura,
Atravesando eriales, diligente
Se retiraba á su palacio, y pudo
Los gritos escuchar de Vasco Perez.

Indignó á toda Salas tal suceso;
Mas á los pocos dias acontece
Otro, que consternó los corazones
De cuantos interés por Lara tienen.

Acercóse á la puerta de la choza
De Elvida á prima tarde un penitente
Devoto peregrino. Allí en voz alta
Entonó varios cánticos y preces,

Y despues pide humilde y compungido
Que calentarse en el hogar le dejen.
Compasiva la vieja le da entrada,
Y un asiento solícita le ofrece.

El tal huésped al punto con gran arte
Sobre recuerdos de los Laras mueve
La plática, y al cabo sobre el moro,
De quien tantos prodigios se refieren.

Tragó el anzuelo la infeliz nodriza:
Que era Gonzalo aseguró mil veces,
Y empezó á lamentarse (que es su tema)
De que ya la ha olvidado y no la quiere;

Y de que el raro encanto con que vive,
Tanto dominio en su memoria ejerce
Que apénas guarda ya recuerdo alguno
De aquel tiempo feliz de sus niñeces.

Sobre lo cual la pobre insiste y llora,
Afligida diciendo, que por verle
Recordarse con ella de los dias
Pasados, diera con placer los breves

Años que le quedaban de existencia,
Y así lograra sosegada muerte.
El sagaz peregrino acalorando
A la infeliz, se porta como suele

El pescador, que al grueso pez que pica
Y se clava el anzuelo, del carrete
Suelta todo el torzal, para que nade
Y trague más y más el cebo aleve.

Dióle pues cuerda larga á su manía:
De su afliccion mostrando conmoverse
Y querer reparar su desventura,
Así al cabo le dice: «Tal vez puede

»Remediarse el olvido en que el encanto,
Para con vos á ese mancebo tiene.
Yo mismo... pero no... no me es posible...
Cantidad corta traje, y tantas veces

»He dado en varias partes de limosna
Grandes porciones, y con fruto siempre,
Que no puedo dar más...»—«¡Qué! interrumpe
La nodriza, ¿remedio hallarse puede?

»¿Y vos?... ¿Vos lo teneis?»—«Sí, yo lo tengo,
Y eficaz, respondióle el penitente;
Pero no lo daré, que es gran reliquia:
Arena es del Jordan, cogida en viérnes

»Del sitio en que Jesus fué bautizado.
Polvos de alta virtud, que si los bebe
Un muerto, como Lázaro, al instante,
En robustez completa á vida vuelve.

»El encantado que á probarlos llega,
Se encuentra en libertad salvo, y no pierde
El poder que el encanto le prestaba,
Pues si era con buen fin, se aumenta y crece.»

Esto oyendo, á sus plantas arrojóse
La desdichada Elvida, y con vehementes
Expresiones le pide alguna parte
De tan santa reliquia, porque quiere

Dársela á su Gonzalo. Como bronce
El hombre se sostuvo, y muchas veces
Se la negó, logrando que otras tantas
La importuna nodriza se lo ruegue.

Mostró ablandarse al cabo, y le pregunta
Si agua, vino ó manjar alguno tiene,
De que segura esté que su Gonzalo
Solo haya de probar, no otro viviente.

Ella al punto delante le presenta
Una escudilla con migada leche,
Diciendo se la tiene preparada
Para que aquella tarde la meriende.

Incorpórase al punto el peregrino,
Dentro de su zurron la mano mete,
Y sacando una caja, en la escudilla
Gran cantidad de polvos blancos vierte;

Y encargando á la vieja que ninguno
Sino Gonzalo, coma aquella leche,
Oyendo que álguien se acercaba al chozo,
Se inmutó, despidióse y listo fuése.

Era quien se acercaba, el podenquero,
Cantando en alta voz, y muy alegre
Entró á anunciar á su contenta madre,
Que á verla, detrás de él, Mudarra viene.

Salió Elvida á la puerta de la choza
A esperar su llegada como siempre,
Y en tanto un galgo corredor, que acaso
Ha venido siguiendo á Vasco Perez,

Saltó sobre la mesa donde estaba
La escudilla, que al punto atisba y huele,
Y de dos tragantadas deposita
El contenido en su insaciable vientre.

Al rumor que causó, tornó la vieja
La faz, y al ver deshechas de tal suerte
Sus esperanzas todas, lanza un grito,
Y va á ver si salvar aún algo puede;

Y miéntras Vasco en carcajadas rompe,
Ella en el robador, que huye y se mete
Bajo del tosco lecho, furibunda,
Ya que no golpes, maldiciones llueve.

Pero quedóse helada, cuando mira,
Como si algun poder ellas tuviesen,
Salir con ambos ojos hechos brasas
De su refugio al perro de repente,

Y que lanza un aullido doloroso;
Da tres rápidas vueltas, se estremece,
El pelo se le eriza, cae al suelo,
Revuélcase convulso, y gime, y muere,

Blanca espuma arrojando por la boca,
Con un palmo de lengua seca y verde,
Y quedándose yerto, hinchado, hirsuto,
Con muestras de empezar á corromperse.

Llegó de dos monteros escoltado
Mudarra en aquel punto, y le suspende
Hallar en tanta confusion la choza,
El perro muerto, sollozando á Perez,

Consternada á la vieja. Les pregunta
De aquel desman la causa, y varias veces
Lo torna á preguntar. Al cabo Elvida,
Con tan simple candor y tan patente

Sencillez y franqueza, todo el caso,
Sin callar circunstancia, le refiere,
Que quedó su inocencia acrisolada
Y su sana intencion; pues aún mantiene

El pensamiento mismo, y como prueba
Del poder santo que los polvos tienen,
El reventar el animal con ellos
Por la profanacion, la tonta ofrece.

Demudóse Mudarra, penetrando
Cuál su peligro ha sido: no se mete
En sacar de su error á la nodriza,
Y á los dos ballesteros manda vuelen

Al punto en sus caballos, que recorran
Montes, valles y selvas, que se esfuercen
Por descubrir doquiera al peregrino,
Y que si hallarle por ventura pueden,

Le detengan, le amarren, y al momento
Al castillo de Salas se le lleven.
Obedecieron sin chistar: Mudarra
Abraza á Elvida; más de lo que suele,

La acaricia y consuela, y recogiendo
La taza, que del polvo aún restos tiene,
Del podenquero acompañado parte,
Y á su palacio presuroso vuelve.

Habló al punto con Zaide y con Salido,
Y aquel en los residuos de la leche
Descubrió un activísimo veneno,
Que rompe las entrañas de repente.

Los dos abrazan al garzon, y tiemblan:
Ocultar el suceso ambos resuelven
Al ciego padre, y con afan esperan
Que los monteros en la selva encuentren

Al envenenador. A media noche
Regresan estos, pero solos vienen:
No han encontrado á nadie en los contornos,
Y á unos pastores la noticia deben

De que un hombre embozado, á media tarde,
En un caballo negro, diligente
Salió del bosque donde está la choza
De la nodriza, y hácia Burgos fuése

Como una exhalacion, atravesando
Campos y selvas. Las sospechas crecen
De Zaide y Nuño, y cautos determinan
Jamás de vista, ni un momento breve,

A Mudarra perder, y que una escolta
De hombres armados le acompañe siempre
Los pocos dias que tan sólo faltan,
Para que el plazo del combate llegue.

(33) «Prohijóle otrosí doña Sancha, su madrastra: la adopcion se hizo de esta manera, aunque grosera, pero »memorable... Metióle por la manga de una muy ancha camisa, y sacóle la cabeza por el cabezon; dióle paz en el »rostro, con que le pasó á su familia, y recibió por su hijo. De esta costumbre salió el refran vulgar: *Entra por la man-»ga y sale por el cabezon.* Dícese del que siendo recibido á trato familiar, cada dia se ensancha más.» (MARIANA, lib. VIII, cap. IX.) Ambrosio de Morales dice, que la camisa la tenia puesta la madrastra, y que con ella puesta hizo la ceremonia de meterle por la manga y sacarle por el cabezon; cosa que no se comprende cómo puede ser.

Yo me he descartado de doña Sancha, por ser figura que no me hacia buen juego en el cuadro, y pongo á una hermana de Gustios Lara desempeñando la ceremonia de la adopcion.



ROMANCE NOVENO

> Catad que son diez vestigios,
> Non cosas del mundo non,
> Contra quien fallescen lanzas
> E no arremete el troton.
>
> *Romance antiguo.*
>
> Todo cuanto escucho y veo,
> Son imágenes, son sombras
> De mi desdicha.
>
> *Zamora.*

De fortuna y poder en la alta cumbre
Veinte años ha que vive Rui-Velazquez:
Más que señor, hallando esclavo humilde
En el conde don Sancho, adquirió tales

Riquezas, importancia y poderío,
Miéntras rigió su cetro, que la márgen
Traspasó de vasallo. Leyes fueron
Supremas sus caprichos, sin que osase

El valor, la virtud ó la nobleza
Cortar los vuelos á poder tan grande;
O imponer á ambicion tan peligrosa,
Si no barrera, moderado cauce.

Aunque lo maldijeran en secreto
Prelados, ricos-hombres y magnates,
De rodillas su gracia mendigando,
Le incensaban sumisos y cobardes;

Y hasta le procuró la ciega suerte
Con dos altas victorias afirmarse,
Una ganada al guerreador navarro,
Otra á los poderosos musulmanes.

Mas ¿fué dichoso?—No: de su grandeza
El árbol colosal creció con sangre;
Y que lluvia de sangre lo derribe,
Teme su corazon á cada instante.

La mole donde estriba su arrogancia,
Se amasó y se asentó tambien con sangre;
Y tiembla que de sangre una avenida
La embista y vuelque, y rápida la arrastre.

¡Ah! no le muerden sólo y le devoran,
Convertidos en víboras voraces,
Hondos remordimientos; no tan sólo
Los fantasmas le afligen formidables,

Que el sueño al poderoso turban siempre,
Que siempre le envenenan los manjares:
No, la oculta justicia de los cielos
Tambien quiso oprimirle y castigarle

Con disgustos domésticos, los goces
De esposo tierno y de amoroso padre
Robándole tenaz, sin permitirle
Dejar un sucesor de su linaje.

—Su mujer doña Lambra, instigadora,
Si es que orígen no fué de sus crueldades,
Hermosa, aunque pasado el fresco brillo
De la primera juventud, carácter

Desde luégo mostró tan orgulloso,
Altivez tan feroz é intolerable,
Que de esposo y familia la opresora
No tardó mucho tiempo en declararse.

Amor, halagos, sumision, caricias
Fueron, para amansar su pecho, en balde;
Telas, joyas, poder y rico Estado
No lograron saciar sus vanidades;

Adulacion, inciensos y festines
No consiguieron dar á su semblante
El hermoso matiz de la alegría,
Ni sonrisa á sus labios de corales.

Deudos, amigos, siervos y vasallos
Huyeron su presencia formidable,
Y el alcázar quedó solo y desierto,
De discordia y tristezas hospedaje.

Si convertido en tentador demonio
Vió con asombro el triste Rui-Velazquez,
La que juzgó, de amor en los delirios,
Iris de paz y de virtudes ángel;

Aún fiel esposa hallaba en su consorte;
Y á la propia mujer da tal realce
Cumplir con esta obligacion sagrada,
Que á su sombra encontrar suele bastante

Disculpa ante los ojos del prudente
De otros deslices y defectos graves;
Como el soldado que en valor descuella,
La encuentra de sus vicios y maldades.

Fruto logró su union á los dos años
En un hermoso y delicado infante,
Que dió, naciendo en robustez lozana,
Esperanzas altísimas al padre.

En Barbadillo y en Castilla toda,
Siendo padrino el Conde al cristianarle,
Fué su venida al mundo celebrada
Con iluminacion, repique y baile.

Suelen los hijos ser vínculo estrecho
Que liga las opuestas voluntades,
Y encanto de tan alto poderío,
Que borra los enconos más tenaces;

Porque en dos corazones que á un objeto
Consagran su ternura y sus afanes,
De la conformidad de sensaciones
Mutuo cariño, union, amores nacen.

Mas era el corazon de doña Lambra
Compuesto de venenos infernales,
Y del niño inocente la presencia
En vez de corregirle y aplacarle,

Pareció que su fiera altanería
Y condicion terrible acrecentase.
Creyó sin duda su beldad ajada
Por haber dado fruto, su semblante

Y su seno marchitos, esta idea
Era para su orgullo insoportable.
Desde el principio con atroz despego
Vió al inocente niño, sin dignarse

De ponérsele al pecho una vez sola,
De dormirle en sus brazos y arrullarle.
Aquella dulce prenda parecia
Ser objeto que sólo le inspirase

Mayor odio y desprecio á su marido,
Aspereza mayor, nuevas maldades;
Pues la sola virtud que fué su escudo,
Dió á poco tiempo de repente al traste.

No amor, viles caprichos la asaltaron,
Tal vez probar queriendo, si aún bastante
Atractivo y belleza mantenia;
Y el lecho conyugal manchó la infame.

—Aunque ya treinta y cinco primaveras
Contado hubiese, y aunque fuera madre,
Fresca se conservaba su hermosura:
Era su boca perlas y corales,

Sus ojos dos luceros refulgentes,
Nieve y rosa su faz, y de azabache
Las luengas trenzas, que su frente orlaban
Descendiendo gallardas hasta el talle.

Alabastro bruñido parecian
Garganta y pechos, y de formas tales,
Que no hubiera buscado Praxiteles
Otras que colocar en sus deidades.

Breves el pié y cintura, de jazmines
Las delicadas manos, el donaire
Y estatura gentil un todo hacian,
Cuales los vió el ingenio y trazó el arte

Del inmortal pintor, gloria de Urbino.
¿Por qué en tal solio una alma noble y grande
No puso el cielo, generosa y digna
De tan bello y magnífico hospedaje?

Era un sepulcro de luciente mármol,
De podredumbre y de gusanos cárcel;
Era un palacio hermoso, do brillaban
Bruñido el bronce, cincelado el jaspe,

De proporcion sublime, enriquecido
Con colunas, relieves y follajes;
Habitado por hienas furibundas,
Hambrientos lobos y arrabiados canes.

Puso los ojos pues en un mancebo,
Imberbe y lindo, de su alcázar paje,
Que apénas veinte abriles contaria,
Y no tardó sagaz en enlazarle.

¿Quién su presencia hermosa resistiera,
De su grandeza el brillo deslumbrante,
Su pompa, su magnífico atavío,
Su poder, su riqueza y sus avances?

Cayó al punto en la red el mozo incauto,
A amor con vanidad, que es muy bastante
A trastornar un gigantesco escollo,
Entregándose ciego á todo trance.

Pronto, si fué fortuna, su fortuna
Y de la dama la conducta infame
Se descubrieron (nunca en los palacios
Largo tiempo se esconden cosas tales),

Y pronto entre las dueñas y escuderos
A escándalos y hablillas dieron márgen,
Corriendo en Barbadillo la noticia,
Sin tardar por el mundo en divulgarse.

El último en saber tanto desórden
Fué, cual siempre acontece, Rui-Velazquez;
Mas ó la desvergüenza de su esposa,
O bien la inexperiencia del amante,

O de algun favorito malicioso
Inoportuno chiste, ó los mordaces
Labios de una envidiosa, ó que los cielos
Queriendo á un mismo tiempo castigarle,

Y castigar á entrambos delincuentes,
Con roedoras sospechas le avisase;
Tuvo por fin noticia del exceso,
Y pruebas luégo del horrendo ultraje;

Y lo vengó. Vengólo, sí: furioso
Bañó sus manos en la torpe sangre
Del adúltero, haciéndole pedazos
El corazon, de la perjura infame

Ante los ojos; y la ardiente daga,
Enrojecida toda y humeante,
Vibró en seguida contra el pecho de ella.
Pero cuando iba el golpe á descargarle,

Viéndola dar en tierra desmayada,
Suspendió el brazo; y en su atroz semblante
Brillaron, cual relámpago en la nube,
De inspiracion horrenda las señales;

Y llamando á sus fieles servidores,
Con voces al graznido semejantes
Que lanza el cuervo, cuando hambriento encuen-
En la desierta playa algun cadáver; (tra

Mandó arrastrar al punto del castillo
A un subterráneo al desangrado paje
Y á la perjura infiel; y allí encerrada
Dejóla con los restos de su amante.

Por aquel tiempo se encendió una guerra
Con Navarra, y al frente de las haces
De Castilla, á los límites del Ebro
Marchó de adelantado Rui-Velazquez;

Y consiguió feliz una victoria,
Que produciendo ventajosas paces,
Le dió renombre y esplendente brillo,
Y á su excelso poder mayor ensanche.

Tornó orgulloso á Burgos con la pompa,
Que siempre cerca al capitan triunfante,
Y apoyado en sus glorias y laureles,
Dió á su hinchada ambicion más amplia calle.

Miéntras estuvo ausente, doña Lambra
Consiguió quebrantar su horrenda cárcel,
Seduciendo á sus guardas, y á Galicia,
Acompañada de un abad, fugarse.

Bramó Velazquez de furor, con muerte
Castigó fiero al sobornado alcaide;
Mas luégo se templó, todo embebido
Del mando y del dominio en los afanes,

Y en el que demostraba al hijo tierno,
Objeto de esperanzas colosales.
De la cuna este ya salido habia,
Como lozano en la floresta sale

Un vástago robusto, en quien espera
Ver el agricultor cedro gigante,
Que sombra dé y amparo á las labores,
Y que rey sea del fecundo valle;

Mas ¡ay! á Gustios Lara le ha robado
Siete hijos, ya mancebos, Rui-Velazquez,
Y ver logrado el suyo, es imposible
Que quiera el justo cielo tolerarle.

Llegó una aciaga noche, y en su lecho
De un hondo sueño en el descanso suave
Estaba ya el señor de Barbadillo,
Despues de haber revuelto locos planes

De orgullo y de ambicion allá en su mente;
Y soñaba tal vez que con sus artes
Colocaba en el trono de Castilla
Al hijo; que á sus plantas los magnates,

Prelados y justicias le juraban
Humildes obediencia y vasallaje;
Y escuchaba del pueblo los aplausos,
Y alegres vivas asordar el aire;

Cuando de pronto despertó. Las voces
Oyó de turba inmensa, y asordarse
Todo el palacio con rumor confuso:
Restregóse los ojos, anhelante

Descorrió las cortinas, con asombro
Vió por las claraboyas derramarse
Un rojo resplandor que iluminaba
El aposento, y empezó á turbarle

El conocer que respiraba humo.
Un vuelco dióle el corazon cobarde;
Salta del lecho, envuélvese en su manto,
Coge una daga, de la alcoba sale,

Y halla el palacio en combustion horrible,
Presa de ardientes llamas, que voraces
Taladrando artesones y techumbres,
Por las tinieblas lóbregas se esparcen.

—Por sueño, ó por descuido, alguna dueña
Que en la antesala del pequeño infante
Se quedaba á velar, dejó una antorcha
Inmediata á un movible cortinaje,

Donde prendió la llama voladora,
Que subió por molduras y pilares,
Cebándose furiosa en las maderas
Del arteson, y en las tendidas trabes;

Y agitada del viento que soplaba,
Corrió el incendio á pasos de gigante
Por todo el edificio. No respeta
Ni de las fuertes torres los sillares;

Alza hasta el alto cielo remolinos
De humo y de espesas chispas, que combaten
A los astros y ofuscan sus fulgores,
Con luz siniestra iluminando valles,

Y selvas, y apartados caseríos,
Y en las lejanas cumbres desiguales
Reflejando del último horizonte,
Cual suelen encendidos los volcanes.

—Toda la poblacion de Barbadillo
Acudiera solícita al desastre,
Y de los dependientes del palacio
Tornan la confusion más ciega y grande.

Todos se mezclan, corren, gritan, mandan,
Disponen, bajan, suben, entran, salen;
La muchedumbre acrece el embarazo,
Y al fuego tronador no hay quien ataje.

La confusion aumenta y el asombro
La súbita presencia de Velazquez,
Que en roncas voces, émulas del trueno,
Vuelto del edificio hácia la parte

De la ruina mayor, pregunta á todos,
¿Dónde está el hijo? y no responde nadie.
Adivinó que estaba en su aposento,
Y vuela denodado (que era padre),

Despreciando su vida en tal conflicto,
A tentar el camino de salvarle.
Dos fieles escuderos tras de él siguen:
Se lanza á los escombros humeantes,

Salta de viga en viga, que á su planta
Ceden, y sin temer precipitarse
Dentro de un mar de fuego á cada paso,
Senda por medio de las llamas abre;

Y á la cámara llega de su hijo,
En el momento mismo en que lo grande
Del incendio voraz en ella estaba:
Ya las molduras que la adornan, arden,

Y vuelan en ceniza y humo leve.
La dorada techumbre á desplomarse
Va al momento: del suelo, quebrantado
Por las grietas, el humo empieza á alzarse,

Y acaso llamas: crujen las paredes,
Y aún está en un rincon el rico catre,
Y el niño en él. De despertar acaba,
Cuando iba ya el vapor á sofocarle,

Porque una brasa ó chispa le ha caido
En el pecho inocente. Rui-Velazquez
Lo ve al través del humo, oye su llanto,
Mira sus manecitas levantarse.

Respira el padre; es suyo: corre, vuela...
Pero en el punto mismo de salvarle,
Una viga del suelo en aquel lado
Falta, se troncha con fragor, y el catre,

Y el niño, y la bordada colgadura
Se hunden en un abismo y hondo cráter,
Por do rompe de llamas un torrente,
Que todo lo consume en el instante.

Tras del hijo inocente, despechado
Fuése á arrojar el desdichado padre;
Mas firmes lo detienen y sujetan
Entrambos escuderos, que constantes

Hasta aquel sitio horrendo lo han seguido:
Y desmayado logran retirarle,
Y atravesando por peligros nuevos,
Quemados los cabellos, barba y trajes,

Con él en hombros, como muerto, pronto
Salvos al patio del castillo salen.
La muchedumbre á su señor circunda,
Y él, en cuanto en el rostro le dió el aire

A cielo abierto, y respiró el ambiente,
Tornó en sí, y furibundo á levantarse,
Maldijo, blasfemó, con roncas voces
Aterró á los confusos circunstantes;

Llamó al hijo mil veces, anheloso
Corrió ligero de una en otra parte,
Y en tronador acento, que vencia
Del incendio el rumor, y el espantable

Estruendo que los muros y techumbres
Formaban al hundirse y desplomarse;
Gritó á sus servidores y vasallos:
«Fuera, canalla vil... fuera, cobardes:

»Dejad, dejad arder estas ruinas;
Muerte á quien una chispa sola apague.
Arda el palacio, y arda Barbadillo,
Y Castilla, y el mundo... Si abrasarse

»He visto mi esperanza, ¿qué me importa
Que el universo mísero se abrase?»—
Gritando así furioso se metia
En pórticos, salones y desvanes,

Y á los que aún se afanaban denodados
Por atajar el fuego, á retirarse
Con golpes y amenazas compelia;
Mas aunque trabajando continuasen,

Nada lograr pudieran. Del incendio,
Descuidado al principio, eran ya tales
Los rápidos progresos, que no habia
Manera de extinguirle ó de cortarle.

—Salió el sol entre cárdenos vapores,
Que dieron á su faz color de sangre,
Y pálido y sin brillo, en el espacio,
Cual si una gasa densa lo ofuscase,

Se alzó, y siguió su curso. A su presencia,
Si no furor, perdieron las voraces
Llamas su resplandor, miéntras el humo
Cobró aspecto más negro y formidable,

Cubriendo con fantásticos colosos
Del cielo azul el empañado esmalte.
Y entre ruinas y escombros se veia
Aparecer al despechado padre.

Ora al hundirse una maciza torre,
Ora al volar el humo hácia otra parte:
Ser el Genio del mal se hubiera dicho
Que presidia destruccion tan grande.

Duró el incendio en su furor tres dias,
Y por muchos despues quedó constante
Una coluna de humo, que se alzaba
Hasta los cielos recta por el aire,

Cual si fuese un puntal del firmamento;
U ondeaba en brazos del ambiente suave;
O rota por el viento, se esparcia,
En niebla leve por los hondos valles.

Cuando al conde don Sancho de Castilla
La noticia llegó de tal desastre,
Voló en persona á dar al favorito
Consuelo, y del estrago á retirarle;

Y un palacio magnífico, que estaba
Entre florestas y extendidos parques
A dos leguas de Burgos, regalóle,
Para que le sirviera de hospedaje.

De él hizo su mansion casi contínua
Desde aquella desgracia Rui-Velazquez,
O por estar más cerca de la corte,
O porque Barbadillo y los lugares

Donde perdió el honor, y los tesoros,
Y al hijo, centro de esperanzas tales;
Contrarios á su nombre y su fortuna,
Y de siniestro agüero los juzgase.

El tiempo, á cuyo curso todo cede,
Consolador de penas y de males,
Llegó á calmar su pecho, destrozado
Con tantos contratiempos y desastres;

Mas quedó tan acedo, que por puntos
La violencia aumentó de su carácter;
Y si ántes sanguinario por venganza,
Despues lo fué por ansia de crueldades.

El afan de dejar un heredero
A su poder, á su fortuna y sangre,
Viéndolo por el cielo contrariado,
De la ciega ambicion en maridaje,

Le inspiró el atrevido pensamiento
De al punto celebrar segundo enlace
Con doña Sol, hermana de don Sancho;
Que ya no aspira á ménos tal magnate.

No halló en el Conde obstáculo ninguno;
Mas lo halló, sin poder sobrepujarle,
En la tenacidad del Arzobispo,
Y de su esposa infiel en los parciales.

Aquel (aunque frecuente entónces fuera
Para príncipes y altos personajes
Del matrimonio relajar los nudos,
Y aunque desde el tumulto contra Zaide,

Hácia el noble señor de Barbadillo
Complaciente en extremo se mostrase),
De celo religioso dominado,
Negóse á permitirle inexorable

Los vínculos romper del sacramento,
Y para nueva boda autorizarle.
Con este firme apoyo, los parientes
De doña Lambra osaron declararse,

Dispuestos á oponerse áun con la fuerza
A ver en su familia tal desaire;
Empezándose á alzar tan gran borrasca
Contra el omnipotente gobernante,

Que se encontró obligado por entónces
A diferir sus orgullosos planes,
Y al puerto se acogió de la prudencia,
Para salvar de su ambicion la nave.

Vióse en tan grandes sustos y zozobras,
Temió tantos venenos y puñales
En aquella ocasion, que ardió en el ansia
De arrancar á las lumbres celestiales,

Del porvenir oscuro el gran secreto,
Apelando al poder de ocultas artes;
Pues querer penetrar en lo futuro,
Es propio de ambiciosos y cobardes.

—Por aquel tiempo se mostró en Castilla
Un extraño y famoso personaje,
Dálmata de nacion, de noble aspecto,
Astrólogo sublime y nigromante.

Europa estaba de su nombre llena,
Y corriendo sus varias capitales,
Despues de haber en Africa y en Asia
Dado fin á larguísimos viajes;

Hizo de su saber pasmosas pruebas,
Predijo con acierto acasos graves,
Y ganó cuantiosísimo tesoro,
Vendiendo raras drogas y brebajes.

Príncipes y monarcas á porfía
Tenerle en su servicio y sujetarle
En su corte quisieron, con halagos
Y con ofertas de riquezas grandes;

Mas él, independiente, jamás quiso
Ni hacer larga mansion en una parte,
Ni á servir solamente á un soberano
Y á una sola nacion acomodarse,

Diciendo ser universal su ciencia,
Y que por todo el orbe derramarse
Debia su excelso influjo, cual derrama
La luz el sol, á quien llamaba padre.

Con grande autoridad y altanería
Trataba á los guerreros y magnates,
Sentando, que la ciencia es don del cielo,
Don más sublime que poder y sangre.

Unas veces tenaz se desdeñaba
De hacer un vaticinio, aunque rogarle
Viera á sus piés á un príncipe; mas otras
Vaticinaba sin pedirlo nadie.

Curaba con ensalmos las heridas,
Y como por milagro enfermedades
De inminente peligro; ya exigiendo
Sumas extraordinarias, ya de balde.

Acaso regalaba generoso
Amuletos, reliquias, talismanes,
Y armas forjadas bajo tal aspecto,
De temples encantados y metales;

Y tal vez codicioso las vendia,
Exigiendo crecidas cantidades.
Irregular en fin y caprichoso,
Y de contradicciones y contrastes

Tan lleno se mostraba, que imposible
Era el saber de fijo su carácter,
Ni el modo de lograr su amor y estima,
Ni el modo de tenerle y de obligarle.

Obraba como suele un inspirado,
Ciego instrumento de poder más grande,
Y que de mano tal recibe impulso,
Que no está de los hombres al alcance.

—Este dálmata pues llegó de paso
A Burgos, donde el Conde y personajes
De admiracion y obsequios el tributo
Le dieron, que lograba en todas partes.

El Arzobispo sólo demostróle
O desprecio ú horror, por contemplarle
Agente del demonio y hechicero,
Y sus ciencias ocultas condenables.

Quien con mayor afan y más estima
Se empeñó en recibirle y obsequiarle,
Dándole alojamiento en su palacio
Y un asiento en su mesa, fué Velazquez.

Una lanza compróle á peso de oro,
Obra de un sabio armenio nigromante,
De tal virtud que si tocara un monte,
Lograra confundirle y derribarle;

Y le pidió de su futura suerte
Alguna clara luz. Dificultades
Encontró el sabio en complacerle: sólo,
Movido de sus dádivas constantes,

Al tiempo de partir, con gran misterio
Le dijo estas palabras: «¡Rui-Velazquez!
No temas asesinos ni envidiosos;
De Almanzor teme el damasquino alfanje.

»En la presencia de una ilustre mora,
Jóven, doncella, hermosa, no batalles,
Si el que ella logre una corona excelsa
En el éxito estriba del combate.»—

No complació al señor de Barbadillo
Ni uno ni otro consejo, que triviales
Y vagos le parecen. Era tanta
La fama de Almanzor, eran tan grandes

Su valor, su destreza y su fortuna,
Que todos procuraban no encontrarle;
Y el combatir á vista de una mora
Para ceñirle una corona, lance

Era extraño además, y en que no habia
Personalmente él mismo de empeñarse;
Ni, si acaso, poner más que el influjo
De su excelso poder y de su clase.

Despreció pues del sabio los avisos;
Mas como á poco tiempo declarasen
Guerra los moros, se quedó en la corte,
Hasta tener noticia y cerciorarse

De si Almanzor estaba en la frontera.
Al saber que se hallaba muy distante,
Del Africa corriendo las provincias,
Fué; y con una victoria asegurarse

Logró de nuevo en el poder, quedando
De enemigos y de émulos triunfante.
Varios años despues un reyezuelo
Moro vino favor á demandarle,

De una hija muy hermosa acompañado,
Contra un usurpador; y él sin mezclarse
En lucha alguna, le volvió su cetro
Con su influjo, poder, astucia y arte;

Y juzgando pasados de este modo,
Sin el menor peligro, los dos lances
A que pudo aludir el vaticinio,
Ni áun se volvió á acordar del nigromante,

Siguió siendo el tirano de Castilla,
Y cada dia su favor más grande
Con el Conde don Sancho, sin que hubiese
Fuerzas que de él pudiesen derribarle.

Como entónces muriese doña Lambra,
Tornó á entablar los suspendidos planes;
Y sin temer contradiccion ninguna,
Trató con doña Sol su nuevo enlace;

Mas de don Sancho la impensada muerte
Derribó sus proyectos colosales,
Como un soplo derriba los palacios
Que hacen los niños con ligeros naipes.

Subió al excelso trono de Castilla
Y á gobernar por sí Fernan-Gonzalez,
Y de sol tan radiante á la presencia
La estrella se apagó de Rui-Velazquez.

Pero era su poder tan gigantesco,
Tan antiguo, tan fuertes sus parciales,
Que de pronto y de un golpe derribarlo,
Daños ocasionar pudiera graves.

—En medio del jardin descuella un olmo,
Que como al dueño por capricho agrade,
Y como lo cultive, la alta pompa
Tiende creciendo en tronco y en ramaje:

De sol y jugos el terreno priva,
Con su sombra enfermando á los frutales,
Y robando al pensil el rico adorno
De flores, murtas, césped y arrayanes;

Mientra el cultivador enamorado
De su árbol predilecto, se complace
En verlo á costa de las otras plantas
Alzar la excelsa cima por los aires;

Durmiéndose á su sombra, y no cuidando
Que esteriliza cuanto en torno nace.
Pasa el verjel á manos de otro dueño,
El cual quiere al momento libertarle

De aquel tirano que lo asombra y seca;
Mas no fuera prudente, si intentase
Por el pié á golpe de segur cortarlo;
Porque los edificios y tapiales

Arruinara tal vez á su caida,
Causando en rededor estragos grandes.
Trata pues de cortar brazos y ramas,
De trozar luégo el grueso tronco en partes,

Y de irle destruyendo poco á poco,
Sin que ruinas ni peligros cause,
Aprovechando su bambolla en leña,
Y sus ramas y cuerpo en maderámen.

Así con el antiguo favorito
Obligado se mira á manejarse
El nuevo Conde, y si aún el árbol vive,
De muerte tiene el sello irrevocable.

La libertad del noble Gustios Lara
El primer golpe fué: de lo restante,
Trayendo el Moro Expósito á Castilla,
El cielo vengador quiso encargarse.

Desde que allá de Salas en la villa,
Y en el palacio del anciano padre
Halló á Mudarra, y recibió su reto,
Temblando el orgulloso Rui-Velazquez;

Huyó la corte, y en su propio alcázar
A dos leguas de Burgos, sin mostrarse
Sino á sus confidentes, encerróse;
Combinando tal vez inicuos planes

Para impedir el que tuviese cima
La batalla aceptada á todo trance;
Pues que legitimado ya el mancebo,
Era de todo punto inevitable.

Mas pasó el mes de término, pasóse
La víspera tambien, y entre celajes
Bajó al ocaso el sol, que al otro dia
Iba á prestar sus luces al combate.

Empezó triste y destemplada noche,
Nubarrones cruzaban por el aire,
Y una ligera niebla coronaba
Las torres del castillo de Velazquez,

Que sobre una colina y entre selvas,
Mole oscura se alzaba, de la márgen
Del Arlanzon vecino; y al reflejo,
Pálido y débil ya, de la menguante

Luna, que media faz sólo asomaba
De oriente tras las cumbres desiguales,
Divisábanse en la alta plataforma,
Al través del altísimo almenaje,

Dos ó tres hombres de armas, vagos bultos,
Que cual fantasmas de una en otra parte
Con paso igual y lento se movian:
Y de sus altas lanzas los remates

A veces fulgurando, asemejaban
Los fuegos fatuos que movibles arden
Encima de un sepulcro. Del palacio
En lo interior se vieron un instante

Cruzar varias antorchas; pero luégo
Cerrado el corredor y ventanaje,
Sólo en el edificio dos lumbreras
O claraboyas altas, circulares,

Con labores de piedra compartidas,
Mostraban dentro luz, y semejantes
A los ojos de un lobo, relumbraban
Al través de las sombras impalpables.

Eran ventanas de un salon, do ardia,
Reflejando en los timbres y follajes
Del dorado arteson, rojiza tea,
Y donde estaba solo Rui-Velazquez.

—Este, delgado y alto, y que tendria
Cincuenta años lo más, en su semblante,
Enjuto y macilento, demostraba
Temores, dudas é inquietudes grandes;

Y cruzados los brazos sobre el pecho,
Y embozado en su manto, á desiguales
Pasos la sala toda recorria,
Formando en suelo y muro una gigante

Sombra, que era mayor ó más pequeña,
Al venir á la luz ó al retirarse.
Mas como si el rumor de sus pisadas
Pudiese sorprenderle y asustarle,

Alguna vez apresuraba el curso,
Volviendo atrás el rostro. Otras pararse
Intentaba en mitad del ancho espacio,
La faz alzando á las labradas trabes

De la techumbre. Por acaso en ella
El humo de la antorcha y los esmaltes
De las toscas labores á sus ojos
Presentaban figuras espantables;

Pues lanzaba un horrísono alarido,
Al que el réprobo lanza semejante
Al tiempo de morir, viendo cerrados
De la Misericordia los umbrales.

El pequeño rumor á poco tiempo
Se oyó de lentos pasos acercarse,
Y sonar una puerta y otra puerta.
Aunque estaba seguro el personaje

De que sólo pudiera su valido
En hora tal y en sitio tal buscarle;
Se estremeció al pensar que álguien venia,
Y huyendo del salon hácia la parte

Más remota y oscura, con presteza
Se desembarazó de su ropaje
Y la daga empuñó. Pronto tres golpes
Se oyeron en la puerta; y á embozarse

Tornando en ronco acento: «¿Eres Rodrigo?»
Gritó. Y como de afuera contestasen,
«Rodrigo soy, señor, y vengo solo;—
Harto estaba ya, dijo, de esperarte:

»Entra y cierra tras tí;» y entró Rodrigo.
—Era uno de los dos que libertarle
Lograron del incendio del palacio,
Cuando del hijo en pos quiso abrasarse;

Y su primer valido y confidente,
Creciendo en el favor desde aquel lance.
La misma edad que su señor tendria;
Era de cuerpo chico y tosco empaque,

Su faz siniestra y áspera, sus ojos
En extremo mezquinos y vivaces,
Crespo y ralo el cabello, pero espesas
Las blanquecinas barbas; y su traje

Un sayo gris, con una doble cuera
Ceñida y ajustada sobre el talle
Por un cinto bordado, en que colgaban
Con una argolla diferentes llaves.

—Cerró al entrar la puerta, y en silencio
Junto al umbral quedóse. Rui-Velazquez
Se adelantó hasta en medio de la sala,
Y así hablaron los dos sin acercarse:

«¿Qué nuevas traes, Rodrigo? ¿Ha vuelto el
—Acaba de llegar en este instante.— (Zurdo?
¿Y qué noticias da?—Que Gustios Lara
Y su hijo, ó lo que sea, y Nuño, y Zaide,

»Con gran escolta y séquito, y á salvo
En Burgos han entrado á media tarde.—
¡Maldito el Zurdo sea!... ¡Los infiernos
Se abran, y como á suyo se lo traguen!

»¡Maldita la hora en que nací!... Y al Zurdo
¿Pudo su astucia y su valor faltarle
Sólo en tal ocasion?... ¿No le siguieron
Los bandidos del monte, esos infames,

»En quienes apoyó sus esperanzas
De poderme servir á todo trance?—
Sí, señor, lo siguieron; pero dice
Que ocurrieron despues dificultades...—

»Miedo, vileza, infamia, cobardía:
Mi venganza verán los miserables...
¿Me habrá el Zurdo vendido?... ¿Descubierto
Tal vez á alguno mis ocultos planes?...

»Muera esta noche.—Muera; pero advierte
Que es reservado, fiel, y que con nadie
Ha hecho nunca mencion de aquella empresa
A que fuímos los dos.—¿Le ha visto álguien

»Ahora al volver? ¿Habló?...—Varios le han
Mas con ninguno habló. Vino á buscarme (visto,
Al punto de llegar, y en mi aposento
Seguro le dejé bajo de llave.—

»Y ¿por qué no ha cumplido mis mandatos?
Dí, ¿qué disculpa da?—Que él propio os hable
Permitidle, señor, y por vos mismo
Con más exactitud...—¿Y ha de acercarse

»De noche ese ente vil á mi persona?—
Yo le traeré sin armas, y bastantes
Vos y yo, señor, somos contra un hombre
En cualquiera ocasion.—Anda á buscarle.»

Despareció Rodrigo: su amo al punto
Que vió la puerta sin rumor cerrarse,
Abrió un armero que en la sala habia;
Una cota de malla impenetrable

Sacó, se la vistió con gran presura;
Desenvainó la daga relumbrante,
Y escondió entrambas cosas con cautela
Bajo del manto, en que tornó á embozarse.

Sonaron de allí á poco las pisadas,
Y en la puerta los golpes; y cual ántes
Preguntando, y oyendo por respuesta:
«Soy Rodrigo.—Entra pues,» dijo Velazquez.

Apareció otra vez el escudero,
Sin otra diferencia que notarse
El pomo de un puñal en su cintura,
Y el Zurdo entró tras de él, mudo y temblante.

Era un hombron robusto y de anchos hombros,
Cuyas toscas facciones dos señales
De horrendas cicatrices afeaban,
Y sobre un sayo de gamuza ó ante

Llevaba un peto mohoso y abollado,
Sin más grebas, manoplas ó brazales,
Ni arma ofensiva alguna, y se mostraba
Lleno de sangre y lodo. Quien lo hallase,

Por salteador del monte le tendria,
No por fiel servidor de tal magnate.
Pálido, confundido, silencioso
Clavó en tierra los ojos. Rui-Velazquez,

Observándole atento, así le dijo,
De furor concentrado su semblante
Dando, y sus ojos encendidos muestra:
«Hola, señor valiente, ¿qué nos traes?

»A ese viejo caduco y á su gente
¿Por qué en Burgos entrar salvos dejaste?...
Los bravos de que tanto blasonabas,
¿Qué han hecho? Habla... respóndeme, vergante.

»Habla, fruta mezquina de la horca,
Cuéntanos tu traicion, cuéntala, infame,
Antes que para hundirla en los infiernos,
Yo mismo el alma pérfida te arranque.»—

Diciendo así, acercóse algunos pasos,
Y dió un golpe tan duro sobre el jaspe
Del suelo con la planta, que al ruido
Crujió de la techumbre el maderámen.

A la luz roja de la opaca tea
Que aclaraba el salon, ya relumbrante
Ardiendo la resina, ya ofuscada
Con el humo y pavesas, personajes

Raros y de otro mundo aparecian
Los tres, que con aspectos desiguales
Ocupaban la escena. Sus tres sombras,
Que la luz dibujaba en los sillares

Del muro, acaso vagas é indecisas
Al undular la llama, acaso estables
Y en gigantesca proporcion, copiando
Los duros movimientos y ademanes

De los que las causaban; parecian
Los tres réprobos entes infernales,
Que á aquellos tres malvados inspiraban
Tanto crímen, tan bárbaras crueldades.



Furia y terror en boca, ojos y frente
Mostraba el orgulloso Rui-Velazquez:
Honda inquietud Rodrigo; y se notaba
Tanto temor y confusion tan grande

En el rostro feroz y en la persona
Del Zurdo, que con su áspero semblante,
Y con su corpulencia, y apostura,
Y su todo brutal, raro contraste

Formaban; y aún más raro lo hallaria
Quien supiese sus vicios y maldades,
Y que el asesinato y el incendio
Eran cosas para él tan familiares.

Mas suelen estos bárbaros que sirven
Al furor de un altivo personaje,
Burlándose del cielo y de la tierra,
Comiendo iniquidad, bebiendo sangre,

A un ceño del motor de sus delitos
Confundirse sumisos y cobardes.
Pálido pues como la muerte el Zurdo,
Y cual las hojas del flexible sauce

Temblando todo en actitud grotesca
Clemencia demandando á Rui-Velazquez,
Con voz agria, aunque humilde y confundida,
Rompió por fin de esta manera á hablarle:

«Señor, señor, piedad... traidor no he sido:
Dios, y la Vírgen, y los cielos saben,
Que servidor más fiel que yo, en el mundo
Jamás se halló, ni puede serlo nadie;

»Salvo el señor Rodrigo, que me escucha,
Y á quien pido me valga en este trance.
Mis valientes amigos me siguieron,
Y han puesto cuanto estaba de su parte;

»Mas fué imposible... El cielo ha destruido
Y la mágica negra nuestros planes.»—
Interrumpióle, dando otra patada
Su señor irritado sobre el jaspe,

Y le dijo: «¡Por vida de mí mismo!
¿Qué dices, infeliz?... ¿qué, miserable?...
¿Piensas, necio, ocultar tu cobardía
Viniendo á referirme disparates?»—

El Zurdo continuó más alentado:
«Os digo la verdad: Dios así os guarde.
Asesinar al Conde de Castilla,
Sentado en su dosel, señor, mandadme;

«Y os juro que lo haré, como lo hice
Con el abad Elgardo, en el instante
Que estaba con sus monjes en el coro.
Disponed, si quereis, que al punto abrase

»A toda Burgos, y esta noche misma
De sus techos vereis la llama alzarse,
Como aún no hace seis meses que se alzaba
Por cima del castillo de Alvar-Fañez.

»Mandadme acometer á hombres armados,
Redes á hombres tender, entrar lugares
Donde hombres vivan, volaré á serviros;
Mas lidiar y embestir con nigromantes,

»Engañar á fantasmas y á demonios,
Y entrar do sólo encantamentos valen;
No puedo yo, señor, ni mis amigos,
Ni Rodrigo, ni vos, ni puede nadie.»—

Un grito de terror ó de despecho,
Que lanzó furibundo el personaje,
Interrumpió de nuevo á aquel valiente,
Que jamás hasta entónces explicarse

Supo con tanta copia de palabras:
Cosa que pudo la atencion llamarle
Al turbado señor de Barbadillo,
Y pensar que alto impulso le guiase;

Pues viéndole callar, tras un momento
De suspension confusa, «Sigue, infame,
Sigue, le dijo: cuenta las patrañas
Que te han vuelto tan vil... Puede que alcances,

»En lugar de castigo, mi desprecio.—
Señor, continuó el Zurdo sin turbarse,
Pues parecia que supremo influjo
Al paso que iba hablando, le animase;

»No me tengais por loco: cuanto os hablo
Es la pura verdad. Cuando mandaste
Que fuera acompañando al seor Rodrigo
(No dejará que mienta, está delante),

»Habrá unos veinte dias á dar muerte
A ese moro, ó prodigio, fuí á buscarle,
Y entre Salas y el chozo de la bruja
Le sorprendimos ambos, como sabe

»Aquí el señor Rodrigo, y muy bien puede
Decir, si anduve lerdo en aquel lance;
Y cómo le embestí y eché por tierra,
Y que le herí tambien, pues que de sangre

»Saqué lleno el puñal. Pero de pronto
Salió un demonio, cual sabeis, ó un ángel...—
Calla, menguado; le gritó su dueño:
¿Qué tiene eso que ver con hoy, cobarde?»

Y el Zurdo continuó: «Lo recordaba
Porque á pesar, señor, de aquel percance,
En cuanto me mandasteis que dar fuego
Al palacio de Salas intentase,

Y si no lo lograba, que ayudado
De la tropa del monte, en el paraje
Más áspero y oculto del camino,
Entre Salas y Burgos, esta tarde

»A la gente de Lara acometiese;
Procurando matar á todo trance
Al ciego y á Gonzalo... al jóven, digo,
Y al moro viejo que se llama... Zaide,

»Y á Nuño el peregrino; á obedeceros
Volé; y os dí, es verdad, seguridades
De que una ú otra empresa lograria
Con la gente del monte, pues se sabe

»Que son mozos de pro, que nada temen,
Que se duelen muy poco de sus carnes,
Y que á dos hombres de armas cada uno
Acomete sin miedo. Mas las artes

»Del demonio, señor, ni con espada,
Ni con lanza y esfuerzo se deshacen.
Y cuando el cielo mismo ú el infierno
Por alguna persona toma parte,

»Y en proteger se empeña á una familia,
El valor de los hombres nada vale,
Y es preciso acudir á un hechicero,
Que con otros encantos... ó entregarse

»Al demonio, y que ayude... ó á la Vírgen,
O á un poderoso santo demandarle
Auxilio y proteccion, porque las armas
Del mundo pueden poco en casos tales.

»Por cierto y en verdad yo nada valgo;
Mas si yo fuera vos... Para el combate
De mañana... Señor, ese mancebo
No es cosa de este mundo. Es... ¿quién lo sabe?»

Hizo una pausa el Zurdo, y aterrado,
En silencio quedóse Rui-Velazquez,
Cuyos trémulos miembros empezaban
En helado sudor á desatarse.

El bravo continuó: «Si lo que digo,
Poneis, señor, en duda, aunque verdades
Son que dijera á la hora de mi muerte,
Al Mellado y al Pocho preguntadles;

»Dirán aún más que yo. Ya no está Salas
Conocida, señor; ni en ella hay nadie
Que nos quiera ayudar.—¿Qué? preguntóle
Atónito y confuso Rui-Velazquez;

»Isac y Alfonso Deza ¿han olvidado
Los beneficios que me deben grandes?—
Los primeros han sido, dijo el Zurdo,
Con otros de su bando, en declararme,

»Que incendiar el castillo era imposible;
Y que ellos ya no osaban arriesgarse
A ninguna otra empresa contra Lara,
Puesto que Dios se empeña en ayudarle.

»Parece que esos moros noche y dia
Guardaban el palacio, y que los tales
Son malignos espíritus, no moros;
Pues diz que cuando en torres y almenaje

»Hacen la ronda en torno del castillo,
Alzan los piés del suelo, y por el aire
Van como los cernícalos; que siempre,
Ya en los vecinos campos, ya en las calles

»De Salas, sin saber por do vinieron,
Y de repente suelen encontrarse
A todas horas; y el morazo viejo,
Amo de todos, y que llaman Zaide...

»Tan Zaide es como yo, Dios me perdone.
Yo le he visto de piedra, al ménos hace
Veinte años, en la esquina de la iglesia,
Y ahora le he vuelto á ver... El mismo traje,

»La misma barba... Sí, pues el tal Nuño...
Diz que allá en unas tierras muy distantes,
Donde sólo hay paganos, ha aprendido
Mágica negra, endemoniadas artes.

»Todito lo penetra y lo descubre...
Fué imposible, señor.—Pero, cobarde,
Su dueño le gritó; ¿cómo has perdido
Hoy el golpe tambien?... ¿Do te apostaste?—

»Cerca de Burgos, respondió; en el paso
Que cierran á una mano los tapiales
De la arruinada ermita, y á la otra
El espeso encinar. Es el paraje

»Donde puede mejor una emboscada
Contra todo un ejército ocultarse.
Allí permanecimos todo el dia,
Y en el momento de empezar la tarde,

»Se oyó rumor. Salimos, y á la bruja,
A la vieja maldita que años hace
Endemoniada estuvo, y que ahora vive
En aquella chozuela miserable

»Cerca de Salas, detuvimos. Iba,
Por estar que no puede menearse,
En unas parihuelas hácia Burgos,
Llevándola pastores y gañanes.

»Yo la quise matar, porque temia
Que con sus roncos gritos infernales,
Nos iba á descubrir; pero el Mellado,
A quien ella en Simancas de la cárcel

»Sacó tiempos atrás (yo no sé cómo,
Aunque sospecho que con malas artes),
El brazo me detuvo. Muy mal hizo,
Pues al momento la hechicera infame,

»Astuta descubrió nuestros intentos,
Como si algun demonio ó algun ángel
Se los hubiese dicho; y la maldita
Nos hizo á todos amenazas tales,

»Y contó de ese moro, ó lo que sea
(Diciendo era el menor de los Infantes,
Que al mundo Dios de nuevo le enviaba),
Portentos tan extraños y tan grandes,

»Que llenó á todos de terror y asombro.
Y cantó luégo coplas y romances
De venganzas del cielo, y de fantasmas
Con tan raros aullidos y visajes,

»Que se erizaba el pelo. Miéntras tanto,
No sé cómo, lograron escaparse
Dos de los que con ella habian venido,
Aunque estaba borracho como un zaque

»Uno de ellos. A poco nos hallamos
Embestidos, señor, por todas partes
De los malditos moros y otra gente,
Cual si fueran venidos por el aire.

»Yo de pronto conté como unos treinta·
Mas que eran mil, con raros ademanes
De contento gritó la fiera bruja,
Afirmando tenaz, que cien gigantes

»Descollar entre todos descubria.
El valiente Mellado, sin turbarse,
Mandó á los suyos embestir, y al punto
Trabóse un reñidísimo combate.

»Pero éramos, señor, veinte hombres solos,
Y ¿cómo resistir?... Impenetrables
Parecian las adargas y armaduras
De nuestros enemigos; era en balde

»El intentar herirlos, y al momento
Quedamos destrozados, con su sangre
Regando aquellos riscos, de los nuestros
Doce, los más valientes y capaces;

»Y los demás huyeron á los montes.
El Mellado salió con dos mortales
Lanzadas; ¡plegue á Dios que con la vida,
Pues es bravo además, el pobre escape!

»Junto á mí murió Brito de un flechazo:
Al Pocho un brazo le quitó el alfanje
De ese mancebo, aparicion ó duende,
Que en destreza y valor no hay quien le iguale;

»Y á mí me echó por tierra, y el caballo
De una lanzada me mató ese Zaide,
Que es Abran, cual lo dice su denuedo,
Y su fuerza mayor de la que cabe

»En el puño y el pecho de un anciano,
Y lo muestra tambien, el que mirarle
Yo, que nunca fuí mandria, no podia,
Sin que todo mi cuerpo se me helase.

»De seguro, señor, no lo contara,
Segun él se empeñaba en acabarme,
A no haberme escondido entre unas peñas,
Desde donde al momento retirarse

»Ví á nuestros vencedores, á la bruja
Llevándose consigo. Yo en su alcance
Me puse, y nunca los perdí de vista,
Arrastrando por riscos y zarzales.

»Iba, pues, en su mula el ciego Lara,
Su hijo á caballo; Nuño, el moro, pajes,
Escuderos, hidalgos de la villa,
En pos el escuadron de los alarbes,

»Y un gran repuesto de armas y caballos.
Cuando estuvieron ya poco distantes
De Burgos, como á tiro de ballesta,
El Conde de Castilla, los magnates

»De la corte, el Abad, el Arzobispo
Y una gran muchedumbre de habitantes
Salieron al encuentro de los Laras;
Y al viejo, y á sus hombres, y secuaces

»Recibieron gozosos con abrazos,
Y de amor é interés con pruebas grandes;
Miéntras el pueblo como loco en vivas,
Voces y aplausos inundó los aires.»—

Trémulo, y abatido, y aterrado
Tan larga relacion sufrió el magnate;
Mas las últimas nuevas de improviso
Despertaron su furia inexorable.

Se estremeció; tornaron á encenderse
Sus ojos, y sus miembros á agrandarse:
Los dientes rechinó, crujieron todos
Sus huesos, y rasgando su ropaje,

Gritó con voz tremenda: «No, no teme
Ni al cielo, ni al infierno Rui-Velazquez.
Mañana, sí, mi brazo y mi fortuna
Van de laurel eterno á coronarme.

»Tiemble Castilla, España, el orbe entero:
¿Quién de mi saña puede libertarle?
De engañosos prodigios é imposturas
Necia se asuste la canalla infame;

»Mas búrlense los hombres de mi esfera...
Rodrigo, á ese infeliz lleva al instante
A la más honda cava del castillo,
Sin que persona viva con él hable.

»Espere allí cargado de cadenas
El galardon debido á los cobardes.—
«¡Señor, señor!... piedad,» clamaba el Zurdo,
Echándose por tierra, tan en balde

Como clama *piedad* en la otra vida,
En presencia del juez inexorable,
El alma del malvado impenitente;
Pues el señor de Barbadillo, «Baste,»

Gritó, y le enmudeció: «Calla, ó al punto
Mancho mis propias manos con tu sangre.
¡Rodrigo! sús, sin réplica obedece;
Quítame á ese malvado de delante.

»Dispon que den dos piensos al tordillo,
Pon á punto el arnés de los engastes,
La espada de Bernardo, que en presente
Me dió el rey de Leon cuando las paces;

»Y la encantada lanza prodigiosa,
Cuya funda es la piel de una ceraste.
¿Qué puedo yo temer con tal caballo?...
¿Quién me puede vencer con armas tales?

»¡Ay de los que provocan mi alto brio!...
Conocerán mañana lo que vale.—
Hizo una larga pausa el orgulloso,
Y despues continuó: Tal vez que darte

»Más órdenes tendré: deja en seguro
A ese vil delincuente, y torna á hablarme.»—
Despareció sumiso el escudero,
Llevando al Zurdo trémulo delante

Con la siniestra asido, y con la diestra
Preparado el puñal. Se oyó alejarse
El rumor de los pasos de uno y otro,
Y al fin cerrar las puertas más distantes.



Quedó un momento como mármol, mudo
Y clavado en su puesto Rui-Velazquez;
Mas pronto, cual frenético, girando
Por la sala, en acentos discordantes

Consigo continuó: «No hay otro medio:
Aventurarlo todo en el combate
Es el solo recurso que me resta:
No querrá la fortuna abandonarme.

»Ya está echada la suerte... ¿Guarda acaso
A mi brazo el placer de que derrame,
Afirmando por siempre mi dominio,
De ese Lara infeliz la última sangre?»—

Dijo, y quedó en silencio largo rato,
Y tornando su rostro á demudarse,
Se dió en la frente una palmada, y luégo,
Revolviendo los ojos espantables,

Abatido exclamó: «¿Por qué la tierra
No me traga y confunde?... ¿Aventurarme
Puedo en batalla tal?... ¡Horrenda suerte!...
¿Quién es, quién este oscuro personaje,

»Que osa ponerme en tan estrecho apuro,
Que triunfa de venenos y puñales,
Y á quien dirige tan potente mano,
Que de mi gran poder burla los planes?

«¿Será un fantasma que el encanto mueve?...
¿Será una aparicion?... Sus ademanes,
Sus facciones, su voz y su osadía
Son las de aquel Gonzalo detestable.

»¿Lo ha vuelto el cielo vengador al mundo?...
¿Yo, como el vulgo vil, he de llevarme
De sueños y de vagas ilusiones?...
Es un bastardo, es un bastardo infame.

»Un hijo... ¡cielos!... hijo de la hermana
Del terrible Almanzor. ¿Traerá su alfanje
Cual prenda de victoria?... ¿El que el Destino,
Segun predijo el sabio nigromante,

»En mi daño forjó?... ¿Será que al verlo
Se me hiele de horror toda mi sangre?...
No, no entraré en la lid, de que depende
Que la verdad tremenda se declare.

»¿Puedo tal prueba resistir?... Huyamos:
Sólo una pronta fuga libertarme
Puede de tal conflicto. ¿A dónde?... ¿A dónde?—
A Córdoba, á Navarra, y de sus haces

»Venir al frente, á ser el exterminio
De Castilla. Sí, á Córdoba: negarme
Nunca podrá Giafar... ¿Qué digo?... ¡ay necio!
Ministro de las iras celestiales,

»Ese mancebo, aparicion ó encanto,
O de venganzas y exterminios ángel,
O demonio salido del infierno,
Le ha dado muerte, cual á mí ha de darme

»Tambien mañana... Pues Navarra sea
Mi asilo, mi refugio... ¿Quién fiarse
Puede del alevoso don García?
El verme desvalido y suplicante

»Fuera su mayor triunfo... Francia... Italia...
¡Prófugo!... ¡desvalido!... ¡miserable!...
No, prefiero la muerte.»—Quedó inmoble
Y otra vez en silencio Rui-Velazquez;

Mas un rayo de luz brilló en su frente,
Aunque fué pasajera; á reanimarse
Tornó, y á hablar consigo de este modo:
«Si aún la ciega fortuna ha de ayudarme,

»Aquí mismo ha de ser; aquí en Castilla,
En donde aún cuento amigos y parciales.
¿Por qué, necio, he perdido tiempo tanto
En los medios ocultos, en infames

»Empresas de hombres viles?... Todo, todo
Debe en momento tal aventurarse.
Hay muchos descontentos en Castilla:
Aún pudiera mañana á fuego y sangre

»Entrar en Burgos... El señor de Aranda,
El abad de Cardeña, Payo Sanchez,
Fortun Rodriguez, Alvaro Meneses,
Todos ellos... ¡cuán cortos los instantes

»Son que me restan! ¡Ah!... si cuatro dias,
Si dos... Ya no es posible: en el combate
Cual valiente morir: no hay más remedio,
Y ser execracion de las edades.»—

Quedó en hondo silencio, y arrojóse
(Ahogado, yerto de furor, su sangre
Encendida tan pronto como helada
De pánico terror, ansias mortales

Destrozándole el alma y miembros duros)
Sobre un escaño. ¡Sin ventura! es nave
Volcada entre arrecifes y bajíos,
Y á quien las olas con furor deshacen:

Es un cedro tronchado en la alta cumbre,
Ludibrio de los roncos huracanes:
Es un malvado en fin á quien abruman
Sus crímenes horrendos y crueldades.

¿Do el rostro volverá?... Lo eleva al cielo,
Y ve sobre su frente desplomarse
Un rayo vengador Lo inclina á tierra,
Y ve que se abre ya para tragarle.

Lo vuelve al tiempo que pasó, y lo mira
Hondo mar de traiciones y maldades;
Al porvenir lo torna, y muerte, infamia
Y tormentos sin fin halla delante.

¡Oh Dios, lo que pasó! Pero su mente,
Aunque pocas, oscuras y fugaces,
Sin duda aún vió vislumbres de esperanza
(En los más duros y apurados trances

Siempre las ve el mortal); y dieron tregua
En el alma infelice de Velazquez,
Tras dos ó tres hondísimos suspiros,
A todos los tormentos infernales,

Que bramando apuró, pues poco á poco
Se calmó su temblor, más regulares
Su actitud y su gesto aparecieron;
Sentóse y ajustó la barba y traje;

Miró en torno de sí, con el embozo
Del manto se cubrió todo el semblante;
E inmóvil como un tronco, sumergióse
En tal meditacion, profunda y grande,

Que volvió á entrar en el salon Rodrigo,
Sin que de ella ni un punto le sacase
El rumor de la puerta, y de los pasos,
Que tanto susto le inspiraban ántes.

En el umbral, confuso el escudero,
Sin osar del arrobo despertarle,
Quedó algunos momentos. Mas al cabo,
«Señor,» dijo en voz baja. Rui-Velazquez,

Como si un trueno oyera, sorprendido,
Pavoroso se alzó; pero al instante,
Conociendo quién era el que le hablaba,
Orgulloso encubriendo sus afanes,

Y que dormido estaba, aparentando:
«Hola, Rodrigo, prorumpió; ¿encerraste
Al Zurdo, cual mandé?... Diste la órden
De que el tordo rodado me preparen?—

Contestó el escudero en voz sumisa:
«Seguro el Zurdo está bajo tres llaves;
Pero el tordo rodado .. el más hermoso
Caballo de Castilla... está... ¿quién sabe?—

»Explícate, ¿qué dices? abatido
Su dueño se aventura á preguntarle:
¿No está el tordillo atado en su pesebre
Con los demás?—Señor, á media tarde,

»Prosiguió el escudero, sacó Lope
A beber al tordillo, rozagante,
Fogoso como nunca. A los pretiles
Todos, todos salimos á admirarle.

»Su cola y crin, movidas por el viento,
Formaban la apariencia de un plumaje;
Con el cuello enarcado relinchaba
Atronando en reedor montes y valles.

»Ya estampaba los cascos en la tierra
Con corvetas y saltos desiguales;
Ya moviendo á compás el paso lento,
El arena esparcia por el aire.

»Bebió en la fuente, y al volver, al punto
De llegar á la puerta, á recelarse
Comenzó y á temblar; perdió su garbo,
Y como si una sombra ó un cadáver

»Se le opusiese al paso, dió un bufido,
Inclinó ambas orejas adelante,
Se empinó, y se plantó. Lope, que es diestro,
Quiso á entrar por la bóveda obligarle

»Con palabras, halagos, y áun por fuerza;
Pero afligido el tordo, á rebelarse
Comenzó, se erizó, y al fin rompiendo,
Sin ser cosa posible el sujetarle,

»Cabezada y ronzal, brincó y huyóse,
Desatentado atravesando el parque,
Como si lo siguiera hambriento lobo:
El arroyo salvó de parte á parte,

»Y entró en el bosque espeso, do su curso
La maleza agitada y el ramaje
Un momento indicaron. A carrera
Seguirle quiso Lope, mas fué en balde.

»Regresó sin aliento, y el cervuno
Y una lanza tomó, partiendo á escape
A alcanzar al tordillo, y á traerle;
Pero aún no ha parecido, y es ya tarde.»—

Este acontecimiento poco extraño,
Para el pecho infeliz de aquel magnate
Fué la gota de líquido, que llena
Un vaso, y que le obliga á rebosarse;

Pues si su orgullo y su altivez le dieron
Hasta el momento aquel fuerza bastante
Para esconder su abatimiento y susto,
De modo tal que no los viese nadie;

Logrando alucinar hasta á Rodrigo,
Astuto por demás y penetrante,
Y brazo, y consultor, y confidente
De sus crímenes todos y crueldades;

Al escuchar la fuga del caballo,
Que presagio patente de desastres
Y exterminio juzgó su fantasía,
A tal punto de sí llegó á olvidarse,

Que deshecho en temblor y en sudor frio,
Y en toda su grandeza miserable,
Demostrando el terror que le abrumaba
(No hay en el mundo alguno que se iguale

Al que al malvado abruma), desplomóse
De nuevo en el escaño, rompió en grandes
Alaridos, cerró los muertos ojos,
Y abatido exclamó: «¿Qué más señales

»Puedo tener de mi espantosa suerte?»
Y se quedó en silencio. Aproximarse
Osó entónces Rodrigo, aunque turbado,
Sabiendo es peligroso de un magnate

Momentos presenciar, de que algun dia
Pueda, al ver el testigo, avergonzarse.
Mas como él mismo allí participaba
Del pasmo y del terror, palabras tales

En voz humilde aventuró: «No hay duda;
Desque al trono subió Fernan-Gonzalez,
Se ven raros prodigios... No soy hombre,
A quien cosas comunes acobarden,

»Ni que dé pronto asenso á maravillas;
Pero os juro, que empieza á conturbarme
Ver cuál protege á ese mancebo moro,
O bien algun demonio, ó algun ángel.

»De las manos del Zurdo y de las mias
Escapó por milagro. La otra tarde
Que disfrazado fuí de peregrino
A la choza de Elvida á envenenarle,

»Tambien salvóse por extraño modo.
Ahora el Zurdo (que al fin no es un cobarde,
Ni tampoco lo son los forajidos
Que consigo llevó) no encontró en nadie

»Amparo y proteccion, ni en el camino
Ha podido lograr más que desastres;
Y sólo se oyen referir portentos,
Que erizan el cabello, en todas partes.

»Yo, á la verdad, señor, valgo bien poco,
Pero en lealtad á vos, no cedo á nadie:
Y á rogaros me atrevo... que... mañana
No os presenteis al singular combate.

»Sé que á vuestro valor y fuerte brazo
Es, querer resistir, empresa grande:
Sé que á vuestra destreza y poderío
La fortuna jamás pudo negarle

»Seguro triunfo en las batallas todas;
Y que de cuerpo á cuerpo quien os gane
No se puede encontrar, ni quien en armas,
Y caballos de lid os aventaje;

»¡Pero mañana!!!... ¡ah!... no, señor... creedme,
No os presenteis al singular combate.—
¿Y queda otro remedio? consternado
Le preguntó y confuso Rui-Velazquez;

»Dí, ¿queda otro remedio?»—Engrandecióse
El astuto Rodrigo; en su semblante
Pintóse la osadía, y con acento
Seguro y decidido, sin pararse

Repuso: «Sí, señor; ácaso queda:
Aún sentado no está Fernan-Gonzalez
Muy de firme en su trono, y en Castilla
Vuestro influjo y poder aún son muy grandes.

»Hay pobreza, hay envidia, hay descontento:
Teneis muchos amigos y parciales...
Y... todavía, señor... y todavía...
Si yo en vez de escudero, un personaje

»Con vasallos, guerreros y castillos
Me encontrara, partido de este lance
Sacaria tal vez... ó pereciera
Con las ruinas de Burgos.—Me acertaste,

»Amigo, el pensamiento, interrumpióle
Su amo fuera de sí. Mas á angustiarse
Tornó, y dijo: «No hay tiempo ya, no hay tiempo:
Es imposible, sí.—Tiempo hay bastante,»

Contestó el confidente. Y como al punto
El toque de las ánimas sonase
De un cercano convento en la alta torre
Prosiguió: «Ya lo veis: de Payo Sanchez

»Legua y media lo más está el castillo.
En él estar podeis buen rato ántes
De que toquen maitines: allí tiene
Cien hombres de armas de los más audaces.

»Si se decide, al punto un mensajero,
Su propio capellan, puede avisarle
Al abad de Cardeña; á media noche
Vos aquí regresar, y en el instante,

»Sin esperar á que amanezca... á Burgos,
Y allí...»—Todo su fuego Rui-Velazquez
Recobró, y abrazando al escudero;
«Sin duda, dijo, por tu boca un ángel

»Me acaba de animar. Al punto sea;
No perdamos, amigo, ni un instante.
Corre con gran silencio, y de tal modo
Que no lo advierta ni sospeche nadie;

»El alazan ensilla, y el postigo
Que está á la espalda del palacio, abre.
Allí con el caballo espera, al punto
Partiré; al punto, amigo: vé, no tardes.

»Pues qué, ¿no he de ir con vos?» dijo el criado;
Y el amo replicó: «No, que importante
Más que nunca esta noche tu presencia
Es aquí, en el castillo. En cuanto marche,

»La voz de que en tranquilo, en hondo sueño
Me dejas reposando, astuto esparce.
En movimiento pon la gente toda,
Junta á los escuderos y á los pajes:

»Dispon armas, pendones y libreas,
Todo el séquito aquel que acompañarme
Debiera á la batalla. Muy alegre
Muéstrate, como cosa indubitable

»Asegura mi triunfo, y áun, que tengo
Algun aviso celestial, añade.
Desmiente y pon en burla los prodigios,
Que de Salas tal vez puedan contarse.

»Saca de la bodega el vino añejo,
Entre los hombres de armas lo reparte:
Anima en fin la gente, y tenla á punto
De que ciega se arroje á cualquier lance.»—

«Os entiendo, señor, id descuidado;
Contestó el escudero: los instantes
Urgen, en el postigo sin tardanza
Con el caballo me hallareis.»—Velazquez,

Viendo desparecer al fiel Rodrigo,
Hácia el armero apresurado vase,
Pónese una armadura empavonada,
Un casco sin cimera ni plumaje,

Una daga se ciñe y un estoque;
Se echa un ropon de caza, y despues abre
Una pequeña puerta, escucha atento;
No oyendo nada, de la estancia parte;

Pasa un estrecho corredor, y torna
A escuchar otra vez: sigue adelante,
Baja una escalerilla retorcida,
Cruza un patio y oscuros soportales,

Llega al postigo, la ferrada puerta
Encontrando encajada, al campo sale,
Halla en él á Rodrigo y al caballo,
Reconoce las cinchas y el rendaje

A tientas, y cabalga en gran silencio.
—Animo,—dice el confidente, al darle
El estribo:—Prudencia y vigilancia,
Amigo,—le responde Rui-Velazquez.

Al fogoso alazan la espuela arrima,
A trote cruza el extendido parque,
Y se mete en el bosque por la senda
Que hácia el castillo va de Payo Sanchez.





ROMANCE DÉCIMO

RUGERIO.	A la escasa luz que asoma Entre los rotos nublados, Veo dos senderos trillados: ¿Cuál será?...
ÁNGEL DE LA GUARDA.	Rugerio, toma El de la derecha.
EL DEMONIO.	Sigue El de la siniestra, amigo.

(Versos de antigua comedia.)

SUELEN las gigantescas esperanzas
Que de horrendo infortunio en las congojas
Animan de repente al pecho humano,
Ser, al par de brillantes, ilusorias;

Y el que engañado de su aspecto hermoso
Sin más reflexionar en pos se arroja,
Encuentra al primer paso una barrera,
O se pierde infeliz tras vanas sombras.

Así en la noche, por el monte espeso,
Perseguido de fieras bramadoras,
O de los salteadores asesinos,
Perdido caminante se acongoja;

Y de pronto al través de los peñascos
Una brillante luz poco remota
Advierte, y reconoce ser la lumbre
De amigo albergue y conocida choza.

Ya se figura en salvo, hácia el señuelo
Se dirige anhelante, sus zozobras
Y temores olvida; y en su idea
El grato hogar y la abrigada alcoba.

Sabrosa cena y amigable abrazo
El abatido pecho le confortan.
Pero, ¡ay desventurado! apénas mueve,
Encarado á la luz, la planta, toca

El borde de espantosos precipicios,
La cumbre de agrias peñas, que coronan
La dilatada márgen de ancho rio,
Cuya sesga corriente el paso corta,

Sin barca, vado ó puente á la esperanza;
Y ve el desventurado que no hay otra
Sino arrojarse en la veloz corriente,
O estrellarse cayendo de las rocas;

O ser despedazado en la espesura
Por el colmillo agudo y garra corva
Del lobo rabiador, ó ser despojo
Del bandolero y de su inicua tropa.

Aún mil pasos no está de su castillo
Alongado Velazquez, y su propia
Experiencia del mundo y de los hombres
Con amargo rigor le desconhorta;

Mostrándole cuán vano y áun funesto
Es el recurso á que se acoge, y todas
Sus ansias y tormentos se renuevan,
Y en desesperacion á hundirlo tornan.

Ambicioso y osado es Payo Sanchez,
Sostener quiere pretensiones locas,
Y no empleará su fuerza y sus amigos
En las ajenas, quien las tiene propias.

La tumba de Velazquez puede sólo
La basa ser de su grandeza, roca
Donde encuentre cimiento el poderío,
Que en Castilla ejercer ciego ambiciona.

¿Querrá, pues, sostenerle en su caida?...
Miéntras subsista en pié, no es fácil cosa,
No ya sobrepujarle, sino áun verse
A su nivel; y poco ó nada importa

A ninguna ambicion, que la familia
De Lara torne á su grandeza y pompa.
Gustios, anciano, ciego, enfermo, inútil,
Con recuerdos no más y antiguas glorias

Puede, y poco vivir; y ese Mudarra,
O es una aparicion y vana sombra,
Que se disipará, cuando las miras
Cumpla de quien le ha dado cuerpo y forma,

O es un mancebo ardiente, que nacido
Y educado en regiones muy remotas,
Con otros usos, religion y lengua,
Puede brillar, pero en esfera corta.

¿Quién ha de ser tan necio que aventure
Sus planes, esperanzas, fama y honra,
Abrazándose á aquel, que, abandonado,
De la tierra y del cielo, se desploma?

¿Quién, que avanzar en el poder pretenda,
Se pondrá en lucha con Castilla toda,
Contra la inclinacion del nuevo Conde,
Contra el brazo invencible en fin, que obra

Tales portentos á favor de Lara?
Reflexiones, tan justas y tan obvias,
En el entendimiento de Velazquez,
Abrumándole el alma, se amontonan;

Sacando la juiciosa consecuencia,
Que el confundido pecho le destroza,
De que va á prosternarse ante las plantas
De un rival inferior; á hacer notoria

Su impotencia y patentes sus terrores;
A descubrir secretos de alta monta,
A proponerle peligrosos planes,
A hacerle dueño en fin de su persona;

Para lograr, ó lástima, ó desprecio,
Si es que cadenas y prision no logra;
Y muerte, no en la lid, en el cadalso,
Siendo abominacion de España toda.

Acosado el señor de Barbadillo
De tales pensamientos, abandona
La empresa de tentar á Payo Sanchez,
Y el paso y rienda á su alazan acorta.

Suspenso queda: se le ocurre acaso,
Si aún fuerza podrá hallar que le socorra
En algunos oscuros caballeros,
De él casi dependientes, pues que moran

En aquellos contornos, gente armada
Manteniendo por fausto para escolta.
A un lado y otro el alazan revuelve;
Mas pronto ve que á semejantes horas

Socorro mendigar de puerta en puerta,
No puede producir más que deshonra;
Y que do halló obediencia poderoso,
Cercado de esplendor y régia pompa;

Trémulo, fugitivo, disfrazado,
Va insolencia á encontrar ignominiosa.
Velazquez á los hombres conocia,
Y no se alucinaba en causa propia.

—Dominador de la feraz llanura
Por los aires altivo se remonta,
Y en el tronco robusto y las raíces
Profundas apoyado la alta copa

Extiende en derredor árbol gigante.
Anidan aves mil entre sus hojas,
Abrigo en él ganados y pastores
Buscan de invierno, y de verano sombra;

Sin que ose sospechar que son sus tallos
Grato cebo, la cabra trepadora,
Ni el gañan, que sus ramas dar pudieran,
O lumbre, ó techo á su infelice choza.

Pero truena encendida oscura nube;
Derriba el árbol, con su ruina asombra
Un momento la selva, huyen las aves
Para nunca volver, y las personas,

Y áun los brutos tambien, viéndole en tierra,
Casi en desprecio el culto antiguo tornan;
Que es más útil tendido reconocen,
Y aquellos pronto las segures toman,

Aprovechan en leño su ramaje,
Hasta de las cortezas lo despojan,
Y estos sin susto y con osado diente
Le arrancan los renuevos y las hojas.

—Desesperado cual jamás Velazquez,
Viendo cerradas en la tierra todas
Las puertas de socorro en tanto apuro,
Con llanto de despecho la faz moja.

En el espeso monte incierto vaga,
Y al caballo las riendas abandona.
A su alcázar tornar, terror le infunde:
En los desiertos esperar la aurora,

Le horroriza tambien. Ya es media noche,
Vuelan fugaces las ligeras horas...
A la mañana... ¡Oh Dios!... En tal conflicto
Por la primera vez al cielo torna

El pensamiento. ¡Desdichado!... ¿Cómo
Favor le pide, proteccion le implora?
¡Cómo, cómo, infeliz!—Por tal camino,
Que más la eterna cólera provoca.

Juzgan ciegos los hombres que allá reinan
Las pasiones de acá, que es fácil cosa
Capitular con Dios, y que oraciones,
Y dádivas, y ofertas engañosas

Para el delito, la maldad, el crímen,
Ya que no amparo, tolerancia logran.
Así obcecado el mísero Velazquez
De tal modo consigo reflexiona:

«Si el cielo poderoso concediera
A mi lanza mañana la victoria,
Un santo monasterio yo fundara,
Diera mis bienes todos de limosna,

»Y las vanas grandezas renunciando
Y del mundo falaz la necia pompa,
A recibir de mi pasada vida
La absolucion, me encaminara á Roma.

»Para morir despues en un desierto.
Déme mañana, sí, déme la gloria
Del triunfo, mi secreto oculto quede,
Derrame yo en la lid la postrer gota

»De la sangre de Lara, y mis pecados
En penitencias y con santas obras
De tal modo expiaré, que pueda al mundo
Servir mi austeridad de ejemplo y norma.

»Si un santo sacerdote hallar me es dado...
Un monje penitente, que interponga
En mi favor ayunos y oraciones,
Dueño será de mis riquezas todas.

»Hay en estas montañas una ermita,
Do un solitario penitente mora..
Si la pudiera hallar... Un monasterio
Cerca de mi palacio... su abad goza

»Fama de sabidor... amigo es mio...
Les abriré mi pecho. ¿Qué me importa
De confesion bajo el sigilo?... Sea,
Si logro yo mañana la victoria.»

Así el precito habla entre sí, y en tanto
A paso lento el alazan se embosca,
Sin que rienda ni espuela le dirija,
Por una áspera senda tortuosa.

———

Era oscura la noche; pero á veces
La escasa luna entre las nubes rotas
Derramaba su luz. El recio viento
En los desnudos árboles y toscas

Peñas silbaba ronco. Algunos ratos
Copiosa lluvia con espesas gotas
A trechos las colinas azotaba;
Otras todo era calma y densa sombra.

Embebido en sus vanos pensamientos,
Y apurando martirios y congojas
Iba sin saber dónde Rui-Velazquez,
Cuando al salir á un raso, que espaciosa

Vista lograba, y al momento justo
De pasajera claridad, le azora
Del alazan un súbito relincho,
Que por los valles y cavernas hondas

El eco repitió. Sobresaltado
Coge las riendas, se detiene, torna
Los ojos en reedor, y de repente
Mira asomar en la vecina loma,

Bien que en incierto y ciego bulto, un hombre
A caballo y con lanza, que galopa
Como á su encuentro, dando voces vagas
Que el viento silbador confunde y borra.

Aunque no era cobarde, los cabellos
Se le erizaron, y la sangre toda
En sus venas se heló. Tan llena estaba
Su mente de terrores, de espantosas

Fantasmas, y tan débiles sus miembros
Con tantos padeceres y zozobras;
Que ve en aquel jinete un enemigo,
Que de repente la montaña aborta,

O á Mudarra el fantástico, que viene
A saciar sus venganzas. Se abandona
Al pánico pavor, ambos ijares
Del fogoso alazan pica y destroza:

Huye á escape al través de las malezas,
Por agrias cuestas y escarpadas trochas,
Y como con la fuga el miedo crece,
Sobre la crin del pisador se encorva,

La aguija más y más, y se figura,
Una vez que hácia atrás el rostro torna,
Que sobre siete ciervos descarnados
Siete esqueletos hórridos lo acosan,

Y que los Laras son. Cierra los ojos,
Desatentado ya, ciego se arroja
Por precipicios, setos y barrancas
Con su caballo que, cual suelta corza,

Salva troncos, torrentes y peñascos,
Sacando chispas cuando encuentra y topa
So la herradura pedernales duros;
Con su ímpetu veloz y cascos forma

De tormenta lejana estruendo sordo,
Y de la noche las tinieblas corta,
Como los aires rápida saeta,
Sin dejar tras de sí rastro ni sombra.

—El jinete tal vez, de quien va huyendo,
Era Lope, que andaba á aquellas horas
Aún buscando al tordillo; ó bien seria
Uno de los malvados de la tropa,

Que al Zurdo acompañara aquella tarde,
Y que al monte se huyó, mermada y rota;
O algun perdido viajador. Quien fuese,
No siguió al fugitivo. ¿Qué persona

Que en su seso estuviera, se arrojara
En los ramblares y en las quiebras hondas,
Por do despareció? Mas cual si fueran
Alas sus piés, el alazan no acorta

El raudo curso, y síguele buen rato,
Hasta que al fin desfallecido choca
Con un troncon volcado, y al empuje
Que en una lastra resbaliza y monda

Hace para saltarlo se desliza,
Con su jinete en tierra se desploma,
El monte oscuro con el golpe atruena,
Y con su peso un matorral agobia.

En el fango tendido Rui-Velazquez
Permaneció por largo tiempo, todas
Sus facultades muertas. Pero al cabo
Un turbion recio, que las densas sombras

Hendiendo, lanza pasajera nube,
El pecho y rostro pálido le azota,
Y en sí le vuelve, cual si de hondo sueño
Tremendo despertara. Se incorpora;

En pié se pone, temeroso duda,
Si aún está en este mundo y en su propia
Carne mortal. Su pensamiento llena,
Pero en confusas y embrolladas formas,

Cuanto ha pasado aquella noche. Envuelto
Se ve en densas tinieblas, y le acosa
La fuerte lluvia. En dónde está, no sabe,
Ni cómo allí ha venido. Que ya mora

La region infernal, que ya principian
Sus tormentos, sospecha, y casi torna
A perder los sentidos, yerto, helado
Y de dolores lleno. Voladora

Pasa en tanto la nube, aclara, cesa
El aguacero, media faz asoma
Por el roto celaje clara luna,
Y vida con su luz los campos cobran.

La claridad, la calma y los objetos,
Que se muestran cual son, á las congojas
De Velazquez dan tregua, le reaniman,
Y su abatido espíritu confortan.

A coordinarse empiezan sus ideas,
Vienen la fuga y golpe á su memoria,
Y el caballo echa ménos. Anhelante
Vuelve los ojos á una parte y otra,

Avanza algunos pasos, y descubre
Casi á su frente, y á distancia corta,
Un pequeño edificio, en el que indica,
Que hay luz ú hogar, una alta claraboya.

Animoso se acerca, ve un caballo
Pacer la yerba que al abrigo brota
Del tosco muro; al punto reconoce
A su corcel. Con tal hallazgo todas

Sus fuerzas se reaniman; silla y freno,
Que estaban ya en desórden, le acomoda,
Y con él de las riendas examina
El edificio todo á la redonda.

Halla pronto la puerta, aunque cerrada,
Y oye dentro una voz que armonïosa
Los salmos y las santas oraciones,
Que á maitines la Iglesia reza, entona.

Al momento conoce que es la ermita,
Do el solitario penitente mora,
Y á quien pensó buscar há poco rato
Para pedir al cielo la victoria.

No duda pues que el cielo, el mismo cielo
A que á tal santo y proteccion se acoja,
Por tan extraño modo le ha traido;
Y sin pensarlo más, la puerta toca,

Que cediendo al impulso, ábrese lenta,
Y se halló Rui-Velazquez en la gloria.
Nada ménos creyó, viéndose dentro
De una limpia capilla primorosa,

Cuyas blancas paredes relucian
Al claro resplandor de dos antorchas,
Que en un altar de piedra iluminaban
La imágen hermosísima y devota

De una Vírgen de cedro, colorido
El rostro, y de oro y de trasflor las ropas:
Escultura de aquella que los griegos,
En aquel siglo de barbarie y sombras,

Dichosos los reflejos conservando
De otra más culta edad y más remota,
Industriosos labraban y esparcian
Con grande lucro en la cristiana Europa (34);

Y de las cuales, aunque raras, duran
Algunas con gran culto y luenga historia,
Del curso de la edad ennegrecidas,
Mas venerables siempre y milagrosas.

Ornaban el altar vasos diversos
De extraño esmalte y peregrina forma,
Con siemprevivas, juncias, brezo y yerbas,
Que el rigor invernal no descolora.

A un lado y otro en sendos braserillos
Humo apacible y delicioso aroma
Quemadas esparcian por el aire
Ramas de enebro y escogidas gomas.

Enfrente del altar, arrodillado
En medio de la ermita, el alma toda
Embebida en las santas oraciones
Que entonaba con voz clara y sonora,

Fijos los ojos en la sacra imágen
Con expresion sublime, y las rugosas
Manos puestas en cruz, absorto estaba
El solitario. Augusta su persona,

Y larga era su edad, noble su rostro,
Tranquilo y venerable. En blancas ondas
Su barba y sus cabellos descendian,
Y una túnica blanca y una estola

Eran su traje. Sus fervientes rezos
Ni el rumor de la puerta, ni á tal hora
La entrada de un incógnito turbaron,
Pues ni áun volvió la faz. Todo lo nota

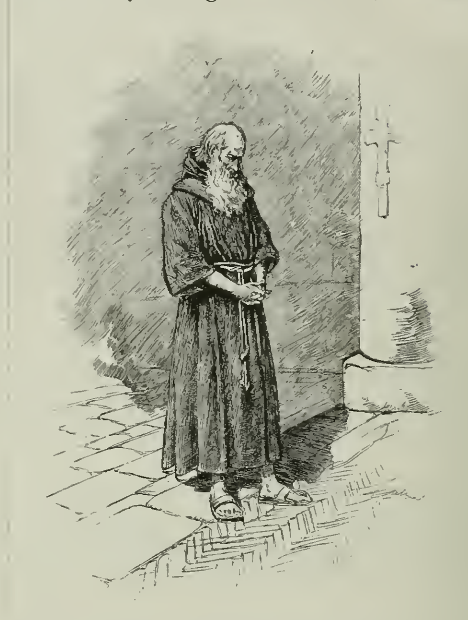
Velazquez, y embargado de respeto,
Quédase en el umbral, y calla, y dobla
Ambas rodillas, la cabeza inclina,
Del acerado almete la despoja,

Y cruzando los brazos sobre el pecho
Con humilde actitud en él impropia,
Lucha con los terrores y esperanzas
Que en su confusa mente se amontonan.

Era Ildovaldo el nombre que se daba
El santo anacoreta; mas su historia
Desconocida casi, aunque en el vulgo
Fábulas, entre sí contradictorias

Y llenas de portentos ó milagros,
Se refiriesen de él. Eran notorias
Su alta sangre, y su cuna en Lombardía.
Por qué empero dejó su patria propia,

Y cuáles desengaños le trajeron
A aquella vida solitaria, cosas
Fueron siempre escondidas. Vino á España,
A Castilla y á Burgos desde Roma,



Cuando dejaron huérfana la Iglesia
Las sacrílegas tramas de Marozzia;
Y aunque solo llegó, consigo trajo
Grandes riquezas y soberbias joyas.

Recibióle en su casa el Arzobispo
Con altas muestras de respeto y honra,
Y ambos tuvieron conferencias largas
De gran secreto y traza misteriosa;

Y aunque de Burgos la atencion llamaron,
La de don Sancho, de la corte toda,
Y de Velazquez mismo, impenetrables
Quedaron y escondidas entre sombras.

Vivió Ildovaldo pues en el palacio
Arzobispal, y en gran retiro: á pocas
Semanas, en el monte aquella ermita
Trazó por sí y edificó á su costa;

Y establecido en ella, repartiendo
Antes grandes riquezas en limosnas,
Renunció al mundo, y consagróse todo
A ejemplar vida, penitente y sola.

No tornó más á Burgos: en las granjas,
Altos palacios, miserables chozas,
Aldeas y alquerías del contorno
Se le vió raras veces; y las pocas

Que en tales sitios se mostró, fué siempre
A ser íris de paz en las discordias
Domésticas, auxilio en un incendio,
O consuelo de angustias y congojas.

Era grande su ciencia y su doctrina,
Sólida su virtud, conmovedora
Su elocuencia, y ardiente y extremada
Su caridad. Tal vez de la redonda

Solian concurrir los labradores,
Y en torno de él, á la apacible sombra
De algun árbol del bosque, ó en la ermita
Recibir embebidos de su boca

La palabra de Dios. Y tal respeto,
Tanta veneracion lograba en toda
La comarca, tal fama y santo nombre
En Castilla tambien, que áun hubo locas

Ambiciones, que osaron un apoyo
Buscar en su influencia poderosa;
Pero el anacoreta, sin airarse
Contra tales propuestas, desechólas,

Mostrando, que el varon que el siglo deja,
Y que renuncia á las mundanas pompas,
Profesando en la vida retirada
La penitencia y prácticas devotas;

A los hombres y á Dios engaña, rompe
Sus votos y en demonio se trasforma,
En cuanto parte en cosas de este mundo,
Y en las pasiones de la tierra toma.

Tal era el venerable penitente,
A cuyo umbral postrada la persona,
Más soberbia y audaz que vió Castilla,
Ni respirar, ni alzar los ojos osa.

Acabó sus maitines Ildovaldo,
Quedó inmoble un momento, con la boca
Selló la tierra, santiguóse, y luégo
Se alzó, y con faz tranquila y voz melosa,

«La paz de Dios en vuestro pecho sea,»
Dijo vuelto hácia el huésped. «¿A estas horas,
Hermano, qué buscais en mi retiro?»
A su acento Velazquez se recobra,

Y en pié se pone, mas turbado calla.
El solitario continuó: «¿Las sombras
Espesas de la noche os han borrado
Las sendas, los caminos y las trochas,

»Y perdido vagais por la montaña?...
Aquí hallareis descanso hasta la aurora,
Y con la nueva luz vuestro camino
Volvereis á encontrar... Mas si tan corta

»Detencion os molesta, en el momento
Yo, que conozco las veredas todas
De esta comarca, os serviré de guía.»
Velazquez, cuya mente estaba absorta

Imaginando cómo sus temores,
A tal varon, sus ansias y zozobras
Referir, y empeñarle á que á los cielos
En su favor arranque la victoria

Del tremendo combate, no responde.
El ermitaño, que en su frente nota
La terrible inquietud que lo domina,
La turbacion y espanto que lo agobian,

Un instante lo observa en gran silencio,
Y así con interés á hablarle torna:
«Sí, forajidos hay en estos montes,
Fieras tambien que al caminante acosan;

»Tal vez la insana furia de los unos
Y la voraz audacia de las otras
A buscar este asilo os compelieron;
Y á él, hermano, llegasteis en buen hora.

»Seguro estais aquí, bajo el amparo
De la que de luceros se corona,
Y cuya planta la feroz cabeza
Del dragon infernal quebranta y postra.»

Rompió entónces Velazquez el silencio
Que han menester alivio sus congojas,
Y como á su pesar, «¡Oh padre! dice,
No de bandidos, ni de fieras torvas

»Huyendo vine aquí; sí de fantasmas,
De terribles espectros que me asombran
Y persiguen doquier... Del cielo airado...
De una suerte infeliz y desastrosa...

»Y de mí, de mí mismo.»—Aquí atajóle
Un helado temblor. Pero le toma
La mano, y se la aprieta el penitente,
Y en caridad ardiendo su alma toda,

Le anima de esta suerte: «Si infortunios,
Si de este valle de dolor agobian
Vuestro pecho infelice las desdichas,
En buen puerto os hallais. Consoladora

»La Madre de Dios es del afligido,
Fuente de celestial misericordia.
Postraos, pedidle su favor, y al punto
Su favor obtendreis. Nunca lo implora

»El pecador en vano.»—Rui-Velazquez
Fuerzas y aliento de repente cobra:
Con ambas manos á su pecho aprieta
La de Ildovaldo trémula y rugosa,

Clava los ojos en la santa imágen,
Y exclama en ronca voz: «Si la victoria
Me concede mañana, yo hago voto
De tornar esta ermita, á toda costa,

»En magnífico templo, cuyas torres
Allá en las nubes su remate escondan.
Jaspe y bronce serán los ricos muros,
De cedro las techumbres: cien antorchas,

»En blandones de plata, noche y dia
Reflejarán sobre las ricas joyas
Del ara santa. Veinte capellanes,
Y á su cabeza vos, dueño de todas

»Mis riquezas, señor de mis estados,
Al culto de tan alta protectora
Consagrarán...»—«¡Callad, basta, infelice!!!»
Diciendo, el voto del malvado corta

Con firme voz el santo anacoreta:
«Basta, no blasfemeis. ¡Qué! ¿se soborna
Por ventura á la Reina de los cielos,
Y su divina proteccion se compra?

»Las ofertas, los dones, de este mundo
La vanidad y fugitivas pompas,
Arrastran á los míseros mortales;
Mas de la Omnipotencia nada logran.

»Un corazon sin mancha, una alma pura
Son su altar y su templo: buenas obras,
Y caridad, y rectas intenciones
Son su culto mejor. Las voces solas

»Que desarman el brazo de sus iras,
Que abren la celestial misericordia,
Son la del pecador arrepentido
Y la de la inocencia candorosa.»

A medida que hablaba el penitente,
Todo su aspecto, sus facciones todas
Cobraban tal grandeza y fuego santo,
Que era ya más que humana su persona;

Un verdadero apóstol, un profeta.
Al par oscuras, infernales sombras
Ofuscaban el rostro de Velazquez,
Lívido y cadavérico, la copia

De un criminal convicto presentando,
Que su sentencia escucha. En cuanto nota
Su abatimiento el santo solitario,
El celo y voz enérgica reporta

Con caridad cristiana, y otro giro,
Otro ademan más compasivo toma,
Prosiguiendo: «Sí, hermano; nadie, nadie
En el seno de Dios eterno logra

»Acogida más tierna que el contrito.
Un gemido, una lágrima tan sola
De sincero dolor al juez airado
En padre amorosísimo trasforma.

»El pecador, por pecador que sea,
Seguro está de hallar misericordia;
Pero ¡ay, si se descuida! vuela el tiempo,
Frágil es nuestra vida, y harto corta.

»No hay momento seguro: hermano mio,
Acudid al Señor... Si es que os agobia
El peso de la culpa, alzad al cielo
Vuestra alma arrepentida: al punto todas

»Vuestras penas vereis dulcificadas;
Sea cual fuere el conflicto que acongoja
Vuestro pecho, pedidle á Dios ayuda,
Os la dará amoroso... ¿La victoria

»De una lid pretendeis?—Sí, padre mio,
Velazquez le responde: la victoria
De una batalla horrible, de un combate,
En que no sólo va la fama y honra,

»Sino tambien condenacion eterna...
Sí, que es prueba de sangre, en que notoria
Ha de quedar del cielo...» Aquí embargóse
Su voz. Apresurada y anhelosa

La de Ildovaldo continuó: «¿Sin duda
Al aceptarlo, ni la más remota
Sospecha, ni el escrúpulo más leve
Os quedó de si estaban triunfadoras

»La razon y justicia á vuestro lado?—
¡Razon!!!... ¡Justicia!!!» repitió la boca
De Velazquez helada, cual repite
El eco oscuro en las cavernas hondas

Los gritos del pastor. Y el potentado,
El guerreador, el fuerte, el que de roca
Tiene su corazon, el que de hierro
Vestido y con espada cortadora

En la cinta se muestra; confundido
Tiembla, duda, anonádase, y se apoya
Sobre el anciano débil, desarmado,
Pacífico y humilde; heladas gotas

De sudor, no de lágrimas, mojando
La blanca barba y la bendita estola
Del solitario, que afligido calla,
De una torre que se abre y se desploma,

Frágil puntal. Despues de algun momento
Ildovaldo piadoso junta todas
Sus fuerzas, á su huésped en los brazos
Mueve, sobre un escaño lo acomoda.

Socórrelo solícito, lo anima,
Que al cabo cobre sus sentidos logra,
Y con tal caridad le habla y consuela,
Y con tan dulce persuasion le exhorta,

Que en un momento de expansion Velazquez
Le abre su pecho, y la infernal historia
De sus odios y bárbaras venganzas,
Y del reto aceptado que lo ahoga,

Con terror tan horrendo le refiere,
Como al médico docto, en quien coloca
Su esperanza final, cuenta el doliente
Su aguda enfermedad hora por hora.

Si exacta fué la relacion prolija,
Si confesó las circunstancias todas
De sus tramas atroces, Dios lo sabe·
¿Pues quién de tanta ingenuidad blasona

Que no disculpe ó palie sus delitos,
Cuando la acusacion emprende propia?
Con horror y con lástima escuchóle
El pálido ermitaño; y la espantosa

Confesion terminada, así prorumpe:
«¡Cuán grande es la eternal misericordia!
¡Ay, cuán grande es con vos, hermano mio!
Tras tan largo esperar no proporciona

»A todos tantos medios de reparo:
No los desperdicieis. Una victoria
Pedís á Dios, y Dios está dispuesto
A daros una tan cumplida y pronta,

»Tan grande, tan magnífica, que os haga
Del orbe absorto admiracion y norma,
Un astro refulgente de los cielos,
Un potentado excelso de la gloria.

»¡Oh cuán felice sois!... Hollad la senda;
Despreciable barrera el paso os corta.
Arrostradla, lidiad... vuestro es el triunfo,
Con él os brinda el cielo á poca costa.»

Velazquez, confundido y enfangado
En el cieno del mundo, no remonta
Su alma precita á comprender tan altas,
Magníficas ofertas, como brotan

Del inspirado labio. Sólo en ellas
Halla de sus pasiones la lisonja.
Y con vehemencia, «¡Oh padre! le interrumpe,
Pues tan segura tengo la victoria,

»¿Qué debo hacer?... Decid... Mis pasos guie
De vuestra santidad la clara antorcha.»
Contestó el ermitaño: «¿Qué?... un cristiano
Que ha confesado ya sus culpas todas,

»Que demanda piedad al santo cielo,
Y que á la Vírgen sin mancilla toma
Por escudo y amparo; ¿lo que puede,
Lo que tan sólo hacer le es dado, ignora?

»Volad, que urge ya el tiempo: de ese anciano,
De ese anciano inocente, en quien rabiosa
Se cebó vuestra furia; á quien robasteis
Hijos, felicidad, fortuna y honra,

»Arrojaos á las plantas, y pedidle
Perdon: os lo dará. Tal vez piadosa
La mano del Señor guardó su vida,
Para que os dé perdon. Id; sin demora

»Luégo al mundo anunciad, que es inocente
Vuestro enemigo, porque tenga pronta
Reparacion completa. Vuestros bienes
En su esplendor antiguo le repongan,

»En vuestros brazos recibid al jóven
Que os retó denodado. Su persona
Mirad cual si en sus venas circulara,
Siendo hijo vuestro, vuestra sangre propia.

»Tomad á vuestro cargo el que abjurando
Los infernales ritos de Mahoma,
Reciba el agua santa del bautismo,
Y que al Criador consagre su alma heróica.

»Hé aquí lo que el Señor de vos exige;
Hé aquí de un triunfo cierto la corona;
Hé aquí el ancho camino que va al cielo;
Hé aquí de salvacion la senda sola.»

En tanto que así hablaba el solitario
Con celestial fervor, el alma torva
De Velazquez demonio se convierte
Y su pecho volcan. Fiero recobra

Todo el vigor perdido: en un infierno,
A sus ojos, la ermita se trasforma.
Álzase furibundo, y dando un grito,
Que sonó como suena entre las rocas

Duro golpe de mar, «Basta, infelice,
Si no quieres morir, sella la boca;
Séllala, infame, dijo al penitente:
¿Sabes tú con quién hablas?... ¿á quién osas

»La infamia proponer?. . ¿y tú eres dueño
(Maldita mi imprudencia ciega y loca)
De mis secretos todos?... Don de muerte
De mi confianza el don será.»—Furiosa

Llevó la diestra al pomo de la daga,
Y medio fuera de la vaina forma
Relámpago funesto la cuchilla,
Reflejando la luz de las antorchas;

Pero tornó á esconderla el iracundo,
De ella quitó la mano, y, «¿qué me importa
De tí, extranjero vil? prosiguió altivo:
Sólo eres digno de desprecio y mofa.

»¿Cómo pude obcecado ni un momento
Con mi presencia honrar tu humilde choza?
Abades tiene, príncipes la Iglesia,
Príncipes, que mis votos y limosnas

»Presentarán al cielo, y sus favores
Para mí lograrán. Hasta la hora
En que me has visto, olvida... ¡Desdichado,
Si aún mi nombre conservas en memoria!!!»

Dice, aparta feroz al ermitaño,
Corre á la puerta, la celada toma,
Al campo sale, su caballo busca,
Le halla al momento, apresurado monta;

Aléjase á galope, se confunde
De la montaña en las oscuras sombras,
En la espesura, en las fragosas quiebras,
Y són de trueno su carrera forma.

Inmoble, yerto en medio de la ermita
Quedó el santo varon: que una espantosa
Vision de infierno ha sido todo, juzga.
Mas en sí pronto vuelve, se recobra,

Y su cabeza venerable cubre
Con el gran capuchon, al pié se arroja
Del altar, donde el rostro contra el suelo,
Y en lágrimas deshecho, ardiente implora

De la Vírgen santísima, que mire
Con piedad aquella alma pecadora,
Que tan perdida al precipicio corre,
Y que en tales abismos se desploma.

—En tanto Rui-Velazquez el camino
Sin detenerse despechado toma
Del monasterio aquel, que está cercano
De su castillo, y rápido galopa

En busca del Abad, del cual espera,
Que admitiendo sus votos y limosnas,
Arranque á su favor del alto cielo
Segura proteccion, cierta victoria.

Era ya enfermo indómito, que loco
Huye del docto físico, la sola
Medicina eficaz para salvarle
Rehusando, por amarga ó dolorosa;

Y al charlatan empírico se acoge,
Su confianza le da ciego, y coloca
Esperanza funesta en la dulzura
De los venenos y doradas drogas.

El cierzo helado despejado habia
La atmósfera de nubes; ya la aurora
Rayaba, y en el último horizonte
El albor del crepúsculo las sombras

Empezaba á arrollar. Lejanas cumbres,
Anchas llanuras y peladas rocas
Borradas entre niebla aparecian;
Cuerpo tomaban las vecinas lomas,

Y los cercanos bosques, aún envueltos
En vapor blanquecino, gruesas gotas
De la pasada lluvia destilaban.
Retumbaban en torno las sonoras

Campanas del vecino monasterio,
Que saludan al alba, y que convocan
A la oracion de la mañana; y vense
Que, descollando entre la selva, asoman

Dos gigantescas puntiagudas torres,
Que de cruces de fierro se coronan.
El réprobo, al mirarlas, animoso
De su alazan el ímpetu redobla:

Metióse entre los árboles desnudos,
Y al salir de ellos, á distancia corta
El soberbio vastísimo edificio
Tiene á la vista, y se la llena toda.

Varios tristes cipreses verdinegros,
Gigantes silenciosos que custodian
La plaza donde se alza la gran mole,
Adustos por el aire se remontan,

Y marcan el tranquilo cementerio,
Donde, en hileras, funerales losas,
O encierran á los monjes que han vivido,
O están llamando á los que aún vida gozan.

Ya se descubre la soberbia puerta
De la iglesia, arco osado que se apoya
En dos gruesos altísimos pilares,
Y que con gusto escaso en torno adornan

Escudos, mitras, nichos y trofeos,
Entre follajes y labores toscas;
Dejando ver el interior oscuro,
Y en perspectiva entre sus vagas sombras

Alzarse, cual fantasmas colosales,
Los enhiestos machones, que soportan
El pesado cimborio; y al fin de ellos,
Al través de una verja primorosa,

El dorado retablo se columbra,
Al trémulo fulgor de las antorchas.
—Llega Velazquez, pues, las riendas suelta,
Se ase á las crines, del arzon se arroja;

Y miéntras su alazan ijadeando,
Por la nariz hinchada se desfoga,
De humo, de espuma y de sudor cubierto,
Y lánguido á rascarse cuello y cola

Va al tronco de un ciprés, y de la yerba
Pace que en torno á los lucillos brota;
Él traspasa el umbral, y á paso lento
Entra en la inmensa nave, húmeda y sola,

Sus pasos resonando y sus espuelas
Del pavimento en las cuadradas losas,
A la mitad del templo al fin se pára,
So la eminente bóveda, y se apoya

Del fundador contra el sepulcro helado,
Trozo de mármol con labores toscas,
Sobre el que una armadura, un rojo manto
Y dos banderas desgarradas posan.

———

Las varias voces del discorde coro
Por las cimbrias altísimas rimbomban,
Y suena alguna tos de cuando en cuando
En las capillas lóbregas. Asoma

Allá en el presbiterio, semejante
A una fantasma, con sus blancas ropas
Un monje, que cruzando á lento paso,
Vigila los blandones, acomoda

Sobre el altar misal y vinajeras,
Apresta el incensario, las alfombras
Extiende, mulle del Abad la silla,
Y las lámparas baja y las adoba.

De prima la oracion luégo concluye,
Y la comunidad desciende toda,
Precedida de cruz y de ciriales:
Atraviesa la iglesia, en voces sordas

Y sumisas un salmo murmurando.
Marcha en dos largas filas, y las forman
Unos cincuenta monjes, presididos
Por el potente Abad, que con gran pompa

Va detrás de su grey, bien abrigadas
Frente y orejas bajo negra gorra;
Y el cuerpo en un forrado y rico manto
De nobles pliegues y de luenga cola.

Dos legos le acompañan; lleva el uno
La mitra ornada de soberbias joyas,
Otro el báculo: en pos dos escuderos;
Este una espada y un estandarte arbola;

Aquel lleva un escudo y capacete:
Seis hombres de armas sírvenle de escolta;
Despues dos monacillos y dos pajes
Un gran sillon y un escabel trasportan.

Raro acompañamiento, do resaltan
Insignias entre sí contradictorias
De pastor y guerrero, de prelado
Y de rico-home. Muestra su persona

Sexagenaria edad, pero robusta,
Regular talla, obesidad notoria,
Gravedad afectada, paso tardo,
Fuerte respiracion, mas trabajosa.



Son sus ojos alegres y vivaces,
Brota salud su faz fresca y redonda,
Y sus anchas mejillas rubicundas,
Y su nariz, hácia la punta roja,

Que sabrosos manjares, suculentos
Y abundantes, su pasto son, denotan;
Y que á sus digestiones siempre ayudan
Vinos añejos de poder y aroma.

De condicion benigna y apacible,
Jamás tomaba parte en las discordias
Y manejos políticos de corte;
Obsequiar al poder tiene por norma.

Era todo su afan del monasterio
Aumentar los dominios, y su sola
Ambicion disfrutarlos en reposo;
Gozando las ventajas deliciosas

Que el derecho feudal le concedia,
A la verdad extrañas y no pocas:
Y su gusto, asistir á los banquetes,
Y tambien darlos en su celda propia.

—Al pasar el prelado y su comparsa
Junto á Velazquez, que se humilla y postra,
No dió de conocerle muestra alguna;
O tal vez por tener la vista corta,

O porque era difícil en tal porte,
En tanta lobreguez y á aquellas horas;
Pero le echó su bendicion. Velazquez
Intenta el acercarse; mas la escolta

Se lo impide; y confuso, despechado
Sigue la procesion, que desemboca
La nave principal, al presbiterio
Hace la reverencia, y se entra toda

Allá en la sacristía. Sus canceles
Va el caballero á penetrar, y estorban
El paso los armígeros. Entónces
Humillado se siente, y en voz ronca

Pronunciando su nombre, airado dice,
Que al punto hablar con el Abad le importa.
El conocerle, turba á los armados
Y le dejan entrada. No fué poca

Del Abad la sorpresa. El tiempo todo
Que del poder en la grandeza y pompa
Vivió el señor de Barbadillo, estuvo
Con él en amistad: desde la hora

En que murió don Sancho, más remiso
Comenzóle á tratar; y cuando rotas
Las cadenas de Lara, vió por tierra
A Velazquez, y claro que no logra

La gracia y el favor del nuevo Conde,
Cortó con él sus relaciones todas.
Por lo que, ante sí viéndole, turbado,
En traje tal y en tal momento ahora,

No sabe qué pensar de su venida;
Y se le ocurren súbito dos cosas,
Ambas desagradables: ó que viene
Con la sed de venganza que le ahoga,

A tentarlo y pedirle tome parte
En algun plan osado de discordias
Y de guerra civil, con el que intenta
Recobrar el poder; ó á que lo esconda

Dentro del monasterio, y lo liberte
Del corvo alfanje y saña vengadora
Del moro ú del prodigio, que aquel día
Emplazado le tiene. Se acongoja

El prudente varon, imaginando
Que muy bien puede de una suerte ú otra
Salir perjudicado su peculio,
O la quietud de que el convento goza.

Y la visita inoportuna acoge
Con aquel embarazo, que no logra
La prudencia evitar, porque en el rostro
Y en la actitud, á su despecho asoma.

Velazquez, sólo porque está ocupado
En sus terribles inquietudes propias,
La del Abad no advierte. Se aproxima,
Una mano solícito le toma,

La besa, y le suplica que lo escuche
Por un momento en confesion á solas,
Para hacerle sumiso una consulta
Del mayor interés. Aún más se azora

Con esta pretension el buen prelado,
Bien que hecha en tono humilde; pues la fosca
Facha de aquel demonio en carne humana
Su sangre hiela, sus palabras corta.

Falto de aliento pues para excusarse,
Y maldiciendo en su interior la hora
En que se abrió la puerta de la iglesia,
Y el caballo que trajo á tal persona,

Y que no la dejó perniquebrada
Del agrio monte por las quiebras hondas:
Álzase, y con recato y disimulo
A fray Ambrosio, un monje, cuyas formas

Eran las de un jayan, al paso dice,
Que se quede á la mira y se disponga
A entrar con una tranca en todo evento;
Y á un oratorio ó capillita angosta,

Que estaba allí en la misma sacristía,
Fuése con Rui-Velazquez. Se coloca
En un confesonario, que pudiera
De castillo servir: una poltrona,

Que cede rechinando al peso, oprime:
Se hace un ovillo con el manto, y toma
La actitud del que escucha. El caballero
Delante de él una rodilla dobla,

Y le refiere su pasada vida,
Llena de atrocidades, que no ignora
El padre espiritual, pero á que cauto,
Severo demostrarse apénas osa.

Así, cuando hace pausa el penitente,
Un *pues* ó un *ya* entremete y acomoda;
Bien un suspiro ó tos, ó alguna frase,
Tan insignificante como corta.

Pero cuando Velazquez, dando cima
A su infernal y abominable historia,
Pasó á mostrarle que dispuesto estaba
A dar todos sus bienes de limosna,

Como compensacion de sus pecados,
Para lograr que el cielo le socorra
En el presente apuro; y que al momento
Hará cesion de sus riquezas todas

Al monasterio aquel, si se le aplican
Las penitencias y las santas obras
De la comunidad, para alcanzarle
En la lid inminente la victoria; -

Volvióle el alma al cuerpo al buen prelado,
Descuajóse su sangre, se recobra
Su ahogado corazon, y se convierten
Las gualdas de su faz en frescas rosas.

Y bendiciendo en su interior el punto
En que se abrió la iglesia á tales horas,
Y al caballo que trajo tal visita,
Salva á través de tierra tan fragosa;

Ya como aquel que marcha sin cuidado
Por senda conocida y tierra propia,
Se deja arrebatar del santo celo,
Y reprendiendo al pecador, lo exhorta

A penitencia y contricion, é insiste
En que para encontrar misericordia,
Cumpla su buen propósito al momento,
Pues mueren las palabras sin las obras.

—Velazquez ansia el verse descargado
Del voto aquel, con que presume logra
Celeste proteccion; mas aún pregunta:
«¿Y qué, será segura la victoria?»

El buen Abad desconcertóse un poco;
Pero le respondió: «Todo se logra
Con la ayuda de Dios. Grandes, enormes
Vuestras culpas han sido; mas las borra

»Vuestro arrepentimiento, y las compensa
La renuncia que haceis de vanas pompas
Y riquezas mundanas, todo, todo
Cediéndolo al Señor. Muy poderosas

»Por otra parte son las oraciones
De esta comunidad, de que la gloria
Tengo, aunque indigno, yo de ser prelado.
En ella hay almas de primera nota,

»Angeles en la tierra, santos tales,
De virtud tan eximia y portentosa,
Y de tan dura y penitente vida,
Que influjo grande con el cielo gozan.

»Todos por vos en oracion al punto
El coro ocuparán. Yo cien antorchas
Mandaré que se enciendan: imposible
Es que la Omnipotencia quede sorda

»A tantos ruegos, y que auxilio niegue
A quien, cual vos, por medio tal lo implora.
Reconciliado con el cielo, nada
Os debe ya asustar. Es bien notoria

»Vuestra destreza en justas y combates;
Vuestro claro valor al mundo asombra:
El mancebo que os reta y os emplaza,
Es un pagano, un perro de Mahoma,

»A quien falta la gracia; y aunque tenga
Más ó ménos razon, no ha de ser cosa
De que vencer consiga á un buen cristiano,
Al momento en que acaba de dar todas

»Sus riquezas á un santo monasterio;
Que es la mayor de las piadosas obras.
Animo pues, el tiempo no perdamos,
Firmadme al punto donacion en forma;

»Y confiando en el cielo y en las preces
De mis monjes, volad y sin zozobra
Entrad en lid, y fulminad la lanza,
Que aunque aprieta el Señor, jamás ahoga.»

Dijo, y sin dejar réplica á Velazquez,
A fray Ambrosio llama en voz sonora.
Ambrosio entró al momento preparado
Con una tranca; pero así que nota

Que todo en órden va, diestro la esconde,
Y actitud santa y compungida toma.
El buen Abad su vigilancia y tacto
Con una sonrisita galardona,

Y le dice: «Al momento al secretario
Busca, y para mi celda le convoca.
Los padres receptor y despensero
Vayan tambien con él, y sin demora.»

Despareció obediente fray Ambrosio.
El prelado dejando la poltrona,
Apóyase en el brazo de Velazquez,
Sale á la iglesia, y con la armada escolta,

Los pajes y los legos, sube al claustro,
A su huésped contando las historias
De los grandes milagros que el convento
Ha obrado, y del poder de la limosna;

Y entró en su celda, que en verdad parece,
Más la mansion extensa y suntuosa
De un poderoso rey, que la vivienda
De un penitente, reducida y sola.

En medio de una cuadra, cuyos muros
Ricas molduras y follaje adornan,
Cuyo arteson altísimo de cedro
Timbres ostenta de mundana pompa,

Y cuyos muebles eran los más ricos
De aquella edad; estaba una redonda
Mesa entallada con primor y esmero,
A su frente un sillon de rara forma,

Y sobre ella un jamon, pan como nieve,
Un ánade, dos truchas y una torta,
Todo en fuentes de plata repartido;
Y al lado del cubierto una gran copa

De oro, y que media azumbre contendria,
Segun era capaz, erguida y honda;
Con un frasco de vino de Alaejos,
Y de leche de anís una redoma.

Resplandeció de júbilo la frente
Del Abad á la vista apetitosa
De su ordinario desayuno. Manda
Otro sillon poner y franco exhorta

Al huésped á que tome alguna parte
De su almuerzo frugal, diciendo: «Todas
Las penas, los cuidados más enormes,
Así que llegan de yantar las horas,

»Deben desparecer, ponerse á un lado.
Tener el vientre lleno, es lo que importa
En cualquiera ocasion: con él vacío
El más leve trabajo nos agobia (35).

»Ánimo, caballero, llegad, ea,
Una presa y un trago, y luégo corra
La suerte que Dios quiera. Ambos habemos
Menester fuerzas, y en verdad no cortas;

»Yo para la oracion y penitencias,
Y vos para lidiar.»—Con frente torva
Rehusó Velazquez el convite, y mudo
Va á un lejano sitial, y en él se arroja.

El Abad embistió con el almuerzo;
Y á corto rato por la puerta asoman
Receptor, despensero y secretario,
Que á un lado con respeto se colocan.

Eran tres monjes de distinto empaque:
El padre receptor es de persona
Alta y recia, de rostro macilento,
Aguda la nariz, la barba roja,

Los ojos pensadores y sumisos,
Ágiles miembros, mas presencia tosca.
El padre despensero era rechoncho,
Su panza abultadísima y redonda,

Y cuellicorto tanto, que empotrada
Iba en los hombros su cabeza gorda:
Su corte todo en fin tal, que cualquiera,
De las despensas y bodegas hondas

Mirándole salir, pensar podia
Ver un pipote, una tinaja ú orza,
Que por arte diabólica ó encanto,
Lograba andar como andan las personas.

Su ancho rostro bermejo y rubicundo,
La nariz chata, respingada y roma,
Los ojazos alegres y brillantes,
Negras pobladas cejas, y la boca

Espumosa, grandísima, con dientes
Ralos y llenos de amarilla toba,
Su condicion pacífica mostraban,
Y que era hombre de chiste, risa y broma.

Que estaba, es lo seguro, tan ufano
Del alto cargo y dignidad que goza,
Que ni por las dos llaves de San Pedro
Cambiara aquellas que su cinto adornan.

El padre secretario era el más jóven
Y de más fina y delicada estofa:
Su faz muy avispada y expresiva,
Talle gentil y delicadas formas,

Y en su porte total y en su semblante
Alguna semejanza, aunque remota,
Tiene con el Abad, cuyo cariño
Por él era sin límite. En sus ropas,

Sin ser más que la túnica y el manto,
Se descubre elegancia primorosa;
Y fuera su presencia sorprendente,
Y de grande atractivo, si una sombra,

Un filete no más de suficiencia,
De presuncion impertinente y tonta
No le diera aquel aire seco y duro,
Que á la primera vista tanto choca.

Sin dejar el prelado su tarea,
Despejar manda á la comparsa toda
De tiernos pajes y robustos legos,
Y las puertas cerrar. En cuanto á solas

Queda con las tres altas dignidades,
En brevedad sucinta les informa,
De que quiere el presente caballero,
Con libre voluntad madura y propia,

Donar al monasterio sus estados,
Todos sus bienes, sus riquezas todas;
Y al Abad entregar cuanto posee
En numerario, frutos, mueble y joyas,

Para que con prudencia y con buen tino
Lo reparta en sufragios y limosnas;
Y así lograr del cielo ayuda en vida,
Y en la muerte eternal misericordia.

En virtud de lo cual al secretario
Extender manda el documento en forma,
Y al padre receptor y al despensero,
Que sirvan de testigos. Les rebosa

La sorpresa y contento á los tres monjes,
Y el primero, en silencio y sin demora,
Se acerca al escritorio, un pergamino
Prepara, y pone manos á la obra.

Despues de haber escrito aquellas frases,
Pesadas, mazorrales y devotas,
Y áun de seguridad (de que mil muestras
Se hallan en los archivos muy curiosas;

Y de las cuales se conservan muchas,
Que aún nuestras escrituras emborronan,
Porque son de provecho al escribano,
Cuyo interese es aumentar las fojas),

Ruega á los dos testigos que se acerquen,
Y con cortés desembarazo nombra
Al señor otorgante, y le convida
A que las varias fincas de que constan

Sus estados le indique, porque quede
De todo escrita competente nota.
Obedeciendo al punto Rui-Velazquez,
Deja su asiento, y va como una sombra,

Como un espectro, que a la voz se mueve
Del poderoso mago que lo evoca;
Y uno por uno sus castillos todos,
Sus feudos y lugares con voz honda

Y sepulcral pronuncia. Miéntras tanto
Que el ágil secretario con pasmosa
Rapidez los apunta, el despensero,
Restregando sus manos mantecosas,

A cada posesion, pago y terruño,
Que oye nombrar y ve escribir, elogia
Y echa un dulce requiebro. Ora prorumpe:
«¡Suelo de caza y buenas truchas!» Ora,

«¡Sabroso queso y potenciosos vinos!»
O bien, «¡Tierra de leña y lindas mozas!»
Ya, «¡Brevas como el puño y buen carnero!»
O, «¡Famosos jamones, que hay bellota!»

De tal modo risueño califica
Los diversos estados, y se goza
En los sabrosos frutos que producen,
Y que han de dar á sus despensas honra.

Sus frases y sus gestos expresivos,
Del padre receptor contraste forman
Con la meditacion inmoble y muda,
En que puesto el pulgar dentro la boca,

Blandamente cogido con los labios,
Y la otra mano recogiendo motas
Por la túnica y manto distraida;
Calcula, cuenta y suma de memoria

La renta de las varias posesiones,
Y el nuevo capital á cuánto monta.
El que al fin de esta escena ya parece
Que ni interés ni parte en ella toma,

Es el bendito Abad, que ó bien poniendo
Su confianza (la razon le sobra)
En los tres respetables dignatarios;
O porque con desprecio ve las pompas

Y riquezas del mundo miserable;
O porque es su costumbre, y no ser cosa
De alterarla por nada; ó bien que acaso
No puede remediarlo á tales horas;

En cuanto concluyó con los manjares,
Aliviando del peso á la redonda
Mesa, donde quedaban en desórden
Sólo huesos pelados, raspas mondas,

Platos vacíos, cáscaras y migas,
Y escurridas y secas las redomas;
Del sillon se extendió sobre el respaldo,
Y á pierna suelta descuidado ronca.

Quedó en fin terminada la escritura,
Leyóla el secretario en voz sonora,
Aunque un poco nasal y recalcada;
Rui-Velazquez con mano algo temblona

Y tarda, por no estar á escribir hecho,
Puso su nombre entero en letras gordas
Como marcas de fardo, mas no claras,
Si apénas descifrables por borrosas.

Firmaron en seguida ambos testigos,
Y al Abad la presentan, que en sí torna
A fuerza de llamarle y de moverle,
Y que al fin bostezando y torpe moja

La pluma, hace una cruz algo torcida,
Seguida de un borron y rayas toscas,
Que él llamaba su firma. Luégo al punto
Las legaliza el secretario todas.

Acabado que fué tan gran negocio,
Velazquez del Abad licencia toma,
Su mano besa y bendicion recibe,
Y se apresta á marchar, que urgen las horas.

El prelado con él al claustro sale,
Donde con su salud cascada y corta,
Y con estar muy fresca la mañana,
Se excusa de seguir. Pero convoca

A la comunidad, que en el momento
Con ciriales, con palio y cruz se forma,
Y á tan gran bienhechor (bien lo merece)
Acompaña y despide con gran pompa

Hasta la puerta principal, do un paje
Tiene el caballo. Apresurado monta
Velazquez, y mirando el sol tendido,
A toda rienda á su palacio torna.

París, 1832.

NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(34) El conde de Cicognara dice en el lib. III, cap. 1.° de su *Storia della scultura*, hablando del estado en que se hallaba esta arte en Bizancio en la edad media, lo que sigue: «Presso la corte d'oriente il lusso aveva già invaso i dritti del gusto e d'ogni altro sublime magistero delle arti, e da Constantinopoli venivano tratte opere magnifiche, in cui il lavoro era sempre vinto dalla materia. Si spedivano in regalo dagl'imperatori ai pontefici e alle chiese, ed erano riguardate como oggetti preziosi.»

Si conforme nuestra accion pasa en el siglo décimo, pasara en el siguiente, hubiéramos podido hacer mencion de un escultor español llamado Aparicio, cuando apénas los habia en Italia. Lo recuerdan Cean Bermudez, en su *Diccionario de los profesores de las bellas artes*, y el mismo Cicognara en el libro IV, cap. 7.

(35) No es mi intento satirizar al estado monástico, sino pintar las costumbres del siglo décimo; y cuando introduzco en mi obra soberanos con poder escaso, ricos-hombres feroces y ambiciosos, y pueblos ignorantes y miserables, me tocaba presentar á los monjes segun eran generalmente en aquellos tiempos de tinieblas y de confusion.

Su glotonería y relajacion pueden muy bien inferirse de lo que siglo y medio despues escribia San Bernardo en la *Apología dirigida á Guillermo, abad de San Teodorico*, al cap. IX. «Entre tanto (dice el Santo hablando de las comidas de los monjes de aquella época) sucédense manjares á manjares, y en vez de las carnes solas, de que se abstienen, se multiplican los corpulentos peces. Si cuando estás saciado de los primeros, pruebas otros, te parecerá que aún no has comido pescado, porque tal es el esmero y tal el arte con que todo se prepara en la cocina, que despues de haber devorado de los cuatro ó cinco platos que se han servido, ni impiden los primeros que se coma de los otros, ni el estar harto, embota el apetito .. ¿Quién alcanzará á decir todos los modos de aderezar y batir los huevos (por no tocar otras materias), el prolijo estudio con que saben volverlos, revolverlos, liquidarlos, endurecerlos, consumirlos, en fin, como los sirven, ya fritos, ya asados, ora rellenos, ora juntos, ora separados?... Ni olvidan el adorno en los manjares, pues no piensan ménos en halagar á los ojos, que en lisonjear al paladar; y así áun cuando una tronada de regüeldos anuncia que el estómago está repleto, no por eso queda satisfecha la curiosidad... ¿Qué diré de la bebida, no ya del agua, sino del vino, que no acostumbran aguar de modo alguno?... ¡Ojalá que nos contentásemos con beberlo solo, aunque puro! Vergüenza es decirlo, pero más vergüenza es hacerlo; y si es vergonzoso oirlo, que no lo sea enmendarse. Repara cómo en una comida desocupan tres y cuatro veces una profunda copa casi llena, y cómo entre los diferentes vinos, más por el olor que por el gusto, y no tanto bebiéndolos, sino oliéndolos apénas, saben con un tino y prontitud admirables escoger el de más cuerpo. ¿Y la costumbre que, segun dicen, tienen algunos monasterios de servir en las grandes festividades vinos adobados con miel y especias, que la comunidad bebe en el refectorio?... ¿Qué se puede hacer al dejar tal mesa más que dormir? Y si al que aún no ha hecho la digestion, le obligas á ir al coro, lo que le arrancarás, será llanto, no canto.»

Luégo añade en el capítulo décimo de la misma *Apología:* «Buscan para vestirse, no lo que abriga del frio, sino lo que excita el orgullo; no, en fin, lo que, segun la regla, puede comprarse más barato, sino lo que parece más hermoso y vano.»

El mismo San Bernardo me ha sugerido la pintura del lujo y fausto, de que rodeo á mi abad, por la que él hace de los de su tiempo en el cap. XI de la citada *Apologia*, cuando dice: «¿Qué muestra nos ofrecen esos abades de su humildad (por no tocar otros puntos), cuando salen acompañados de tanta pompa, de tantos caballos, y con el cortejo de tantos hombres de armas, pues el séquito de uno solo bastaria para dos obispos? Miento, si no digo haber visto abad con un acompañamiento de sesenta caballos, y tal vez muchos más. Si los vieras caminar, dirias que no eran padres de monasterios, sino señores de castillos; no directores espirituales, sino príncipes de provincias. Disponen además que formen parte de su equipaje servilletas, vasos, calentadores, candeleros, y lios, no con jergones para dormir, sino hasta con adornos para la cama. Apénas cualquiera de ellos se aleja cuatro leguas de su convento, lleva consigo un ajuar completo, como si fuese á la guerra, ó tuviese que atravesar un desierto, donde no pudiera hallarse lo necesario... ¿A qué esa caterva de criados y de acémilas, si áun llevando sólo lo necesario, no dejamos de ser unos huéspedes incómodos?»

Sin salir de las obras de este Santo, hallo en la homilía cuarta *Sobre los loores de la Virgen María*, que reprende así la soberbia y avaricia de ciertos monjes: «Lo que más me duele, es ver á algunos que despues de haber renunciado á las pompas del siglo, aprenden á ser más soberbios en la escuela de la humildad, más insolentes bajo las alas del manso y humilde Maestro, y más insufribles en el claustro que lo habian sido en el mundo. Prueba aún mayor perversidad, que muchos que no quieren ser vilipendiados en la casa de Dios, no podian sino ser despreciables en sus casas...

Hay otros (lo que no puede verse sin dolor) que despues de abrazar la milicia de Cristo, se mezclan de nuevo en los negocios terrenos, enfrascándose otra vez en las pasiones mundanas.. So pretexto del bien de la comunidad lisonjean á los ricos, visitan á las matronas, y, áun contra el edicto de su emperador, desean lo ajeno, y lo reclaman en juicio, como si fuese suyo.»

En el sermon 77 *Sobre los Cánticos*, se explica de esta manera acerca de la esplendidez y rapacidad de algunos prelados, que seguirian la misma escuela que el vecino de Velazquez: «Aman los regalos, y no pueden amar al mismo tiempo á Cristo, porque dedicaron sus manos al dinero. Mira cuál se presentan de limpios y ataviados, y vestidos con esmero, como una novia que sale de su tocador. ¿No es cierto que, al ver á cualquiera de estos en público, le creeras, más bien una esposa, que un guardian de la esposa *(de su iglesia)*? ¿De dónde, pues, te parece que saca él tanta abundancia de cosas, el esplendor de los trajes, el lujo de la mesa, y tanta vajilla de plata y oro, sino de los bienes de la esposa? Así es que ella está pobre, miserable, desnuda, macilenta, sin aseo, sin ornato, sin sangre, porque en estos tiempos no se procura adornar á la esposa, sino desnudarla; no guardarla, sino perderla; no defenderla, sino exponerla á peligros; no educarla, sino prostituirla; no apacentar el rebaño, sino degollarlo y devorarlo.»

Semejantes excesos fueron sin duda á ménos en los siglos posteriores; pero aún quedarian de ellos lastimosos vestigios en el décimoquinto, cuando el docto canciller de Castilla, Pero Lopez de Ayala, se lamenta del modo siguiente en el pasaje de su *Rimado del palacio*, que publicó la *Revista española* del 8 de diciembre de 1832:

La nave de Sañ Pedro está en gran perdicion
Por los nuestros pecados et la nuestra ocasion.
. . . .

Mas los nuestros prelados non lo tienen en cura:
Asaz han que facer por la nuestra ventura:
Cohechan los sus súbditos sin ninguna mesura,
E olvidan la conciencia et la Sancta Escriptura.
. . . .

Desque la dignidad una vez han cobrado,
De ordenar la eglesia toman poco cuidado,
Et como serán ricos mas curan (¡mal pecado!)
Et non curan como esto les será demandado.

El nombre sacramento que Cristo ordenó,
Cuando con sus discípulos en la cena cenó,
Cuales ministros tiene el que por nos murió,
Verguenza es decirlo quien esta cosa vió.

Unos prestes lo tractan, que verlos es pavor,
Et tómanlo en las manos sin ningunt buen amor,
Sin estar confesados, et aun (que es lo peor)
Que tienen cada noche consigo otro dolor.
. . . .

Cuando van á ordenarse, tanto que tienen plata,
Luego pasan l'exámen sin ninguna barata,
Ca nunca el obispo por tales cosas cata;
Luego les da sus letras con su scello et data;

Non saben las palabras de la consagracion,
Nin curan de saber, nin lo han á corazon.
Si puede haber tres perros, un galgo et un furon,
Clérigo de la aldea tiene que es infanzon.

Luego los feligreses le catan casamiento
D'alguna su vecina: (¡mal pecado!) non miento;
Et nunca por tal fecho reciben escarmiento,
Ca el su señor obispo ferido es de tal viento.

Palabras del bautismo, et cuales deben ser,
Uno entre ciento dellos non las quieren saber.
. . . .

Si estos son ministros, sonlo de Satanás,
Ca nunca buenas obras tú facerlos verás.
Gran cabaña de fijos siempre les fallaras
Derredor de su fuego; que nunca y cabrás.

En toda la aldea non ha tan apostada,
Como la su manceba, et tan bien afeitada:
Cuando él canta misa, ella le da el oblada.
Et anda (¡mal pecado!) tal órden bellacada.
. . . .

Perlados sus eglesias debian gobernar:
Per cobdicia del mundo allí quieren morar,
Et ayudan revolver el regno á mas andar,
Como revuelven tordos el pobre palomar.

De estas citas puede colegirse, que nada he exagerado en ninguna de las calidades reprensibles y viciosas que atribuyo á mi abad, ni me he separado de lo que daban de sí aquellos tiempos de corrupcion. —En cuanto á los medios que puso para heredar á Velazquez en vida, han declamado contra ellos las personas timoratas de todas las edades, como lo sienta el señor Rodriguez Campomanes en el capítulo primero de su *Tratado de la regalía de amortizacion* por estas palabras: «Hubo durante esta segunda época (de la Iglesia) en los testamentos y herencias de viudas y pupilos abuso de parte de algunos eclesiásticos y monjes con sugestiones para captar las herencias. No me atreveria á indicar este instantáneo desórden, si las leyes civiles no hiciesen mencion de él, y del dictado de *heredipetas* ó *corredores de herencias*

con que censuraban y motejaban á los que abusaban de la piedad de las viudas y otras personas devotas: de que dimanó revocar á los eclesiásticos y monjes, y despues á las iglesias, la capacidad de adquirir. No fueron emperadores paganos é impíos los que promulgaron tales leyes, sino religiosísimos y católicos.

»A los santos padres que dan noticia de esta ley, jamás se les ofreció poner en duda la potestad imperial para establecerla... Su amargura consiste en que la avaricia de algunos eclesiásticos hubiese dado causa á la ley revocatoria del privilegio de adquirir. *Nec de lege conqueror, sed doleo, quod meruerimus hanc legem*, dice San Jerónimo.»

El abuso debió en efecto haber llegado á ser tan escandaloso, que don Cárlos III lo calificó de tal en el preámbulo del auto acordado, que es ahora la ley 15 del título XX del libro décimo de la *Novísima recopilacion*, en el que se lee: «La ambicion humana ha llegado á corromper áun lo más sagrado, pues muchos confesores, olvidados de su conciencia, con varias sugestiones inducen á los penitentes, y lo que es más, á los que están en artículo de muerte, á que les dejen sus herencias con título de fideicomisos, ó con el de distribuirlas en obras pías, ó aplicarlas á las iglesias y conventos de su instituto, fundar capellanías y otras disposiciones pías, de donde proviene, que los legítimos herederos, la jurisdiccion real y derechos de la real Hacienda quedan defraudados, las conciencias de los que esto aconsejan y ejecutan, bastantemente enredadas, y sobre todo, el daño es gravísimo, y mucho mayor el escándalo... Contrayendo la duda á lo particular de algun género de mandas, comprende el Consejo, que las que hacen los fieles á sus confesores, parientes, religiones y conventos en la enfermedad de que mueren, por la mayor parte no son libres, ni con las calidades necesarias; ántes bien muy violentas, y dispuestas con persuasiones y engaños, sin algun consuelo del enfermo que las deja en perjuicio de otros parientes suyos y obras más pías; y así acordó, que no valgan las mandas, que fueren hechas, en la enfermedad de que uno muere, á su confesor, sea clérigo ó religioso, ni á deudo de ellos, ni á su iglesia ó religion, para excusar los fraudes referidos... De esta suerte se asegura el consuelo del donante en aquel aprieto, y se evitarán las persuasiones, sugestiones y fraudes con que le turban y truecan la voluntad contra la afeccion dictada por la naturaleza en favor de la propia familia.»





ROMANCE UNDÉCIMO

Non vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador.
Romancero del Cid

Brilla la luz del apacible cielo,
Tregua logrando breve de la cruda
Estacion invernal, y el aura mansa
Celajes rotos al oriente empuja.

Ya en las gigantes torres que de Burgos
Sobre la catedral se alzan y encumbran,
Las cóncavas campanas el arribo
Del sol inmenso á su zenit saludan;

Y los huecos sonidos que, en las nubes
Y en los montes perdiéndose, retumban,
Mézclanse al sordo estruendo que en la plaza
Inquieta forma la apiñada turba.

No solamente de Castilla toda,
Mas de Galicia, de Leon, de Asturias,
Y de Sobrarbe, y de Navarra llegan
A presenciar tan importante lucha

(Cual suelen por ganar las perdonanzas,
De Compostela á la famosa tumba
Las romerías) tropas de curiosos,
Que en la plaza afanados sitio buscan.

En tablones, andamios y barreras
La multitud se agolpa, se disputa
Escaso asiento, vase acomodando,
Y una masa compacta, en que confusas

Brillan colores diferentes, forma.
Otras masas se estrechan y se agrupan
En los balcones; otras los terrados
Y altas almenas con su peso abruman,

Hasta se ven las gentes en racimos
Por rejas, frontispicios y molduras,
Quedando aún fuera de la extensa plaza
Gran muchedumbre, que se afana y suda

En vano por entrar, y no pudiendo,
Se acomoda en las calles, y asegura
Ver al ménos pasar los campeones,
Y tener prontas nuevas de la pugna.

—Ya el movimiento universal del circo
Y el alto aplauso popular anuncian,
Con el són de atabales y de trompas,
Del Conde insigne la presencia augusta.

Entra gallardo pues Fernan-Gonzalez,
Y alto sillon bajo el dosel ocupa,
A su diestra un asiento el Arzobispo
Con sus pontificales vestiduras.

Colócanse detrás los Ricos-hombres,
Los Prelados y Alcaides, y circundan
En torno el balconaje caballeros,
Cuyos arneses fúlgidos deslumbran

Con los rayos del sol, y en cuyos cascos
El viento agita matizadas plumas.
Del frente opuesto en medio se levanta
Ancho tablado en forma de tribuna,

Con paños negros adornado, donde,
El rostro ciego, la color difunta,
Circundado de todos sus parientes,
Y vestido de luto, la profunda

Compasion llama del concurso inmenso,
Y la atencion más reverente y muda,
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
Que ahogado el pecho de mortal angustia,

Aunque seguro del cercano triunfo,
Teme nuevos rigores de Fortuna.
De Salas á su lado el Arcipreste
Con Nuño le conforta; y en las puntas

Externas del balcon están dos pajes,
Que enlutados tambien, mustios empuñan
Dos astas inclinadas contra el suelo,
Para que en él se oculten y confundan

Sus insignes pendones, afrentados
Con el rigor de una sentencia injusta,
Y que no pueden tremolarse al viento,
Sin que ántes en su honor se restituyan.

—Tiene la extensa liza dos entradas
Frente á frente: á la diestra está la una,
Que custodian guerreros de Velazquez,
Y en ella el viento su estandarte undula:

La otra está á la siniestra, en que la insignia
De Mudarra tremola, y do relumbran
De dos gallardos cordobeses moros
Las cimitarras bárbaras desnudas.

—Baja el maestre del campo con dos jueces;
De un lado y otro por la plaza cruzan,
Y de que no hay engaño en el terreno,
Ni celada encubierta se aseguran.

Un rey de armas despues bando publica,
En que pena de muerte se pronuncia,
Contra quien ose entrar en la estacada,
O dé á cualquiera combatiente ayuda.

Pronto el són de timbales y añafiles
En la parte exterior, la grita y bulla
Que en las calles levanta el gran gentío,
Y el estruendo de arneses y herraduras,

Que llega, dicen, el gallardo moro,
El retador valiente. Expresion una
Y una sola actitud se advierte en todos
Cuantos el ancho circo en torno ocupan;

Y todos de la puerta que en el lado
Siniestro se abre, tornan á la oscura
Bóveda ojos y faz, el cuerpo inclinan,
Y rumor sordo por los aires zumba.

Así súbita ráfaga de viento
Resuena, mueve las ligeras puntas
De los árboles todos de una selva,
Y hácia la misma parte las empuja.

Entran de dos en dos en la estacada,
Con lento paso y grave compostura,
Sobre negros caballos, ocho pajes,
Negras la veste, la gualdrapa y plumas:

Despues cuatro escuderos enlutados,
Y cuatro ancianos caballeros, cuyas
Armas empavonadas, y rodelas
Con negras manchas que el blason ocultan,

Y cuyas picas que por tierra arrastran
Sin pendoncillo la acerada punta,
Que son, van tristemente publicando,
De la casa de Lara y de su alcurnia.

En un bayo cervuno luégo asoma
Caleb, vestido con riqueza suma,
Arbolando en la diestra un estandarte
Azul, y en medio una bordada luna.

A la puerta Mudarra comparece...
Entusiasmada, al verle, alza la turba
Sonoros vivas, que hasta el cielo cunden
Y que repiten las lejanas grutas;

Y en andamios, balcones, galerías,
Los lienzos blancos que en el aire undulan,
Dan movimiento al popular aplauso
Y al valeroso retador saludan.

Sobre una yegua de color de nieve,
Joya de las riberas andaluzas,
Que alienta fuego y que salpica el aura
Con leves grumos de argentada espuma,

Entra pues el Expósito gallardo,
Y su talle gentil y su hermosura
El rumor del encanto justifican,
Y á quien portento le ha llamado, excusan.

Lleva en reedor del casco damasquino,
De una persiana tela, en que fulgura
Tejido el oro entre la lana y seda
Con tintas, que brillantes sobrepujan

A los varios matices de las flores,
A los tersos esmaltes de las frutas,
Ajustado el turbante: rica joya
Sobre la frente con primor lo anuda,

Y de ella una garzota se levanta,
Que trémula del sol el brillo emula.
De entretejida malla el coselete,
La gola y los brazales, do vislumbran

Alternadas escamas de oro y plata,
En parte cubre primorosa juba
De purpurina tela, con recamos
De oro, seda y aljófares menudas.

Las anchas bragas de delgado lino
Y faja azul, que el talle en torno ajusta,
Las grebas y esquinelas buriladas,
Dejando fuera el acicate, ocultan;

Y cual nacido el jóven en la silla
De altos borrenes, muestra la andaluza
Gracia en el cabalgar. Morisca adarga
Lleva al siniestro brazo; con la zurda

El blando freno rige, con la diestra
Una ligera lanza de dos puntas:
Un agudo puñal y una gumía
Le sujeta la faja en la cintura,

Y al lado izquierdo muéstrase, pendiente
De un cordon verde que su pecho cruza,
La cimitarra que premió su garbo
Con tanta pompa en la primera justa;

La que le fué entregada por Kerima,
La que al fiero Giafar lanzó en la tumba,
La de Almanzor en fin, la formidable
Árbitra de la bélica fortuna.

Sobre un overo Zaide le acompaña,
Padrino suyo en la inminente lucha:
Síguenle en pos diez moros á caballo:
Y á paso lento, en enlutadas mulas,

De Salas el concejo y capellanes
Cierran la comitiva. De la turba
Recogiendo las pruebas lisonjeras
Del más vivo interés, de la más pura

Admiracion, Mudarra con su gente
Recorre el circo en derredor, saluda
Primero á su señor, luégo á su padre
A galope la extensa plaza cruza,

Y al lado de la puerta por do entrara,
Despues que su comparsa taciturna
Detrás de las barreras se retira,
Queda solo con Zaide. Se desnuda

Del diestro guante, y de la dócil yegua
El cuello halaga y la melena hirsuta;
La rienda afloja, apóyase en su lanza,
Y espera que el contrario al campo acuda.

Pásase largo rato, y no parece;
Ya el sol declina lento, aún no se escucha
Ni lejano rumor; ya es media tarde,
Y no hay de Rui-Velazquez nueva alguna.

Tanto esperar fastidia al gran gentío,
Tardanza tal al retador disgusta,
Y el Conde, el Arzobispo y Ricos-hombres
De que tenga la lid efecto dudan.

Se alza vago rumor entre la plebe
Y noticias extrañas se divulgan,
Que cada cual al darlas y al oirlas,
Segun su antojo ó su pasion abulta.

Uno cuenta haber visto muy temprano
Atravesar del monte la espesura
El famoso caballo de Velazquez,
Aquel caballo sin igual, que nunca

Monta otro que su dueño: que iba, dice,
Mordido por los lobos, sin montura,
Todo enlodado, y tan arisco y fiero
Como un venado montaraz; y funda

En tal encuentro la asercion siniestra
De que precipitado en las profundas
Quiebras de la montaña, Rui-Velazquez
Es de las fieras ya pasto sin duda.

Otro noticia tal contradiciendo,
Que ha visto á Rui-Velazquez asegura
Al despuntar la aurora, disfrazado
Salir á escape de la selva inculta,

Y entrar en el famoso monasterio
Que está junto á su alcázar. Se disputa
Por una y otra nueva, y áun algunos
De las dos combinar pretenden una;

Diciendo, que al salir del monasterio,
Pudo tal vez con momentánea furia
Precipitarle el corredor caballo.
Mas tal combinacion vana resulta,

Pues dice el que ha encontrado á Rui-Velazquez,
Que iba en un alazan, y en la espesura
Un tordillo se vió. Que el caballero
De la noche á favor se ha puesto en fuga,

Parece ya indudable; su tardanza
Lo confirma tambien; pero son muchas
Las opiniones y diversas. Unos
Que huyó, y que yace despeñado, juzgan;

Otros que huyendo se acogió al asilo
Del monasterio, en que el Abad le oculta;
Otros que huyó, mas que se entró de paso
En la iglesia, á pedir al cielo ayuda:

Otros piensan, en fin, que arrepentido,
Y medroso tambien, ha hecho renuncia
De grandeza y poder, y que vistiendo
Sayal bendito y monacal cogulla,



Se encuentra libre de acudir al campo,
Y la venganza celestial excusa.
Reuniéndose los varios pareceres
En lamentar, que al cabo se les frustra

A todos el anhelo y la esperanza
De presenciar tan importante lucha.
Los pocos partidarios de Velazquez
Llaman á estos rumores imposturas,

Y afirman que vendrá, aunque tarde, á tiempo
De acrisolar su honor y su conducta.
Unos de Barbadillo, que han pasado
La noche toda, dicen y aseguran,

De su señor en el palacio; y cuentan
Que han visto preparar las armaduras,
La escolta, las libreas y caballos;
Que al alcaide Rodrigo, el que disfruta

De su dueño la entera confianza,
Han oido repetir, y veces muchas,
Que tranquilo en su lecho Rui-Velazquez
Gozaba dulce sueño: que en gran bulla

Los hombres de armas, pajes y escuderos
Cenaron muy alegres, sendas cubas
Apurando con brindis y canciones,
Teniendo la victoria por segura:

Y que oyeron contar cómo el tordillo
Se huyó, volviendo de beber, por culpa
Del mozo que del diestro le traia;
Y concluyen jurando que no hay duda

En que al amanecer, cuando partieron
Del castillo, ya estaban con presura
Disponiéndose pajes y caballos,
Y armándose la escolta. Estas difusas

Menudencias se acogen con aplauso
Por algunos; mas otros las recusan,
Como meras patrañas de partido,
Como invenciones de verdad desnudas.

Crece la obstinacion, y se divide
Pronto en dos bandos la imprudente turba:
Se hacen apuestas de una parte y otra,
Se argumenta, se arguye, se disputa,

Y áun hay quien su opinion ciego sostiene,
Aún más que con razones con injurias.
En el balcon del Conde tambien anda
De encontrados dictámenes la pugna,

Y propone prudente el Arzobispo,
Que vaya un escudero por la ruta
De la mansion cercana de Velazquez,
A recoger noticias más seguras.

—En esto, estruendo súbito que cunde
En la parte exterior, tregua oportuna
Da al enconado encuentro de opiniones,
Y la atencion universal ocupa.

No hácia la puerta diestra, por do debe
Llegar Velazquez á la lid, se escucha,
Sino hácia la siniestra que es el lado
De que los moros cordobeses curan.

Mas poco importa, pues del vulgo llama,
A quien toda atencion cansa y repugna,
La expectacion hácia distinto objeto,
Y de discordia el nubarron conjura.

—Unos cuantos cautivos rescatados,
Que desde las fronteras andaluzas
Llegan en aquel punto, y que á la plaza
Se empeñan en entrar, causan la bulla.

El gran gentío, que en las calles hierve,
El paso les estorba, y aunque es mucha
La deferencia y atencion, que el pueblo
A rescatados con razon tributa;

Se opone á su intencion. Ellos tenaces
Penetrar quieren por la inmensa turba,
Y al cabo forcejando lo consiguen;
Pues hallan conocidos por fortuna

En los moros del séquito de Zaide,
Que les dan proteccion y los ayudan.
Entran, no hallan lugar en los andamios,
En la barrera escaso sitio ocupan;

Y llaman la atencion del gran gentío,
Un decrépito anciano, á quien inunda
La ondosa y cana barba hombros y pecho,
Y cuyo extraño traje con capucha,

Ser un anacoreta, un solitario
De otra region y de otra secta, anuncia;
Un tierno jovencillo, en quien esconden
Facciones femeniles y menudas

La toca ó el turbante descompuesto;
Y una tosca mujer de edad robusta,
Con otros seis ó siete miserables,
En cuyas pobres ropas la confusa

Mezcla se ve del moro y del cristiano,
Y en todos las señales de las muchas
Fatigas de un larguísimo viaje,
Hollando nieves y sufriendo lluvias.

El interés universal despiertan,
Y más de un pecho palpitó... En la turba
Hay tantos que un hermano, un padre lloran,
Un amigo, un esposo, á quien sañuda

De Córdoba en los baños y mazmorras
Tiene la suerte en servidumbre dura!...
Tambien Zaide y Mudarra el rostro vuelven,
Que algunas voces árabes escuchan.

Mudarra al reparar en los cautivos,
Se acuerda de su patria y se demuda...
Tal vez habrán servido á su Kerima...
Noticias le traerán, ó carta suya...

Él mismo puede que conozca á alguno...
De haber visto al anciano apénas duda...
Un interior impulso irresistible
A dirigirse á hablarles, le estimula.

Pero al afan y vagos pensamientos,
Y á los dulces recuerdos que le angustian,
Como al rumor que en el concurso reina,
Pone fin repentino la confusa

Grita, que se alza por el diestro lado
En la parte exterior, y al circo anuncia
Con el són de timbales y clarines,
Que llega Rui-Velazquez á la lucha.

Queda en hondo silencio la gran plaza
Por un momento, y en seguida zumba
La voz universal de *El es, ya sale:*
Y la gran multitud torna á ser muda,

Los ojos fijos en la entrada diestra,
Por donde asoma, y sin tardanza alguna
El séquito orgulloso de Velazquez
La extensa liza, cual torrente, inunda.

Todo el lujo, riqueza y vana pompa
De que un pueblo naciente y sin cultura,
Un estado pequeño, cual Castilla,
Tornado tantas veces en laguna

De sangre por las huestes musulmanas,
O de internas discordias por la furia,
Era capaz, y que ofrecer podia
Aquella edad tan bárbara y tan ruda;

Ostentaba el señor de Barbadillo.
Corceles de poder y de hermosura,
Gran número de pajes y escuderos,
De verde y rojo, y con pintadas plumas:

De tosco hierro y de altivez armados
Ilustres caballeros de su alcurnia,
Con espada, broquel y gruesas lanzas,
Y de seis villas populosas suyas

Los concejos, con todas sus insignias,
En enjaezadas y gallardas mulas,
Forman la escolta, séquito y comparsa,
Que en buen órden le siguen y circundan.

Rodrigo en un peceño, y adornado
Con una cota de armas, do fulguran,
Bien que en toscos recamos, los emblemas
De su señor, delante de él encumbra

Y orgulloso tremola su estandarte,
En cuyo centro brilla la figura
De un leon rampante de oro, en verde campo
Con orla de escarlata que lo ajusta.

En un castaño aragonés, brioso,
De carnosa cerviz, crin guedejuda,
Anca redonda y relevado pecho,
Que receloso y comprimido bufa,

Esparciendo la arena por el aura,
Al estampar el casco y herradura
En la tierra á compás, entra Velazquez,
Y la atencion universal subyuga.

Era gallardo, sí, diestro en las armas,
Extremado jinete, y su apostura
Imponedora y noble, aunque altanera.
Refulgente celada penachuda,

Un peto y espaldar de duro temple,
Que rebruñidos, como el sol deslumbran;
Brazales y manoplas enlazados
Sobre afolladas mangas de gamuza;

Y ajustadas las grebas y esquinelas
A las calzas de piel de ciervo cruda,
Completaban su arnés. Era su adorno
Con aforro de malla una purpúrea

Veste ó túnica abierta, guarnecida
Con franjas de oro en bordes y costuras.
Lleva en el brazo izquierdo un ancho escudo;
En un rico tahalí de obra moruna,

Pendiente al lado la famosa espada
De Bernardo del Carpio, honra de Asturias,
(La que el rey de Leon diera á Velazquez)
Y con el regaton puesto en la cuja,

Una gruesa, pesada y alta lanza,
En la que toda su esperanza funda,
Por ser aquella del famoso mago,
Y que debe al encanto temple y punta.

Así armado y vestido el personaje
Tres vueltas dió á la plaza, y la sesuda
Muchedumbre en silencio lo contempla,
Sin que suene de aplauso voz alguna.

En cuanto Rui-Velazquez, retirada
Su comitiva toda, vuelve grupa
Al sitio por do entró, queda plantado,
Solo con su padrino, y á la pugna

Dispuesto frente á frente del contrario;
La ronca voz de la trompeta anuncia,
La sangre helando del concurso inmenso,
Que llegó el punto de empezar la lucha.

Entrambos combatientes como rayos
Parten, ardiendo en vengativa furia,
Y trabando la lid más espantosa,
De la gran plaza en la mitad se juntan.

Tremendo fué el combate: de tal modo
En los tostados campos de Getulia
Se embisten furibundos, esgrimiendo
Voraces dientes y encorvadas uñas,

Un nervudo leon y un suelto pardo,
Y este ostentando su valor y astucia,
Aquel su fuerza y su poder, pelean,
Y con rugidos el desierto asustan.

Pesado y fuerte el castellano altivo,
La lanza en ristre, horizontal columna,
Con rapidez y estruendo de peñasco,
Que por las agrias cuestas se derrumba,

Arrollar piensa con su empuje al moro,
Que más ágil que una águila, le burla;
Pues la yegua y el cuerpo separando,
Pasar lo deja, y como leve pluma,

Gallardo por encima del turbante
Revolviendo la lanza de dos puntas,
En el flanco ó la espalda le acomete;
Sin darle tiempo á que á escudarse acuda.

Brama Velazquez, como herido toro:
Otra vez y otra vez furioso busca
Por el frente á Mudarra, que otra y otra
El golpe esquiva de la lanza aguda.

Al cabo viendo que de tal manera
En inútil y larga escaramuza,
Sin conseguir un decidido golpe,
Interminable tornarán la lucha;

A pié firme resuelve el castellano
Un encuentro esperar; y en su bravura
Y en el veloz empuje de su yegua
Confiado el jóven cordobés, no excusa

Dar una arremetida á aquel escollo,
Y despreciar el hierro, que relumbra,
Del mágico lanzon, pues ansia noble
De dar fin al combate lo estimula.

Se aleja, toma campo, se revuelve,
El cuerpo todo con la adarga oculta,
Tiéndese sobre el cuello de la yegua,
La lanza aprieta, y rápido, cual sulca

El aura leve flecha silbadora,
Parte derecho del contrario en busca.
Este, al verle venir, cambia de intento,
Teme esperar parado, y firme empuja

Con las espuelas al corcel castaño,
Que fiero arranca convertido en furia.
Sin respirar los mira el gran gentío,
Hundido en el silencio de las tumbas.

¡Ay!... se encontraron: la morisca adarga
Embotar pudo la cuchilla aguda
De la encantada lanza; pero el choque
De aquel monte de hierro la andaluza



Yegua no pudo resistir, y á tierra
Vino con el jinete: en la llanura
Así al laurel gallardo de repente
Imprevisto huracan abate y trunca.

Un alarido de terror horrendo
Alzó hasta el cielo la angustiada turba,
Y Mudarra enredado en los arzones
Y en los estribos, por zafarse lucha.

Del castaño triunfante enardecido
Fué tan grande el empuje por fortuna,
Que salvando de un salto yegua y moro,
Prosiguió ciego la carrera ruda,

Sacando al caballero de la silla,
Que asido del borren y crines bruscas,
Con gran trabajo firme se sostiene,
Y por pararlo y revolverlo suda.

Lógralo al fin, y furibundo torna
A completar su triunfo; mas rehusa
El corcel receloso de acercarse
A lo que en tierra ve, se espanta y bufa;

Cuando de pronto, «Tente, tente,» grita
Una voz resonante, agria y aguda:
«Tente... ¿no adviertes, monstruo, que á su her-
Socorro dando, en derredor se juntan (mano

»Los Infantes de Lara?... ¿Seis espectros
No ves?... Pues tu caballo sí; y le asustan;
Por eso no se acerca.»—A tales gritos
Consternado Velazquez, se atribula,

Y él y todo el concurso á un mismo tiempo
Tornan la vista á do la voz se escucha,
Y ven alzarse en medio de un andamio
Una horrenda vision de maga ó bruja:

Una vieja espantable, cuya ropa,
Que es una roja saya que se ajusta
De fantástico modo al magro cuerpo,
Un negro manto y una toca sucia,

Todo en desórden y rasgado, añaden
De cosa de otro mundo á su figura
La apariencia siniestra; y cuyos brazos,
Secos, yertos, desnudos gesticulan

De un modo amenazante. Sí, era Elvida,
La nodriza infeliz, á quien, caduca,
De horror ó de demencia ciego acceso
Agita en aquel punto, y la conturba.

Dando pues á sus gritos la cadencia
De una cancion vulgar, cantó convulsa
Con satánica voz luégo estas coplas,
Horrorizando á la azorada turba:

«Al traidor, al asesino
Un mar de sangre circunda,
En las ondas lo sumergen
Sus víctimas insepultas.

»El infierno abre la boca
Para tragarle... ¿No escuchan
De los demonios los gritos,
Con que á tal huésped saludan?»

No prosiguió la vieja, pues su canto
En carcajadas hórridas se muda,
Luégo en un alarido penetrante,
Y desapareció, como difunta

Cayendo desmayada. Helado miedo
Discurre por el circo; tiembla y suda
En inaccion Velazquez. Entre tanto
De la yegua se zafa con presura

El ágil cordobés, la cimitarra
Con firme diestra decidido empuña,
Corre, y de un solo tajo desjarreta
Al castaño feroz, que se derrumba,

Y á tierra cae con su señor armado,
Como encina pomposa, á quien aguda
Segur el tronco parte: con su golpe
Rumor horrendo por las auras zumba.

Este lance imprevisto de repente
La atencion llama de la inmensa turba,
Juzgando que ha deshecho á Rui-Velazquez
Del cielo vengador llama trisulca;

Pero al ver al mancebo en pié, y gallardo
Con la cuchilla bárbara desnuda,
Ensangrentada, y rotos los jarretes
Del castaño; se olvidan de la bruja,

Y en aquel grito desahogado rompen,
Que da quien de un gran peso que le abruma,
Consigue libertarse. El caballero,
Embarazado en lanza y armadura,

Y con las convulsiones del caballo,
En tierra yace; pero á darle ayuda
El generoso moro se aproxima,
«No he menester ventaja en contra tuya,»

Con desprecio gritándole; y al punto
Que en pié le pone, aléjase, y, «Empuña,
Le dice, esa tu espada cortadora,
Y demos fin á tan pesada lucha.»

Velazquez, recobrado de su asombro,
Aunque desalentada su bravura,
Desenvaina la espada refulgente,
Y la batalla proseguir no excusa.

¡Desdichado señor de Barbadillo!
¿Adónde, adónde vas?... ¡Ay! esa curva
Cuchilla que te espera, es la que debes
Evitar cauto, si vivir procuras.

La cimitarra es de Almanzor, aquella
Que una olvidada prediccion reputa
Funesta para tí... y ¿estás seguro
De que no encubre acaso la confusa

Muchedumbre que en tí los ojos tiene,
La morisca beldad de noble alcurnia,
Que espera una corona inapreciable
Del éxito que el cielo dé á la pugna?...

Cuando el sol en ocaso se escondia,
Embístense con rabia furibunda
Los dos contrarios, y brotando chispas
Ambos aceros con fragor se cruzan,

La espada formidable de Bernardo
Y de Almanzor la cimitarra: nunca
Hasta entónces dos hierros de más fama
Disputaron la bélica fortuna.

A pié como á caballo Rui-Velazquez
Fuerte se ostenta y diestro, y aunque duda
De lograr la victoria, despechado
Todas sus fuerzas y su saña junta.

Mudarra, tan gallardo, tan ligero
Como sobre la yegua, con astuta
Destreza manejando la cuchilla,
Ora de filo hiere, ora de punta.

El cristiano defiéndese, y responde
Con tajos ó estocadas furibundas;
Entrambos con su sangre el suelo riegan;
Mas aún no hay de cuidado herida alguna.

De la gola y del yelmo de Velazquez
Acierta el cordobés á la juntura,
Y un espantoso corte da en el cuello,
Que hubiera puesto término á la lucha;

Pero al momento mismo el castellano
Una estocada repentina ajusta
Al pecho del garzon, y le contiene,
Una herida causándole profunda.

Alto alarido de furor Mudarra
Lanza, de sangre cálida se inunda,
Y reuniendo sus fuerzas en un punto,
La victoria ó la muerte ansioso busca.

Sin reparar en la defensa propia,
Carga á Velazquez con audacia suma,
Remolinando la cuchilla corva,
Que cual claro relámpago relumbra.

Velazquez, que juzgaba decidida
Con la estocada en su favor la lucha,
Al mirarse de nuevo amenazado
Con tan firme poder, se hiela y turba.

Por resguardar los hombros y cabeza
De un tajo horrendo, á reparar su furia
Alza el brazo y espada. En el instante
El moro asesta la delgada punta

Al sobaco, que mira descubierto
Del peto y espaldar en la juntura,
Y con veloz empuje la cuchilla
Hasta la guarnicion hunde y sepulta

En el cuerpo infeliz de Rui-Velazquez,
Que vacilante un paso ó dos recula,
Lanza el ronco gemido de la muerte,
Forma en torno de sangre una laguna,

Y cae sin vida en el rojizo lodo,
Crujiendo quebrantada la armadura.
Raudo, como se arroja hambriento buitre,
De corvo pico y de rampantes uñas,

A cebarse voraz en el cadáver
Que ve en la playa entre salobre espuma,
Arrójase Mudarra á su enemigo,
De la gola y del casco le desnuda,

Desenvaina la bárbara gumía
De filo cortador, el cuello trunca
Del cuerpo aún palpitante, le divide
La cabeza espantosa, por la hirsuta

Cabellera la coge, y la levanta,
Cual bandera de triunfo, cual segura
Prenda de la razon y la justicia,
Con que hizo el reto y provocó la lucha,

Y cual irrecusable testimonio
De la inocencia que á su padre ilustra.
Aplauso universal el aura llena,
Los dos pajes que estaban en las puntas

Del balcon enlutado de los Laras,
El pendon restaurado alzan y undulan,
El ciego cae al suelo de rodillas,
Y al cielo vengador gracias tributa.

Júbilo es todo, confusion y pasmo,
Cándidos lienzos al garzon saludan
Tremolando en andamios y balcones,
Por toda la ciudad vivas retumban.

Queriendo él mismo ante los piés del padre
Ofrecer por despojo de la pugna
La pérfida cabeza desangrada,
El vencedor Mudarra, no sin mucha

Dificultad se mueve, y tiende el paso;
Pero apuradas ¡ay! las fuerzas suyas
Con tan tremenda herida y tal pelea,
Tropieza, se resbala, se le turba

La desmayada vista, á tierra viene.
El entusiasmo universal se muda
En repentino horror y helado espanto,
En inaccion de muerte y en angustia.

Mas aquel jovencillo de facciones
Mezquinas, femeniles y menudas,
Cautivo rescatado, que en la plaza
Con el anciano de la faz caduca

Entró, y que inmoble, cual si fuera mármol,
Atento estuvo á la tremenda pugna;
Al estadio se lanza, y á do yace
El vencedor, á quien escasa ayuda

Daba ya el tardo Zaide, corre; y viendo
La herida atroz, la frente moribunda,
Se derriba en el suelo de rodillas,
Rasga su miserable vestidura,

Su pecho y rostro con las manos hiere,
El ajado turbante desanuda,
En su seno y cerviz negro torrente
De rizos y de trenzas se derrumba,

Y que es, demuestra, una gallarda jóven,
A quien el peso del dolor abruma.
Estrecha entre sus brazos á Mudarra,
Y con llanto su faz helada inunda.

Reconócela Zaide sorprendido,
Y al verla, su esperanza se asegura
De que aún consiga su pupilo amado
De la muerte vencer la saña cruda.

Admirado la observa el gran concurso,
Y del andamio la caterva inculta
Se precipita á presenciar la escena,
Los altos personajes se apresuran,

Y á la plaza tambien bajan ansiosos;
Miéntras que Nuño al ciego padre oculta
La causa del rumor y del bullicio,
Que le cuaja la sangre y le atribula.

Del grupo interesante que componen
Zaide, el herido y la doncella, turba
Desordenada en confusion creciente
Se agolpa en rededor, y lo circunda.

La jóven, espantada y afligida,
Varias palabras árabes pronuncia,
Haciendo señas de terror; y Zaide,
De intérprete sirviendo, á la confusa

Muchedumbre suplica se contenga,
Y que guarde silencio la conjura,
Manifestando que el garzon peligra
Entre tanto tropel y tanta bulla.

Pásmase oyendo tal, y se consterna
La multitud, que queda inmoble, muda,
Formando un ancho círculo extendido,
En que ni un solo respirar se escucha.

Tibia luz del crepúsculo espirante
Mayor solemnidad daba á la angustia
Universal; y la gallarda mora
(A quien ya el vulgo soñador reputa

Por una poderosa y sábia maga,
Que viene á dar al encantado ayuda,
O á terminar tal vez de extraño modo
Tan oscuros portentos) se apresura

En restañar la sangre del herido.
De su turbante con la tela ajusta
Diestramente un vendaje; en sus rodillas
La cabeza reclina, que difunta

Parece; un rico pomo de oro saca,
Y con un licor fuerte, que perfuma
Y embalsama la atmósfera, le riega
Las sienes y los pulsos, y áun algunas

Gotas le hace tragar. Al punto mismo
Late el pecho del jóven, su difunta
Tez se matiza... «¡Vive!!! ¡vive!!!» exclama
La mora... «¡Vive!!!» repitió la turba.

Abre Mudarra los marchitos ojos,
En la deidad los clava que le cura,
Y palpitante le extendió los brazos,
Y, «¡Kerima!!!» gritó con voz profunda,

Cayendo nuevamente desmayado
En el regazo de Kerima, á cuya
Ciencia y á cuyo amor concede el cielo
Poder para librarle de la tumba.





ROMANCE DUODÉCIMO

> Llegaron á san Dionís
> Con música, fiesta y galas,
> A cuya puerta el obispo
> De pontifical estaba,
> Con su guion y gremial,
> Alba, mitra, estola y capa.
> . . . .
> Hechas ya las oraciones,
> Llegan á la pila santa.
>
> EL MARQUÉS DE MANTUA,
> *comedia de Lope de Vega.*

¡Oh infelices mortales!... ¡cuántas veces
El suspirado objeto de sus votos
Origen es de nuevas desventuras,
Y el remedio de un mal fuente de otro!

El castillo de Salas, restaurado
En su antiguo poder, pompa y decoro,
Es mansion de dolor, de afan, de susto,
Más que lo fué en su mísero abandono;

Y de Lara el señor, que ver deshecho
Consigue de fortuna el ceño torvo,
Y acrisoladas su inocencia y honra,
Ahogado yace y sumergido en lloro.

El vencedor gallardo, el hijo suyo,
A quien despues de Dios lo debe todo,
El héroe triunfador, cuyo denuedo
Derribar pudo al bárbaro coloso

De calumnia y traicion que le oprimia,
Y deshacerlo en ignominia y polvo,
Y á Castilla, y á España, y á la tierra
Libres dejar de tan horrendo monstruo;

Un lecho de dolor, lecho que puede
En un sepulcro convertirse pronto,
Logra por carro de victoria, carro
En que va de la muerte al Capitolio.

Mas no, no hay que temer: el justo cielo
Con la piedad filial nunca fué corto;
Y en el momento mismo del peligro,
Le dió oportuno el salvador socorro.

Kerima en sí de la salud y vida
Los elementos trajo portentosos,
La ciencia y el amor: sí, de los brazos
Sacará de la muerte al noble moro.

Ella á su cabecera noche y dia,
Sin apartar los penetrantes ojos
De la faz moribunda, inquiere, observa,
Y le aplica los bálsamos ignotos,

Que ó bien trajo consigo, ó que elabora,
Siguiendo experta los preceptos doctos
De Aberróes, su norte y su maestro,
Con las plantas que encuentra en los contornos.

Tal acierto logrando, y de sus mixtos
Siendo el efecto tan visible y pronto,
Que pocas horas, de peligro fuera
Pone al mancebo; y en Kerima, absorto,

Ve el vulgo ciego una potente maga,
O del gallardo Expósito al custodio,
Que porque alcance el agua del bautismo,
Bajó á guardarle de la vida el soplo.

A Salas y á Castilla, de Mudarra
Dándolos fué el alivio poco á poco
Esperanza, consuelo y alegría,
Seguridad al fin, paz y alborozo;

Y lugar al discreto anciano Nuño,
Para entregarse sin ningun estorbo
A los recuerdos, agradables siempre,
De luengas tierras y de tiempos otros,

Con Egidio el mozárabe.—Era Egidio,
De peregrinacion en los remotos
Climas su compañero, aquel anciano
De extraño traje y arrugado rostro,

Que con Kerima de hombre disfrazada,
Llamando la atencion logró acomodo
En la barrera, en el momento mismo
De entrar Velazquez á morir al coso.

Mutuamente se dieron larga cuenta
De sus varias fortunas y trastornos;
Y el mozárabe al noble castellano
El impensado y sorprendente modo

Le refirió, con que dispuso el cielo
Traerle á buscar el último reposo
En tierra de cristianos, do un amigo
Pueda cerrar sus apagados ojos.

Egidio en la ribera que tributa
Aguas del Nilo al egipciano ponto,
Se separó de Nuño; y esperando
Ver aplacado de la suerte el odio,

Y más benevolentes las estrellas,
Tornó á su patria, en que dejó el tesoro
De su hija Gala entre los torpes brazos
Del robador Giafar. Feliz y corto

Su viaje fué; pero al tocar la orilla,
Donde Guadalquivir su curso undoso
Revuelve entre olivares y jardines,
Las altas cimbrias y recuadros de oro

De la insigne mezquita cordobesa
Reverberando en sus cristales hondos;
Hirió su pecho la fatal noticia,
Cual hiere un rayo al combatido escollo,

De que la prenda de su amor paterno
Era en la tumba ya huesos y polvo,
Dejando desdichada en este mundo
El tierno fruto del infame robo.

Al recibir tal nueva el triste padre,
Convulso de terror, ahogado, loco,
Huyó de la ciudad; buscó un asilo
De la sierra en los cerros más remotos,

Y concibiendo el pensamiento amargo
De ver, y de consigo los despojos
Conservar para siempre de su hija;
De la noche á favor turbó el reposo

Del cementerio, abrió el sepulcro helado,
Y de él robando el esqueleto mondo,
En la gruta de que hizo su morada,
Bajo de una cruz tosca sepultólo.

En aquella aspereza, entre los riscos,
Coronados de musgo y de madroños,
De horrendos precipicios circundada,
Y guarnecida de robustos troncos,

Detestando el comercio de los hombres,
Y sin ver más vivientes que los lobos,
Terror de la montaña, ó los milanos,
Despreciadores del rugiente noto;

Largo tiempo vivió. Despues á veces
Dejóse acaso ver en los contornos,
Ora á dar á un perdido caminante
Consuelo y direccion; ora socorro

Al cazador, que en las fragosas quiebras
Se despeñaba persiguiendo corzos;
Ora alivio á los pobres leñadores
Sofocados del recio sol de agosto;

Siempre en fin á hacer bien; y conocido
Del *solitario* con el nombre, todos
Cual númen de la sierra le encontraban
Con gran respeto siempre y con asombro.

—La noche que á Mudarra Giafar quiso,
Del Amir en la fuente, rencoroso
Asesinar, Egidio oraba acaso,
Sentado en un peñasco no remoto;

Y al escuchar los gritos del mancebo,
Y el resonar de los alfanjes corvos,
Corrió, temiendo alguna desventura,
A donde le llamaba el eco sordo.

Llegó cuando el tirano moribundo,
Nadando en sangre, despechado, solo,
Lanzaba el alma horrenda; y á la luna,
Que refulgente entre celajes rotos

Derramaba sus últimos reflejos,
Reconocerle pudo con asombro,
Del cielo vengador la alta justicia
Viendo patente, de terror absorto.

Mas olvidando que era su enemigo,
Causa de su infortunio y de su oprobio,
Trató de darle, en caridad ardiendo,
Aunque fué en vano, el postrimer socorro,

Y en sus brazos murió. Tal vez sería
La fantasma espantosa y el coloso
Que creyó ver Muley, cual moribundo
Refirió á los pastores en el chozo.

—Poco despues, la destemplada tarde,
En que, por despedida del otoño,
Fué la tormenta, que abrasando pinos
Y en torrentes tornando los arroyos,

Sorprendió de la sierra en los senderos
A Kerima, fugada de su propio
Alcázar y jardin; Egidio estaba
Contemplando confuso aquel trastorno,

Y alzando al cielo humildes oraciones
Léjos de su mansion entre unos troncos
O peñas guarecido. Vió asombrado
A la hija de Giafar cruzar de pronto,

Como una aparicion, como la sombra
De su madre infeliz: en talle y rostro
Tanto á la triste madre asemejaba.
El solitario al verla, del angosto

Abrigo sale, y «¡Gala!!!» repitiendo,
Corre en pos de Kerima, cuyo asombro
Fué, como dicho habemos, tal, que en tierra
Cayó: así la dejamos, bajo el toldo

Que con los secos brazos y los pliegues
Del manto que colgaba de sus hombros,
Formó el anciano atónito, queriendo
Del recio temporal darle recobro.

En cuanto Egidio se calmó un momento
Y tornó en sí de su sorpresa un poco,
Se le ocurre (y reanímase), si aquella
Será el fruto inocente de su oprobio;

Mas la medalla que en su pecho advierte,
Le dice ser una cristiana... ¿Cómo
Del musulman Giafar puede la hija
Tener al cuello semejante adorno?

Entró oscura la noche, recio el viento
Barrió las nubes, aclarando el polo,
Calmó la tempestad, y viendo Egidio
Que aún no da señas de salir del hondo

Letargo el ente aquel que lo confunde;
La alza en sus brazos de la yerba y lodo,
Y con tal carga fatigado, lento,
Hollando riscos y venciendo estorbos,

Llegar consigue á su repuesta gruta,
Y colocar sobre su lecho tosco
Aquel cuerpo infeliz, pálido, yerto,
Mas que aún late y respira. Presuroso

A la luz de una lámpara que enciende,
Toda suerte de abrigo y de socorro
Le da, y al cabo de terror ahogado,
Sus esfuerzos mirando infructuosos,

Se arroja de rodillas en la tierra,
Donde yacen de Gala los despojos,
Y encarado á la cruz de toscas ramas,
Al cielo acude con fervientes votos.

—Era ya media noche; gran silencio
Reinaba de la gruta en los contornos,
Turbado solamente con el grito
Del cárabo nocturno, ó de algun lobo

Con el siniestro aullido; y de repente
Lanzando el pecho de Kerima un corto
Quejido, la atencion del solitario
Llama. La ve moverse, abrir los ojos,

Girarlos en reedor como asombrada,
Despues incorporarse. Cual de un hondo
Sueño en sí vuelve la infeliz doncella,
Y, «¿Dónde estás, Mudarra?» grita. Ansioso

Acorre Egidio, y tierno le dirige
Palabras de consuelo y de conforto;
Mas, parada Kerima, inmoble, muda,
Parece no escuchar. Registra en torno

La gruta con la vista, que al fin clava
En la cruz, mide con ardientes ojos
La sombra que esta sobre el suelo forma,
Donde su madre yace. Torna el rostro,

Contempla un rato al venerable viejo,
Y en relacion sin duda encuentra todo
Cuanto ve, con los vagos pensamientos
De su imaginacion, enferma, aborto;

Pues tranquila y en calma demostrando
Un dulce y completísimo abandono,
Exclama de repente: «¡Padre mio!»...
Vos lo sereis, pues no me queda otro.

Sin duda estoy en tierra de Castilla...
Llevadme con Mudarra... Sí, le adoro...
¿Dó está?... ¿le conoceis?... No, no es malvado:
Ya no tengo en el mundo más apoyo.»

Estas palabras rotas, el semblante
De Kerima, el faltarle aquel asombro
Que al verse en sitio tal darle debiera,
Su actitud rara y de su voz el tono,

El estado revelan de la jóven
Al solitario compasivo pronto,
Y aumentan su interés, pues que es su nieta
Le dice el alma. Tierno, cariñoso

La acaricia, le lleva la corriente,
Promete darle en su afliccion socorro,
Le hace nuevas preguntas, y escuchando
Al fin que es hija de Giafar, de gozo

Ahogado el corazon, la estrecha al seno:
Cae luégo de rodillas, fervoroso
Al Dios omnipotente gracias dando:
Se alza, y torna á abrazar á aquel retoño

De la hija desdichada Que es su abuelo,
Le explica una y mil veces.—El coloquio
Que pasó entre los dos, es imposible
Que mi voz lo repita.—Sin asombro

Oyó Kerima al venerable anciano,
Aunque no sin sorpresa; pues ya el robo,
A que debió la vida, siendo muerte
De su gallarda madre, y los elogios

De ella, y su parte de cristiano orígen,
Mil veces repetir de varios modos
Oyó á sus siervas y locuaz nodriza,
Y de su abuelo hablar á unos y á otros.

Si era cristiana, preguntóle Egidio;
Y que no, oyendo disgustado, «¿Cómo
Llevaba, replicóle, puesta al cuello
La imágen santa de la Vírgen?»—Pronto

Kerima le contó su amarga historia,
Aunque en desórden y en truncados trozos,
Y con la confusion que demostraba
De su cerebro mísero el trastorno.

De Abdimelik la boda, la gran justa
Le refirió de Córdoba, y el modo
Con que dió el premio al vencedor Mudarra;
El furor de su padre; el matrimonio

Tratado con Zeir; la muerte horrenda
De Giafar, hecha sin saberse cómo
Por el mismo Mudarra, que al momento
Ponerse consiguió con Zaide en cobro.

Aquí ingirió de Lara y de Velazquez
Los antiguos rencores y los odios,
Que oyó contar á la infeliz María,
Su esclava predilecta: el espantoso

Presente que su padre á Lara hizo
De las siete cabezas, cual oyólo
Referir, de prodigios adornado;
Y pasmando al abuelo, que ya absorto

La escuchaba, contóle que Mudarra,
Su dulce amor, su idolatrado novio,
De Zahira y de Lara el castellano
Era hijo y heredero: que animoso

Marchaba hácia la corte de Castilla
A dar venganza con esfuerzo heróico
A sus hermanos, y á sacar al padre
De una torre y horrendo calabozo,

En que el traidor Velazquez lo tenia.
Y sobre sí volviendo, el abandono
Refirió la infeliz, en que se hallaba,
Su aguda enfermedad, y en fin el modo

Con que dejó su alcázar, y á la sierra
Vino á encontrar tan venerable apoyo:
Mezclando en tal relato extravagancias,
Inconexas especies, risa y lloro.

De dudas y de extrañas confusiones
Arrojó al solitario en un mar hondo
La narracion de su perdida nieta;
Parecida á un torrente impetuoso,

Que salta por los riscos, arrastrando
Flores, y pajas, y volcados troncos,
Cadáveres y trozos de cabañas,
En remolinos, entre espuma, y todo

En tal desórden, que los ciegos bultos
Apénas deslindar pueden los ojos,
Ni distinguir sus diferentes formas,
Causando su total pasmo y asombro.

La horrenda historia del señor de Lara
No le es nueva en verdad, puesto que él propio
Le conoció de embajador, y supo
De Giafar la perfidia, el gran destrozo

Que se hizo en los cristianos de órden suya,
Del castellano la prision, y cómo
De sus hijos las míseras cabezas
Le pusieron delante. Ni tampoco

Ignora, que fué preso allá en su patria,
Ni de Velazquez el tenaz encono;
Pues años há que á un noble peregrino,
En los desiertos de la Siria, oyólo.

Tambien recuerda que conoce á Zaide,
Y que ántes de su fuga y de su oprobio,
Oyó hablar de un expósito, encontrado
En casa de Almanzor de extraño modo;

Mas de su mente, estos antiguos datos
La confusion aumentan y el embrollo,
Y para hallar un norte que lo guie,
Resuelve al cielo demandar socorro.

—Ya la primera luz en el oriente
Iluminaba los celajes rojos,
Cuando Kerima fatigada hundióse
Del sueño bienhechor en el reposo.

Salió de la caverna el solitario,
Al cielo alzando el fatigado rostro,
Y, puesto en cruz y de rodillas, pide
Que le sirva de antorcha y de piloto.

En demandar á Dios potente ayuda,
En planes combinar contradictorios,
Y en hacer mil preguntas á su nieta,
Con las que adelantar consiguió poco,

El mozárabe Egidio pasó el dia.
Al declinar el sol, resuelve, ansioso
De abrazar un partido, el acercarse
A Córdoba, pues ya no existe el monstruo,

Causa de su retiro y desventuras:
Coge á su nieta, hácia los llanos pronto
Desciende, y llega á la ciudad al punto
En que extiende la oscura noche el toldo.

—La ausencia de Kerima dado habia
Grande susto en su alcázar, y alto gozo
Causó el verla venir con el anciano.
Aún la andaban buscando en los contornos

La nodriza y los fieles servidores;
Y en el palacio se encontraban sólo
María y los esclavos más humildes,
Que llenos de consuelo y de alborozo,

Mostraron gran lealtad á su señora.
De ella encargados sin temor dejólos
El solitario, haciéndoles preguntas
Que le dieron más luz; y presuroso

Fué á ver, si aún encontraba algun amigo
De quien tomar noticias. Encontrólo,
Nada tardó en volver, y ya informado,
Trazó su plan, como discreto, pronto.

Conoce que es su obligacion primera
El sacar de los lazos del demonio
A su nieta infeliz con el bautismo;
Y que cuando lo ve perdido todo

En Córdoba, llevársela á Castilla
Es urgente, do pueda noble esposo
En Mudarra lograr, alto heredero
De un nombre y de un estado poderosos.

Dejar resuelve pues la Andalucía,
Y los escasos restos del tesoro
De Giafar recogiendo, con su nieta,
Y con la predilecta esclava, y pocos

Más cautivos cristianos, para siempre
Dejó su patria, atropellando estorbos,
Logrando al cabo de penosa marcha
Verse en el castellano territorio.

El movimiento de tan gran viaje,
Los distintos objetos, que los ojos
Y la mente ocuparon de Kerima,
Le dieron más salud y más aplomo;

Y el tierno amor al venerable abuelo,
Y un dulce melancólico abandono
Calmaron su exaltada fantasía,
Que en nuevas esperanzas halló apoyo.

Apénas se internó la caravana
Por tierra de Castilla, hablar á todos
De Mudarra, mirado cual prodigio,
Y de su noble reto oyeron sólo;

Y de Egidio y Kerima fué el anhelo
De Salas arribar al territorio,
Antes que venza el plazo del combate,
Que da justa inquietud al uno y otro.

Apresurar la marcha dispusieron
(Que el tiempo era en verdad escaso y corto),
Y las nieves, las lluvias, los torrentes,
Y los montes helados y fragosos

Obstáculos continuos oponian,
Y á su priesa y afan riesgos y estorbos.
En la víspera misma del combate,
Casi al anochecer, los muros toscos

Del castillo de Salas avistaron:
Mas informados por fortuna pronto
De que los Laras en el mismo dia
Salieron para Burgos, sin reposo

En la villa buscar, toda la noche
A Burgos caminaron, y tan sólo
Por el retardo del traidor Velazquez,
Llegar lograron, para ser socorro

Del héroe vencedor; pues sin Kerima
Fuera una tumba de su triunfo el trono,
Y la estirpe de Lara el exterminio
Hallara de su honor en el recobro.

Más que las medicinas, la asistencia
De la perdida mora al noble moro
Restablecieron, y en salud robusta
Fué su pecho un volcan de amor dichoso;

Y Kerima cual nunca de su ardiente
Pasion en el sublime y dulce arrobo,
Para adorar á su amador triunfante
Tiene alma, corazon y vida sólo;

Tal que los bosques frígidos de Arlanza,
A los templados apacibles sotos
No tienen que envidiar del Bétis claro,
De amor tan dulce y tan vehemente el solio.



Entre los pinos y peladas peñas,
Nieves esquivas y torrentes roncos,
Lo mismo arde su llama, que entre flores,
Riscos, verdura y plácidos arroyos;

Pero un carácter nuevo de Mudarra
Y de Kerima la pasion (forzoso
Decirlo es) tiene ya. Nuestros afectos,
Y el del amor aún mucho más que todos,

Trasplantados, muy luégo degeneran:
Son de tiempo y lugar: el sello pronto
Admiten de las nuevas circunstancias,
Y de cuantos objetos ven en torno.

Kerima y el Expósito en Castilla
Se aman, se adoran; aunque no del modo
Que se amaban en Córdoba... y ¿acaso
Son las mismas personas uno y otro?

Dónde se amaron más, dónde sus almas
Gozaron más instantes deliciosos,
Dónde de la pasion el alto vuelo
Descubrió más encantos y tesoros;

No me atrevo á decir. Allá en el Bétis
El cielo y tierra con sañudo rostro
Miraba su ternura: sobresaltos,
Contrariedades, despechado lloro,

Y un porvenir cerrado á la esperanza
Pábulo de su amor eran tan sólo.
En Salas el comun consentimiento,
La admiracion y el interés de todos,

La gratitud y aprobacion de un padre,
Y la seguridad de ver sus votos
Con aplaudido enlace coronados,
Su amor alimentaban venturoso.

Gonzalo Gustios, el señor de Lara,
En la alta cumbre de la dicha y gozo,
Restablecido en honra y poderío,
Y con un heredero tan heróico,

Premiar resuelve la piedad y esfuerzo
Del hijo amado á quien lo debe todo
Con la mano de aquella, á quien le debe
Verlo de muerte prematura en cobro;

Y con la aprobacion del alto Conde
Y de toda Castilla el matrimonio
Y el bautismo solemnes, en un dia,
De los amantes decretó amoroso.

A prepararse á entrambos sacramentos,
Y á instruirse en la fe santa, los dos novios
Se iban á consagrar; y Gustios Lara
Quiso ántes celebrar el glorïoso

Triunfo de su inocencia en un convite,
En donde fué admitido el pueblo tosco,
A que asistió tambien Fernan-Gonzalez,
Y do reinó entusiasmo y alborozo,

Pura cordialidad, paz y alegría,
Sin ocurrir el sinsabor más corto;
Aunque muchas tinajas se agotaron,
Y aunque no anduvo el podenquero sobrio.

En tal contento universal, Mudarra
Fué el que angustiado demostróse solo:
A la siguiente luz tornar debia
Su amable director, su amigo docto,

Zaide el bueno, á su patria, y este golpe
Para su corazon era espantoso.
Sí, á la primera luz de la mañana,
En el gran patio del castillo, prontos

Los caballos de Zaide y de su escolta
Fogosos relinchaban, y los moros
De su séquito ataban el bagaje
De fuertes mulos en los altos lomos,

Ayudándoles pajes y escuderos;
Miéntras llenos de lágrimas los rostros,
El ciego Lara, Nuño, Egidio abrazan
Al querido viajero; y con sollozos

La voz ahogada, exígenle promesas
De aún á Salas volver. Mudarra, á todos
Excediendo en dolor, deshecho en llanto,
Le encargó de las flores y el adorno

Del sepulcro adorado de su madre;
Y de su gratitud en testimonio,
De luenga carta, en que á Almanzor, su tio,
Cuenta exacta y prolija da de todo.

Entre las bendiciones y los vivas
De Castilla y de Salas, tierno lloro
Derramando tambien, se puso en marcha
El venerable Zaide: dos palomos

Llevándose consigo, que debian
Traer el primer aviso presurosos,
De su llegada á Córdoba, correos
De que usaban los árabes y moros.

—Quedó Mudarra cual la frágil hiedra,
Cuando fiera segur le roba el olmo,
En cuyo seno dilató sus ramas,
Y que le dió para elevarse apoyo.

Ni áun logró dulce llanto, por consuelo,
Derramar en los montes y en los sotos,
De su tierna Kerima acompañado;
Pues en el mismo dia separólos

La obligacion precisa de aprestarse
A recibir la fe. Dentro en su propio
Palacio, en aposento retirado,
Bajo la direccion de un monje docto,

Encerróse Mudarra. Su Kerima
A un santo monasterio del contorno,
Del cual una parienta de los Laras
Era abadesa, retiróse, sólo

Acompañada de la fiel María,
La que su esclava fué, y ahora es su todo,
Y cuyo ciego fanatismo ejerce
Un dominio sobre ella poderoso.

En la iglesia de Salas por entónces
Se concluyó el sepulcro ó mauseolo,
En aquel siglo bárbaro un portento,
De rico mármol y trabajo tosco,

Mandado fabricar por Gustios Lara,
Para enterrar los míseros despojos
De sus hijos, las siete calaveras
Que trajo Zaide como don precioso.

La primorosa caja de ataujía,
Donde vinieron del país remoto,
Fué al punto colocada por el padre,
Con triste pompa y señoril decoro,

En la antigua capilla del palacio
Sobre un túmulo excelso provisorio;
En tanto que el sepulcro se labraba,
Y hasta que restaurado del oprobio,

En que el traidor Velazquez le tenia,
Pudiera celebrarles un pomposo
Funeral, y esculpir sobre sus losas
Timbres limpios de infamia, y letras de oro.

Restablecido pues en su honra antigua,
Y terminado el monumento, ornólo
De los blasones de su ilustre alcurnia,
Con la nueva cimera y raro adorno

Dado á sus armas por el alto Conde,
De su restauracion en testimonio:
Que eran, un roto círculo anudando,
Dos personajes, castellano y moro.

Fué el funeral magnífico en extremo,
Quedando de él la fama en los contornos,
Y que refieren rancios pergaminos,
Hoy pasto de polilla, y casi polvo.

Escoltada de hidalgos y guerreros,
De cuatro Ricos-homes en los hombros,
Y de escuderos, pajes y alabardas
Con acompañamiento numeroso,

Fué la caja de cedro y ataujía
Conducida á la iglesia, donde el coro
De capellanes la recibe, y pone
Sobre un túmulo rico. Bullicioso

Pueblo de Salas ocupaba el templo,
Y muchos forasteros del contorno,
Que acudieron á honrar los funerales
De aquellos siete mártires gloriosos.

Al terminarse la solemne misa,
Oficio de difuntos y responsos,
El Arcipreste al púlpito subiendo,
Hizo de los Infantes el elogio

En un sermon patético, sublime,
Lleno de erudicion, y nada corto,
Con oportunas citas exornado
De la santa Escritura, en que era docto;

Y con el sacristan y Nuño luégo
Se acercó á cerciorarse por sí propio,
De que en la caja estaban las cabezas,
Y dar de ello al concurso testimonio.

Abrióla pues, hallóla compartida
En siete divisiones, de acomodo
Sirviendo cada cual á una cabeza,
Ya blanca calavera y cráneo mondo,

Y al lado de ella escrito el nombre suyo,
En una tarja de delgado plomo.
Una por una el sacristan mostrólas
A la gran multitud, que con asombro

Clavó en aquellos restos venerandos
Con gran silencio los abiertos ojos,
Oyendo pronunciar al Arcipreste
Los no olvidados nombres. Del más mozo,

Del más gallardo de los siete Infantes
Fué la última cabeza, que al absorto
Pueblo se presentó; y al tiempo mismo
De sonar de *Gonzalo* el nombre, un hondo

Horrísono gemido por las cimbrias
Del templo resonó, con grande asombro
Del inmenso concurso, que á la parte
Donde se oyó, se agolpa presuroso;

Y ven en tierra á la baldada Elvida,
A la vieja caduca, ya despojo
Helado de la muerte. En aquel punto
Todas las ilusiones, que el apoyo

Fueran de su existir, desparecieron,
Como la llama de la luz á un soplo,
Y cayó, cual, si faltan los puntales,
El viejo muro que perdió el aplomo.

Concluye el funeral de los Infantes,
Colocando en el rico mauseolo
La caja en que sus restos aún subsisten (36);
Y al pié de él abren en la tierra un hoyo,

Do los de la nodriza de Gonzalo
Aún yacen en olvido y en reposo;
Y el que, como buen hijo, Vasco Perez,
Muchos años regó con tierno lloro.

Referir que el castillo de los Laras,
Que estuvo tanto tiempo en abandono,
De adulaciones cortesanas era
Ya y de bajeza miserable emporio;

Y que los mismos que al traidor Velazquez
Solícitos cercaban, alto encomio
A sus virtudes dando, ahora aplaudian
Y cercaban á Gustios poderoso;

Y que áun aquellos que tuvieron parte
En su justa sentencia, más orondos
De ser sus partidarios blasonaban,
Maldiciendo al vencido con encono;

No es necesario: sin que yo lo apunte
Muy bien imaginarlo pueden todos,
Pues el décimo siglo eran los hombres
Lo que en el siglo son décimonono.

—Volvamos pues á nuestros dos amantes,
A quien el cielo por tan raros modos
Trajo á abrazar el santo cristianismo
Y á unirse en insoluble matrimonio.

De reclusion dos meses completaron,
Y examinados por varones doctos,
Halláronlos dispuestos dignamente,
Y á recibir el agua santa idóneos.

A Burgos fueron conducidos ambos,
Do el bautismo y ansiado desposorio
En la gran catedral se dispusieron
Con régia pompa y público alborozo.

Del invierno aterido triunfadora,
Sus galas ostentando y sus adornos,
Reinaba la apacible primavera;
En llanos y montañas el favonio

Agitaba encendidas amapolas,
Dulces tomillos y gallardos olmos;
Entre verdura y matizadas flores
Se deslizaban plácidos arroyos,

Que ántes fueran carámbanos inmobles,
Y fundidos despues, torrentes roncos;
Cuando de mayo al ilustrar la aurora
Cumbres azules y celajes rojos,

De las huecas campanas el estruendo,
Que retumbando por los valles hondos,
Una bóveda inmensa de zafiro
Llenaba toda con sus ecos sordos;

En la alta torre pregonó de Burgos
Ser ya llegado el dia venturoso,
En que iban á ganarse para el cielo
Dos almas rescatadas del demonio.

Confusas tropas de curiosa gente,
A caballo, y á pié, y en carros toscos,
Se ven llegar á la ciudad, alzando
Por sendas y caminos blanco polvo;



Y no sólo familias castellanas
De las villas y pueblos del contorno,
Sino de las provincias más distantes
Y tambien de los reinos más remotos.

De Burgos en las calles y en las plazas
Crece el bullicio popular; en torno
Del alcázar del Conde y de la iglesia;
A las plazas se agolpa; y acomodo,

O para ver pasar la comitiva,
O ver la ceremonia, buscan sólo.
La carrera dispuesta de antemano,
Por las más anchas calles, á que adorno

Dan telas de colores diferentes,
Y ramajes de fresnos y de pobos,
Y á que sirven de alfombra, sobre arena,
Verde juncia, mastranzos olorosos;

Sólo está despejada, porque en ella
Desde el amanecer, con ceño torvo,
Espadas cortadoras y alabardas,
Altivez imponente y agrio tono,

Hombres de armas del conde de Castilla
Ponen al paso de la gente estorbo.
Pero en rejas, balcones y terrados,
Y en bocacalles, con estruendo sordo

Se apiña, y forma grupos, y racimos,
Y enjambres de cabezas y de rostros
De toda clase, edad, color y sexo,
Por ver pasar á los gallardos novios.

Derramando su fúlgido torrente
El sol inmenso, engendrador del oro,
Por el desierto espacio caminaba
A ocupar del zenit el alto trono;

Cuando el rumor creciente de las turbas,
General movimiento, gritos roncos
De los que la carrera custodiaban,
Y de las trompas el clamor sonoro

La salida anunciaron del alcázar
De los á un tiempo neófitos y esposos,
Que en medio de comparsa numerosa,
Al templo van á coronar sus votos.

Seis donceles gallardos de alta alcurnia,
Con limpias armas, en caballos tordos
Abren la comitiva, tremolando
Blancos pendones y penachos rojos.

Despues los escuderos y los pajes,
Gobernados por cuatro mayordomos
Con pértiga de plata, á pié seguian.
Con grave continente y serio rostro,

De dos en dos, marchaban veinte hidalgos,
Y doce caballeros de abolorio
Y solar conocido en la montaña,
Bandas blancas pendiendo de sus hombros.

En dos filas en pos, á lento paso,
Cantando *Hosanna* con berrido ronco,
Veinte monjes, las albas desceñidas,
Gruesa la panza, el cerviguillo gordo.

Luégo los capellanes y el concejo
De la villa de Salas, al sonoro
Compás del tamboril y de la gaita,
Con su estandarte, restaurado ha poco;

Y por fin los maceros de palacio,
Hombres de armas y guardias orgullosos
Circundan á los altos personajes,
Regios padrinos y gallardos novios,

Que ostentan en su porte la riqueza,
Extravagante gala y raro adorno,
Que edad tan miserable consentia
A la bárbara estirpe de los godos.

Iba Fernan-Gonzalez de padrino,
Robando el alma á sus vasallos todos,
Con el talle gentil y amable aspecto,
Nuncios felices de su nombre heróico:

La señora de Aranda por madrina,
Del Conde hermana y dueña de gran tono,
Y aunque ya no en la flor de la belleza,
De presencia gallarda y grato rostro;

Y en medio de los dos, del gran gentío
Encantando los pechos y los ojos,
Y fervorosos vivas recogiendo,
Van los dos catecúmenos y esposos.

Hace un año completo que en tal dia,
En bien distinto estado el uno y otro,
Y en medio de un bullicio semejante
De Córdoba cruzar las calles, viólos

El sol á la hora misma, festejando
De Abdimelik y Habiba el desposorio.
¡Cuántos diversos lances de fortuna
Han visto en tan brevísimo periodo!

Mudarra sobre el traje castellano,
Que le sienta mejor que el traje moro,
De neófito la blanca veste lleva,
Con modesto ademan, turbado y corto.

A Kerima la túnica de lino,
Puesta con negligencia y abandono,
La virginal corona de azucenas
Y rosas blancas de su frente en torno;

Los nítidos cabellos derramados
En negras ondas por el cuello y hombros;
Y los ojos á veces cual luceros
Reverberando, ó cual ardientes hornos

Encendidos; á veces eclipsados,
Fijos, como sin luz; otras de asombro
Llenos girando en torno, y otras turbios
Con gruesas gotas de salobre lloro,

Y la gran palidez de sus mejillas,
Con la boca entreabierta, cierto modo
De andar y de mover brazos y cuello,
Y el tardo respirar cansado y hondo,

Le dan una apariencia tan extraña,
Tal indeciso y vago á sus contornos,
Que asemejaba cosa de otro mundo,
Aparicion ó sueño vaporoso.

No ha gozado salud dentro del claustro,
Y en él ha dado indicios, y no pocos,
De que aún estaba endeble su cabeza,
Y su imaginacion en desentono.

Accesos ha tenido de despecho
Y de alegría, de terror y arrojo,
Que una terrible lucha demostraban
De encontradas pasiones; pero pronto

En devocion tan honda y compungida,
En entusiasmo tal, en tal arrobo
Por las santas doctrinas terminaban,
Que de las religiosas fué el asombro,

Presagiando que á ser iba un prodigio
De santidad y de fervor devoto,
Un ejemplo sublime de los fieles,
Y de infieles tal vez norma y apóstol.

—De la novia harto cerca va María,
El podenquero va cerca del novio:
En gran silencio aquella, este en voz baja
Diciendo chistes y poniendo apodos.

El noble Gustios, remozado y firme,
De contento bañado el ciego rostro,
Y conducido por el sabio Nuño,
Va en pos del hijo, á quien lo debe todo.

Lleva á su diestra al respetable Egidio,
De solitario con el sayo tosco,
Pues de no desnudarlo hasta la muerte
Hizo á los cielos inmutable voto.

Cuatro pajes por séquito de Lara,
Y cuatro rescatados de los moros
Por séquito de Egidio, y una escolta
La procesion cerraban; numeroso

Tropel siguiendo en pos desordenado,
Que crece á cada bocacalle, como
A cada paso crece el raudo rio,
Recibiendo en su curso á los arroyos.

De la iglesia mayor la excelsa torre,
Poniendo á vuelo sus metales roncos,
Ensordece la atmósfera, y anuncia
Que ya á sus puertas tiene á los esposos.

Con sus pontificales vestiduras,
Y sacra mitra recamada de oro,
Báculo y cruz, y en derredor servido
Por prelados y abades del contorno

(Entre los cuales su lugar tenia
Nuestro buen conocido, el que el tesoro
Y villas de Velazquez ha heredado),
El Arzobispo con afable rostro

A los dos catecúmenos recibe
Del templo en el vestíbulo espacioso,
Cúbrelos con la estola, y les da entrada
En la casa de Dios; cantando el coro

De prestes y canónigos los himnos,
De aquel ceremonial entónces propios;
Y atravesando las oscuras naves,
Donde hierve concurso de curiosos,

Llegan al bautisterio. Cien antorchas
De la fuente de gracia arden en torno,
Y allí convierte el agua de la vida
Dos almas, que eran presa del demonio,

En ángeles, tan puros é inocentes
Como los que de Dios cercan el trono.
Al presbiterio luégo conducidos
Los dos nuevos cristianos, bajo el solio

Del Conde oyeron la solemne misa;
Y edificados se quedaron todos,
Al ver el interior recogimiento,
La santa compuncion y ardor devoto

Que mostraba Kerima. El Arcipreste
De Salas, ostentando el gran tesoro
De elocuencia y saber escriturario,
El sermon pronunció, que no fué corto.

Recibieron despues la Eucaristía
De la mano del preste los dos novios;
Y el Arzobispo procedió al momento
A celebrar su union y desposorio.

De pié junto al altar los contrayentes,
Padrinos, padres y testigos prontos,
Cada cual en su puesto, y preparadas
La sortija nupcial, las arras de oro,

Principia la solemne ceremonia.
Del jóven cordobés late anheloso
El encendido corazon, mirando
Llegar sus dichas al ansiado colmo.

La doncella, más pálida que nunca,
Clavados tiene los ardientes ojos
Siempre en su amante; tiembla, sudor frio
La inunda el cuerpo, y le humedece el rostro.

La ungida diestra en alto, el Arzobispo
Va á hacer indisoluble su consorcio
Con santa bendicion, y á entrambos manda
Que las manos se den. La suya ansioso

Tiende Mudarra en fuego convertida;
La de Kerima es crudo hielo, y sólo
Se ve que no es la mano de una muerta,
Por el temblor que la sacude. Poco

Faltaba ya para enlazarse entrambas,
Cuando Kerima con horror los ojos
En la mano, que espera asir la suya,
Pone; da un alarido, aparta el rostro,

Y exclama: «No... jamás!!!... Está manchada
Con sangre de mi padre... La voz oigo
Del cielo, que estos lazos me prohibe...
Yo me consagro á Dios... Cristo es mi esposo.»

Dijo, resuelta del altar huyóse,
Y de María en el regazo tosco
Desmayada cayó. De mármol quedan
Los circunstantes; sin aliento el novio.

A describir su situacion no alcanza
Humana voz. Si el nombre gloríoso,
Que ganó con su hazaña, el rico Estado
Y un padre tal, hallado de tal modo,

Le compensaron el horrendo golpe;
O si la gracia celestial su apoyo
Le dió y resignacion en tal conflicto;
No he podido indagar. Que poco á poco

El tiempo volador le consolase,
Me parece seguro: ello es notorio
Que, ó por razon de Estado ó por amores,
Otro enlace contrajo. Testimonio

Dan de su descendencia las historias,
Y viven en España entre nosotros
Los Manriques de Lara, que se precian
De hallar su orígen en tan noble tronco (37).

Tours, Mayo de 1833.



NOTAS DEL PRECEDENTE ROMANCE

(36) Recordando que mi amigo el Excmo. Sr. duque de Frias es el actual poseedor del estado de Salas, le escribí rogándole me comunicara las noticias que se conservasen en su casa, sobre los siete infantes de Lara, y si habia algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa. Me hizo la fineza de contestar inmediatamente, remitiéndome los dos siguientes extractos de documentos que existen en su archivo.

1.° En un manuscrito, que se dice lo fué por el señor condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, duque tercero de Frias (el cual falleció en 12 de noviembre de 1559) tratando del orígen y genealogía de su gran casa de Velasco, y con relacion á la adquisicion de la villa de Salas de los Infantes, al folio 21 dice entre otras cosas: *Hernan Sanchez de Velasco, hijo de Sancho Sanchez y doña Sancha Carillo, murió en un combate en el cerco de Algeciras, por los años de 1313 ó 14, casado con doña Mayor de Castañeda, la cual trajo en dote la villa de Palacios de la Sierra, y otros vasallos en la Hoz de Lara, y la casa que tenia en la villa de Salas* Gonzalo Gustios, padre de los siete Infantes de Lara. *Los cuales ignoro por qué se llamaron* Infantes, *si no era por ser caballeros mancebos; que ni eran hijos, ni nietos de rey, y tampoco dejaron sucesion. Los de Lara descendieron de un hijo bastardo, que Gonzalo Gustios tuvo en una mora, hermana del rey Almanzor de Córdoba, el cual se llamó Mudarra Gonzalez. Vino á Castilla, se hizo cristiano, y vengó la muerte de sus hermanos, muertos por los moros á instancias de Rui-Velazquez. Mudarra Gonzalez heredó de su padre la villa de Salas, la casa y toda la otra hacienda que Gonzalo Gustios tenia*, etc.—Más adelante añade el condestable, autor de este manuscrito, que ignoraba si doña Mayor de Castañeda era parienta de los Laras, y cómo hubo aquella casa, *que habia sido de Gonzalo Gustios, titulada de los Infantes de Lara.*

2.° «En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la expresada villa de Salas, con asistencia de los señores don Pedro de Tovar y doña María de Recalde, su mujer, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del número de ella, de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa María, en la pared de la capilla del lado del Evangelio *las cabezas de los siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios, su padre, y la de Mudarra Gonzalez, su hijo bastardo,* que por haber tantos años que estaban allí, y ser los letreros antiquísimos, dudaban algunas personas, si era verdad; mándase abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada, que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene *siete cabezas* de pintura antigua, al parecer de más cien años, y encima de ellas hay siete letreros, cuyos nombres dicen: *Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, don Fernan Gonzalez, Rui-Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez.* Y al cabo de ellas, un poco más abajo, está otra cabeza, que dice el letrero que está sobre ella *Nuño Salido.* Y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo dorado, y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrero del uno dice *Gonzalo Gustios*, y el del otro *Mudarra Gonzalez, los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo y le están juntando.* Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquisima, con los mismos nombres que la primera, excepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla, dice *Nuño Salido*, y en el más antiguo *Nuño Sabido.* Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de cantería que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año de 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Saler, cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas (que es un castillo dorado), sonó hueco. Y quitando la pintura que estaba sobre la dicha piedra, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un arca clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron junto á las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano, sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, desmolidas y descoyuntadas del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos están de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas, que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y el lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde ántes estaba.»

No dejando duda este documento acerca del lugar en que estaban (y aún subsisten hoy dia) las cabezas de los siete Infantes de Lara, la de su padre, la de Mudarra y la de Nuño Salido, sólo puede ser cierto lo que pretenden los religiosos de San Pedro de Arlanza (aunque igual posesion alegan los de San Millan de la Cogulla), entendiéndose ser los cuerpos de los Infantes sin las cabezas lo que existe en uno de estos dos monasterios. A no ser que esto nazca,

segun apunta Garibay, «de querer los religiosos atribuir á sus casas autoridad y antigüedad con las sepulturas de semejantes caballeros, que eran de la mayor estima y valor que habia en Castilla.»

Antes de recibir la carta del duque de Frias, tenia yo presentes los nombres que Morales y otros autores dan á los siete Infantes; pero el llamarse uno Rui Gomez, y haber dos del nombre de Gonzalo Gonzalez, cuadraba mal con mi plan. Ménos me acomoda todavía denominar á ninguno de ellos Rui-Gonzalez ó Gustios, porque se les confundiria entónces con su tio y con su padre. He dejado por lo mismo los nombres de *Enrico* y *Veremundo*, que habia sustituido á los de dos de los siete hermanos.

En otras cosas me he desviado tambien de lo que refieren los historiadores: he adoptado la ficcion de Matos Fragoso en la comedia *El traidor contra su sangre y siete Infantes de Lara*, de presentar ciego al padre por efecto de su larga prision; y porque me hubiera hecho gran falta el personaje de Nuño Salido, le supongo aún vivo al tiempo del bautismo de Mudarra y Kerima, cuando aquellos le dan muerto con los Infantes en el campo de Albácar, Almenar, Almenara ó Arabiana, pues con tanta diversidad lo señalan los antiguos escritores y romances.

(37) Ambrosio de Morales en su *Crónica general de España*, libro XVII, cap. 16, dice: «Notoria cosa es en Castilla, y en que ninguno duda, que Mudarra Gonzalez, como heredero de la casa de Lara, así fué el tronco y principio de los caballeros Manriques, cuyo ínclito linaje está muy extendido por tantas y tan principales casas de grandes y de señores en el reino. Todos en conformidad proceden así, cuando tratan la descendencia. Mudarra Gonzalez, señor de Lara, tuvo por hijo al conde don Ordoño de Lara: hijo de este fué el conde don Diego Ordoñez de Lara, el que reptó á Zamora sobre la muerte del rey don Sancho, y peleó con los hijos de Arias Gonzalo. Y fué tan principal caballero don Diego Ordoñez, que casó con la infanta doña Urraca, hija del rey don García de Navarra, hermano del rey don Fernando el *Magno*, como parece por un privilegio que desto puso Estéban Garibay en su muy diligente *Crónica de Navarra.* Don Diego Ordoñez tuvo por hijo al conde don Pedro de Lara, muy conocido en nuestras historias y en privilegios, en tiempo del emperador don Alonso, hijo de la reina doña Urraca. Su hijo mayor se llamó don Amalarico, ó Amaltrique, ó Manrique de Lara, que pobló á Molina, y tambien es muy conocido en privilegios y en nuestras historias, hasta que lo mataron en la batalla de Huete, en tiempo de la niñez del rey don Alonso, el de las Navas. En todo esto concuerdan todos los que dello escriben.»

Garibay, Argote de Molina, Mariana, Gudiel y otros autores de gran peso aseguran lo mismo. Los obispos Sampiro y Pelayo, casi contemporáneos, y despues don Rodrigo Sanchez y don Alonso de Cartagena, hablan de la muerte de los Infantes, pero sin nombrar á Mudarra: Salazar de Mendoza y Fray Prudencio de Sandoval hacen á los Manriques de Lara descendientes de uno de los siete Infantes.

Don Luis de Salazar y Castro en su *Historia genealógica de la casa de Lara*, libro I, capítulos 11 y 12, combate á los autores mencionados, y en el principio del libro II le da otro orígen, aunque tomado siempre de los condes de Castilla.



ÍNDICE

DE LAS COMPOSICIONES CONTENIDAS EN ESTE TOMO

